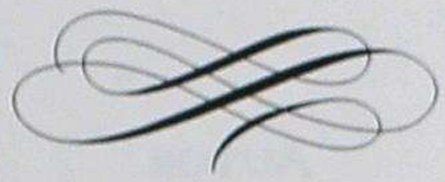
Memorias del Curaray



Jorge Nelson Trujillo

Memorias
Del
Curaray

Jorge Nelson Trujillo



2001

Memorias
Del
Curaray

Autor
Jorge Trujillo

Dirección Editorial
Fondo Ecuatoriano Populorum Progressio
Embajada de los Países Bajos
Prodepine

Coordinación
Xabier Villaverde

Fotos
Julio García

Artes e Impresión
IMPREFEPP

Septiembre 2001
Obra completa; I.S.B.N: 41-959-9

Derechos de Autor: 015641

Memorias Del Curaray

Jorge Nelson Trujillo

"Resulta, pues, que desde el punto de vista geográfico la extensa comarca de las Misiones de Maynas era parte de la gran llanura surcada por los caudalosos ríos que llevan sus aguas al Marañón ó Amazonas en la sección en la que éste corre, con inflexiones variadísimas y numerosos tornos, de O a E.

Es la parte más interna hacia el O y el centro de la gran cuenca fluvial de Suramérica, donde, como dijo Humboldt, pronto o tarde ha de concentrarse la civilización del mundo"[1].

1 Schuller, Rodolfo Las Misiones de Maynas. Sevilla, 1784, p. 1.



PRESENTACION

"Memorias del Curaray", un título que puede resultar extraño a quien no conozca el trabajo y conocimientos del Dr. Jorge Trujillo, que ha llenado con sus investigaciones y estudios una gran parte de la etnografía ecuatoriana. La trayectoria académica e investigadora del autor es tan ampliamente conocida y reconocida en Ecuador que nos exime de mayores presentaciones. Con justicia muchas de las personas que han seguido sus huellas dan el título, de "maestro".

"Memorias del Curaray", título que es a la vez una invitación. Invitación a sumergirse en escenarios amazónicos, en particular del Curaray, sus afluentes y zona de influencia. Una oportunidad de conocer y analizar los sucesos de una historia llena de vida, pasión y muerte que aún actúa en nuestro presente. Escenarios en los que figuran actores que han sido relegados al olvido, como fantasmas de uno de los muchos mitos e historias de la selva. En este recorrido por la historia desfilan misioneros, viajeros, caucheros, hacendados, petroleros y, sobre todo, los pueblos indígenas que han sido dueños milenarios de las formaciones boscosas y actores principales de gran parte de los avatares aquí reseñados.

Entre el conjunto de los actores destaca el casi desaparecido pueblo Záparo; la gran nación Zápara de las antiguas crónicas. En estas páginas se recuerda su enorme grandeza y su casi fatal extinción. Los sobrevivientes del naufragio histórico de este gran pueblo pueden sentirse agradecidos y orgullosos de este estudio que recupera y valora su historia, cultura y tradiciones. Dios quiera que este pueblo de nuestra Amazonía continúe enriqueciéndonos a todos con su saber milenario y su presencia.

También se recoge en este libro la aparición en estos escenarios de los pueblos Huao, Kichwa, Shuar y Achuar, actores presentes y dinámicos de nuestra historia actual y herederos de la sacha pacha.

Escenarios, escenas y actores, un conjunto que escapa a nuestra memoria y es recreado con erudición y pasión por el Dr. Jorge Trujillo.



No se trata de una reconstrucción en secuencia temporal, desde un pasado remoto hasta nuestros días. Tampoco debe esperarse un texto que lleve inevitablemente a conclusiones preestablecidas; no ha sido esa la intención. Más bien trata de provocar un diálogo rico en sugerencias que permita al lector extraer sus propias conclusiones y crearse nuevas inquietudes.

Sin temor a exagerar nos atrevemos a afirmar que estamos ante una gran obra, un libro que marcará un hito en la etnología de la región amazónica.

La publicación de este libro ha sido posible gracias a la colaboración y aporte de distintas instituciones y personas.

Un agradecimiento muy sentido al autor, quien recibió con entusiasmo la invitación que le hiciera el FEPP para realizar el estudio de la zona de Curaray. Puso todo su empeño y dedicación para realizarlo, ampliarlo, más allá de los términos de referencia previamente fijados, y asegurar un producto de alta calidad.

También agradecemos a la Imprenta del FEPP, IMPREFEPP, que ha logrado una publicación acorde a las expectativas, con calidad y eficiencia. Resaltamos el trabajo y paciencia en la diagramación de Pablo Vélez I. y el apoyo de Patricia Torres, su gerente.

Un reconocimiento especial a la Real Embajada de los Países Bajos que financia el proyecto "Conservación del Parque Nacional Yasuní y Manejo Sostenible de su Zona de Amortiguamiento" que está ejecutando nuestra oficina Regional Coca. Este libro es uno de sus frutos. El apoyo que los Países Bajos están dando a la conservación y manejo sostenible de la rica biodiversidad ecuatoriana merece el reconocimiento y aplauso de nuestro país.

Nuestra gratitud al proyecto PRODEPINE que ha financiado una parte muy importante de esta publicación, considerando el valor que tiene para el conocimiento y valoración de los pueblos indígenas amazónicos. Con este proyecto nos unen lazos de cooperación a favor de los pueblos indígenas y negros del Ecuador.

En fin, el mismo sentimiento hacia todas las personas que, de una u otra manera, han colaborado para la edición y publicación de este libro.

JOSE TONELLO
XABIER VILLAVERDE
FEPP

Dedico este libro
a quienes han compartido,
siempre incondicionales,
los duros y bellos momentos de su génesis.

A mi amada esposa, Lucy.
A los maravillosos frutos de nuestro amor,
Lucy Patricia, Jorge Luis y Mónica.

INDICE

PROLOGO

DEVANEOS DEL DEVENIR 13
La incertidumbre como historia

PRIMERA PARTE

LA MAS REMOTA ANTIGÜEDAD 39
En los bordes del imperio

CAPÍTULO I
DOMINIOS TRIBALES 41

CAPÍTULO II
MAYNAS 69

SEGUNDA PARTE

DESPUÉS DE MAYNAS 101
Sueños de grandeza

CAPÍTULO III
AL PIE DEL TUNGURAHUA 103

CAPÍTULO IV
AL BORDE DE LA GRAN LLANURA 137







TERCERA PARTE

HACIENDAS Y SUS DOMINIOS 173
Entrampamientos y conspiraciones

CAPÍTULO V
PEONAZGOS Y HACENDADOS 175

CAPÍTULO VI
TIERRA DE NADIE 219

CUARTA PARTE

TIEMPOS DE GUERRA 245
Poder y hegemonía postribales

CAPÍTULO VII
GUERREROS DEL SHIRIPUNO 247

CAPITULO VIII
PUEBLOS AL BORDE DEL MILENIO 275

EPÍLOGO

MONOS, HOMBRES Y DEIDADES 311
Escenas y escenarios simbólicos

APÉNDICES

I. LA LENGUA ZAPARA 327
II. BIBLIOGRAFÍA 343
III. CRONOLOGÍA Y ANTROPÓNIMOS 357







"La Nación Omagua, la Cocama y Cocamilla,
después de bautizada la criatura,
le oprimen la frente y nuca con cierta tablillas
de madera, para oblongarle la caveza
en forma de mitra, y desemejarles,
según dicen de las cavezas de los monos".

Devaneos del devenir

PRÓLOGO

La súbita y, a veces, inexplicable desaparición de civilizaciones y pueblos en la antigüedad sugiere un conjunto de inquietudes relacionadas con la continuidad social, cultural y lingüística existente entre éstas y las poblaciones que han precedido a este fenómeno.

En cierto sentido, la Historia por su naturaleza ideológica absoluta instituyó el olvido de estas continuidades a fin de consagrar las cimas civilizatorias que, desplegadas en un lapso temporal, permitieron intuir el sentido profundo del devenir histórico.

En el universo meso y suramericano, los imperios Azteca e Inca muestran radicales rupturas a partir de la construcción de los espacios coloniales por un poder imperial afincado en la Europa postrenacentista. Más profundas fueron las transformaciones que estremecieron a las sociedades del vasto mundo periférico, en especial las amazónicas. Aunque estas mostraron una gran capacidad de respuesta a la crisis.

Una mirada retrospectiva desde el umbral del tercer milenio descubre antiguos perfiles étnicos trazados sobre escenarios que se hurtan a los contextos modernizados. Y, acaso con mayor vigor, arroja luces acerca de pueblos, lenguas y culturas reputadas como extinguidas.

Arrebatadas a las sombras del pasado, la sola existencia de estas sociedades plantea incógnitas, difíciles de resolver, referidas a los múltiples sentidos, ya no de la historia cuya posibilidad ha sido denegada para comprenderlas, sino del devenir como medio en el que se materializan las múltiples secuencias de diversos sentidos.

La historia como relato tiene las dimensiones de una ideología que postula respuestas posibles al interés por desentrañar este o estos sentidos. El tiempo como medida del devenir social de la especie en el planeta entraña otro tipo de creación ideológica.

Consiste ésta en proveer de argumentos a los procesos laterales para comprender las rutas principales. Radica en construir nuevas

1 Don Manuel Mariano de Echeverría Canónigo de esta Santa Iglesia Cathedral de Quito, y Don Francisco de Aguilar y Saldaña, Cura y Vicario de Asiento de Hambato. Circular de 31 de Enero de 1784. En Rodolfo Schuller, Las Misiones de Maynas, Sevilla, 12 de Diciembre de 1784. P. 56.

imágenes a partir de las piezas del rompecabezas ya conocido. Equivale a valorizar a lo sistémico mostrando sus borduras.

El texto aquí contenido versa sobre las poblaciones ribereñas del Curaray. Muestra diversos escenarios, todos sorprendentes, instalados en sucesivas épocas. Desde las más antiguas culturas que vivieron los eventos protagonizados por expedicionarios, conquistadores y misioneros, hasta las formas modernas de ocupación marcadas por haciendas, comerciantes, guerras y nuevas oleadas de poblamiento Kichwa.

Transitar por estos escenarios, desde los tiempos más antiguos hasta los coetáneos, a diferencia de otros, no implica una secuencia temporal desde lo más remoto hacia lo más cercano, los tiempos presentes. En cierto sentido, si se pasa revista a todos los personajes involucrados en los sucesos aquí narrados, ninguno está ausente en el especial entramado de la actual realidad social.

Acaso sin saberlo ellos mismos, los sucesos variados, numerosos e intensos, transcurridos en esos escenarios, de alguna manera o en muchos sentidos, forman parte de su presente. La vida cotidiana, tal cual la podemos describir ahora, no difiere en esencia, de los perfiles ocupacionales de las tribus Záparas que fueron las que poblaron estas tierras hasta hace un siglo atrás. La diferencia radica en los distintos enfoques contextuales, en los sucesos marcados por otros protagonismos.

Cada escenario, cada episodio deja huellas indelebles en la diversidad social y cultural. De manera que están presentes los Záparo, los más antiguos pobladores de estas comarcas. Junto a ellos, los Huaorani, recientes conquistadores de sus antiguas posesiones territoriales.

Figuran los Kichwa como pueblo dominante. Y sus aliados, los Achuar y Shiviar. Las más antiguas fundaciones misioneras subsisten con los mismos nombres: Andoas, Sarayacu y Canelos. A lo largo de las riberas del Villano y Curaray, por doquier se encuentra toponímicos del tiempo de las haciendas, otros de indudable raiz Zápara y patronímicos de algunos de sus connotados actores.

Las memorias de las guerras se guardan celosamente en la tradición oral. Los escritos de los misioneros que fueron a la vez expedicionarios y conquistadores mencionan otras tantas; a veces no las mismas que figuran en los registros de las Tenencias Políticas ni de las que circulan regularmente en relación con los conflictos fronterizos.

Otras particularidades cabe señalar en este breve recuento. Numerosas fueron las tribus de filiación lingüística y cultural Zápara que ocuparon estos territorios. Ellos se decían descendientes de los monos. Sus posesiones territoriales tribales permanecieron prácticamente inexpugnables hasta la salida de las misiones jesuitas.

Su lengua y su cultura, por esta y otras razones, han permanecido por dilatados lapsos en el olvido. La lengua Zápara ha sido objeto de diversos estudios; sin embargo, ha permanecido hasta ahora desconocida.

Los primeros estudiosos concluyeron en un hipotético origen guaranítico, considerando lo reiterativo del fenómeno de las migraciones de este pueblo en dirección al oeste en trayectorias que marcan la divagación de los equinoccios y solsticios al pié de la cordillera de los Andes.

La antigüedad de los Záparo o, en su defecto, de las migraciones guaraníticas que dieron origen a estas tribus, parece un tema que escapa al entorno constituido como universo de la investigación de la que nació a este texto. Conocemos a las tribus Záparas en el espacio definido por el Napo y el Pastaza a través de las crónicas y cartas de los misioneros.

En éstas figuraron numerosas referencias a estos pueblos. Según el parecer de los misioneros, estos conjuntos tribales que divagaban por el imenso espacio interfluvial delimitado por el Napo y el Pastaza formaron una unidad militar que impidió por muchos años las incursiones religiosas.

De éstas referencias, la más singular fue sin duda alguna la de Juan de Velasco quien, impresionado seguramente por las informaciones que habían aportado algunos misioneros acerca de estas tribus, postuló la existencia de la nación Zápara. Otorgó así dimensiones políticas al hecho de la enconada resistencia armada contra los intentos de los misioneros.

En años posteriores a la salida de los misioneros, otros personajes, viajeros, los más naturalistas europeos, volvieron sobre similares referencias. Muchos de éstos tuvieron, en efecto, la oportunidad de conocer, hasta el siglo xix y comienzos del pasado, a gente de diferentes tribus que antiguamente formaron parte de esta nación.

Para ese entonces era ciertamente contrastante la realidad de la fragmentación tribal, tal cual la difundieron estos viajeros, con la imagen de la antigüedad acaso no tan lejana de la unidad política de estas numerosas tribus. Fue en esta época que este pueblo se mantuvo

exitosamente aislado de la red de fundaciones misioneras que florecieron en su entorno.

Se sustrajo de las rutas comerciales, cosa que no ocurrió para el siglo xix. Y, al igual que las tribus Tukano y Jíbaras, guardaba aún grandes incógnitas acerca de la geografía de sus territorios.

En fechas más recientes hemos conocido referencias de algunos de sus sobrevivientes. Coinciden con los registros de las crónicas en señalar una trayectoria que comienza en un clímax, muestra el apogeo de esta cultura y lengua sobre la base de una inmensa geografía ocupada por una apreciable población tribalizada, pasa por un momento en el que apenas si son reconocidos los contornos antes descritos y culmina en una alarmante situación en la que únicamente los vestigios han permanecido como testimonio de este proceso.

Probablemente son diversas las causas que han contribuido a la misteriosa desaparición de este conjunto tribal en un lapso crítico que se circunscribe a los últimos sesenta años: epidemias, guerras intertribales, esclavización en las haciendas, incursiones de los comerciantes caucheros.

El caso es que las noticias contemporáneas sobre los sobrevivientes de esta antigua nación unicamente confirman el hecho de que son pocos; y de éstos la mayoría se encuentra subsumido al interior del complejo Kichwa.

Fueron los misioneros jesuitas quienes, hacia finales del siglo xvi, lograron establecer el criterio de los dominios lingüísticos en un contexto que, hasta ese entonces, se caracterizaba por presentar, a los ojos de los extraños, un absurdo mosaico de miríadas de lenguas y tantas otras sociedades tribales.

De hecho, al tiempo del descubrimiento del continente Americano, dominaron en la cuenca amazónica dos grandes complejos Lingüístico-culturales: el Tupí-Guaranítico y el Tukano. El primero vinculado al desarrollo de culturas primordialmente agrícolas, con avanzadas técnicas de factura cerámica, y a la vez, a una notable tradición religiosa cuyo poder se sustentaba sobre la figura de los profetas.

En contraste el prestigio mágico rodeaba, en la tradición religiosa Tukano, a la figura dominante del sacerdote-shamán. Estas obtuvieron logros en el perfeccionamiento de la horticultura y alcanzaron un gran prestigio en la cuenca a causa del notable desarrollo de los conocimientos de la medicina herbolaria. De manera que durante mucho tiempo fueron una especie de escuela de formación de los sabios más reputados de la cuenca.

Algunos años debieron transcurrir para que la constatación de la ausencia de estructuras políticas estatales diera paso a la confirmación de la existencia de complejos lingüísticos dominantes convertidos en meros elementos referenciales de una extensa y diversa filiación tribal que no mantenía, en apariencia, nexo alguno de dependencia entre sí o con otras instancias políticas.

En el transcurso de las expediciones emprendidas a la cuenca amazónica, hasta los límites del dominio portugués, la configuración espacial de las sociedades tribales fue establecida con rigor creciente hasta obtener algunos resultados reveladores.

Estos señalaban, de manera inequívoca, que la cuenca del alto Marañón hasta el Pastaza, por la margen izquierda, estaba ocupada por las tribus de filiación Jibara; la cuenca del Napo, Putumayo y Caquetá por las tribus Tukano[2]; el Alto Napo, por los Quijos; el Bajo Napo, en su confluencia con el Amazonas y hasta la bocana del Putumayo parecía corresponder al así llamado Reyno Omagua; en tanto que el inmeso territorio comprendido entre el Pastaza, el Corrientes, el Tigre y el Napo correspondía a la supuesta nación Zápara[3].

Pocas modificaciones ocurrieron, al parecer, en este estado de cosas. El ímpetu con el que las misiones pretendieron expandir su dominio sobre las tribus del Marañón no pudo vencer la renuencia de las tribus Jíbaras y Záparas a admitir la presencia de los españoles en sus territorios bien bajo la forma de misiones, bien de asentamientos de poblaciones dedicadas al comercio o a la labor de encomiendas.

El éxito logrado por estas tribus en su empeño mostraba a los ojos de los misioneros una organización formidable. Como si las tribus fragmentadas actuasen de consuno frente a un común enemigo y como si entre ellas hubiesen acciones acordadas para vencer la tenacidad de los misioneros y las estrategias de las incursiones armadas que, de cuando en cuando, acompañaban a los sacerdotes.

Esta impresión no fue exclusiva de los misioneros. El gran territorio comprendido por las cuencas del Santiago, Morona, Pastaza, Tigre y Napo, dos siglos después, mostraba ligeros cambios. El escenario se mantenía sin alteraciones substanciales.

En lo que respecta al dominio Záparo, para el siglo xix, un viajero europeo, Cayetano Osculati[4], reveló la persistencia de este fenómeno. El viajero acogió sin reservas la opinión de Juan de Velasco y renovó la vigencia de la así llamada nación Zápara, exactamente dentro de los límites descritos, groso modo, por los misioneros en el siglo xvii [5].

2 Llamados Encabellados debido al uso de largas cabelleras por parte de los hombres uso que complementaban con la parte delantera rapada hasta la mitad de la cabeza. NdA.

3 En realidad, los dominios lingüístico-culturales, antes de ser reconocidos como tales fueron entendidos como si fuesen naciones. Algunos aspectos de esta concepción son debatidos en este texto.

4 Explorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo ed il fiume delle Amazoni, Milán, 1854.

5 *"La familia Zápara comprende más de docientas tribus con nombres distintos y con lengua propia. Su población, según me lo han dicho, puede llegar a treinta mil individuos que se distribuyen en el territorio comprendido entre el Napo y el Pastaza"*.
Id., p. 199.

Si tales fueron los límites geográficos del territorio en el que tenía influencia el complejo lingüístico-cultural Záparo, desde el punto de vista de los límites tribales, su situación aunque fue de aislamiento respecto del espacio de la cuenca controlado por los misioneros, no significó el mantenimiento de las relaciones étnicas tradicionales.

Así, en el Alto Napo, en dirección NO, las relaciones con las tribus Quijos fueron, al parecer, relativamente fluidas; contribuyó al mantenimiento de este estado de cosas, tanto la presencia de las misiones religiosas de jesuitas y después de dominicos, con asiento en Archidona, Tena y las riberas del Napo, cuanto la consolidación del Kichwa, a partir de los Quijos, como lingua franca y el establecimiento de las redes de comercio vinculadas a la región andina por parte de pobladores colonos.

Esta relación experimentó un viraje radical para el tiempo de la explotación del caucho. Los antiguos aliados se convirtieron en enemigos irreconciliables. Notables fueron los reportes que mencionaban la presencia de grupos Záparo en las riberas del Napo, fuera de su territorio, actuando al mando de comerciantes y hacendados.

Al parecer, bajo sus instrucciones actuaban con particular ferocidad para perseguir y capturar a cuantos peones Quijos habían fugado de las haciendas buscando poner término a las condiciones de esclavización a las que se encontraban sujetos debido a los onerosos contratos de endeudamiento[6].

Por el contrario, hacia el curso medio del Napo, la frontera Norte, los viejos antagonismos mantenidos con los Acuterë, guerreros feroces con reputación de antropófagos, que constituyeron el brazo armado de las poblaciones Tukano[7] fueron sustituidos por alianzas coyunturales. Acaso la más representativa, la emergencia de las tribus Huaorani hacia la segunda mitad del siglo xix.

Aunque algunos viajeros reportaron para este siglo la persistencia de enfrentamientos entre las tribus Záparo y los Acuterë, en cambio, investigaciones realizadas en torno a las tribus Tukano permiten deducir que las relaciones fueron amistosas al extremo de establecer alianzas de tipo militar para enfrentar al encarnizado enemigo común, los Huaorani[8].

Estas tribus emergieron en este escenario hacia el siglo xix. Al parecer llegaron hasta este punto provenientes de algún lugar no determinado de la cuenca. Los registros los ubican hacia el NE y al Este, en el área comprendida por los ríos Napo, Tiputini, Yasuní y Bajo Curaray. Este espacio estuvo hasta entonces ocupado por las tribu Zápara de los Avijiras.

6 La institución jurídica crucial que sustentó el concertaje o peonazgo en las haciendas serranas fue exactamente replicada en las haciendas caucheras de la provincia de oriente. Consistió en la entrega de bienes, la apertura de una cuenta siempre impaga y la amenaza de la prisión por deudas.

7 Se alude insistentemente sobre este hecho: en cierto sentido, las denominadas naciones tribales de la cuenca amazónica presentaban una especie de organización interna caracterizada por mantener en sus fronteras externas a poblaciones especializadas en el arte de la guerra. Al menos los misioneros entendieron que esta era la disposición que impidió por mucho tiempo su ingreso a determinados espacios tribales.

8 Para algunos autores estas referencias son indicativas de la presencia de las tribus Huaorani. De hecho, unos y otros aparecen ocupando territorios similares. Inclusive en la tradición oral de las tribus Tukano, los Secoya, se refiere a la existencia de los Huaorani y a las guerras en las que actuaron en su contra, aliados con los Záparo.

Estos, refieren las crónicas misioneras, vivían en constante zozobra debido a las incursiones de los feroces Acuterë así como de otras tribus Záparas. Viajeros del siglo xix fueron parcialmente testigos de este estado de cosas. La navegación por el Napo hacia Iquitos era considerada peligrosa en este tramo debido a este estado de guerra permanente en la que las tribus Tukano y Záparas fueron blanco de las incursiones de los Huaorani[9].

Hacia el amazonas, los límites del territorio de las tribus Záparas fueron las tribus Omagua. Las crónicas de los misioneros y los relatos de los viajeros, sobre todo para la primera mitad del siglo xix, establecen como punto extremo de la nación Zápara la tribu de los Iquito.

De filiación Zápara, ésta pobló las márgenes del Marañón desde la bocana del Napo hasta el Ucayale teniendo como eje referencial el río Nanay donde fueron localizados por los misioneros y donde fueron creadas al menos dos fundaciones.

Empero la frontera más importante fue, sin duda, la mantenida con las tribus de filiación Jíbara. Un estado de guerra permanente se mantuvo por siglos en el río Pastaza, considerado como el límite natural existente entre éstas y las tribus Záparas. Los insistentes esfuerzos de los misioneros, sobre todo jesuitas, por establecer un punto de acceso crucial a estos espacios terminaron en la fundación de la aldea de Andoas que más tarde fue mantenida por las misiones dominicanas.

Este punto sirvió como elemento de referencia para diferenciar entre las tribus Jíbaras conversas e infieles: los primeros coexistieron con las tribus Zápara en los territorios contiguos como el Bobonaza[10], en tanto que los otros mantuvieron cerradas sus fronteras a todo intento de penetración religiosa hasta fechas tan tardías como el siglo xix o los comienzos del siguiente.

En todo caso, estas alianzas planteadas entre las tribus de filiación Zápara y las tribus Jíbaras establecidas sobre la margen izquierda del Pastaza fueron momentáneas. Al punto que decenios más tarde era un hecho conocido el recrudecimiento del estado de guerra intertribal del que dan cuenta las crónicas de los misioneros jesuitas y dominicos [11].

El estudio de los registros permite establecer con certeza la ocupación física del territorio antes descrito por parte de las tribus Záparas. Y hasta es posible suponer, la coherencia existente entre los patrones de ocupación tribal y los linderos étnicos y lingüísticos son argumentos que permiten establecer ciertas conclusiones preliminares, en lo que respecta a la existencia de esta nación.

9 Simson, Alfred, Travels in the wilds of Ecuador and the exploration of Putumayo river. Londres, 1886.

10 Estas son basicamente los Achuar y los Shiviar. Otras tribus como los Machin, Murato y Candoshi, situados hacia el curso medio del Pastaza fueron, en cambio, hostiles a los Záparo. Atacaron en varias ocasiones a la aldea de Andoas y, bajo el nombre de Gualpayos, piratearon y mantuvieron en estado de zozobra a la navegación por el Pastaza, al igual que los Angotero en el Napo.

11 Viaje de Exploración al Oriente Ecuatoriano, Quito, 1987.

Hasta el momento las evidencias disponibles muestran, en primer término, cierta consistencia en cuanto a la ocupación tribal de los espacios étnicamente delimitados. Menos evidente fue la existencia de alianzas militares intertribales; pues algunos registros mencionan confrontaciones entre las diversas tribus. Y, finalmente, hasta es posible mencionar factores como un probable origen común en las antiguas migraciones Tupí Guaraníticas.

Estas evidencias por sí mismas no demuestran la existencia de una nación tribal. Sería preciso, por ejemplo, determinar la clase de vínculos que mantenían las tribus Záparas entre sí: de intercambios múltiples, de confrontación[12] , así como de una mínima organización interna que revelara algún tipo de formación político-militar vigente entre las sociedades tribales.

Unicamente de esta manera sería posible otorgar contenidos a la cualificación hecha por misioneros y viajeros, relativa al carácter de nación de tales vínculos intertribales. Y aún en este caso, la lectura atenta de los contextos históricos que acompañaron este fenómeno parece un paso necesario y de gran utilidad.

En realidad, cuando en las crónicas de los misioneros y viajeros se habla de las poblaciones indias de la cuenca amazónica se utilizan tres vocablos diferenciados entre sí y que fueron de uso corriente en la cultura de su época[13]: Nación, Reyno y Parcialidad o Tribu.

En cuanto a las parcialidades o tribus cabe señalar que fueron numerosas las referencias en las que no unicamente se utilizaron las denominaciones corrientes en las propias lenguas indias sino que, además, fueron comunes las designaciones en español que, por extensión, daba a las sociedades tribales el nombre de toponímicos, particularmente nombres de ríos, o los gentilicios derivados del nombre del Curaca o Cacique local[14] .

Un carácter absolutamente diverso tuvo la utilización del vocablo Reyno. En realidad no hubieron evidencias entre las poblaciones amazónicas de la existencia de organizaciones políticas similares a las encontradas en torno a los centros imperiales de los Incas y los Aztecas. Lo más cercano en la zona donde se ubica la dicha de la nación Zápara, fue la sociedad de los Omagua.

Varias interrogantes se plantean al respecto: ¿se trataba efectivamente de sociedades monárquicas, distintas, en efecto, de las sociedades tribales y de las Naciones? O bien: ¿fueron manifestaciones políticas, poco documentadas lamentablemente; únicas para la cuenca

12 El aspecto visible a los ojos de los viajeros europeos fue el estado de fragmentación tribal del que fueron testigos. Contrastante éste con la percepción de los misioneros de la unidad militar y política. En todo caso, es evidente que en este lapso de casi tres siglos han ocurrido cambios importantes. Uno de ellos el debilitamiento del frente de rebeliones que hasta hace poco tiempo atrás mantuvieron las tribus conocidas por su ferocidad como Carybes. Otro aspecto sobresaliente es el perfil demográfico disminuido a causa de los efectos de las epidemias que fueron la constante que acompañó a la presencia española y luego colona. NdA.

13 En el contexto del siglo xix las labores misioneras se activaron sobre la base de las obras de los jesuitas explulsos. Sus reportes y escritos que compendian y sistematizan buena parte de sus experiencias habidas en siglos pasados insisten en la diferenciación entre naciones, tribus y reynos. Es indudable la influencia de la filosofía política decimonona que aportó con elementos de una época de transformaciones expresada en la defensa de las Monarquías, el hecho de los estados imperiales y el surgimiento de los estados nación.

14 En torno a este aspecto, son numerosas las referencias que permiten establecer cuán generalizado fue este uso, inclusive por parte de los propios misioneros quienes estuvieron cercanos a la realidad de las sociedades tribales con las que compartieron buena parte de su vida. Es un uso que oculta los procesos de identidad que, en cambio, unicamente fueron entendidos desde la reflección iniciada en Europa por parte de los jesuitas.

amazónica y, por lo tanto, a los ojos de los extranjeros, asimilables a las estructuras que estuvieron vigentes en Europa al tiempo de tales expediciones ?

En cambio el término nación, en los contextos en los cuales fue utilizado, supone un conjunto de connotaciones históricas, lingüísticas, territoriales e incluso étnicas. Tal vez, no políticas, en el sentido de la existencia de una organización asimilable al estado. Y sí en cuanto modalidad de gestión militar supratribal en una coyuntura en la que fueron necesarios estos aprestos.

En este sentido, la designación utilizada para caracterizar a una sociedad conformada por unidades tribales aparentemente carentes de vínculos entre sí, parece referirse, para el caso de la amazonía, a vastas unidades territoriales configuradas por la ocupación de diferentes unidades tribales, cada una expresando variantes lingüísticas y culturales a partir de una matriz o patrón originario.

En realidad tal comprensión resulta coincidente con la determinación del ámbito de influencia de un complejo lingüístico-cultural. En el contexto amazónico inmediato al espacio Záparo podríamos señalar la existencia de una parecida disposición entre las tribus Tukano.

Diversas sociedades tribales tales como los Siona, Secoya, Tetete, Coreguaje, Macaguaje, Acuterë, etc., fueron parte de la nación de los Encabellados[15]. Estas sociedades tribales tuvieron numerosos asentamientos en los territorios comprendidos entre el Napo, Putumayo y Vaupés.

De su organización interna sabemos unicamente que esta especie de república o, para seguir el debate, nación, mantenía un ejército regular armado en sus fronteras, lo que corresponde a las versiones tempranas que fueron comunes en el Napo relativas a la ferocidad de estos guerreros tribales.

Otras diferenciaciones menores fueron las relativas al tipo de territorio: unas fueron asentamientos fluviales, otras lacustres y un tercer grupo, conocido como Airo Pai, "**Gente de la Montaña**", vivió en las denominadas zonas interfluviales.

Aunque no disponemos de referencias suficientes para los Záparo, es posible que se mantuviese una división de esta naturaleza, o similar. Por algunas referencias sabemos que los Gayes fueron considerados los feroces guerreros con hábitos antropófagos, al igual que los Encabellados o Acuterë.

15 El territorio de esta nación fue definido por el trazo imaginario de la línea ecuatorial, desde las cuencas del Napo y Putumayo hasta el río Negro. En tal sentido, numerosas son las sociedades tribales a las que se les otorga la filiación de la lengua y la cultura Tucano; sin embargo, indiscernible resulta la similitud dada la enorme dispersión poblacional y la ausencia de un referente centralizado.

Estos dominaron el espacio delimitado por el Aguarico y el Napo. Aquellos, en las zonas fluviales de frontera, esto es, en el Bobonaza y luego, el Curaray.

¿Fue acaso éste el sentido en el que se definieron estas naciones para la época en la que traban contacto con las avanzadas misioneras jesuitas y llegaron a ser conocidas a comienzos del siglo xix? Hasta cierto punto, es legítima la conclusión. Y bien se puede afirmar que existió, entonces, una unidad con ciertos componentes de carácter político que permiten mantener vigente la denominación que utilizaron los misioneros jesuitas para designar a estas vastas unidades con las que tuvieron que vérselas para fines de las conversiones.

Sin embargo, un ingrediente adicional llamaría la atención de algunos observadores viajeros: se trata de la religión. Para el caso que hemos mencionado de la nación de los Encabellados, este aspecto era de vital importancia. Es más, para el conjunto de los pueblos, reynos y naciones que poblaban la cuenca al tiempo del ingreso de las primeras misiones religiosas, este aspecto pasó a asumir dimensiones inesperadas puesto que la confrontación religiosa fue considerada el punto vital para atraer a las poblaciones indias hacia el dominio del imperio hispano.

Para el caso de la nación Zápara, además de los registros de territorio, lengua, historia común e identidad, el aspecto religioso tuvo un fuerte ingrediente de convocatoria[16]. Sobre todo, frente a la imponencia y prestigio de los influjos provenientes de sus vecinos, las tribus Tukano y la no menos decisiva presencia de influencias Jíbaras.

Supongamos la existencia de una situación coyuntural en la que estos conjuntos tribales adquirieron, por fuerza de las circunstancias del contexto, la capacidad de accionar coordinado en base al establecimiento de acuerdos sufientemente poderosos para mantener activos los frentes de guerra y, por igual, los de negociaciones múltiples.

Estos conjuntos tuvieron a su favor factores como la lengua común y territorios plenamente autónomos en un contexto histórico en el que los misioneros forzaron la reconstitución del espacio amazónico sobre la base del dominio de las redes de comercio, ancladas en las vastos espacios sujetos a las fundaciones.

Y, sin embargo, pasado este período y esta coyuntura, estas unidades políticas cayeron dramáticamente y desaparecieron del escenario amazónico, dejando unicamente rastros en los desdibujados perfiles de las sociedades tribales fragmentadas que encuentran los viajeros y estudiosos en pleno siglo xix.

16 Al respecto Osculati, basado en los testimonios de la gente del Napo afirma que *"Los Záparo, en número de veinte mil ocupan el territorio comprendido entre el Napo y el Pastaza hasta la bocana del Curaray; son de índole pacífica, hospitalarios, vivaces, inteligentes; viven en rancherías, cabañas más o menos numerosas y distantes entre sí. Tienen una confusa idea de la existencia de un dios al que llaman en su lengua Puëtzo (creador de los hombres), tienen, en cierto sentido, una moral natural lo que hace relativamente fácil su conversión".* Op. Cit. p. 169. Juan Marcos Mercier, "Tradiciones Lingüísticas del Alto Napo". En Amazonía Peruana, Vol vi, No. 12, pp. 37-58.

Para entonces, era evidente que la expansión del Kichwa hacia la hoya amazónica había asumido proporciones de cierta importancia. Para el caso que nos ocupa relativo a la nación Zápara, un fenómeno decisivo puesto que marca no sólo el momento en el que desaparece del escenario el perfil de la nación sino además la circunstancia en la que numerosas tribus han desaparecido y los contornos demográficos han llegado a niveles en extremo críticos.

La difusión de esta lengua comportó diversos fenómenos. Uno de ellos, la conversión de los Quijo es el eje en torno al cual se construyó este nuevo perfil de identidad, en principio lingüística, y posteriormente cultural y étnica. Otro, acaso más crítico, fue la generalización de los procesos de subsunción de poblaciones tribales de otras filiaciones a este nuevo complejo.

Es oportuno suponer que este fenómeno muestra los procesos antiguos de expansión de determinadas lenguas y culturas subsumiendo a las poblaciones preexistentes y borrando los horizontes de identidad que hasta entonces estaban plenamente vigentes.

Este fenómeno conviene sobremanera esclarecerlo en su totalidad por cuanto están comprometidos en él diversos aspectos relacionados con la manera como grupos tribales Záparos se presentan contemporaneamente a los ojos del etnógrafo.

Respecto de los orígenes del Kichwa, es preciso mencionar a Mercier[17] quien establece al menos dos procesos distintos en cuanto a su eje de influencia y su ámbito de expansión, aunque ambos ocurren al interior del área designada para las hablas Chinchay de esta lengua[18] .

Una de ellas, la Quiteña se habría difundido hacia entre las tribus de los Quijo y, a partir de este eje, en lo posterior, hacia las tribus Záparas. En esta vasta difusión tuvo un rol decisivo la misión jesuita. Sus misioneros habían adoptado esta lengua para servir como lengua común en la geografía sujeta a su red misionera. De manera que la dotaron del prestigio que tenía el intercambio comercial y la nueva religión apenas inserta, en ese entonces, en este escenario.

Por lo tanto, es válido afirmar como lo hace Mercier, que el Kichwa fue una lengua adoptada por los misioneros, especialmente jesuitas, para el propósito de establecer una lengua común, útil para la edificación del vasto complejo fundacional establecido en el escenario de la cuenca amazónica para la difusión del cristianismo.

La expansión del Kichwa, hasta bien entrado el siglo xix, no logró sustituir del todo a las lenguas nativas. Estas mantuvieron su vigor hasta

17 *"Estas hablas Chinchay, en el transcurso del imperio, se difundieron por la selva, en el norte de los andes centrales y por los andes septentrionales. El que la selva norte del Perú haya sido la ruta de expansión del Kichwa Chinchay puede ser unicamente válido para Chachapoyas y Lamas, porque el Kichwa de los ríos Pastaza, Tigre y Napo tiene otro origen, netamente Quiteño, aclimatado a la cuenca Quijos - Alto Napo y llevado al Napo peruano en el tiempo del caucho...Con esto no queremos negar las infiltraciones anteriores debidas a la acción misionera o económica".* Loc. Cit. p. 47.

18 Ibidem.

el punto que los viajeros de la época lograron impecables registros de los vocabularios y las gramáticas de los que actualmente disponemos.

La imposición del Kichwa y la subsecuente eliminación de las lenguas nativas fue un proceso de larga duración. En sus inicios, según postula Mercier, el Kichwa habría eliminado a lenguas como el Quijo y el Yarasuno en el Alto Napo. En otros casos, la nueva lengua sirvió como elemento de identidad de grupos emergentes formados por Jíbaros que se unieron a Záparos y a fugitivos Quijos y que posteriormente formaron el grupo llamado Sarayacu o Canelos[19].

En su planteamiento global este proceso es similar a los usos vigentes en el imperio de los Incas. Su lengua de élite, el Puquino fue enseñado a quienes conformaron la nueva clase, los hijos de los señores étnicos. De esta manera, al adoptar este uso los misioneros habían resuelto el problema que representó para su tarea la multitud y diversidad de lenguas.

En efecto, los jesuitas acostumbraban a traer a sus centros misionales más importantes, jóvenes de distintas etnias para instruirlos como intérpretes en sus propias lenguas y en Kichwa. Estos lenguas fueron luego usados, en unos casos para establecer contactos con tribus renuentes a integrarse en el universo de las fundaciones; y en otros para facilitar la evangelización de las poblaciones ya establecidas en éstas. El más importante centro estuvo situado en Archidona[20].

Desde el punto de vista lingüístico, es posible que este hecho de la multitud y diversidad de lenguas, que debieron reducirse a cuatro, a saber, Jíbaro, Záparo, Omagua y Tukano no haya sido tan decisivo para el segmento noroeste amazónico cuanto la necesidad de establecer una lengua común para los neófitos o indios cristianizados que los diferenciara de los infieles quienes mantenían sus reductos progresivamente aislados por la creciente expansión de la nueva religión que proporcionaba las bases de una identidad inaudita hasta ese momento.

En definitiva, crear una unidad de lengua y cultura que se asemejase a la estructura de las naciones tribales. Que respetase sus perfiles originarios y, al mismo tiempo, impulsase nuevas propuestas de estructuración de alianzas militares y redes de intercambio comercial.

Las experiencias de las reducciones en las que coexistían diversas poblaciones fueron, sin duda, vitales para comprender que el cristianismo debía afianzarse al estilo de las grandes naciones bárbaras: con una lengua, una vasta red de intercambios y una identidad que en las fronteras mantenía vivos los conflictos antiguos y los emergentes de este proceso.

19 Muratorio, Blanca, Rucuyaya Alonso y la historia economico-social del Alto Napo. Abya Yala, Quito, 1987. Pp. 48-49.

20 Fue este un debate de mucho interés: Ortiz, ciertamente defendía el punto de vista de que la lengua Záparo estaba presente en los confines del estado colombiano, lo que fue replicado por Paz y Miño. Ortiz encontró algún registro que mencionaba a los Gayas. No es extraño pues éstos estuvieron presentes en las rebeliones protagonizadas por los Andakí, en Mocoa. Cfr. Pablo Ospina. *"El rumor de la guerra: guerra tribal y presencia colonial en Mocoa a inicios del s. Xviii"*. En Procesos, # 6, 1994. Revista ecuatoriana de historia, CEN, Quito. Sin embargo, en otra perspectiva, queda ciertamente por elucidarse las cuestiones relativas a las migraciones - numerosas - de grupos tribales más allá de sus límites geográficos. La coyuntura de las expediciones y presencia colonizadora española pudo ocasionar, en efecto, muchos fenómenos de movimientos poblacionales. Incluso pudiera ser este el caso del registro de Ortiz.

Por esta razón los misioneros debieron poner particular énfasis en el tratamiento de las sociedades tribales Záparas; el mantenimiento de su lengua y el acceso al Kichwa fue una estrategia que permitió afianzar importantes nexos con los Quijos.

Sobre todo la expansión, entre éstas, de los bienes de circulación regular permitiría generar un efecto de atracción sobre las tribus Jíbaras, algunas de las que traspusieron, mediante alianzas con las tribus cercanas de la nación Záparo, el límite natural que, entre las dos naciones, constituía el río Pastaza.

Incluso, los resultados podrían ir más allá. Lograr, por ejemplo, efectos paralelos entre dos de las naciones demográfica y polìticamente más poderosas: además de los Záparo, los Tukano, a efecto de mantener controlada la zona crítica orinocense - amazónica que en el pasado se había convertido en factor de origen de graves perturbaciones [21].

Tampoco es posible descartar que los misioneros hayan pensado seriamente en la posibilidad de utilizar la lengua Zápara como lengua general en los espacios sometidos a su influjo. Esta, apenas conocida fue apreciada por los misioneros por su gran sonoridad y fácil construcción gramatical. Es más, los misioneros conocieron el área de influencia tribal y la geografía amazónica en la que esta lengua ejerció dominio y mantenía aún cierto prestigio.

Probablemente similar al que tuvo, hacia la misma época, o pocos años después, el Tukano. Pero aún cabe formular la pregunta que busca establecer la o las razones por las que hubo esta predilección por la primera y no por ésta.

Algunas interrogantes deben plantearse en relación con este aspecto lingüístico: una, referida a los orígenes de esta lengua en el contexto de las lenguas americanas y, dos, la influencia atribuíble a esta lengua en el contexto histórico y físico de desenvolvimiento de la así denominada nación Zápara [22].

Sin embargo, sin proyecciones hacia la cuenca. Por esto el proyecto de los misioneros fue muy distinto. En realidad terminaron por adoptar el Kichwa como lengua general. Curiosamente, las lenguas más importantes de la misión aparte del Jíbaro, el Tukano y el Záparo fueron relegadas a segundo plano.

Las sociedades tribales de estas filiaciones experimentan una profunda crisis hacia la época de la salida de los misioneros de Maynas. Las lenguas han perdido su influencia, antes decisiva, y poco tiempo

21 Ibidem.
22 Whitten, Norman Sacha Runa. Ethnicity and adaptation of ecuadorian jungle quichua. University of Illinois Press, Urbana, 1976. P. 34.

después experimentan una espectacular crisis demográfica de la que no lograron recuperarse.

Nuestro parecer es que la virtual desaparición de la población Zápara ocurre en un escenario profundamente modificado por la intervención de los españoles conquistadores y los misioneros. Pero sobre todo por las primeras oleadas colonizadoras; esto es, durante el lapso comprendido entre el 1900 y la actualidad.

Las primeras noticias de esta crisis poblacional corresponde a un viajero inglés quien llega a su antiguo territorio precisamente en su búsqueda, probablemente informado por las crónicas y relatos de sus antecesores, Simson y Marcoy.

En efecto, Erskine Loch, un oficial británico que exploraba la geografía amazónica en busca de sitios para actividad minera, se involucra en una expedición cuyo propósito era la *"...búsqueda de los Záparos y Sábelas"*. Al final de sus andanzas, *"...encuentra que los Záparos ya han casi desaparecido por completo, a pesar de haber sido una tribu próspera y numerosa sólo unos pocos años atrás [23]"*.

Esta desaparición, desde un punto de vista global, en el contexto de la cuenca amazónica, figura como un fenómeno relativamente generalizado. No unicamente restringido a los contornos tribales, hecho constatable aún en nuestros días, sino referido al ámbito de los conjuntos tribales implicados en este complejo lingüístico.

En esta perspectiva de análisis conviene señalar que la mentada desaparición no, es en rigor, una constatación física. Lo aparente es la pérdida de influencia de la lengua y su subsunción progresiva a los ámbitos de influencia definidos por la expansión Kichwa.

Este aserto es plenamente válido para explicar lo sucedido a nivel de la percepción científica. Los etnógrafos y antropólogos, aunque informados de la existencia de pequeños reductos poblacionales inmersos en el universo lingüístico y cultural Kichwa[24] , han optado por mantener una actitud de respetuosa[25].

Más alla, es posible postular que los fenómenos de desaparición de conjuntos tribales de determinada filiación lingüística tienen como contraparte explicativa el surgimiento y consolidación de otras lenguas e identidades. En el caso que nos ocupa, no sólo el Kichwa sino además el Achuar y el Huaorani.

Es evidente que este planteamiento deja a salvo la tesis, ciertamente descabellada, de una desaparición masiva física de los Záparo. De

23 Muratorio, Op. Cit. p. 56.

24 Es el caso de las tres o cuatro familias Záparo de la zona del Villano, afluente del Curaray, y de uno de los sobrevivientes, el único, de algún grupo del alto Curaray, tomado como esclavo por los Huaorani y actualmente casado con una mujer Huaorani. Cfr. com. pers. Dionisio López. Entrevista con Donasco.

25 Tal cual refiere Whitten: ***"El número de pobladores que hablan el lenguaje Zaparoano en el oriente actual es difícil de determinar. Se dice que los hablantes Zaparoanos no pasan de siete, pero yo estoy seguro que el número es mayor, pues la mayoría o todos ellos son bilingües en Quichua del oriente, en Huaorani y tal vez en Achuar"***. Op. Cit. p. 34.

todas maneras, parece que en sus orígenes esto fue lo que ocurrió. Los efectos letales de las epidemias, bastante conocidas entre las poblaciones amazónicas desde las primeras incursiones de los españoles, tuvieron un rol preponderante en una circunstancia, en extremo crítica, creada por la hegemonía de la actividad cauchera.

Contribuyó a generalizar este proceso un conjunto de factores coincidentes. Uno, los esfuerzos desplegados por los misioneros para congregar en un sitio determinado a los grupos supervivientes; dos, la expansión Kichwa hacia sus territorios; tres, coincidente con la expansión Huaorani en el mismo sentido[26].

Otras referencias permiten suponer que la incidencia de la explotación del caucho no fue sino acaso uno de los últimos y más graves motivos. Su efecto fue perceptible bien mediante la propagación de epidemias bien a causa de las confrontaciones de guerra con las poblaciones de los Quijos y Avijiras, ordenadas por los patrones de ciertas haciendas o comerciantes.

De echo, el período de expansión del cristianismo no estuvo excento de impactos, particularmente de epidemias, que llevaron al conjunto de las poblaciones de la cuenca amazónica, al igual que en las hoyas andinas, a crisis demográficas bastante conocidas y documentadas por estudiosos de la historia.

En el caso de las misiones desplegadas en la cuenca amazónica, el recurso de las reducciones, consistentes en la fundación de aldeas destinadas para que los neófitos puedan vivir una vez que han abandonado sus hábitos nómadas o de asentamientos dispersos, se convirtió en un elemento negativo, toda vez que fueron medios propicios para la propagación de enfermedades.

Sin embargo, sabemos que los Záparos fueron renuentes a las misiones y sus propuestas de aceptar las fundaciones. Por tanto, surge una nueva consideración en torno a la violencia desplegada en su contra[27].

El ocultamiento de la identidad en tiempos de crisis fue, ciertamente, una posibilidad de supervivencia, así como lo fue la búsqueda de nuevas alianzas al exterior de las fronteras tradicionales; en cierto modo, una ruptura de los códigos de pertenencia a un complejo lingüístico y cultural en la oportunidad de salvaguardar una secreta identidad a la que se refieren algunos autores, estudiosos de los fenómenos sociales, culturales y lingüísticos de amazonia[28].

De todas maneras, la aniquilación de los Záparo parece que fue un hecho insoslayable: Whitten estima que desaparecieron del 60 al 100

26 *"Una mayor decadencia por las enfermedades ocurrió alrededor de 1930. Esta decadencia, probablemente acelerada por un esfuerzo dominicano para congregarlos en Chapana, facilitó la expansión Huaorani en su área. Hoy día los portadores culturales de los antiguos Zaparoanos quedan en los Canelos -Quichuas (especialmente Zaparoano y Gayes o Andoa) y tal vez en los modos de vida Huaorani. No hay asentamientos Zaparoanos conocidos en Ecuador, pero existen pobladores dentro de segmentos de clan de los actuales Canelos Quichuas quienes transmiten a sus vástagos el conocimiento del lenguaje Zaparoano o Andoas-Gayes. Debido a su anhelo por defender del mundo exterior, las modalidades de tal transmisión, sin embargo, parece apropiado respetar sus deseos"*. Id. p. 35.

27 *"Desde la conquista hasta 1768, en dos siglos y medio, la población se redujo a la séptima parte. En el apogeo de la explotación del caucho, los Záparos sufren una persecución y explotación implacable; como consecuencia muchos de ellos huyen a los lugares más inaccesibles de la selva y se vuelven "cimarrones o aucas". Pero Canelos sigue siendo, en gran parte, zona de refugio, donde los nativos mantienen un grado de libertad"*. Contreras, Alberto "La Provincia de Pastaza". En *Revista Pastaza*, s/e, s/f., p. 12.

28 Charlote Seymur-Smith alude con certeza a este fenómeno. Consultar: Shiwiar, identidad étnica y cambio en el río Corrientes, Abya Yala, Quito, 1988.

por ciento, *"...según el grupo particular y su localización"*; atribuye esta desaparición masiva a causas tan disímiles como: *"... enfermedades, reducciones misioneras y esclavitud en el siglo xvi y xvii"*; y supone que los sobrevivientes buscaron alianzas con los Achuar y tal vez los Huaorani[29].

El autor estima que las dimensiones de la catástrofe demográfica fueron del orden de algunas decenas de miles: *"El descenso de tal vez 100.000 o más portadores del lenguaje y la cultura Zaparoana a un insignificante número..."* [30].

Las narraciones testimoniales obtenidas de algunos de los sobrevivientes Záparo coinciden en dos hechos. El primero refiere que fueron las enfermedades causadas por brujería (¿epidemias?) las que ocasionaron la muerte de la mayor parte de la población Zápara. A la vez, está asociado a esta explicación el segundo hecho que atribuye la muerte masiva de los Záparo a la aparición de tigres comegente que devoraron a muchos de los hombres[31].

Un tercer proceso, sin embargo, es igualmente admisible en la búsqueda de explicaciones posibles a este fenómeno; ciertamente, estamos en condiciones de postular como otra causal complementaria a las enunciadas, la conversión de la población Záparo en uno de los soportes fundamentales del proceso de expansión del Kichwa que, según se ha visto, algunos autores lo ubican hacia fines del siglo pasado o comienzos del presente.

Al respecto son sorprendentes algunos de los testimonios registrados por Muratorio de uno de los testigos del proceso de expansión del Kichwa hacia las riberas del Napo y del Curaray[32]. En la actualidad, las comunidades Kichwa que han repoblado la cuenca Villano-Curaray desde el Napo y el Bobonaza aparecen inmersas en un contexto de cambios que transcurren en la región amazónica como consecuencia de la modernización global de las sociedades allí existentes.

Otros elementos modernos se encuentran presentes en este universo. Entre otros, cabe mencionar el hecho que la cuenca del Curaray conforma la franja sur de amortiguamiento del Parque Nacional Yasuní, localizado inmediatamente al norte, comprendido así entre el Napo y su afluente, el Curaray.

Aunque desde el punto de vista hidrográfico éste pertenece a la cuenca del Napo, ideológica y socialmente, tanto en su historia como en su situación presente, se encuentra estrechamente vinculado a la zona dominada por el Pastaza y sus afluentes, sin que permanezca al margen la del río Tigre.

29 Whitten, Op. Cit. P. 34.
30 Id., p. 35.
31 Testimonio de NN pobladora Záparo de Conambo. Agosto de 1993.
32 Muratorio, Loc. Cit.

Una razón geográfica parece que explicaría esta asimilación cultural. En realidad las fuentes originarias del Curaray se localizan en las inmediaciones del gigantesco cono de deyección que forma el curso del Pastaza. Hacia el norte deriva una meseta delimitada al este por una enorme falla geológica a partir de la cual de ubican las mesetas disectadas, peculiar espacio donde se origina este río.

Más importante parece el razonamiento histórico. En el lapso de los doscientos años comprendidos entre los hechos correspondientes al poblamiento antiguo que data de la época de las misiones y las vicisitudes más contemporáneas, el Curaray se ha convertido en un escenario relativamente autónomo.

La especial riqueza de la ictiofauna concentrada en sus cursos alto y bajo fue posiblemente un poderoso atractivo para las tribus Záparo que se asentaron por cientos de años en sus márgenes. Otras, como los Ardas y Avijiras, fueron poblaciones tribales de la misma filiación que compartieron este escenario.

Y, progresivamente consolidadas, para el siglo xix, se conoce de la presencia de las tribus Huaorani que, mediante avances en diversos frentes, disputaban el control de estos espacios contra las poblaciones Záparo que, para entonces, ya se encontraban en franca decadencia.

Así, las actividades tempranas de la industria petrolera y de las misiones evangélicas descubrieron, para mediados de este siglo, que la cuenca alta del Curaray estaba bajo control total de las tribus Huaorani que disputaban espacios al avance rápido y eficaz de las poblaciones Kichwa. Aún en la actualidad es ésta la situación dominante.

Estos diversos episodios protagonizados por las expediciones misioneras estuvieron acompañados por importantes incursiones de colonos que ocuparon sucesivamente los espacios localizados en torno a las rutas de ingreso así como los entornos de las fundaciones aldeanas.

Estos pioneros rehabilitaron el acceso por las cabeceras del Pastaza así como un sistema reticular de distribución de mercancías que tenía como propósito endeudar a las poblaciones locales y sujetarlas a formas de trabajo en las haciendas.

Estas incursiones y la eficacia de los sistemas de circulación de mercancías y endeudamiento rindió sus frutos. Para mediados del siglo xix el sistema de haciendas basado en el control de extensos espacios boscosos y en el peonaje se había extendido por la cuenca del Curaray y se extendía hacia el norte en dirección a la del Napo y por el sur hacia las cuencas de Tigre y del Pastaza.

El conjunto de los indios cristianizados e integrados a las redes de comercio organizado por los misioneros y controlado luego por los hacendados estaban divididos en dos grupos: el uno, de los indios libres, gobierno runa, que tributaban al Erario Público, y el otro, el de los indios empatronados bajo el sistema del peonaje por deudas.

A su vez, los primeros, estaban divididos en aquellos que tributaban en oro y los que lo hacían con pita. El etnólogo británico Alfred Simon que estuvo algunos días en la zona de Archidona pudo establecer que los primeros estaban ubicados en las poblaciones ribereñas, en tanto que los segundos eran gente de montaña adentro[33].

Esta aparente división del trabajo estuvo vigente para el siglo xix. Fue, en cierto sentido, similar a aquella imperante durante los años anteriores, bajo el dominio misionero. No excluía este sistema la dedicación de la gente empatronada al lavado del oro lo que comprendía paradas estacionales de la gente de montaña adentro, en las riberas del Napo, a efecto de extraer el oro de aluvión.

Sin duda, ésta era una ocupación rentable, aunque algunos viajeros observaron que no dedicaban a esta tarea más allá del tiempo suficiente para satisfacer las mínimas necesidades de comercio o para pagar las deudas. Luego de que en un lapso de dos años éstas apenas alcanzaban montos superiores a los diez pesos[34].

Hasta cierto punto, los indios cristianizados y civilizados tenían una característica adicional y era el hecho de mantenerse asentados en aldeas o pueblos de características nada diferentes a las reducciones fundadas por los misioneros a lo largo de la cuenca. De esta manera estaban a salvo de las incursiones de los comerciantes caucheros quienes reclutaban buena parte de sus trabajadores de entre los pueblos de indios.

Testimonios de los viajeros de la época registran con detalle las escenas que, al parecer, eran comunes entre las tribus Záparas: *"Realizan frecuentes correrías para batirse con las tribus vecinas y secuestrar mujeres y niños..."*[35].

Se atribuía este comportamiento salvaje al hecho de que estas tribus no fueron sometidas del todo al orden misionero[36]. Ya para entonces se registraba la existencia de tres aldeas en el Napo en torno a las cuales se había intentado la reducción de las tribus Záparas. Aunque sin éxito[37].

Por el lado del Pastaza, los misioneros dominicos, en su intento por establecer una relación con las poblaciones Záparas, distribuídas a lo largo del territorio ya señalado, descubrieron un realidad contrastante con la antigüedad tribal.

33 Simson, Loc Cit.
34 Ibidem.
35 Osculati, Op. Cit., p. 171.
36 ***"Esta tribu no fue totalmente convertida al cristianismo, dada la ausencia de los misioneros durante largos períodos".*** Ibidem.
37 ***"...en este año se han intentado fundar tres pequeñas aldeas, Tiputini, Sinchichicta y Yasuní, sobre la ribera del Napo. El Vicariato Apostólico de Quito envió al Sr. Tara con herramientas por valor de cien dólares a fin de invitar con estos regalos a reunirse en pequeñas sociedades; pero no siendo ésta su vocación y siendo poco instruído en la lengua Zápara, no logró muchos avances tanto que, habiendo prohibido a los indios la poligamia, la mayor parte se retiró con sus mujeres hacia el bosque".*** Ibid.

Las fundaciones misioneras de Muniches [38], sobre el alto Marañón y el pueblo de Santander, sobre el Pastaza, aguas arriba de la isla de Ciriacu, contaba apenas unos 100 habitantes[39] para el año 1849.

Machines y Muratos asolaban las ribera del Pastaza. Mantenían bajo asedio a los habitantes de estas aldeas, lo mismo que a los de Andoas, y habian sembrado el terror a lo largo de esta ruta[40].

Los Záparos de Andoas, notablente disminuídos por los ataques de estas bandas de piratas veian cercano el momento de su liquidación ante los simultáneos ataques que, por las riberas del Bobonaza, reiteradamente organizaban las tribus Jíbaras del Pastaza[41].

En medio de la guerra declarada a los habitantes de las aldeas misioneras fundadas en tiempos de Maynas por los jesuitas, los dominicos no encontraron los medios para reorganizar su actividad cotidiana. Pero restituir los contornos étnicos profundamente perturbados por estos estallidos de violencia[42].

Andoas, para mediados del siglo xix, contaba únicamente con 450 habitantes[43]. Nada, entonces, recordaba que está fue la fundación más importante de Maynas, creada por los misioneros para facilitar su tarea en el espacio de convergencia multiétnica que constituia el Pastaza y sus afluentes[44].

De hecho, fue un espacio que disputaron dominicos y jesuitas en eun célebre proceso que fue resuelto por la Corona española, a favor de los primeros, en el año 1683. Sin embargo, el esplendor de Andoas pervivio a la expulsión de la orden hacia finales del siglo xviii.

Para el siglo siguiente, hacia el año 1850, la aldea sufrió el peor de los abandonos. Aguas arriba del Pastaza sobrevivían, en estado de extrema dispersión, pocos pobladores Záparos. La tribus Gayas que dominaban en el Bobonaza han desaparecido, lo mismo que las tribus del alto Tigre.

Aqui, en las riberas del Conambo la población de santa Rosa, floreciente pueblo cauchero, presentaba el aspecto de una aldea fantasmal. Sus habitantes, en su mayoría gente Zápara, la habián abandonado para ponerse a salvo de la epidemia de sarampión que estalló súbitamente, llevada por comerciantes del Marañón.

Hasta el Villano, tributario del Curaray, no habían otras poblaciones sino apenas cortos asentamientos aislados. Los habitantes de estas riberas habían migrado hacia el Napo, dramáticamente disminuidas a causa de las numerosas muertes provocadas por las epidemias.

38 Fray Manuel Castrucci de Vernaza, Viaje Practicado desde el Callao hasta las misiones de las dos Tribus de Infieles Záparos y Jíbaros, Lima 1849.
39 Castrucci, Op. Cit. p. 12.
40 Id., p. 13.
41 Ibidem.
42 Id. p. 14.
43 Ibidem.
44 Id., p. 12.

A tal punto que, algunos de los sobrevivientes dieron fe para entonces que la población total de todas las tribus no alcanzaba los mil hombres y que todos ellos se encontraban agrupados en pequeñas aldeas extremadamente dispersas y con apenas cien habitantes cada uno[45].

Alfred Simson[46], quien realizó otra expedición por la misma época describe, en cambio, una situación que difiere, en forma diametralmente opuesta, de la que nos narran los misioneros dominicos que incursionaron, pioneros, por el territorio ocupado por las tribus Záparas, en busca de afianzar su presencia y sus obras.

Simson realizó su viaje por el Napo con los Supino Záparo y los describe como el grupo extremadamente diestro en el manejo de la lanza así como la red para la pesca y, por lo tanto, con ventajas comparativas evidentes para su vida en la selva, respecto de los Kichwa del Alto Napo[47].

Llama la atención, en este relato, el hecho de que los infieles tuviesen acceso a sitios como Puerto Napo y que se contratasen como bogas, con viajeros como el que citamos. Así como no puede obviarse el hecho de que mantenían contactos de comercio para deshacerse de los esclavos obtenidos en las correrías que efectuaban entre tribus enemigas, especialmente los Shiripuno.

Incluso, debemos recordar que los informes proporcionados por Manuel Villavicencio[48], refieren el hecho de que los Záparo eran contratados por los hacendados y/o comerciantes para perseguir a los peones fugados de las haciendas caucheras o, incluso, para alimentar el nada despreciable rubro que constituia el tráfico de esclavos. Por estas razones es valiosa la referencia proporcionada por el viajero Simson que refiere el estado de guerras intratribales[49].

En cierto sentido, muchos de los hombres Záparo, tanto en el Napo como, sobre todo, en el Curaray se convirtieron en una especie de *"brazo armado"* del poder constituído. Esta situación les otorgaba una gran ventaja respecto de los asentamientos de los Kichwa para entonces sometidas a la tributación o al empatronamiento.

A la postre, este aparente estatuto de privilegio acabó por imponerles el cruel precio del riesgo de exterminio de sus propias tribus a causa de las guerras de venganza, las epidemias y, lo peor de todo, por efecto del comercio de esclavos propiciado además entre estas tribus[50].

Pocos años después de los viajes reseñados, en 1880, la situación creada por los hacendados caucheros había alcanzado tales dimensiones de caos que ni el gobierno ni las misiones lograron controlarla y menos aún restablecer el orden antiguo[51].

45 Id., p. 22.

46 Op. Cit.

47 "*Siendo excelentes cazadores, consumen mayores proporciones de carne de monte que sus vecinos los Napos, quienes los respetan y les temen, pero, a la vez, los desprecian como infieles, a sus espaldas, pues los Záparos pertenecen al gran grupo de los Indios que no consumen la sal y no son cristianizados; de esta manera son infamados por los otros que son cristianizados, realizan viajes regulares hasta Chasúta para conseguir la sal y hablan Quichua, llamándolos aucas que significa montaraces, salvajes y bárbaros*". Simson, Op. Cit. p. 503.

48 Geografía de la República del Ecuador, Ed. Robert Galghead, New York, 1858, Apud. Osculati fue testigo de una de estas transacciones en el Marañón. Ver también Muratorio, Loc. cit.

49 "*Los Záparo mantienen enemistad entre los distintos grupos, probablemente el más aguerrido es el de los Supino. En algún momento éstos fueron el terror de los Nushinos y Mautas, los primeros, según fui informado, fueron víctimas de sus ataques para matar a los hombres y secuestrar a sus mujeres e hijos y los segundos para sirvientes o para ser vendidos*". Simson, Op. Cit., p. 505.

Junto a hacendados procedentes de las poblaciones de los valles andinos de la región centro-norte, migraron hacia el Napo y, sobre todo, hacia el Curaray, gente llegada desde la amazonia peruana, colombiana y brasilera. Y, no sólo eso. La demanda de trabajadores había abierto un activo tráfico de esclavos del que lucraron algunos personajes vinculados a las redes comerciales[52].

La fiebre del caucho se había desatado y, como una epidemia había invadido los antiguos escenarios hasta hace poco tiempo atrás dominados completamente por las sociedades tribales que, incluso en los momentos cruciales de los avances de los misioneros jesuitas en su estrategia de organizar el vasto panorama étnico de la Provincia de Maynas, había logrado mantenerse al margen de las fundaciones y las redes comerciales allí establecidas[53].

El panorama aparecía desolador ante los ojos de los misioneros. La prestigiosa ribera del Napo hacia la que eran convergentes las tribus de filiación Tukano y Zápara se había convertido igual que el Pastaza en un espacio de guerras interétnicas suscitadas por la presencia sorpresiva de nuevas tribus que, como el caso de los Huaorani, parecen remontar su orígen a otros espacios de la cuenca.

Por otra parte, los espacios hacia los cuales se expandían los nuevos asentamientos Kichwa aparecían escindidos por la frontera entonces establecida por las haciendas caucheras. Aunque, era visible que los sobrevivientes de estas guerras, inusitadamente encendidas en los entornos tribales y étnicos así como de las epidemias, terminaban por adoptar la nueva y prestigiosa identidad que les permitía gozar del estatuto civilizatorio[54].

Y aún en este caso, ni siquiera la protección de los misioneros era un recurso medianamente eficaz para impedir la soterrada acción de los traficantes de esclavos. Dramáticas y numerosas fueron las denuncias de los misioneros que quedaron como testimonios de este proceso; una de éstas señalaba que *"Se acusa por ejemplo a los peones de un tal Sr. Morán de hacer correrías por las rancherías de los Záparos del Nushino en donde el Padre Vicario estaba tratando de convertirlos"*[55].

Las epidemias, numerosas y contribuyeron notablemente a socavar la estabilidad de los espacios que quedaban bajo control de las debilitadas sociedades tribales. Estas enfermedades, originadas en las concentraciones poblacionales en Iquitos y Manaos subieron *"... hasta el Alto Napo, lo cual contribuyó considerablemente a agravar la competencia por mano de obra y, consiguientemente, al conflicto entre los comerciantes, los indígenas y los jesuitas"*[56].

50 ***"Frecuentemente los blancos hicieron uso de las diferencias y hostilidades existentes entre los grupos para su beneficio y contribuyeron a agudizarlas. Así Villavicencio informa acerca del uso de los Záparos - quienes gozaban de la reputación de ser valientes y poderosos brujos- por los patrones blancos para aterrorizar y capturar a los Runas que habían huído al monte tratando de escapar de los abusos de esos mismos patrones"***. Muratorio, Op. Cit. p. 61.

51 Id., p. 107.

52 ***"En Tena-Archidona todavía dominaban los comerciantes tradicionales, pero las fuentes históricas ya hacían referencias, cada vez más frecuentes, al hecho de que nuevos aventureros y comerciantes extranjeros mandan a los indígenas a recolectar el caucho"***. Ibidem.

53 ***"La región del Napo, desde el Coca hacia abajo, y especialmente todas las zonas del Curaray, Villano y Tiputini comienzan a estar dominadas por la fiebre del caucho; y contra ella los jesuitas son impotentes..."***. Ibid.

54 ***"Las distintas expediciones que los misioneros realizan hacia el sureste sólo sirven para denunciar, sin éxito, los abusos perepetrados por caucheros colombianos, peruanos y ecuatorianos contra los Záparos, Avishiris, Piojéses, y numerosos otros grupos de infieles, así como contra Quichuas especialmente de Loreto, Avila y Concepción"***. Ibid.

55 Id. p. 107-8.

56 Id. p. 109.

El tráfico de esclavos alcanzaba a toda la cuenca amazónica. Gente Záparo, Piojé, y Huaorani eran conducidos luego a los emplazamientos caucheros en el Caquetá, al norte, al bajo Tigre, al sureste, al Ucayali al suroeste y al Madre de Dios, al sur donde agobiados por el trabajo y afectados por nuevas epidemias, no tenían sino la esperanza de una muerte segura[57].

Por este motivo los misioneros se encontraron en la necesidad de generar verdaderas campañas ante el gobierno central cuyo propósito era el de introducir el elemento de la intervención estatal en un aspecto que, ciertamente, le rebasaba.

La población Kichwa en su inicial proceso expansivo ingresó a este escenario de violencia con una imagen de una etnia plenamente inserta en las redes y circuitos del comercio de los caucheros y los hacendados.

En tal virtud, sus costumbres en cuanto a los matrimonios y la guerra de venganzas, mostraban un contraste marcado con las que dominaban tanto a las tribus Záparas como de Avijiras y Shiripunos que practicaban la poliginia lo mismo que se exterminaban en interminables guerras de venganza[58].

En cierta manera, los Kichwa constituían el perfil idóneo para los nuevos tiempos que se anunciaban luego como fenómeno paralelo la crisis generalizada del comercio cauchero y significó la ruina de de los hacendados en las cuencas del Napo y Tigre.

Coincidente con el final de las haciendas fue la terminación de las tribus Záparas. En cierto sentido. En forma increíble, los Záparo que habían encontrado en las haciendas el apoyo para sobrevivir como etnia en un contexto de violencia habían sucumbido víctimas de las consecuencias que entrañaba su funcionamiento.

Las guerras interétnicas acabaron en enfrentamientos de exterminio entre las tribus al interior del inmenso territorio que ocupaban las poblaciones de filiación lingüística Zápara. El frenesí de la captura de esclavos los había conducido a hacer presa de las poblaciones tribales de la misma identidad.

Finalmente las epidemias contribuyeron a su acabamiento. Tras las epidemias se produjo la expansión de las tribus Huaorani que, en su avance hacia las cabeceras del Curaray, desde el Yasuní y Tiputini remataban a los Záparos que agonizaban bajo los efectos letales de la fiebre amarilla, viruelas y sarampión.

De tal suerte que tanto las poblaciones Kichwa como las Huaorani se encontraron en varias escaramuzas en la competencia abierta por

57 *"...sin embargo, dada la escacez de personal administrativo y policias con que contaba el gobierno en estas zonas del Bajo Napo, y la facilidad con que las autoridades podían ser persuadidas para participar en el contrabando es comprensible que los caucheros afirmaran que era "fácil eludir a las autoridades para llevar a los indígenas a las zonas de los ríos Ucayali, Caquetá, Tigre y Madre de Dios...". Algunos (de los indígenas así llevados) deben haber muerto en esas zonas que eran infestadas de fiebre amarilla, beri-beri y paludismo".* Ibidem.

58 *"Fuera de esta situación hostigada por los blancos, los Záparos y los Runas mantenían relaciones de comercio entre sí. Sobre este mismo aspecto Lagerda, informante de Avendaño, comenta de sus experiencias en el oriente a mediados del siglo xix: "lo extraño es que cuando no los autorizan los pocos blancos que van al Napo, jamás los maltratan los Záparo (a los Quichua)". Según Simson, cuando los Napo se encontraban con los Záparos, se ignoraban mutuamente, y los Napos no les ofrecían chicha, es decir, les negaban la cortesía más importante de reconocimiento social entre los Quichua".* Id., p. 61.

la conquista del espacio otrora bajo control de los Záparo. Esta vez los Kichwa encontraron a un poderoso aliado en la Compañía Shell que, para finales de la década de los 30´s, luego de la profunda crisis mundial, exploraba los bosques amazónicos en busca de petróleo.

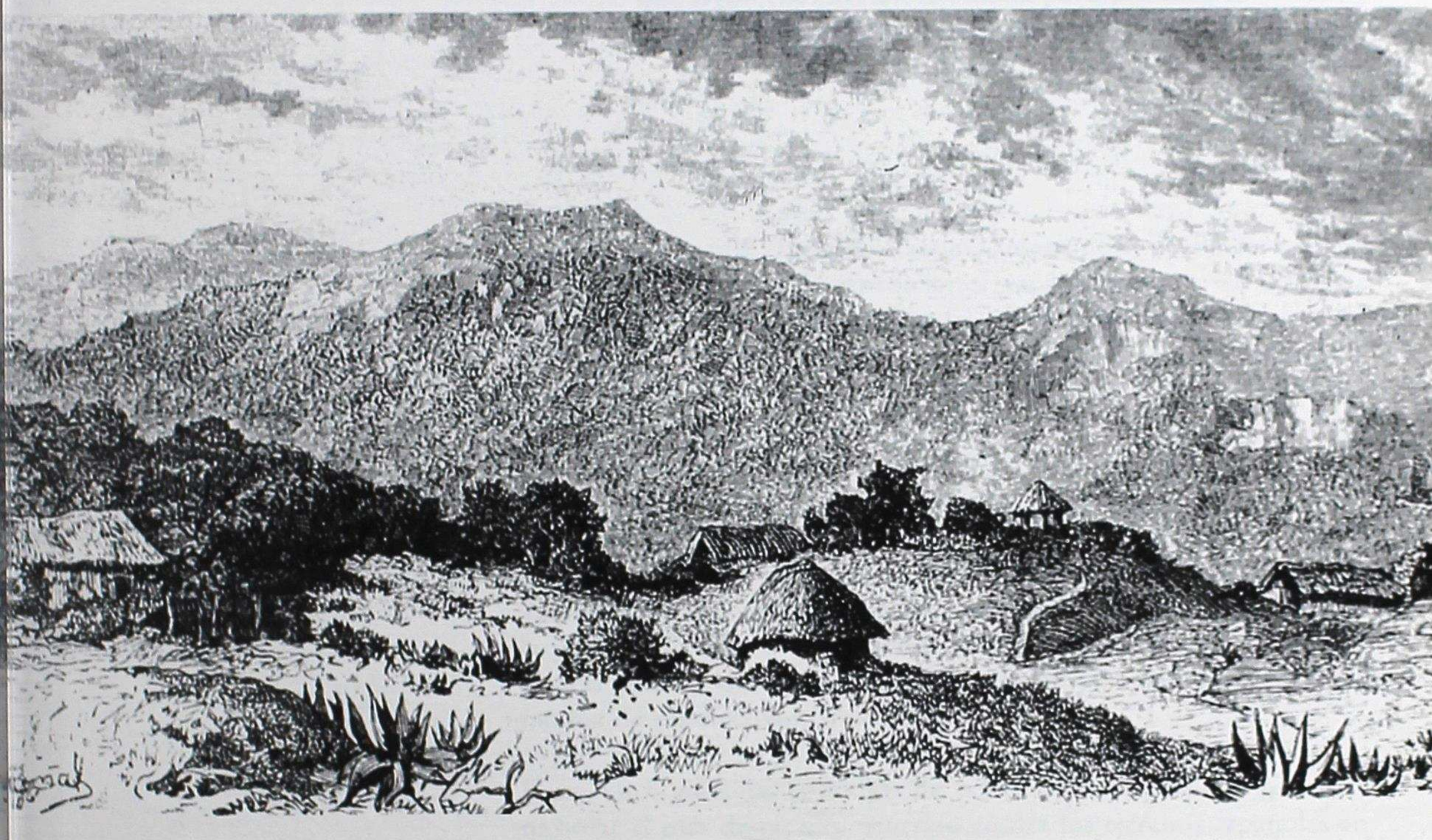
Los episodios que siguen a estas escenas, brevemente reseñadas, son relativamente conocidos. Las comunidades Kichwa han logrado ocupar exitosamente las riberas del San Miguel-Putumayo, del Napo, la subcuenca del Villano-Curaray y la del Bobonaza.

Las comunidades Huaorani extienden sus dominios por los extensos bosques delimitados por la ribera izquierda del Curaray y el Yasuní. Se han interpuesto en este proceso de confrontación interétnica nuevos actores y transcurren otros sucesos en escenarios globalizados a causa de la integración fronteriza y las preocupaciones ambientales.

El inicio del nuevo milenio provoca la reflexión inevitable acerca de lo que el futuro depara a este escenario tan intensamente transitado por diversos actores desde la más remota antigüedad y donde han transcurrido escenas que, de una u otra maneras, contribuyen a esclarecer la imagen coetánea.

Primera Parte

La más remota antigüedad



En los bordes del imperio

CAPÍTULO I

DOMINIOS TRIBALES

"(Los Mayuruna)...acostumbran herir los rostros de los niños
en forma de una criba, y curando estas pequeñas cisuras
les hacen capaces de recibir sin dolor
los delicados cañones de plumas pequeñas de diversos colores,
que les introducen, y hacen formidable el rostro humano...
que según ellos decían lo vsaban para presentarse
formidables a sus enemigos" [1].

Entre las poblaciones amazónicas coetáneas de las primeras expediciones españolas hacia el este que siglos más tarde sufrieron los espantosos estragos del álgido período correspondiente a la explotación del caucho se cuenta la de las tribus Záparas.

En el pasado, las incursiones de los misioneros, primero jesuitas y luego dominicos, incidieron en diversos aspectos de su universo social y político. Datan de este lapso numerosas reducciones.

También varias epidemias que, en una secuencia trágica, diezmaron a la población de estas fundaciones misionales. E inclusive guerras de diversa escala y duración que contribuyeron aún más a la ostensible merma de sus efectivos demográficos.

Entre estos variados episodios de confrontaciones bélicas conviene recordar el más destacado, ocurrido contra los ejércitos españoles en Mocoa. Y junto a éste, otros que enfrentaron a los Záparo contra las tribus Jíbaro en el Pastaza y, en la frontera étnica del norte, contra los Angotero en el Napo.

En fin, escapan a todo registro las innúmeras guerras intertribales y habría que mencionar entre estos conflictos las rebeliones que, en más de una ocasión, los enfrentaron a las armadillas que los misioneros se veían precisados a organizar para impedir su ampliación hacia otras fundaciones.

1 Don Manuel Mariano Echeverría..., Op. Cit., p. 57.

En todos estos eventos no hubo pérdidas tan apreciables como aquellas que arrojó cerca de medio siglo de actividades desplegadas por hacendados y comerciantes. Las poblaciones tribales, otrora consideradas entre las más numerosas y prestigiadas de la cuenca, desaparecieron de manera súbita.

Medio siglo después, cerca de finales del milenio, el grupo más numeroso que aún existía estaba concentrado en el alto Tigre. Pronto llegaron noticias sobre otros grupos: descendientes de los Gayas en Pacayacu y en el Curaray, de la tribu Zápara en la comunidad de Llanchama, de los Andoas en el bajo Bobonaza.

Y hasta de Donasco, último sobreviviente de algún grupo del alto Curaray, del actual emplazamiento de Toñampari, diezmado por la fiebre amarilla, liquidado por los Huaorani; y él, esclavizado y dado en matrimonio a una mujer Huao.

Los Záparo del alto Tigre únicamente aciertan a expresar que la gente de sus tribus desapareció a causa de los tigres comegente que aparecieron en los bosques de manera sorpresiva. De la misma manera se esfumaron sin dejar rastro de ellos ni de los Záparo.

Las pocas evidencias hasta ahora halladas y evaluadas permiten concluir que fueron diversos factores los que concurrieron a provocar este fenómeno. Ante todo epidemias. No poco contribuyó a incrementar las estadísticas de los desaparecidos la esclavización de indios en las haciendas caucheras y el tráfico inhumano hacia las explotaciones.

Y es probable que el tercer factor en este registro jerárquico sea la proliferación de las guerras de venganza entre familias, tribus y, ciertamente, etnias. Este factor no puede explicarse sin entender las dimensiones que alcanzó el segundo, antes mencionado.

Debido a la incidencia de estos factores, especialmente las epidemias, la geografía regional experimentó apreciables cambios. Sus antiguos territorios tribales quedaron prácticamente despoblados. Algunos, acaso los más numerosos, adoptaron la nueva identidad Kichwa que se afianzaba en los antiguos dominios tribales.

El grupo del alto Tigre permaneció allí aún después de la época en la que se difundieron las letales epidemias. Sobrevivieron a la destrucción del pueblo y puerto de Santa Rosa, sobre el Conambo, por la misma causa. Fueron silenciosos testigos de la guerra contra el Perú.

No ocurrió lo mismo en el dilatado espacio que fuera ocupado por otras tribus. Este figuró como un espacio vacío. Por esta razón, en los

años posteriores se asentaron algunas familias Achuar que permanecen hasta la actualidad.

La inmigración posterior de algunas familias Shuar y Kichwa han contribuído al poblamiento del alto Tigre. Centros poblados como Conambo, Pinducyacu, Chuyayacu y Curiyacu han acogido a buena parte de los inmigrantes, en tanto que otros centros como Masaramu, Torimbo, Shiona, Balsaura y Tigre constituyen caseríos que agrupan de manera exclusiva a las familias Záparas[2]. La población de estas aldeas se estimó, para el año 1995, en 900 habitantes.

La población estrictamente de origen Záparo no es representativa. Apenas si puede estimarse que el 40% de la población total es nativa y, por lo tanto, mantiene buena parte de sus nexos parentales que lo identifica con sus ancestros Záparo.

El resto son inmigrantes de origen Shuar, Achuar y Kichwa que se han incorporado a los asentamientos existentes, sobre todo en el caso de Pinducyacu y Conambo, y en el transcurso de los últimos quince años. Desde el punto de vista lingüístico, la lengua general es el Kichwa.

Esta la hablan tanto los nativos Záparo como los inmigrantes de origen Shuar y Achuar. Sin embargo, cada uno de estos grupos étnicos mantiene vigente su propia lengua para fines de comunicación entre su gente.

La población local muestra un grupo dominante de gente joven. Aproximadamente el 45% son menores de 15 años, el 42% se encuentra comprendido entre los 15 y 45 años, y el 13% restante tiene edades comprendidas entre 45 y 80 años de edad.

La modalidad de asentamiento predominante es en aldeas o centros poblados o caseríos que se ubican en los dos principales sistemas fluviales, el Conambo y el Pinduc, en tanto que uno solo se ubica en el sistema del río Corrientes.

La población Zápara se encuentra localizada principalmente en los Centros de Balsaura, Tigreyacu, Shiona y Torembo, aunque de hecho, en los centros principales, Conambo y Pinducyacu, existen algunas familias, siendo las mayoritarias las de los grupos inmigrantes.

El grupo principal lo conforma un núcleo familiar originario compuesto por tres personajes centrales que guardan entre sí la relación de primos carnales y hermanos. Estos son Puruña Ushigua y sus hermanos, Roque y Valerio.

2 La información utilizada para el presente capítulo fue obtenida en el trabajo de campo efectuado en el mes de Septiembre de 1993 para una consultoría relativa al Bloque Záparo y su población contratada con el Tratado de Cooperación Amazónica. Consistió éste en el recorrido por los asentamientos de los rios Conambo y Pinduc y el Tigre, incluyendo la zona que corresponde a la franja de seguridad nacional.

Para el conjunto de los pobladores locales, los tres personajes son considerados como hermanos, lo que constituye el componente referencial de la población. Las familias de estos tres personajes se encuentran ubicadas en Balsaura y Shiona.

Otros grupos familiares, Ruiz y Armas, se encuentran asentados en Torembo y Conambo; en tanto que Lorenzo Huatatoca es el fundador del grupo familiar que reside en Tigreyacu.

La tradición oral cuenta que hacia el Conambo vivió un gran brujo, Eusebio Cusi, cuyo prestigio llegó hasta el bajo Tigre, como uno de los mejores curanderos de la zona. Es posible que esta referencia aluda al período del caucho; esto es, por los años 1920-30 que es el límite temporal concebible para la memoria histórica de los sobrevivientes.

En cierto sentido, tanto Puruña como sus primos - y hermanos entre sí- Roque y Valerio, tienen a su haber aproximadamente unos setenta años, cada uno, lo que remonta su fecha de nacimiento a los años 1920-30.

Es probable que, entonces, no fueran testigos directos de lo ocurrido con la mayoría de la población, sino más bien testigos indirectos, en el sentido de que recibieron la información pertinente, a través de la transmisión oral, de la generación de sus padres.

La población de los cuatro Centros a los que corresponde la totalidad de la población Záparo asciende a 119 habitantes. Esto es, la población de los Centros Balsaura, Tigreyacu, Shiona y Torembo. Si a ésta sumamos la población de Conambo, estimada en 106 habitantes, obtenemos un total de 225 habitantes a los que es factible atribuir la identidad Zápara; es decir, entre el 40 y 45% del total.

La población en cada una de las comunidades locales del alto Tigre se encuentra distribuida así: en el Pinduc yacu, Chuyayacu, tres familias y veintitrés habitantes; Pinducyacu, seis familias y cincuenta y cuatro habitantes; Curiyacu, una familia y ocho habitantes; Balsaura, tres familias y trece habitantes; Tigre, una familia y seis habitantes.

En el Conambo, Shiona, siete familias y cuarenta habitantes; Torimbo, siete familias y sesenta habitantes; Conambo, veinticinco familias y doscientos cincuenta habitantes; Masaramu, cuatro familias y veinticinco habitantes; Alto Corrientes, tres familias y veintisiete habitantes. Sea, en total, cincuenta y ocho familias con quinientos habitantes[3] de los cuales son Achuar 10 familias; Kichwa, 12; Shuar, 13; Záparo, 23[4].

3 Costa, Patrick, Informe de la situación socio-económica del Bloque Záparo. Farmaceúticos sin fronteras, Marzo de 1993. Mimeo.

4 Investigación de Campo TCA, Septiembre/93

En términos generales, tal población mantiene ciertas reservas para manifestar públicamente su origen étnico y prefieren presentarse como Kichwa lo que facilita tanto su comunicación con el mundo circundante como la preservación de sus nexos de identidad en un nivel de cierto secreto.

Una de las más sobresalientes características atribuídas tanto por los misioneros cuanto por los viajeros europeos del siglo pasado, es la de ser insuperados cazadores y pescadores. En cierto sentido, esta caracterización proviene de la diferenciación que existió entre dos tipos de asentamientos tribales: por una parte, aquellos fluviales y, por otro, lo interfluviales o de montaña adentro.

No se conoce referencias acerca del estado de la agricultura, a no ser aquellas de Magalli[5], misionero que, a mediados del siglo xix logra recopilar valiosos datos relativos al estado de las tribus del interior de su territorio. Su apreciación es que los asentamientos tribales constan de algunas -pocas- malocas rodeadas de amplias chacras.

Otros testimonios permiten suponer que estas chacras estuvieron dedicadas unicamente a ciertos cultivos como la yuca, el mandi, el plátano y acaso el maíz, lo que significa una importante diferencia con aquellas poblaciones que, en cambio, lograron importantes avances en la especialización agrícola.

Es probable que las poblaciones de los asentamientos fluviales y lacustres[6] tuviesen mejor desarrollada la agricultura, en el contexto del vasto territorio tribal. En éste dominaron las formaciones altas así como las tierras de vega son las que presentan condiciones idóneas para tal actividad productiva.

No es posible descartar que en este apreciable desarrollo haya incidido la influencia de los misioneros. Uno de los aportes de las misiones y que, más tarde, fueron recuperados, en cierto sentido, por los habitantes colonos de las poblaciones mixtas, características del siglo xix, fue el acceso a ciertos productos[7] de la agricultura que, introducidos por los misioneros y migrantes, tuvieron un apreciable éxito al incorporarse a los patrones de consumo de los indios conversos y, a través de éstos, hacia las poblaciones de infieles.

En realidad, los asentamientos sedentarios estuvieron enfocados hacia el desarrollo de la agricultura y a la producción de excedentes para el sostenimiento de la población local. Sobre esta base, fueron incorporadas algunas actividades como la recolección de los huevos de charapa[8] y la caza del animal[9] que, casi siempre, proveyó de aceites finos y carne fresca para los tiempos de escasez[10].

5 Magalli, Cartas Apostólicas, Quito, 1890. Apud.

6 Sobre todo de las lagunas que se encuentran ubicadas hacia el curso medio y bajo del Curaray. NdA.

7 Por ejemplo, la caña dulce, variedades de frutas como los cítricos, plátano y piñas. NdA.

8 Un recurso estratégico para el conjunto de las poblaciones fluviales y lacustres. De hecho, los asentamientos interfluviales estuvieron también vinculadas a la disponibilidad abundante de este recurso que, de manera estacional hacia la temporada de estiaje al finalizar el año se lo encontraba en las playas de los grandes sistemas fluviales. NdA.

9 Según ciertos testimonios, el tamaño de las charapas (*Podocnemis expansa*) en aquellos tiempos era impresionante: lo mismo que su número. La carne de charapa, que los huevos, forma parte de la nutrición normal de las poblaciones nativas. NdA.

10 La costumbre de algunas poblaciones ribereñas era la de atrapar a un grupo de charapas mediante el ingenioso mecanismo de cerrar con estacas de chonta (*Bactris gasipaes*), una especie de corral en la playa en la que se encontraban desovando. De esta manera eran mantenidas en cautiverio por algún tiempo siendo alimentadas con hojas de mandi. NdA.

Se complementaba este perfil con actividades de recolección de zarzaparrila, vainilla canela y otros productos naturales que, al igual que el copal, las resinas, la cera de abejas y el aceite de charapa, estaban destinados a abastecer a las redes de comercio de las misiones y, posteriormente, de comerciantes del Amazonas.

Tanta importancia tuvo esta actividad que en las riberas del Conambo, un poco más arriba de la confluencia con el Pinduc que da nacimiento al Tigre, floreció la población de Santa Rosa, sitio en el que, según la tradición local, estuvo ocupado por algunos comerciantes vinculados a las redes comerciales que llegaron hasta el Puerto de Iquitos.

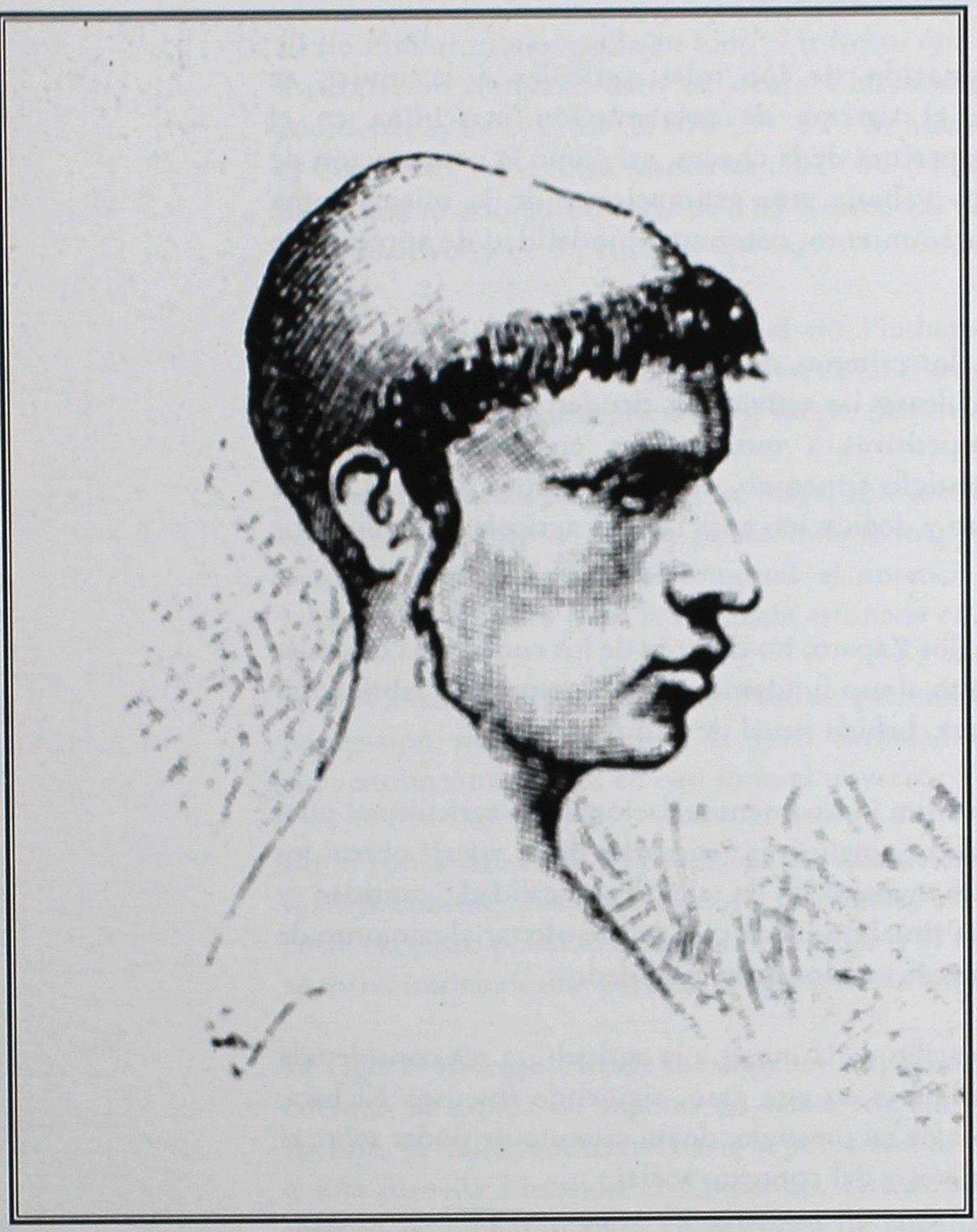
Sin embargo, de todos estos episodios pocos rastros han quedado. Si en algún momento hubo una intensa ocupación del territorio, bien en las condiciones de la vida tribal, bien en las de la explotación de los recursos para fines de abastecimiento del mercado, los años que median entre tal época y la actual se han encargado de restituir a la zona los pefiles de un bosque tropical en el que son difíciles de discernir trazas de alguna posible ocupación.

Desde los sistemas de ocupación tradicional hasta los actuales que son visibles entre los pobladores que se pertenecen a la identidad Záparo media un proceso de modificaciones radicales. Son perceptibles, por ejemplo, el abandono de los sistemas de asentamiento disperso y de las grandes Malocas como tipo de construcción tradicional para uso colectivo, por asentamientos concentrados exclusivamente fluviales y por casas de habitación familiares del tipo Kichwa.

En términos productivos, no sólo que son visibles los usos de una agricultura apreciablemente desarrollada, sino además, el manejo de los recursos mediante el sistema de los cotos de caza familiares, purinas, como modalidad de acceso social al recurso de caza estacional.

Este sistema constituye la forma más importante de acceso a los recursos: las purinas son reservas de caza y pesca de cada familia y eventualmente sirve para la recolección de algunos frutos o materias primas.

El sistema de cultivos de huerto o chacras, mantenido en el asentamiento principal y en las purinas permite un uso adecuado de la riqueza de suelo concentrada mayormente en las zonas de vega de los ríos principales. En el pasado y en la actualidad entre las familias de origen Záparo es una de las actividades que proporciona una buena parte de los recursos con que cuentan para su alimentación.



Peinado de los Yumbos. Vignal. Fotografía. En Grabados*...P. 73.*

La diferencia radica en que las actuales condiciones de sedentarización y concentración de los asentamientos exige un manejo adecuado de los territorios cercanos para fines de la agricultura, aspecto que, una vez más, es asimilable a los usos culturales de la población Kichwa.

Aparte de la asignación de los roles agrícolas a la mujer, se encuentra vigente el sistema de colaboración masculina en el proceso inicial de apertura de la chacra, así como la cooperación de las mujeres de dos y hasta tres generaciones de la misma rama familiar en su mantenimiento, como una modalidad de aprendizaje intergeneracional.

Al mismo tiempo, los criterios de prestigio jerárquico actúan en el ámbito de la horticultura: las actividades tienden a ser individuales y enormemente competitivas a medida que en los asentamientos concentrados el prestigio femenino, entre los grupos de edad, crece por su conocimiento y dedicación a las labores agrícolas así como por sus rendimientos.

Hasta cierto punto, los Záparo, no difieren de los contextos culturales amazónicos en cuanto al uso fundamental de la yuca en la fabricación de la chicha o cerveza, bebida ritual de alto prestigio.

A este factor se encuentra intimamente relacionada la agricultura: pues depende de la calidad e, inclusive, variedades de la yuca[11] obtenidos como resultado del trabajo de la chacra la calidad, cantidad y variedades de bebida ritual que cada casa puede ofertar al conjunto de parientes o simplemente vecinos de la localidad.

De ahí que la dedicación de la mujer a la agricultura sea considerada un factor que prestigia y, en este caso, siguiendo los usos Kichwa, provee a la portadora de tal prestigio, de un estatuto de poder sobre el conjunto de las mujeres y del contexto social.

Un segundo factor suele acompañar al ya enunciado. Se trata de la fabricación de la cerámica. Este hecho es observable en la actualidad entre las mujeres: al igual que en la agricultura, muestra una fuerte influencia de la cultura Kichwa, inclusive en aquellos aspectos que vinculan estas actividades a cierto nivel de creencias de carácter religioso.

Tal es el sentido del proceso de adquisición del prestigio de parte de la mujer y tal la localización de sus afanes últimos: transformarse en mediadora de los poderes de la divinidad de la agricultura y la cerámica [12].

11 Y otros productos como el maní, camote, mandi, etc. NdA.

12 Para el caso no ha sido posible registrar los nombres en Záparo para la deidad que en Kichwa es conocida como Nunkui o Nungulli. Es posible que éstas hayan tenido orígen Jíbaro.

Otra actividad de importancia es la recolección de ciertas especies con valor medicinal o de mercado como la sangre de drago, aceite de palma, canela, ishpingo, así como de fibras para el tejido de canastas[13] y arcilla para la elaboración de la cerámica.

El río Pinduc es navegable en todo el trayecto que se encuentra sujeto a ocupación humana. Esto es, desde Chuyayacu, localizado en las coordenadas 01º 41' 50" S; 076º 39' 59" W, hasta su confluencia con el Conambo, en la línea fronteriza a 02º 04' 57" S; 076º 03' 32" W. Se estima una longitud total de 180 Kmtrs. En línea recta el cálculo aproximativo es de 98 Kmtrs.

En términos generales, el lecho del río Pinduc es arenisco y suele presentar formaciones de bancos de arena en el tiempo del estiaje; esto es, durante el mes de septiembre y, luego, de noviembre a enero.

El río Conambo es igualmente navegable en toda la trayectoria comprendida entre el centro poblado de Conambo y su confluencia con el Pinduc. Supera en longitud al anterior en unos cuarenta kilómetros; en línea recta la distancia estimada es de 95 Kmtrs.

El río Conambo, a diferencia del Pinduc, presenta limitaciones para la navegación fluvial debido a la gran cantidad de troncos que se encuentran sumergidos en casi todo el trayecto.

En la época de estiaje, el caudal de los dos sistemas fluviales baja de manera considerable; en el caso del Conambo, el tramo comprendido entre el centro poblado del mismo nombre y el caserío de Masaramu se torna impracticable para la navegación con motor fuera de borda.

El Tigre es navegable desde sus orígenes: hay referencias históricas que cuentan la subida de vapores de calado medio hace un siglo atrás. Incluso, el tráfico comercial hacia la población de Santa Rosa, ubicada a una jornada surcando el Conambo, estuvo basado en un tráfico intenso de embarcaciones en la época de auge de estas actividades, unos sesenta años atrás.

Las rutas fluviales descritas, al igual que en el pasado, son utilizadas para fines de movilización hasta las purinas. Estas se encuentran localizadas sobre las riberas de los dos sistemas fluviales, en los espacios comprendidos entre los centros poblacionales. En este caso, la carencia de motores fuera de borda es reemplazada por la navegación tradicional en canoas de baja capacidad de carga, movidas a palanca o remo.

En el grupo del alto Tigre no se encuentran comprendidos todos los Záparo que han sobrevivido bien como familias bien como

13 Sobre todo las denominadas Zaparo que consisten en un doble tejido que en el centro va con hojas que la impermeabilizan lo que hace de este artefacto altamente útil en las estaciones lluviosas.

individuos. En los capítulos subsiguientes se registra información acerca de aquellos que fueron localizados.

El hiato existente entre la realidad contemporánea y la histórica es abrumador. Resulta en extremo difícil entender que la población tribal más numerosa de este segmento de la cuenca se haya reducido de manera tan espectacular a apenas un grupo minúsculo y fragmentado de sobrevivientes.

Impresiona más su autopercepción de los hechos. Algunos entendieron que con cada Záparo desaparecido se borraba la memoria de su lengua[14]. Otros se imaginaron como los únicos individuos sobrevivientes de una gran catástrofe.

Una mirada hacia atrás, sobre el tiempo transcurrido, permite comprender que para el siglo xix, cuando acaso se iniciaba este proceso, hubo signos que lo evidenciaron a los ojos de los viajeros europeos que recorrieron su territorio o tuvieron noticias de ellos.

La imagen de fragmentación tribal y el hecho del sometimiento absoluto a los hacendados y comerciantes es la tónica de la época, contrastante en todas sus dimensiones con aquella que se formaron los misioneros de Maynas.

En esta época las numerosas tribus Záparas hicieron de su territorio un baluarte contra las arremetidas insistentes de los misioneros que intentaron reiteradas expediciones por el Pastaza, el Curaray, Tigre, Nanay. Intervinieron en diversas rebeliones y participaron en las guerras regionales en las que figuraron junto a las tribus Tukano, Jíbaras y Huitotas.

Por estas consideraciones bien vale emprender en la tarea de dirigir el análisis hacia el pasado. En parte, a fin de desentrañar por lo menos algunos de los secretos que se llevaron consigo las tribus y hombres que desaparecieron. Y en otra parte, a fin de aportar con algunos elementos al conocimiento del pasado etnográfico y etnológico amazónico.

¿Cuáles son las referencias antiguas que se tiene acerca de este pueblo? Las más antiguas corresponden a la época de las expediciones emprendidas por los misioneros jesuitas. En rigor, éstos establecieron que el territorio que éstas ocupaban formaba un gran polígono.

Su base constituía el Marañón, el tramo comprendido entre la desembocadura del Pastaza y, hacia el este, la del Napo. Los dos rios formaban sus límites al oeste y al este. En tanto que cerraba por el

14 Comunicación personal de Carlos Viteri, Puyo.

norte la cordillera de los Llanganates. En ésta fueron cruciales los pasos naturales del cauce del Pastaza y del segmento sur del alto Napo.

Para el siglo xix, la reconstrucción aproximada de este territorio era como sigue: por el norte hasta el río Arajuno, a través del cual tuvieron acceso a la navegación por el Napo.

Por el sur, ocuparon las cabeceras del Villano, principalmente el Lliquino, y las dos riberas del Curaray, conocido desde tiempos antiguos como el río de los peces. Desde el Curaray, en sentido sureste, ocuparon los territorios comprendidos por el Conambo y el Pinducyacu y posiblemente hasta el Tigre, aguas abajo. Y hacia el sureste, el Nanay.

A pesar de estos cambios ocurridos en el transcurso de cuatro siglos, la imagen dominante era que estas tribus se encontraban inmersas en un espacio dominado por una lengua, sustentado en una alianza política intertribal y que tenía bajo control los espacios limítrofes, en el Napo y en el Pastaza, en los que se mantuvo, por largo tiempo, un estado de guerra sin cuartel.

La lengua de los Záparo alcanzó una apreciable difusión. Al tiempo cuando las misiones jesuitas los descubrieron, colonizaron y evangelizaron, el conjunto tribal estuvo integrado por 28 grupos etnolingüisticos y comprendía aproximadamente 217 tribus. Su población total fue estimada en 98.500 habitantes[15]. Para la percepción de los misioneros, la nación más numerosa de la cuenca fue la de los Záparo.

Como una prueba de la ocupación histórica por parte de estas tribus han permanecido varios topónimos. Entre otros, Muegana, Curaray, Shiripuno, Tiputini, Nushino, Nashiño, Villano, Andoas, Yasuní, Rotuno, etc.

En otros casos es perfectamente reconocible la filiación histórica de ciertos linajes. Entre otros, los Penday, y los Chontoa, Gualinga y Sante; o los vestigios de la ascendencia de los Coronado o Ipapitza, los Ayucuri que poblaron el alto Tiputini y otros.

Otros viajeros que visitaron estos territorios hace al menos un siglo atrás, mencionan que en su época se mantenía fresca la memoria de numerosas tribus que, poco tiempo después, fueron olvidadas por completo en la memoria local.

Fueron éstas la de los Chaduviña, Chiripuno, Frascadina, Itremoxore, Huasaga, Manta, Matagene, Miscoara, Nushiño, Pava, Simigaya, Pinchis, Quiruvina, Supinu, Tiputini, Ushpa, Yasuníe, Cahuaruano, Andoa, todas ellas con todas sus numerosas parcialidades.

15 Palacio, Luis, Historia del Napo, CICAME, Pompeya, 1983; p. 92.

Torneo de lanzas entre dos tribus Záparas. Vignal. Fotografia. Grabados *p.118.*



De manera que la impresión de que se trataba de un territorio intensamente habitado por numerosas tribus se había ya desvanecido por completo para la percepción de los años subsiguientes. Así, en el año 1887, un misionero aseguraba que únicamente el territorio comprendido entre el Arajuno y el Bobonaza, estaba poblado en su mayoría por habitantes Záparo.

Para este época era posible distinguir al menos dos fracciones: la una ocupaba el espacio definido por la desembocadura del Arajuno hasta la del Curaray en el Napo y desde allí en dirección al curso bajo del Tigre.

Y la otra, localizada hacia la desembocadura del Villano en el Curaray. Esta comprendía los asentamientos del Lliquino. La primera fracción era la más importante desde el punto de vista demográfico. La segunda comprendía, al parecer, pocos habitantes fuera del centro poblado[16].

Por estos mismos años se registró un intenso tráfico comercial por estos ríos. Algunos vapores surcaron las aguas del Tigreyacu y el Conambo sin que en las noticias de estos viajes figuren asentamientos importantes de poblaciones Záparas. En 1873, el vapor Mayro navegó por las aguas del Tigre en una travesía estimada por su capitán, un tal Mr. Butt, en 104 millas, equivalentes a unas 35 leguas.

Escribió en su diario que pudo surcar por 12 o 15 millas más, de no ser por la por falta de víveres. De manera que la ausencia de pobladores era ya un hecho. Aún en sus orígenes que para la época se suponía estaban localizados en los llanos extendidos entre los rios Bobonaza y Curaray y estaban formados por el Callana y el Piquene[17].

Algunos años más tarde, con el nombre de río Tigre y Conambo la misión dominicana estableció dos poblaciones en 1937, recogiendo algunos indígenas dispersos del Napo y de otras tribus selváticas. La primera contaba con tres blancos colonos y 124 indígenas, situada a las márgenes del Tigre, formado por la unión de las aguas del Conambo y del Pinduc.

La segunda, en la ribera del Conambo, tenía 119 indígenas que procedían de familias Záparas; éstos reunidos en cabañas formaban dos aldeas, donde hubo oficina de tenencia política tambien la misión tuvo allí un puesto para el servicio religioso que era ocasional. Se llamaba San Jacinto de Pinduc.

Para esta época, entre los años 1920 y 1940, las tribus Záparas soportaron el temible flagelo del sarampión lo que las redujo a contados núcleos poblacionales que han subsistido hasta la actualidad.

16 *"La mayor parte de los hombres de esta tribu son Záparos convertidos ...La población, es decir, la iglesia está situada a la rivera izquierda del Curaray a un día de camino de la fuente misma del río. El Curaray es, por decirlo así, el río de los Záparos: sus tambos se divisan sobre las dos riveras. Estos Záparos se dividen en dos fracciones importantes: la una, la más numerosa, se compone exclusivamente de infieles y habita en la embocadura misma del río al norte, entre el Curaray, el Napo y la parte inferior del Arajuno; y al sur, en el espacio comprendido entre el Curaray y el curso inferior del río Tigre; la otra, la menos importante, es la que tiene por centro la población del Curaray, al cual podemos decir que pertenecen los tambos de infieles diseminados sobre las riveras del Lliquino"*. García, Lorenzo Historia de las Misiones en el oriente ecuatoriano, Abya Yala, Quito, 1985. P. 263.

17 Villavicencio, Op. Cit., p. 153.

Pocos efectivos permanecieron tanto en los ríos Pinduc, Conambo y Tigre, como en el Villano.

En este sentido, lo que hoy se entiende es el territorio del pueblo Záparo, no es sino una fracción, bastante reducida, de lo que fue hasta hace siglo o siglo y medio, si nos atenemos a las numerosas referencias históricas existentes.

Las expediciones organizadas hacia el interior del territorio Záparo son pocas. Todas datan del tiempo de las misiones de los jesuitas. Fue debido a la gran importancia cultural y política de las poblaciones que ocuparon estos territorios que, desde los inicios de la colonia fueron visitadas asiduamente por estos misioneros.

Algunas expediciones lograron llegar hasta los espacios más recónditos de su territorio tradicional. En las cuencas del Bobonaza, Tigre y Curaray fueron fundados numerosos pueblos de los que, sin duda alguna, merece mención la población de Canelos, convertida en época tardía, en el centro de las actividades misioneras para este gran espacio.

Es evidente que nos hallamos frente a un vasto territorio con acceso hasta y desde el Marañón a través de los tres sistemas fluviales más importantes, el Tigre, el Pastaza y el Napo. Incluso, algunos viajeros, aunque no encuentran parangón posible entre los dos primeros y el último, consideran que le siguen en importancia los dos mencionados, entre el conjunto de tributarios del Marañón.

Desde el punto de vista político administrativo, un siglo atrás, estos espacios fueron considerados como pertenecientes a las tribus de Záparos. En la Convención Nacional de 1884, citada por T. Wolf en su Geografía y Geología del Ecuador, se señala la creación de tres jurisdicciones: Napo, Canelos y Zamora, en orden a la organización misionera implantada para la época y que, a su vez, respondía a prácticas más antiguas.

En la jurisdicción de Canelos se incluían las tribus de Záparos y Jíbaros así como las aldeas de Canelos, Pacayacu, Sarayacu, en el Bobonaza; Andoas, en el Pastaza; Lliquino, en el alto Curaray[18].

Posteriormente, durante el gobierno de Antonio Flores Jijón, se establecieron cuatro jurisdicciones eclesiásticas que fueron entregadas a las órdenes misioneras de los religiosos Jesuitas, Dominicos, Franciscanos y Salesianos[19].

El territorio en el que se encontraban asentadas las tribus pertenecientes a las tribus Záparas tuvo siempre una enorme

18 *"El territorio de Napo encierra los pueblos de Napo, Archidona, Tena, Aguano, Napotoa, Santa Rosa, Suno, Coca, Payamino, Avila, Loreto, Concepción, Cotapino, S. Rafael, S. Miguel de Aguarico. Además, las tenencias de Sinchichicta, Asumy, Maran y demás tribus y territorios que componían el antiguo gobierno de Quijos hasta el Amazonas. El territorio de Canelos se compone de los pueblos de Canelos, Zarayacu, Pacayacu, Lliquino, Andoas, las tribus de Záparos y Jíbaros y los demás que componían las misiones de Canelos y los territorios adyacentes del reino de Quito, cuyos límites deben fijarse conforme a los tratados".* Wolf, Teodoro, Geología y Geografía del Ecuador, p. 613.

19 García, Op. Cit., p. 234.

importancia por su localización, ya que comprendía una buena parte de la cuenca del Marañón.

Contaba con tierras relativamente llanas y bien servidas por la navegación fluvial: en efecto, al este el Pastaza y al noroeste el Napo permitían el acceso al territorio de dos poderosas naciones, de los Jíbaro y Encabellado.

Y tenía fácil acceso desde el pie de monte cordillerano. En particular hacia el norte donde se supone que mantuvieron una frontera de intercambios con las tribus Quijo del alto Napo.

Diversos factores contribuyeron a afianzar el carácter estratégico de este espacio. Uno, que éste fue punto de ubicación de las escuelas de lenguas de los jesuitas; dos, Puerto Napo, fue una de las entradas para las misiones del Napo y Amazonas; y tres, al mismo tiempo éste fue el punto de acceso al asiento de la Real Audiencia de Quito.

Por el sur, en cambio, tuvieron acceso a las culturas de influencia Tupí-Guaranítica cuyo centro fundamental, el Reyno de Omagua, influenciaba a las tribus Cocama, Yameo, Iquito y Peba.

De tal manera que, las tribus Záparo estuvieron en el contexto en el que se desenvolvieron dos de las grandes tradiciones culturales, lingüísticas y religiosas de la cuenca amazónica: por una parte, la de los pueblos Tukano cuya influencia se extendió desde el Napo y el Putumayo hasta el río Negro, y por otro, la de los pueblos Guaraní que desde su epicentro ubicado al extremo sur de la cuenca, llevaron su influencia hasta el Amazonas.

Pero, al mismo tiempo, la nación Záparo, estuvo en el contexto en el cual se desenvolvieron las tradiciones guerreras con mayor vigencia histórica: de hecho, las tribus de la nación Jíbaro no fueron civilizadas sino hasta el primer tercio del presente siglo, al igual que las tribus Huaorani que fueron cristianizadas a partir de 1950.

Las tribus Záparo fueron consideradas, en su mayor parte, como bárbaras; pese a que habían adoptado ya para el siglo xix el Kichwa. Esta categorización significaba que poco o nada tuvieron que ver con las redes de distribución y consumo de la sal, controladas por las misiones, así como fueron renuentes a aceptar la transformación de sus usos poligínicos y, sobre todo, al abandono de las guerras de venganza intra e intertribal.

A pesar de los reiterados intentos de los jesuitas por establecer reducciones, ni los avances por el Napo ni por el Pastaza aguas arriba

posibilitaron el debilitamiento de las dos naciones, Zápara y Jíbara, entre las cuales mantuvieron confrontaciones hacia el límite de este último río.

Unicamente las misiones dominicanas lograrían establecer fundaciones relativamente estables en la zona, penetrando por las cabeceras del Bobonaza. Pero estos sucesos fueron parte de la historia decimonona, etapa en la que ocurrieron importantes transformaciones en las configuraciones societales y políticas de estas naciones tribales.

En este universo de importantes influencias lingüísticas y culturales siempre existió un importante tráfico comercial instaurado en torno a las principales redes fluviales de navegación; esto es, el Napo, el Pastaza, el Tigre y sus afluentes menores.

La sal, el curare, los conocimientos herbolarios, las lenguas de prestigio e, incluso, esclavos fueron objeto de intercambios en estas fronteras externas. En algunos casos dominadas por los pueblos especializados en la navegación fluvial, como el caso de los Omagua, los Acuterë y los Coto.

Estos, para el siglo xix, al igual que para épocas anteriores, se habían convertido en fuerzas piráticas en el Napo. En este escenario de grandes ofensivas, esclavizaciones y descalabros sociales, propiciado por las actividades del comercio cauchero, éstos dirigieron sus incursiones hacia los territorios de las tribus Záparas a las que sometieron a tenaces y crueles persecuciones con el solo propósito de esclavizarlos y verlos morir intoxicados por ingestión de arcillas tóxicas[20].

La cristianización, hasta cierto punto, transformó estos flujos de intercambio aunque, en otros casos, supo aprovecharlos en beneficio de su obra misional. Los Franciscanos, por ejemplo, controlaron el acceso a las minas de la sal.

Los jesuitas, en cambio, establecieron restricciones al comercio del curare. Y el tráfico de rehenes fue puesto al servicio de la formación de lenguas o traductores de los lenguajes nativos, cuando no de voluntarios para las armadillas organizadas para lograr las reducciones o apoyar a las expediciones de los misioneros.

Sobre la organización interna de estos territorios, aunque poca información aportan las crónicas de misioneros, al menos permite suponer que se trataba de una vasta articulación de verdaderas especializaciones en cuanto a la disponibilidad de recursos[21].

En el caso de los asentamientos fluviales de frontera, hacia las cuencas del Napo y el Pastaza, la navegación fluvial a larga distancia podía combinarse

20 Osculati. Op. Cit., p. 186.

21 *"Los Záparos ocupan principalmente el Curaray y sus tributarios, el Nushino, Nuganu, Supinu y otros, así como parte del Napo hacia las vecindades de Sinchichicta y el Yasuní..."*. Simson, Op, Cit. p. 166.





Reino de Quito en 1490-1533. Juan Morales y Eloy Ecuador, Atlas Histórico Geográfico. Tablas 12-13. Ministerio de Relaciones Exteriores, Quito 1942. La publicación de los mapas del Prof. Morales cuentan con la autorización Nº 22836 SSN-DGST, emitida el 20 de febrero de 2001 de la Subsercretaría de Soberanía Nacional del Ministerio de Relaciones Exteriores.

con la pesca de especies mayores como el paiche, la caza del manati y la captura de la charapa con la recolección estacional de sus huevos.

En cambio los asentamientos lacustres, generalmente ubicados hacia los afluentes de los principales sistemas fluviales, podían ofertar estos mismos recursos además de la pesca y de una importante variedad en cuanto a flora con diversos usos. Más restringidos en cuanto a recursos fueron los asentamientos interfluviales en los que la cacería proveía del sustento básico.

Como parte de esta organización intertribal, se debe suponer que entre las diferentes tribus existieron diversos nexos de comunicación permanente; y esto para distintos propósitos: rituales, político-militares y, eventualmente, para los intercambios matrimoniales.

En medio de este orden primitivo siempre persistió el fenómeno de la guerra. Los misioneros buscaron terminar con las contínuas guerras que protagonizaron los Gayas y que constituían un verdadero flagelo para las poblaciones amazónicas.

Hasta cierto punto, la persistencia de estos conflictos se convirtió en uno de los más importantes referentes de diferenciación entre las tribus cristianizadas y las infieles. A partir de este momento, esta diferenciación, pasó a convertirse en motivo adicional para organizarlas. Este fue el orígen de la piratería que asoló en varias ocasiones a las fundaciones misionales.

La recomposición de nuevos grupos de alianza, el mantenimiento de la movilidad hacia las fronteras interétnicas o la diversificación del acceso a los recursos, son algunos elementos explicativos de estos movimientos ocurridos al interior del ordenamiento tribal y que entrañaban, en algunos casos, la gestación de conflictos.

Una importante muestra del grado de intercomunicación al interior del ordenamiento tribal constituyen las referencias que los misioneros proporcionaron acerca de las distintas modalidades de convocatoria de unas tribus a otras con fines de alianza frente a la penetración de extraños.

En el caso que nos ocupa, el conjunto del territorio parece que estuvo atravesado de trochas o caminos que hacían relativamente fácil el acceso a sus puntos cruciales. Estos caminos no siempre fueron practicados por extraños y únicamente para el siglo presente fueron conocidos y transitados.

Esta ruta se recorría en seis y hasta ocho jornadas. Comprendía cuatro senderos: todos cruzaban desde el Napo hasta Canelos. Uno, el de

Guapuno; dos, el de Oglán; tres, el de Rodríguez; y cuatro, el del Cusano. Todos debían cruzar el Curaray[22].

Osculati, aunque no recorrió ninguna de estas rutas, logró de uno de los hacendados locales, Sandoval, una descripción fidedigna de las condiciones reinantes en uno de los espacios en los que todavía dominaban las tribus Záparas pero, al mismo tiempo, era evidente la presencia del comercio cauchero y las haciendas.

El trayecto comenzaba en Aguano de donde era preciso trasladarse a la orilla opuesta del Napo. Recorriendo rio abajo se llegaba hasta la desembocadura del Arajuno. Surcando por éste, durante media jornada se llegaba hasta uno de sus tributarios, el río Cusano.

A partir de este punto era necesario seguir por tierra. El segundo día, despues de cruzar el Sotano y el Sardinayacu, se llegaba por la tarde al río Nushino. El tercer día desde el tambo del Nushino, siguiendo el cauce del río, se llegaba a una llanura boscosa; ésta se atravieza hasta llegar al Guagraurcu, a cuyas faldas corre el río Sumino.

Una vez cruzado éste, se llegaba al Curaray y, por la tarde, a la aldea de Morete. Esta contaba con doce a quince cabañas. Estaba habitada por veinte familias Záparo. El cuarto día se pasaba de Morete a las colinas de Añango y se descendía hasta el río Añango que se lo atravieza en tres ocasiones. La ruta continúa hasta el río Busuno que luego se une al Aguano.

El quinto día desde el Turuyacu, donde se pernoctaba se toma rumbo al Callanayacu. Se cruzaba el monte Guayusa y se llegaba al Lliquino donde se encontraba una pequeña aldea, ya desaparecida, que fuera fundada por el hacendado.

En otro ejemplo, uno de los sectores considerados de alta concentración poblacional dentro de los límites del territorio Záparo, el Curaray y los afluentes de sus cabeceras, entre éstos el río Villano, era accesible también por vía fluvial desde las riberas del Napo, río abajo, y surcando luego el Curaray[23].

Precisamente en estas borduras así como podía encontrarse a aliados, como el caso de los Sinchi Chictas, igualmente estaban cercanos los enemigos con los cuales era inevitable el desate de conflictos.

La tribu de los Yasuníes, de filiación Zápara, se habían covertido también en un flagelo local[24]. Mientras el viajero hacía un alto en su itinerario, sus bogas Tzapino no durmieron ante el temor de ser asaltados por los Yasuníes, con los que se encontrabasn en permanente

22 Osculati, Op. Cit. p. 145-6.

23 *"Pasamos la Isla Pavas y otra llamada Pindo que queda más allá de la llamada Pañiushín y hasta llegar al río Tiputini: descarga sus aguas en el Napo por la orilla derecha y no tiene más de ochenta metros de largo su bocana. De aquí se surca hasta la desembocadura del río Curaray y su Zaparía"*. Id., p. 176.

24 *"Los Cunjies son parcialidad de los Icaguates: los Cunjies lo son a su vez de los Avijiras. Entre los Avijiras están los Yurusnies que el P. Magnin dice Yurusunos de Archidona, de la sección de los Quijos. Refiriéndose a los Yurusnies o Yurusunos de Archidona, punto de conección entre los Quijos y Avijiras hemos de llamar la atención sobre la posibilidad y factibilidad con que los Avijiras que poblaban las tierras entre el Curaray y Napo, podían correrse hasta las de los Quijos del sur del río Coca"*. Mercier, Op. Cit., p. 51.

discordia. De manera que optaron por conducir la canoa hasta la isla más próxima para pasar la noche a buen resguardo[25].

En pleno siglo xix este espacio convulsionado por guerras interétnicas y tribales mostraba los efectos de las antiguas querellas no resueltas. Muy cerca, en el Tiputini se hallaba la tribu de los Meguana, antiguos enemigos de los Záparo[26].

En este ordenamiento tribal, el aspecto lingüístico es el que presenta cuestiones aún no resueltas satisfactoriamente. Por ejemplo, una de ellas se refiere a la lengua matriz a partir de la que se fragmentan las variantes idiomáticas.

Otras son relativas a la forma o modalidad que adoptan las variantes en el proceso de diferenciación; en tanto que una tercera cuestión tiene que ver con las influencias lingüístico-culturales de las borduras que adicionan modificaciones a la lengua originaria[27].

Al respecto, parece interesante este reporte de un viajero que señala precisamente las marcadas diferenciaciones lingüísticas, así como los imprevisibles traslados masivos o migraciones tribales al interior del territorio atribuíble al ordenamiento intertribal.

Estos indios Yasuníes eran los habitantes de la aldea Yasuní, la última de la jurisdicción de Quijos antes del comienzo de la de Macas. Los habitantes de esta aldea eran los sobrevivientes de una tribu Zápara que migraba continuamente entre el Curaray y el Pastaza. Su lenguaje era distinto del hablado por los Sinchi Chictas, hasta el punto que el autor encuentra que se trata de un idioma distinto puesto que es muy gutural[28].

La influencia Tukano, así como la notoria expansión del Kichwa hacia el siglo xix no pasó desapercibida por los observadores de las sociedades tribales de la cuenca amazónica de ese entonces, que fueron los viajeros europeos. De estos registros, Mercier concluye en señalar la complejidad de los procesos de mutua influencia que ocurrieron en toda la cuenca y que, para el caso que nos ocupa, implicó el conjunto de relaciones antes anotado.

Otro aspecto que presenta ciertas dificultades obvias para esclarecerse es el de las alianzas político - militares que operaron en el acuerdo intertribal y en el que, por ejemplo, fue un elemento clave la tribu de los Gayas, ubicada hacia la frontera de la nación Jíbara, sobre el Pastaza.

Como se mencionó antes, las tribus Záparas estuvieron en un espacio de la cuenca marcado profundamente por las influencias religiosas

25 Simson, Op. Cit., p. 178.
26 *"El Tiputini se encuentra habitado por una tribu de aucas llamados Meguanas quienes mantienen una larga y antigua enemistad con los Záparos..."*. Id., p. 188.
27 Consultar el Apéndice 1, referido a los aspectos lingüísticos.
28 Osculati, Op. Cit. p. 177.

Guaraníticas y Tukano. De manera que éste, al igual que la dimensión territorial, llamó la atención de misioneros y viajeros.

De hecho, el elemento que contribuyó a forjar la imagen de que las tribus Záparas tenían los perfiles de una organización supratribal fue el religioso. En realidad, el conjunto de las tribus de esta filiación estuvo enclavado en el contexto amazónico en el que actuaron influencias religiosas de gran magnitud.

Si se otorga crédito a la hipótesis que postula un origen Guaranítico de las poblaciones Záparas su religión posiblemente se remite a las grandes tradiciones de los profetas y su liderazgo en las largas peregrinaciones que tuvieron lugar en la cuenca amazónica en reiteradas ocasiones.

De los registros consultados, la creencia de los Záparo no parece encuadrarse en las tradiciones Guaraníticas tal cual es posible discernirlas en otros discursos mítico-religiosos. Aunque es posible que pueda existir cierta correspondencia con alguna de sus variantes evolutivas.

En la única versión conocida, el discurso religioso aparece relacionado con la creencia en una deidad creadora de los hombres, conocida como Mungia o Puëtzo. Lo singular de esta creencia es que dicha deidad coexiste con una entidad demoníaca a la que se atribuye el origen de las guerras de venganza entre los hombres.

El saber y la magia son características del sacerdote shamán que en la tradición Zápara aparece como un oráculo que tiene acceso al Mungia y al conjunto de espíritus malignos que pueblan este mundo en la misma dimensión que los hombres.

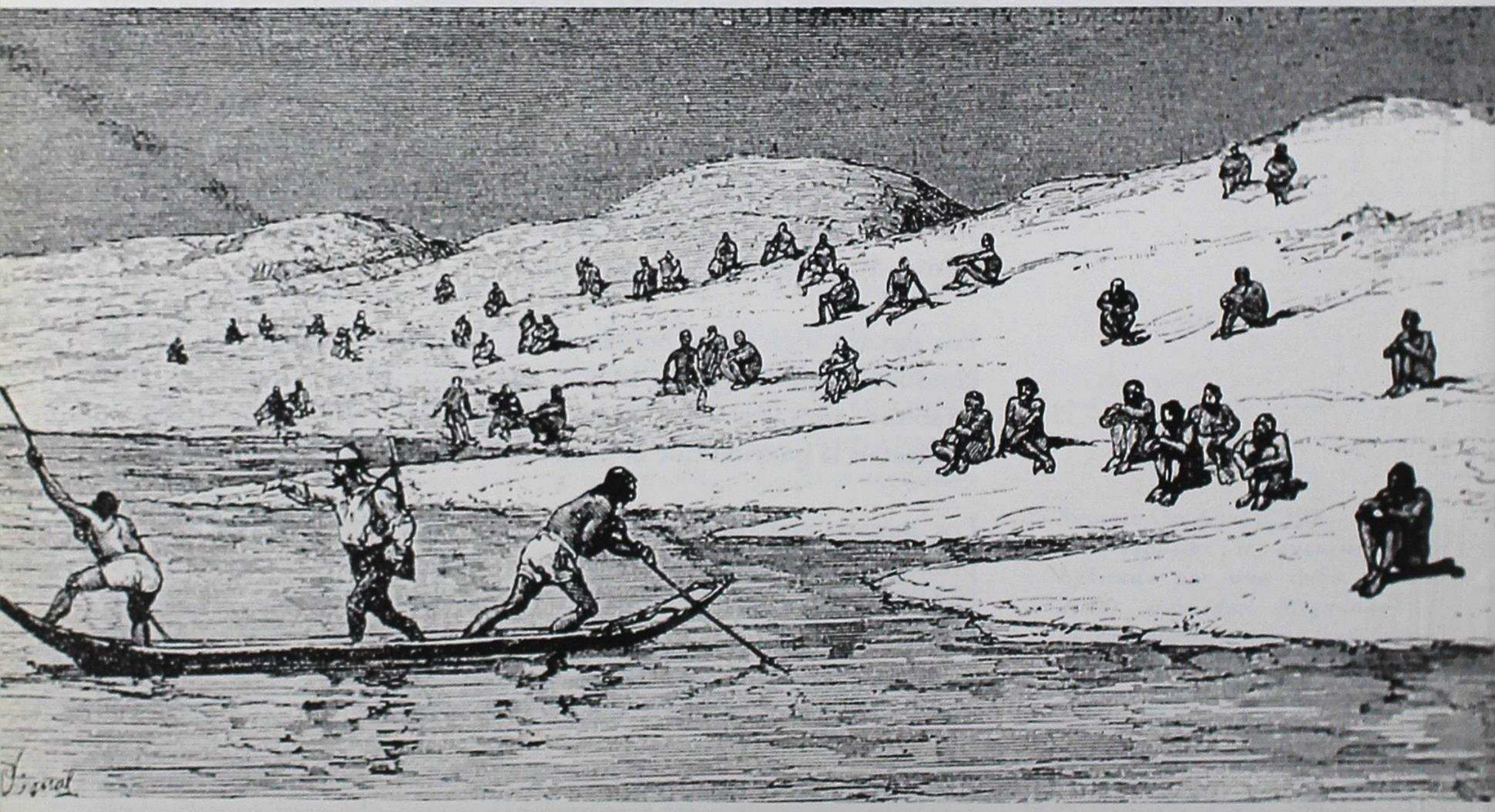
Los samaro ingieren la bebida enteógena llamada ayahuasca que los conduce a prolongados trances alucinatorios durante los cuales establece contacto con el mundo de los espíritus. Cultivan y recolectan la guayusa que la beben igual que la chicha de yuca[29].

Los samaro eran poderosos y se los consideraba como factores de prestigio entre las poblaciones vecinas de los Záparo. Estas funciones sacerdotales-mágicas, comunes a las tradiciones Tukano y Guarani, estuvieron vinculadas a la ingestión de ayahuasca y datura, plantas mágicas que, en el caso de los sacerdotes-shamanes de la tradición Tukano, fueron manejadas con extrema maestría.

Las celebraciones rituales fueron practicadas por las tribus Záparas a la manera de las celebraciones Tukano: esto es, atavíos ceremoniales

29 Ibidem.

Indios Záparos en el Aguarico.
Vignal. Dibujo. Wiener.
Grabados… *p. 114*



altamente sofisticados, bailes colectivos de contenido simbólico y ejercicios musicales consistentes en vientos y percusión, acompañados por cantos ceremoniales.

La presencia cotidiana de los hombres vestidos con la cushma o blusa de llanchama evoca estos ciclos ceremoniales. Esta es la corteza de un árbol del que el textil toma el nombre. La corteza era recortada al tamaño conveniente y cuidadosamente se procede a sacarla de la planta para suavizarla con golpes de un instrumento de madera y agua para su uso como textil. Una vez confeccionada es coloreada y adornada con diseños en rojo, negro y azul.

Algunos hombres tenían por costumbre llevar en las orejas aros de fibra natural dura llamados toachi. Complementa la ornamentación una variedad de collares de semillas o dientes de animales que eran utilizados en diferentes ocasiones, de acuerdo a la naturaleza de la celebración.

Osculati menciona algunos: uticia, huiririma, cascabel muyu, de semillas, eran utilizados para el baile. El apasso y la namuënaca eran collares que, al estar confeccionados con ramas de vainilla y otras semillas olorosas, eran apreciados para las ocasiones festivas. Otras, tzamoricia, neanucia, tejidos con conchas fluviales servían para idéntico propósito. Unas y otras producían sonoridades según la cadencia del baile.

Habían también los collares hechos con dientes de tigre, llamados imatini-aiciara; eran usados como trofeo de caza. La misma función tenían los formados con dientes de grandes roedores y, sobre todo, de la capibara.

Los curacas solían distinguirse por llevar una extraordinaria variedad de estos ornamentos y penachos. Las mujeres, en cambio, solían usar manillas hechas con dientes de simio a las que llamaban cuateco-iciari, de garras de tigre o imatina-aguasci, o alas de grandes escarabajos (*Buprestis gigantea*)[30].

Aunque no se conoce reportes relativos a los usos ceremoniales en la ingestión del yahé o de la datura, como es el caso de las de las tribus Tukano[31], tenemos, en cambio, una valiosa referencia a las reuniones mayores o celebraciones colectivas en las que participaban por igual los hombres y las mujeres.

Tales reuniones, según se concluye de los textos disponibles analizados, tenían un carácter estacional y estaban dedicados a la conmemoración de los espíritus ancestrales de la tribu. Osculati nos

30 Id., p. 169-70.

31 En estas culturas se dispone de la Casa del Yahé o sitio destinado exclusivamente a las ceremonias dirigidas por un shamán- sacerdote y en las que participaban, de manera exclusiva, los adultos varones de la tribu. NdA.

entrega una excelente descripción de los atavíos rituales utilizados en tales ocasiones. Estos fueron utilizados hasta medidados del siglo pasado.

La música se basaba en conjuntos de viento. Intervenían flautas de hueso de diversos animales y, sobre todo, un pito que emitía un sonido similar al aullido de un mono[32]. Los danzantes utilizaban todos coronas de corteza adornadas con variados plumajes. Acompañaba a las flautas y al pito el sonido cadencioso de las fajas de semillas[33].

Los ciclos vinculados a las celebraciones eran al parecer variados y sujetos incluso al capricho. Esta costumbre se mantenía aún en el contexto del dominio hacendatario[34].

Considerados como parte de la gentilidad amazónica[35], es decir, del grupo de naciones de infieles, renuentes a la cristianización, y que luego se rebelaron contra las reducciones, los Záparo fueron uno de los últimos conjuntos tribales sometidos a la obra misionera.

Como observaron Jorge Juan y Antonio de Ulloa[36], fueron parte de aquellas poblaciones que nunca rehuyeron el contacto con los extranjeros, antes bien, lo buscaron. Lo que no pudieron resistir es la vida en reducciones con todos los inconvenientes que ésta acarreaba, incluída la posibilidad de la esclavización en las propiedades de los españoles[37].

En cuanto a la belicosidad de sus guerreros, Simson afirma que eran más pacíficos que los Jeveros que fueron, por mucho tiempo, el brazo armado de las misiones de Maynas. Tuvieron, sin embargo, gran fama de ferocidad los Gayas de quienes se afirmaba practicaban el canibalismo con sus enemigos capturados en combate.

Lo que es, a todas luces, innegable es que las tribus Záparas lograron notable virtuosismo en el arte de la guerra. Las contínuas guerras tribales y las que convocaban a las grandes coaliciones frente a un enemigo común habían permitido avances apreciables en lo que se refiere a la elaboración de lanzas y a su correcta utilización.

Son insistentes estas referencias a su destreza en el manejo de la lanza; en realidad, ésta desempeñó un rol preponderante en la guerra que sostuvieron en contra de los Acuterë: el tipo de lanza utilizado en esta guerra consistía en una vara de chonta que en uno de sus extremos llevaba una punta de guadúa lograda por un corte diagonal del cilindro de la caña. Al parecer este tipo novedoso de arma impidió que los lanzazos fuesen parados con golpes de las manos[38].

32 Los Záparo decían y dicen de sí mismos que descienden de cierta especie de mono. NdA.

33 Osculati, Op. Cit., p. 170.

34 *"(Más arriba de Capucuy) Todo estaba abandonado; parecía que alguno de ellos había muerto y que, según su costumbre, todos se hubiesen ido a vivir a otro lado...(más allá, sin embargo) ...cinco familias Záparo, unos treinta individuos estaban reunidos en una maloca. A nuestra llegada estaban en una celebración que ya duraba tres días y tenían una buena provisión de chicha; nos ofrecieron fruta y carne de seis monos y dos lagartos que se encontraban asando en las brasas".* Id., p. 168.

35 *"(Entre las tribus de Infieles)...están los Záparos, Piojés o Santa Marías, Cotos, Tutapishcos, Aushiris, Intillamas, Meguanas, Copalurcus, Tamboryacus, Payaguas, Caunarus, Puca barrancas, Lagarto cochas y Tagsha Curarais. Muchos de éstos, sin embargo, excepto los primeros, son de hecho poco conocidos, y han sido contactados en raras ocasiones por comerciantes y viajeros; por esta razón es muy probable que muchas de las denominaciones se refieran a la misma tribu o sean simples toponímicos".* Ibidem.

36 Relación Histórica del viaje a la América Meridional, T. I, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1978. Apud.

37 *"Aunque se dice que son dóciles, hospitalarios, obedientes y prestos a mesclarse con los europeos".* Simson, Alfred, "Notes on the Záparos", en *Journal of the Royal Anthropological Institute,* Vol., vii, 1878, pp. 502-509.

38 Este es un relato obtenido en la comunidad Secoya de San Pablo, conocedores de las tradiciones del Napo en donde ocurrieron estos enfrentamientos. NdA.

En el mismo sentido, algunas observaciones de los viajeros del siglo pasado, registran que una de las ocupaciones predilectas de los Záparo consistía en los ejercicios con la lanza realizados entre grupos tribales a efecto de mantener viva esta tradición de gran destreza en su manejo.

Otros registros se refieren al hecho de que los Záparo manejaron por igual el arco y la macana, armas éstas de uso corriente entre las poblaciones de la cuenca amazónica; pero tambien nos permite deducir que, teniendo estos capacidad de movilización dentro de su territorio, mostraban siempre disposición a emprender expediciones para las necesitaban pocos preparativos[39]. En la caza fue común el uso de la bodoquera con flechas envenenadas; el veneno, curare, lo guardaban en tubos de bambú[40].

Se sumó a estos factores un perfeccionamiento refinado del arte de seguir pistas de las presas en la selva. Consumados conocedores de las formaciones boscosas, para el tiempo de las haciendas aplicaron su destreza en la persecución y captura de los peones Kichwa que optaban invariablemente por la fuga ante el peso oneroso de las deudas y los trabajos agrícolas[41].

Simson establece al menos una distinción genérica entre estas poblaciones tribales. Esta distinción sugiere la existencia de dos perfiles culturales, diversificados de acuerdo con el uso de los recursos. Por una parte se diferencia a *"...Aquellos que viven de la pesca en las orillas de los ríos (que) tienen un color cobrizo..."* de *"...aquellos que viven en el interior del bosque (que) tienen piel clara"*[42].

El mundo tribal estaba organizado internamente en unidades residenciales o pequeñas aldeas que comprendían determinado número de Malocas o casas colectivas. Estas malocas únicamente tenían cubierta y en el interior se distribuían las hamacas.

Estos grupos residenciales estaban localizados en las cercanías de una formación boscosa que hacía las veces de un coto de caza colectivo. En algunas ocasiones esta aldea o parte de ella podía migrar hacia otras áreas debido a la escacéz de caza[43].

Sin embargo, la excepción de esta regla eran las tribus de los Curaray, Yasuni y Tiputini cuyas aldeas o grupos residenciales eran relativamente estables pues mantenían cultivos permanentes que combinaban con la elaboración de hamacas y redes para pesca[44].

El desarrollo de la agricultura entre las poblaciones Záparas es un tema que requiere un debate más amplio. El punto de vista expresado por

39 *"Los hombres son habilísimos en el manejo del arco, de la lanza de la pucuna y de la macana, siendo acostumbrados a manejar estas armas desde la infancia; se ejercitan en clavar lanzas en los árboles o a seguir el rastro sutil de algun animal con suma sagacidad. Cuando se emprenden expediciones llevan un pequeño saco tejido de chambira (llicra) donde ponen lo necesario para prender fuego y otros utencilios tales como el aritataro o matiri, con pequeñas flechas, artísticamente amarradas con fibra de chambira, un calabazo pequeño con veneno para untar las flechas, anzuelos de hueso para la pesca, zuquia, y yesca preparada con hongos que crecen abundantes en estos bosques"*. Osculati, Op. Cit. p. 170-1.

40 Ibidem.

41 *"Esta familia de tribus es más pacífica que aquella de los Jeveros, pero son más diestros en el manejo de la lanza. Se unen ante un enemigo común pero entre sí mantienen un estado de guerra intestina permanente..."*. Ibid.

42 Ibid.

43 Ibid.

44 Ibid.

Magalli supone una horticultura basada en el cultivo, casi exclusivo, de yuca (*Manihot uttilísima*) y plátano (*Musa sp.*).

Situación contrastante con la observada entre las poblaciones contemporáneas que mantienen huertas con una agrobiodiversidad sorprendente. Cabe mencionar, además, que corresponde a la tradición Zápara el mantenimiento de huertos frutales en las inmediaciones de las casas. Presentan ahora una diversidad botánica comparable a la huerta dedicada a los cultivos de ciclo corto.

La posibilidad de que estos perfiles de avanzada horticultura sean el resultado de las influencias posteriores de la cultura Kichwa es muy reducida. Según se podrá apreciar en otros lugares de este texto, la lengua Kichwa fue el punto de partida del surgimiento de un posterior perfil cultural.

Esta lengua, según se ha llegado a establecer, fue difundida por los misioneros en Maynas como lengua general a partir de las poblaciones Quijo que fueron las portadoras más antiguas de la versión amazónica.

Aunque es probable que junto con la lengua se haya difundido el uso intensivo de la horticultura destinado a sostener a poblaciones más amplias que los reducidos grupos locales, al estilo de las fundaciones misionales, sería necesario atribuir a los jesuitas roles decisivos en materia de innovaciones agrícolas.

Este fue el caso de ciertas fundaciones. No del conjunto de éstas y peor entre las tribus Záparas que estuvieron bien bajo la presión de las rebeliones bien bajo la amenaza de cimarrones devenidos piratas bien bajo el azote de las epidemias.

Otras probables fuentes difusoras de la horticultura se encuentran en los límites étnicos ya mencionados. Las tribus Tukano y las Jíbaras. El nivel contemporaneo de la horticultura Shuar es muy diferente del que presentan las comunidades Kichwa.

Lo mismo sucede en el caso de las tribus Tukano. Estas practicaban el cultivo de la yuca amarga, lo que significa, según es conocido, un desarrollo específico de una horticultura que deriva de otra especialización.

De manera que parecería más adecuado sostener la tesis que los actuales perfiles de la sofisticada horticultura Kichwa en Pastaza son aportes culturales de los inmediatamente anteriores habitantes de estos espacios. Los múltiples nexos de descendencia existentes entre las

poblaciones actuales y las antiguas tribus Záparas se expresan, entre otros aspectos, en la horticultura.

Además de éste, en los atinentes a su cultura material. Al parecer, las tribus Záparas tuvieron un apreciable desarrollo en un medio en el que era posible una avanzada horticultura, por lo menos en las terrazas aluviales cuando no en tierra firme, a la vez que tasas productivas obtenidas de las actividades de caza y pesca, a lo largo del ciclo anual.

Estas condiciones privilegiadas permitieron mantener excelentes condiciones de vida respecto de otros pueblos de la cuenca amazónica. Debió ciertamente llamar la atención de los viajeros el aspecto externo de los Záparo puesto que son algunas las referencias encontradas que aluden a este hecho.

Osculati sostuvo que los Záparo eran gente de apreciable estatura y robustos; su aspecto, a los ojos del viajero europeo, era bello así como su porte noble[45].

Para Simson su apariencia era sinoide. Más su rostro redondo, sus pequeños ojos oblicuos, sus narices cortas y sus labios finos[46]. Osculati fue más explícito. Los describe como gente de *"...frente espaciosa, sin cejas, ya que las extirpan de contínuo; ...poca barba en el mentón y ... pequeños bigotes. Tienen una coloración oliva claro, casi blanco, ojos grandes, castaños, en algunos casos claros; nariz prominente, boca grande, dientes blancos y bien conservados..."*[47].

La impresión de Osculati fue confirmada por sus observaciones realizadas, en el transcurso de su travesía por el Napo, de la tribu de los Iquito, de filiación Zápara. Su territorio para el siglo xix era el mismo que en el tiempo de las misiones. Este estaba delimitado por los ríos Nanay y Blanco, hasta la bocana del Napo[48].

Las mujeres llamaron poderosamente la atención de Simson. Estas, en su apreciación *"...tienen gestos agradables y ojos expresivos, negros y vivaces, corazón humano y sensitivo, disposición generosa y hospitalaria"*[49].

Osculati, en cambio, describió su aspècto físico. Según él, éstas *"...van completamente desnudas si se exceptúa una pequeña faja de corteza en la cintura que, a duras penas, les cubre las partes naturales. En las perforaciones de las orejas llevan introducida una caña con adornos de plumas"*[50].

Tanto las descripciones decimonónicas como las crónicas de los misioneros cswoinciden en señalar la práctica de la poligamia como

45 Id., p. 169.
46 Loc. Cit.
47 Ibidem.
48 *"Su idioma es armonioso. Son pacíficos de suaves modales, de bello aspecto, de estatura alta, de color oscuro; llevan la cabeza rapada, no usan otro ornamento que los penachos confeccionados con plumas de arara y otras aves del bosque y collares de dientes de tigre. Son muy laboriosos y muy hábiles en el manejo de las armas. Fueron parte de alguna misión instituída en la parte del Ucayali y su territorio se encuentra bajo la jurisdicción del Perú, provincia de Maynas"*. Ibid.
49 Ibid.
50 Osculati, Op. Cit. p. 170.

un hecho común. La poliginia , asociada en la mayoría de los casos a las guerras intertribales, constituia un medio eficaz y generalizado para obtener mujeres.

Estos usos diferenciaron a los Záparo del contexto de las poblaciones cristianizadas. Para la ideología social de los Kichwa, éstos formaron parte de los pueblos conocidos como aucaruna. Esto es, aquellos que pertenecían a la categoría del salvajismo propiamente dicho. Tribus emergentes del pasado más remoto.



CAPÍTULO II

MAYNAS

"Las personas de ambos sexos se ungen continuamente
los rostros, las manos y los Pies con el jugo de una fruteta,
que llaman Vitu, y reciben la impresión de un color negro,
que les dura dos, y tres meses, sin que sea poderoso a limpiarlo
prontamente otro remedio que el Azeyte de Maní,
con que vañan aquellas partes teñidas" [1]

Antecedieron a las incursiones misioneras las expediciones de los castellanos que se produjeron a partir del inicio del siglo xvii. Diversas poblaciones se habían ya formado en el alto Marañón, a pesar de la amenaza permanente de las rebeliones de las poblaciones tribales.

Para el año 1616, una pequeña armada al mando del capitán Luis de Armas Betancourt salió de Santiago de las Montañas con el propósito de pacificar la zona más cercana al Pastaza que, para entonces, estuvo sometida a hostigamiento por parte de los indios Bracamoros.

Estos asentamientos pioneros estuvieron también amenazados por los ataques de las tribus de filiación Jíbara que poblaban el espacio comprendido entre el Marañón y el Pastaza. Por esta razón, pocos años más tarde, en el año 1619, el flamante gobernador de Mainas, Diego Vaca de Vega bajó nuevamente con una expedición armada por el río Santiago y luego por el Marañón.

Apenas hubo pasado el Pongo de Manseriche dió con los indios Mainas quienes, lejos de lo que podía esperarse, depusieron sus actos de rebeldía para recibir con signos evidentes de paz y sumisión a los españoles.

En esta zona, a causa de esta actitud, una de las primeras y más importantes fundaciones, la de San Francisco de Borja, fue realizada por Diego Vaca de Vega, entre las desembocaduras de los ríos Santiago y Morona. Esta ciudad, para el año siguiente, era la cabecera de cuatro

1 Don Manuel Mariano de Echeverría, Op. Cit., p. 57.

parcialidades indígenas reducidas: Moronas, Jeveros, Pastazas y Mainas. En ese tiempo estuvo servida por el clero secular.

Debido a estas iniciativas los asentamientos de colonos prosperaron por algunos años. Hasta que en el año 1635, de manera inesperada, se produjo uno de los espectaculares levantamientos de los indios Jeveros y Mainas que dió al traste con la obra de colonización hasta ese momento lograda. Como consecuencia fueron destruidas sus poblaciones y, a causa de la masiva emigración de los españoles, sus propiedades permanecieron abandonadas.

El nuevo gobernador, Pedro Vaca de la Cadena, decidió reconstruir la obra de los pioneros para lo cual optó por radicalizar la política de sometimiento de los indígenas impulsada por su antecesor. Como parte de ésta, resolvió intensificar la conversión de los indios.

Para el cumplimiento cabal de este objetivo invitó a la orden de los jesuitas para que asumiera dicha misión. Este fue el origen de la Provincia Misionera de Maynas. Sin embargo, no se materializó esta iniciativa sino hasta el año 1638 cuando Gaspar de Cugía, nombrado como primer superior de la misión, junto con Lucas de la Cueva emprendieron las primeras jornadas de reconocimiento de su provincia, a partir de su arribo a la ciudad de Borja.

La presencia de los misioneros marcó, en cierto sentido, el final de las incursiones de los pioneros colonos. Las encomiendas, por pedido de la orden fueron suspendidas de manera indefinida, entre otros propósitos, para evitar las rebeliones.

Estas permanecían prácticamente abandonadas a causa del más reciente levantamiento. De todas maneras, al tiempo de la primera entrada de los jesuitas por Loja y Jaén de Bracamoros existían aún entre dieciocho y veintiún encomiendas y ranchos distribuidos por el alto Marañón y sus afluentes.

Y la otrora floreciente ciudad de Borja, asiento de la gobernación de los Vaca de Vega, apenas si era reconocible: pues, para esos mismos años, no era sino una pequeña aldea que contaba máximo con cuarenta españoles.

Los grandes esfuerzos desplegados por estos pioneros para concentrar en torno a las ciudades y ranchos a las poblaciones tribales dispersas habían fracasado. A duras penas se advertía la existencia de algunos tambos que hacían las veces de las aldeas.

Por lo demás, las poblaciones tribales vivían a la usanza antigua y nada hacía suponer que, hasta hace poco tiempo, habían permanecido

sujetas al trabajo en las propiedades de los colonos. En suma, todos los esfuerzos desplegados por estós para fundar una sociedad basada en el trabajo de las poblaciones tribales habían resultado inútiles[2].

En cierto sentido, los planes iniciales de los jesuitas partieron de estos logros puntuales y del estado de tensión que siguió a la gran revuelta. Así, mientras Cugía permanecía en Borja atendiendo a las poblaciones de colonos, Cueva partió hacia la desembocadura del Pastaza donde se encontraban los soldados encargados de la represión de los Mayna sublevados.

Hasta cierto punto, en el proyecto de las misiones se contaba con utilizar como postas para beneficio de su obra los avances logrados por los encomenderos. Pero, a su vez, éstos estuvieron dispuestos a sacar provecho, en todo momento, del ímpetu de los misioneros y de la gran aceptación que éstos lograron entre las tribus locales para nuevamente afianzar su hegemonía en la región.

La verdad era que, a pesar de las reiteradas prohibiciones que la orden logró de parte de las autoridades, las encomiendas de beneficio de los colonos se expandieron a medida que las reducciones acogían a las poblaciones sometidas.

La instauración del nuevo régimen de poblamiento en base a las reducciones, impuestas por los misioneros, permitió el resurgimiento de las propiedades de españoles en sus entornos. De esta competencia resultó que pronto se impusieron condiciones de peonaje y tributaciones para los habitantes de las fundaciones misionales, hechos que explican algunos de los levantamientos ulteriores así como sus repercusiones en los ámbitos locales.

Además de las rebeliones otros factores contribuyeron a que las propiedades y asentamientos colonos de los españoles fuesen transitorios. Las epidemias que en diversas épocas azotaron a las reducciones misioneras; como consecuencia de sus repercusiones, el cimarronaje de indios.

Pero, sobre todo, como resultado de estos factores, el permanente estado de incipiencia de las poblaciones que formaban las redes comerciales y de navegación propuestas por la orden.

Borja y sus alrededores fueron golpeadas, en 1642, por una de las primeras epidemias de la que se tiene noticia en Maynas. Y, en relación con este último aspecto, en el segmento norte de la provincia misionera, las cosas dificilmente marcharon de mejor manera. El gobierno de Quijos no era sino un agregado de unas

2 Al respecto, Francisco de Figueroa informaba lo siguiente: *"No hay distinción ni modo cómo se adoctrine, como conviene, esta provincia de Mainas, por cuanto están repartidos en puestos divididos y distantes que los podemos llamar estancias o tambos de sus encomenderos, y no pueblos. Son en este tiempo dieciocho que son tantas encomiendas, pequeñas todas, fuera de tal y cual rancho que tienen varios"*. Informe de las Misiones del gran Marañón, Gran Pará o rio de las Amazonas... En I*nformes de jesuitas en el Amazonas*, Monumenta Amazónica, Iquitos, CETA (1661), 1986. p. 93.

Las misiones jesuiticas quiteñas del Marañon Español 1638-1768. Morales Op. Cit. Tab.



cuantas poblaciones pequeñas que se encontraban dispersas por el alto Napo.

Su estructura administrativa estaba conformada por dos provincias, la de Quijos y de Avila. La primera tenía apenas seis poblaciones. Archidona hacía las veces de capital; las otras, Napo, Tena, Baeza, Maspa y Papallacta se mantenían a duras penas con escasos pobladores; no así la aldea de Quijos, porque de ésta sólo quedaban ruinas, luego de la legendaria sublevación de los Pendes.

La de Avila, tenía por capital la aldea del mismo nombre. Estaba situada donde antiguamente fue fundada, al pié del Gran Sumaco; en su jurisdicción se contaban los pueblos de San José del Monte, Loreto, Payamino, Zuno, Santa Rosa, Concepción, Cotapino y Napotoa.

En total, en la gobernación había quince aldeas. Las de Tena, Baeza, Maspa, Zuno y Napotoa mal podían contarse entre las fundaciones importantes debido al reducido número de pobladores que allí habitaban[3].

Otro factor contribuyó a acrecentar los obstáculos que habían impedido el progreso de los asentamientos tempranos de españoles. Este consistió en las dificultades que se presentaron para explotar los abundantes y diversos recursos locales. No hubo en esos momentos buenas perspectivas para generar producciones apreciables.

De lo que es posible evaluar para la época se concluye que apenas si existió una economía, aunque restringida, relacionada con la producción y comercio del oro, pita y algunos productos de recolección, como la cera negra, la zarzaparrilla, la vainilla y otros[4]. No así la producción agropecuaria que jamás encontró niveles aceptables de producción que permitieran, al menos, abastecer las necesidades locales.

Más que la disponibilidad de recursos, el problema de fondo fue la carencia de mano de obra. En efecto, la intervención de la orden en la provincia exigió que la mayor parte de las poblaciones tribales, si no la totalidad, mantuviera su estatuto de independencia de las estructuras civiles de trabajo en los tambos y encomiendas y de las administrativas en cuanto a la tributación.

Fue por esta razón que un reducido número de indios conversos quedaron simplemente como tributarios de la corona y permanecieron en lo posterior en la misma condición respecto del gobierno republicano. Y aún más reducido fue el número de aquellos que terminaron sometidos a los propietarios particulares.

3 Cristóbal de Gangotena y Jijón, *"Descripción del Gobierno de Quijos..."*. En *Boletín de la Sociedad de Estudios Históricos Americanos*, T. iii, Julio-Diciembre de 1919. pp. 257-263.

4 *"Es digno de extrañarse que siendo tantas, y tan preciosas las producciones de este Gobierno no se toque otro comercio que el de la pita floja, y torcida, cuya planta abunda con extremo, el de cera negra y el del oro. Los Archidonas, Concepciones, Cotapinos, Avilas, Loretos y Montes no hacen otro que el de esta especie, y tal qual de cera negra, ni los Napos, Napotoas, Santa Rosas y Payaminos que el del oro que más lo lavan y trabajan sus mujeres e hijos, sin nombrar los Tenas y Zunos que de los poquísimos que componen estos pueblos, si uno u otro se aplica a éste, los demás sólo manejan aquella"*. Ibidem.

Para los misioneros un principio fue inquebrantable: era vital que tanto sus neófitos como los infieles se mantuvieran liberados de las temidas ataduras respecto de los propietarios particulares así como del endeudamiento patronal. De esta manera, un corto y poco significativo grupo estuvo realmente en condiciones de convertirse en mano de obra para las producciones locales[5].

En este horizonte histórico, a la vez que fue creada la provincia misionera de Maynas, la orden de los jesuitas dió por iniciada su labor en la provincia. Este paso fue crucial para afianzar su presencia en el espacio colonial. Contrastaba con la escueta presencia de tiempo atrás de los sacerdotes de esta orden, hacia 1575, cuando cuatro de sus misioneros llegaron a Quito desde Lima con el propósito de fundar una escuela[6].

El antecedente más remoto de la misión de Maynas fue uno de los primeros misioneros de esta orden que incursionó en los espacios amazónicos, Rafael Ferrer. Este para sus expediciones en las selvas amazónicas utilizó en reiteradas ocasiones la entrada de Pimampiro, conocida y practicada desde la más remota antigüedad por las tribus que habitaron los valles andinos. Durante mucho tiempo mantuvo contacto con las tribus Cofán localizadas, entonces como hasta ahora, en las cabeceras de río Aguarico, cerca de las inmediaciones de estos valles.

De los caciques y principales de estas tribus tuvo información el misionero acerca de la realidad de la cuenca amazónica. Especialmente acerca de la existencia de numerosas poblaciones tribales inmediatamente localizadas río abajo, en dirección al este, hacia el Marañón.

Con estas noticias Ferrer decidió organizar una expedición que, habiendo partido de Pimampiro, lugar de sus primeras misiones, en el año 1605, le permitió recorrer las riberas del Aguarico y del Napo, del cual el primero es tributario, y llegar por esta vía hasta el Amazonas.

De este viaje no se ha conservado registros ni memorias. Es posible suponer que en su itinerario cruzó por los territorios que en ese entonces estuvieron ocupados por tribus de filiación Tukano en el Aguarico; Coronado en el Napo; Avishira en el Curaray; y Omagua en el Marañón. Pasaron algunos años antes de que la orden emprendiese nuevas expediciones al espacio amazónico.

Hasta 1620 cuando Simón de Rojas, Humberto Coronado y el hermano Limón siguieron la ruta del Napo, emprendida por Ferrer y

5 *"No obstante la quasi innata desidia de estos indios para todo trabajo, que aun que lavan el oro, extraen la pita, lo hacen de forma que, pagando los Tributos, no alcanzan a satisfacer las limitadas deudas que contraen tomando Lienzo o Herramientas en cantidad cuyo importe no excede de seis, ocho, o cuando más diez pesos, sucediendo que el total del cobro se haga regularmente a los dos años, y con la circunstancia de obligarlos por medio de la Justicia, y que por esta costumbre en que se hallan, no cuidan del mayor acopio de estas especies, ni de procurarse otros medios que les haga felices, sacándolos del estado de miseria con que están bien avenidos. Si no conociese las ventajas que de ejecutarlo habían de acarrearse, no tengo duda lo practicaran, aprovechando las preciosidades que les brinda el terreno".* Ibid.

6 La narración de estos episodios correspondientes a la historia de las misiones de los jesuitas se ha basado en los textos Historia de la Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón Español, 1637-1767, Imp. Avril, Madrid, 1901, de José Chantre y Herrera, e Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito, Quito, 1941-3, de José Jouanen.

supieron de informaciones más precisas acerca de las tribus de los Encabellado, Coronado, Avijira y Omagua. Estas poblaciones, para ese entonces, ocupaban los territorios de las riberas del Napo y el Marañón, a partir de la desembocadura del Aguarico.

Al tiempo de la creación de Maynas, era evidente que la orden se hizo cargo de la evangelización de un inmenso universo tribal[7], desplegado en el espacio definido por los dilatados límites con la que fue creada su provincia misionera. Esta comprendía practicamente la geografía de la cuenca amazónica hasta las posesiones portuguesas.

Desde el punto de vista de sus avances expedicionarios anteriores, su población objetivo estuvo constituida principalmente por las sociedades tribales demográficamente más representativas que fueron las de filiación Tukano, Záparo y Omagua.

Un hecho que contribuyó a afianzar la labor misionera en Maynas fue el viaje inesperado que Acuña y Artieda realizaron al Gran Pará. Este tuvo como antecedente la espectacular travesía protagonizada por dos misioneros franciscanos y un soldado hasta las posesiones portuguesas y su retorno con la expedición comandada por Texeira.

El viaje culminó en 1639. Las informaciones logradas por estos dos misioneros acerca de la disposición física y poblacional de la cuenca permitió diseñar una estrategia global para el avance misionero.

Según ésta, el escenario por excelencia en el que debían desenvolverse los eventos de mayor trascendencia para este propósito fue el alto Marañón. La habilitación de la navegación fluvial fue la clave para expandir las operaciones misioneras hacia los inmensos territorios hasta entonces ocupados por las naciones más poderosas y, por lo tanto, más importantes para los fines de conversión y pacificación.

Las primeras entradas fueron en alguna medida fruto de las preocupaciones administrativas. Las misiones tuvieron avances apreciables en el Marañón gracias al apoyo de las autoridades locales cuyas expectativas por afianzar el poblamiento de la región dependía del éxito misionero en Maynas. Por esta razón, durante esta primera etapa, fueron determinantes las exigencias misioneras, mas no el proceso de poblamiento e instauración de encomiendas.

Entre las primeras acciones misioneras figuró la pacificación de la provincia. Pues mientras uno de los primeros misioneros, Cueva se aprestaba a incursionar en tierra de los Roamaynas, en el Pastaza, los españoles de Borja organizaban una expedición armada en contra de

7 García, Op. Cit., p. 153.

las tribus Jíbaras para reprimir sus rebeliones y abrir una nueva ruta de acceso desde el Marañón hasta Cuenca.

La Gran Cocama, esto es, la ribera del Ucayali hasta el Marañón, se había convertido en un objetivo deseable para los colonos y los misioneros a causa de las minas de sal localizadas en sus cabeceras. Pero era además convertido en un espacio de grandes peligros por cuanto sus habitantes habían desatado incursiones piráticas hacia el Marañón y el Guallaga, dificultando las expediciones que con grandes dificultades organizaban los misioneros.

Por estas difíciles condiciones hasta ese momento los conocimientos logrados por los jesuitas sobre la geografía de Maynas eran limitados. Los reportes tempranos sobre el Santiago, Morona, Pastaza y Napo, todos tributarios por la margen izquierda, no permitieron establecer conclusiones válidas acerca de ese espacio intermedio que permanecía prácticamente desconocido.

Hasta que entre 1646 y 1647, Cugía, Superior de Maynas, emprendió la navegación por el Marañón desde Borja hasta las islas habitadas por los Omagua, más allá de la desembocadura del Napo.

A partir de este viaje, crucial para la historia de Maynas, el objetivo de la misión consistió en organizar un eficaz sistema de fundaciones en las riberas del Marañón y sus afluentes a fin de facilitar las conversiones, los itinerarios de los misioneros, su abastecimiento y, eventualmente, la asistencia armada en caso de rebeliones.

Una de las primeras fundaciones exitosas a cargo de los misioneros, fue la población de La Purísima Concepción de Jeveros, en el Guallaga, pueblo con más de docientas familias, mil quinientos habitantes, convertido en el punto clave de las operaciones de expansión misionera hacia la zona mencionada.

En los años siguientes fueron realizadas seis fundaciones adicionales: San Pablo de Pandabeques, San José de Atahuates, Santo Tomás de Cutinamas, formados con efectivos de las tribus de los Jeveros; y los pueblos formados con los indios Mainas, de San Luis Gonzaga, San Ignacio y Santa Teresa.

Otras expediciones se dirigieron hacia la Gran Cocama, en el Ucayali donde se efectuaron otras fundaciones. Estos primeros intentos, sin embargo, fueron pronto condenados al fracaso; las epidemias de viruelas, traídas sin duda por los viajeros que recorrían esta zona para fines de comercio, diezmaron a la población de las reducciones. Las

Záparos arponeando peces. Vignal. Dibujo, Wiener. En Grabados... p. 116.



dos más graves ocurrieron en 1669, en el Guallaga, y 1680, entre los Cocama y Cocamilla, en el Ucayali.

Su situación era, en realidad, propicia para el arraigo de las pestes. Estas se diseminaban facilmente a partir de los numerosos pioneros que frecuentaban los mismos parajes y hacían presa fácil de las poblaciones tribales que permanecían en las fundaciones sujetas a modalidades de asentamiento concentrado, novedoso en la tradición cultural de los pueblos amazónicos, así como la coexistencia con poblaciones de otras tribus y etnias[8].

En efecto, durante los 130 años de vigencia del proceso de creación de las reducciones tribales estallaron varias epidemias: los registros establecen una serie escalonada para los años 1669; 1680, ya citadas; 1749; 1756 y 1762. Estas epidemias de viruelas, sarampión, sarna y cárate cobraron miles de víctimas entre las poblaciones tribales de la provincia misionera de Maynas, hecho que, entre otros, contribuyó a desdibujar sus contornos étnicos y sus perfiles demográficos originarios.

Para mediados del siglo xvii, fueron redoblados los intentos para expandir la obra misionera entre los feroces piratas, los Cocama y Mayoruna. Se expandieron las labores misioneras hacia los Aguano y se intensificaron las reducciones de los Jeveros que hasta entonces habían servido como fuerza de choque de las expediciones misioneras.

Estas, hasta este momento, se habían dirigido desde Borja hasta el Ucayali y el Guallaga. En cierto sentido, en sus inicios, se había otorgado prioridad a la margen derecha del Marañón en vista de la inmediata ubicación de estos territorios tribales respecto del centro de operaciones que a la sazón era Borja.

Fue a partir de 1641 que se enrumbaron los misioneros hacia el Pastaza, conocido entonces como Corinó o Río de Piedra Pómez. Allí emprendieron los contactos con las tribus de Roamayna y Zapa. Los primeros asentados en la margen izquierda del Pastaza, en dirección al alto Tigre, mantenían un estado de guerra permanente contra los Mayna.

En medio de este estado de guerra, Cueva estuvo al mando de una expedición armada que tuvo como propósito castigar a los Coronado[9] , en el Bohono o Bobonaza, los que habían atacado a las fundaciones misioneras apenas dos años antes. El misionero no pudo cumplir su cometido pues éstos habían huido. En su lugar, se dirigió a pacificar a los Roamayna.

8 *"Dada la mayor concentración de población, las mismas reducciones para doctrinas se convirtieron en uno de los focos principales para la diseminación de pestes y epidemias, y por eso mismo fueron resistidas por los indígenas, los cuales también las abandonaban porque frecuentemente los misioneros los obligaban a cohabitar con grupos étnicos de diferentes lenguas y costumbres".* Muratorio, Op. Cit. p. 53.

9 Estos eran tribus afines de los Oas o Decaguas que habitaban cerca de Archidona. Otra tribu de los Coronado vivía en el Napo. De estas tribus se decía que fueron numerosas en otros tiempos.

Logrado el éxito en las negociaciones de paz, éstos aceptaron convivir con sus vecinos los Mayna en la frontera del Pastaza. Precisamente data de estos años la fundación de Los Angeles Custodios de Roamaynas. De triste recordación, pues desde los primeros tiempos su población fue dura y reiteradamente golpeada por las epidemias.

Años después se reforzó esta fundación. Lucas Majano, otro misionero, fundó en el Pastaza y Bobonaza las aldeas de San Salvador de Zapas y Jesús de Coronados con lo que, para 1660, junto con la población de Nueva Santander, fundada por el entonces Gobernador Martín de la Riva en 1657, fueron los puntos más avanzados de las acciones misioneras emprendidas en esos parajes.

Los intentos por encontrar y habilitar una nueva ruta de acceso, aunque de vital importancia para las misiones de Maynas, fueron frustrados por el alto Pastaza debido a las continuas rebeliones de las tribus Jíbaras y Záparas. Aunque diversas expediciones militares contribuyeron a mitigarlas no fue posible sino diseñar una firme política de fortalecimiento de las primeras reducciones de neófitos de estas tribus[10].

No sólo fueron las rebeliones frecuentes las que sembraron obstáculos de todo tipo para el libre tránsito de los misioneros. También pesaron las distancias, a veces insalvables, entre Quito, Loja y Borja, que se sumaban al estado de permanente deterioro de las vías a causa de las abundantes lluvias en el pie de monte andino.

Además, las distancias desde Borja hasta las fundaciones eran enormes. Aún cuando, hasta 1644, las doce tribus evangelizadas ocupaban la geografía más cercana; esto es, las riberas del Marañón, Pastaza, Guallaga y Ucayali.

Estas distancias que separaban a estas misiones de su centro de operaciones no permitían asistir oportunamente a los misioneros en caso de rebeliones, exigían gastos ingentes en la oportunidad de organizar incursiones armadas o para el abastecimiento regular de las poblaciones reducidas y eran de difícil itinerario dadas las tecnologías rudimentarias de navegación fluvial.

Los misioneros habían fijado las distancias de navegación: a Concepción de Jeveros, ocho días; a Santa María de Guallaga, nueve de ida y doce de retorno; hasta Roamaynas, en el Pastaza, doce días; hasta Santa María del Ucayali, dieciocho días. Itinerarios sujetos a variaciones de acuerdo con las condiciones climáticas, las dificultades de navegación en los distintos rios y, sobre todo, los ataques de los piratas Cocama, Jeveros y Gualpayos.

10 García, Op. Cit., p. 153.

Cueva intentó en vano al menos en dos ocasiones encontrar una salida practicable por el alto Pastaza. Las expediciones organizadas, la primera en 1642, encontraron insuperables las correntadas y raudales. De manera que finalmente fue abandonada esta empresa.

Otra búsqueda infructuosa fue por el alto Morona. De hecho sus cabeceras se encuentran localizadas en la cordillera del Cutucú, muy lejos de los rios Upano y Palora cuyos cursos altos podían seguirse hasta las inmediaciones de la cordillera oriental y luego hasta Riobamba.

En este empeño, la memoria de la travesía de Acuña y Artieda por el Napo hasta el Marañón y las posesiones portuguesas despertó la curiosidad de los misioneros de Maynas por explorar la ruta a la luz de los nuevos tiempos y de la inaplazable necesidad de contar con un acceso adecuado hasta las fundaciones en medio de las selvas amazónicas.

Quien emprendió esta tarea fue Raymundo de Santa Cruz. En 1638 embarcó con sus expedicionarios rumbo al Napo. Navegó durante varios dias por su curso hasta dar con el sitio, histórico para las misiones, en el que se encontraban las legendarias tribus de los Encabellado, en el Aguarico.

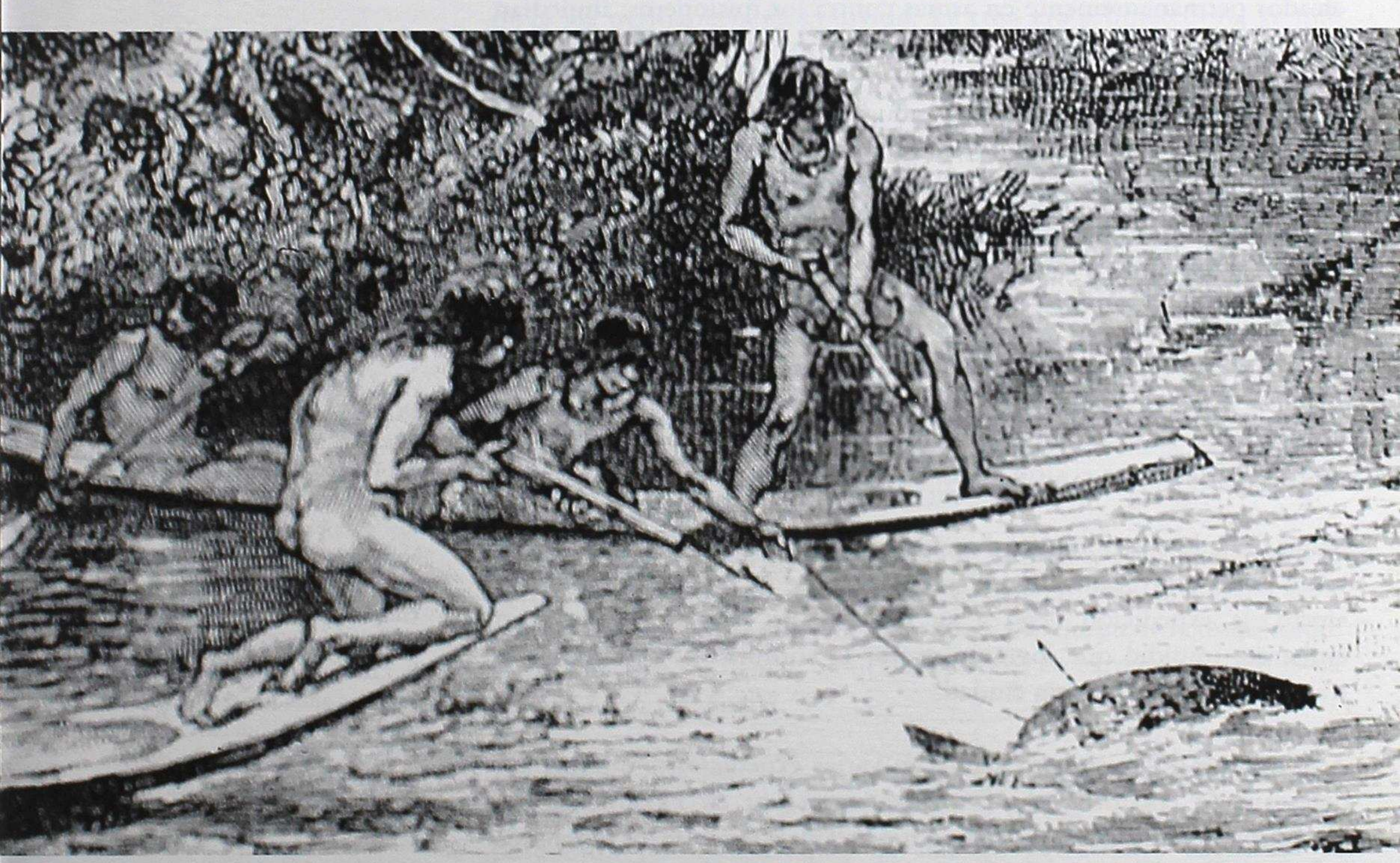
Siguiendo por el curso alto de este rio dieron con Puerto Napo. De allí salieron a Archidona y, posteriormente, a Quito. En esta ciudad fueron recibidos con gran pompa considerando un triunfo para Maynas el redescubrimiento de la ruta del alto Napo que sirvió en los años subsiguientes como lugar privilegiado de acceso hasta las fundaciones misionales.

Sin embargo, pronto los misioneros cayeron en cuenta que esta ruta no representaba ganancia alguna respecto de otras. En estos parajes los Encabellado y Angotero mantenían bajo el imperio del terror a los navegantes que cruzaban por sus dominios y agravaban la piratería los mismos factores de distancia y los duros efectos climáticos.

Otros intentos por habilitar viejas rutas datan del año 1658. Santa Cruz, basado en el relato de los habitantes del Pastaza retomó esta ruta, esta vez para surcar el Bobonaza hasta sus cabeceras. Fue así como fue descubierto para las misiones el sitio de la Canela, conocido posteriormente, y hasta ahora, como Canelos, en el alto Bobonaza. Esta expedición retornó a Borja con la certeza de haber encontrado la ruta ansiada.

A fines del mismo año Cueva asumió la dirección de una nueva expedición que intentaría proseguir la ruta del alto Bobonaza a partir

Záparos arponeando peces.
Vignal. Dibujo, Wiener.
Grabados… *p. 116. Detalle*



del punto al que había logrado arribar Santa Cruz. Habiendo dejado a Fernandez, su acompañante, entre los Coronado, llegó hasta el grupo de cimarrones en la Canela.

A partir de este punto el grupo siguió, no sin sortear con grandes dificultades, por amplios espacios boscosos hasta entonces desconocidos, rumbo a Baños. Cerca ya de esta población fueron socorridos por los dominicos que salieron a recibir a los expedicionarios.

Inmediatamente se puso en camino el grupo expedicionario y a los pocos dias llegó finalmente a Ambato y luego a Quito. Santa Cruz consideraba que esta ruta era la que buscaban para habilitar el acceso hasta Maynas. En su imaginación cupo la idea de mejorar el itinerario de Baños hasta Canelos[11] y acortar, en tiempo y distancia, el itinerario de los misioneros de Maynas.

Por esta razón, llegado a Quito, y luego de varias gestiones ante la Presidencia de la Real Audiencia de Quito, logró que el Presidente apoyara su proyecto. No sólo eso: inmediatamente fueron impartidas las órdenes correspondientes para habilitar el camino y, al mismo tiempo, organizar una armadilla para pacificar a las tribus Gayas que, alzados permanentemente en armas contra los misioneros, impedían el paso por el Bobonaza y Pastaza.

Reprimidas estas rebeliones de las tribus Gayas y emprendidas las obras para habilitar el camino que permitiría llegar a Quito en apenas doce dias, la falta de recursos en la Audiencia y la carencia de civiles dispuestos a emprender el poblamiento de las tierras habilitadas por la ruta, dió al traste con el proyecto. Este quedó en el abandono por muchos años; no fue retomado sino después de la salida de la misión de Maynas.

Este fracaso no fue un óbice para que Santa Cruz, empeñado en sacar adelante la obra de los jesuitas, organizase un nuevo intento que le costó la vida. El sacerdote había proyectado la idea de buscar desde el alto Bobonaza hasta el sitio denominado Abra o Boca del Dragón.

Santa Cruz lo concibió para lograr el acceso directo a Latacunga. Por tanto debía atravezar la ruta el extremo norte de los Llanganates. En efecto, la expedición llegó a su destino. La falta de víveres, sin embargo, impidió que lograran cruzar la cordillera y determinar el tramo de la ruta hasta esa ciudad.

A la muerte del misionero siguieron varias expediciones que habían determinado encontrar el Abra descubierta por él. Finalmente fue abandonado este paso cuya ruta no fue hallada a pesar de los reiterados esfuerzos de posteriores expediciones.

11 Esta ruta, como se verá más adelante, fue finalmente habilitada. Numerosos colonos pioneros se aventuraron hasta los parajes amazónicos como seguramente lo hubieran hecho los misioneros de haber culminado las obras diseñadas por Santa Cruz y encargadas a la Presidencia de la RAQ. Por muchos años fue recorrida esta vía de la que quedan algunos tramos como testigos de los esforzados caminantes que algún día la hollaron. En unos casos los Záparo, en otros los Salasaca. NdA.

La búsqueda de rutas alternativas se enrumbó finalmente por uno de los tributarios del Napo, el Curaray. La idea era surcar este rio hasta sus cabeceras a fin de conocer la disposición tribal de sus poblaciones. Al mismo tiempo pacificar a los Gayas del Bobonaza considerando que la travesía desde Archidona debía inevitablemente cruzar sus dominios.

En realidad eran las últimas alternativas. Bien encontrar la vía adecuada desde el Bobonaza hasta Baños, bien desde este mismo rio hasta el Napo y Archidona. Lucero y Hurtado, en 1668 intentaron sin éxito esta ruta que atravezaba el territorio de los Oas.

Un nuevo intento de los dos misioneros por recorrer la distancia que separaba las posesiones tribales de los Oas de la fundación de Jesús de Coronados, en el Pastaza fue finalmente exitoso. Había durado el viaje cuarentaiún dias. Se estimaba que en diecinueve dias más se cubriría la distancia entre Oas hasta Archidona y Quito, lo que tornaba extremadamente larga la ruta.

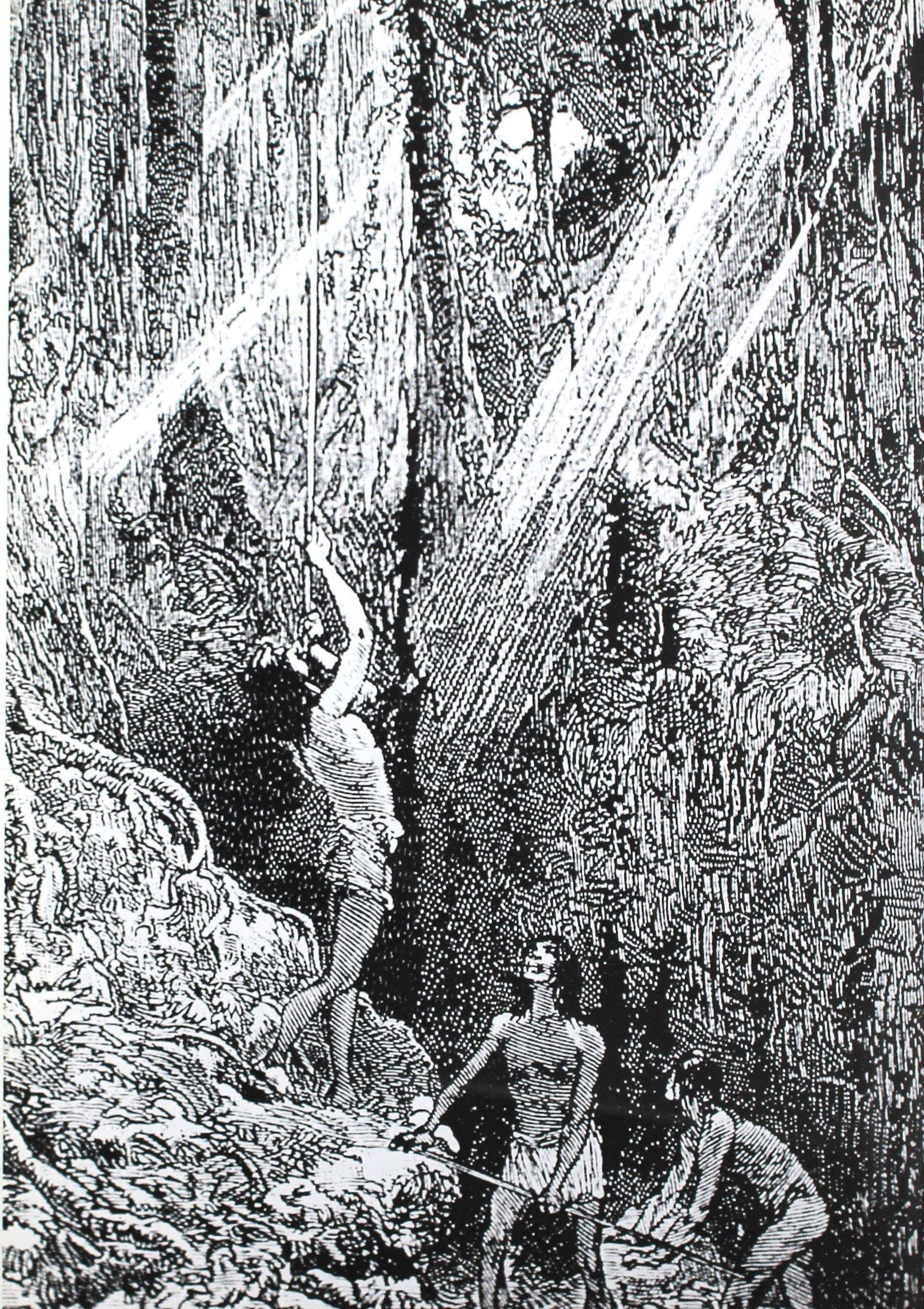
De manera que Lucero concluyó que la mejor alternativa era la que unía las cabeceras del Bobonaza y Baños, a pesar de que el proyecto de la vía permanecía en el olvido. La ruta era prometedora, ya que se estimaba cubrir la distancia total en apenas dieciséis dias. Es decir, apenas la cuarta parte del tiempo empleado por la ruta del Napo.

Al final de estos esfuerzos heroicos por encontrar la ruta más adecuada para aliviar las penalidades que los misioneros debían sufrir poniéndose en marcha hacia sus dominios misionales, ninguna vía pudo reemplazar exitosamente a la que hasta ese momento habían empleado todos los miembros de la orden.

Esta partía desde Loja, pasaba al Marañón hasta Borja y, desde allí, hasta los puestos en los diferentes rios, sus tributarios. Esta ciudad se mantenía como centro indisputado de las actividades desplegadas en Maynas.

Al término de esta serie de expediciones se podría decir que la misión tuvo un conocimiento aceptable de la geografía de su provincia. Y también una imagen objetiva de lo hasta ese momento conquistado. Sus esfuerzos se habían concentrado en el extremo oeste de la demarcación provincial.

De manera que había quedado al margen de sus preocupaciones el inmenso espacio que se extendía hacia el este, en dirección a las posesiones portuguesas que, de manera paulatina y silenciosa se expandían por el Amazonas.



Sobre todo, las expediciones habían dejado un valioso legado que era el conocimiento cierto de las diversas tribus que poblaban esta vasta geografía. Algunos cambios en la política misional fueron incorporados como resultado de este proceso.

Uno de los más trascendentales fue la decisión de expandir el área de cobertura de los misioneros hacia el este. El traspaso del curato de Archidona a la orden hacia los años 1660 y 61 marcó el comienzo de esta gran ofensiva dirigida hacia otros dominios tribales de la provincia.

Fue esta etapa de las misiones que se produjeron los encuentros de mayor trascendencia para las tribus Záparas que se encontraban cercanas al Napo. Según el parecer de Cueva, éstas posibilitarían la expansión de la obra misionera lejos de los cruentos escenarios asediados continuamente por los temibles Jíbaro y Gayas que se encontraban del lado del Bobonaza y Pastaza.

De manera que se emprendió la evangelización de los Oas, Sápara y Encabellado contando con el concurso de los misioneros Cedeño y Caicedo. Los Oas eran considerados afines a los Coronado que poblaban las riberas del Pastaza. Hablaban la misma lengua y diversos testimonios afirmaban que estas tribus formaron antiguamente una sola unidad social y política.

Recientemente se habían escindido. Los ataques de los Gayas habían aniquilado esta alianza y, por efecto de las guerras contínuas en el Bobonaza, se había producido la emigración de los Oas hasta el espacio delimitado por los rios Nogino (¿Nushiño?) y Beleno (¿Villano?)[12].

En su itinerario pudieron mantener contacto con la tribu de los Avijiras que poblaban el bajo Curaray y, posteriormente, surcando este rio, con la de los Oas situados en sus cabeceras; según se dijo antes, en el río Nushiño conocido también como el río de los Oas o río Nogino. Los misioneros concluyeron su itinerario en este punto.

En el año 1665, los mismos misioneros, Cedeño y Caicedo lograron establecer una aldea en la que fueron concentrados los Oas. Siete años después se rebelaron y huyeron en dirección al Curaray. Algunos que encontraron los misioneros fueron luego llevados al Anzu y luego a Santa Rosa, en las inmediaciones del Napo, sitio este último donde fueron conocidos posteriormente por viajeros europeos.

La apertura de las actividades misionales en este segmento espacial despertó nuevas expectativas en relación con la ruta del alto Bobonaza. Por esta época, año de 1660, los misioneros Jiménez y Alvarez

12 Los dos rios tributarios del Curaray; el primero por su margen izquierda, el segundo por su margen derecha, a distancia considerable el uno del otro, ya que el Villano viene desde el sur y el otro se origina cerca del Napo. NdA.

Sunos cazando con cerbatana. Vignal. Dibujo, Wiener. Grabados… *p. 117.*

intentaron replicar la expedición que años atrás emprendiera Santa Cruz desde este rio hasta el Napo, pero en sentido contrario. Contaron con las informaciones que les fueron proporcionadas por los Oas y Coronados y emprendieron el viaje guiados por miembros de estas tribus.

La ruta fue, en efecto, reconstruida en su totalidad; esto es, desde Archidona hasta el alto Bobonaza. Sin embargo, emplearon varias jornadas para llegar hasta su objetivo. Más de las previstas, pues a la altura del alto Tigre encontraron nuevamente la amenaza de los Gayas, razón por la cual emplearon más jornadas en llegar hasta su objetivo.

Fue abandonado nuevamente el proyecto. Para esos mismos años la nueva ruta recientemente abierta formaba parte de una amplia estrategia que permitiría a los misioneros tener acceso a los puntos más importantes del contexto cultural del alto Amazonas conformados por las connotadas tribus asentadas en las riberas de sus principales afluentes por su margen izquierda: las pertenecientes a los dominios lingüísticos Tukano, Jívaro, Záparo y Omagua.

Esta ruta, aunque acortaba las distancias si se la compara con la de Loja y Borja, en los hechos fue muy poco utilizada. En una variante implicaba una travesía desde Andoas en el Pastaza hasta las cabeceras del Bobonaza y desde allí hasta Baños o viciversa; en la otra, cruzar desde Andoas en el Pastaza por las cabeceras del Tigre y el Curaray hasta salir a Puerto Napo o Archidona.

Esta segunda alternativa fue, al parecer la más practicada a causa de la inexistencia de grandes obstáculos; la primera, en cambio, nunca fue habilitada en su totalidad sino hasta la época en la que se produjo la expulsión de la orden de los jesuitas de los dominios españoles, hacia 1768.

En todo caso, la navegación por el Napo posibilitó, según se había previsto, las incursiones entre otras tribus de filiación Zápara. Fueron estas las de la cuenca del Curaray.

El registro más antiguo de la presencia de las misiones en este rio se remonta a las pioneras incursiones de los jesuitas Simón de Rojas y Humberto Coronado. Estos organizaron la primera expedición de la que se tiene memoria, en 1620, con el propósito de visitar a las tribus de los Encabellado, Avijira y Omagua que ocupaban el curso medio y bajo del río Napo.

Según se dijo antes, Lucas de la Cueva organizó para el año 1665, las primeras expediciones de reconocimiento del territorio Záparo de las

que se tiene conocimiento, al tiempo que se dió inicio a las misiones entre los Oas.

Fue así como fue explorada la amplia zona bañada por el río Curaray. Cueva, acompañado por una armada de cien indios conversos, habiendo salido de Jeveros, bajó por el Marañón y surcó las aguas del Napo hasta dar con sus embarcaciones en las corrientes del Curaray.

Desde las primeras jornadas los Avijira presentaron resistencia a su avance y a los intentos de desembarque de la armadilla. Estos guerreros, luego de varias escaramuzas, terminaron por aceptar la presencia del misionero, toda vez que su curaca, Yaguara había caido en manos de los Jevero armados que acompañaron a Lucas de la Cueva.

Este fue el inicio de una serie de incidentes protagonizados por los Avijira. Fue una ocasión propicia y única para lograr las descripciones más detalladas con las que se cuenta para documentar al menos ciertos aspectos de la vida cotidiana de estas tribus de filiación Zápara.

Según la descripción de este misionero, por ejemplo, las malocas aunque eran inequívocamente de factura zápara consistían en *"... casas ... muy grandes, casi tan largas como el barrio de un pueblo, con más de veinticinco pies de ancho, y albergan a toda una aldea"*.

Otro aspecto disímil era el uso de la vestimenta. En otras tribus era común la cushma de llanchama o tejido obtenido de la corteza del árbol así denominado. Sin embargo, entre los Avijira *"...Los hombres andan casi desnudos, en tanto que las mujeres llevan un pequeño taparrabos de algodón"*.

Pudo también observar que tenían por costumbre someter a los jóvenes a diversos ritos iniciáticos. Estos consistían primeramente en frotarse los ojos con ají y enseguida ser azotados por el hombre más viejo de la tribu hasta cuando el dolor era físicamente insoportable. El jóven debía mostrar valentía y presencia de ánimo como futuro guerrero manteniéndose de pié y sin emitir queja alguna durante toda la ceremonia.

De acuerdo con su relato, los Avijira no eran grandes agricultores. Apenas si tenían cultivos de yuca y plátano junto a sus malocas. Sus huertas eran pequeños espacios desmontados con rudimentarias hachas de piedra que era practicamente la única herramienta que conocían y utilizaban. Por la limitada producción hortícola el misionero estimaba que eran grandes consumidores de carne la que obtenían en largas jornadas de cacería, arte en el cual eran inigualables.

A partir de estos primeros contactos se inició la historia de las reducciones de los Avijiras pero también la de otras tribus de la misma filiación de las cuales éstos dieron amplias referencias.

Por éstas supieron que la tribu dirigida por Yaguara no era sino una de las que se encontraban bajo el mandato de Quiricuare, poderoso curaca de los Avijira. A instancia de Yaguara, los misioneros pudieron trabar amistad con su superior, hecho que facilitó enormente la acción misionera.

Con Quiricuare fue posible celebrar una gran alianza que tenía como propósito distribuir a sus tribus en fundaciones o aldeas misioneras, lo que habría dado como resultado el surgimiento de los primeros centros poblados en este río[13].

Se forjó así una inesperada coyuntura que, sin mayores obstáculos, permitió a los misioneros afianzar sus posiciones en el Curaray mediante las fundaciones misionales. También pudieron utilizar los dominios tribales de los Avijira para incursionar río arriba por sus tributarios.

Fue así como, a los pocos días de haber emprendido la navegación hacia el alto Curaray, lograron localizar a la tribu que denominaron de los Ardas a causa de la velocidad con que huyeron ante la presencia de la armadilla. De éstos no se volvió a tener noticias ni de parte de los misioneros ni de los pioneros que organizaron sus haciendas en estos dominios.

Estos llamados Ardas tenían la costumbre de llevar la cabeza rapada[14], *"...excepto por una pequeña parte en la coronilla de donde nacía una cola que les caía por las espaldas justo hasta la cintura"*.Y, como era común en los inicios de las misiones, ***"Se tomó como prisoneros a algunos niños, con el fin de que en un futuro sirvieran de intérpretes"***[15].

El avance de Lucas de la Cueva y sus hombres por el Curaray, navegando aguas arriba, fue incontenible. Al poco tiempo, más arriba del sitio donde fueron divisados los Ardas fue localizada una nueva tribu, luego conocida como de los Semigayas. Esta, aunque presentó intentos de resistencia, fue igualmente puesta en fuga siendo capturados varios muchachos.

El nombre, también puesto por los misioneros, reveló su parecido con los Gayas. De alguna manera su dialecto presentaba ciertas similitudes al oído del misionero que estaba ya acostumbrado a la diversidad de lenguas en el complejo universo de Maynas.

13 ***"Formó una armada con cien indios cristianos y buenos remeros, fieles a su persona. Salió de Jeveros y entró en el Marañón, pasando por el río Tigre que desagüaba en él, llegó a la desembocadura del Napo; entró a sus aguas, y en nueve días de surcada estuvo con su flotilla sobre las aguas del Curaray. A un día de navegación, encontró a los indios Avijiras, cuyo Cacique les recibió de amistad, lo que aprovechó el P. misionero para proponerle la reducción de su gente a la vida cristiana".*** Jouanen, Op. Cit., p. 270.

14 Uso que recuerda el de los Coronado, llamados así por el corte del cabello similar a las tonsuras que practicaban en sus cabezas los misioneros franciscanos.

15 Se refiere a la Escuela de Lenguas que instalaron los jesuitas en Archidona. Los jóvenes así capturados eran llevados para el aprendizaje del Quichua y del Castellano y luego eran devueltos a sus tribus. De esta manera facilitaban el trabajo misionero.

Llegando a término el viaje de surcada por el alto Curaray, finalmente la armadilla dió con otra de las tribus Záparo[16] que poblaban sus riberas. Esta se encontraba asentada hacia sus cabeceras en un terreno pantanoso reportado como malsano por el sacerdote. El registro omite toda posible identidad o identificación de esta tribu y no aporta con otros indicios que permitan, al menos, ubicar este sitio.

En su ruta expedicionaria, luego de cincuenta días de incursionar por las riberas del Curaray, subió Lucas de la Cueva por el río Nogino hasta llegar al pueblo de los Oas, donde se encontró con quienes se desempeñaban como sus misioneros, Sebastián Cedeño y Esteban Caicedo.

Después de una breve estadía en la estación misionera, Lucas de la Cueva emprendió el viaje de retorno acompañado por Esteban Caicedo. Tomaron por el Nushiño y bajaron hasta los parajes donde suponían estaban localizados los asentamientos de las tribus de los Gayas en el Curaray.

Al parecer éstos habían emigrado desde el Bobonaza, su territorio antiguo. O bien se trataba de otras tribus Gayas. Los misioneros no los encontraron en su territorio habitual porque, conocedores de la incursión de los misioneros se habían remontado, por lo que tuvieron que desistir en su empeño por conocerlos y relacionarlos con su obra.

Bajaron luego hasta los asentamientos de las tribus Avijira. En los dominios de Quiricuare, el curaca aliado, se quedó el sacerdote Caicedo quien emprendió la construcción de una iglesia con la que se dió inicio a la fundación de la aldea misionera de los Avijiras, en Abril de 1665, con el nombre de San Miguel.

La fundación del poblado se efectuó tierra adentro, a cinco leguas de camino por la montaña, desde el Curaray. Quedó él mismo a cargo de esta fundación en calidad de misionero conversor habiendo sido trasladado de donde los Oas.

Prosiguió el padre Cueva su viaje por el Napo, aguas arriba, hasta dar con el Puerto del mismo nombre. Desde allí se trasladó luego hasta su parroquia en Archidona[17]. Pocos años antes, la orden misionera de los jesuitas había logrado poner en funcionamiento los denominados Colegios de Lenguas tanto en Borja como en Archidona.

Estos establecimientos tenían como función primordial la enseñanza del Kichwa y Español a los jóvenes que, de una manera u otra, llegaban a sus manos como resultado de las incursiones

16 Se ignora otra referencia que no sea la filiación lingüística.
17 García, Op. Cit. p. 160.

expedicionarias que, cada cierto tiempo, eran organizadas en determinados segmentos de Maynas[18].

Una vez que éstos recibían la instrucción correspondiente para convertirse en traductores eran devueltos a sus tribus donde, a más de inculcarles la lealtad hacia los misioneros, tenían como encargo el consolidar los fundamentos de las posteriores conversiones y así facilitar el establecimiento de la intensa red de fundaciones[19]. Y fue este precisamente el origen del Kichwa contemporáneo en amazonia.

Caicedo, a pesar del gran despliegue de esfuerzos encaminados a reducir a las tribus Avijira en la aldea de San Miguel, no logró su propósito. Se interpuso Quiricuare, el curaca aliado de los misioneros, cuyos designios distintos fueron, al parecer, la causa principal de este fracaso. Después de todos los esfuerzos que resultaron a la postre inútiles, Caicedo abandonó enfermo la aldea y retornó a Quito donde murió pocas semanas después.

Entretanto Cedeño permaneció a cargo de la fundación de San Miguel de los Avijiras. En el año de 1667 se supo del levantamiento de estas tribus en el que encontró la muerte el misionero Pedro Suárez. Este levantamiento fue reprimido cruelmente, nueve años después, en 1676[20].

La historia comienza en el año 1666 cuando el misionero llegó a la aldea de San Miguel de los Avijiras para hacerse cargo de la misión dejada por Caicedo. Le acompañó en la toma de posesión Francisco Güells quien se desempeñaba como jefe de la misión de los Oas en el alto Curaray.

Al cabo de un año, hacia finales de 1667 sin tener noticias de Suárez y temiendo que hubiese sido víctima de la rebelión de los Avijira de la que tuvo referencias Güells decidió llegar hasta San Miguel en el bajo Curaray.

Al llegar al sitio donde se encontraba la fundación misionera, Güells encontró unicamente las ruinas de lo que fue la iglesia servida por el misionero Suárez[21]. La noticia de su muerte a manos de los Avijira provocó la reacción de las autoridades cuya sede se encontraba en la población de Archidona. La armadilla organizada para reprimir a los autores del horrendo sacrificio siempre encontró insuperables dificultades para emprender su tarea.

Unicamente nueve años después del suceso, en el año 1676, el capitán Diego Lucero, jefe de las misiones de los jesuitas, con 150 hombres armados emprendió la expedición punitiva por la ruta del Napo.

18 *"En el siglo xvii los jesuitas tenían en Borja una casa donde instruían a estos jóvenes (tomados cautivos en las correrías de los españoles), los cuales después de algunos meses regresaban a su nación, dando cuenta del buen trato recibido. También en Archidona, cabecera del Napo, tenían los mismos un colegio para "lenguas" -así se llamaba entonces a los intérpretes- en la que muchachos de diferentes naciones del Napo y del Curaray (Záparo, Gaye, Semigaye, Avijira, etc.) aprendían el Kechwa y el Castellano"*. Mercier, Marcos, "El Quichua como lengua común", Amazonia, VI: Enero-Junio, 1993. P. 56.

20 La información que aparece en esta parte fue extractada de Jouanen, José, Op. Cit., pp. 450 y ss.

21 *"Al llegar el Padre Güells se quedó sorprendido de encontrar que el camino que iba del río a la aldea estaba oculto por la vegetación. No vio a ningún indio Avigira que le pudiera contar lo acontecido. Sin embargo, inmediatamente llegó al lugar donde se hallaba la aldea un año atrás, y todo lo que sus ojos vieron fueron ruinas cubiertas por la maleza. Hurgó entre las ruinas y encontró un collar blanco, un libro enmohecido, dos lanzas rotas y la campana de la iglesia, llena de marcas que daban fe de que se había intentado destrozarla con piedras"*. Ibidem.

Llegó hasta la desembocadura del Curaray desde donde avistó las aldeas de los Avijiras. Estos, sorprendidos por la incursión inesperada trataron de huir con el resultado adverso de numerosos prisioneros que, posteriormente, fueron sometidos a largos interrogatorios para establecer las culpabilidades en el caso de la muerte del misionero Suárez [22].

Una primera versión de los hechos, que a la postre resultaría espúrea, refería un ataque de los Záparos a la fundación reciente de la aldea de San Miguel. Lo que suponía una enemistad intertribal de antigua data entre los Avijiras, con Quiricuare a la cabeza, y otras tribus Záparas que tenían sus asentamientos hacia el curso medio y alto del Curaray Posiblemente los Gayas.

Establecida, sin embargo la verdadera versión fue posible conocer que el propio Quiricuare había dirigido al grupo responsable de la muerte del misionero como respuesta a los desórdenes que ocasionaron sus prédicas en contra de la poligamia que, de manera clara e inequívoca, aludían a la costumbre inveterada del curaca [23].

La crueldad de los acontecimientos relacionados con el sacrificio del misionero cuyo cráneo, de no mediar un suceso prodigioso, hubiera servido para libar ritualmente la cerveza de yuca para festejar su triunfo, y las penas que se dispusieron a aplicar a los cómplices del curaca muestran la intensidad de las acciones desplegadas en torno al baluarte cultural conformado por estas tribus Avijira en el Curaray [24] .

De modo que la actividad misionera con estas tribus llegó, de esta manera, a un final trágico. Entre los Oas tampoco hubo éxitos. Estuvo a cargo de esta fundación Esteban Cedeño hasta que fue reemplazado, en 1672, por Agustín Hurtado. Este, pocos años antes, junto con Juan Lucero fundaron en el año 1669 la población de San Javier de los Gayas como parte de la gran ofensiva organizada en el Curaray.

Otras incursiones posteriores fueron organizadas hacia los ríos Tigre y Pastaza para reducir a otras tribus Záparas. Una de éstas la dirigió Nicolás Durango. A él le correspondió reconstruir la fundación de San Javier de Gayas. Hacia finales del siglo xvii la fundación contaba con apenas setenta habitantes.

Al poco tiempo de iniciada su labor incursionó por el Tigre y Curaray lo que permitió ampliar la base de la fundación con gente Semigayas, Andoa, Maitiore y otros.

En 1707 murió el misionero a manos de los Gayas. El acontecimiento se convirtió casi de inmediato en la base de una de las rebeliones

22 *"El Padre Güells regresó a la misión de los Oas y de allí envió un informe al Superior en Archidona. Las autoridades españolas decidieron enviar una expedición de castigo a los Avigiras, pero ésta sólo partió nueve años después de lo previsto. La expedición estaba formada por el Capitán Diego Lucero, jefe de las misiones jesuitas, y 150 hombres armados. En 1676 la expedición llegó a la desembocadura del Curaray e inmediatamente avistó las primeras aldeas Avigiras. Los habitantes huyeron, pero se los persiguió, siendo tomados prisioneros muchos de ellos con el fin de que confesaran acerca del asesinato del Padre Suárez"*. García, Op. Cit., pp. 177-78.

23 *"Como el Padre Suárez consideraba que la poligamia estaba muy difundida entre los Avijiras y era uno de los más grandes obstáculos para su conversión, aprovechaba toda ocasión para condenar en sus sermones este vicio vergonzoso y soez. Esto molestó a Quiricuare porque tenía doce mujeres, y lo mismo a otros jefes, que tenían dos, tres o más cónyuges, de suerte que decidieron matar al Padre Suárez para ahorrarse más sermones. La primera víctima de la ira de Quiricuare fue un joven español que era el único asistente del misionero aparte de un intérprete indígena. Fue asesinado por orden del jefe principal cuando llevaba un mensaje a la misión de los Oas. Pronto les llegó el turno al misionero y a su intérprete"*. Id. pp. 177-78.

locales. El curaca local, Maniri, había congregado a todos los Gayas. Los Andoa, inocentes del complot habían fugado. Y los Roamaynas que fueron convocados a la rebelión no plegaron finalmente debido a la ausencia de su curaca.

Desde Borja, apenas se conoció la noticia, salió una armadilla compuesta por 18 españoles y 200 indios de lanza. Cerca de San Javier se supo de la huida de los rebeldes hacia el Curaray. En su retirada incendiaron casas y huertos que encontraron en su camino para evitar la persecución.

Aunque en esa ocasión fueron tomados prisioneros algunos miembros de la familia de Maniri, no fue sino dos años después que fueron capturados los rebeldes por una nueva incursión armada. Los Gayas fueron luego diseminados por diferentes fundaciones misioneras.

Al año siguiente, Breyer había congregado a los Andoa y efectuó una nueva fundación de Santo Tomé de Andoas, en el Bobonaza. Enseguida emprendió en la tarea de reconstruir San Javier de los Gayas. A pesar de que el misionero logró que los Semigae pasaran a formar parte de Santo Tomé, las epidemias acabaron en varias ocasiones con la población local.

A Breyer le correspondió el inicio de las obras misioneras en el segmento comprendido entre los cursos bajos del Tigre y el Napo. Allí encontró a las tribus de los Yameo. Practicamente un conjunto tribal inserto en el límite meridional del territorio de las tribus Záparas. No fue sino años más tarde que, a instancias del misionero Zürmuhlen, formaron el pueblo de Yacuapana, sobre el Marañón. Prosiguió estos esfuerzos Maroni.

A partir de 1732 el misionero Brentan retomó, a su vez, los avances que Maroni había logrado entre los Yameo y Omagua. Sobre todo, organizó varias expediciones al Nanay e Itatay. Reforzó este frente misionero el célebre Juan Magnin quien entró hasta las misiones por la ruta del alto Pastaza y Canelos.

La visita de Andrés de Zárate, transcurrida entre 1735 y 1738 para informar a Felipe V de España acerca de los avances logrados por los jesuitas en sus colonias y, en particular en la Provincia de Maynas, renovó el ímpetu con el que, varios años atrás, se dió inicio a las tareas misioneras.

El mismo visitador quiso emprender las reducciones entre los Iquito, llamados también pucauma, tribus Záparas localizada en los

24 *"Quiricuare y seis de sus hombres entraron armados con lanzas a la cabaña del Padre Suárez. Quiricuare atravesó el cuerpo del misionero con su lanza, arrojándolo al suelo, pero pese a estar gravemente herido se levantó y luego cayó de rodillas diciendo "Dios mío, Dios mío". Luego le atravesaron cinco lanzas más. Una por la boca para que deje de rezar. Después mataron al intérprete y le cortaron la cabeza. Intentaron hacer lo mismo al sacerdote con el objeto de usar su cráneo como una escudilla para beber en la fiesta de triunfo"...."Pero por un milagro del cielo (que tal vez parezca haber venido demasiado tarde) los espantosos intentos de los indios fracasaron porque aun con todos sus esfuerzos, no lograron separar la cabeza del cuerpo. El religioso no había dado su último suspiro, de modo que fue enterrado vivo. Se arrojó al río los vasos del oficio y otros objetos sagrados, se saqueó la aldea y se la incendió, y Quiricuare con su gente se retiraron al interior de la selva"... "Lucas dijo que Quiricuare estaba fuera del alcance de los españoles porque hace un par de años había muerto en manos de hombres de su propia tribu, que cansados de su tiranía y crueldad decidieron acabar con su vida. Sin embargo, el Capitán Lucero logró capturar a seis secuaces de Quiricuare, los mismos que fueron colgados en presencia de siete grupos diferentes de Avijiras y descuartizados, poniendo luego sus partes en los senderos del bosque para advertencia a los demás". .."Antes de la ejecución"* - escribe el Padre Jouanen en su libro - *"los asesinos pidieron el bautizo porque tenían ciertas nociones de religión"*. Ibidem.



territorios del alto Nanay, muy cerca del Napo y del Marañón. No hubo ocasión para trabar conocimiento de ellos. Por esta razón quedó a cargo de su reducción el clérigo Bahamonde.

Logró éste su propósito. Datan de estas fechas las fundaciones sucesivas de San Juan Nepomuceno y Santa Bárbara de Iquitos. En 1741 nuevas expediciones hacia el alto Nanay y el Blanco permitieron localizar a la tribu de los Maracanos. Y al año siguiente, 1742 fue posible ubicar a la tribu de los Iquito llamada Huasimoa.

Años más tarde, en 1764, el hermano Schöeman y Weigel retomaron las misiones con los Iquito, logrando, en poco tiempo, restituir la imagen de esplendor de las fundaciones misioneras.

Los que resultarían últimos esfuerzos por entrar hasta el territorio de las tribus Jíbaras fueron protagonizados por los Andoa que pidieron a Franzen organizar una expedición hasta el Huasaga para encontrar a los Murato. Entre 1748 y 1753 sucesivamente se aventuraron los expedicionarios por el Pastaza y su tributario.

Esta tribu fue reconocida como de los Murata Andoas y con ellos fue fundada la aldea misionera de Nuestra Señora de los Dolores de Muratas. Camacho, el misionero, intentó en varias ocasiones incursionar en territorio Jíbaro hasta que en el año 1757 logró localizar a la gente del curaca Matucasa de quien logró la decisión de pasar a habitar con los Murato en la aldea recientemente creada.

Otros avances, finalmente fueron logrados entre algunas tribus del Napo. En esta ocasión nuevamente estuvo al frente de esta tarea el misionero Agustín Hurtado junto con Ignacio Jiménez. Este estuvo a cargo de la misión entre los Oas hasta que éstos se rebelaron asesinando a dos españoles e internándose en la jungla.

Desde donde emprendieron en los años subsiguientes innumerables incursiones, saqueos y matanzas. A tal punto llegaron los hechos de violencia que unos pocos Oas que permanecieron fieles a la misión fueron trasladados por los Jesuitas, según se dijo antes, a otro lugar por el Napo. Posiblemente también conocidos como Napotoas, parcialidad que hablaba el idioma Simigaya de la familia Zápara. Hacia el año 1751, fue localizado un grupo por el Alto Napo. Estos hablaban también los idiomas Siecoya e Inka. Venían de Sucumbíos -por el Aguarico- y eran cristianos tributarios que volvían a su antiguo asentamiento en Santa Rosa, llamada de los Oas[25].

A causa de estas rebeliones las fundaciones misioneras experimentaron un período de profunda decadencia. Y, aunque años después, en 1766,

25 Mercier (1993), Op. Cit. p. 49.

Interior de pamacari. Vignal. Dibujo, Wiener. ***Grabados...*** *p. 107.*

hubo intentos por reestablecer las misiones en el Curaray, tanto con las tribus Avijiras como con las Záparas, la falta de misioneros así como la expulsión de la orden decretada en 1768 impidieron el cabal cumplimiento de este propósito.

Estos sucesos han narrado las vicisitudes de los misioneros en el proceso de reducir a las tribus indomables de los Záparo, tomando como referencia geográfica sus dominios extendidos por la cuenca del Curaray. Desde luego, hubo otros intentos por incursionar en los territorios de estas tribus localizados hacia el Bobonaza y el Tigre.

Estas incursiones fueron emprendidas en 1658 por Lucas Majano. Este había recorrido el Marañón en el trayecto comprendido entre la desembocadura del Pastaza y el Napo; esto es, el límite sur del territorio dominado por las tribus Záparas y había logrado establecer dos fundaciones, la de San Salvador de Záparos y Jesús de Coronados.

Estas tenían una ubicación estratégica pues estaban situadas sobre la ruta que, desde la población de Borja, sobre el alto Marañón, permitía el acceso a las redes misioneras situadas sobre las márgenes del bajo Pastaza.

A la salida de Majano, se hizo cargo de estas fundaciones Antonio Fernández de Enciso, quien dejó las misiones del Ucayali después de dos años de actividades y, habiendo pasado a las fundaciones de los Coronados, permaneció allí seis meses antes de salir a Quito por el camino del Pastaza y Baños.

Los levantamientos de algunas tribus como el caso de los Avijiras eran hechos que contribuían a la inestabilidad de la obra misionera. Tambien conspiraban contra este orden las contínuas guerras en las que estaban implicadas las tribus Záparas entre sí. Uno de éstas fue la que confrontó por varios años a los Gayas contra contra los Coronados en el alto Bobonaza.

En un intento por terminar con el estado de guerra declarada de los Gayas, asentados en las cabeceras del Bobonaza y el Tigre, contra los Coronados, se organizó, en el año 1661, una expedición armada que fue derrotada por estos indómitos guerreros.

Años más tarde, en 1665, Lucas de la Cueva intentó, en vano, dar con estas tribus; mejor fortuna tuvieron Juan Lorenzo Lucero y Agustín Hurtado quienes, en 1669 fundaron la población de San Javier de los Gayas.

Se mantuvo a cargo de esta fundación Esteban Cedeño hasta que fue reemplazado, en 1672, por Agustín Hurtado quien, según se ha dicho, tenía a su cargo la misión entre los Oas. Este trajo hasta San Javier de los Gayas un grupo de Roamainas cristianizados.

A la muerte trágica de éste, le sucedió Pedro Ignacio Cáceres que pasó pronto al curato de Jeveros; en su reemplazo fue asignado el cura de Jeveros, Francisco Fernández. A éste le reemplazó, a su vez, Tomás Santos quien cambió de lugar la fundación de los Santos Angeles de Roamainas, sobre el Pastaza y congregó a nuevas familias originarias - ¿Záparas?- del río Tigre.

Esta zona no sólo fue escenario de confrontaciones entre las tribus. Un conflicto de jurisdicción surgió en estos años entre las misiones de los jesuitas y de los dominicos: los primeros misionaban entre las tribus del Bobonaza, Tigre y Pastaza, en tanto que los otros tenían a su cargo las misiones de los Canelos y Záparos.

En tal sentido, los Gayas que se encontraban vinculados a estos dos escenarios se convirtieron en motivo de discordia. Hechas las respectivas reclamaciones, esta misión quedó finalmente asignada a los jesuitas, por Real Cédula de 1683.

Se hizo cargo, el sacerdote misionero Lucero, a partir de 1681, de la reducción de San Javier de los Gayas. Por esta época, aguas abajo por el Pastaza, este misionero fundó las poblaciones de San José de Pinches y Asunción de Nuestra Señora de Pebas. Un nuevo levantamiento de los Gayas acabó con su vida en el año 1707.

Un año más tarde, en 1708, una vez que desapareció la fundación de San Javier de los Gayas a raiz del levantamiento de estas tribus, Wenceslao Breyer realizó la fundación de Santo Tomás Apóstol de Andoas a la que se unieron algunas familias Semigayas, antiguos habitantes de la desaparecida fundación de San Javier. Años más tarde, en 1732, se hizo cargo del curato Carlos Brentan.

Esta población de Andoas alcanzó renombre en el escenario de Maynas. En el último período, previo a la expulsión de los misioneros, fue considerada como la más importante de la zona del Pastaza. Allí se concentraron los grupos Canelos que huían del pago de los tributos, así como grupos de las tribus Andoas y Semigayas. Contaba entonces con una población de 524 habitantes.

El misionero Enrique Fransen fue asignado, años después, a la misión de Andoas, luego de que José de Lena, sucesor de Brentan, dejara aquella misión. Fransen fue misionero en Archidona y Andoas durante treinta años, hasta el año 1767.

Para esta época, a la expulsión de los misioneros jesuitas, luego de 130 años de permanencia en la provincia de Maynas, quedaban 80 reducciones tribales extendidas por el Marañón, hasta el Amazonas, por los afluentes de su margen izquierda.

A la sazón organizaban, una vez más, incursiones hacia los territorios de las tribus Záparas. Por orden del entonces Gobernador de Maynas, las cuatro grandes canoas que fueron construidas por los misioneros para ingresar nuevamente por el Curaray fueron utilizadas por los misioneros para bajar hasta el Pará, en Brasil desde donde viajaron hasta Europa.

Pedro Esquini, quien tuvo a su cargo la misión de Maynas en los años anteriores a la expulsión de la orden, estimaba que las fundaciones de La Laguna, Jeveros, Chamicuros, Yurimahuas, Paranapuras, Chayavitas y Muniches comprendían a un segmento apreciable de las poblaciones tribales de Maynas.

En su criterio, sin embargo, eran igualmente numerosas las tribus que quedaban fuera del ámbito de influencia de las misiones. Estas comprendían *"...algunos Mainas cimarrones -montaraces- en los bosques que se extienden entre el Pastaza y el Morona, los - Cocama- alzados del Ucayali, los Jívaros, los gentiles de las cabeceras del río Tigre, los Mayorunas que ocupaban la orilla derecha del Marañón, los indios del río Curaray y los que vivían cerca de San Ignacio de Pebas"*[26].

En una evaluación global de los resultados del proceso realizada en el año 1760 se registraron 29 pueblos en la misión Alta y Baja del Marañón, con 11.746 reducidos a cargo de 18 misioneros; en tanto que en las cinco fundaciones del Napo, cuatro misioneros tenían a su cargo 483 almas.

En otro aspecto de la evaluación, se reportan las bajas sufridas por los neófitos y catacúmenos en las reducciones. En el año 1666 murieron cerca de 80.000 indios víctimas de las epidemias, y en 1681 las bajas ascendieron a 60.000; en la epidemia de 1749, se registra la desaparición de naciones y tribus enteras a causa de la mortandad ocasionada; hecho que se reprodujo para los años 1756 y 1762[27].

Estas epidemias habían provocado no sólo retrasos evidentes en el avance de la labor encomendada a los misioneros, sino también transformaciones espectaculares entre las poblaciones tribales. Si para 1760 se reportaba la existencia de 29 aldeas misioneras, para el tiempo en que estalló la segunda epidemia de viruelas, al año 1681, se contaban veinte reducciones logradas por los jesuitas.

26 Ibidem.
27 Jouanen, José, Op. Cit., T. ii, p. 537.

Muchas de estas desaparecieron. Otras se encontraban distribuídas de la manera siguiente: San Luis Gonzaga, Santa Teresa de Jesús y San Ignacio en el alto Marañón; Santos Angeles Custodios de Roamainas, Jesús de los Coronados y San Francisco Javier de Gayes en el Tigre, Pastaza y Bobonaza; Chayavitas, Muniches y Nuestra Señora de Loreto de Paranapuras en el Marañón; finalmente, Santiago de la Laguna e incipientes fundaciones hacia las tierras del Huallaga y el Ucayale.

A pesar de que algunas tribus Záparo quedaron sin integrarse al sistema de fundaciones o reducciones misioneras, el avance de su obra fue particularmente intenso. De hecho, para cuando los jesuitas cumplieron un siglo de misionar entre las tribus del Marañón y sus afluentes, el conocimiento relativo a este pueblo era relativamente aceptable, no así el estado de cristianización logrado pues era notorio que la mayoría de las tribus prefería la vida al margen de las fundaciones.

Los misioneros habían logrado establecer que bajo la aparente fragmentación y diversidad tribal se ocultaba la dimensión de las grandes tradiciones culturales. En el caso de Maynas fueron perceptibles al menos tres de estas tradiciones: la Jíbara, lengua dominante en el alto Amazonas, la Tukano, exendida en el segmento noroeste de la cuenca y la Zápara que comprendía el dilatado espacio situado entre el dominio lingüístico Tukano, al norte y el Jíbaro, por el sur[28].

En la clasificación de los datos recogidos principalmente por los misioneros a fines del siglo xviii aparecen distribuídos de la siguiente manera: en la cuenca del Pastaza dominaban las tribus de los Pendays y Chontoas o Garrinchas conocidos, más tarde, como Canelos a causa de la presencia abundante de los árboles de esta especie en estos territorios.

Estas tribus estaban conformadas por los linajes de Hualingas, Santis e Inmundas. Eran iimítrofes de las tribus de los Coronados y Andoanos, estos últimos de filiación lingüística Zápara. Podían distinguirse doce asentamientos de estas tribus hasta la desembocadura del Bobonaza[29].

En la cuenca del Tigre y hasta el Corrientes, afluente del Pastaza, podían distinguirse unas doce tribus Záparas con una población aproximada de 30.000 efectivos. Dominaban las tribus conocidas como de los Gayas, reputados como antropófagos y a los que se atribuía una gran ferocidad como guerreros[30].

Hacia el norte, en el Curaray se encontraban diseminadas por lo menos siete tribus, igualmente, de filiación Zápara que, entre todas,

28 *"Al tiempo de la conquista y el primer siglo de la colonia, los grupos indígenas moradores de la región comprendida entre el Curaray y el Pastaza, hasta el Amazonas, formaban parte de la Gran Familia Etnolingüística Zápara"*. Contreras, Op. Cit. p. 11.
29 Ibidem.
30 Ibid.

totalizaban una población de 28.500 habitantes. Sobresalían los Záparos, Tutapishcos y Shimigaes[31].

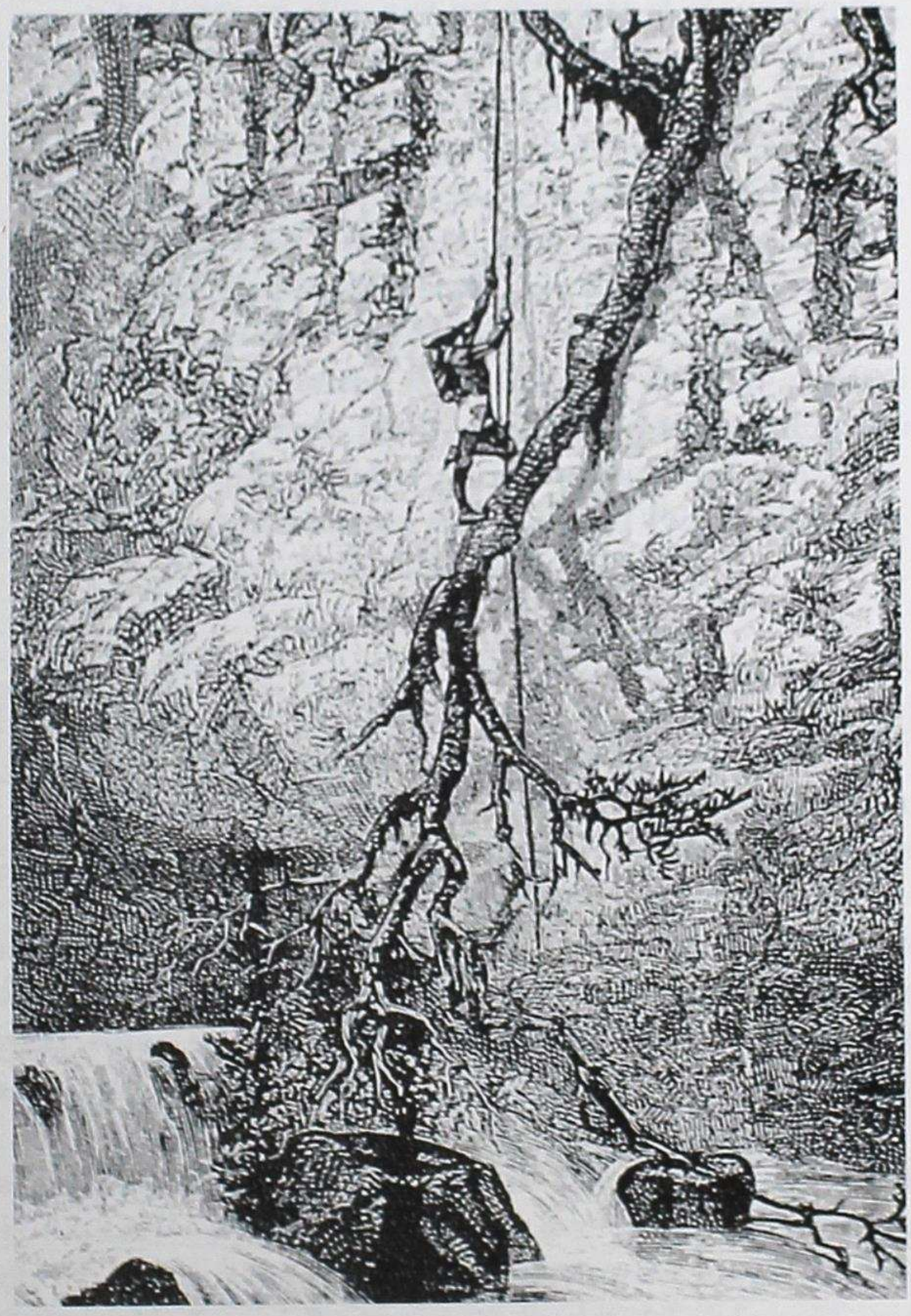
Aunque, según se dijo antes, en el caso de los Oas, conocidos también como Oaquis o Decaguas se sabe que los mismos misioneros jesuitas, según se dijo antes, propiciaron esta migración pues fueron trasladados por éstos a los asentamientos del Ansu, Ansupi, y del puerto de Santa Rosa.

Otras fuentes mencionan a siete familias de Coronados que se refugiaron en las inmediaciones de Archidona, jurisdicción de Quixos, cerca de sus parientes, los Oas, del ataque incesante de sus enemigos mortales, los Gayas[32].

Las misiones de los jesuitas no fueron las únicas que incursionaron en territorio de las tribus Záparas. Los misioneros dominicanos habían intentado habilitar la entrada a la cuenca por el encañonado del Pastaza, desde Baños. Este episodio, sin embargo, forma parte de lo que sigue de esta narración.

31 Ibid.
32 Muratorio, Op. Cit., p. 49.

Después de Maynas



Sueños de grandeza

Escalera improvisada en barranco, cerca de Baeza. Vignal. Fotografía. Grabado… *p. 95.*

CAPÍTULO III

AL PIE DEL TUNGURAHUA

"Son tan propensos a ver esta Ciudad,
y pasiarse en ella, que no obstante el graue travajo
de la boga continuada por tres meses,
solicitan, y ruegan con instancia
viajar a ella en los Despachos generales,
que hacen en cada año para conducir en las canoas,
que traen los Fardos de ropa, y otros generos, que
los Oficiales Reales dirigen a los Misioneros;
y quando vuelben a sus Pueblos, lleuan
el blazon de vestirse la Baieta, que antes no podían,
sin murmuraciones, sin escarnio, que harían los Paysanos
quando los viesen vestidos de este genero,
sin la recomendación de conocer el Puerto de Napo,
y Ciudad de Quito" [1] .

El desmantelamiento de la misión jesuita de Maynas fue ocasión para organizar varios intentos por reiniciar su obra y afianzar la presencia de las misiones religiosas. A causa de esta ruptura, poca o ninguna memoria quedó de los pueblos sujetos a las reducciones o fundaciones de Maynas. Y, en muchos casos, fueron abandonadas las antiguas rutas por ellos transitadas para ingresar a la cuenca del Amazonas.

Vagas referencias persistían de las tribus Záparas. Escasamente sometidas en los siglos anteriores por los misioneros jesuitas debido a sus tardías incursiones por el vasto territorio comprendido entre las cuencas del Napo y el Pastaza, para finales del siglo xviii, en cambio, su situación había sufrido profundos reveses.

Los reportes iniciales que caracterizaron a los poderosos Záparo como la más importante población del alto Amazonas quedaron en la memoria frente a la situación de esta época. Era evidente que habían experimentado una pérdida substancial en sus efectivos demográficos, en gran medida a causa de los sucesos suscitados por la expansión de

1 Don Manuel Mariano Echeverría...Op. Cit., p. 59.

la actividad misionera hacia el alto Pastaza, en el contexto de la provincia de Maynas.

Los misioneros dominicos habían apenas logrado recuperar y mantener bajo su control al pueblo de Curaray[2], fundación misionera de antigua data. Y, al parecer, las tribus por esos rumbos habían quedado reducidas a las denominadas de los indios Curarayes, de acuerdo con las referencias más tardías para el siglo xviii con las que abrimos esta breve reflexión de carácter histórico dedicada a las épocas subsiguientes.

Una de estas referencias de inestimable valor para la época es la del célebre misionero dominico Fr. Manuel Bermeo quien hacia el año 1778 describió sumariamente el estado en que permanecían estas poblaciones visitadas luego de varios años por los misioneros; esta vez, a raíz del redescubrimiento de la ruta de Baños[3].

En cierto sentido, la historia contemporánea de la región centro oriental comenzaba con renovado aliento al calor de la nueva épica religiosa que intentaba superar los logros establecidos por la Compañía de Jesús a un costo bastante elevado, a juzgar por las reveladoras expresiones de este misionero.

Desde Patate hasta la base de la misión dominica en Canelos se entendía que la ruta para el ingreso de los sacerdotes era, de las conocidas y practicadas en otras épocas, la más corta. Por esta razón se había creado la Vicaría Apostólica con sede en el pueblo de Baños, localizado precisamente en el punto de la confluencia de los ríos Chambo y Patate que daban orígen al Pastaza.

Una ruta que en línea recta permitía el acceso directo a Canelos. Acaso también posiblemente la más difícil de todas a causa de las formidables elevaciones de las formaciones montañosas que se interponían entre la sede del Vicariato, Baños, y la cabecera de las misiones, Canelos, que la orden dominicana mantenía tan lejos de allí, en las cabeceras del Bobonaza.

Y no solamente a causa de lo escabroso y accidentado del terreno por donde era imprescindible transitar siguiendo la ruta. También por la extrema dificultad para conseguir peones de carga que estuviesen dispuestos a acompañar a los misioneros cargando su pesado y abundante matalotaje.

La reducida población local contribuía a acentuar esta carencia. De manera que era evidente para los viajeros constatar en los primeros tramos de su viaje el abandono en el que se encontraban los accesos por esta ruta muy poco transitada hasta finales del siglo xviii.

2 Oriente Dominicano, Nº 3, 1928.

3 Suscinto extracto de las missiones de la provincia de Canelos y nuevas conquistas de los rios Pastaza, Tundaza, Cayanumi Casaqumi y otros donde estan situados los indios cristianos e infieles que segun la numeracion , que por confesion de sus naturales hize, por el mes de marzo de este presente año de 1778; constan de 898 individuos de ambos sexos, habiendo sido nombrado superior de dichas misiones y fundador de el pueblo de Santo Domingo de Guallaga, pasado el rio Marañon en los confines de esta Provincia de Quito. Fray Manuel Bermeo.

Los pocos cargadores que se encontraban disponibles y dispuestos a esta travesía solían conseguir que se les duplicase el jornal para engancharse con los contados misioneros, funcionarios gubernamentales o viajeros que se atrevían a incursionar por esta ruta. De manera que, los costos para mantener activas las misiones, se elevaron substancialmente [4], al punto de tornar inalcanzable su adecuado soporte financiero.

La ruta explorada en su totalidad, algún tiempo atrás, por el misionero jesuita Lucas de la Cueva era, al parecer, conocida e intensamente transitada aún antes de la época de la conquista. La tradición oral relata antiguas migraciones periódicas hasta la espectacular cascada del Agoyán, muy cerca de las cabeceras del Pastaza y, por lo tanto, de la Vicaría de Baños.

Años después el misionero, de la orden de los dominicos, Manuel Bermeo, había proclamaba para sí las glorias de su redescubrimiento. Desde el año 1775, había confirmado que se trataba de una ruta más corta y relativamente cómoda comparada por las hasta entonces conocidas y practicadas para el tránsito de los misioneros hacia el alto Amazonas.

Años antes había emprendido, junto con su hermano un minucioso reconocimiento del trayecto y con él inició los trabajos de apertura del camino que debía ser lo suficientemente cómodo para permitir el tráfico de los cargadores con los pesados fardos que solían llevar los misioneros para sus largas estancias en la selva[5].

Tanto eco encontró esta noticia que dos años después, en 1777, el Presidente de la Real Audiencia de Quito, Joseph Diguja *"...emprendió la expedición de la tropa a Maynas, con noticia que tuvo de que mi hermano Francisco Xavier Bermeo, había varias veces entrado conmigo a la Misión..."*[6]

Convencido Diguja de las bondades de la habilitación de esta ruta y de la necesidad de acompañar con tropas el ingreso de los misioneros, a la vez, de la apertura de un apreciable tráfico comercial, consultó al hermano del misionero Bermeo quien habría respondido *"...que no sólo le sería de mucha utilidad al Rey su Señor el ingreso por la vía de los Baños por la brevedad de el camino, sino de menos costo y gastos, por la facilidad que ay de abrir brechas amplias, por la parte contraria de el camino que oy hubo referido a Vsa..."*[7]

La expedición ordenada por el presidente Diguja nunca ocurrió. Diversas dificultades contribuyeron a cancelarla. Entre otras, las innúmeras ofertas que varios interesados plantearon a la presidencia

4 Bermeo, Loc. Cit.
5 Ibidem.
6 Ibid.
7 Ibid.





La Real Audiencia y Presidencia de Quito (1563). Morales Op. Cit. Tabs. 31-32.

para el mismo fin y que terminaron por dejar en suspenso la iniciativa de los hermanos Bermeo, consistente en la habilitación plena de la ruta por el alto Pastaza[8].

De acuerdo con la minuciosa descripción de la ruta escrita por el fraile, exactamente a una legua de distancia del asiento de la Vicaría se encontraba la famosa cascada del Agoyán, siguiendo el curso del Pastaza, entonces conocido como Patate *"...que baña los cimientos del volcán de Tungurahua..."*.

La ruta continuaba siguiendo por las riberas del Pastaza. Era preciso cruzar el río varias veces y en diversos sitios donde se habían tendido puentes improvisados colocados sobre los puntos en los que el cauce era pronunciadamente estrecho.

¿Fue ésta la ruta que utilizaron las poblaciones de amazonía para llegar hasta el espacio andino? Recordemos que de estas poblaciones obtuvieron los misioneros varias noticias relativas al paso que abría el cauce del alto Pastaza.

La cascada del Agoyán era el punto de llegada de las migraciones que, con fines ceremoniales, involucraban a las poblaciones de las cuencas del Napo y del bajo Pastaza. Estas ascendían por las formaciones montañosas en dirección al oeste hasta la cascada, sitio convertido en el escenario de desconocidas celebraciones.

Otras causas contribuyen a explicar estas migraciones. Intercambios comerciales. En todo caso, unas y otras, podían estar sujetas a variaciones en cuanto a su composición étnica así como a distintas frecuencias.

Lo cierto es que el Agoyán habría servido como punto referencial para las poblaciones del alto Amazonas; la cercanía del volcán Tungurahua era un hito que marcaba singulares etapas de vinculación de esta garganta del Pastaza con las poblaciones cuyos dominios se extendían hacia el este.

Descubrimientos arqueológicos recientes permiten sostener la tesis de la existencia de poblaciones en la antigüedad, por lo menos hasta las áreas de influencia de las cuencas del Pinduc, tributario del alto Pastaza.

La ruta, siguiendo su curso hacia la garganta que se extiende a partir de la cascada del Agoyán en dirección al este coincidía, punto por punto, con la reconocida en el siglo xviii por el misionero Bermeo.

8 *"Con esta información accedió el Sr. Presidente, que fuesse por essa vía la expedición, atento a que estos territorios , son menos fragosos, más sanos, sin ríos , y de mayor brevedad: mas como fueron tantos los sugetos que en esto se interesaron por sus peculiares fines, se apartó mi hermano al instante de este proyecto, por no experimentar el constante filo de una odiosa emulación; despues de que ya el sr. Presidente, le había consignado seis mil pesos, para que diera principio a la construcción de dicho camino"*. Ibid.

El camino incluía los tambos o puntos que marcaban el final de la jornada para los viajeros. Consistían éstos en aldeas pequeñas o simplemente construcciones rústicas que servían para albergar a la comitiva y al viajero.

La primera jornada estaba calculada para llegar hasta el río Antonibos. A este tambo se llegaba después de cruzar el puente de madera del Ulba y de superar el duro escollo que representaba el Yunguilla, tributario del Pastaza por su margen izquierda, y que remonta sus orígenes a la Cordillera de los Llanganates.

A tal punto era impetuosa su correntada que, en ese entonces, los conocedores lo consideraban uno de los más importantes tributarios del Patate. Aquí éste cambiaba de nombre y no en Baños donde, años después, fue establecido su orígen en la unión del Chambo.

Todo este trayecto de la ruta atravesaba por formaciones montañosas que formaban parte de la cordillera del Abitahua *"...cuyas breñas están pobladas de piedras que hieren y de duras puntas de chonta, que necesitan de prolijo cuidado para descubrirlas, y cautelarse dellas..."*[9].

El camino seguía por el encañonado. Era como transitar por una brecha abierta por el cauce fluvial en la Cordillera de los Llanganates. El curso del río se enfila, encañonado, entre dos formaciones montañosas, en cierto sentido paralelas entre sí, que divagan hacia el este.

Desde el río Antonibos, proseguía la segunda jornada cruzando, esta vez, por riachuelos y quebradas que tributan en el Pastaza. Todas corrientes menores originarias de los drenajes de las aguas de las intensas lluvias que caracterizan la antes mentada Cordillera.

Había que cruzar el río Verde, nombrado así por el curioso color de sus aguas cristalinas[10]. Muy cerca, por la misma ribera, se practicaba el cruce del Machai, llamado así por una gran piedra que existía en sus riberas y que servía de albergue a los caminantes[11].

En adelante seguían otros ríos de menor importancia, sobre todo si se considera la magnitud e impetuosidad de las corrientes del último río de la jornada, el Topo, que era necesario cruzar finalmente, luego de un corto y obligado descanso en un estrecho valle conocido como Mapoto que se extendía al pié del Abitahua[12].

Este era, posiblemente, el mayor obstáculo de la ruta. En más de una ocasión había infringido bajas sensibles en las expediciones que, de un lado y otro, se arriesgaban a cruzarlo. En otras situaciones, a causa de

9 Ibid.
10 Ibid.
11 Ibid.
12 Ibid.

sus duraderas y continuas crecentadas, obligaba a esperas tanto intempestivas como prolongadas a los viajeros. Su ubicación equidistante no les permitía su desanimado retorno a su punto de partida: haya sido Baños o Canelos[13].

Cuando era posible el paso, los peones y cargadores que acompañaban a los viajeros debían improvisar un peligroso puente que consistía unicamente de tres varas de caña Guadúa[14] tendidas en los dos tramos que iban, el primero desde una de las orillas a una gran roca sobresaliente en el medio del cauce del río; y de ésta a la otra orilla[15].

Los seis días que solían emplear los viajeros para transitar desde Baños hasta Canelos comprendían una travesía en la que la mitad de estas jornadas suponían el avezado cruce por la brecha abierta por el Pastaza siguiendo la cordillera del Abitahua.

Las tres siguientes, desde el fragoso Topo hasta las cabeceras del Bobonaza, donde estaba la aldea de Canelos, que servía de estación misionera y puerto de embarque para navegar por el Bobonaza y, luego, por el Pastaza.

Un curioso relato había surgido en torno a esta ruta como punto de coincidencia entre los fueros de la vicaría y aquellos del mundo salvaje que se extendía hacia el este y ésta pretendía conquistar por medio de un sistema expansivo de fundaciones misioneras concebidas a manera de red por los ríos navegables que eran accesibles a partir de Canelos.

Para los indios, que habían cargado las imágenes religiosas por esta ruta, un poderoso espíritu había sido derrotado en la cima del Abitahua por una imagen de la Virgen. Sometido el espíritu del Cerro, para la época en que Bermeo describe su ingreso, únicamente se refería su bramido cuando entraba gente poderosa[16].

Aunque en el tramo comprendido entre el Topo y Canelos eran igualmente numerosos los ríos que debían cruzar los viajeros y su comitiva, éstos no representaban sino apenas alguna dificultad, excepto el río Suña[17], debido al poco caudal de sus corrientes y al hecho de que éstas no atravesaban zonas de montaña sino la meseta del Puyo o las formaciones disectadas que la rodean.

Canelos, el punto de llegada de los misioneros era apenas una pequeña aldea fundada sobre una colina desde la que se domina el alto curso del Bobonaza[18]. Para la época, finales del xviii constaba de apenas 22 jefes de familia, aunque pocos años antes fue mucho más numerosa su población.

13 *"...y como aquellos puentes sólo sirven para essos ... viandantes; es nuevo cada día para todos el trabaxo, a que se agrega que los que no lo pueden pasar, ni se pueden volver ni pasar adelante por la summa distancia que hay desde este territorio, assí a los Baños, como a los Canelos: no habiendo hallado la industria humana, algún remedio hasta aquí, para evitar este peligro".* Ibid.

14 Guadua angustifolia, de la familia de las gramíneas, nativa americana. NdA.

15 *"...y es el caso: que ordinariamente está crescido a causa de que tiene su orígen en los rigidísimos páramos de el Cerro de Llanganate, el qual tambien lo haze en extremo rápido, muchas y muy grandes las piedras que incluye, extremada su anchura, y áridas totalmente sus riberas: de modo que para ver de transitarlo, son necesarios dos puentes, quando se merece el que baje; el uno al medio de el río, al diseño de una piedra, que por altísima providencia, crió la naturaleza, y el otro desde esta peligrosísima mediación, a la otra orilla: y éstos puestos con tal proligidad que no han de constar más que de tres cañas, las más largas y fuertes, por no dar el cimiento de la piedra, llegar a agregarle más...".* Ibid.

16 Id. El relato que hemos referido fue recopilado por el autor.

17 No se ha logrado establecer a cual de los ríos corresponde; pues entre la actual Shell y Canelos median los ríos Pinduc y Puyu. Aunque en la llanura de la meseta corren varios riachuelos ninguno es sobresaliente como el autor lo menciona.

18 En el mismo sitio en el que actualmente se encuentra emplazada la población del mismo nombre, asiento de la misma misión dominica.

Esta había disminuido a causa de las fugas masivas de los pobladores. Las exacciones producidas por el cobro de tributos habría provocado sucesivas migraciones hacia el bajo Pastaza, hasta la fundación misionera de Andoas, aldea ubicada en la desembocadura del Bobonaza en el Pastaza[19].

A pesar de esta reducción significativa de su población, la aldea mostraba signos evidentes de riqueza. Esta consistía no sólo en la abundancia y variedad de productos extraídos de los bosques circundantes y que hacían deseable su inserción en las redes de acopio y comercio de productos de exportación hacia la Metrópoli.

Consistía principalmente en el recurso que abundaba en las arenas aluviales, el oro. Legendario o no, incluso Bermeo, en su relato, no pudo omitir la referencia a épocas pasadas cuando, según era fama, se extrajo de este metal cantidades exorbitantes de los tributarios del Bobonaza[20].

Su producción podía ser reputada como particularmente rica en resinas naturales como cera blanca y negra, copal, estoraque, brea y otras gomas aromáticas y medicinales y otros productos propios de las formaciones montañosas de los contrafuertes cordilleranos y acaso menos comunes en otras latitudes de la cuenca como *"...sus comercios de canela, cascarilla, zarza y vainilla"*[21].

Acaso era más atractivo el entorno del emplazamiento de la aldea de Canelos a causa de la generosa producción agrícola. En los suelos de tierra negra y limosos los indios Canelos habían logrado un extraordinario nivel de adaptación tanto a las condiciones locales con ciertos productos exóticos, como a las exigencias del mercado con productos nativos.

Junto con el cacao (*Theobroma cacao*), se cultivaba el maiz (*Zea maïs*), la yuca (*Manihot sp.*) y el maní (*Arrachis hipogea*), aparte de una gran variedad de frutas ya entonces apreciadas en la gastronomía serrana: al decir del misionero *"...siendo las de mayor aprecio acá, allá sylvestres..."*[22]

Bermeo fue suficientemente cauto como para osar, con su relato, resucitar la imagen otrora opulenta de las selvas amazónicas. Por ello insistió más en aspectos como la feracidad de la tierra y escasamente en otros, menos exactos, como la existencia de minas de oro.

La sola noticia de la existencia del metal en las arenas aluviales de algunos de los tributarios del Bobonaza había provocado, de todas maneras, grandes conmociones entre la reducida población de blancos e indios de Canelos. Dos de sus más conspicuos habitantes, Meza y

19 Bermeo, Loc. Cit.
Y, al parecer, podía seguir extrayéndose. Como expresa nuestro autor: ***"A este río de Bobonaza le tributan feudos muchísimos pequeños, abundantísimos de oro corrido, por la experiencia común de los comerciantes"***. Ibid.
20 Ibid.
21 Ibid.
22 Ibid.



Indios Yumbos de Archidona. Vignal.
Fotografía. Grabados… *p. 100.*

Espinoza se habían dedicado a la ingrata tarea de divulgar la existencia de extraordinarias minas.

Y no únicamente a divulgar falsedades. También a sublevar a los indios Canelos en contra de las autoridades locales a pretexto de los requerimientos de la corona en materia de la explotación del preciado metal.

Habiéndose declarado, ante sí y por sí, Gobernador, Manolo Meza había inducido a los indios de Canelos a abandonar la misión y asumido los poderes plenipotenciarios de Gobernador *"... dexando sin culto divino la iglesia, sin doctrina al pueblo, sin alcaldes al vecindario, sin alimentos ni servicio a los missioneros; y lo que es más sin que ninguno de essos cumpla con el precepto anual de N Sa. Madre Iglesia, a exemplo suyo, que por no haberlo cumplido le excomulgó el r. P. F. Andrés Camacho missionero actual..."*[23].

Un escándalo de grandes proporciones se seguiría del inopinado liderazgo de los buscadores de oro. Meza, con un supuesto título de Gobernador, había puesto a los indios de Canelos a trabajar en sus placeres auríferos dejando prácticamente despoblada la aldea y poniendo a la misión ante el gravísimo riesgo de perder sus valiosos contactos con las poblaciones tribales.

También había ocasionado un trastorno de incalculables consecuencias al responder a su excomunión con una denuncia en contra de los misioneros. Según Meza éstos impedían extraer el oro de los ricos yacimientos y, de esta manera, se habían convertido en un obstáculo para el logro de los objetivos de la administración de la Real Audiencia de Quito que eran los de contribuir a la riqueza de las colonias y, por ende, de la Metrópoli.

Una vez más, el viejo debate entre las misiones y los civiles había tomado cuerpo, en esta ocasión a causa de los indios Canelos cuyo trabajo era vital para provocar el repoblamiento de las borduras civilizatorias coloniales; pero era mucho más su presencia en torno a la obra misionera que garantizaba por igual, o en mayor medida, el cumplimiento de tales propósitos.

La tumultuosa rebelión liderada por Meza había dejado en total abandono a la fundación misionera. Tan crítica fue esta situación que Bermeo, según registró en su relato manuscrito, no tuvo remeros para pasar hasta uno de los frentes misioneros entre los indios Pastazas.

Seguramente se trataba de las misiones cercanas o accesibles desde la estación y que comprendía a algunas de las tribus Jíbaras que

23 Ibid.

controlaban el territorio conocido como El Tayo hasta donde era posible llegar luego de una travesía de cuatro o cinco días de camino desde Canelos en dirección al sureste, por las cabeceras del Huasaga[24].

Las secuelas de la minería entre las tribus cercanas al Vicariato se sintió en un circuito tan amplio que estima Bermeo en aproximadamente ochocientos indios y otras tantas familias las que estaban ahora bajo la influencia de Meza y su cómplice y socio, Espinoza.

Aunque Canelos era el punto referencial de la ruta Andoas era, en cambio, el eje principal de la obra misionera. Los indios conocidos por el mismo nombre[25] se habían convertido en activos comerciantes de la nueva red misionera y, al parecer, mantenían una amplia gama de relaciones con las tribus Záparas y Jíbaras que mantenían bajo su control los territorios ribereños del Pastaza.

Menciona Bermeo entre las primeras a los Liquianos y Curarayes. Recordemos que el Liquino es un tributario del Villano, por su margen izquierda. Eran tribus que se encontraban bajo la influencia directa del Vicariato de Canelos al igual que los Achual, Jíbaros ahora conocidos como Achuar, y los Bamboyas, posiblemente Guamboyas o Huamboyas, pueblos Jíbaros de los territorios de la margen derecha del Pastaza[26].

Los indios habían abrazado la causa del supuesto servicio a La Majestad del Rey de España en razón de que los mineros solían distribuir entre ellos herramientas de hierro, especialmente puntas de lanza. Este singular comercio mantenía activa una rama de la industria de la fundición dedicada exclusivamente a fabricarlas. De ahí uno de los factores que acentuaba el interés por habilitar la ruta.

La introducción de la punta de hierro en las lanzas debió suscitar una radical transformación de los sistemas de caza, pesca y, por supuesto, en las convenciones de la guerra. Ciertamente los métodos de captura de las codiciadas tortugas acuáticas o charapas[27] mediante el uso de flechas de trayectoria parabólica con punta metálica.

Los misioneros jesuitas fueron los primeros en introducir masivamente el hierro entre los neófitos de sus fundaciones. El hierro, de acuerdo con varios relatos era llevado en bruto para ser forjado en las fundiciones que abastecían un intenso comercio en el vasto contexto de la provincia de Maynas.

Esta costumbre permaneció arraigada entre las poblaciones que, de una manera u otra, tuvieron contacto con los jesuitas. Por esta razón,

24 *"...no habiéndoles pagado a essos miserables por su trabajo personal ni un maravedí, después de que muertos de necesidad, los tenía diariamente al remo, con sus mismas herramientas trabajando: por este motivo que fue la falta de peones para la navegación no pude pasar al territorio que llaman el Tayo, donde habitan los indios Pastazas, de nuestra Missión cuatro o cinco días de camino por tierra firme, con interpolación de ocho ríos".* Ibid.

25 Los Záparos del alto Tigre reconocen la existencia de una variante lingüística hablada por los Andoas. Por lo que debemos suponer que se trataba de una tribu Zápara que tenía influencia entre las tribus de la cuenca del Pastaza tanto a causa de su ubicación en la desembocadura del Bobonaza cuanto en razón de sus vínculos comerciales con Canelos.

26 *"Finalmente por no cansar a N. S. Digo que tiene el mismo río de Pastaza al Achual, donde son innumerables los infieles, que por el comercio con los Andoas, y espiran por ser cristianos; los Liquianos que lo anhelan; los Curarayes que lo buscan; los Bamboyas que lo suspiran; y a ese tenor infinitos que se saben y no se conocen: siendo sus territorios los más abundantes para conservar la vida, y provecho de la salud de muchos".* Ibid.

27 Podocnemis expansa. De ella se extraía aceite muy apreciado y de sus huevos se fabricaba una manteca que estaba destinada a un intenso intercambio comercial. Los Shuar en su hábitat carecen de este recurso razón por la cual utilizaban la grasa extraída del Tayo, un ave que anidaba en las numerosas cavernas que son numerosas en su territorio (NdA).

para las órdenes que asumieron la responsabilidad de misionar entre estos pueblos fue especialmente onerosa la carga de mantener activo este intercambio[28].

Más que esto, fue tarea desbordante la de mantener presencia activa de los misioneros en el espacio asignado a la provincia de Maynas. No tanto por las razones hasta aquí expuestas sino por la creciente presión de las autoridades coloniales que desde Lima ejercían sobre estos territorios munidos de las disposiciones contradictorias acerca del destino de Maynas y sus misiones.

Bermeo, fiel a su mandato de misionero, había logrado reestablecer la ruta no únicamente en el tramo antes descrito y que llegaba hasta Canelos. También habían contribuído a afianzar a Andoas como un eje de comercio con influencia para el complejo conjunto tribal de la cuenca del Pastaza.

Más que todo, había logrado recuperar la memoria de las antiguas rutas fluviales que unían los espacios del segmento norte del alto Amazonas con las subcuencas de los tributarios del segmento sur.

Estas relaciones contextuales fueron antiguamente el detonante que activó una serie de antagonismos entre los misioneros jesuitas y franciscanos. Estos, desde Santa Rosa de Ocopa, fundación misionera, habían logrado el control del emplazamiento de las minas de la codiciada sal, localizadas en el alto Ucayali y en parte del Guallaga interrumpiendo, de esta manera, los flujos comerciales establecidos desde antaño por las tribus del alto Amazonas.

Las tribus del complejo Tukano desde el segmento noroeste de la cuenca se abastecían de sal en las minas del Ucayali lo mismo que las tribus Záparas ubicadas en el espacio interfluvial delimitado por el Napo y el Pastaza[29].

El Guallaga quedaba en un tramo intermedio. Debió conocer este detalle Bermeo. Y probablemente por esta razón, aparte de los esfuerzos por mantener una competencia frente a la iniciativa limeña, decidió el sacerdote recorrer estos territorios para llegar hasta el alto Ucayali.

En el tramo de la ruta que llega al Guallaga encontró el misionero una de las fundaciones de los jesuitas que conservaba no sólo iglesia y convento sino, lo que de hecho era

28 *"...Los que aunque son bárbaros, exitados ya de nuestra doctrina, predicación y persuaciones están ya reducidos a abrazar la fé católica, y para prueba de esto permiten sin alguna repugnancia que sus hijos reciban el agua de el bautismo. Todo esto se está perdiendo por este minero, que tanto decanta emplearse en servicio de Ntr. Católica Magestad; siendo ochocientos y más, los que impartidos en diferentes ríos, según sus denominaciones, los que aguardan recibir las luzes del Sto, Evangelio por confesión hecha a mí de los naturales adyacentes al gentilismo; pero bajo siempre la condición de que se les ha de dar aquella herramienta, que suelen acostumbrar el propinarles los padres misioneros jesuitas, cuyas notizias los haze implacables en la codicia, mas de lo temporal que de lo espiritual por su bárbara condición".* Bermeo, Loc. Cit.

29 Las tribus de filiación Jíbara tenían, al parecer, acceso a las minas de sal localizadas al pié de la formación montañosa de la Cordillera del Cutucú. El sitio, Miazal, es un pantano de cuyas aguas, saturadas de sal, sometidas a largos períodos de cocción se obtenían "panelas" de sal que podían ingresar a las redes de comercio locales y a larga distancia. NdA.

invalorable, el grupo de pobladores provenientes todos de la vecina ciudad de Lamas.

Habiendo tomado posesión de la posta misionera y adoptando las medidas necesarias para administrarla, súbitamente arribaron un representante eclesiástico y otro secular con órdenes para desalojar al sacerdote. Habiendo opuesto tenaz resistencia fue abandonado finalmente a su suerte en compañía de uno de sus criados.

Después de improvisar una frágil balsa se embarcaron, el misionero y su criado, aguas abajo sin otra esperanza que la de encontrar alguna población en la que les socorriesen de la situación en extremo crítica en la que se habían encontrado durante el trayecto a causa de la falta de bastimentos[30].

A los cinco días de ir a la deriva por el Guallaga y el Marañón, en las cercanías de la desembocadura del Pastaza dieron por fin en un poblado de los indios llamados Santanderes; y más abajo, visitaron obligados a los neófitos de los jesuitas de la fundación de los Pinches. En ambos casos los pueblos habían quedado totalmente desamparados luego de la partida de los misioneros de la Compañía.

En cierto sentido, la formidable red de intercambios creada en la provincia de Maynas durante los años anteriores aún se mantenía diez años despùés de la expulsión de la orden de tierras americanas. Sus fundaciones aguardaban la llegada de nuevos misioneros para reactivar el comercio de intercambios que integraban a numerosas tribus en el alto Amazonas.

Una reciente e inesperada transformación amenazaba con liquidar de una vez por todas con la obra de Maynas. Animada desde Lima una nueva partida de clérigos iniciaban el desmantelamiento de la red de las fundaciones existentes en tanto que las órdenes sustitutas, por el contrario, pugnaban por reinsertarlas al nuevo estado de cosas.

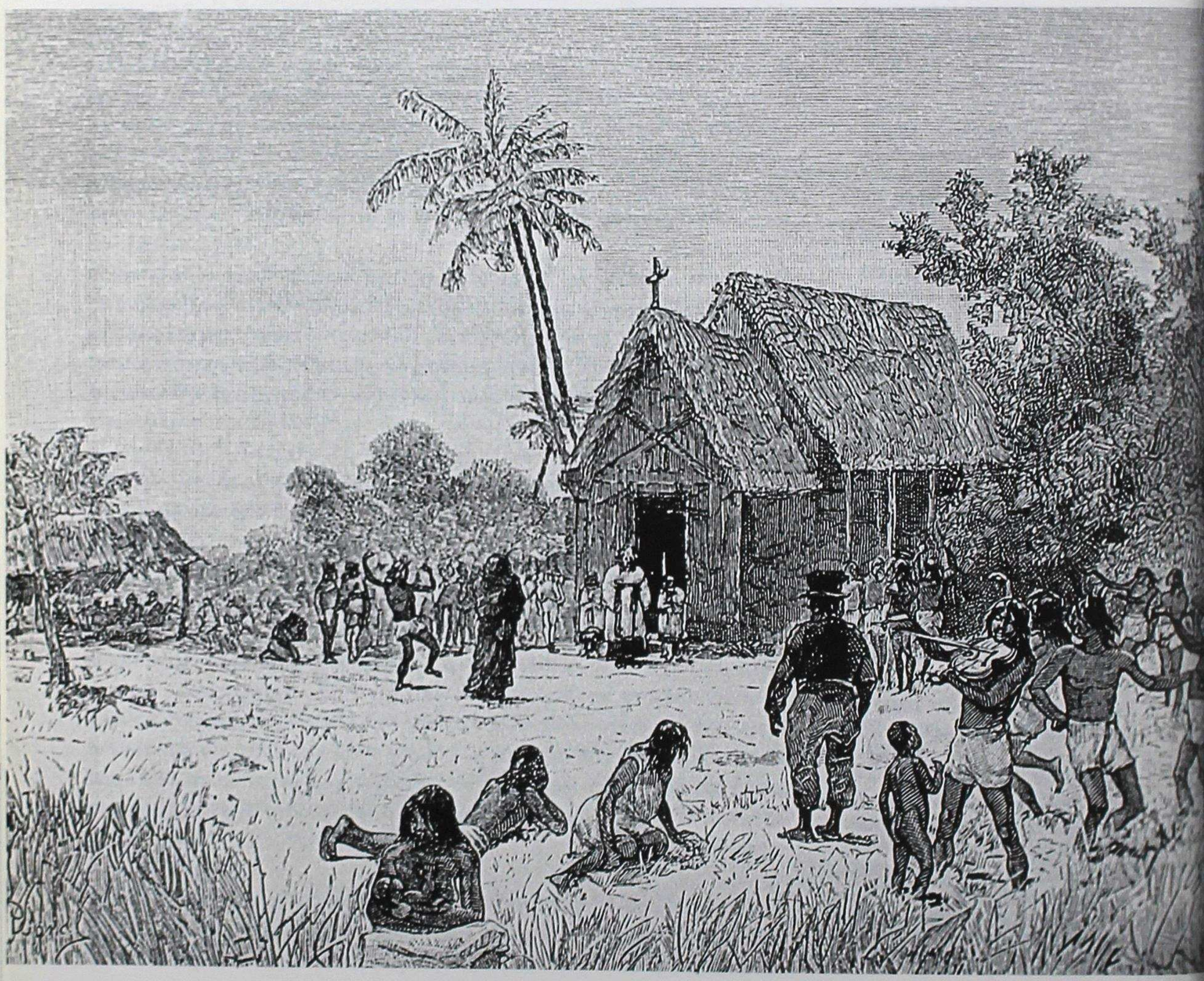
Bermeo había sido testigo de esta situación por demás embarazosa para las órdenes involucradas en esta inusitada competencia. Lo que sería interpretado desde el punto de vista de las sociedades tribales involucradas en este singular conflicto como una guerra sin cuartel suscitada al interior del imperio eclesiástico. Y los sucesos de Lamas como una batalla que terminaría con el retorno del misionero a Andoas[31].

Graves ecos debió tener este conflicto de competencias jurisdiccionales civiles y religiosas en España. Por lo menos, informes como el del sacerdote Bermeo eran indicios inequívocos de los inesperados así

30 *"Mas quiso Dios por su misericordia, que en una pobre balsilla escapase de el golfo de los peligros, aunque de tan débil por la necesidad, que a los cinco dias ya fallecía el aliento, por no haber tomado en todos ellos, más que dos o tres plátanos verdes los que por suerte habían quedado, los que en caridad con riesgo de su vida me los suministró un indio"*. Bermeo, Loc. Cit.

31 *"Mas yo que no tuve más amplitud, con sacrificio de sus ojos me partí al pueblo de Andoas, donde está la mayor parte de nuestra gente y somos Solitarius in mare en nuestras respectivas misiones"*. Ibid.
Simson, Alfred, Loc. Cit.
Ibidem.

Matrimonio de una pareja Yumbo de Archidona. Vignal. Dibujo, Wiener. Grabados… *p. 101.*



como violentos trastornos que provocó el abandono de la misión de Maynas.

La misión dominicana terminó por afianzar su presencia en Andoas que se convirtió en un puerto de relativa importancia dada su vocación comercial para un ámbito intensamente poblado como la cuenca del Pastaza.

Desde entonces fue considerado como un sitio de enorme importancia no sólo para los propósitos de las misiones sino además para afianzar el proceso de consolidación del poblamiento civil en estas zonas.

Por estas razones fue solicitada su asignación a la misión franciscana en aquella época, según acabamos de referir, a pesar de que se estimaba en poco dicha fundación por encontrarse en medio de un escenario de conflictos interétnicos.

En Lamas, así refirió esta brevísima pincelada de la realidad de la subcuenca del Curaray y del Pastaza, el misionero franciscano, Manuel Bermeo quien tuvo razones para estimar que la labor misionera unicamente era posible a través del ingreso por las rutas cercanas a Quito.

Posteriormente a estos hechos, un nuevo escenario se ha instaurado en la cuenca amazónica. De la antigua Provincia misionera de Maynas no quedaba vestigio alguno. De manera que el advenimiento del orden republicano no representó cambios radicales en las estructuras sociales y políticas vigentes en tiempos coloniales.

Acaso entre las poblaciones indígenas amazónicas a la categoría de infieles, se sumó la de bárbaros. La primera fue utilizada para designar a las tribus renuentes a aceptar la religión católica y debido al mantenimiento de costumbres condenadas por la religión.

La segunda sirvió para nombrar a las tribus, la mayoría aún desconocidas, que se encontraban fuera de las redes del comercio, por lo tanto, de la circulación de mercancías y del sistema de prestaciones de servicios.

Por esta razón fueron perseguidos y esclavizados. De manera similar a como fueron, en épocas pasadas, los que se opusieron tenazmente a abandonar la vida tribal y aceptar las nuevas condiciones de vida que importaban las fundaciones misioneras.

Desde el punto de vista tributario, al conjunto de los indios cristianizados e integrados a las redes de comercio se solía dividir en

dos grupos. Uno, conformado por los indios libres, gobierno runa, que tributaban al erario público. Y otro, el de los indios empatronados que no tributaban por mantenerse bajo el sistema del peonaje por deudas.

Entre los primeros, subsistía una subdivisión basada en el tipo de tributo. Por una parte, aquellos que tributaban en oro y, por otra, los que lo hacían con pita. Simson quien estuvo algunos días en la zona de Archidona estableció que el tipo de tributo impuesto estaba relacionado con las características del asentamiento de los indios libres. Entre los primeros se contaban poblaciones ribereñas; no así entre los segundos que era gente de montaña adentro[32].

De todas maneras, esta división del trabajo no fue inflexible. Estuvo vigente para el siglo xix y era, en cierto sentido, muy similar a aquella imperante durante la época anterior. No excluía la dedicación de la gente empatronada al lavado del oro o las paradas estacionales de la gente de montaña adentro, en las riberas del Napo, a efecto de dedicarse a la misma ocupación.

Otros aspectos tampoco habían cambiado. Si esta ocupación era rentable, al no existir incentivos o presiones, según algunos misioneros y luego algunos viajeros observaron, no dedicaban a esta tarea más allá del tiempo suficiente para satisfacer las mínimas necesidades de comercio o pagar las deudas.

Por su parte, éstas se mantuvieron siempre en rangos muy bajos. De manera que, en un lapso de dos años, éstas apenas alcanzaban montos superiores a los diez pesos[33] que facilmente podían pagarse con pocas jornadas de dedicación a la extracción aurífera.

Tampoco eran perceptibles los cambios en las costumbres de la vida en las aldeas. Los indios cristianizados y civilizados mantenían estos usos desde el tiempo de las misiones jesuitas. En muchos casos, las aldeas estaban en los mismos emplazamientos y tenían aspectos nada diferentes a las reducciones fundadas por los misioneros a lo largo de la Cuenca.

Este hábito de vivir en reducciones fue y aún era otro factor que permitía diferenciar a los cristianizados respecto de los infieles o bárbaros que aún preferían las antiguas modalidades de asentamientos dispersos y alejados de toda influencia.

Estas diferencias fueron tan profundas desde el punto de vista del acceso a ciertos bienes cruciales que, al igual que en la época de las misiones de Maynas, estas reducciones, lejos de asegurar la

32 Simson, Alfred, Loc. Cit.
33 Ibidem.

permanencia de las poblaciones indias y constituir una garantía de estabilidad, al contrario, las expusieron al asedio de las tribus de infieles que inflingieron daños considerables en numerosas incursiones.

Y, lo más grave, las mermaron sensiblemente en sus efectivos poblacionales, al igual que en los tiempos antiguos, puesto que fueron proclives a la propagación de las letales epidemias. Esta vez, a lo largo de los dos siglos pasados.

Si antes fueron los encomenderos los que obtenían peones de las fundaciones, en esta época fueron los comerciantes caucheros pioneros quienes reclutaban buena parte de sus trabajadores de entre los habitantes de las languidecientes aldeas.

Si esta fue la situación de los indios cristianizados y civilizados en pleno siglo xix, la de las tribus de infieles fue en extremo crítica. No sólo fueron acosadas por su peor enemigo, las incursiones de los comerciantes caucheros; también sufrieron los efectos de la esclavización masiva y, por supuesto, de las numerosas epidemias.

Los Záparo, que para el siglo xix mantenían distancias respecto de las aldeas de indios cristianizados fueron catalogados como aucas de parte de los Kichwa cristianizados y civilizados del Alto Napo. En cierto sentido, se mantuvieron como un grupo de tribus bárbaras al margen de los procesos que involucraron masivamente a otras poblaciones.

Para el siglo xix era evidente que la lengua y la cultura Kichwa habían logrado afianzarse en la cuenca amazónica. Para nuestro escenario, en las riberas del Napo. Eran actores noveles en el escenario en el que habían imperado por siglos las tribus Tukano y Záparas. Sin embargo, en la perspectiva de este pueblo naciente, estos viejos actores se encontraban plenamente inmersos en la barbarie.

Todo a causa de que hablaban lenguas distintas, se vestían con trajes confeccionados de telas obtenidas de la corteza de la llanchama, usaban de las guerras y de lanzas de chonta como armas. Comían sin sal y practicaban la poliginia. Todas estas características de sociedades salvajes que tales eran para la época los Záparo, los Puyu Runa y los Shuar[34].

Los Kichwa, empatronados o tributarios, sufrían las persecuciones de los Záparo por encargo de los hacendados o autoridades del gobierno. Al mismo tiempo, mantenían fronteras de guerra con ciertos linajes Jíbaros en el Pastaza y Bobonaza.

34 *"Las distinciones que los Napo Runas hacían en esa época con respecto a otras etnias indígenas eran aún más marcadas. A mediados del siglo xix, los Záparos, por ejemplo, todavía constituían un grupo numeroso y algunos de ellos eran vecinos de los Napo-Quichuas, ya que habitaban desde las orilllas meridionales del Napo hacia el río Pastaza. Los Záparo hablaban un idioma diferente al Quichua, se vestían con camisetas confeccionadas de corteza de árbol (llanchama), usaban lanzas de chonta, comían sin sal y practicaban la poliginia, todas éstas, características que los runas consideraban como distintivas de los aucas. Lo que Rucuyaya Alonso decía haber oído de sus antepasados y lo que afirmaba por su propia experiencia, es que no sólo los Záparo sino tambien los Puyu Runas y los Shuar eran considerados como aucas porque, según él, "tenían varias mujeres y mataban facilmente".* Muratorio, Op. Cit. p. 60-1.

En cambio, el estatuto de infieles y aucas permitió mantener a las tribus Záparo una relativa autonomía respecto del orden establecido al que hemos hecho referencia anteriormente; esto es, respecto de los indios tributarios y aquellos empatronados.

Sin embargo, esta autonomía significaba una mayor exposición a las incursiones que en su caso, provenían tanto de las avanzadas de los Jíbaros en territorios ubicados hacia la otra orilla del Pastaza, cuanto de los comerciantes que asolaban esta zona.

Para mediados de siglo, los testimonios de los viajeros reportan a los Záparo entrampados entre las guerras interétnicas, el asedio de comerciantes, misioneros y autoridades y como única opción el retiro a la vida libre en los bosques[35].

La situación de las poblaciones remontadas no era, por consideración alguna, envidiable. En definitiva, para mediados del siglo xix, se encontraban ya sujetos a las presiones que imponía el orden prevaleciente a las poblaciones amazónicas.

El primer religioso misionero de la orden dominica que realizó la travesía hacia Canelos por la ruta de Baños fue Sebastián Rosero quien para el año 1631 inició la tarea de conversión de los habitantes de la zona del alto Bobonaza.

Para finales del siglo xvii, las misiones dominicanas en el oriente quedaron paralizadas. Para comienzos del siglo siguiente, se logró mantener la misión de Canelos de la que fueron curas, sucesivamente, Juan Vélez, Nicolás Cáceres, Martín Oñate, Martín Larreátegui, Pedro Iturain, José Hurtado, Ignacio Hurtado, Francisco Aguilera y Blas Guevara.

Según se dijo antes, pocos cambios habían ocurrido en el escenario dejado poco tiempo atrás por los jesuitas. Lo que encontraron las nuevas misiones fue, hacia las cabeceras del Bobonaza, la denominada provincia de los Canelos y, a continuación, la de los Gayas, numerosa, que se mantenía en el mismo río en dirección al Pastaza[36].

Tendrían que pasar algunos años antes de que fuera intensamente traficada esta ruta y oficialmente iniciadas las obras misionales. De hecho, no fue sino en 1671, cuarenta años más tarde que, con el ingreso de Valentín Amaya fueron inauguradas las obras misionales en las cabeceras del Bobonaza.

Este misionero, siguiendo el método empleado por las misiones en los bosques amazónicos, fundó la población de Santa Rosa de Penday, a orillas del Bobonaza, en el mismo año de su ingreso.

35 *"Realizan frecuentes correrías para batirse con las tribus vecinas y secuestrar mujeres y niños... Esta tribu no fue totalmente convertida al cristianismo, dada la ausencia de los misioneros durante largos períodos; en este año se han intentado fundar tres pequeñas aldeas, Tiputini, Sinchichicta y Yasuní, sobre la ribera del Napo. El Vicariato Apostólico de Quito envió al Sr. Tara con herramientas por valor de cien dólares a fin de invitar con estos regalos a reunirse en pequeñas sociedades; pero no siendo ésta su vocación y siendo poco instruído en la lengua Zápara, no logró muchos avances tanto que, habiendo prohibido a los indios la poligamia, la mayor parte se retiró con sus mujeres hacia el bosque".* Osculati, Op. Cit. p. 171.

36 García, Op. Cit. pp. 81.

Quito: Ciudad, Corregimiento, Audiencia y Presidencia. Morales, Op. Cit. Tab. 33.

Una segunda entrada de los misioneros dominicanos se efectuó durante el período 1676-1680. En ese entonces, en los informes de la misión se aseguraba que la geografía de su tarea comprendía trabajos de evangelización entre los Canelos y los afamados guerreros Gayas[37].

A la misma época, las misiones de los jesuitas pugnaban por establecer sus fundaciones en el Pastaza, de tal manera que, para el año 1683, se produciría la disputa relativa a la jurisdicción de las misiones a propósito de la tribu de los Gayas, según fue descrito anteriormente.

Para finales del siglo xvii, las misiones dominicanas en el oriente quedaron paralizadas. Para comienzos del siglo siguiente, se logró mantener la misión de Canelos de la que fueron curas, sucesivamente, Juan Vélez, Nicolás Cáceres, Martín Oñate, Martín Larreátegui, Pedro Iturain, José Hurtado, Ignacio Hurtado, Francisco Aguilera y Blas Guevara.

Para la misión dominicana, quedaban por convertir las tribus que habían resistido a la política de las reducciones impulsada por los jesuitas. Este fue el caso de algunos grupos de Mainas cimarrones, refugiados en algún sitio entre el Pastaza y el Morona; grupos rebeldes Cocama en el Ucayale; la nación de los Jívaros; los Roamainas, Zapas y Conambos de las cabeceras del Tigre; así como los Mayorunas, Avijiras y Pebas[38].

Una vez que fueron expulsados los jesuitas, la misión dominicana redobló sus esfuerzos por asegurar su presencia en el dilatado territorio de la Provincia de Maynas. Así, para 1778 se mantenían las misiones de Canelos y reducciones en el Pastaza, Tundanza, Canayumi, Casayumi y de la reciente fundación realizada por Bermeo, de Santo Domingo del Guallaga.

Para el año 1790, los misioneros Sebastián Godoy y Santiago Riofrío habían fundado las reducciones de las tribus de los rios Bobonaza y Pastaza con los nombres de San José de Canelos, San Carlos del Pastaza y La Palma de Nuestra Señora del Rosario.

Esta reducción así como la de San Jacinto del Copataza fueron destruídas por los asaltos de los grupos Chirapas, Jíbaros del otro lado del Pastaza. Para comienzos del siglo xix, dos misioneros más, Antonio Astudillo y Mariano Villacreses mantenían los tres centros misionales.

También a las misiones de la orden franciscana les cupo un rol de protagonismo en la habilitación del ingreso por Baños hasta el Curaray, Tigre y Pastaza. Estos misioneros tuvieron a su cargo las

37 **En la perspectiva de la misión dominicana, sus misioneros descubrieron** ***"...unas dilatadas y espaciosas Provincias de indios bárbaros gentiles: la primera de ellas, nombrada la Provincia de Canelos, y la segunda, que está poblada de más de siete mil indios, nombrada la Provincia de los Gayes, a orillas del río Bohono que corre hacia el río Grande del Marañón...".*** García, Op. Cit. p. 81.

38 Op. Cit., Parte ii, Capítulo v, pp. 354-408.

misiones del Caquetá y Putumayo. Sin embargo, a raíz de la expulsión de los jesuitas, le fueron fueron asignadas las misiones de la de Maynas.

La primera entrada hicieron dieciséis religiosos, en el año de 1770. Para el año siguiente entraron veinte religiosos más que ocuparon los puestos de avanzadas misioneras que fundaron los jesuitas.

Estos fueron Archidona, Napo, Capucuy (Limoncocha), Nombre de Jesús, Loreto de Ticunas, Pebas, Napeanos, Omaguas, San Francisco Regis de Napeanos, San Francisco Javier de Urarinas, La Laguna, Chamicuros, Jeveros, Yurimahuas, Chayavitas, Cahuapanas, Santo Tomás de Andoas y San Francisco de Borja. Pocos años duró la presencia de la misión franciscana; pues para 1784 fue sustituída por clérigos diocesanos.

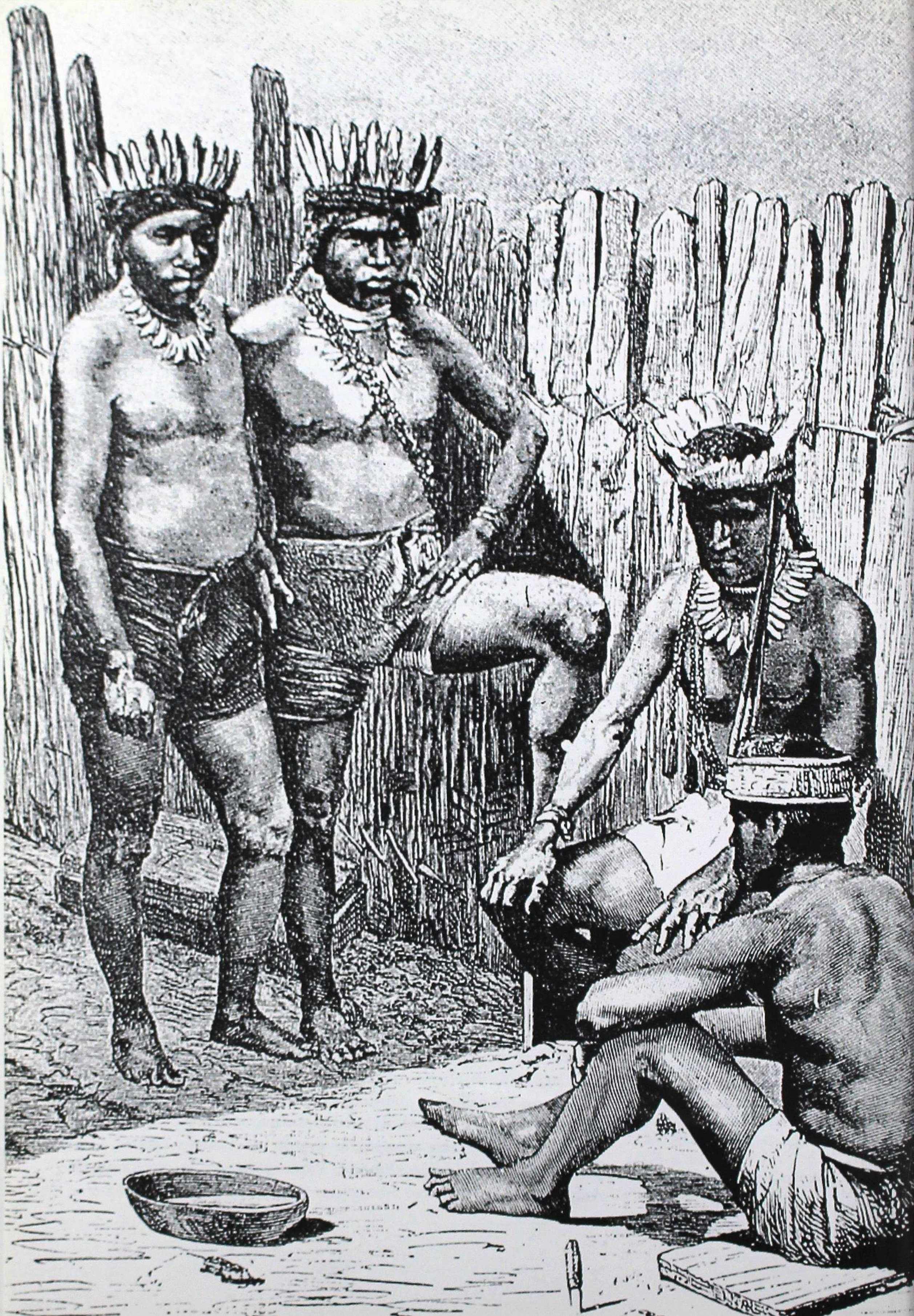
A los pocos años, en 1790, Carlos iv, por Cédula Real, encomendó nuevamente la misión de Maynas a los franciscanos. Pero no fue sino hasta 1808 que el Colegio Misionero de Santa Rosa de Ocopa, en el Ucayale, se hizo cargo del Obispado de Maynas.

Para 1816 se habían creado trece reducciones en los entornos del Huallaga. En el año 1821 se retiraron los misioneros franciscanos de las misiones de Maynas; permaneció, sin embargo, uno de los misioneros en Sarayacu hasta el año 1847.

Cabe señalar que en 1807, sin embargo, las misiones de Canelos fueron asignadas a la orden de los franciscanos. De 1809 a 1814 permaneció en Canelos el misionero franciscano José Prieto. Para 1821 se produjo la renuncia de dicha misión por parte del Obispo de Maynas, Sánchez Rangel. Hasta que nuevamente la misión dominicana retomó el control de la Provincia de Canelos.

Fueron nombrados para ocupar los puestos misioneros, en 1827, Pablo Sevilla, Leandro Fierro, Francisco Alvear, Manuel Tamayo y Ramón Velasco. El primero fundó las poblaciones del Lliquino y del Pinduc, afluentes del Villano, tributario del Curaray, en pleno territorio Záparo, junto con Leandro Fierro.

En 1827 se dio nombramiento de cura de Canelos a Pablo Sevilla; al año siguiente le sustituyó Leandro Fierro. La presencia de los misioneros era peligrosa puesto que estaba aún fresco el recuerdo de la muerte del cura de Archidona y del Gobernador del Napo a manos de los Záparo. Para este tiempo, la misión de Canelos asistía a las poblaciones de Lliquino, Pinduc, Pinducyacu y a la reducción de Arapicos.



Yumbos de Tena. Vignal.
Grabados... *p. 103.*

Bajo la tutela de Leandro Fierro, la misión se extendió hasta Andoas, Pinches y Jeveros. Para 1844, sin embargo, la rebelión de los indios de Canelos desorganizó las fundaciones de la Misión. Estas fueron recobradas durante el gobierno de García Moreno en tanto que los jesuitas que habían ingresado al pais en 1862, retornaron a las misiones de Napo, en el año 1869, buscando la restauración de las fundaciones realizadas durante el siglo xvii.

Para esta época, los misioneros denunciaban ya los abusos cometidos por los blancos en contra de las poblaciones indígenas. Los jesuitas atendían a los pueblos de Archidona, Tena, Puerto Napo, Ahuano, Santa Rosa, Suno, La Coca, San Juan, La Concepción, Loreto, Payamino, Avila, San José del Sumaco, Curaray, Canelos, Sarayacu[39].

Manuel Tamayo, otro misionero, permaneció en la jibaría de Pinduc yacu, afluente del Pastaza, evangelizando a los Arapicos, en tanto que Ramón Velasco tuvo a su cargo las misiones del Pastaza.

La misión de los dominicos de Canelos así como los curatos de Pelileo y Baños fueron suprimidos por Vicente Rocafuerte en 1844. Estas no fueron activadas sino hasta el gobierno presidencial de García Moreno, en 1862.

El misionero Manuel Espinosa misionó desde esta época, en Canelos, Pinducyacu, Rutunu, Lliquino, Sarayacu y Andoas, todas estas poblaciones conformadas por asentamientos Kichwa, formados en gran parte por descendientes de los Záparo. En el año 1869 las misiones fueron entregadas al Obispado. No retornaron los dominicos sino en el año 1887.

A partir de este año las misiones de los dominicos se preparaban para fortalecer, de su parte, los puntos cruciales para el ingreso al territorio de los Jíbaro y los Záparo, estos últimos, habitantes vecinos de la fundación de Canelos y otras del Bobonaza.

Un informe del año 1889 entrega un recuento relativo a los viajes misioneros entre los Záparo: *"Partiendo de Canelos, a fines del próximo pasado Enero, el intrépido Padre Sosa se puso a la cabecera del río Villano o Veleno. .. A orillas de aquél río existen muchos tambos, y los pobres indios, en el mes de Enero indicado, estaban diezmándose por el sarampión. Allí debía comenzar la obra del padre"*[40].

Son años en los que los avances del liberalismo son visibles a nivel político; a tal punto de muchos de los comerciantes de la zona, partidarios de esta doctrina, iniciaron una campaña anti-religiosa que

39 *"Ocupábanse los misioneros jesuítas en la catequización de los indígenas a lo largo del río Napo, en el Aguarico y el Curaray, haciendo excursiones misionales periódicamente en tanto que otros religiosos atendían de fijo a los pueblos ya formados, con iglesia y escuela en Archidona, donde residía el Gobernador de la Provincia de Oriente; en Loreto de Quijos, residencia del Jefe Político del Cantón Napo; en Tena, en Santa Rosa del Napo, en San Pedro del Aguarico, en San Javier del Curaray...".* García, Op. Cit., p. 268.

40 Anónimo, "La misión de Canelos", S/L., 1890.

terminó, por ejemplo, en 1895 con la presencia de las misiones de los jesuitas. En cambio, los dominicos, afianzaban su presencia en la zona.

En efecto, para el año 1892, su Vicariato Apostólico informaba que se encontraban recorriendo el territorio asignado a la misión. Esta empresa permitiría, entre otras cosas, definir los ámbitos territoriales de las tribus a donde se destaron los misioneros.

En lo que corresponde a las tribus Záparo, dice lo siguiente: (Ocupaban...) *"El río Villano, desde sus cabeceras, que se forma en la cordillera de Castañas, más bajo del Llanganate o Cerro Hermoso, hasta su desembocadura en el río Curaray, con sus respectivos afluentes, que son el Lliquino, Manduruyacu, Sagrarumi, Barranquillas, Mureteyacu y Chontayacu. El río Tigre en sus cabeceras llamado Cunambu, con sus afluentes llamados Yanarumi, Aucaquebrada, Samarotuco, Corrientes y Yamunay"*[41].

La ubicación no es distinta de la que reportan los viajeros antes reseñados. Permite entender que su más antiguo territorio, el correspondiente a la nación, reportado por los primeros misioneros jesuítas, se encuentra, para la época, profundamente mermado; pero permite confirmar que las avanzadas de las tribus jibaroanas se han ubicado al otro lado del Pastaza y han establecido asentamientos que configuran la frontera étnica del sur.

En medio de esta creciente presencia de las nuevas misiones transcurrió una travesía espectacular al corazón del antiguo territorio Záparo. Uno de los misioneros dominicos que protagonizó esta expedición describe estas escenas en la narración de su viaje en un heroico intento por establecer una relación con los pocos habitantes de estas poblaciones.

El mérito de este relato estriba en dos hechos principales: por un lado, la descripción, aunque breve y superficial de la situación de las misiones y fundaciones a lo largo del Pastaza; y por otro lado, el relato de los aspectos internos del territorio dominado por los infieles.

La aventura se inició en el pueblo de Muniches, en el Marañón, cercano a la desembocadura del Pastaza. A esta aldea llegó el misionero el 26 de diciembre de 1849[42]. Días después, el 17 de Enero de 1850, dieron comienzo a la navegación por el Pastaza hasta el día siguiente que arribó a la isla de Ciriacu, cerca de la aldea de Santander, fundada por los misioneros jesuitas en estas riberas[43].

Esta aldea contaba con una población de aproximadamente 100 indios neófitos. Era una aldea semejante a las que existían en las riberas del Marañón. Extremadamente afectadas por el clima malsano

41 Magalli, José, "Qué hacen los Misioneros en la Misión?", Quito, 1892, pp. 7
42 Fray Manuel Castrucci de Vernaza, Loc. Cit.
43 Fundación del tiempo de los jesuitas ubicada en el Bajo Pastaza.

y carentes de dinamia económica a pesar de que en Santander la producción de vainilla fue muy apreciada[44].

Como se ha mencionado con anterioridad, las tribus Jíbaras ubicadas en los territorios bañados por el Santiago y el Morona hasta el Pastaza, siempre fueron renuentes a la cristianización; al extremo de que durante la expansión de las misiones jesuitas en el alto Marañón y hasta muy entrado el presente siglo prácticamente no hubieron noticias de estos Pueblos.

En cierto sentido, este fue también el caso de las tribus Záparas, que constituían el límite este de las tribus Jíbaras. En realidad el misionero recorría una región que habiéndose incorporado tardíamente a las redes de los jesuitas mantenía vivas sus tradiciones de renuencia ante la cristianización, sus costumbres de incursionar y piratear las aldeas así como las embarcaciones que osaban circular por estos peligrosos entornos.

Imperaba el estado de guerra generalizada. Las tribus mantenían aún verdaderos ejércitos armados en contra de las penetraciones religiosas. Y no eran menos apreciables los importantes operativos armados en las fronteras de confrontación interétnico. En efecto, la fundación de Andoas, para cuando llega el misionero, había sufrido uno de los más recientes ataques de los Jíbaros.

Supo el misionero que, en las cercanías de Andoas, aldea a la que se dirigía, guerreros de alguna tribu jíbara habían asesinado a tres indios y llevado consigo a sus tres esposas y cuatro hijos; y que, de acuerdo con los mensajes remitidos a los pobladores, estaban determinados a hacer lo mismo con todos los habitantes de Andoas[45].

El Pastaza era también escenario en el que emergieron otras tribus que, desde el mundo de la barbarie, habían optado por tener acceso a los bienes de comercio y a esclavos dedicándose a la piratería fluvial. Para la época, uso relativamente común en los ríos navegables.

De hecho, según los reportes de algunos viajeros[46], los Omagua, convertidos en piratas, asolaban los ríos Napo y Aguarico tornando imposible la navegación comercial; y de la misma manera, en el caso de la navegación por el Pastaza, aguas abajo de Andoas, los Machines y Muratos habían establecido la misma práctica.

El itinerario del misionero señaló como punto de partida a la aldea de Santander de la que salió el día 20 de Enero. El 26 llegaba a la quebrada de Vituyacu donde solían asaltar a los viajeros los Machines y Murato que utilizaban para el efecto grandes canoas.

44 Castrucci, Op. Cit. p. 12.
45 Ibidem.
46 Osculati, Loc. Cit.

Aunque el misionero y su comitiva no sufrieron ataque alguno, los días subsiguientes, 27, 28, 29 y 30, mientras surcaban por el Pastaza, con el río muy crecido, arribó a otra quebrada desde la que también solían atacar los piratas. Esta era conocida como Manacaroyacu[47].

Luego de una corta estancia en la fundación de Pinches donde encontró a un grupo de cien indios conversos, continuó su viaje surcando el Pastaza[48]. En las inmediaciones de la aldea de Andoas, el día 13 de Febrero, encontró el misionero a numerosos indios que huían de la ferocidad de los ataques de los que tuvo noticias con anterioridad.

Los días subsiguientes encontró nuevamente a grupos de indios de Andoas que habían fugado por temor a los ataques de los jíbaro. Finalmente el 15, arribó el misionero al pueblo de Andoas *"...tan deseado y de tantos riesgos"* [49].

El pueblo de Andoas fue considerado en el tiempo de la expansión misionera de los jesuitas, como uno de los centros de mayor importancia para tener acceso tanto a las tribus Jíbaras como a las Záparas. En cierto sentido fue un punto de encuentro de la labor de las dos órdenes misioneras.

Mientras los dominicos mantenían su frente de ingreso por Baños y el alto Bobonaza, los jesuitas habían consolidado sus posiciones en tan estratégico lugar, aguas abajo por el Pastaza, desde la desembocadura de este río.

Sin embargo, luego de su florecimiento en los años anteriores a la salida de los jesuitas, el Pueblo cayó en el peor de los abandonos. Esta fue la situación tal cual fue descrita por el misionero: apenas 450 habitantes, carentes de toda asistencia y sometidos a los ataques de Jíbaro, Machines y Murato[50].

De aquí en adelante, el itinerario del misionero comprendió los interiores del territorio otrora ocupado por las tribus Záparas. Desde Andoas tomó en dirección al alto Tigre donde se encontraban aún algunas tribus conocidas como Conambos a causa del río del mismo nombre que con el Pinduc yacu forma el Tigre.

Entre el Pastaza, punto de salida y el Conambo, punto de llegada encontró el misionero apenas cinco poblados. En un lapso de treinta días de camino por las montañas parecía un encuentro milagroso; en realidad una muestra convincente de los hechos.

47 Castrucci, Op. Cit. p. 13.
48 Ibidem.
49 Id., p. 14.
50 Ibidem.

Aguas arriba por el Pastaza, desde Andoas, llegaron el 6 a una chacra abandonada por el Záparo convertido llamado Manuel Marino. El día


TIERRA FIRME
Cordillera
Andes
Paramos
Llanos
Montañas
Montañas
Montañas

7 encontró a la primera población de los Záparos, Bufeo, a orillas del Bobonaza. En este sitio abandonó el misionero la ruta fluvial y emprendió una larga expedición el día 12 llevando consigo a tres Záparos de Bufeo para servir de guías[51].

El día 22, había llegado hasta el alto Tigre, al Conambo. Dejó atrás una población de alguna tribu, ya abandonada, y dió con la segunda población Zápara llamada Supeyurco. Aquí la expedición encontró hospedaje en la casa de un Záparo conocido como Zarún[52].

Cinco días más tarde, el 27 descubrió la expedición a la tercera población llamada Pumayacu[53], posiblemente situada a orillas del Pinducyacu. Días después, el 31, arribó la expedición del misionero hasta la cuarta población habitada por miembros de la misma tribu, llamada Zamaros; posiblemente sobre el Curaray[54]. Hasta que finalmente arribó al final de su jornada: el día 8 de Julio descubrieron a la quinta población, Arcachinapo, a orillas del río Napo[55].

Por el recorrido efectuado por el misionero, es posible deducir que, en efecto, recorre un transecto que lo lleva desde el Bobonaza hasta el Alto Tigre; de éste al Curaray en dirección NE, y luego hasta el Napo en dirección N. Es decir, recorre un territorio considerado como el de presencia de numerosas tribus Záparo.

Sin embargo, el misionero, en base a la información que le es proporcionada por los habitantes de los asentamientos visitados, establece que *"...toda la tribu Zápara propiamente dicha no pasa de 1000 individuos estendidos en un terreno inmenso y con unas poblaciones muy separadas unas de otras, y todas son colocadas en medio de inmensas chacras, y que cuando más tienen cien individuos cada una"*[56].

Aunque Magalli no indaga acerca de las causas de tan impresionante disminución demográfica podemos inferir, sin más, que éste fue el efecto devastador de la incidencia de varios factores. El estado generalizado de las guerras intestinas -intratribales-, el recrudecimiento de las confrontaciones interétnicas, a veces por presión de los hacendados, y sobre todo la mortal incidencia de las epidemias.

51 Id., p. 16.
52 Id., p. 20.
53 Hasta hoy existe un río tributario del Pinduc yacu que lleva este nombre su ubicación es: 01o 47' 04" S y 076o 28' 30" W.
54 Castrucci., p. 21.
55 Ibidem.
56 Id., p. 22.
57 Loc. Cit.

Otro viajero Alfred Simson[57], quien hacia la misma data organizó su periplo por el Napo muestra similitudes en su relato con el que hemos comentado hasta aquí. Hasta cierto punto muestra una situación distinta en razón de que la gente Tzapino con la que tuvo contacto actuaba ya no en el escenario de las poblaciones remontadas y alejadas de la influencia del comercio del caucho sino en la ruta de mayor tráfico cauchero y en la que se desarrolló tempranamente la producción de las haciendas.

Simson realizó su viaje por el Napo con los Supino Záparo. A los que viajaron con él los describe como gente extremadamente diestra en el manejo de la lanza así como de la red para la pesca. Con ventajas comparativas evidentes para su vida en la selva, respecto de los Kichwa del Alto Napo a quienes había tenido oportunidad de conocer en los inicios de su expedición.

Estos los respetaban y temían; a la vez que los despreciaban por pertenecer
"...al gran grupo de los Indios que no consumen la sal y no son cristianizados..."
"...llamándolos aucas que significa montaraces, salvajes y bárbaros"[58].

El grupo de los Záparo Tzapino al que Simpson refiere en su relato no estaban inmersos en esta categoría. De hecho tenían acceso a Puerto Napo donde fueron contratados como bogas y era evidente que mantenían contactos de comercio tanto para abastecerse de productos manufacturados como para deshacerse de los esclavos obtenidos en las correrías que efectuaban entre las tribus enemigas.

Otros informes, como el de Manuel Villavicencio[59], refieren el hecho de que los Záparo eran usualmente contratados por los Patrones o comerciantes para perseguir a los peones fugados de las haciendas caucheras o, incluso, para conseguir esclavos. Por estas razones Simson concluye que este pueblo de guerreros mantenía enemistad entre las diversas tribus. Supone, en base al relato de sus bogas, que los más temidos son los Supino.

Estos acosaron a las tribus Záparas de los Nushinos y Mautas. En el primer caso para matar a los hombres y secuestrar a sus mujeres e hijos y, en el segundo, para mantenerlos cautivos como sirvientes o para ser vendidos a los hacendados[60].

Estas fueron algunas de las claves que permiten descifrar el enigma que rodea la desaparición de las tribus Záparo que asume perfiles en extremo críticos hacia el primer tercio del siglo presente.

Convertidos los antiguamente feroces guerreros Záparo en aliados de los comerciantes caucheros y, por ende, de los hacendados, en el ordenamiento social resultante, estos guerreros encontraron ocupación: la de servir de brazo armado del poder constituído, situación que les aventajaba respecto de las tribus sometidas a la tributación o al empatronamiento, pero que les impuso el cruel precio del exterminio de sus propias tribus por efecto del comercio de esclavos propiciado por la caída del caucho.

Otros factores concurrieron a agravar este cuadro. Fueron los ataques de las tribus Jíbaro, antes narrados y que definieron una región de

58 Id., p. 503.
59 Op. Cit. El propio Osculati fue testigo de una de estas transacciones en el Marañón. Ver también Muratorio. Op. cit.
60 Simson, Op. Cit., p. 505.

conflicto en las cuencas del Pastaza - Bobonaza que fue ampliamente reportada por los misioneros dominicos y jesuitas que convergieron una vez más en los parajes mencionados.

Las codiciadas ventajas obtenidas del comercio de esclavos sedujeron a las tribus bárbaras al extremo de convertir a esta actividad en un verdadero flagelo que las misiones religiosas condenaron y denunciaron. En este infame comercio, como lo denominaron los misioneros, estuvieron involucrados tanto los hacendados como los comerciantes caucheros.

En realidad los blancos, colonos pioneros, usaron a su favor estos antagonismos existentes entre tribus y etnias. Todos, sin excepción, protegieron a los Záparo que lucraron del comercio cauchero en base a la captura de peones Kichwa fugados de las haciendas o por la venta de esclavos que alimentaron el tráfico que adquirió particular intensidad en el Amazonas[61].

Las ventajas del comercio de esclavos era que rebasaba los estrechos márgenes locales y estaba orientado y tenía como base de operaciones, el Amazonas. En tal sentido, las consecuencias naturales del progresivo despoblamiento de los territorios étnicos era un hecho innegable que afectó principalmente a las misiones; pero tambien a los hacendados que, debido al efecto mortífero de las epidemias, y por las fugas de sus peones, perdían a sus trabajadores con suma facilidad.

Por este motivo los misioneros se encontraron en la necesidad de generar verdaderas campañas ante el gobierno central cuyo propósito era el de introducir el elemento de la intervención estatal en un aspecto que, ciertamente rebasaba toda posibilidad de control.

Los esclavos indígenas eran llevados hasta las estancias caucheras en los ríos Ucayali, Caquetá, Tigre y Madre de Dios donde generalmente morían víctimas de las epidemias frecuentes que infestaban la cuenca de fiebre amarilla, beri-beri y paludismo[62].

"Mas abajo el Huasaga, habitado por los Jíbaros Sirapas, y más abajo todavía el Huitucyacu, habitado por la tribu de los Muratos y de donde con facilidad se pasa a las cabeceras del Macuma, en donde moran los Machín Aucas y Chapras"[63].

De igual manera, hacia el sureste, se registra ya una sensible ausencia de la población Záparo. En realidad, la cuenca fluvial del Tigre, que siempre fue un territorio central para las tribus Záparo, aparece prácticamente desierto al tiempo de la visita realizada por el Vicario Apostólico de la misión dominica[64].

61 Muratorio, Op. Cit. p. 61.
62 Id. p. 109.
63 Ibidem.
64 Este registra lo que sigue: ***"En la desembocadura del Lliquino al Villano, éste adquiere majestad mayor; más hacia abajo el río Lipuno le engrandece también. A cuatro días abajo del Huitugyacu se encuentra el Callana Yacu y andando dos días más, en un punto llamado Caichamoyacu se alza una casucha con familia Zápara"***. Id., p. 28.

La actividad misionera durante la segunda mitad del siglo xix fue particularmente intensa: para el período comprendido entre 1869 y 1895 hubo alrededor de 35 misioneros jesuitas en la Provincia de Oriente, en tanto que la misión dominicana afianzaba sus fundaciones a partir de su presencia en Baños, Pinduc, Canelos y Andoas.

Esta situación variaría subtancialmente con el advenimiento de la revolución liberal. En cierto sentido, los misioneros fueron objeto de ataques de parte de los comerciantes y hacendados caucheros de la provincia de oriente por la competencia de intereses en cuanto a la población india.

En el año de 1892 se produjo un levantamiento de indígenas instigados y dirigidos por comerciantes blancos que tenían intereses en el Napo[65]. Para 1895 la orden abandonó, a los 25 años, las misiones por orden gubernamental.

Durante un período de por lo menos treinta años, las tribus Záparo quedaron en manos de los misioneros dominicos quienes tambien establecieron avanzadas hacia el territorio ocupado por las tribus jíbaras.

De este período datan los valiosos registros de Agustín León, estudioso de las lenguas Záparo y Semigae. Este, en el año 1897 fue nombrado cura de Canelos y fue misionero entre los Kechwa, Jíbaro, Záparo, Shimigae y Murato.

Para 1912, la misión atendía a las poblaciones de Pacayacu, Sarayacu, Juanjiris y Andoas en el Bobonaza; Desde la base de Canelos se formaron las reducciones[66] en las márgenes del río Tigre y Curaray.

Para 1936 la misión dominica tenía formados once pueblos en un territorio de 20.000 kmtrs.: desde el Cantón Baños hasta la confluencia del Curaray con el Villano; por el este y sudeste, el río Tigre hasta su confluencia con el Amazonas y por el Sur, la línea que une el Sangay con el Morona.

En lo que se refiere al territorio de la cuenca del río Tigre, la siguiente referencia establece que se trataba de un importante sitio de concentración de población Záparo; pues, *"Con el nombre de río Tigre y Conambo, la misión dominicana estableció dos poblaciones en 1937, recogiendo a algunos indígenas dispersos del Napo y de otras tribus selváticas"*[67].

En otro sitio de importancia para la historia contemporánea de las tribus Záparo fue el comprendido por la cuenca del Curaray. Hacia su

65 Ver Trujillo, Jorge, "Del orden tribal al comunitario: la modernidad en el Alto Napo". *En Actores de una Década Ganada*. IAF-Comunidec, 1992.

66 La estrategia de la misión dominicana, a diferencia de la misión de los jesuitas, era de congregar en reducciones de una sola filiación étnica a la población indígena. NdA.

67 Estos pueblos estaban conformados de la manera siguiente: ***"La primera contaba con tres blancos (colonos) y 124 indígenas, situada a las márgenes del río Tigre, formado por la unión de las aguas del Conambo y del Pindo; la segunda, en la ribera del Conambo, tenía 119 indígenas que proceden de familias Záparas; reunidos en humildes cabañas forman dos pueblitos , donde hay oficina de Tenencia Política para su resguardo; tambien la misión tiene aquí su puesto, para el servicio religioso que es ocasional; se llama San Jacinto del Pindo"***. Magalli, Loc. Cit.

curso alto, en la desembocadura del Villano, se ubicó una segunda fundación de parte de los misioneros dominicos: la aldea de Villano[68].

(Esta) *"...está ubicada en el antiguo varadero del Huito, a donde llegan los viajeros que surcan el Curaray. La misión tiene aquí un puesto con el título de Nuestra Señora del Rosario para atender a los pobladores de la región, en número de 913, a los que se visita desde Canelos"*[69].

Estas poblaciones tenían dos atractivos principales: uno, el tener acceso a las vías de navegación y comercio, y otro, encontrarse situadas cerca de los placeres auríferos. De tal manera, la población blanca tenía alternativas ocupacionales lo mismo que los indígenas, beneficiándose éstos, en la concepción misionera, del contacto civilizatorio[70].

En 1922 arribaron los Josefinos a Puerto Napo. Aquí, en ese tiempo habían en los entornos tres haciendas y seis tambos de indios. Hacia el lado del río Mishahualli se encontraba ubicada la aldea india de Tena que contaba con ochocientos habitantes y la de Archidona, otra aldea de indios Kechwa que tenía unos mil.

Para el año 1927, reportaron la existencia en la zona de por lo menos 34 haciendas. En algunas de éstas se desarrolló la historia de los Záparo que figuraron menos como peones empatronados y más como el eje de poder instaurado en las haciendas.

Al parecer las haciendas caucheras florecieron por el Pastaza y el Tigre, aguas abajo. La misma situación de la fundación de Andoas de cuasi abandono y destrucción así como de abandono de los pobladores de Pacayacu y Sarayacu, encuentra su explicación, según las cartas del Vicario Apostólico[71], en la intensa ocupación de mano de obra generada por los aproximadamente mil asentamientos comerciales del bajo Tigre[72].

Hacia el Marañón, aguas abajo desde la desembocadura del Tigre, la situación no era distinta, a pesar de que algunos hacendados mantenían a peones Záparo y, al mismo tiempo, organizaban con éstos, incursiones hacia los territorios de algunas poblaciones dispersas o en fuga por los pequeños afluentes de los ríos más importantes.

Para 1951 las poblaciones atendidas por la misión de Canelos eran Huito, Llushín, Chiguaza, Mundiali, Moravia y San Juan Bautista de Veracruz. Para 1959 la misión atendía a dieciocho pueblos y caseríos situados en las márgenes del Pastaza y Bobonaza, con una población de 11530 habitantes: 6410 blancos y 5120 indígenas.

68 *"Hasta el río Villano, que entrega sus aguas en el Curaray, avanzó la misión de Canelos en los años que estamos historiando. La población que se inició en 1928 con 28 familias casadas y con algunas huérfanas recogidas, contaba en 1937 con 75 indígenas cristianos a los que visitaban los misioneros de Canelos periódicamente, llegando a una capilla con la casita adjunta para la catequesis"*. Ibidem.

69 Ibid.

70 *"La situación ecuatoriana en el Villano tiene la ventaja de hallarse cercana a los lavaderos de oro de este río, y sólo a dos horas desde el Lliquino que fuera, cien años antes, centro de apostolado del Benemérito misionero dominico Leandro Fierro, quien logró formar cinco pueblos en la región de Canelos y trabajó por reducir a numerosos Záparos del Curaray, que vivían nómadas por estas selvas"*. Ibid.

71 José Magalli, Loc. Cit.

72 Ibidem.

Estos temas, sin embargo, forman parte de otras historias que son narradas en los capítulos subsiguientes de este libro. En este mismo escenario los innúmeros sucesos ocurridos divagaron entonces hacia la inmensa llanura amazónica, territorios de los pueblos que llegaban hasta la entrada existente al pie del Tungurahua como parte de sus ciclos de antiguas memorias.

CAPÍTULO IV

AL BORDE DE LA GRAN LLANURA

"Ay en él (Valle de Maynas) diversas especies de animales reptiles, Quadrúpedos, y Aquatiles. De la primera: Vivoras de un veneno mui activo, y entre estas se distingue el horrible serpenton, que en el ydioma general del Inca llaman los Indios Yacu-mama, que en español corresponde Madre del agua. Es conocida con el nombre de Buyo en toda la Mision del Orinoco" [1].

Varios son los accesos que han sido transitados desde la más remota antigüedad por las vías de los sistemas hidrográficos originados en los deshielos y precipitaciones lluviosas del espacio andino y que, orientados hacia el este, alimentan la gran cuenca del Amazonas.

Todos estos accesos tienen en común los espacios montañosos que se extienden por las vertientes de la cordillera central cuando no verdaderas cordilleras que marcan el límite oriental de la impresionante formación andina.

Uno de los más espectaculares accesos o puertas como fueron llamados éstos por los misioneros en los siglos xvi y xvii, fue sin duda alguna el del alto Pastaza. Formado por los ríos Patate y Chambo que viniendo del norte y sur, respectivamente, se unen al pié del volcán Tungurahua y sigue como Pastaza un largo trayecto encañonado que termina en la meseta o cono de deyección localizado al pié de la cordillera de los Llanganates.

Algunos elementos contribuyen a esta espectacularidad del paisaje. En primer término la cascada del Agoyán. Localizada muy cerca del punto de unión de los ríos que dan nacimiento al Pastaza; seguidamente, el mencionado encañonado situado en la cordillera de los Llanganates; y, a continuación, finalmente, la gran correntada del Pastaza alimentada por innúmeros ríos que descienden desde la

1 Don Manuel Mariano Echeverría...Op. Cit., p. 59.

mencionada cordillera y que suponían para los viajeros largas y peligrosas jornadas para arribar finalmente hasta la meseta del Puyo.

Esta no es sino un gran cono de deyección geológicamente originado en las erupciones del Tungurahua. De manera que, vista esta estructura desde la perspectiva este-oeste, es una gran vía que se estrecha en el punto del cauce del alto Pastaza, escenario dominado por la abrumadora vista de los volcanes y nevados que flanquean las formaciones montañosas andinas central y oriental.

El Pastaza delimita a la meseta por el sur. Esta forma un semicírculo en dirección al norte por donde se extiende hasta la cuenca del Napo. Una gran falla geológica circunvala la meseta y marca el comienzo de las formaciones de mesetas altamente disectadas que divagan desde su pié en dirección al este y constituyen el espacio en el que las intensas precipitaciones lluviosas dan orígen a varios sistemas fluviales tributarios de las cuencas del Napo, al norte, Tigre, al centro y Pastaza, al sur.

La curiosa formación descrita constituye el espacio de mayor concentración de las formaciones nubosas provenientes del este. Los vientos alisios propician esta concentración que ha dado el nombre al sitio donde tardíamente se fundó la ciudad del Puyo que significa Nube.

Con promedios anuales superiores a los 4000 mm., la meseta es el punto de desagüe de estas aguas de precipitación hacia las formaciones del pié de la meseta. Estas, nuevamente sujetas a los ritmos de lluvias intensas, incrementan el caudal de los ríos, lo que supone una apreciable masa hídrica que desfoga hacia las cuencas antes citadas.

Varios son los tributarios del Napo que, originados en estas formaciones, desembocan por su margen derecha. En oden de prelación, el Arajuno, el Tiputini, el Yasuní y el Curaray. Este figura entre los más importantes por cuanto constituye una especie de frontera natural entre las cuencas del Napo, del Tigre y del Pastaza.

Las subcuencas del Conambo y del Bobonaza se caracterizan por la presencia de numerosas montañas, mesetas altamente disectadas, que delimitan los estrechos valles aluviales donde se localizan los asentamientos concentrados. Esta es la situación de Morete Cocha y Llanchama Cocha; Canelos, Pacayacu y Sarayacu, respectivamente.

Por el contrario, las cuencas del Villano y del Curaray se presentan como valles aluviales amplios en el primer caso y de llanura en el segundo. El asentamiento de Villano se ubica precisamente en el sitio

de mayor ensanchamiento del espacio de divagación fluvial en tanto que la población de Curaray se asienta en la llanura que comprende la desembocadura del Villano en el río del mismo nombre.

Hasta el siglo anterior éste era reputado por ser el río en el que se concentraban las tribus Záparas. Y así fue conocido en tiempos pasados a pesar de que otras tribus de la misma filiación habían logrado hegemonizar un amplio espacio delimitado por el Napo, el Amazonas y el Pastaza.

Antes que los Záparo, tribus Jíbaras habían expandido su dominio por las zonas montañosas, desde el pié del Sangay hacia el norte, logrando el poblamiento de las intrincadas formaciones montañosas de los Llanganates.

Estas migraciones Jíbaras fueron precedidas históricamente por los Tayac. Hombres del saber de la piedra; las culturas líticas que dejaron testimonios diversos de su paso. Y éstos, a su vez, por los Sasy u hombres del saber botánico que conquistaron los bosques tropicales viniendo desde los valles andinos, como narra[2] la historia.

Consecuentemente, desde el punto de vista histórico, las poblaciones suelen distinguir tres períodos secuenciales. Uno que podríamos denominar pre-histórico que corresponde al dominio de los Sasy o gente que se considera es la fundadora de los saberes relacionados con el uso de los recursos de los bosques tropicales.

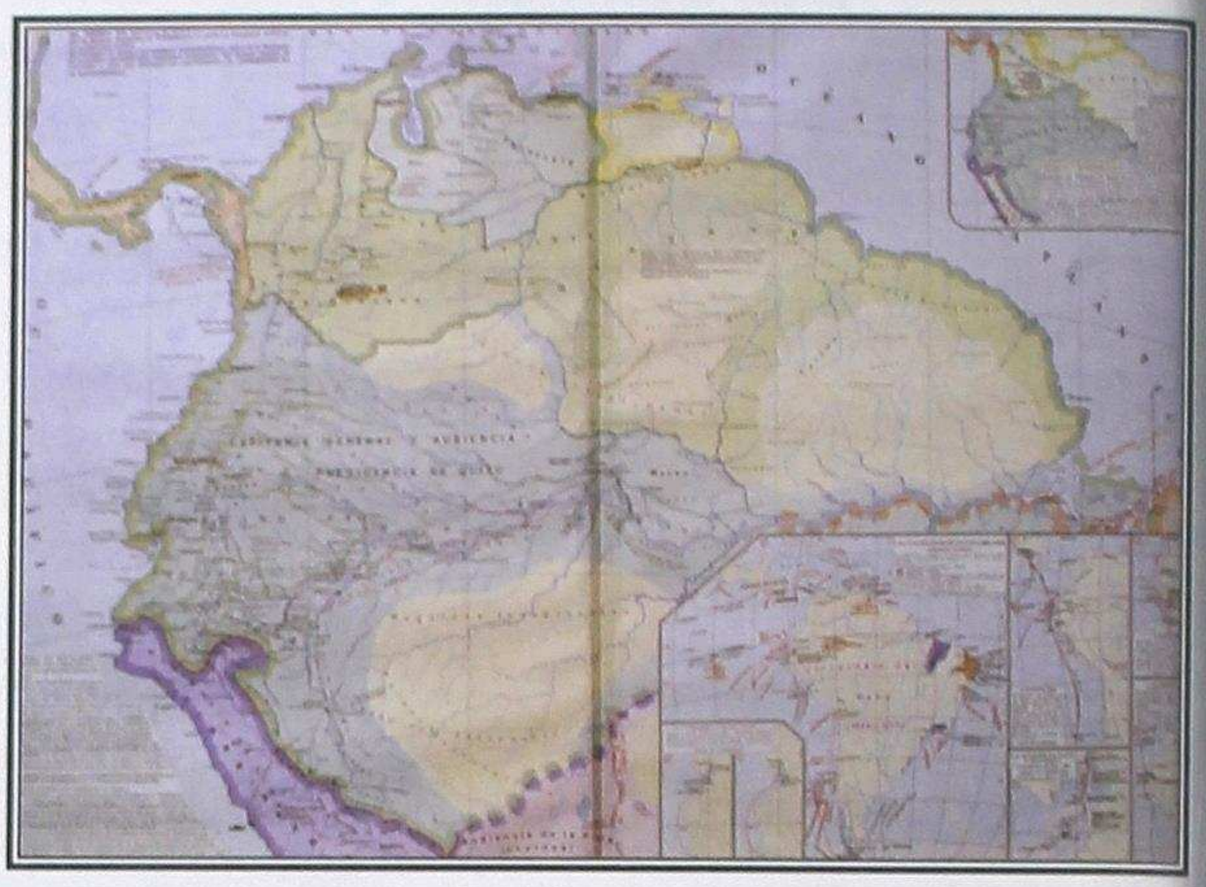
Una segunda etapa corresponde al dominio de los Tayac, apelativo genérico que se da a las poblaciones a las que se les atribuye la elaboración de las hachas de piedra y los petroglifos. De hecho, las poblaciones contemporáneas no conocen las técnicas del tallado en piedra y, si las han utilizado, las hachas líticas, encontrado en la selva.

La tercera etapa es la contemporánea. Se caracteriza por un dominio de los saberes vinculados al uso de los recursos boscosos, heredado de los Sasy; la adquisición de una cultura agrícola muy avanzada y de la factura cerámica; y, más recientemente, la cristianización y la consecuente renuncia al estado primitivo dominado por los Aucas o Llustiruna[3].

Muchos pueblos circularon por esta extraña formación. Entre éstas algunas de las tribus Jíbaras que hacia finales del siglo xix terminaron por fusionarse con otras poblaciones para gestar el prestigioso complejo Kichwa, hoy dominante en las cuencas del Napo, del Tigre y del Pastaza.

2 Tradición oral de Sarayacu.

3 El término auca puede traducirse como salvaje; llustiruna es traducido como gente desnuda. Se alude en ambos casos a la carencia de comportamientos civilizados, al estado de guerra de venganzas y al rapto de mujeres y la poliginia. NdA.



La Presidencia de Quito y la Nueva Granada. Erección del Virreinato de Nueva Granada (26 de mayo de 1717- Invasiones Piráticas). Morales, Op. Cit. Tabs. 36-37.



Para el siglo presente[4] se recuerda un avance de los Muratos y Maynia Shuar[5] sobre la actual población de Morete Cocha, en ese entonces aldea Zápara. Otro suceso memorable fue la guerra entre las poblaciones "Chiriap" del Pastaza y los asentamientos del Bobonaza.

Finalmente, se guarda memoria de la migración de gente Kichwa hacia el Villano, donde al tiempo que comenzaban las operaciones la compañía Royal Doutch Shell, se produjeron desplazamientos de los Huaorani hacia los espacios ocupados por estos asentamientos en el gran territorio que fue de las poblaciones Záparas.

La ofensiva Huaorani, efectivamente, terminó con el último reducto de la población Zápara en el alto Curaray. La trayectoria nómada que llevó a las tribus Huaorani a migrar desde las formaciones de Tahuampa localizadas entre el Tiputini y el Yasuní hasta las cabeceras del Curaray coincidía con los efectos terminales de letales epidemias de viruelas y de fiebre amarilla que se diseminaron entre la población Zápara habiéndose originado en las aldeas y las haciendas caucheras[6].

La cuenca amazónica no siempre fue vista como el sitio de las riquezas fabulosas consistentes en oro y piedras preciosas. Otras visiones, suscitadas por los misioneros, fueron el contrapeso de los relatos utópicos. Estas nunca negaron la riqueza que se atribuyó siempre a la cuenca.

Sin embargo fueron explícitas en proponer el montaje de un nuevo sistema para aprovecharlas debidamente. Esta riqueza consistía en la abundancia y variedad de especies botánicas y faunísticas de las cuales era posible obtener tantos productos alimenticios y medicinales que sus réditos superarían ampliamente cualquier cálculo por extendido que fuese.

Esta propuesta tuvo eco entre la población civil. Hacia las postrimerías del siglo xviii, cuando se había consumado ya la expulsión de los jesuitas, las perspectivas de enriquecimiento de los colonos que se afincaban en este espacio volvieron a ser ampliamente difundidas a tal punto que no faltaron quienes hicieron llegar hasta la corte de España sesudos memoriales donde se señalaban las ventajas que tendría la apertura de la antigua provincia de Maynas al comercio activo.

Debemos contar entre éstas las noticias de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, de Charles de la Condamine y otros[7]. Estas pronto provocaron diversas respuestas planteadas por filósofos, pensadores y políticos criollos, empeñados todos, en lograr a cualquier precio la autonomía económica de las colonias americanas. Tal fue el caso, entre otros, de Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

4 Hasta donde se remonta la memoria histórica registrada en las encuestas: tercera generación ascendente, y en pocas, la cuarta.

5 Según el testimonio de la gente entrevistada, son Achuar.

6 Testimonio recogido en Toñampari de Donasco, el único záparo que sobrevivió a la epidemia y al asalto de los Huaorani en este reducto.

7 *"Alguna idea de la buena proporción que brindan las provincias de Maynas dio en su divertido viaje Don Carlos de la Condamine cavallero frances del orden de San Lázaro, uno de los académicos destinados con Don Juan Ulloa para reconocimiento de estas provincias, manifestando la utilidad que ofresen aquellas montañas"*. Calderón, carta fechada en Quito, 18 de Abril de 1789. Folio 287(1-2).

En ciertos medios vinculados a la administración colonial el tema había adquirido enorme trascendencia. Al menos es lo que se deduce luego de la lectura detenida de la Carta de don Francisco Calderón y Piedra, dirigida al Rey de España y fechada el 18 de Abril de 1789 [8]

La idea de que quienes estuvieron vinculados a su administración se enriquecieron fácilmente está basada en la suposición de que todas las tribus de la provincia tributaban invariablemente en especies que, a la época, eran altamente estimadas en el comercio de América y, sobre todo, en las sociedades burguesas europeas.

El que suscribe el documento que vamos a citar expresaba que *"La fertilísima provincia de Maynas, conpreénciba de muchos pueblos hasta Urarinas y los Omaguas, sin contar las muchas reducciones confinantes con el río Marañón, han dado muchos miles a los Gobernadores, Curas y Misioneros en oro, pita, cera y azeite de coapuva, sin mayor trabajo para los indios voluntariamente dedicados a su extracción: estos mismos efectos que tienen quantioso consumo en esta capital pudieran tenerlo mucho más ventajoso·"*[9].

Incluso la más antigua riqueza, en parte legendaria, consistente en el metal precioso resonaba aún para los años de finales del siglo, sin que haya mermado en nada su poderoso atractivo. En este caso, las minas de aluvión formaban parte de explotaciones organizadas con fuerza de trabajo de esclavos negros llevados ex-profeso y que habían desertado al poco tiempo de iniciada la empresa[10].

Aparte del oro, fueron apreciados otros productos. Este fue el caso de la pita. Tiempo atrás, los misioneros habían descubierto que los habitantes de la cuenca utilizaban para la fabricación de cuerdas altamente resistentes la fibra extraída de la chambira, una especie de palma (*Astrocarium chambira*) de gran difusión en las formaciones boscosas amazónicas.

Altamente cotizada en el mercado, la cuerda fabricada con la fibra de esta palmácea, a causa de su gran resistencia y delgadez, permitía su dedicación a la textilería, ramo en el cual se había logrado un importante espacio en el mercado colonial[11].

Aparte del oro y la fibra acordelada o pita, el tercer rubro proveniente de la cuenca amazónica y de gran importancia para la economía colonial era la cera extraída de los colmenares de una especie de abeja. Esta era utilizada por los pobladores de la cuenca para un sinnúmero de aplicaciones.

En el tiempo de las misiones de los jesuitas, era la materia prima para la fabricación de cirios que servían en las iglesias para iluminación y en

8 *"...propongo el proyecto que me ha parecido sumente provechoso en las utilidades que ofrese la provincia de Maynas, para que examinada y comprobada la verdad, tenga el honor de haverla puesto en obsequio del bien público"*. Folio 286. Y, a continuación: *"Estas consideraciones me han movido a proponer este proyecto con el que no tengo otro interés que la utilidad pública y real servicio de la católica real persona (que Dios guarde con aumento de éstos sus dominios y quedándome la honroza complcencia de haber manifestado mi fiel propensión y sinceridad de vasallo que la acreditaré en quanto fuere del real agrado"*. Id. 288(2)-289.

9 Id. Folio 286.

10 *"El oro del Napo no se agota en las márgenes de su río, y son innumerables los lavaderos que se descubren; sin que pueda negarse que los pocos negros que por algún tiempo mantuvieron Don Lorenzo Nates y Don Juan de Hacha, nunca estuvieron ociosos por falta de oro: lo recojían cateando con facilidad; y por faltarles sobrestante fiel que los sugetase, decertaron con grave sentimiento de sus amos y de los varios interesados en la negociación y comercio de los dichos esclavos"*. Id. Folio 286-(2).

11 *"La pita que anualmente se remite a la ciudad de Lima no rebasa los doce mil pesos ; y siendo apreciable , y de mayor estima la que produce Maynas, que la de Chile, y otras provincias por su especial duración, consistencia y finesa adecuada para la fábrica y cata de limpiones que tanto se consumen y usan en todo el Perú: es claro que si se dedicasen a cultivarla, y beneficiarla abansara este ramo a más de sesenta mil pesos por año como que todos los*

la sociedad colonial era apreciada como material impermeabilizante para los cofres que eran recubiertos en su interior con lienzos impregnados del producto.

Fue de esta manera que el conocido arte de la imaginería quiteña pudo exportarse hacia todo el dominio colonial y, por supuesto, incluso convertirse en un rubro fundamental del comercio ultramarino[12].

Un rubro aparte fue el que comprendía la farmacopea botánica. Famosa desde las primeras incursiones de los españoles hacia los bosques tropicales amazónicos, consolidó su prestigio en épocas posteriores debido a la gran eficacia que mostraron sus productos que fueron ampliamente utilizados en la medicina europea.

El comercio originado en estos productos amazónicos fue considerado de alto interés para el estado monárquico. Eran valiosos recursos curativos que fueron utilizados no sólo para abastecer las boticas reales sino para convertirse en productos que alcanzaron fama y alto valor en el comercio de toda Europa[13].

Varios de estos productos habían sido descubiertos y, en cierto sentido, probados y ampliamente utilizados por los misioneros que suplieron, de esta manera, las carencias que fueron comunes en la época, tanto de medicinas como de medios para transportarlas hasta las estaciones misioneras.

Entre otros, cabe citar el aceite de canime o copauva que, al igual que la quina o quinina, fue un remedio eficaz para tratar las fiebres tercianas o malaria. La sangre de drago y el beldaco, usados como astringentes o cicatrizantes; el estoraque o mejú, usados como bases para la fabricación de perfumes.

Abundaba la canela, de amplias aplicaciones médicas y culinarias; el cacao, del que se extraía la manteca utilizada en la medicina de la época; el aceite de charapa; la bainica o vainilla; el algodón; la zarza o zarzaparrilla y, finalmente, la caña de azúcar, introducida por los jesuitas y que proporcionaba importantes rubros originados en la tributación que causaba la producción de bebidas[14].

A estas evidentes bondades relacionadas con la potencialidad económica de la provincia de Maynas cabría añadir, por último, la abundancia e impresionante diversidad de la fauna, tanto acuática como terrestre, de la que era posible no sólo beneficiar su carne sino además las pieles que, para entonces, eran altamente cotizadas en los medios europeos, lo mismo que las plumas[15] y otros productos.

mercaderes lo apetecen y solicitan por su pronto y útil expendio". Ibidem.

12 *"Y de la cera de Maynas, es considerable en todas las iglesias del Obispado de Quito, y conseguida en alguna abundancia, pudiera consumirse en lienzo para resguardar, y arpillar cargas y cajones, como se hace con los encerados de Nicaragua"*. Ibid.

13 *"Hay otros efectos nobles sumamente útiles a la salud pública, que por su preciosidad felicitarían a todas estas provincias, contribuyéndose la porción necesaria a la Real Botica, y a todas las de Europa"*. Ibid.

14 *Se ha descubierto en el azeite de Canime o Copauva un específico muy eficaz para curar tercianas, medicinar heridas y otras enfermedades, usando de él con la moderación y dosis conveniente: si en América hubiese medios inteligentes, se adelantaría mucho. Las resinas de sangre de drago y beldaco por experiencia causan maravillosos efectos. El estoraque o menju, tiene por su excelencia la debida estimación, sobresaliente su fragancia a los más preciados perfumes. La canela es de singular picante, frangantísima y agradable, sólo le falta quien le dé beneficio. El cacao excede al de Mérida: en todas estas provincias ninguno le iguala en la substancia, gustoso y azeitoso: pudiera sacarse su grosura o manteca en quantiosas porciones para las boticas. No es de menos estima el azeite marítimo de las charapas. Igualmente se reconoce la utilidad que ofresen estos arvitrios en la quina, la bainica y el algodón pues todos estos efectos, a más de darse con*

La iniciativa de los civiles, al igual que tiempo atrás la de los misioneros, debía superar el aparentemente infranqueable obstáculo que representaban tanto las distancias como las limitaciones para practicar de manera rápida y eficaz la navegación fluvial.

Aunque, tiempo atrás, estaba plenamente habilitada la entrada por Baeza hasta Archidona, Tena y Puerto Napo; y aunque era trasitable la entrada por el alto Pastaza, no eran adecuadas sus condiciones para la trasportación de los productos antes mencionados.

Por lo tanto, las posibilidades de organizar un sistema para aprovechar adecuadamente estos recursos en los que consistía la riqueza de este segmento de la cuenca dependían menos de su beneficio y más de los medios logísticos para ponerla en los puertos y mercados.

Desde el punto de vista de la organización requerida para poner en movimiento esta impresionante fuente de recursos, Calderón plantea la necesidad de reactivar las antiguas fundaciones españolas que, para entonces, habían caído en la más profunda decadencia a causa de la reciente salida de la misión de los jesuitas.

Básicamente su planteamiento estaba centrado en las fundaciones españolas que, como Baeza, Avila, Archidona y Puerto Napo, formaron parte de una de las redes logísticas más importantes de acceso al eje de Maynas que era el Marañón[16].

Era plenamente compatible con esta propuesta la idea de intensificar esta ruta con varias nuevas fundaciones destinadas tanto a controlar a los presidiarios que estaban destinados a convertirse en fuerza de trabajo para las minas de oro cuanto para asegurar adecuadamente el tráfico de este metal destinado a convertirse en el motor de la economía colonial y del imperio peninsular[17].

Era indudable que una coyuntura en extremo crítica afectaba a las posesiones coloniales españolas en América. No sólo estaba en la mira de las preocupaciones el hecho de reactivar los antiguos rubros económicos de alto rendimiento y lograr así la plena ocupación en las posesiones coloniales sumidas en la decadencia.

Era preciso, además, reestablecer un orden que habría dado enormes riquezas a las misiones. En el pensamiento de la época nuevamente adquiría actualidad el tema de la tributación de la población india. Pues *"Nadie ignora que los indios de los Pueblos pagan sus tributos sin mas fatiga que tomar en las playas de aquél río el oro necesario para dicho pago, arrojando con desinterez el sobrante, socorrida su necesidad"*[18].

mucha abundancia, son de la más noble calidad; siendo especial el que se produscan a los tres meses". Id. Folio 287(4).

15 *"La pesca es abundantísima en todos aquellos ríos, como la cacería, en sus dilatadas montañas; su coriambre proporcionaría un comercio útil con las vistozas pieles de tigres, dantas, corsos y gamos agregándose la especiosa variedad de plumas"*. Ibidem.

16 *"Tengo entendido que con el fin de poner en lavor tan fértil y copioso terreno se trataba de poblar con españoles y gentes de todas castas, los pueblos del Napo, Archidona, y las ciudades de Avila y Baeza, que sólo mantienen el nombre de tales: y se sabe por cosa notoria que Vicente Conde (alias Papallacta) obtuvo Real Cédula y órdenes del superior gobierno para que, por las reales caxas de esta capital, se lo habilitase y fomentase con los vagages y víveres necesarios para su conducción y población que estaba pronto a verificar, trasladándose con sinquenta y ocho familias a Baeza, Napo y Archidona"*. Id. Folio 287(2).

17 *"Esta población sería más cómoda al tráfico proporcionándose sinquenta casas a cada legua, con que dentro de diez años, se verían sus colonias bien regladas, poniéndose sacerdote con iglecia en distancia de dos leguas de una a otra; facilitando así el pasto espiritual y la unión de dos pueblos para la contención de los presidiarios que se destinasen a las diversas ocupaciones y especialmente a los lavaderos de oro, para el Real Erario"*. Ibidem.

18 Ibid.



Balsas y piraguas, Napo. Th. Weber. Dibujo, Michel Paris.
Grabados… *p. 11.*

Para complementar la organización económica propuesta, conformada por la fuerza de trabajo local, el repoblamiento con reos y el sistema de tributación en oro, se contemplaba, finalmente, traer desde España a un conjunto de artesanos y técnicos que dirigieran el proceso de beneficio de estos recursos.

Se estimaba que este conjunto de medidas podían dinamizar la paralizada economía de la antigua provincia de Maynas. De esta manera, era posible propiciar la solución que la grave crisis había traído para los distintos sectores sociales que se veían enfrentados a la erosión de las buenas costumbres[19].

El ex-Alcalde no duda en otorgar a su proyecto las dimensiones de una propuesta destinada a reactivar lo que, a su parecer, no fue realizado por los jesuitas. Esto es, la vinculación de la producción obtenida de la provincia de Maynas a los dinámicos circuitos comerciales de las posesiones portuguesas, colindantes con las españolas en el Marañón.

Poco se sabía acerca de estas posesiones; sin embargo, las perspectivas de mantener relaciones de intercambios múltiples alentaba la esperanza de contribuir a consolidar un nuevo frente, distinto del comercio marítimo vía cuenca del Pacífico, que se mostraba entonces sumamente limitado a causa de la crisis, extendida a los dominios metropolitanos.

Entre los productos que se estima sería objeto del comercio con las posesiones portuguesas, menciona el autor la mantenca de vaca marina, charapas, osos y víboras y, sobre todo, los productos de medicina herbolaria, abundantes en los segmentos noroccidentales de la cuenca y ausentes en las formaciones boscosas del bajo Amazonas[20].

Un comercio local imagina el autor que era posible reactivarlo con los productos fabricados por las poblaciones tribales. Por esta razón, tanto o más importantes que los rubros mencionados, como lo mostraba la experiencia de las misiones, eran los obtenidos mediante el comercio de trueque establecido con las poblaciones locales.

Menciona el autor la invalorable calidad de los textiles fabricados con algodón, los sombreros hechos con fibras naturales, los quitasoles adornados profusamente con plumas; los barnices para embellecer los productos de la cerámica, los pilches o cuencos de calabazos; los bastones, seguramente fabricados de chonta (*Bactris gasipaes*) y otros de mayor curiosidad como el curare o veneno paralizante utilizado por los indios en sus flechas en la caza.

No se olvida el bien informado autor de bienes agrícolas como el arroz, traído por los misioneros desde la India y adaptado a las

19 *"Para que dentro de un breve tiempo se consiguiera el dichoso establecimiento de todas oficinas y fábricas, destinando artesanos; y trayendo de España para mayor seguridad y acierto, se lograría otro efecto no menos ventajoso y útil en el destino de muchos vagos mal entretenidos y viciosos que infestan esta República sin que alcance el desvelo y la actividad de los jueces a contener la obstinada insolencia de la plebe y aún de algunos sujetos que olvidados de su nacimiento y obligaciones siguen el más fatal rumbo por sus procedimientos, como lo he experimentado con incesante afán y dolor en el año que exercí de Alcalde del barrio de San Sebastián y lo estoy viendo con mayor evidencia en el presente con igual empleo de Alcalde del barrio de San Roque".* Id. Folio 287(1)-288.

20 *"Verificadas estas poblaciones y franqueadas por la real piedad sus comercios tendría esta ciudad y su provincia los aumentos que manifiesta el presente proyecto; porque ha más de los efectos que se han puntualizado como útiles y consumptibles en ella, tiene y produce aquél país sylvestre otros, que aunque parescan de poco momento, pero no dexarían de contribuir considerable interés al comercio: la manteca de vaca marina y charapa; la de oso y de víbora: el vejuquillo o polvo de Mompox y otros simples que pueden formar otra botica mui cumplida y provechosa".* Id. Folio 288(2).

condiciones de la cuenca, del tabaco (*Nicotiana tabacum*) y del maní (*Arrachis hipogea*)[21].

La idea de la riqueza de Maynas estuvo vinculada a la habilitación reciente de la entrada por Baños y la garganta del Pastaza. De manera que si bien las leyendas sobre el oro estuvieron relacionadas con el Napo, no es menos cierto que otras estuvieron centradas en el Curaray.

Acaso sin fundamento. Sin embargo, con plena verdad cuando se trata de los productos boscosos mencionados por Calderón en su proyecto. Hemos resaltado a propósito lo que corresponde al aceite de charapa (*Podocnemis expansa*) por cuanto es uno de los productos que darían fama al Curaray lo mismo que la abundancia de peces.

Las noticias históricas son ilustrativas de este aspecto. La explotación del quelonio se remonta a las más remota antigüedad. De tal manera que los misioneros no hicieron otra cosa que utilizarla en provecho de la red de poblaciones o fundaciones que organizaron sobre la cuenca del Marañón y el Amazonas.

El reptil, del que se registra un inventario de al menos ocho especies (cinco terrestres y tres acuáticas), fue y es ampliamente utilizado por diferentes poblaciones de la cuenca. En la tradición oral de algunos de estos pueblos aún se recuerda que hubo una remota edad antigua cuando la charapa tenía dimensiones colosales, al igual que otros reptiles como los lagartos y las anacondas.

En aquellos tiempos la caza del quelonio era una aventura que, en el buen sentido del término, entrañaba serios peligros. Los cazadores debían cerrar el paso a las tortugas hembras que corrían hacia el río luego del desove y derribarlas para impedir su fuga.

Si el cazador o, como se lo conocía en el tiempo de las misiones, el volteador[22] no alcanzaba su objetivo, siempre corría el peligro de morir ahogado al ser arrastrado irremisiblemente por el peso y la fuerza del reptil; sus manos solían pegarse al animal por una resina que éste secretaba por el carapacho.

Al igual que ésta otra tradición es ampliamente difundida entre los pueblos que habitan las formaciones boscosas de la gran cuenca amazónica. Esta establece que la estación adecuada para la caza del reptil y recolección de sus huevos es coincidente con la temporada del estiaje.

Cuando el ritmo de lluvias disminuye ostensiblemente en los bosques tropicales y, por efecto combinado de la disminución de los caudales

21 *"No contribuye poco a este proyecto el trato interior de estos indios con sus liensos pintados, sombreros, mantas y quitasoles de pluma; varnices de calabasos, pilches, vastones, venenos ya fuera de los comestibles de arroz y maní, a que se agrega el tavaco cuya especie si se cultivase como corresponde daría sólo el Marañón abasto a toda la provincia y pudiera exceder a quatro tantos mas al que produce La Habana"*. Id. Folio 288(2)- 289.

22 Era la denominación de los hombres dedicados a cazar al animal sobre las playas, luego del desove: su nombre se deriva de la práctica de voltear a las tortugas, para inmovilizarlas sobre su caparazón. NdA.

de agua provenientes de los deshielos de los cerros de la cordillera de los Andes, baja considerablemente el caudal de los principales sistemas fluviales del Alto Amazonas.

El efecto combinado de estos fenómenos climáticos era el notable decrecimiento del caudal de los ríos y, por consiguiente, de su nivel de aguas. Como consecuencia, era inevitable el aparecimiento de playas o el resecamiento de los bancos areniscos, lugares propicios para el tiempo de apareamiento y desove de las tortugas acuáticas gigantes.

Estos fenómenos cuyo efecto asociado eran los ciclos de crecentadas y bajas del caudal de las aguas del gran Amazonas son, por así decirlo, intercalados. No se presentan al mismo tiempo en toda la cadena montañosa andina así como los circuitos de realimentación de las lluvias en la cuenca. Se encadenan y dan como resultado el fenómeno conocido como estiaje en una secuencia temporal que comprende el lapso que va desde agosto a marzo.

El cambio de la estación invernal en el segmento central andino ocurre para los meses de julio, agosto y septiembre lo que incide en una merma del caudal de agua de los sistemas hidrográficos del segmento noroeste de la cuenca para ese mismo período.

Sin embargo, una merma más significativa de estos caudales ocurre en razón del estiaje que se presenta en la cuenca para los meses de noviembre y diciembre con lo que tal es la época propicia para el desove de la charapa (*Podocnemis expansa*) y de la especie menor, la taricaya (*Podocnemis unifilis*).

La taricaya suele adelantarse a esta coyuntura estacional y desova apenas surgen los primeros bancos de arena descubiertos. En algunas zonas esto coincide con el verano andino, en los meses de agosto y septiembre y se considera que es un corto estiaje.

Para otros segmentos de la cuenca como el suroeste del alto Amazonas, desde la confluencia del Ucayale aguas arriba, el estiaje se presenta con una considerable diferencia calendárica.

Como lo registra, para el siglo pasado Paul Marcoy, *"Los ríos Apu-Paru y Purús, son los primeros en los que acontece el decrecimiento de las aguas. Antes del 15 de agosto sus playas ya se encuentran secas y las tortugas depositan sus huevos; en cambio en otros ríos como el Javary y el Jurúa, este fenómeno no se presenta sino hasta fines de septiembre"*[23].

En el Ucayale y en los afluentes que desembocan aguas abajo del Amazonas, este período comprende el lapso que va desde el quince de

23 Marcoy, Op. Cit., Vol II, pp. 9-10.

agosto hasta el primero de septiembre[24] . Lo cierto es que los ciclos de crecentadas y bajas de caudal determinan los ciclos reproductivos de esta especie y, en consecuencia, constituyeron un recurso apreciado en alto grado por las poblaciones de la gran cuenca.

La zona comprendjda entre el Pastaza y el Curaray, habitada por las tribus Záparo, fue particularmente abundante en este recurso. El misionero Manuel Castrucci quien en el año de 1846 recorrió la zona registró este hecho.

Su testimonio indica que entre la fauna local se destacaban: "*...los lagos y ríos de la montaña están llenos de estos anfibios. En los meses de Julio, Agosto y Septiembre es cuando salen a las playas y ponen los huevos en las arenas y paren hasta 60. El calor del sol los hace jerminar y los anima*"[25].

Sin embargo, otros testimonios permiten suponer que fue en la cuenca del Napo que se concentró un número significativo de charapas. El Aguarico y el Curaray fueron dos de sus afluentes privilegiados a causa de la abundancia de este recurso.

La concentración podía ocurrir durante la estación invernal a causa de la existencia de numerosas lagunas. Pero hacia el estiaje, como se ha señalado, se producía la emigración masiva de la especie desde los afluentes hacia el Amazonas.

Así, para finales del siglo pasado, uno de los viajeros que recorrió la cuenca amazónica reporta que al menos dos especies podían encontrarse ... "*A lo largo de todo el curso del Napo y del Amazonas, cuya carne es comestible y de sabor muy agradable*".

La identidad de las especies no deja lugar a dudas. Efectivamente se trata de dos de las especies acuáticas: "*Los individuos de la especie más grande tienen un largo de unos dos metros y depositan de 135 a 140 huevos cuyo cascarón es de consistencia dura, es la Podocnemis expansa de Wagl. La otra especie es más pequeña, pone una menor cantidad de huevos cubiertos de una fina película; su carne es más delicada; es la Podocnemis sextuberculata*"[26].

En general, los reportes y documentos estudiados permiten concluir, al menos provisoriamente, que la especie se encontraba ampliamente extendida por los sistemas fluviales y lacustres de la cuenca amazónica.

Por esta razón, constituía un uso común y generalizado entre las poblaciones indias la caza del animal, la recolección de sus huevos y la elaboración de aceite y manteca a partir de la grasa del animal y de los huevos, respectivamente.

24 "*Entre el 15 de Agosto y el primero de Septiembre es la época en la que las tortugas depositan sus huevos en las playas... El río (Ucayale) baja, su caudal es menos impetuoso y grandes porciones de playas de arena quedan al descubierto*". Id., p. 38.

25 Castrucci, Op. Cit. pp. 38-39. El testimonio del misionero no es del todo exacto pues considera que la especie conocida como charapa es similar a la de los galápagos, confundido seguramente por el tamaño de algunos de sus ejemplares.

26 Osculati, Op. Cit., p. 166.

Balsas y piraguas, Napo. Th. Weber. Dibujo, Michel Paris.
Grabados… *p. 11.*



Ampliamente conocido fue este hecho en la literatura etnográfica. En el caso del uso cultural de la charapa estamos ante un fenómeno que si bien involucra, por igual, a todas las poblaciones de la amazonía, no todas, en cambio, tuvieron acceso directo al recurso a causa de su desigual distribución en los distintos afluentes del Amazonas.

La especie parece disminuir sensiblemente en los ríos que forman su curso. El lecho pedregoso lo mismo que la carencia de zonas de divagación fluvial o tahuampa donde permanecen los meses que no corresponden a las migraciones son, entre otros, factores que explican este fenómeno.

Culturalmente las poblaciones de estas cuencas suelen abastecerse de grasas animales a partir de otras especies tales como el Tayu y, desde los primeros tiempos de la colonia, de cerdos adaptados a partir de las especies introducidas por los pioneros españoles de las fundaciones establecidas para la explotación aurífera.

En lo que corresponde a la región amazónica ecuatoriana la charapa se encuentra disponible en los afluentes del Napo, Tigre y Pastaza. Las poblaciones ribereñas tienen un amplio conocimiento de las costumbres reproductivas y migratorias de la especie en la medida en que ésta se encontraba y se encuentra aún distribuída en las zonas antes mencionadas.

Adicionalmente, es posible establecer que para el conjunto de la amazonía ecuatoriana la temporada es coincidente y difiere, entonces, de la que Marcoy registraba para sitios como el Alto Amazonas y sus tributarios, aguas arriba y aguas abajo del Ucayale.

En efecto, para el conjunto de las poblaciones indias de la amazonía la época del cambio climático, cuando aparece el estiaje, es la época de la recolección de los huevos de charapa, así como la temporada de su caza. En tal sentido, la coincidencia de estos dos procesos, el uno natural y el otro cultural, ha determinado que los signos del uno sean interpretados en el contexto del otro[27].

Las migraciones estacionales de los individuos de la especie era un asunto vital para las poblaciones de la cuenca. Según se ha planteado con anterioridad, tales desplazamientos tenían una significación estratégica. No unicamente por los controles que era posible ejercer desde los asentamientos aldeanos ribereños sino principalmente por cuanto las migraciones de la especie eran, en algunas ocasiones, de rangos apreciables, hecho que ponía este recurso fuera del alcance de ciertas poblaciones en poco tiempo y al alcance de otras en el mismo lapso.

27 Nuevamente Marcoy nos trae una cita que ilustra adecuadamente este aspecto: *"El decremento de las aguas es la señal para el comienzo de la estación de pesca de tortugas para los Conibo. En un día determinado, se embarcan con sus familias con todos los utensilios necesarios, y viajan río arriba o ría abajo, según su instinto les dicta. Estos viajes cubren hasta 30, 60 e incluso 100 millas"*. Op. Cit. Vol II, p. 38.

Esto explica no sólo los desplazamientos de largo alcance de ciertas poblaciones, como el caso referido por Marcoy, sino además el surgimiento de confrontaciones intertribales o interétnicas a causa de las disputas que surgían en torno al acceso a este recurso.

De entre las poblaciones de la cuenca amazónica, fueron los Omaguas, habitantes de las islas fluviales del Amazonas, los que explotaron este recurso y, bajo la forma de aceite y manteca, lo comercialización con algunas poblaciones.

Para el siglo xix todo vestigio de este pueblo ha desaparecido. En su lugar fueron las tribus de los Cunibos las que, tanto por su ubicación privilegiada cuanto por ser éste el recurso más importante en la zona, se dedicaban especializadamente a la caza del reptil para la fabricación del aceite extraído de las entrañas del animal y a la recolección de sus huevos para beneficiar la manteca.

Aún para el siglo xix era un producto altamente apreciado en los circuitos comerciales de la gran cuenca tanto por las misiones religiosas cuanto por las estaciones comerciales de los caucheros, hasta el punto de que se disputaban su control desde las redes aldeanas y étnicas que tenían bajo su dominio.

Una imagen de la forma de utilización del recurso la entrega Marcoy. En el trayecto de su viaje por el Amazonas refiere el caso de la forma e intensidad con que era cazada y beneficiada esta especie por parte de los Cunibos: *"La playa, elevada unos tres o cuatro pies sobre el nivel del río estaba cubierta, en una circunferencia de unos docientos piés, de carapachos superiores e inferiores de tortuga, violentamente separados por un machete o hacha, y con trozos de carne aún adheridos a éstos. La sangre, producto de esta masacre había dejado sus trazas sobre la arena... Caminé entre los vestigios de este "campo de batalla" y he contado cerca de 319 cuerpos".*

La masiva captura de tortugas acuáticas tenía propósitos económicos pues: *"La masacre fue ocasionada por una docena de Conibos, no con propósitos de abastecerse de su carne, como uno podría suponer, sino para obtener de los intestinos, la fina grasa amarilla que les cautiva, y que es uno de los más valiosos productos de intercambio entre los Conibo y la Misión"*[28].

Esta impresión de viaje, aunque puntual, revela los alcances de la predación del animal para el siglo xix. Esto es, fuera de los contextos tribales y los relativamente reducidos contextos de las fundaciones misioneras que antecedieron a la ocupación de la cuenca por parte de comerciantes y hacendados caucheros.

28 Id. Vol II, p. 8.

Aún así, de acuerdo con los testimonios examinados, la población de charapas era tan grande que podía abastecer a la población de la cuenca sin que peligrase su supervivencia como especie. Aunque una afirmación semejante sea explicable en referencia a la relativamente escasa población que, para este tiempo, se encontraba allí asentada[29].

Los métodos de caza del quelonio no eran diferentes en contextos culturales diversos: la época de desove de la charapa suscitaba importantes movimientos poblacionales hacia las playas del Amazonas y sus afluentes donde la captura era posible debido a la masiva presencia de las tortugas hembras.

Nuevamente el detalle que para el caso de los Conibos registra y amplía Paul Marcoy lo reproducimos por su especial interés para nuestro este análisis: *"Cuando los pescadores descubren las huellas de tortuga en una de las playas, todos desembarcan y construyen enseguida una cubierta a unas docientas yardas del filo del agua, y esperan pacientes la entrada de la noche. El instinto de los pescadores es tan preciso que no tardan uno o dos días en aparecer las tortugas"*[30].

El método de captura era el que, sin duda, siempre fue utilizado; acaso desde la más remota antigüedad. Consistía fundamentalmente en acechar a las hembras que salían a las playas durante la noche para desovar. La captura se producía en medio de la fuga precipitada de las tortugas hacia el agua una vez que se habían percatado de la presencia de los cazadores[31].

Algunas caían en los hoyos cavados en la arena, donde ocurría el desove, a causa de los empellones que se producían por las tortugas que fugaban. Las más corrían hacia el río. Estas eran cercadas por los cazadores; y, en el trayecto restante de playa, eran tomadas del costado y la cola y viradas.

De la habilidad de los cazadores dependía el número mayor o menor de tortugas así capturadas. Aunque lo cierto parece ser que la mayor parte de las tortugas hembras lograba alcazar su objetivo[32] que era llegar hasta el río donde no podían ya ser alcanzadas.

Otro método para la captura del animal lo refiere el mismo autor. Este consistía en arponear a las charapas cuando éstas se movían en manadas a flor de agua en su migración en busca de las playas de los ríos para, hacia la noche, desovar.

Este método, aunque extendido en el Amazonas, no fue practicado sino muy parcialmente por las tribus antiguas y actualmente asentadas

29 Recordemos que como resultado de la presencia misionera, gran parte de la poblaciones tribales fueron concentradas en las reducciones o aldeas y que todas éstas, sin excepción alguna, fueron afectadas por las epidemias de viruelas, sarampión y gripe que exterminaron a un apreciable porcentaje de la población nativa. Para el siglo xix, aunque se registran importantes movimientos migratorios hacia la cuenca amazónica, la extensión de las epidemias, las persecuciones masivas y el tráfico de esclavos, fueron factores que contribuyeron a aminorar progresivamente los efectivos poblacionales. NdA.

30 Marcoy, Op. Clt., Vol II, p. 38.

31 *"En una noche oscura entre la medianoche y las dos de la mañana, un inmenso movimiento agita las aguas que parecen hervir. Miles de tortugas salen del agua y se dispersan por la arena. Los Conibos permanecen bajo sus cubierta y en silencio esperan el momento para entrar en acción. Las tortugas que se han separado desde su salida del agua, encuentran un sitio en el que inician la excavación de una trinchera de unas 200 yardas de largo por unos cuatro piés de ancho y dos de profundidad... Cuando están satisfechas de la capacidad de la trinchera depositan los huevos, cuarenta cuando menos, pero siempre setenta o más, y enseguida cubren con arena la excavación; en este momento, más de una tortuga es golpeada por alguna de sus compañeras y cae a la trinchera donde es enterrada viva. Una media hora es suficiente para cumplir esta tarea, entonces las tortugas se encaminan en desorden hacia el río; éste es el momento esperado por los Conibos"*. Ibidem.

en la cuenca del Napo y dos de sus tributarios, el Aguarico y el Curaray; cuando menos no existen referencias al respecto.

La caza con arpón fue posiblemente el resultado de una innovación técnica. El uso de la punta de hierro en las flechas permitió su transformación en un proyectil lo suficientemente pesado como para atravezar la caparazón de las tortugas en un tiro parabólico que alcanzaba apreciable altura para tomar la velocidad requerida para la caída vertical.

¿Fue antiguamente utilizada la punta de obsidiana para el mismo efecto? No parece posible en razón del peso que la punta de la flecha debe tener para combinar resistencia y velocidad. En todo caso, optamos por interpretar ésta como una técnica moderna debida a la innovación descrita.

Los cazadores Cunibos a los que hacemos referencia siguiendo la descripción de Marcoy, practicaban este método para una cacería durante el día. Luego de largas esperas en sitios seleccionados previamente en la ribera, cuando era posible divisar los carapachos sobresalientes de las tortugas que efectúan su travesía en grupos *"...el pescador prepara su arco con una flecha-arpón. En el momento en el que las tortugas pasan delante suyo, levanta el arco y dispara la flecha que describe una parábola cuyo punto de intersección horizontal es el carapacho de una tortuga."*[33].

Una variante de este método es el uso de la flecha-arpón desde una canoa. En este caso, al igual que en el anterior, la flecha estaba cautiva a una cuerda de fibra de pita con la que era recuperada la presa. En la persecución los cazadores podían capturar tantas tortugas que *"..el número de tortugas capturadas hace peligrar la embarcación..."*[34].

Finalmente, cabe observar que un tercer método de cacería del animal, que no difiere substancialmente del primero antes descrito, lo practicaban ciertas tribus cuyos asentamientos ribereños estaban localizados en la trayectoria de la migración del quelonio. Era posible capturar a las charapas en el momento del desove en playas previamente cercadas con varas de chonta.

El proceso de conversión de las tribus indias de la cuenca amazónica por parte de las misiones jesuíticas estuvo acompañado por dos novedosos componentes: uno, la instauración de un orden en el que primaron los principios de la vida sedentaria en el sistema de fundaciones o aldeas multiétnicas, y dos, la necesidad de organizar un regimen de producción capaz de abastecer las necesidades de este nuevo sistema de poblamiento.

32 *"A una señal dada por uno de ellos, toda la banda sale de su escondite y se lanza en persecusión de las tortugas; no para cortar su retirada -ellos podrían ser arrollados y pisados por el poderoso escuadrón- sino para llegar a sus flancos, tomarlas por la cola y voltearlas. Antes de que esta armada desaparesca, cientos de prisioneros han caído en manos de sus viradores"*. Ibid.

33 Id., p. 41.

34 Ibidem.



La Presidencia de Quito en Nueva Granada. Reerección del Virreinato de Nueva Granada (20 agosto 1739-10 agosto 1809). Morales, Op. Cit. Tabs.38-39.



La alternativa para muchas de las poblaciones que aceptaron incluirse en este sistema de reducciones o asentamientos poblacionales concentrados, era el uso óptimo de los recursos a los que accedían por los sistemas de caza, pesca y recolección.

Y, al mismo tiempo, el abastecimiento de ciertos bienes que el rol de intermediación de las misiones les permitía obtener. Estos bienes manufacturados importados contribuyeron a introducir cambios vertiginosos y radicales en el manejo de los recursos de la selva.

Este fue el caso de la introducción de los metales; pero tambien la agricultura tradicional experimentó un giro importante a raíz de los productos cíclicos y perennes incorporados a los asentamientos sedentarios de las reducciones por parte de los misioneros. Tal el caso de alguna variedad de plátano, la caña de azúcar y algunos frutales.

En este nuevo orden de cosas, recursos como la charapa, adquirieron una enorme importancia para el nuevo contexto: de ser un recurso al que cada tribu accedía de manera medida por sus necesidades se transformó en un producto que, óptimamente aprovechado, permitió abastecer la significativa demanda que constituyeron las poblaciones de los numerosos y nuevos asentamientos poblacionales creados por los misioneros así como aquellos que correspondieron a los colonizadores hispanos.

Productos como el aceite fino, la manteca extraída de los huevos y las charapas en pié como disponibilidad de carne fresca tuvieron una gran demanda entre ciertas tribus de la cuenca. Inclusive, se convirtieron en productos que abastecieron un rubro comercial de largo alcance que se distribuía incluso hasta las posesiones portuguesas en el Amazonas.

Los métodos empleados para la obtención de estos dos productos básicos y bien cotizados, el aceite y la manteca, fueron sin embargo predatorios. Practicados, probablemente, a corta escala en el contexto de la vida tribal anterior a la vigencia del ordenamiento misionero, se convirtieron en una práctica que, por sus dimensiones, progresivamente incidió en los ciclos vitales de la especie.

El método empleado para sacrificar a las tortugas permite suponer que niveles de explotación a gran escala de la especie fueron posibles en base a las innovaciones introducidas por los misioneros. Se utilizaban hachas para romper los caparazones y, de esta manera, extraer de las charapas sus intestinos; y de éstos, la grasa animal acumulada, en mayor o menor cantidad, por cada individuo[35].

35 *"Apenas aclara el día empieza el sacrificio de las tortugas: bajo el hacha de los indígenas los carapachos de las tortugas vuelan en pedazos; los intestinos humeantes son entregados a las mujeres que separan de éstos la grasa fina y amarillenta, superior a la de ganso. Los cuerpos así despedazados son abandonados a los gallinazos, las águilas harpía y las águilas pescadoras que llegan de todo lado al escenario de la masacre".* Id., p. 39.

En el procesamiento de la grasa estaba contemplada la intervención humana. Es decir, se trataba de un procedimiento de transformación, aunque elemental, de un producto de orígen natural. Como en muchos de estos procedimientos, la fase de transformación del producto tenía simplemente bases artesanales.

La cocción como el batido previo no implicaron el recurso de tecnologías más complejas que la simple escala de los procedimientos domésticos; pero ajustados, en conjunto, a los requerimientos de una producción destinada al intercambio.

En esencia los métodos empleados por los Conibo en el alto Amazonas fueron los mismos que empleaban hasta hace poco tiempo atrás otras poblaciones y en nada parecerían diferir de aquellos empleados por los Omaguas para beneficiar el aceite y la manteca de charapa.

Una vez acumulados en grandes recipientes las porciones de grasa animal extraída de las charapas sacrificadas para el efecto, los hombres y las mujeres procedían a batirla con espátulas de madera. Así, en poco tiempo, *"...De la coloración amarilla y opaca que tiene dentro del animal, la grasa adquiere de esta manera un color brillante y claro. Luego es guardada en recipientes que son cubiertos con hojas de Caña..."*[36].

Estos recipientes fabricados en cerámica permitían una adecuada conservación del producto. Una de sus virtudes era la posibilidad de consumirlo en épocas del año que no fueran las dedicadas a la captura de las tortugas acuáticas.

En todo caso, la producción a gran escala del producto debidamente envasado formaba parte de una comercio activo y de largo alcance geográfico que, para el siglo xix involucraba tanto a las aldeas de colonos como a las fundaciones misioneras y a las estaciones de comercio cauchero.

La escala de estas operaciones para la fabricación de la manteca a partir de los huevos de la charapa permiten suponer que intervinieron factores relacionados con los propósitos comerciales.

Los procedimientos, nuevamente artesanales, eran los que se describe a continuación: *"Los huevos son sacados de las trincheras donde los han depositado las tortugas y son colocados en una canoa pulida y lavada para macerarlos. Con flechas de cinco puntas los hombres y las mujeres perforan los huevos y su aceite amarillo es recolectado con artefactos de conchas que sirven como cucharones. Luego se vierte sobre los cascarones de los huevos un poco de agua, al igual que se ejecuta con los residuos de manzanas y uvas,*

36 Id., pp. 39-40.

hasta que se encuentran totalmente cubiertos; entonces flota la grasa amarilla que es cuidadosamente recogida. Este aceite, como el anterior, es hervido y destilado y finalmente vertido en recipientes con un poco de sal"[37].

La difusión de estas técnicas de captura y aprovechamiento de la carne y grasa del reptil y de sus ovaciones entre las culturas de los pueblos que habitaron la gran cuenca del Amazonas es un hecho corroborado por la abundante literatura etnográfica disponible para las tribus Záparas que habitaban en las riberas del río Curaray.

Sorprende la notable coincidencia de la descripción de Marcoy con la del misionero. Los Conibo y los Záparo, geográfica y culturalmente lejanas mantenían exactamente las mismas prácticas en cuanto se refiere a la captura y elaboración del aceite y la manteca, así como el destino comercial de tales productos.

Los Záparo, de acuerdo al testimonio del misionero, practicaban la cacería nocturna del reptil. En promedio, estima y règistra en su escrito, que cada individuo capturaba alrededor de cincuenta tortugas que, con un peso promedio de cuatro arrobas por cada presa, representaba aproximadamente 50 quintales de carne[38].

Lo que se obtenía de grasa de los animales capturados y de manteca de sus huevos era tal cantidad que los Záparo emprendían con estos productos viajes hasta el Pará donde por el trueque comercial establecido con tribus de diversa filiación étnica, obtenían a cambio de estos productos valiosas herramientas de hierro. Acaso las mismas puntas de flecha de metal de tanta utilidad para la captura diurna de las turtugas acuáticas.

Esta actividad extractiva fue generalizada entre las tribus de toda la cuenca. Al menos entre aquellas que mantenían contactos con los misioneros y se consideraban a sí mismas como cristianizadas; esto es, no-primitivas, al menos en el sentido del conocimiento del Kichwa, en cuanto lingua franca que sustituyó al Tukano y al Guaraní, y por el acceso a las redes de comercio de intercambio establecidas con las misiones y los colonos hispanos.

Las tribus no-cristianizadas, en cambio, se consideraba pertenecían a la categoría de los infieles y eran identificados como poblaciones de hombres bárbaros o salvajes en el nuevo orden; su número para el siglo xvii, antes de la expulsión de la orden misionera de los jesuitas era aún considerable.

Estas poblaciones, calificadas por los etnógrafos como marginales se mantenían fuera de las redes de comercio y tráfico auspiciadas por

37 Id., p. 40.

38 *"Los habitantes de aquella región los cazan de noche, tiempo en que a veces cada individuo se agarra hasta 50 de estas tortugas. El más grande pesa cuando menos cuatro arrobas, y éstos se comen; de su gordura se saca una manteca exquisita. Tambien los huevos son muy buenos para comer, y se extrae de su amarillo una manteca superior que llevan en cantidad al Gran Pará, por via del Marañón, para cambalachear con herramientas"*. Castrucci, Op. Cit., pp. 38-39.

los misioneros. Sus asentamientos precarios generalmente estaban alejados de los espacios ribereños y, por esta razón, en la medida en que no tuvieron acceso a la ruta de divagación de las charapas migratorias, es probable que se hayan mantenido alejados de los circuitos de producción y comercio del aceite y la manteca de charapa.

En todo caso, en tanto se trataba de un producto crucial para garantizar la sobrevivencia, las tribus marginales, si no practicaban la piratería o lo ataques sorpresivos a las aldeas fundadas por los misioneros, buscaban salida a las playas para colectar huevos y, en algunos casos, para capturar tortugas hembra, unos y otras para el sustento de sus efectivos poblacionales.

En cambio, en las aldeas o estaciones misioneras el recurso era abundante. No solamente a causa del abastecimiento que obtenían de las tribus leales de conversos sino también por cuanto utilizaron el método de los cercos de varas de chonta para capturar las tortugas y mantenerlas en cautiverio como reservas de carne.

Por esta consideración los puestos misioneros y las reducciones constituyen una clave importante para esclarecer el aspecto relativo a los criaderos de charapas como usos culturales tradicionales entre las tribus de la cuenca amazónica.

Los apreciables requerimientos de excedentes para abastecer las necesidades de la población no-productiva como lo eran las personas al servicio de los misioneros, los bogas, guías, chasquis, e incluso partidas armadas, viudas y huérfanos, exigieron el montaje de un sistema que replicara, a escala, los usos domésticos de las sociedades tribales.

Tal el caso precisamente de la elaboración de aceite y manteca; pero también de la conservación de individuos vivos de la especie con propósito de mantener una reserva de carne para ciertas épocas del año. Así, fue una práctica relativamente común a las estaciones misioneras el mantenimiento de verdaderos criaderos de algunos cientos de individuos de la especie, donde eran alimentados basicamente con hojas de mandi.

Al parecer, tal práctica no demandaba mayores cuidados a no ser el mantenimiento y control permanente de una valla que debía conservar su firmeza, pues cerca completamente una pequeña laguna artificial, por lo común ubicada en el centro del espacio así delimitado[39].

No pocos conflictos y guerras intertribales debió provocar el acceso a este recurso, sobre todo en las nuevas condiciones de reordenamiento

39 *"(En Sarayacu del Huallaga)...Con el propósito de subsanar las necesidades de los sirvientes de la iglesia así como de algunas viudas, se mantenían amplias plantaciones de plátano, arroz, maiz, yuca, batatas y caña de azúcar. Un criadero de tortugas donde setecientas u ochocientas son mantenidas con el propósito de abastecer de carne fresca a la misión a lo largo del año. Hechas cautivas en las playas del Ucayale se las conserva en cochas artificiales".* Marcoy, Op. Cit. Vol II, p. 135.



de los espacios tribales y étnicos provocados y, a veces, intencionadamente propiciados e impulsados por la obra misionera.

Según se ha planteado con anterioridad, los centros poblados o reducciones creados por los misioneros se convirtieron en ejes claves para el aparecimiento de una demanda de productos alimenticios provenientes de la selva y, a la vez, en puntos de abastecimiento a las sociedades tribales de los entornos de un conjunto de bienes manufacturados.

En tales condiciones, la competencia, si la hubo en el contexto tribal, por el acceso al recurso que representaba la charapa y sus huevos fue puesta en otros términos: en cierto sentido, un monopolio[40] ejercieron las misiones por cuanto las reducciones fueron estratégicamente ubicadas hacia las playas del Marañón y de sus afluentes más importantes; esto es, en las principales vías migratorias y de desove de la especie.

Una breve cita extraída de Marcoy nos permite entender que, en el nuevo contexto, las poblaciones de infieles y de grupos marginales a las reducciones, como el caso de los indios cimarrones o levantados no siempre tuvieron acceso a los grandes sistemas fluviales; antes, por el contrario, habitaron las zonas conocidas como interfluviales.

Los Cashivo, por ejemplo, pescaban y capturaban totugas durante la noche. Aún así, estas medidas de seguridad no impedían que las tribus de la aldea de Sacramento los persiguieran y cazaran, actos en los que encontraban motivos de gran diversión y satisfacción.

En la narración de Marcoy se dibuja un perfil de la situación dramática que debían pasar estas poblaciones para tener acceso al recurso de la charapa; más aún si sus persecutores eran precisamente los indios que gozaban de la protección de los misioneros, así como de las autoridades civiles y militares[41].

El abastecimiento de las misiones no se basaba unicamente en el comercio de intercambio establecido con las sociedades tribales del entorno, ni unicamente a partir de los criaderos de tortugas establecidos en las inmediaciones de las reducciones; en realidad, otro medio de acceso al recurso era la institución conocida como de los mitayos.

De acuerdo con las reglas de vida de las reducciones los indios que vivían en ellas debían prestar sus servicios, de manera rotativa y alterna para abastecer al convento en sus requerimientos de alimentos.

40 Este fue tambien el caso de la sal: los misioneros Franciscanos lograron un control estricto del acceso a las minas de tal manera que, los términos de acceso tradicionales fueron cambiados por una negociación con el poder de la misión establecida, para este propósito en Santa Rosa de Ocopa. NdA.

41 *"Escondidos en lo más profundo de la selva, temen durante el día las flechas de las tribus del Ucayale y las armas de fuego de los cristianizados de Posuzo; y es unicamente por la noche que se aventuran a salir los Cachibos para pescar en el Pachitea o para recolectar huevos de tortuga durante el estiaje... Las tribus de Sacramento que conocen estas costumbres de los Cachibo se divierten cazándolos en la época de la recolección de los huevos de tortuga en las playas del Pachitea...".* Marcoy, Id., p. 166.

Yumbos del Tena pescando. Vignal. Dibujo, Wiener. Grabados... p. 102.

Al parecer, la tortuga estaba disponible no sólo en las temporadas reproductivas cuando se producían las migraciones hacia las playas de los ríos, sino que se las podía encontrar en las lagunas y en los pequeños riachuelos a lo largo de todo el año.

En efecto, la pesca de la tortuga, al igual que la de los peces se la realizaba con flechas, en cuyo manejo eran particularmente diestros los Conibos. Este hecho permite comprender la importancia del recurso no sólo para la estación del estiaje sino a lo largo del año[42].

El consumo de los huevos de charapa fromaba parte de los usos culinarios de muchas de las tribus de la cuenca amazónica. Era, por así decirlo, un plato estacional muy apreciado del que se alimentaba toda la familia, al parecer sin ninguna restricción por causa de enfermedad o dieta especial.

Uno de los potajes preparados en base a los huevos de charapa era en una especie de colada preparada en base al plátano verde. Esta es la receta que registró Marcoy durante su estadía entre los Conibo, en el Alto Amazonas[43].

Algunas variantes encontró el autor entre las tribus de la reducción de Tierra Blanca. En este caso se trataba de una sopa de carne de tortuga cocida en pimiento picante. Este mismo poteje es conocido en otros sitios de la amazonía e identificado en lengua Kichwa como olla de ají o Uchumanga.

La charapa fue, sin duda, un recurso básico para las poblaciones del alto Amazonas. La abundancia de la especie, así como de sus huevos permitió un abastecimiento regular de las familias ribereñas.

De tal manera que, durante la estación del estiaje a la que asiste Marcoy, en las casas, familiares estaba disponible, entre otros productos, la charapa para fines de consumo e intercambio[44].

Un aspecto sorprendente de los usos culinarios de la charapa es la especialización tribal en el consumo de su carne y de sus huevos. Este hecho revela ciertos comportamientos culturales que pocas investigaciones etnográficas lo registran: la predilección de ciertas culturas por el consumo de determinadas especies, a pesar de la diversidad animal que se encuentra en los entornos.

Es el caso de los Conibo: éste *"...tiene predilección por el consumo de la carne de tortuga lo que le convierte en el más rudo exterminador de esta especie. Esencialmente quelonófago, se pasa horas enteras en la ribera de los ríos estudiando las costumbres de este reptil desde la época de la ovación hasta la de las migraciones..."*[45].

42 *"Acuden cada semana dos indios (mitayos) a buscar el sustento del padre, que traen cada día conforme lo hallan. Lo más ordinario es pescado y tortugas, por ser el principal mantenimiento de esta gente y hallarlo en su río y lagunas, Son diestrísimos en cazarlos con flechas, que las apuntan hacia el agua con admirable conocimiento de los peces y tortugas que andan debajo de ella para flecharlos y prenderlos...".* Jouanen, Op. Cit., T. I, p. 377.

43 *"...ellos cocinaban para nosotros, en un gran recipiente, un millar de huevos de tortuga, mezclados con plátano verde; éstos proporcionan un color violeta al potaje. Este caldo de huevos (chupé) pese a que podría ser pesado para el estómago, nos sentó maravillosamente bien. A partir de este momento no desperdiciamos ninguna oportunidad para abastecernos de huevos de tortuga, así como el resto de la población local, salvajes y civilizados".* Marcoy, Op. Cit. Vol II, p. 9.

44 *"...En las casas de los Conibos obteníamos cada día -a cambio de sedal, anzuelos y cascabeles- bananas, yuca y carne de tapir, mono y tortuga. Nuestros bogas pescaban y, durante la noche, no teníamos sino que buscar en las playas para obtener miles de huevos de tortuga...".* Id., p. 19.

45 Id., p. 38.

La existencia de redes comerciales de intercambio en la cuenca amazónica antes de la llegada de los hispanos es un hecho que permite deducir que el tipo de ordenamiento tribal[46] estaba sustentado, en ciertos aspectos sobre la eficacia de estas redes. Un ejemplo muy importante, a este respecto, constituye el caso del curare que es el veneno utilizado para la cacería con cerbatana o bodoquera.

En realidad, los estudios etnográficos plantean que pocas poblaciones conocieron el secreto de su fabricación, a pesar de que este tipo de arma fue ampliamente extendida entre las diversas tribus de la cuenca. De tal manera que éstas abastecieron a una vasta red de intercambios entre los que se contaban, sin duda, los textiles, adornos y esclavos.

Otro caso de gran interés constituye la sal. De hecho, un criterio de diferenciación entre las poblaciones de la amazonía que lo corroboró el cristianismo fue la utilización de la sal como ingrediente culinario.

Aquellos pueblos que la consumían ingresaban a una élite de prestigio cuyo sustento era o bien las expediciones guerreras hasta el Ucayale y el Huallaga que organizaban ciertas tribus o bien la capacidad de adquisición del producto e, incluso, de negociación con las redes interétnicas que controlaban tal recurso.

En el caso de la charapa, la presencia de la especie en todos los sistemas fluviales de importancia en la cuenca, aparentemente tornaba innecesario el intercambio. Este surgió con el nuevo orden misional debido a las exigencias de sostenimiento de las poblaciones sedentarizadas y del pequeño aparato administrativo, político y militar que constituía cada uno de los puestos misioneros o reducciones.

El comercio del caucho, implantado hacia finales del siglo xix, modificó radicalmente este ordenamiento creado por los misioneros: nuevas redes se constituyeron, aunque sobre las mismas bases pre-existentes de intercambio de productos de recolección - el más importante, el caucho - por bienes manufacturados.

Hasta cierto punto, según es posible apreciar, los misioneros habían logrado un óptimo nivel de eficacia puesto que elaboraban en sus propios talleres los bienes de contrapartida para el intercambio: esto es, basicamente artefactos metálicos, muy apreciados por su utilidad por las tribus circundantes[47].

Pero también se abastecían las misiones de charapas vivas que eran mantenidas en cautiverio en los corrales que para el efecto se levantaban en las inmediaciones del puesto misionero. El comercio de los animales en pié era tan lucrativo como el de sus derivados. Suponía

46 La existencia de naciones, tesis que proviene de los registros de los misioneros jesuitas fue al parecer un elemento referencial para comprender la lógica que seguían estas redes comerciales que llegaron incluso a establecer contactos con las poblaciones de los valles andinos. NdA.

47 *"La manteca y aceite así preparados por los Conibos es intercambiado con los misioneros que los usan con fines culinarios; los artículos que consiguen a cambio consisten en recipientes de cristal, cuchillos, anzuelos, flechas para tortugas fabricados de viejos clavos por los herreros de Sarayacu. Uno de estos clavos es afilado y amarrado a una flecha que los indios usan para harponear a las tortugas en la época en la que cruzan de un río a otro en grupos cerrados".* Marcoy, Op. Cit. Vol. II p. 41.

igualmente un esfuerzo apreciable debido a las dimensiones de los animales y a las dificultades obvias para transportarlos aún por la vía fluvial[48].

Si la temporada del estiaje, y por lo tanto la de reproducción de la especie correspondía a los meses de agosto y septiembre[49], para la zona de la desembocadura del Ucayale, aguas arriba por el Marañón, en el caso del río Napo y de su afluente el Aguarico, la época de la pesca de la tortuga es propicia en los meses de septiembre, octubre y noviembre[50].

El testimonio del viajero italiano confirma la información de que este recurso conformado por la carne y los huevos del reptil era particularmente abundante en toda la cuenca amazónica, al punto que recomienda extender su comercio hasta la ciudad capital donde se carece de abastecimiento regular de mantecas y aceites para uso culinario[51].

A pesar de que, en términos generales, la especie se encuentra distribuída por todos los sistemas fluviales de la cuenca, al parecer existen ciertos sitios que presentan condiciones particularmente adecuadas para las migraciones estacionales o para su permanencia durante el resto del año.

En el caso de la amazonía ecuatoriana, los reportes indican que los sitios de mayor concentración de la especie eran los ríos Napo y sus afluentes, el Aguarico y el Curaray[52]. De tal manera que fue en esta zona donde se concentró una apreciable población de diverso origen étnico sino, posteriormente, un importante centro de abastecimiento del producto para la ciudad de Iquitos[53].

La zona antes mencionada correspondía, en la parte situada hacia la orilla izquierda del Napo, al territorio atribuído a las tribus de los así llamados Encabellados, nombre con el que se conoció durante el período colonial a los miembros de las tribus Tukano hablantes que se extendían hacia el norte hasta el Putumayo y hacia el este hasta el reyno de los Omagua localizado hacia el Marañón desde la desembocadura del Napo hasta la del Putumayo.

Estas tribus mantenían un estatuto de prestigio en el contexto de la cuenca, al igual que las tribus Guaraníticas, cuya filiación es atribuída por algunos autores al mencionado dominio Omagua.

Por la orilla opuesta, el Napo estaba poblado por algunas tribus pertenecientes a la denominada Nación Zápara que extendía su territorio hacia el Curaray, afluente del Napo, el Alto Tigre y el Pastaza.

48 *"Antes de la masacre, los Conibos seleccionan docientas o trecientas tortugas que se destinan para su subsistencia y para el comercio con las misiones."*. Id., p. 39.

49 En el caso del alto Amazonas, *"El temprano o tardío crecimiento o decremento de las aguas del Ucayale-Amazonas y de sus grandes afluentes... depende de su cercanía a los deshielos de los Andes. Esta diferencia p0uede variar de quince días a un mes. Depende de este movimiento estacional la migración de las tortugas para depositar sus huevos en las playas, y por supuesto, de las migraciones de los indios recolectores que habitan en las orillas de estos ríos"*. Id., Vol. II, p. 9-10.

50 Osculati, Op. Cit. p. 200.

51 Ibidem.

52 *"Siendo ésta la estación en la que la tortuga desova, en practicamente todas las playas encontramos abundantes reservas de alimento para bajar por el Aguarico (hasta Francisco Playa). Cerca de la bocana, en el Napo, una buena cantidad de tortugas fueron capturadas para su venta en Iquitos donde se la consume en grandes cantidades"*. Simson, Op. Cit., p. 204.

53 *"Al llegar cerca del Nogino (o río de los Oas), desapareció la plaga de mosquitos, y por lo manso de la corriente, la navegación río arriba se les hizo muy apacible. Los arenales de las márgenes abundaban en tortugas grandes y pequeñas que les poporcionaban alimento con sus carnes y huevos"*. Jouanen, Op. Cit., T I., p. 445.


COMANDANCIA GENERAL
(PRESIDENCIA)
Guayaquil
Cuenca
Loja
Jaén
Zamora
Chinchipe
Tumbes
Piura
Trujillo
Chiclayo
Lambayeque
Cajamarca
Pacasmayo
Chachapoyas
Moyobamba
Tarapoto
Jaén de Bracamoros
Omaguas
Yurimaguas
Iquitos
Nauta
Tabatinga
Loreto
Maynas
Tefe
Ega
Caquetá
Japurá
Negro
Solimões
Amazonas
Marañon
Huallaga
Ucayali
Pachitea
Huancabamba
Huamachuco
Huaraz
Huascarán
Chimbote
Santa
Huarmey
Pativilca
Supe
Barranca
Chancay
Huacho
LIMA
Cañete
Chincha
Pisco
Ica
Nazca
Huancavelica
Ayacucho
Huanta
Andahuaylas
Abancay
Cuzco
Urubamba
Paucartambo
Tarma
Jauja
Huancayo
Tocache
Ichiza
Moyobamba
Chachapoyas
Pampas
Mantaro
Apurimac
Ene
Perene
Pangoa
Sapposoa
Saramiriza
Pachiza
Huamachuco
Huaraz
Huascarán
Chimbote
Santa
Huarmey
Pativilca
Supe
Barranca
Chancay
Huacho

Enclavada en el medio de estas dos grandes Naciones Tribales se encontraban las tribus de los Avijiras, de filiación Zápara, que ocupaban los territorios comprendidos entre el Napo, el Yasuní y el Bajo Curaray.

Se trataba de una zona fronteriza interétnica en la que los conflictos eran reiterados, sobre todo contra las tribus de los Avijiras quienes llegaron a mantener un estado de guerra en el que se aliaron los Encabellados.

Las tribus de los Encabellados eran, al parecer, las que mantenían el dominio sobre esta zona y, por lo tanto, ejercían un cierto control sobre el recurso de la charapa, de manera similar a los Conibos, de acuerdo con el reporte de Marcoy.

En efecto, diversas fuentes atribuyen a los Encabellados, y de manera explícita, a los Acuterë, tribu de esa filiación el desenvolvimiento de actividades vinculadas a la pesca de la tortuga y la recolección de sus huevos.

En realidad los dichos Acuterë eran, por así decirlo, el brazo armado de las alianzas tribales de los Encabellados; por esta razón se encontraban asentados hacia las áreas de frontera y conflicto interétnico, así como eran los encargados de la actividad de pesca de la tortuga y recolección de los huevos que, sin duda, eran recursos disputados en la zona, a juzgar por la comparación hecha con el caso de los Conibos, en el Huallaga.

Debido a estas características, los Acuterë fueron considerados como guerreros feroces; incluso se les atribuyó, al igual que en el caso de la tribu de los Gayas, costumbres antropófagas, razones por las cuales eran temidos en la zona.

Las incursiones de los Acuterë no se limitaron a las riberas del Aguarico y el Napo; su presencia se registra por igual para la bocana del Curaray, por el Napo, aguas abajo, lo que significa que el radio de acción de esta tribu era bastante amplio cuando se tataba de la pesca de la tortuga y la recolección de sus huevos[54].

Una de las referencias de interés recopiladas el siglo pasado con relación a la presencia cultural de la charapa en la zona constituye la del geógrafo Manuel Villavicencio: en efecto, para mediados del siglo pasado, describe una situación de intenso comercio en la zona que involucraba el intercambio de productos manufacturados, principalmente herramientas de hierro y textiles, por productos provenientes de la explotación de los recursos de la zona, principalmente, zarzaparrilla y hamacas.

54 *"Se reconoce el Curasabelo (o pequeño Curaray) por tener en el medio una isla en cuya punta pude observar dos árboles corpulentos de caoba y cedro de cuyo ramaje pendía una prodigioso número de nidos de oropéndolas (Turdus amiantus) ... Siendo frecuentada la zona por los Acuterë que suelen venir y construir una cabaña para la recolección de los huevos de charapa...".* Osculati, Op. Cit., p. 193.

Seguidamente, describe dos tipos de actividades productivas entre las poblaciones Tukano hablantes: por una parte, la agricultura; y por otra, la caza de la tortuga y la vaca marina.

Osculati, quien tuvo la oportunidad de recorrer junto con Villavicencio la zona, confirma la información que éste proporciona en relación con la presencia dominante de las tribus de los Encabellados respecto de la especie: en efecto, luego de un encuentro casual en el Aguarico con esta gente: *"... Eran de la tribu de los Santamarías, que poblaban las tierras de esta zona y venían, como es ya su costumbre, a acampar en la ribera del Napo durante la época en la que la tortuga desova para aprovisionarse de carne, huevos y trabajar el aceite"*[55].

Para la época, esta zona se había convertido en un importante centro de operaciones de las redes comerciales que operaron vinculadas a la extracción del caucho: el viajero italiano Osculati registra el hecho de que grupos de indios Iquitos, cuyo territorio se ubica hacia el bajo Tigre, el Nanay y la bocana del Napo, hayan remontado este último río para fines de explotación de productos de gran demanda en el mercado de Iquitos; la fama de los Acuterë fue tal que incluso las tribus del Marañón no se atrevían a incursionar en sus dominios.

Un grupo de indios Iquitos remontaban el Curaray para recolectar zarzaparrila al mando de dos mestizos de Brasil *"... Estos me comunicaron que debía tener cuidado en el resto del trayecto de navegación hasta la bocana del Napo en el Marañón puesto que podían atacar los Acuterë que se encontraban por estas playas para la temporada de la pesca de tortuga y recolección de sus huevos"*[56].

A medida que se ampliaron las redes comerciales de los caucheros, esta situación cambió radicalmente para los años siguientes a los que registran estas crónicas: las referencias históricas disponibles permiten deducir que las actividades más intensas se desplegaron en el rio Putumayo, en tanto que en las riberas del Napo y su tributario, el Curaray se instalaron numerosas propiedades hacendatarias.

Estas haciendas, además de explotar la balata en los bosques, se dedicaron a la producción agropecuaria. Mantenían cultivos de arroz en tanto que otras combinaban esta actividad con la crianza de ganado vacuno, productos de alta demanda en Iquitos.

Inevitablemente generaron entre las poblaciones nativas lazos de endeudamiento o concertaje. Es decir, buena parte de la población tribal fue peonizada por estas haciendas mediante la entrega de productos manufacturados o pagos monetarios otorgados por cuenta

55 Id., p. 180.
56 Id., p. 189.

de la recolección de balata, el trabajo agrícola y, en ciertos casos, de transporte por el Napo hasta Iquitos.

Aunque en la literatura disponible para esta época se encuentra alguna información relativa al comercio del caucho, poca importancia se ha prestado a los aspectos relativos a la explotación de otros productos tales como las pieles y cueros de especies animales e, incluso, la cacería a gran escala de algunas de éstas, como es el caso de la charapa.

La tradición histórica recopilada en la investigación recoge narraciones en las que se registra la presencia de comerciantes dedicados a la cacería de la charapa y la recolección de sus huevos para fines de comercio en Iquitos.

Los testimonios registrados hablan de un personaje, un comerciante colombiano de apellido Londoño, quien operaba en el Aguarico con cuadrillas de nativos encargados de la cacería y recolección de huevos. Respecto de este personaje se conoce que estuvo dedicadò al comercio de la charapa y sus derivados en la zona del Aguarico y del Napo.

Sin embargo, cuando se produjo la declinación tanto del comercio del caucho como de estos productos, Londoño, al igual que otros comerciantes, se dedicaron al tráfico de esclavos que se generalizó hacia el conjunto de la cuenca, hacia los años 30 del siglo presente.

Londoño trabajaba con peones que había obtenido por compra de sus deudas a un tal Banegas que lavaba oro en el Napo. A su vez, éste los había negociado con Daniel Peñafiel que los había llevado a su hacienda en el Napo desde sus asentamientos en Avila, Loreto, Concepción y Cotapino[57].

Aunque no se ha podido establecer con precisión los años en que ocurrieron tales hechos, es probable que sea después de haberse dedicado al comercio de la charapa y sus derivados. En efecto, la tradición oral permite establecer que Londoño eran el dueño de una empresa dedicada a la pesca de la tortuga charapa y a la recolección de sus huevos. Los métodos no difieren substancialmente de aquellos que Marcoy describe para el caso de los Conibos.

En este caso se trataba, según es posible suponer, de operaciones realizadas a gran escala: las tortugas eran amarradas a grandes balsas mediante cuerdas que eran fijadas a los carapachos perforados y a los mástiles de estas embarcaciones, en tanto que de los huevos se extraía la manteca, según el procedimiento descrito para el caso de los Conibos, y el producto final era embalado en grandes toneles y conservado con sal.

57 *"La única evidencia que he encontrado de migración forzada de esta zona durante el período cauchero... (son) ...declaraciones verbales de antiguos colonos del Putumayo, quienes aseveran que el millar de indígenas que viven actualmente en el río San Miguel serían descendientes de más de cien familias llevadas a esa zona desde Tena como esclavos tatuados con una cruz, por un tal Sr. Londoño, originario de Puerto Asís, en Colombia".* Muratorio, Op. Cit., p. 143. Continúa la cita: *"...Narrando la historia de la gente del río San Miguel, un indígena de la zona afirma que todos los padres de los que allí viven vinieron de las cabeceras del Napo, de Avila, Loreto, Concepción y Cotapino. Fueron sacados de esos pueblos junto con 25 familias traídas de Archidona por un patrón ecuatoriano, Daniel Peñafiel para extraer caucho que éste vendía en Iquitos. Luego de más de diez años de trabajar en esta forma, el colombiano Londoño compró las deudas de estos indígenas a otro patrón Banegas para el cual lavaban oro, después de la muerte de Peñafiel".*

Sunos en la captura de chalapas. Vignal. Dibujo, Wiener, Grabados... *p. 121.*



Aunque los testimonios logrados no son muy precisos en cuanto a la intensidad de estas actividades y a su duración, cabe suponer que la empresa se mantuvo entre los años 1900 y 1927, etapa de duración del denominado boom cauchero y aún más adelante[58].

En otro testimonio, se habla de numerosas balsas acondicionadas para la transportación de las charapas vivas; los huevos, en cambio, eran guardados en toneles para soportar viajes a larga distancia. Las balsas así acondicionadas emprendían la larga travesía hasta Iquitos, lo que da una idea aproximada de las dimensiones de esta empresa.

En la medida en que no es un recurso disponible a lo largo de un año, es posible deducir que se trataba de una actividad cíclica, concentrada en la época de migración y desove de la especie en la cuenca del Napo, especialmente en las subcuencas del Aguarico y Curaray.

Las referencias disponibles sobre la Podocnemis expansa para la región amazónica son algo diferentes de aquellas que hemos registrado para el Alto Amazonas, en base a los testimonios de viajeros y misioneros, sobre todo para el siglo xix.

Si la temporada del estiaje, y por lo tanto la de reproducción de la especie correspondía a los meses de agosto y septiembre[59] para la zona de la desembocadura del Ucayale, aguas arriba por el Marañón, en el caso del río Napo y de su afluente el Aguarico, *"La época de la pesca de la tortuga es en los meses de septiembre, octubre y noviembre"*[60].

El testimonio del viajero italiano confirma la información de que este recurso conformado por la carne y los huevos del reptil era particularmente abundante en toda la cuenca amazónica, al punto que recomienda extender su comercio hasta la ciudad capital donde se carece de abastecimiento regular de mantecas y aceites para uso culinario[61].

A pesar de que, en términos generales, la especie se encuentra distribuída por todos los sistemas fluviales de la cuenca, al parecer existen ciertos sitios que presentan condiciones particularmente adecuadas para las migraciones estacionales o para su permanencia durante el resto del año.

En el caso de la amazonía ecuatoriana, los reportes indican que los sitios de mayor concentración de la especie eran los ríos Napo y sus afluentes, el Aguarico y el Curaray. Fue en este vasto espacio que se concentró una apreciable población de diverso origen étnico y fue escenario, posteriormente, de operaciones a escala lo que lo convirtió

58 *"Cuando yo tenía ocho años, (en la actualidad tiene unos 38-40 años) había bastante charapa. En eso vino un transportador de las charapas. Se llamaba Londoño y era de Colombia. El vino, cercó toda la salida de la bocana del Cuyabeno, puso un cerco en el río; entonces las charapas subían a la tierra y eran atrapadas; cogía hasta 500 que eran vendidas en Colombia y Perú. Ahí se fueron acabando, acabando las charapas. Hizo bastantes viajes; llevaba unas diez canoas muy grandes y de gran capacidad de carga (casi metro y medio de alto por quince de largo): en las diez canoas embarcaba las 500 charapas".* Relato de Venancio Criollo, Comuna Simón Bolívar, Cuyabeno, 1993.

59 En el caso del Alto Amazonas, *"El temprano o tardío crecimiento o decremento de las aguas del Ucayale-Amazonas y de sus grandes afluentes... depende de su cercanía a los deshielos de los Andes. Esta diferencia puede variar de quince días a un mes. Depende de este movimiento estacional la migración de las tortugas para depositar sus huevos en las playas, y por supuesto, de las migraciones de los indios recolectores que habitan en las orillas de estos ríos"* Marcoy, Op. Cit., Vol. II, p. 9-10.

60 Osculati, Op. Cit. p. 200.

61 Ibidem.

en un importante centro de abastecimiento del producto para la ciudad de Iquitos[62].

Otro recurso fue particularmente notable en este escenario conformado por los tributarios del Napo. Se trata de los peces. Impresionante es la diversidad de especies, algunas de ellas comunes en el gran complejo fluvial del Amazonas.

Impresiona más la capacidad de reproducción en el espacio acuático conformado además de los ríos por las lagunas y las zonas pantanosas. Este es el escenario en el que se mueven o permanecen estacionarias más de cuatrocientas especies de las cuales hemos logrado el registro de ciento cincuenta.

Al igual que la Charapa, la ictiofauna suele depender, en la mayoría de especies, de los ciclos climáticos que, en el caso de la cuenca amazónica reconoce dos estaciones diferenciadas. El invierno y el estiaje. La diferencia entre una y otra radica en el volumen e intensidad de precipitaciones lluviosas lo que incide en los ciclos de crecentadas y reducciones del caudal de los ríos.

Otro factor, según se ha explicado, es la variación de las estaciones lluviosas en los contrafuertes de la cordillera andina e incluso en los valles donde se originan algunos de los ríos que tributan al sistema del Amazonas.

En suma, la fauna acuática se encuentra sujeta a estas variaciones cíclicas que, en cierto sentido, son congruentes con los ciclos biológicos que suelen expresarse en las migraciones de corta y larga distancias.

Es posible que esta concentración de especies acuáticas en el Curaray y sus tributarios haya sido la causa para que las tribus Záparas se encuentren asentadas en sus riberas. De tal manera que, en el tiempo de las misiones de los jesuitas, el Curaray fue conocido como el río de los Záparo en tanto que éstos lo conocían como el río de los peces.

En la actualidad es un espacio de encuentro entre los Huaorani que controlan la ribera izquierda y las comunidades Kichwa que se encuentran en la contraria. Esta fue, al parecer, la situación que caracterizó a la época posterior al despoblamiento provocado por la desaparición de los Záparo y la caída del comercio cauchero.

Aprovechan intensamente el recurso ictiofaunístico las comunidades Kichwa. En gran medida, a diferencia de otros asentamientos, éstos

62 *"Siendo ésta la estación en la que la tortuga desova, en practicamente todas las playas encontramos abundantes reservas de alimento para bajar por el Aguarico (hasta Francisco Playa). Cerca de la bocana, en el Napo, una buena cantidad de tortugas fueron capturadas para su venta en Iquitos donde se la consume en grandes cantidades".* Markham, Clements, Op. Cit. p. 204.

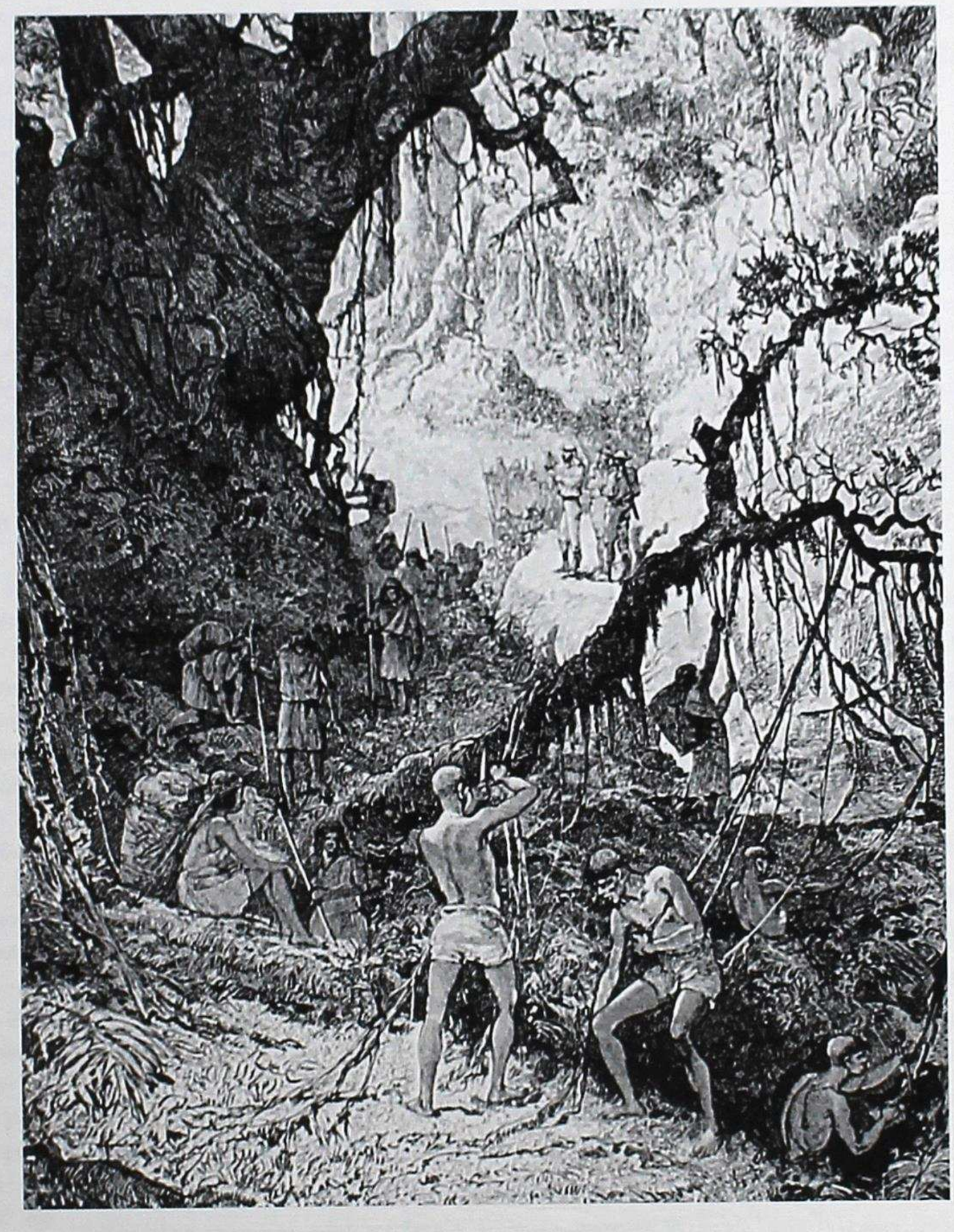
tienen como actividad de trascendencia económica la pesca que llega a cubrir la demanda de centros poblados de la provincia de Pastaza.

En la subcuenca del Curaray, en una primera aproximación se registra cuarenta especies de peces. Estas, tomando como referencia sus hábitos migratorios se distinguen: en primer término, las migratorias que comprende dieciocho especies. En cambio, las no migratorias son más numerosas. Comprende al menos veinteidós especies.

Fue en este escenario que transcurrió un período crucial para las tribus Záparas. El desmantelamiento de las redes organizadas en torno a las fundaciones misioneras por los jesuitas y el mantenimiento del protagonismo en el alto Marañón puso a esta lengua en trance de convertirse nuevamente en un factor de hegemonía para ese contexto.

Tercera Parte

Haciendas y sus dominios



Entrampamientos y conspiraciones

Campamento en el bosque Vignal. Dibujo, Wiener. En <u>*Grabados...*</u> *p. 93.*

PEONAZGOS Y HACENDADOS

"De la Segunda tigres mui feroses Pardos.
Dantas (Tapirus americanus),
que llaman Baca del monte (Sacha-vaca) los Indios.
La extatura del cuerpo, y la caveza tiene bastante semejanza
a una Yegua, ó a un Cauallo..."[1].

Cuando en 1827 fue nombrado cura de Canelos Pablo Sevilla, dominico, momentos críticos se vivía en las misiones, puesto que estaba aún fresco el recuerdo de las trágicas muertes del cura de Archidona y del Gobernador del Napo a manos de los Záparo, que pocos años antes se habían levantado con ánimo de liquidar el poder hasta entonces constituido.

Diversos episodios relacionados con la explotación aurífera en el Napo habían desencadenado la reacción violenta por parte de las tribus que eran obligadas o bien a pagar tributación o a trabajos forzados. Los tributos, de acuerdo con los testimonios de un viajero, llegaban a doce pesos anuales, equivalentes entonces a seis castellanos de oro.

Al mismo tiempo, por parte de los mismos actores funcionaba el dispositivo para generar peones. Algunos bienes eran distribuídos a los indígenas que, a causa de los precios exhorbitantes, no podían pagarlos convirtiéndose así en peones o conciertos en virtud de esa deuda impaga.

El pago de esta deuda se exigía en polvo de oro, tabaco, pita y todo cuanto se le podía ocurrir al acreedor. Los indígenas, lejos de disminuir sus deudas y librarse del peonaje, incurrían en nuevas deudas por ser obligados a tomar, por la fuerza, los bienes importados. Aparte de estos mecanismos, las autoridades administrativas y eclesiásticas recurrían por igual a explotar a los indígenas para someterlos a trabajos forzados de las parroquias y de la gobernación. Precisamente el levantamiento relatado tuvo como propósito el asesinato del gobernador y el párroco[2].

1 Don Manuel Mariano Echeverría...Op. Cit., p. 59.

2 *"Deplorable es el estado actual de esta provincia el que debe atribuirse al oprobioso comercio que en el pasado ejercieron algunos aventureros, gobernadores y misioneros, todos dedicados a la explotación del oro por su cuenta. Ilimitada era su autoridad; el capricho administraba la justicia y todos los medios fueron utilizados para asegurarse el fruto de su fatiga. Los impuestos eran exhorbitantes; se exigía doce pesos, o sea seis castellanos de oro como tributo, y a la fuerza, a título de cambio, les era repartido a la vuelta de una año a precios exagerados varios efectos de bajo valor, como tela de tocuyo y vidrios coloreados, exigiendo en pago oro en polvo, tabaco y todo cuanto creían conveniente, castigando severamente a los que no se sometían a su mandato. Aseguraban ellos que, con escándalo general, eran obligados a trabajar para el gobernador y párroco. No pudiendo soportar más esta onerosa carga, se sublevaron y asesinaron al párroco y al gobernador Torres. Pocas ventajas trajo este suceso para el cantón pues muchos de los indios se retiraron hacia los bosques y otros emigraron remontándose hacia el Ansupi y al Napo y los pocos que quedaron se convirtieron en seres insociables, insubordinados y ladrones".* Osculatti, Op. Cit., pp. 101-102.

En este entramado de expoliaciones y de generación de controles sobre las poblaciones indígenas reacias a admitir el sometimiento que les era impuesto surgió en el contexto amazónico el sistema de producción hacendatario.

A pesar de que el clima de rebelión persistió entre algunas tribus de los Záparo, para comienzos del siglo xix, la misión de Canelos había extendido, de manera notoria, su ámbito misional. Para entonces asistía a las poblaciones de Lliquino, tributario del Villano; de Pinduc, cerca del Puyo; de Pinducyacu hacia las cabeceras del Tigre y, además, a la reducción de Arapicos hacia la margen derecha del Pastaza.

Bajo la tutela de Leandro Fierro, la misión pudo inclusive iniciar su obra en la cuenca del Pastaza donde se encontraban las tribus de los Andoas, Pinche y Jevero. Pocos años después, sin embargo, para 1844, nuevamente la rebelión de los indios, esta vez de Canelos, desorganizó las fundaciones de la Misión.

Un perfil aproximado de la composición étnica de la subcuenca del Curaray, la cuenca del Tigre y la del Pastaza permite deducir que las poblaciones tribales que habitaban en estos espacios eran relativamente numerosas y, sobre todo, se mantenían al margen tanto de las redes misioneras cuanto de las vinculadas al comercio y a las nacientes haciendas.

En total se registró una población de cuatro mil ochocientos setenta y tres habitantes[3], según las anotaciones de los misioneros para mediados del siglo xix. De éste total minuciosamente registrado, unos trecientos se consideraban que estaban remontados y se mantenían fuera de la órbita de influencia de las fundaciones misioneras.

Posiblemente se trataba de las tribus denominadas de cimarrones o aquellas que pasaron a formar parte de las cuadrillas de piratas, conocidos como Gualpayos, que asolaban las riberas del Pastaza.

O se trataba de poblaciones tribales que habían optado por mudar sus antiguos asentamientos a causa de las epidemias que asolaban las aldeas de las misiones y que siempre fueron una amenaza para su integridad.

De todas maneras, en el escenario local previo al surgimiento del sistema de haciendas las estadísticas de las misiones describían un escenario caracterizado por una dominancia casi absoluta de las poblaciones tribales. En la subcuenca del Bobonaza, en los asentamientos de Canelos, Pacayacu y Sarayacu se contabilizaban mil trescientos cuarenta y cinco habitantes.

3 Magalli, Op. Cit., p. 31.

Se ignora su filiación étnica. Posiblemente de gente Gayas. Pues éstas fueron las tribus halladas por los jesuitas en estos sitios en estado de guerra contra las tribus de los Oas y Coronado. En todo caso, la cercanía de Andoas habría introducido para entonces la lengua Kichwa entre los más lejanos ascendientes de las actuales poblaciones de esta subcuenca.

Aunque, en realidad, en el registro que se cita se diferenció los datos referidos a la gente de las tribus Záparas. Estas sumaban mil novecientos cuarenta y tres efectivos. Los Záparo en el recuento demográfico, para mediados de siglo, en los umbrales de la era del caucho en la cuenca amazónica, todavía era posible identificarlos de acuerdo con su procedencia. No ciertamente tribal. Por lo menos del río al que decían pertenecer.

Así, registrados como andoanos[4] y llevados como peones forzados al río Tigre por los comerciantes, se contabilizaron doscientos cuarenta hombres. También con la identificación de antiguos Guamboya y Gayas se registraron quinientos efectivos.

Posiblemente originarios del Curaray. Pues para esa época era ya conocido como rio de las tribus Záparo. Incluso, tiempo atrás, desde las primeras incursiones de los misioneros en el siglo xvi. Posteriormente, fue identificado como el sitio de los asentamientos de las tribus denominadas de los Gayas.

Estos fueron temidos por su espíritu de ferocidad en los combates y, se les reconoció como poseedores del prestigio de caníbales. En ciertas tradiciones eran considerados como el brazo armado de las tribus de esa filiación. Los vínculos con los Guamboya, posiblemente de filiación lingüística y étnica Jíbara ciertamente parecen remontarse a la época de las misiones de los jesuitas.

Otras tribus Záparas fueron registradas en las cabeceras del Conambo, alto Tigre, con veinte habitantes; en los sitios conocidos como Conambo y Yanarumi, treinta; en Semarutuco, cincuenta y tres; y en las quebradas del río Tigre, ochocientos.

Además, se menciona en el informe a los Záparos del Corrientes. Aunque lo más probable es que no hayan sido gente Zápara sino los Shiviar que en la actualidad habitan todo lo largo de este río y su pasado más remoto se remonta a los Mayna Shuar o Maynas; y posiblemente a los Roamaynas, citados en varios informes de los misioneros jesuitas.

En lo que se refiere a la cuenca del Pastaza, se cita los asentamientos de la desembocadura del Copataza. Posiblemente gente Achuar que

4 En la actualidad fue posible establecer que los Záparo del Conambo reconocen una variante lingüística y tribal conocida por este origen. NdA.

sumaba los ochenta y tres habitantes. En el curso del Capahuari, igualmente gente Achuar, sesenta y dos efectivos.

Las tribus Shuar, comprendidas también al interior del espacio delimitado para las misiones dominicanas, figuraban en las cabeceras y llanuras del Huasaga con docientos ochenta habitantes. En otros tributarios, cuatrocientos, incluídos los del río Machari y del lago Rimachuma.

En cambio hacia las cabeceras del Villano, Witucyacu, afluente del Pastaza fueron registrados trescientos cincuenta habitantes. Posiblemente de filiación Murato. Pues a estos años se refieren algunos testimonios que mencionan la existencia de este asentamiento.

Estas poblaciones mantenían aún ciertos perfiles del tiempo de las misiones de Maynas. Entre la salida de los misioneros hasta su retorno durante el gobierno de García Moreno habían transcurrido setenta años. Es preciso reconocer que ciertos cambios radicales habían resultado de los levantamientos de los indios antes mencionados.

Precisamente para 1844 ocurrió, según se ha dicho el levantamiento de los Canelos; de manera que habían transcurrido venticinco años hasta que los jesuitas que habían regresado al país en 1862, retornaron a las misiones de Napo, en el año 1869, buscando la restitución de los perfiles de las fundaciones vigentes en el tiempo de su expulsión en 1769.

Para esta época, los misioneros denunciaban ya los abusos cometidos por los blancos, hacendados, en contra de las poblaciones indígenas. Las haciendas se habían extendido por la cuenca del Napo. Los jesuitas atendían a los pueblos de Archidona, Tena, Puerto Napo, Ahuano, Santa Rosa, Suno, La Coca, San Juan, La Concepción, Loreto, Payamino, Avila, San José del Sumaco y Curaray. También a las de Canelos y Sarayacu de la cuenca del Bobonaza.

Las aldeas que mayor prosperidad habían alcanzado en este nuevo episodio protagonizado por los misioneros jesuitas fueron, en este orden, las de Archidona, Loreto, Tena, Santa Rosa - puerto sobre el Napo -; San Pedro del Aguarico y San Javier del Curaray[5].

Algunas de estas aldeas, debido a la creciente inmigración de colonos, habían adoptado un ordenamiento que replicaba, aunque en otra escala jerárquica, las exclusiones y entrelazamientos sociales que dominaban en el espacio colonial. Los indios ocupaban un lugar destacado, aunque visiblemente separado del espacio de los mestizos.

5 *"Ocupábanse los misioneros jesuitas en la catequización de los indígenas a lo largo del río Napo, en el Aguarico y el Curaray, haciendo excursiones misionales periódicamente en tanto que otros religiosos atendían de fijo a los pueblos ya formados, con iglesia y escuela en Archidona, donde residía el Gobernador de la Provincia de Oriente; en Loreto de Quijos, residencia del Jefe Político del Cantón Napo; en Tena, en Santa Rosa del Napo, en San Pedro del Aguarico, en San Javier del Curaray...".* García, Op. Cit., p. 268.



La Presidencia de Quito y Cédula Eclesial de 1802. Morales, Op. Cit. Tabs. 50-51.

A su vez, los espacios destinados a las viviendas de los indios estaban divididos en barrios que, para fines ceremoniales y organizativos representaban ya los perfiles de lo que en el futuro iban a ser las divisiones rituales de los asentamientos locales o comunidades.

A los ojos de un viajero, las divisiones por barrios eran jerárquicas y consistían en una primera denominada Janai o de la parte alta; otra, conocida como Urcu o de la parte de la montaña; y una tercera llamada de los verdaderos o de la parte baja.

Estas jerarquías eran excluyentes entre sí y en relación a los barrios ocupados por los mestizos. Se ponía de manifiesto esta exclusión en las circunstancias ceremoniales y festivas así como en actividades como la cacería y la pesca.

Los habitantes de las aldeas tenían por costumbre el mantener a cierta distancia, estimada en una o más jornadas de camino, sus cotos o fincas que destinaban exclusivamente para la caza y la pesca. Estos tambos, ahora conocidos como purinas eran, para la época, el espacio mayormente habitado a lo largo del año y no las aldeas[6].

El Napo era, para la época, un río que soportaba un intenso tráfico fluvial. Aunque las recientes rebeliones de los Záparo y de los Canelos así como los contínuos asaltos que protagonizaban las tribus de los Encabellado contra los viajeros que se aventuraban a bajar hacia el Amazonas habían convertido a esta ruta en un sitio de peligroso tráfico.

Al mismo tiempo era un río dotado de un inmenso atractivo, especialmente para los viajeros europeos que buscaban enriquecer sus registros florísticos, faunísticos y etnográficos como parte de la construcción del imaginario secular o del prestigio de los estados nacionales.

Las relaciones con la centralidad política representada por la ciudad de Quito como capital del recientemente fundado estado nacional se habían incrementado de manera apreciable. Hasta el punto que la presencia de los habitantes de las provincias amazónicas formaba parte del entramado jerárquico de la sociedad citadina.

Enteramente perceptible para los viajeros europeos, la visión de la sociedad jerárquica aparece dominante en las escenas cotidianas. Una, destacada, es la que correspondía a los mercados o plazas, puntos cruciales donde solían producirse los encuentros de las diferentes jerarquías o castas sociales.

6 *"La aldea (Archidona) se encuentra dividida en tres partes: los que tienen sus cabañas hacia el norte son llamados Janai, o de la parte alta; los que habitan hacia el este se llaman Urcu, o de la parte de la montaña y del río Hollín; y los del oeste, Verdaderos, o de la parte baja. Estos tres barrios o partidos se encuentran divididos a su vez del mestizaje, conservándose entre ellos una especie de jerarquía, y siendo muy raro encontrarlos reunidos aún en el caso de una fiesta o en ocasión de la caza o pesca.. Se observa pocas plantaciones en la vecindad de las casas puesto que no pasan en la aldea sino pocos meses del año. Pasan la mayor parte del tiempo en sus Tambos que se encuentran a tres o cuatro días de distancia, y distantes uno del otro en más de una legua, de manera que no pudimos visitar a tres familias en un día. Otros tienen otro Tambo aún más lejos en el bosque a donde van a cazar".* Osculatti, Op. Cit., p. 102.

Una de éstas jerarquías, acaso la que ocupaba un lugar principal en la plaza, estaba conformada por los indios. Se presentaban quienes pertenecían a esta casta como vinculados a distintos oficios u ocupaciones relacionados a la dinámica de la ciudad.

Aguateros, vendedores de pondos y ollas de cerámica se confundían con los abastecedores de leña de hojas de ágave, vendedores de candela, carniceros, leñadores y hieleros. Estos traían su mercancía desde los glaciares del Pichincha.

Estos eran, entre otros, los personajes que concurrían a los mercados quiteños[7] entre los que se contaban además los indios afuereños. Los de Otavalo que se dedicaban a la venta de pacas de hierba para los caballos.

Y los Yumbos. Estos ocupaban lugar destacado: *"En otra esquina había un grupo de indios Yumbos y Colorados semidesnudos, pintados de rojo, adornados con penachos de plumas, recién llegados desde sus bosques, para vender sus productos, o cambiarlos con otros de su necesidad..."* [8].

El comercio con los Yumbos orientales comprendía varias formas de relacionamiento con la capital Quito. El oro era un rubro importante. El nuevo ordenamiento económico republicano trajo como consecuencia la adopción del régimen monetario. Se emitía monedas de oro acuñadas en la Casa de la Moneda fundada en 1831, aunque todavía circulaba como moneda corriente el peso acuñado en Nueva Granada.

Cuatro centros mineros aportaban con el oro requerido para el funcionamiento del sistema de intercambios monetarizado. En primer lugar el Chocó colombiano; en segundo término, Esmeraldas; luego Loja; y finalmente, Napo[9].

En los ríos amazónicos el oro no se lo explotaba ni en la extensión ni con los sistemas utilizados durante la era colonial. Se trataba únicamente de placeres que lavaban el oro de aluvión de los ríos que formaban el alto Napo y el alto Pastaza. Estos lavaderos estaban bajo la jurisdicción de los cantones Quijos y Canelos[10].

La producción aurífera tenía, por así decirlo, su contraparte en la producción textilera. Las telas de lana, llamadas Tocuyo, eran producidas exclusivamente para abastecer la demanda entre los Yumbos orientales, los Quijos y Canelos, y los occidentales, los Colorados[11].

En este arreglo comercial los mestizos asentados en las aldeas de la zona mencionada desempeñaban el rol de intermediarios. Eran los encargados de recaudar el oro entre las poblaciones indias y, al mismo

7 *"Sobre la plaza se encuentran indios aguateros ocupados en llenar sus odres que luego cargan de manera singular, y más allá los vendedores de pondos y ollas. Un paso más allá, viene gritando un vendedor de chaguarquero (leño de ágave), vendedores de candela, las carniseras o vendedoras de carne: otras mujeres que llevaban al mercado enormes fardos de leña..., infinidad de neveros portadores de nieve llegados desde el cercano volcán Pichincha con su carga en la calle, envuelta en paja, aprovisionando al día y en esa época a la ciudad de Quito".* Id., p. 55.

8 Ibidem.

9 *"El oro que sirve para acuñar proviene en parte de los lavaderos del gran Chocó, en Nueva Granada,. La minería del Ecuador que proviene del Napo, Esmeraldas y Loja aportan con el resto".* Id., p. 48.

10 *"De toda esta minería, y refiriendo únicamente las de oro y plata son explotadas en el presente siglo: actualmente esta rama de la industria ha decaído tanto que hoy día ninguno las aprovecha y si lo hacen es de manera irregular, unicamente hay algunas minas de plata en el cantón Latacunga y en los cantones de Esmeraldas, Canelos, y Quijos existen algunos lavaderos de oro.".* Id., pp. 60-61.

11 Id., p. 40.

tiempo, de colocar las manufacturas textiles entre los mismos productores.

Este rol de intermediación resultaba tanto más sorprendente si se considera que la producción textil estaba igualmente en manos de trabajadores indios que eran la fuerza de trabajo de los obrajes que fueron de la corona y de las comunidades en los tiempos coloniales y que, en la era republicana, pasaron a convertirse en parte de la gestión de algunas haciendas[12].

La forma de relacionamiento de los indios respecto del sistema estatal era el pago de tributos. Para el caso de las poblaciones amazónicas ésta era la primera vez que se organizaba un sistema de recolección de tributos a escala lo suficientemente amplia como para garantizar un ingreso importante para el estado.

Los antiguos tributos que los indios pagaron a los misioneros se redefinieron en el marco de las nuevas condiciones políticas reinantes. Las contribuciones en especie fueron las formas dominantes considerando que las poblaciones indias mantenían sus intercambios al margen de la economía sujeta a la moneda.

De todas maneras estaban, en cambio, plenamente vigentes los equivalentes monetarios de productos. *"Cada indio está obligado a pagar anualmente al gobierno tres castellanos de oro en pescado y pita (Agave americano) o tabaco. Se dividen así en oreros o lavadores de oro, piteros o lavadores de pita. Los primeros habitan en las riberas del Napo, Napotoa, Payamino, Laguano, S. Rosa, Suno. Los otros se encuentran remontados hacia Quijos, y son los de Archidona, Loreto, Avila, Concepción, cultivadores de agave y tabaco"*[13].

Esta era en realidad una división del trabajo basada en el acceso diferenciado a las tierras ribereñas. Así, las poblaciones asentadas en las riberas de los ríos que conforman el alto Napo tenían, sin duda, acceso a las arenas aluviales en las que se encontraba y se lavaba el oro. No así las poblaciones localizadas en tierras interfluviales o montañosas que se habían especializado en la elaboración de la pita y el tabaco[14].

El viajero cuyo testimonio hemos utilizado para esta descripción se pregunta si una explotación racional del metal no supondría acaso la localización de los filones a partir de los cuales se producen los arrastres de los aluviones.

Una pregunta de enorme trascendencia. Los españoles empeñados en la explotación aurífera en el período colonial temprano habían dedicado buena parte de sus esfuerzos y capitales a la búsqueda de

12 *"La población del Cantón Latacunga ascendía aproximadamente a más de 30.000 almas; mas, considerablemente reducida por los frecuentes terremotos que devastaron la zona se calcula que al presente no pasa de 20.000, de las que los cuatro quintos son de raza indígena".*
Ibidem.

13 Id., p. 107.

14 *"La arena de los ríos que bañan el territorio de Canelos, no se diga la de Quijos, son en mayor o menor proporción auríferas. El Napo y muchos de sus afluentes, el Ansupi, Misagualli, Suno, Payamino, Coca, Aguarico y Curaray, son conocidos por esta característica. Se lo encuentra siempre en granos o pepitas en mayor volumen hacia el medio del lecho del río tanto más cuanto se remonta hacia sus origenes. Creo que nadie me tachará de exageración si digo que una exploración de la región por un entendido en la materia y a costa de alguna sociedad científica de Europa, puesta bajo la protección gubernamental, llegaría a feliz término en la búsqueda de las minas...".*
Id., p. 127.

estos filones cuya existencia estaba plenamente atestiguada por las explotaciones de minas que se remontaban a la dominación inca.

Varias rebeliones contribuyeron a obstaculizar y, finalmente, a anular estos empeños. De manera que no fue sino hasta finales del siglo xviii que fueron retomadas estas empresas. En el interim, las misiones mantuvieron un bajo nivel de extracción aurífera sin que esta actividad haya cobrado la importancia y dimensiones que había adquirido para los años iniciales del orden republicano.

Sorprende, en efecto, que los métodos empleados para la extracción del metal hayan sido no los aplicados por los españoles sino los rudimentarios empleados por los indios y que fueron reportados por los misioneros desde los primeros años de exploraciones en la cuenca.

Este consistía, para el siglo xix en *"...excavar una fosa profunda de uno o dos metros en cuadro, cavando hasta llegar a las primeras capas. Esperando haber encontrado el filón, se sigue lavando la arena.; se trata casi siempre de oro granulado que aparece ampliamente diseminado y es necesario limpiar de impurezas"*[15].

De todas maneras, la noticia de que había oro en abundancia en los aluviones de los ríos mencionados había provocado apreciables migraciones hacia el pie de monte amazónico. Algunos de estos buscadores de oro se convertirían, más tarde, en hacendados pioneros.

El caso es que estas noticias habían trascendido los límites de la reducida sociedad republicana. Precisamente al tiempo del viaje de nuestro personaje por la ciudad capital circulaban estremecedoras versiones en torno a la fresca memoria de la famosa empresa que Belón y Lacoste y un grupo de sus compatriotas franceses habían iniciado en amazonia para explotar el oro del alto Curaray.

En realidad se trató de un episodio trágico. Por la manera desastrada como culminó prematuramente antes que por las vicisitudes que tan azarosa empresa debía confrontar en una realidad que se mantenía aún bajo las amenazas de rebeliones de indígenas.

La iniciativa había tomado cuerpo a raiz del acuerdo que, en la ciudad de Guayaquil, reunió a varios europeos que se habían trasladado al país movidos por las mismas ambiciones y las distorsionadas y profusas noticias que los viajeros contemporáneos difundían acerca de la existencia de fabulosas minas de oro.

Este grupo de europeos, en su mayoría franceses, movidos por la sed de enriquecimiento había decidido formar una compañía dedicada a

15 Ibidem.

Calle y habitantes de Quito.
Fuchs. Dibujo, Ernest Chardon.
Grabados… *p.27.*



la explotación del oro. Esta tenía como meta establecerse en el cantón Canelos. Con grandes despliegues de personal, equipaje y hasta maquinaria se habían trasladado hasta las cabeceras del Bobonaza y del Curaray[16].

Habiendo arribado finalmente hasta el Lliquino, pequeño afluente del Villano, decidieron establecer allí la explotación. Fundaron *"...una pequeña aldea, a la que dieron el nombre de Suni curi (pais del oro), y obligaron a los indios de Canelos venir a habitarlo. Hicieron venir de Quito a sus mujeres o se procuraron de las criollas e indios záparos, y transportaron desde la capital barriles de harina, carne seca, licores, en suma, todo lo necesario para establecerse"*[17].

El Lliquino o Llequino tenía ciertos antecedentes de poblamiento. Fue una pequeña aldea de Záparos, fundada por el misionero Francisco de Alvear hacia 1834 o 1836. Villavicencio[18] reportó una población de apenas veinticinco habitantes, acaso los Canelos que fueron llevados por Belón y Lacoste para abastecer a sus trabajadores de carne de caza, pesca y productos de huerta[19].

Todo parecía avanzar viento en popa hasta que, sorpresivamente, una tempestad de pasiones acabó en poco tiempo con las instalaciones de la novísima capital del pais del oro. Estallaron las rivalidades entre los socios que pronto degeneraron en asesinatos y escándalos.

Pocos socios de la fracasada empresa se salvaron de la destrucción de la aldea Suni Curi y la ominosa muerte que el destino había deparado para sus flamantes habitantes. Estos buscaron refugio en un asentamiento cercano. Y uno de ellos tomó rumbo hacia el Pastaza. Luego hasta el Amazonas donde murió trágicamente a manos de los Cocama[20].

Finalizado así el episodio de la aventura protagonizada por los empresarios franceses, los habitantes de la aldea de Lliquino se retiraron. Sin embargo, el naciente tráfico vinculado al comercio cauchero había logrado mantener en los entornos del Lliquino a grupos de Záparos dedicados a lavar oro, colectar canela y conducir cargas con estos productos y los que se traían de afuera para endeudar a los peones.

De esta manera, un pequeño pero activo comercio se había logrado establecer en este tributario del Villano. Estos Záparo cambiaban oro, carne de monte y canela por telas de lienzo que utilizaban para sustituir las antiguas cushmas de Llanchama[21].

De esta aventura protagonizada por estos europeos no quedó rastro alguno. Ni siquiera en la memoria local. A pesar de que en las

16 Ibid.
17 Ibid.
18 Op. Cit., p. 416.
19 Oriente Dominicano, # 13, 1930.
20 *"Para formar el lavadero se necesitaba excavar un gran canal que desviase parte del agua del río, y en esta obra debían emplear a una buena cantidad de hombres. Despues de seis meses de labor continua, apenas habían comenzado a recobrar el fruto de sus fatigas sucedió que en pocas horas una lluvia destruyó todas sus edificaciones, arrastrando la tierra mineral que estaba amontonada junto al lavadero y que ciertamente debía rendir un importante lucro. Todo acabó de mala manera. Y privados de los recursos para emprender nuevamente la obra, se dedicaron a la vida regalada y a los licores espirituosos, tratando así de olvidar su desgracia. El ocio y las pasiones perversas dieron pronto origen a desfueros, celos e ira, lo que en minutos terminó en duelos y muertes. Algunos regresaron a Quito después de haber incendiado la aldea que habían edificado, otros pasaron a una Jibaría; un tal Cartagenova, italiano, uno de los gerentes de tal empresa, después de haber enviado donde sus parientes a Quito a su propia mujer quiso intentar una nueva exploración descendiendo en canoa por el río Pastaza a fin de llegar por allí hasta el Amazonas a donde no pudo llegar puesto que murió traicionado en una maloca de Cocamas (salvages) a golpe de lanza. A mi arribo a Quito habían transcurrido pocos meses desde que fue difundida la noticia y fui a visitar a la viuda que permanecía inconsolable ante tanta desgracia".* Osculatti, Op. Cit., pp. 127-128.

andanzas de este extraño grupo desde el Pastaza hasta el Villano, seguramente luego de entrar por Archidona y el alto Napo, debieron recorrer varios asentamientos tribales así como caminos existentes e intensamente traficados.

En cierto sentido, eran rutas de comercio habilitadas para traficar con el oro. Pero, al mismo tiempo, se había inaugurado un apreciable tráfico de peones y esclavos para las haciendas que habían logrado consolidarse en el alto Napo.

Laguano, la aldea de Santa Rosa, sitio al que había arribado nuestro viajero, era en realidad en punto de partida de al menos cuatro rutas que llegaban hasta Canelos, convertida en estación misionera para las tribus del Curaray, Tigre y Pastaza.

Sandoval, hacendado del Curaray con quien se había entrevistado, describió exhaustivamente los cuatro caminos: *"El primero es el del Guapuno y es el más occidental; el segundo por el río Oglán, el tercero por Rodríguez y el cuarto por el Cusano. Esta es la ruta más frecuentada empleándose de 5 a 6 días pasando por Liquino y en otros dos días dirigiéndose a Canelos"* [22]

Laguano era también un sitio habitual donde se concentraban las viviendas de algunos de los prestantes hacendados del Napo y Curaray. Y hasta la aldea tenían por costumbre llegar los Záparos. Dedicados al tráfico de esclavos, mantenían relaciones de intercambio con algunos hacendados que se abastecían de peones basados en la eficacia de las incursiones de estos guerreros.

Asolaban por igual otras tribus Záparas así como las Secoya, Siona y Tetete, de filiación Tukano localizadas hacia las riberas del Napo. Por supuesto, también las tribus Jibaras que ocupaban las zonas fronterizas que, hacia el sur, comprendían las márgenes del Pastaza.

La costumbre de matar a los hombres y tomar como prisioneros a niños y mujeres los había convertido en un verdadero azote de este segmento noroccidental de la cuenca amazónica. Eran enemigos implacables incluso de las tribus con las que anteriormente habían mantenido relaciones de alianzas guerreras y políticas.

En suma, se habían convertido en los mejores aliados del poder hacendatario. Su brazo armado, por así decirlo. No solamente efectuaban correrías por los territorios de las tribus vecinas sino que, además, eran conocidos como tenaces perseguidores de los peones de otras filiaciones étnicas que, como los Kichwa, fugaban continuamente de las haciendas.

21 *"Estos indios eran en mayor número; mas ya se retiraron por motivos de las disputas y asesinatos entre los de la compañía. Sin embargo, casi nunca faltan unas treinta familias de visitantes a los avecindados y todos se prestan para la conducción de cargas, la extracción de canela y la cacería, además se ocupan de lavar un poco de oro para comprar lienzo y vestirse de pantalón que es la pasión dominante de los záparos, pues sólo la falta de comercio hace que casi toda la nación vista de corteza de árboles que botan al momento de conseguir cuatro varas de lienzo para hacerse aunque sea una túnica como la de corteza que usan".* Villavicencio, Op. Cit. P. 416.

22 Osculatti, Op. Cit. Nota p. 146.

Estos núcleos locales de peones de las haciendas así como las Muntun Runa, o sociedades locales basadas en jefaturas o capitanías de guerra, décadas más tarde se convirtieron en uno de los soportes más importantes para la expansión de lo que ahora constituye el vasto poblamiento Kichwa.

Constituyeron los asomos preliminares de este gran dominio lingüístico que, para el siglo siguiente, alcanzaría plena hegemonía en este segmento de la cuenca, antes habitado por las tribus Tukano y Záparo.

Las aldeas operaban como instrumentos de poder interétnico. De acuerdo con los textos de nuestro viajero, entre los usos de este poder se había institucionalizado el arranche[23]. Un método conocido y practicado ampliamente por los mestizos aldeanos en el universo dominado por las haciendas en los valles andinos.

Un complemento del sistema de endeudamiento y peonaje al que se encontraban sujetos los Záparo. Estas escenas, comunes en los pueblos de colonos, permiten postular con pleno sentido y contundente lógica que estamos frente al fenómeno de consolidación del poder que daría orígen a la propiedad hacendataria.

La distribución de los espacios habitables de la aldea estaba en directa relación con los comportamientos que diferencian y enfrentan, en el sui generis intercambio comercial desigual, a dos actores antagónicos encarnados en los mestizos y los indios.

Y, lo que a la postre resulta en extremo importante, esta escena muestra con evidencia que entre el hacendado y los Záparos se había establecido una relación de intercambios institucionalizados. El deseo de los mestizos de la aldea de Laguano de mediar y sacar provecho de esta relación desigual estaba sujeto a las estructuras locales de la dominación.

El gobernador y el hacendado eran las figuras en torno a las cuales giraba la realidad local. Incluido el comercio que, bajo la forma de bienes particularmente apreciados por los Záparo como cuentas de vidrio, textiles, herramientas de metal[24], servía como base para las guerras que éstos protagonizaban con el único propósito de secuestrar la futura mano de obra para los hacendados.

Las continuas escaramuzas también habían provocado serios efectos entre las tribus Záparas. Profundamente debilitadas a causa de las incursiones de las otras tribus y visiblemente mermadas en sus efectivos poblacionales en razón de las epidemias adquiridas en los

23 *"En este tensa jornada llegó del Curaray una horda de salvajes Záparos los cuales, reunidos frente a la aldea de Laguano, con gritos y señales querían pasar a la otra orilla para comerciar. Apenas fueron escuchados por los de la aldea lanzaron sus habitantes una canoa que se dirigió rapidamente a fuerza de remo a la otra orilla. Pregunté al gobernador el motivo de tanta solicitud para los salvajes quien me respondió que de ninguna manera por un sentido de amistad sino por ser los primeros en tomar los objetos que venían a vender... Llegados a la aldea se acercaron a saludar al gobernador y al cabildo y a donde vivía Sandoval para servirles de intérprete"*. Id., pp. 146-147.

24 *"Eran estos Záparos del Curaray con los que Sandoval había vivido por cerca de cinco años y venían unicamente por hacerle una visita y entregarle algunos regalos consistentes en carne, ornamentos de plumas y un poco de oro del Curaray, además de dos niños que habían sido tomados cautivos en una correría, de acuerdo con las instrucciones que les eran dadas por el mismo Sandoval que había ofrecido a cambio algunos utensilios de vidrio, telas, herramientas y otros (objetos). (Estas dádivas), hacen más valientes y osados a los salvajes quienes organizan correrías contra sus vecinos, incluso contra los Jíbaros, tomando prisioneras a las mujeres y jóvenes y regresando a vender sus presas a los blancos"*. Id., p. 147.

contactos con los hacendados y mestizos, algunos grupos se consideraban ya como sobrevivientes.

Innúmeras confrontaciones de todo tipo anunciaron "la aparición" o la llegada de un nuevo orden. Precisamente, ésta era la situación del siguiente sitio visitado, Yasuní. Era ésta una aldea formada por los sobrevivientes de una tribu que controlaba antiguamente los espacios interfluviales ubicados entre el Curaray y el Pastaza y que, a la sazón, formaba el punto limítrofe entre las jurisdicciones de Quijos y Macas[25].

Navegando río abajo, en una zona estremecida tanto por las incursiones de los Záparo cuanto por las de los buscadores de oro y los caucheros, nuestro viajero encontró una de las tribus Záparas - tal vez los Abijira - cuyos hombres, sorprendidos por un desembarco inesperado por parte de los acompañantes del italiano, trataron de fugar gritando en su lengua y alertando a sus acompañantes: ¡ Taucko kuri atzano ! (¡ blanco buscador de oro !).

Superado el incidente y luego de repartir bagatelas entre los que permanecieron en la aldea[26], el viajero prosiguió su ruta hasta la desembocadura del Aguarico donde localizó a un grupo de Guajoyas, también llamados, a la sazón, Santa Marías.

Estos, al igual que los anteriores, apenas divisaron a los intrusos *"... se pusieron de pié blandiendo sus lanzas y arcos, parados firmente y observando atentamente nuestros movimientos, pretendiendo que éramos una expedición de alguna tribu que se encontraba en guerra contra ellos"*[27].

El motivo de la concentración de diversas tribus en torno al Napo era evidente: por la época, migraban hacia las partes bajas del río las tortugas acuáticas, reptiles quelonios altamente apreciados por su carne y, sobre todo, por el aceite que era extraído de sus entrañas así como por la manteca que se fabricaba a partir de sus huevos.

Algunas guerras habría ocasionado la concentración del recurso en determinados sectores de las riberas del río. Otras se debían a enemistades de antigua data, seguramente profundizadas a causa del reordenamiento intertribal forzado por los hacendados y sus aliados.

En un área aledaña a la desembocadura del Santa María un nuevo encuentro le depararía al viajero la posibilidad de describir el estado de guerra reinante en las riberas del Napo. En este caso[28], se trataba de los indios Abijira.

Pertenecientes a las tribus Záparas, según diversos reportes de los misioneros tanto franciscanos como jesuitas, para el viajero, de

25 *"Yasuní es la última aldea que forma el límite de la jurisdicción de Quijos y Macas, encuéntrase a 3º 24' de latitud sur; es una pequeña aldea localizada en una isla del Napo formada por los sobrevivientes de una horda de Záparos errante entre el Curaray y el Pastaza"*. Id., p. 177.

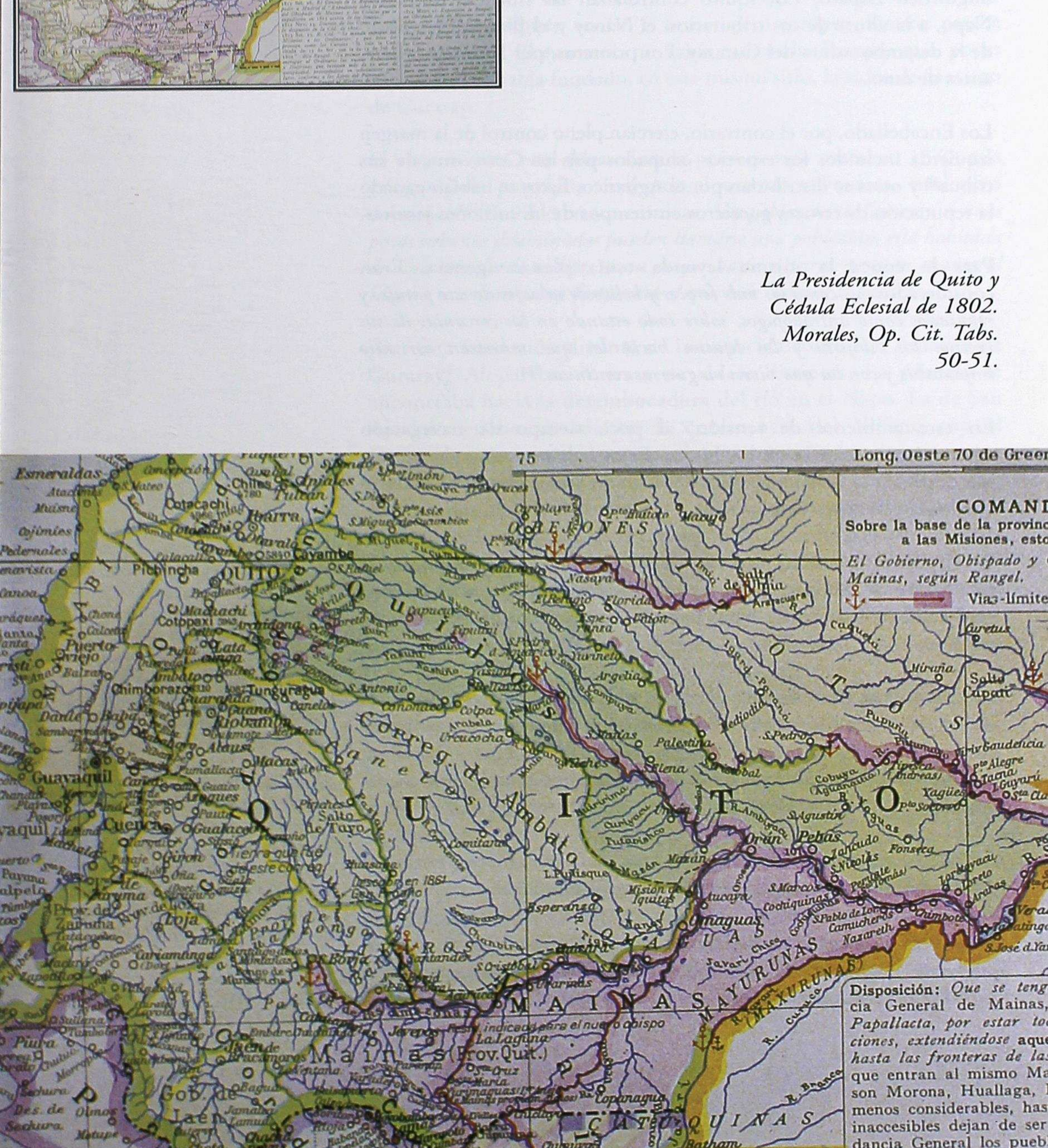
26 *"...arrojando al río la batea en la que estaba lavando el precioso metal. El intento por impedir su fuga fue exitoso acentuando el gesto como si no fuese su enemigo. Trataba de explicarle que era inocente de la pérdida de su trabajo del día y que habíamos venido por simple curiosidad. El indio que hacía las veces de intérprete me dijo que el blanco era considerado como hitiuma (perverso), habiendo muerto a su padre por conseguir el oro."* Id., p. 180.

27 Ibidem.

28 *"...encontramos una rancheria de los indios Abijiras donde quise descender a tierra. Apenas se percataron de la proximidad de la canoa se conmocionaron todos sus habitantes se pusieron unos a buen resguardo en la maleza, otros recorrían la ribera armados con lanzas y otros llamaban a gritos a sus vecinos haciendos entretanto señas para alejarnos"*. Id., p. 181.



La Presidencia de Quito y Cédula Eclesial de 1802. Morales, Op. Cit. Tabs. 50-51.



acuerdo con los informes recogidos sus bogas y traductores, éstos se encontraban en guerra declarada contra los Acutërë o Encabellado *"... sus acérrimos enemigos que sabían se encontraban preparando una expedición para vengar la muerte de los que habían hecho recientemente para recuperar a la joven que habían secuestrado"*[29].

Los Encabellado mantenían también un estado de guerra contínuo contra los Iquito que, al igual que los Abijira, pertenecían al dominio lingüístico Záparo. Los Iquito controlaban las ribera derecha del Napo, a la altura de sus tributarios, el Nanay y el Blanco, más abajo de la desembocadura del Curaray. Los primeros, por la misma ribera, antes de ésta.

Los Encabellado, por el contrario, ejercían pleno control de la margen izquierda incluídos los espacios ocupados por los Coto, otra de sus tribus[30] y otras se distribuían por el Aguarico. Estos se habían ganado la reputación de feroces guerreros en tiempos de las misiones jesuitas.

Para la época la misma leyenda tenía plena vigencia. Eran considerados *"... como los más feroces y belicosos salvajes de este paraje, y reputados como antropófagos, sobre todo estando en las cercanías de sus vecinos los Abijiras y los Iquitos hacia los que muestran un odio implacable y con los que viven en guerras contínuas"*[31].

En este ambiente de tensión, al poco tiempo de navegación aparecieron precisamente los Iquito. Estos habían acampado en una isla cercana a la desembocadura del Curaray junto con dos brasileros que hacían las veces de patrones.

Se disponían a surcar este río en una expedición dedicada a la recolección de zarzaparrilla reputada en los mercados regionales por su gran calidad. Trabajaban todos para un comerciante de Pebas, aldea del Amazonas.

La descripción que registró el viajero del estado del río Curaray la escuchó de estos recolectores que eran viejos y diestros navegantes de estos parajes. Estimaban éstos que desde sus orígenes hasta su desembocadura en el Napo, a 70º de longitud occidental, el río medía aproximadamente 160 leguas.

En su desembocadura el río medía unos seicientos metros entre sus orillas. No así en su inmediato curso superior donde eran comunes los encañonados a causa del terreno colinado por el que divaga. Por esta razón, *"El Curaray es de dificultosa navegación, por cuanto me han asegurado los brasileros que lo han surcado que al mismo tiempo se encuentran escollos, bajos fondos y corrientes rápidas"*[32].

29 Id., pp. 182-183.
30 *"Se dividen los Encabellados en numerosas tribus cada una de las cuales tiene su propio idioma, a las que pertenecen las tribus de los Acutërë y Cotos, los únicos habitantes de las riberas del Napo"*. Id., pp. 185-186.
31 Ibidem.
32 Id., p. 190.

Mas abajo, luego de una corta visita a Lagarto Cocha o lago de lagartos, *"...una amplia laguna situada sobre la ribera derecha del Napo..."* donde se asombró por el espectáculo inusitado que ofrecía el escenario poblado de caimanes, registró la desembocadura del Curasábelo o Pequeño Curaray, *"...río que en su desembocadura no tiene más de cien metros de ancho.../...Se reconoce el Curasabelo por tener en el medio una isla silvestre en cuya cima observé dos grandes árboles de caoba y cedro"*[33].

Treinta años después, en 1875, otro viajero europeo, Simson pasaba por el Curaray. El escenario no había cambiado. Excepto que, pocos años antes, se había fundado, en este mismo sitio, la aldea de Santiago de Curaray.

El viajero visitó esta aldea, elevada poco tiempo antes, en 1870, a la categoría de parroquia civil por el sacerdote Fonseca, misionero dominico[34]. Escribió en sus crónicas: *"La población de Curaray, si unas pocas cabañas diseminadas pueden llamarse una población, está habitada de una mezcla de indios, en su mayor parte záparos, pero en cuanto al idioma usan con tanta frecuencia el quichua como el záparo"*[35].

¿Fué esta fundación distinta de la conocida como San Antonio de Curaray? Al parecer se trata de aldeas distintas. La primera se encontraba hacia la desembocadura del río en el Napo. La de San Antonio estaba situada en la confluencia del Villano con el Curaray.

Eran importantes concentraciones poblacionales que mostraban las verdaderas dimensiones de la expansión de las redes comerciales hasta entonces basadas en la explotación aurífera. Pero el entorno aparecía aún dominado, casi en absoluto, por las tribus Záparas y acaso otras de distinta filiación lingüística y étnica. Años más tarde, esta se mantenía aún en el sitio originario de su fundación.

Así, en el año 1891, Cáceres reportó que ésta constaba de treinta y siete familias que, afectadas por una epidemia de influenza, se habían reducido a un grupo de veinticinco. Un año antes, en 1890, Spiller registraba el dato de treinta y tres familias como sus habitantes[36]. La mayor parte, de acuerdo con los registros de las misiones, eran colonos inmigrantes[37].

Pero, a pesar de la intensidad que habían adquirido estas migraciones, la presencia de los Záparo en el Curaray era todavía un hecho indiscutible. Para los años 1887-1888, el sacerdote François Pierre que recorrió gran parte de la misión dominicana afirmaba que *"El Curaray es el río de los Záparos; sus tambos se divisan sobre las dos riberas"*[38].

33 Id., pp. 192-193.
34 García, Op. Cit., p. 302.
35 ***"Había también dos o tres hombres de origen jíbaro. Parecían formar una sociedad bastante bien ordenada, mucho más que los canelos y, como todos los záparos, son más pacíficos, no son tan afectos a lucir ornamentos y vestidos vistosos y beben menos chicha que cualquiera otra de las tribus cercanas, los jíbaros, los canelos, los napos"***. Simson, Loc. Cit.
36 Historia del Vicariato de la orden de los Josefinos, 1970. Apud.
37 1890, Cartas dominicanas. Viaje del P. Sosa, en Magalli, Op. Cit.
38 Pierre, François, Op. Cit., p. 76.

De Santiago de Curaray afirmaba que, ubicada a un día de camino de sus fuentes, estaba localizada sobre su ribera izquierda y estaba poblada en su mayor parte por Záparos conversos[39].

En realidad estos avances logrados en el corazón mismo del territorio de las tribus Záparo, en cierto sentido, estaban apoyadas por la presencia de las misiones. Estas no sólo recorrían libremente por la geografía local sino que habían logrado detener los mortíferos avances de las epidemias que ya entonces azotaban a estas concentraciones poblacionales.

La presencia del sacerdote Pierre era un indicio de que las misiones dominicanas fortalecían su presencia en al menos dos puntos considerados de gran importancia para el acceso tanto a las tribus Záparas, vecinos de la aldea de Canelos y para las Jíbaras, accesibles por el Bobonaza y Pastaza.

Entre finales de los años 1880 y comienzos de los 1890 la ofensiva de los misioneros fue decisiva. Para el año 1889, el sacerdote Sosa recuperó para la orden dominicana la población de Villano o Veleno, habitada por Záparos que enfrentaban, a la sazón, una terrible epidemia de sarampión[40].

Tres años después, en 1892, su Vicario Apostólico informaba que varios misioneros se encontraban recorriendo el territorio que les fuera asignado como jurisdicción misionera. En este primer reconocimiento los sacerdotes pudieron localizar algunas de las tribus Záparas que ocupaban... *"El río Villano, desde sus cabeceras, que se forma en la cordillera de Castañas, más bajo del Llanganate o Cerro Hermoso, hasta su desembocadura en el río Curaray, con sus respectivos afluentes, que son el Lliquino, Manduru yacu, Sagra rumi, Barranquillas, Murete yacu y Chonta yacu"*[41].

Sin embargo, el Curaray, de acuerdo con las anotaciones de otra visita del Vicario[42], se encuentraba practicamente despoblado: *"En la desembocadura del Lliquino al Villano, éste adquiere majestad mayor; más hacia abajo el río Lipuno le engrandece también. A cuatro días abajo del Huitugyacu se encuentra el Callana Yacu y andando dos días más, en un punto llamado Caichamo yacu se alza una casucha con una familia Zápara"*[43].

En, igualmente, como registraron los misioneros, una sensible ausencia de población Záparo era perceptible en la cuenca del Tigre que años antes era un territorio vital para estas tribus. En realidad este espacio apareció deshabitado para el año 1892, al tiempo de una subsiguiente visita realizada por el entonces Vicario Apostólico de la misión dominica.

39 *"La población, es decir la iglesia, está situada en la ribera izquierda del Curaray, un día de camino de la fuente misma del río. La mayor parte de los hombres de esta tribu son Záparos convertidos"*. Id., p. 87.

40 *"Partiendo de Canelos, a fines del próximo pasado Enero, el intrépido Padre Sosa se puso a la cabecera del río Villano o Veleno. A orillas de aquél río existen muchos tambos, y los pobres indios, en el mes de Enero indicado, estaban diezmándose por el sarampión. Allí debía comenzar la obra del padre Sosa"*. Anónimo, "La misión de Canelos", 1890.

41 El Moreteyacu no es tributario del Villano. Es como se conoce al alto Conambo que con el Pinducyacu forma el Tigre. En todo caso, estuvo poblado ciertamente por gente Zápara. Aún en la actualidad se mantiene la influencia Zápara en las comunidades allí asentadas, la de Curiyacu y la de Moretecocha. NdA.

42 *"Gaspar Tovía entró en la misión, en 1879, junto a Enrique Sebastiani, Ramón Posada y Rafael Forero. Desde el año anterior estaban Ramón López y los Hnos. Simón García y Francisco Vargas. Al año siguiente entró Juan Frosio. Gaspar Tovía de Cerdeña, fue nombrado Vicario del Napo en 1880. Las hermanas del Buen Pastor entraron con Tovía en Archidona en ese mismo año. García"*. Op. Cit., p. 279.

43 Anónimo, "La misión de Canelos", p. 28.

No así sus cabeceras, donde encuentra otras tribus, acaso entre las que se incluían los denominados Andoas que ocupaban, *"El río Tigre en sus cabeceras, llamado Cunambu, con sus afluentes llamados Yanarumi, Aucaquebrada, Samarotuco, Corrientes* [44] *y Yamunay"* [45].

Los registros de los misioneros no difieren, en esencia, de los viajeros de la época. Sin embargo, una somera comparación con los territorios atribuídos a estas tribus por los misioneros jesuitas en siglos anteriores permite concluir que su más antigua posición se encuentra, para la época, profundamente modificada.

Adicionalmente permite establecer otra evidencia en relación con las avanzadas que algunas de las tribus Jíbaro han logrado, en sucesivos ataques, en la margen izquierda del Pastaza y que, para la época, configuran la frontera étnica del sur para las tribus Záparo.

Estos avances se debieron a una migración masiva de los Jíbaro Chirapa que venían del Huasaga. Otros fueron organizados por los Murato que, para entonces, estaban localizados en el Huituc Yacu, otro de los tributarios del Pastaza por su margen derecha. Finalmente, el universo misionero comprendía las cabeceras del Morona habitada en ese entonces por los Machín Auca y Chapra[46] cuya identidad étnica no hemos podido desentrañar.

La actividad misionera durante la segunda mitad del siglo xix fue particularmente intensa[47]: para el período comprendido entre 1869 y 1895, además de las incursiones de los sacerdotes dominicanos, hubo alrededor de treinta y cinco misioneros jesuitas en la Provincia de Oriente. Estos, segun se dijo ingresaban por Baeza y Archidona, en tanto que la misión dominicana afianzaba sus fundaciones a partir de su presencia en Baños, Pinduc, Canelos y Andoas.

Esta situación variaría substancialmente con el advenimiento de la revolución liberal. Los misioneros jesuitas fueron objeto de ataques de parte de los comerciantes y hacendados caucheros ya afianzados en la cuenca del Napo y que percibieron una pugna de intereses con los sacerdotes en cuanto al control de las poblaciones tribales.

A tal punto llegaron los antagonismos que en el año 1892 se produjo en Loreto un levantamiento de indígenas contra los establecimientos misioneros. Los rebeldes, claramente instigados y dirigidos por comerciantes blancos afincados en la margen izquierda del Napo, eran simplemente parte de la algazara que acompañó al movimiento[48].

De este se dijo que se debió a razones políticas. Fueron años en los que los avances del liberalismo eran visibles en el conjunto de la sociedad.

44 El Corrientes es tributario del Pastaza y no del Conambo. En este río no habitaron los Záparo. NdA.

45 Magalli, José, "Qué hacen los Misioneros en la Misión?", Quito, 1892, pp. 7. Cabe anotar que se menciona al río Corrientes como uno de los tributarios del Cunambu - ahora Conambo - lo que es evidentemente un error geográfico. Mas si se considera el hecho que esta río estuvo poblado por la tribu conocida como Shiwiar, posiblemente los Mayna Shuar o Roamayna. NdA.

46 Ibidem.

47 En el año 1888, Antonio Flores Jijón es elegido presidente y procede a establecer la división de la Provincia de Oriente en cuatro Vicariatos Apostólicos: Napo, Canelos, Macas y Zamora. El Vaticano, en virtud del Modus Vivendi, acepta.

48 Op. Cit.



Campamento de Záparos en el Napo. Fritel. Dibujo, Wiener. Grabados… *p. 113.*

A tal punto de muchos de los comerciantes de la zona, vinculados a esta militancia partidista, a partir del levantamiento instigado por ellos, habrían iniciado una campaña antireligiosa que erosionó profundamente la presencia y obra de las misiones de los jesuitas y otras.

Para 1895 la orden abandonó las misiones por orden gubernamental, a los 25 años de haber reiniciado sus actividades. En cambio, los dominicos lograron mantener sus posiciones y afianzaban paulatinamente su presencia en el Puyo y sus zonas de influencia.

Durante un período de por lo menos treinta años, las tribus Záparo del Villano, Curaray y alto Tigre quedaron en manos de estos misioneros quienes expandieron notoriamente sus ámbitos de actividad y lograron establecer avanzadas hacia el sur en las borduras del territorio ocupado por las tribus Jíbaro.

Tuvo un importante protagonismo en este proceso expansivo el misionero Agustín León quien dedicó parte de sus esfuerzos a comprender las características étnicas de las poblaciones tribales de los dominios misioneros. A este estudioso debemos los más valiosos registros de las lenguas Záparo y Semigae. Este, en el año 1897 fue nombrado cura de Canelos y fue misionero entre los Kichwa, Jíbaro, Záparo, Shimigae y Murato.

De este período de intensa actividad misionera datan las primeras noticias relativas a las incursiones de los hacendados en el escenario del Curaray. Para el año 1846 menciona Osculatti en su relato de viaje la hacienda Acamara. Y de hecho señala su localización en su mapa, en un lugar aproximadamente situado bajo la boca del Gliachino (¿Lliquino, Callanayacu?), en el Villano.

La memoria local refiere la empresa pionera de Luis Romagnoli, de orígen italiano, como uno de los primeros que se aventuró por el Curaray en busca del caucho en el año 1887[49]. Otras referencias establecen que fue en 1885 que los hermanos Romagnoli, italianos, entraron hasta el Cononaco y fundaron un pueblo para los numerosos trabajadores que llevaron consigo[50].

Romagnoli, solo o con sus hermanos, se habría asentado en la boca del Cononaco. Grandes dificultades debió enfrentar para mantener activa la explotación de caucho debido al acoso de parte de las tribus bárbaras que controlaban la cuenca del Curaray. De acuerdo con la memoria oral había logrado imponerse y, como resultado de su ahinco y perseverancia, habría amasado una cuantiosa fortuna, sobre todo por el caucho cosechado en varias de sus incursiones hacia el Cononaco[51].

49 *"Hasta entonces el hermoso y melancólico río había permanecido vedado a las miradas y ambiciones de cuanto cauchero recorría el Oriente. Y no porque dejaran de sospechar que en los bosques meridionales del Napo faltaría la goma elástica, sino porque era imposible surcar de subida esas aguas sin tropezar con numerosas tribus bárbaras que ni sopechaban la existencia de gentes civilizadas"*. Alomía, La defensa del Oriente Ecuatoriano, 1936. Apud.

50 Bravo, Vicente En la región del Curaray, 1906. Apud.

51 *"Eso no quiere decir que Romagnoli no haya sacado crecidísimo caudal de las orillas del Curaray, pues bien se sabe que en los cinco años que trabajó subiendo hasta el Cononaco derribó más de cien mil árboles y extrajo más de veinte mil quintales de goma elástica"*. Alomía, Loc. Cit.

Las actividades de estos pioneros del caucho provocaron cambios importantes en los entornos. Sobre todo, el retiramiento paulatino de las tribus ribereñas. De acuerdo con Magalli, a un día de surcada por el Cononaco, para la misma época, se encontraban los restos de una ranchería de Záparos y sus viejas chacras, abandonadas posiblemente debido a las incursiones de los peones de Romagnoli.

Otros testimonios recuerdan que este sitio, ubicado en las proximidades de la desembocadura del Nashiño en el Cononaco era una antigua aldea fundada por comerciantes caucheros, en el año 1897, y que era un punto crucial para los pioneros, puesto que había logrado establecer exitosamente contacto con los Záparo[52].

En realidad, el soporte fundamental del naciente sistema era lograr el progresivo empatronamiento de los poblaciones tribales hasta entonces libres de toda atadura. En cierto sentido, las mercancías manufacturadas fueron uno de los ingredientes fundamentales que motivaron a muchos Záparo a abandonar su antigua vida tribal y aceptar la vida en las haciendas, sujetos a los ciclos novedosos de trabajo.

Algunos de los hacendados tuvieron éxito en negociar con determinados grupos los términos de esta trasacción. Otros, como los Rogmanoli, trajeron ex-profeso a grupos de trabajadores reclutados en aldeas y pequeñas ciudades serranas y aún gente colombiana.

Luego de aproximadamente cinco años de ardua dedicación a esta empresa, los Rogmanoli retornaron a Europa. Abandonaron a su suerte a la colonia conformada por aproximadamente cuatrocientos trabajadores. Estos, entre los que se contaban algunos ecuatorianos y colombianos, luego de intentar infructuosamente de encontrar nuevos bosques de Hevea, en poco tiempo abandonaron también la empresa.

Excepto uno de estos antiguos empleados de Rogmanoli, un mulato llamado Escolástico Arroyo, ibarreño[53], quien ayudado en sus inicios por sus antiguos patrones logró levantar su propia hacienda llamada La Delicia y emprender en el negocio cauchero.

Aunque con muchas limitaciones. Mantenía Arroyo apenas a siete peones Záparo: cinco hombres y dos mujeres que vivían con sus patrones en la hacienda, pequeña en tamaño, con cerca de noventa hectáreas cultivadas con arrozales. Se estimaba su producción en ciento veinte quintales anuales de caucho[54].

De acuerdo con los registros del misionero Magalli, Romagnoli o uno de sus hermanos, una vez agotado el caucho del Curaray se habría trasladado a Nauta, aldea del Marañón, río abajo desde la desembocadura del Tigre,

52 *"Por último, surcando un día de la boca del Cononaco se llega a la del Nasciño, donde existe un pueblecito, centro de caucheros, establecidos allí tranquilamente por la sagacidad con que han sabido atraerse a los salvajes Záparos radicados en sus alrededores".* Juan Ibarra *"Informe sobre las zonas del Napo y Putumayo presentado al supremo gobierno por el comisionado especial en el departamento de Loreto...",* 1897. En Carlos Larrabure y Correa, Colección de Documentos, t. VII, Lima, 1905., p. 175.

53 *"...pupilo del obispo Iturralde, hubo de huir por amores con una dama. Vino al Napo y acá se peleó con los jesuitas hasta que dio con la colonia de los Romagnoli, cuando estos se fueron a Europa le dejaron crédito en Iquitos".* Bravo, Loc. Cit.

54 Ibidem.

en cuyos entornos mantenía una hacienda de producción cauchera que contaba, a la sazón, con veintiséis peones Záparo.

Río abajo florecieron otras haciendas que el mismo cronista registra como de propiedad de europeos y peruanos y que contaban igualmente con peones Záparo, cerca de cuarenta, aparte de trabajadores traídos de otros países y de diferente filiación étnica[55].

Tan crítica fue la falta de trabajadores que no faltaron hacendados que comenzaron a organizar incursiones armadas para capturar esta vital fuerza de trabajo. Inevitablemente estas incursiones suscitaban el ánimo guerrero de diversas tribus.

Nada fácil debió ser para estos pioneros mantener sus haciendas en un espacio plenamente dominado por tribus guerreras, que habrían redoblado su militancia en un estado de permanente alerta debido a las incursiones que los hacendados y los comerciantes organizaban con el propósito de incrementar sus efectivos de trabajadores.

Diversos hechos, unos legendarios y otros reales, contribuyeron a escenificar espectacularmente los esfuerzos pioneros. Uno de estos relatos refiere la aventura que un europeo, posiblemente de origen alemán, protagonizó al ser atacado por los famosos Acutërë, terminando su existencia trágicamente.

Este relato, verdad o simplemente leyenda, sirvió como referente para un toponímico: Alemán quebrada. Entre los caucheros se conoció con este nombre a un pequeño tributario del Arabela, río que desemboca en el Curaray, donde, de acuerdo con los hechos narrados, *"... los indios Moquiris o Angoteros mataron, en 1887, a un súbdito alemán..."*.

En cambio otros toponímicos fueron utilizados para nombrar las embarcaciones y puertos de las haciendas y casas comerciales o tuvieron otros diversos destinos. Por ejemplo, el nombre de Arabela, que designa el río y una tribu Zápara, fue el mismo que llevó la primera lancha que entró en en este río y que fue bautizada así[56].

Estos Arabela eran conocidos por sus arrestos guerreros. Pues, de acuerdo con otra versión del hecho antes narrado[57], los que dieron muerte al europeo fueron Avishiri y no Acutërë. Estos Abijira o Avishiri mantenían algún contacto con los Arabela, igualmente de filiación Zápara. Al parecer contaban con numerosa población y se mantenían, desde entonces, en pié de guerra a causa del incidente suscitado por las incursiones del hacendado alemán[58].

55 Magalli, Op. Cit., p. 29

56 Anon. "Así es la selva", 1979. Según el informe de Von Hassel publicado por C. Larraburre y Correa, Op. Cit.

57 Alomía, Loc. Cit.

58 *"...son numerosas y permanecen embravecidas por los hechos del europeo aquel de quien ya di noticia y a quien mataron en 1885, así como a toda la gente que para el trabajo había llevado desde el Tigre"*. Ibidem.

Por esta razón, los hacendados evitaban incursionar por determinados lugares. En uno de éstos, otros miembros de la tribu de Avishiris reportada por los caucheros o acaso otra tribu estaba ubicada en los emplazamientos en los que fueron encontrados por los misioneros, siglos atrás, *"Casi enfrente del lago Tipishca inferior y en un espacio comprendido entre dos riachuelos que desaguan por la ribera derecha del Curaray..."*[59].

La concentración de las actividades de los caucheros y el tráfico fluvial cuando no las noticias acerca de la naturaleza de este inusitado barullo habrían provocado migraciones de otras tribus originariamente asentadas en el territorio que corespondió a las tribus Jíbaras.

Así fue testimoniado un hecho sorpresivo. En el segmento del Marañón comprendido por la desembocadura del Tigre, los Záparos del Arabela, quienes a la sazón posiblemente conformaban una armadilla al servicio de los hacendados, fueron sorprendidos por un grupo armado de guerreros de una tribu Jíbara.

El sitio donde combatieron fue bautizado y posteriormente conocido como Aucaquebrada. En la batalla se combatió con pérdidas equitativas de bando y bando logrando, sin embargo, los guerreros Arabela que los Jíbaros huyeran[60].

En este escenario tampoco faltaron los oportunistas. Como refiere otra versión del orígen de las haciendas, los primeros hacendados nacieron a partir de un grupo de comerciantes peruanos que intentó apoderarse de la cuenca del Curaray y Cononaco para afianzar sus relaciones locales. Con este grupo llegó un tal Pedro Torres Armas que arguyendo tener consigo el nombramiento de subcomisario fluvial, tomó posesión de unas tierras cercanas a la desembocadura del Cononaco, en la margen izquierda del Curaray, y se instaló en el fundo al que llamó Boca del Cononaco.

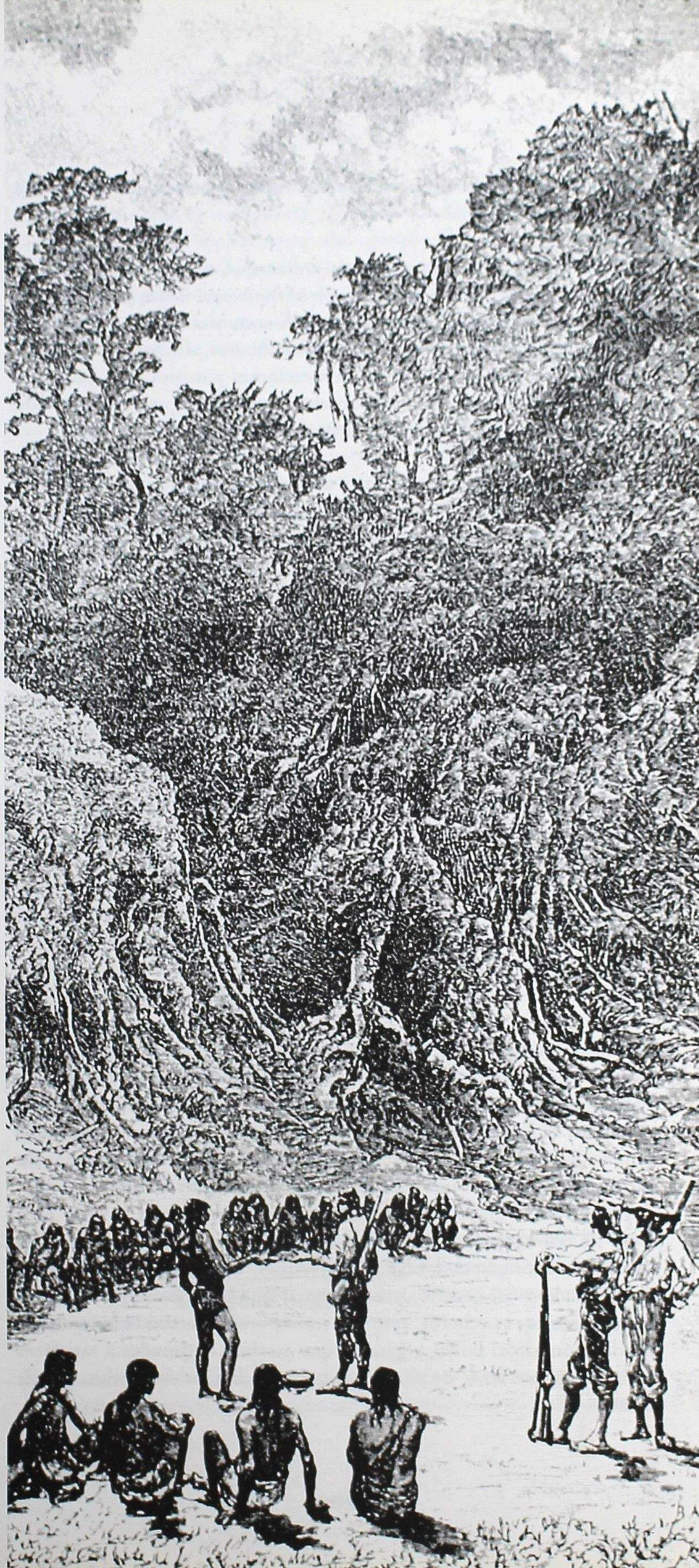
Circuló incluso una tercera versión. La más creíble. Esta sostenia que los primeros pobladores del Curaray fueron fundadores y habitantes de la aldea de Tena. Fueron gente de las familias Rivadeneiras, Borbúas, Bohorquez. A estos pioneros se unieron posteriormente nuevos grupos de migrantes. Entre éstos que se asentaron con propiedades en las riberas del Curaray se contaba alguna gente que había llegado desde el Brasil o de la ciudad capital[61].

Cualquiera que sea la interpretación que pueda adoptarse respecto del orígen de las haciendas en el Curaray parece, sin embargo, parcial y carente de apego a la verdad de los hechos. Los datos disponibles para esta investigación permiten comprender que fue éste un proceso

59 *"...vegetan algunas familias de Avishiris, indios completamente ajenos al trato con gente civilizada"*. Ibid.

60 *"...éstos, en sus correrías por las quebradas y especialmente por una denominada Aucaquebrada encontraron una tribu de cerca de mil Jíbaros, quienes les acometieron , y tras un reñido combate en el que perecieron seis, tres de cada lado, huyeron los jíbaros sin que hayan vuelto a aparecer"*. Magalli, Op. Cit., p. 29.

61 *"Por ejemplo los Llori vinieron de abajo...Los Garcés del Curaray son los mismos que los del Napo, todavía viven hoy en Quito"*. Sevilla, entrevista.



Convenio con los Indios Sunos. Vignal. Dibujo, Wiener. Grabados… *p. 110.*

paulatino en el que intervinieron numerosos personajes de diverso origen y calidad social.

Si bien hubieron personajes y episodios que se destacaron en este proceso como el caso de los aventureros franceses, Belón y Lacoste, los hermanos Romagnoli; otros, aunque fueron personajes secundarios como peruanos, ecuatorianos y colombianos, fueron parte de la poderosa red que, junto con los comerciantes y misioneros, buscaron entrampar a las tribus que se mantenían en pié de guerra disputando los espacios que fueron sus antiguos territorios.

Entre estos personajes secundarios cabe citar a un tal Arcos. De éste se registró, para 1906, una propiedad sobre el río Namo, tributario del Villano. Se decía que, años atrás, había ingresado por Canelos, al igual que un tal García que mantenía su propiedad, poco tiempo atrás abandonada, en el río Siriyam, cerca de la aldea de San Antonio, en la desembocadura del Villano[62].

La hacienda de Arcos era relativamente próspera. Vivían allí veintidós miembros de su familia y contaba con aproximadamente docientos cinco peones, posiblemente oriundos de Canelos. Contaba con unas ciento sesenta y cinco hectáreas cultivadas con arrozales y su producción anual de balata contabilizaba los mil ochocientos quintales. Para fines de pago de tributos, la propiedad fue avaluada en nada menos que sesenta mil sucres. Para la época, el capital más alto del Curaray.

Este sitio adquirió importancia para todo el ciclo de dominio de las haciendas. De aquí precisamente partía el varadero llamado de Sandoval que llegaba hasta la bocana del Tiquimo, en el Cononaco, tributario que desemboca en el bajo Curaray por su banda norte[63].

Tan importante como los centros poblados. La aldea de San Antonio fue, en este proceso, un puesto de vital importancia. Inicialmente no fue sino apenas un rancho utilizado para el aprovisionamiento de las cuadrillas de peones caucheros. Posteriormente agrupó a una apreciable población. Sin embargo, nunca dejó de ser propiedad privada. Su propietario era José Miguel Garcés, migrante originario de Pelileo[64].

Otro de estos pioneros fue Torres, posiblemente el personaje a quien se atribuía el origen de las haciendas locales. Este se habría dedicado a la explotación del caucho; pero, al igual que otras haciendas insertas en los circuitos caucheros, terminó incorporando actividades como la producción arroz, fariña y ganado que estaban destinadas a satisfacer la demanda creciente de alimentos para los centros de producción de balata.

62 *"...mientras que desde Canelos a San Antonio por la vía del Villano no se encuentran más propiedades que las del sr. Arcos en el río Namo, la casucha abandonada de García en el río Siriyam y el caserío San Antonio"*. Alomía, Loc. Cit.

63 *"Situada abajo de la bocana del Namo, sobre la margen izquierda del Curaray, desde ella parte el varadero Sandoval hasta la boca del Tuquimo en el Cononaco"*. Ibidem.

64 *"San Antonio, como muchas otras propiedades del oriente comenzó siendo un rancho de aprovisionamiento para la explotación del caucho. Su primer propietario fue José Miguel Garcés, de Pelileo, tío del actual propietario. Comenzó la explotación de los bosques con unos indios de Baños que le sirvieron de peones"*. Ibid.

De este personaje narran los descendientes de las primeras familias de caucheros que se enriqueció rápidamente en base al despojo de otros pioneros. Precisamente del grupo de ecuatorianos que permanecieron en el Curaray y que fueron empleados de la antigua y ya desaparecida empresa de los Rogmanoli. En el intento por reconstruir las actividades de la hacienda, de manera impensada fueron despojados de ésta que fue antes propiedad de los italianos[65].

Lo que sucedió a todas luces fue que una oleada de inmigrantes de diverso origen, entre los que se contaron italianos, colombianos y peruanos contribuyó a la consolidación del proceso de surgimiento de las haciendas. En un proceso paulatino y no excento de violencia en un escenario que aún estaba bajo el dominio de las tribus consideradas bárbaras.

Los patrones de antiguo poblamiento, excepto en las riberas, no habían sido radicalmente modificados. De manera que, los perfiles étnicos antes descritos no habían resultado trastornados aún, en su esencia, a causa de la presencia y funcionamiento de las haciendas. No pasaría sin embargo mucho tiempo antes de que se anunciaran cambios definitivos en la medida en que nuevas oleadas de inmigrantes, unos ya convertidos en hacendados, intentaran por todos los medios, sujetar a las tribus locales.

Luego del episodio de los conflictos suscitados por Torres y el grupo de los que fueron empleados de Rogmanoli, éste regresó a Iquitos[66] De manera que, entre 1890 y 1891 el lugar permaneció abandonado hasta que los hermanos Garcés, Antonio y Luis, oriundos de Pelileo, sobrinos de José Miguel, emprendieron una nueva aventura en busca del caucho.

Estos se asentaron en el espacio que corresponde a la parte baja del Beleno o Villano[67]. Construido allí, en el rancho de su tío, la aldea de San Antonio donde de inmediato aproximadamente cuarenta familias Záparas[68] como parte de los acuerdos logrados con los hermanos recientemente llegados asentados a la localidad.

Esta era, de hecho, la última posición de los pioneros. Más abajo se encontraban los dominios de las tribus de los salvajes Záparos y Aushiris. Tanto así que otros migrantes que quisieron establecerse en los espacios subsiguientes murieron todos a manos de los guerreros de estas tribus[69].

Esta parece que fue una razón poderosa, acaso la única y definitiva, que explica la limitada expansión de los hacendados en estos espacios.

65 Fuentes, H. *"Loreto, Apuntes geográficos, históricos, estadísticos, políticos y sociales"*. En Hildebrando Fuentes, Obras. T. Ii. Lima, 1908. Apud.
66 Bravo, Loc. Cit.
67 Alomía, Loc. Cit.
68 Ibidem.
69 Granja , J. C. Nuestro Oriente, Quito, 1942. Apud.

Contrastaba con el Napo donde, en toda su ribera había florecido la propiedad hacendataria. Para 1906 fueron registradas veinticuatro propiedades de blancos y numerosos tambos indígenas que las servían[70].

Luego de explotar intensamente los bosques de Hevea en el Villano, los hermanos Garcés pasaron a buscar el producto en el alto Curaray donde ocuparon el sitio ubicado enfrente del Shishicuamoy, arriba del Arenaco. Este sitio fue reportado como parte de la hacienda de Luis Felipe Garcés quien había logrado sujetar como peones a veintinueve Záparos y a sus familias.

Hacia 1905, los hermanos Garcés habían logrado establecer relaciones comerciales con casi todos los Záparos del Curaray. Sin duda, la situación había cambiado desde los tiempos en los que ingresó, por vez primera, el primer Garcés, José Miguel. Este había llegado en el año 1891, desde Pelileo, junto con su sobrino, José Antonio, trayendo consigo algunos indios de Baños que sirvieron durante algún tiempo como peones de su hacienda.

En todo caso, a pesar de que los Záparo contaban con el respaldo de los Garcés, continuaron siendo objeto de la codicia de caucheros y comerciantes locales. A tal punto de intensidad llegaron las incursiones en sus territorios, especialmente de los Avijiras, que el Gobernador se vió en la obligación de impartir *"...severas órdenes a varios comerciantes del río Curaray a fin de que abstengan de cometer extorsiones con los indígenas de las tribus Záparos y Aushiris"*[71].

Trece años después, en 1904, el pionero José Miguel fue asesinado por uno de sus sobrinos, Abel Vaca, en su hacienda bautizada como La Libertad, localizada hacia el bajo Curaray. A su muerte, su sobrino José Antonio quedó como dueño de sus propiedades y peones. Este, a causa de la permanente disponibilidad de mercancías de la que siempre se aseguraba, había logrado cierta hegemonía local.

No solamente había logrado reunir un importante contingente de trabajadores provenientes de las tribus Zápara, Curaray y Huitoto[72], sino que, además, mediante intercambios comerciales había creado redes de lealtades con las tribus beligerantes que amenazaban la integridad de otros caucheros.

Vaca, pariente de Garcés a quien asesinó, era otro hacendado pionero. Figura a comienzos de siglo como propietario del fundo antes mencionado. Este se encontraba localizado por la ribera izquierda del Curaray, abajo de Quéramo. Contaba esta hacienda con veintitrés peones y sus familias debidamente registrados. La

70 *"Se admira uno que el Curaray, con una navegación sin peligros, de márgenes tan fértiles y hermosas, no estén pobladas como las del peligroso Napo. En este río desde Pucaurcu hasta el Aguarico existen más de 24 propiedades de blancos y gran número de tambos indígenas"*. Alomía, Loc. Cit.

71 Ibidem.

72 *"Al tío le sucedió el sobrino y a los indios de Baños otros de las tribus Zápara, Curaray y Huitotos, los actuales moradores. José Antonio puso al fundo su nombre actual. Garcés había venido con su tío desde Pelileo en 1891; su tío José Miguel había sido asesinado en 1904 por su sobrino Abel Vaca en el fundo La Libertad, situado en el curso inferior del Curaray. A pesar de que el finado dejaba en Pelileo esposa e hijos, José Antonio se quedó como dueño y señor del recinto. Garcés tenía grandes provisiones y proveía a sus indios que le pagaban su valor triplicado en caucho"*. Alomía, Loc. Cit.

hacienda tenía aproximadamente ciento veinte hectáreas dedicadas a cultivos y una producción anual estimada en quinientos quintales de caucho[73].

Abel Vaca fue promotor de graves incidentes en contra de otros hacendados. Además del asesinato de Garcés estuvo implicado en el intento de asesinato contra Roggeroni, otro italiano. En un momento determinado había incendiado sus almacenes. Poco tiempo después, en una de sus correrías por el Curaray, murió a manos de algunos rebeldes Záparo junto con su compinche Pedro Arcos, dueño de la hacienda localizada sobre el Namoyacu[74].

Samuel Roggeroni, Guayaquileño de nacimiento e italiano de origen, tuvo una presencia episódica en el escenario del Curaray. Su hacienda El Mirador apenas registraba siete peones y sesenta hectáreas de cultivo; pero la producción anual de balata llegaba a los mil seicientos quintales. Era, sin duda, junto con José Antonio Garcés y Sandoval uno de los potentados locales; su capital estaba estimado en aproximadamente cuarenta mil sucres.

Su propiedad estaba ubicada sobre la margen izquierda del Curaray, en el Aucayacu, a unos veinte kilómetros de la bocana del Cononaco. Su innovador sistema no se basaba en el mantenimiento de numerosas cuadrillas de peones. Consistió en la contratación de Záparos libres con anticipos que eran liquidados a la entrega de la balata[75]. Sin embargo otros testimonios podrían desmentir este aserto, pues algunos recuerdan que llevó consigo a más de cuatrocientos peones para formar su hacienda en el sitio denominado Pucabarranca[76].

De todos los hacendados José Antonio Garcés fue quien más presionó para lograr una significativa consolidación del régimen de propiedad del sistema local de haciendas. De hecho, en 1905, un año después de la muerte de su tío, fue nombrado Jefe Seccional ad honorem por el entonces Ministro del Interior, Luis Martínez, lo que le permitió poner en funcionamiento diversos mecanismos cohercitivos[77] para afianzar su poder. El mismo año fue nombrado Teniente Político de la Parroquia San Antonio del Cantón Curaray[78].

Había razones de sobra para estos sorpresivos nombramientos. El hacendado era, con mucho, el más poderoso del Curaray. Su posición como autoridad gubernamental le permitía actuar impunemente y extender, de esta manera, su poder.

Tenía como peones a cincuenta familias indígenas concertadas entre los que se contaban algunas de filiación Kichwa, otras, Záparo y pocas

73 Bravo, Loc. Cit.

74 Ibidem.

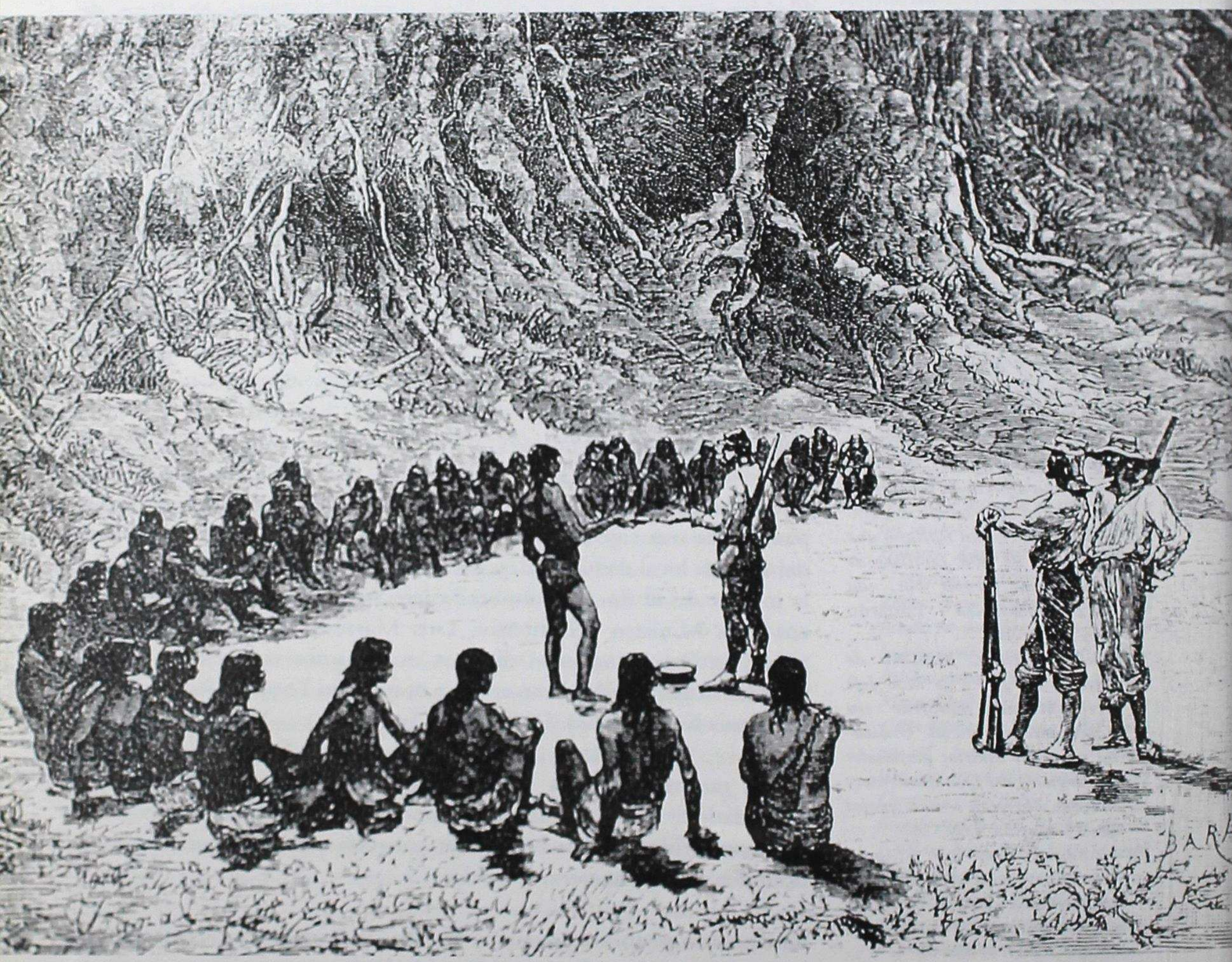
75 *"...Roggeroni, italiano, nacido en Guayaquil donde residía su madre y familia. Con su educación, método y energías, se había labrado una fortuna, empleando distinto sistema del que usan los demás ribereños, entre los cuales tenía envidiosos. Por esta razón la califica como la segunda propiedad en cuanto a capital, con 40.000 sucres. Situada a la izquierda del Curaray, en el río Aucayacu, 20 kms antes de la bocana del Cononaco. Dice no tener más que 6 indios voluntarios, todos los demás los contrata cada año por su trabajo. Los seis peones libres eran sus constantes compañeros, los mantenía bien comidos y vestidos, cuidaban de él y vigilaban a los demás indios. Cada año Roggeroni liquidaba las deudas de éstos, hacía una especie de fiesta y los despachaba satisfechos".* Ibidem.

76 *"Roggeroni era un italiano que bajó más de 400 familias de indios para formar hacienda en Pucabarranca".* Eduardo Vega, entrevista.

77 *"Luis Martínez, Ministro de Oriente en 1905, lo hizo Jefe seccional ad honorem sin nombramiento oficial. Utilizaba para sus asuntos personales los servicios del Destacamento y muchos ribereños tenían quejas de él".* Alomía, Loc. Cit.

78 Nómbrase al sr. José Antonio Garcés para teniente político de la parroquia de San Antonio, Cantón Curaray. R.O. nº 17, Quito 26/09/1905.

Convenio con los Indios Sunos. Vignal. Dibujo, Wiener. Detalle.



Cofán, aparte de ochenta guerreros Záparo que le servían como brazo armado para conseguir nuevos peones en sus incursiones por los tributarios del Curaray[79].

En la propiedad de su padre, San Antonio, mantenían los hermanos Garcés a setenta peones. José Antonio, el menor de los hermanos había logrado, por su parte, diversificar sus actividades económicas; combinaba por igual la recolección del caucho y la tagua con el cultivo extensivo del arroz y algodón.

Mantenía un numeroso hato ganadero[80], a la vez que cazaba animales y vendía pieles de tigre, nutria y lobos marinos. Explotaba, por igual, los árboles de cedro que enviaba, por ruta fluvial, a Iquitos donde había demanda estable del producto y era altamente cotizada en los mercados regionales esta madera[81].

Para mantener activas estas líneas de producción contaba con abundantes peones. Para comienzos de siglo se estimaba que *"La población fija de Antonio [era] de 156 habitantes, [además] de unos 300 que se hallan trabajando en los bosques y entre 200 ó 300 que afluyen a lo largo del año de otras partes"*[82].

De hecho fue el primero - y acaso el único hacendado local - que inició el proceso de consolidación de la gran propiedad hacendataria. Antonio Garcés vivía en su fundo conocido como San Antonio. Era el menor de los hermanos descendientes de José Miguel, conocidos localmente como los Garcés de Arica, junto con sus hermanos Ubaldo, Luis Felipe y Enrique.

Su fundo lo había ampliado por ambas márgenes del Curaray a lo largo de los veinte años de posesión. En el año 1907, en una comunicación dirigida al Jefe Político del Cantón Curaray, expresaba su deseo de obtener el título de propiedad correspondiente a las tierras que pertenecían a su hacienda, San Antonio[83].

La propiedad de Garcés comprendía, de acuerdo con los cálculos realizados por el Jefe Político[84], unas doscientas hectáreas que se distribuían *"...a lo largo de 5 kms del río en ambas márgenes hasta Loritocachi en la parte inferior y el río Namo en la superior"*[85].

La iniciativa de Garcés no surgía de simple necesidad de establecer límites a sus propiedades. Las expectativas provocadas en la sociedad local por las noticias del proyecto de construcción del ferrocarril hasta el Curaray habían desatado una abierta y hasta brutal competencia entre los hacendados por controlar los espacios ribereños.

79 *"Garcés en San Antonio tenía más de 50 familias indígenas y además como 80 Záparos que había conquistado (él sabía hasta el idioma), era la hacienda más poderosa"*. Eduardo Vega, entrevista.

80 *"Por eso nosotros nos vinimos del Curaray. Entonces la mejor vaca valía 50 sucres y el mejor toro 100"*. Ibidem.

81 Reeve, M.E. Los Quichua del Curaray, Abya Yala, 1988, p. 37.

82 Jefatura Política del cantón Curaray, 15/01/1906. Informe firmado por V.M. Bravo.

83 San Antonio, 01/08/1905. Registro Oficial, N 326. Ministerio de Hacienda, marzo 13, 1907.

84 Jefatura Política del cantón, Curaray 12/10/1906. Edicto con el que el Jefe Político, M. Oliva y el s secretario, R. Terreros G., hacen saber la denuncia de la propiedad.

85 Ibidem. El fundo San Antonio, de acuerdo con el croquis elaborado por su propietario comprendía por el norte y noreste con las quebradas Jandia yacu y Tuquimo; por el sur con el Pindoyacu o Yanarumi; por el este y sureste con el curso del Curaray hasta la desembocadura del Maranaco y Ayamo; y por el oeste, con el mismo curso hasta el río Namo.



La inciativa de Garcés por delimitar su hacienda en el Curaray había puesto en posición incómoda a otros hacendados. De tal manera que surgieron algunos reclamos que señalaban con preocupación el monopolio que significaría la adjudicación de la enorme superficie de tierras al hacendado más poderoso de la zona.

Varios años duraría este litigio que experimentó cambios substanciales en sus planteamientos originales. Aún en el año 1912, un informe de la parroquia Río Tigre señalaba que, aunque el terreno denunciado era baldío, no por ello provocaría, de adjudicárselo al denunciante, graves perjuicios a varios habitantes de las riberas e incluso al fisco[86].

Lo que había sucedido es que ya no se trataba unicamente de las doscientas hectáreas inicialmente denunciadas. Las ambiciones del hacendado habían crecido a medida que se prolongaba el litigio hasta el punto en que *"La extensión de terrenos solicitada por el peticionario Sr. Garcés (resulta) incalculable en miles de hectáreas puesto que abarca la mayor parte de la parroquia de mi jurisdicción inclusive la misma posición de García y de todos los residentes del Namo, etc."*

Concluye la comunicación informando al Ministerio del Interior que se había procedido a poner punto final al litigio previo anuncio público para lo cual *"Se fijaron los carteles en los lugares más públicos de la parroquia y por el tiempo que la ley determina"*[87].

Años antes, Garcés escribió, en defensa de sus pretensiones, una carta dirigida al Ministro de lo Interior en la que hacía un recuento de sus méritos patrióticos tanto en lo que se refiere al control de las tribus bárbaras cuanto a contener el avance de los peruanos[88].

San Antonio no era la única propiedad que Garcés había logrado consolidar. Otra, bautizada como El Descanso estaba localizada en la ribera derecha del Curaray, inmediatamente contigua a la de Llori, la hacienda Bolívar. Garcés, a diferencia de su hacienda San Antonio, apenas si mantenía en esta propiedad a tres peones con cultivos que no llegaban a las quince hectáreas[89].

Más que otros hacendados, Garcés combatió con singular tenacidad a los aucas[90] con los que nunca llegó a establecer relaciones de intercambio; posiblemente mantuvo actitud beligerante, puesto que era su firme propósito el esclavizarlos y capitalizar así la fuerza de trabajo que constituía el valor fundamental de la economía hacendataria.

Personaje destacado por su riqueza y sus acciones, de acuerdo con las versiones que circulaban en la localidad, había logrado acumular una

86 Carlos Jácome, desde la parroquia principal Río Tigre, antes García, escribe refiriéndose a la solicitud de tierras de José Antonio Garcés. 12/04/1912.

87 Ibidem.

88 *"Hace ya 20 años me establecí en esta región y después de soportar las mayores penalidades y persecuciones de parte de los misioneros, he logrado formar una reducción ya algo numerosa de Záparos, tribu cuya ferocidad es bien tradicional. De no concederla mis intereses sufrirán un gran menoscabo con el ferrocarril a San Antonio, pues la ambición me despojará de tan halagador sitio que ha sido cultivado por mi y ha adelantado por mi asiduidad y constancia evitando así aun el avance peruano".* Registro Oficial, marzo 1907.

89 Bravo, Loc. Cit.

90 *"Tenía gente Quichua, Zápara, Cofán; cuando iban al monte se enfrentaban a los aucas y se mataban mutuamente. Los aucas tenían solamente lanza, pero los trabajadores iban todos con carabina, mataron a bastantes hasta que dejaron trabajar en paz a la gente... En la hacienda sufrimos varios ataques, mataron también gente, se llevaron machetes, en cambio la ropa no, la quemaban. Los de la hacienda fueron en busca de ellos y los conquistaron, venían desnudos, las mujeres traían una especie de hojitas de lisán como falditas. Pero éstos no eran bravos, habían vivido en haciendas como la de Cox, Abarca; éstos les capturaban en sus correrías, de pequeños les llevaban y les iban criando, ahora se escaparon por los malos tratos".* Hilda de Garcés, entrevista.

gran fortuna tempranamente. Narraba la leyenda local que había entrado al Curaray de 25 años con gente a la que dedicó a lavar oro en el Villano. En los años siguientes terminó por dedicar sus esfuerzos a la explotación de la balata[91].

A esta leyenda se sumaron otras acerca de personajes que poseían increibles riquezas. Unas referían inconcebibles riquezas acumuladas por hacendados emprendedores como Bohórquez, Cox y San Miguel[92]. El primero pertenecía a una oleada posterior de inmigrantes. Había llegado como administrador de la hacienda Queramo de Ignacio Peñafiel. Gracias a su astucia y al apoyo del coadministrador, Urvina, ambos habían logrado quedarse con esta hacienda.

Una apreciable adquisición a la que luego le cambiarían de nombre por el de Sucre[93]. Mantenía otra hacienda, llamada Bellavista en las riberas del Curaray que no duró mucho tiempo pues los Bohórquez pasaron a vivir en el Yasuní.

Registraba esta hacienda setenta y cuatro peones, ciento treinta hectáreas de cultivo y una producción anual de balata estimada en ochocientos quintales. Estaban incluidos entre los peones algunos de la tribu Secoya o Encabellado - los denominados Piojé - así como algunos Záparo[94].

Entre conspiraciones y golpes sorpresivos se fue labrando la imagen de riqueza abundante y poder de los hacendados. Al punto que una leyenda que aún circula entre las actuales poblaciones locales narra los siguiente: *"... un hacendado tenía un gran saco lleno de oro, un saco hecho de oro puro. El saco estaba hecho de monedas de oro peruanas y de billetes. Se cuenta que todo ese dinero lo ganó con el caucho. Antes de morir enterró su tesoro cerca de la hacienda. Para descubrirlo sus hijos tomaron huanto, pero como no eran runas no pudieron ver nada, sólo les mostró una llama ardiente..."* [95].

Muchos años después variantes de esta leyenda se habían convertido en elementos de referencia para dejar constancia de las vicisitudes de los hacendados. De José Antonio Garcés contaba una de sus descendientes que *"Murió al regreso de Europa, murió y está enterrado en el Curaray junto al oro. El hizo enterrar primero el oro y después escogió una partecita para ser enterrado. Mi tía la conoce, pero no sé si vivirá. Ella vive en Lima y me manda a decir que vaya a recogerlo, pero otros aseguran que el río ya se llevó toda esa parte".*

La verdad, sin embargo, fue otra. A la muerte del hacendado José Antonio Garcés, en 1921, sus propiedades quedaron en total

91 Ibidem.

92 *"Había otras haciendas de Bohorquez, Cox, San Miguel, pero mi abuelo era el más rico... algunas, iban por el oro como yendo a la guerra, todos armados de carabinas".* Ibidem.

93 *"Según Gamboa varias familias aucas a su servicio huyeron a la selva".* Gamboa, Entrevista.

94 *"..administrada por la sociedad Urvina-Bohórquez,ecuatorianos que después fueron los propietarios. Situada en la boca del Queramo en el Curaray, margen derecha. Tenían ocho ranchos de indios Piojés; otros Záparos vivían en la orilla opuesta".* Bravo, Loc. Cit.

95 Reeve, Op. Cit., pp. 48-49.

abandono. Sus descendientes fugaron todos hacia Iquitos y, en poco tiempo, incluso sus hatos ganaderos fueron exterminados por la plaga de murciélagos vampiros que infestó la zona[96].

Situación contrastante con el poder logrado por la familia. En efecto, la red parental de los Garcés amplió su espacio de influencia hacia el Napo. En los entornos de la desembocadura del Aguarico mantenían propiedades con los Torres, sus parientes, a causa de un matrimonio.

Hacia allá habían migrado un grupo de Záparos que fueron posteriormente a vivir en Pantoja luego que fueron sacados del alto Tigre a donde habían huído desde el Curaray[97].

Otra de las haciendas de la red familiar se encontraba ubicada a poca distancia de la desembocadura del río Villano en el Curaray. Este fundo, propiedad de Luis Felipe Garcés, hermano de José Antonio contaba con veintinueve Záparos, considerados peones permanentes de la hacienda[98].

A pesar de los lazos de parentesco y de procedencia, los miembros de la clase de los hacendados estaban, sin embargo muy lejos de actuar consensuadamente. Unos mantenían prudente distancia de un personaje que, como José Antonio Garcés, presionaba por ejercer un dominio absoluto sobre las tierras disponibles.

Otros, como el caso de Tomás Sandoval, de Pelileo al igual que los Garcés, y tío materno de José Antonio procuraron mantenerse alejados del escenario del poder político. Un total ostracismo vivió Sandoval en su hacienda El Retiro en el Cononaco. Mantenía a setenta y dos peones, unas ciento dieciséis hectáreas de chacras, aunque descuidadas, y una producción de ochenta quintales anuales de balata.

Sus peones, de origen Záparo, eran conocidos como grandes guerreros. Al mando del hacendado habían rechazado un ataque sorpresivo de los Huamboya, enemigos reputados de los Záparo. Su mayor hazaña ocurrió cuando para recuperar a su conviviente, una mujer Zápara, atacó al campamento de sus enemigos, con el resultado de su suegro y curaca de su gente muerto en combate[99].

Otros hacendados, en cambio, trataban de mantenerse a flote en el escenario del conflicto por el poder: intentaban a toda costa poner fin a sus abusos. Recurriendo a las autoridades provinciales buscaban cobrar sus deudas así como recuperar a sus peones que habían sido cooptados por Garcés haciendo uso de sus influencias como autoridad informal y de sus numerosos y variados recursos.

96 *"A la muerte de José Antonio Garcés, el año 1921, vino un descuido total de todos los hijos, cada uno abandonaba robándose una muchacha y yéndose hacia Iquitos, el cuidado ya no existió. Los murciélagos acabaron con la ganadería... Durante la guerra esa hacienda prácticamente no existía porque estaba acabada".* Eduardo Vega, entrevista.

97 *"Por la parte del Tigre decía que había un grupo de unos 60 hombres a raíz de la guerra, habían sido de patrón pero por los malos tratos huyeron".* Hilda de Garcés, entrevista.

98 *"A una hora de distancia de la embocadura del Villano en el Curaray, se halla el establecimiento de un Sr. Luis Felipe Garcés, quien tiene empleados en el trabajo del caucho, 29 Záparos".* Magalli, Op. Cit. p. 29.

99 *"Ya mayor, tenía a su lado a una Zápara joven. No se relacionaba bien con los otros hacendados, excepto con Roggeroni de quien era acreedor. Tenía las chacras descuidadas. En 30 años en El Retiro nunca bajó a Iquitos y sólo había visitado dos veces a Garcés por una trocha. Blancos 2h: indios 42 h y 30m. 116 has cultivadas y 80 quintales de caucho anuales. A la cabeza de los Záparos había rechazado por tres veces el ataque de los Huamboyas, tribu enemiga de los Záparos. En el ataque que hicieron al campamento de los enemigos murió el jefe Záparo, padre de Tomasa, a quien salvó del poder de los Huamboyas que la tenían cautiva".* Bravo, Loc. Cit.

El liderazgo que José Antonio Garcés mantenía entre los hacendados locales así como entre grupo hegemónico de su parentela acabó sólo con su muerte. A partir de este momento una misteriosa crisis coyuntural afectó a la hasta entonces floreciente economía del sistema.

Incluso las temibles epidemias de fiebre amarilla y viruelas se propagaron por el amplio escenario de las haciendas del Napo como si hubieran sido anunciadas por su muerte. La crisis y las epidemias hicieron lo suyo contribuyendo al momentáneo despoblamiento de la zona[100].

Ante la evidencia de estos hechos una célebre reunión fue convocada por los hacendados locales. Esta tuvo lugar en la simbólica aldea de San Antonio el 3 de marzo de 1906. Estuvieron presentes los hacendados locales y sus peones. Se destacaban Samuel Roggeroni, Gabriel Izurieta, quien tenía propiedades también en el Napo, Secundino Urbina y Eliseo Bohórquez, los dos empleados de Ignacio Peñafiel[101].

En esta circunstancia se habría evidenciado el verdadero alcance del poder de los hacendados. Ante los nuevos inmigrantes que comenzaron a poblar otros espacios de las riberas, ante la terminación de las manchas naturales de Hevea y, sobre todo, ante su debilidad frente a las tribus indias que aún dominaban en estos territorios y que impedían la expansión de la actividad cauchera.

Los hacendados confiaban en su capacidad para controlar a sus peones y, eventualmente, establecer alianzas puntuales con los pioneros que pugnaban por afianzar sus posesiones. Basaban su estrategia para derrotar a las tribus bárbaras en estas fuerzas. Era, sin embargo, imposible contar con las fuerzas militares, puesto que los destacamentos apenas si podían sostener sus reducidos efectivos.

El Destacamento de San Antonio que contaba con quince individuos de tropa y un oficial al mando, para el año 1905 permanecía abandonado por completo[102]. El oficial encargado de la guarnición del Aguarico, Bravo, conocedor de la situación en extremo crítica que impedía el afianzamiento de los hacendados y, por lo tanto, la presencia de ecuatorianos en las zonas fronterizas[103], intentó reforzar estas posiciones una vez que había sido nombrado Jefe Político. Aún esta medida extrema fue imposible de aplicarla debido a la inestabilidad política reinante en el país[104].

Las posiciones del poder local también habían sufrido mermas considerables en su órbita de influencia. Una epidemia había acabado en poco tiempo con la escasa población de la aldea de San Antonio que, apenas un año antes, en 1904 se reportaba con un centenar de habitantes[105].

100 *"Mucha gente de la hacienda (de Garcés) murió después, cuando el patrón ya no estaba, con fiebre amarilla y viruela. Todo el río estaba abandonado"*. Ibidem.

101 *"...se reúne con sus hombres y los de Samuel Roggeroni y Gabriel Izurieta en S. Antonio con Bravo. También llegan Secundino Urvina y Eliseo Bohorquez, empleados del señor Ignacio Peñafiel. Ninguno quiso hospedarse en casa de Garcés"*. Alomía, Loc. Cit.

102 *"...En abril de 1905 recibimos la orden de retirarnos hasta Quito en cumplimiento del convenio Pidal-Valverde-Cornejo, esta orden ni siquiera llegó al Destacamento del Curaray abandonado por todos"*. Bravo, Loc. Cit.

103 *"Garcés les dio comida hasta que una lancha peruana bloqueó el comercio en mayo de 1905"*. Alomía, Loc. Cit.

104 Bravo, Loc. Cit.

105 Fuentes, Op. Cit. Apud.

De todas maneras y aún con la oposición de los primeros hacendados otras propiedades se habían consolidado, fundadas por nuevos inmigrantes de origen colombiano y peruano. Para 1906 fueron registradas las de Bolívar, de Armando Llori de orígen colombiano con setenta y cuatro peones, ochenta hectáreas cultivadas y ochenta quintales de producción de balata por año. Estaba situada en la ribera izquierda cerca de la bocana de un río que era el desagüe de la laguna de Mandicocha[106].

Otra propiedad era conocida como Vista Alegre. Su propietario, José Preciado, igualmente colombiano, contaba con apenas cuatro peones; pero registró ciento doce hectáreas de cultivo y una producción de cien quintales de caucho por año[107].

El fundo llamado Tipisca del Arabela, localizado a la ribera derecha del Curaray, estaba registrado como propiedad de Patricio Mosquera, peruano, quien estaba dedicado a la producción de caucho, fariña y mantenía diversos cultivos comerciales.

El Porvenir era propiedad de Pedro Silva, ecuatoriano. Con quince peones, treinta hectáreas cultivadas y doscientos quintales de producción cauchera por año. Para 1906 está ubicada en la bocana del Namo; pocos años más tarde, figura en un punto localizado arriba de la desembocadura del Ashnayacu o Indillama, cerca de Ceilán y de la desembocadura del Cononaco[108].

Finalmente hay que citar la hacienda El Derecho. Fundo creado por Bravo en 1906, que figura como propiedad del estado ecuatoriano. No registró pobladores; contaba con apenas dos hectáreas cultivadas. Estaba situada en la boca del Cononaco en el Curaray, margen izquierda[109].

En este registro de haciendas es preciso citar nuevamente la hacienda del osado aventurero Pedro Arcos. Ubicada en el Namo, había quedado en posesión de su viuda, Zoila, puesto que su esposo y Abel Vaca[110], según se dijo antes, fueron muertos por sus indios del Curaray a causa de sus malos tratos para con ellos[111].

No fue éste el único frente de avance de las haciendas. Varios establecimientos comerciales y propiedades de hacendados se habían posesionado de las rutas fluviales como el Tigre y el bajo Napo.

Precisamente hacia los mismos años, en 1890, el sacerdote misionero Magalli reportaba que hacia el Marañón, aguas abajo desde la desembocadura del Tigre, algunos hacendados mantenían a peones Záparo; al mismo tiempo que organizaban con éstos incursiones hacia

106 *"Bolívar: Propiedad de Armando Llori A., colombiano. Situada a la izquierda del Curaray, en la boca de un río sin nombre que va a dar en la laguna Mandicocha"*. Bravo, Loc. Cit.

107 Ibidem.

108 *"...situada en la bocana del Namo en el Curaray, a mano derecha"*. Ibidem.

109 Ibid.

110 Manuel Rosales, desde la tenencia política de San Antonio del Curaray, escribe con fecha 27/06/1916: *"a fin de evitar la dificil navegación que presenta el río Curaray, desde la desembocadura del Oglán hasta este pueblo debido al poco caudal de agua, acabo de construir un camino que de aquí conduce a dicha desembocadura que podrá tenerse como puerto de este pueblo..."*

111 Bravo, Loc. Cit.



La Presidencia de Quito y Cédula Eclesial de 1802. Morales, Op. Cit. Tabs. 50-51.



los territorios de algunas poblaciones dispersas o en fuga por los pequeños afluentes de los ríos principales[112].

Al parecer otras haciendas caucheras florecieron por el Pastaza, aguas abajo. La misma situación de abandono afectaba entonces a la aldea de Andoas así como a los asentamientos del Bobonaza, Pacayacu y Sarayacu.

De hecho, la demanda de peones en este frente de expansión de las haciendas, fuertemente apoyado por los capitales de Iquitos y Manaos, habría provocado migraciones forzadas lo que explica, según las cartas del Vicario Apostólico[113], el despoblamiento del Curaray, el alto Tigre y el Bobonaza.

Un comercio siniestro se había implantado en estas cuencas en base a la persecución implacable a las tribus antes sujetas a la aldea de Andoas. Según pudo averiguar el misionero Magalli, *"...otra razón por la cual se destruyó Andoas es porque los comerciantes suelen robar los zaparitos e irlos a vender en Iquitos y el Pará"*[114].

Los numerosos comerciantes caucheros - casi mil - habían empleado todas sus argucias para endeudar a la totalidad de los pobladores de la aldea de Andoas que habían logrado escapar de las correrías organizadas para capturas de esclavos.

Al tiempo del viaje del misionero apareció la aldea completamente destruída debido a que algunos de sus pobladores habían huído asentándose en otros lugares y otros habían sido sometidos y esclavizados para dedicarlos a la recolección del caucho[115].

Aparte de las incursiones de los caucheros decidió la suerte final de Andoas un ataque sorpresivo de los guerreros Achuar. La reconstrucción de la antes próspera aldea se inició con la llegada del misionero que recibió el apoyo incondicional de uno de los comerciantes caucheros del Tigre, un tal Leoncio Ross. Algunos de sus antiguos habitantes retornaron luego de abandonar las haciendas de ese río[116].

Para entonces, es probable que la presión sobre las tribus en el segmento noroeste de la cuenca haya llegado a niveles en extremo críticos. Al parecer fue común que algunos de estos comerciantes del Tigre en sus correrías hacia sus cabeceras, hacia el Pinduc y el Conambo, hayan encontrado varias tribus de salvajes que posiblemente huían, sin dirección precisa.

Entrampadas entre las correrías que organizaban los comerciantes desde los cursos bajos de los rios y la ofensiva desatada por los nuevos

112 Magalli, Op. Cit. P. 234.
113 Ibidem.
114 Id., p. 30.
115 *"El pueblo de Andoas se halla completamente destruído y hay absoluta necesidad de redificarlo. La desgracia está en que el motivo de la destrucción y absoluto abandono de ese pueblo dos años a esta parte es debido a los comerciantes de caucho, los cuales han comprometido toda la gente de Andoas (excepto los que han logrado de huída remontarse a los bosques) para el trabajo de dicho artículo a las orillas del Tigre. De suerte que hoy en día, residen junto al río Tigre cerca de mil comerciantes caucheros"*. Ibidem.
116 Id. Pp. 29-30 y 74.

propietarios de haciendas en los cursos altos, las tribus que habían permanecido marginales al escenario de la violencia se vieron obligadas a presentar batalla. Fue así como se supo de algúnas tribus hasta entonces desconocidas.

Narra el misionero que, habiendo sido capturado por uno de estos comerciantes un niño, sorprendió a todos el descubrir que la lengua en la que profería gritos o insultos o intentaba comunicarse no correspondía ni al Jíbaro ni al Kichwa ni al Záparo[117].

Las tribus Záparas aparecían, según se ha dicho, en extremo reducidas para este período de intensa violencia. Los asentamientos locales correspondían a los ríos Cundino, Sapino[118] y Yahuate yacu[119]. Estos mantenían relaciones relativamente estables de intercambios comerciales con José Antonio Garcés. Su reputación de feroces guerreros y su prestigio de caníbales, sin embargo, alejaba a otros hacendados y comerciantes.

Estos bajaban por el Nushiño hasta el Patoamo, tributario del alto Curaray donde presumiblemente estaba ubicada la hacienda de Garcés. Los más numerosos fueron los de Yahuateyacu que *"... tienen varios caseríos dentro del bosque...; están divididos en varias familias las cuales parece no tienen relación ninguna de amistad entre sí.... Viven completamente desnudos y tengo sospechas de que son familias desprendidas de los Shiripunos"*[120].

Una descripción de estos Záparos establecía que eran de color bronceado, más bien blanco, con *"...facciones regulares, ojos negros y a veces garzos, cabellos muchas veces castaño..."*[121]. Su atuendo consistía en una tela de *"...corteza tundida (igual) que los de Aucaquebrada y de la frente para arriba, hasta la coronilla, se cortan el pelo de raíz, dejando la cabeza medio desnuda y con la cabellera larga en todo el contorno posterior, de una sien a otra"*[122].

Posiblemente su lengua resultaba extraña a los oídos de un hispano no así para un italiano debido a la familiaridad de las consonantes. Un testimonio registró esta impresión: *"El dialecto que usan es casi inarticulado en lo absoluto, siendo por esto la conversación animada de alguno de ellos como los ladridos de una jauría. Muchos de estos bárbaros son de talla robusta, de continente noble, abundante barba, color bastante blanco, amarillecido por la vida selvática, cabello castaño y ojos cerúleos"*[123].

Es posible que las mismas tribus hayan sido atacadas continuamente por los caucheros del Napo que acostumbraban organizar incursiones a estos territorios. En tres o cuatro de estas acciones armadas

117 *"En las diversas quebradas de los afluentes del Tigre, recorridas por los comerciantes indicados, se ha topado con tribus de salvajes completamente desnudos, que jamás han visto gente y que, al verla, han huído despavoridos. Mas Leoncio Ross alcanzó un día a coger a un chicuelo en el bosque; y cosa rara! el tal chicuelo habla un dialecto desconocido que no es ni el Jíbaro ni el Záparo ni el Quichua, ni siquiera es algo parecido a estos idiomas"*. Ibidem.

118 Actualmente Tzapino.

119 *"Los Záparos de los ríos Cundino y Sapino y los bárbaros del Yahuateyacu que bajan hasta el Patoamo, siguiendo el curso del Nushiño. Tienen genio duro, son astutos, traidores y valientes, manejan con suma habilidad las armas de fuego. Tratan muy ligeramente con los comer-ciantes del Najao [Napo?] y algo más con Antonio Garcés del Curaray; los varones son temibles por su ingénita propensión al asesinato"*. Alomía, Loc. Cit.

200 *"En 1904 conocí un indio shiripuno tomado en un asalto a esta tribu, al norte del río Nushino. Tenía el cautivo barba y cabellos largos y completamente blancos, pero llevaba su dentadura intacta, terso el cutis, la voz fresca, los miembros robustos, prontos y expeditos, la mirada viva y ardiente, y espíritu desembarazado y enérgico. Este indio, a calcular por los infinitos casos de longevidad que encontramos en nuestro Oriente libre, no puede haber tenido menos de 130 años"*. Ibidem.

120 Ibid.

121 Ibid.

122 Ibid.

123 Ibid.

"...siguiendo el ejemplo de los peruanos, han asaltado a estos infelices ... los han despojado y asesinado, incendiándoles antes sus hogares"[124].

Una de estas incursiones fue liderada por un peruano de apellido Baquero[125], *"...agente de un cauchero ecuatoriano en el Napo*[126] *en uno de esos salteamientos, después de matar a muchos yahuateyacus, apresó a un anciano de talla media, barba blanca y semblante respetable"*[127].

El incidente no era sino una muestra de la situación de guerra generalizada que se vivía en la cuenca del Napo como consecuencia de las incursiones contínuas de los caucheros que requerían peones para consolidar sus actividades en sus haciendas.

Otros asentamientos Záparo, el de los conocidos como Arabela[128] se habían convertido igualmente en blanco de los ataques de los caucheros. A tal punto que éstos *"... en otro tiempo mansos de corazón y de buenas disposiciones para el comercio con los caucheros..."* se habían convertido en feroces guerreros, enemigos irreconciliables de los blancos por las injusticias cometidas en contra de su gente.

Las evidencias de esta estado de guerra estaban a la vista de los viajeros y comisionados: *"Remontando el Curaray se llega a la boca del Arabela, frente a la que se hallan las ruinas de dos establecimientos caucheros poco ha abandonados por los ataques de los salvajes"*[129].

Igualmente, hacia la confluencia del Nashiño en el Cononaco se encontraban aún signos de la aldea que alguna vez existió en este sitio y que había sucumbido ante los insistentes ataques de las tribus bárbaras que divagaban por los entornos[130].

Otras cuadrillas armadas de los caucheros, en este caso peruanos que recorrían el alto Tigre, también se habían convertido en factores de extrema inquietud para los Arabela que se veían acosados al oeste desde el alto Curaray; por el norte, desde el Napo y el sur, por las avanzadas de los caucheros que incursionaban por el alto Tigre[131].

Hacia el bajo Curaray, desde la desembocadura del río Arabela, se identificaban un conjunto de asentamientos locales, posiblemente de las tribus Záparas. Uno de éstos, en Aucacocha[132], otro en Vacacocha, localizados en las lagunas del mismo nombre; al norte de estas lagunas, los Pucacuro[133]. Y al norte de éstos, un segmento desconocido.

Hacia la margen opuesta, los Avishiris, en Avishiri yacu y otros que ocupaban el vasto espacio formado por el ángulo delimitado al norte

124 Continúa el relato: *"Esta bárbara hostilidad se ha procurado ocultar a nuestros Gobiernos porque no es provechosa para el comercio, no conduce a la civilización, sino al encono implacable, a la intranquilidad, a la ferocidad, al exterminio, al salvajismo"*. Ibid.

125 Mario Rivera, Jefe Político del cantón Napo-Curaray escribe al Teniente Político del Cononaco: *"José Antonio Baquero solicita la recaudación de 20 peones prófugos... Consecuente con mi orden... relativa a establecer el principio moral de que peones prófugos deudores sean restituidos al poder de sus primitivos patrones hasta que devenguen lo que deben, o en cambio paguen las deudas contraidas..."*. 08/18/1924.

126 Torres, entrevista.

127 Alomía, Loc. Cit.

128 *"...a las orillas del Arabela hay muchísimas familias de indios llamados, como su río, Arabelas... se parecen mucho a los Záparos, por el genio y hasta por el dialecto, y no sería extraño tuviesen parentesco"*. Ibidem.

129 Juan Ibarra, Loc. Cit.

130 *"En el espacio que media entre Cononaco y Nasciño, hay un pintoresco pueblo, abandonado por sus habitantes víctimas de frecuentes ataques de los salvajes contra los que no tenían protección alguna, lo que ha obligado a sus vecinos a replegarse de la boca del Cononaco"*. Ibidem.

131 *"Los corredores, mandados por el Perú con el nombre de caucheros hasta el Tigre, acosaron de continuo a los Arabelas y les hicieron concebir odios y venganzas tales que hoy parecen indomables..."* Alomía, Loc. Cit.

por el Napo y el Curaray, al sur. Estos eran conocidos como Avishiris de Rodas porque este cauchero, de nombre Juan, había logrado que aceptasen servir como peones en su hacienda El Carmen[134].

Este personaje había extendido sus redes comerciales hacia los Záparo y los Piojé[135] y cerca de su hacienda había logrado formar una aldea, Curaray, a la que había llevado a gente del alto Napo, los conocidos como Santa Rosas[136]. La aldea, ubicada en la desembocadura del Curaray en el Napo estaba enclavada precisamente en los antiguos territorios de los Avishiris.

Estos eran, sin duda alguna, los Avijira o Abijira que precisamente en estos parajes habían reportado los misioneros jesuitas durante la vigencia de sus misiones de Maynas. A la muerte del cauchero, se habrían abandonado la hacienda y retornado a sus asentamientos, manteniendo una actitud de abierta hostilidad hacia los blancos[137].

En medio de este espacio conmocionado por los ataques constantes tanto de los caucheros como de las tribus Záparas y Tukano, en la desembocadura del Cononaco existió *"... un importante centro cauchero con una población estable de 180 habitantes aproximadamente, con relaciones constantes con la plaza de Iquitos"*[138].

Por este mismo sector por la margen izquierda del Curaray, en el tramo comprendido entre la boca del Cononaco y la del Nashiño se encontraba localizada la hacienda Dos Hermanas de propiedad de un cauchero peruano, Eliseo Figueroa.

Contaba la hacienda con cinco peones que mantenían veinte hectáreas de cultivo con un registro oficial de una producción de ochenta quintales anuales de balata. Posesionado este hacendado en el año 1901, tenía dos hijas de su mujer, una brasilera, Juana Dos Santos.

A los pocos años de posesionado, el hacendado murió el 27 de Mayo de 1906, en un ataque sorpresivo de los aucas. *"Junto al cadáver había una macana de chonta de un metro de largo, es cortante y contundente a la vez"*[139].

Otra tribu, los llamados Pucacuru se encontraban *"Catorce leguas más abajo de San Antonio del Curaray y enfrente del Aguiñaco en Tipishca, a orillas de un lago..."*. Estos eran considerados como *"...bárbaros encruelecidos que no llevan vestido alguno y se sustraen a la amistad con los caucheros"*[140].

En uno de los tributarios del Cononaco, el Shiripuno, en espacios entonces poco explorados hablaban los caucheros de la existencia de una tribu del mismo nombre. Estos se distinguían de los Záparo y

132 *"Al sur de los Pucacurus habitan largas tribus desconocidas y en Aucaquebrada existen en grandes casas numerosas familias de Arabelas y tal vez de otro origen también."* Ibidem.

133 ¿Pucacuru?

134 *"A partir de la desembocadura del Arabela hasta la del Curaray todo está ocupado por bárbaros: los hay en Aucacocha, y en todo este trayecto hasta el Tipishca de la salida del Napo; los hay en Vacacocha y se llaman Vacacochas; los hay al norte de este lago y son los Paucaras; los hay aún más arriba y estos son desconocidos; los hay en Avishiriyacu y estos son Avishiris que nunca han salido a tratar con caucheros si no es a duras penas, con Rodas y el P. Tovía, permaneciendo desconfiados y terribles para con todos; y, en fin, los hay en todo el vasto ángulo formado por los ríos Napo y Curaray, al este de Avishiriyacu, y estos se llaman hoy Avishiris de Rodas, porque a Juan Rodas le servían como peones en el Carmen".* Alomía, Loc. Cit.

135 Nombre de los Encabellados.

136 *"...Santa Rosas que han emigrado de sus antiguos territorios - y un blanco, el Sr. Rodas, cuencano, ocupado en comerciar con los Piojé y los Záparo, ...quienes viven en Sinchichicta".* Simson, Op. Cit., p. 202.

137 *"A la muerte de Rodas, tales Avishiris por consejos perniciosos de un hombre egoísta se retrajeron al interior del bosque, llevándose armas de fuego y cuantos útiles, herramientas y vestidos habían comprado a Rodas y permanecen así esquivos y vueltos a la barbarie, la desconfianza, el odio".* Alomía, Loc. Cit.

138 Ibarra, Juan, Loc. Cit.

139 Bravo, Loc. Cit.

140 Ibidem.

eran inconfundibles a causa del color casi blanco de su piel, su desnudez, sus ojos azulados y *"...cabellera castaña, larga y suave, agraciada con el oriente que usan los canelos y otros, o sea cortada por la parte de la frente y a la altura de las cejas"*[141].

Ninguna de estas tribus, a diferencia de otras, tenía registros pasados de la época de las misiones. Aparentemente, este espacio de la cuenca del Napo, delimitado por el curso del Curaray, al sur, se había convertido, por fuerza, en un punto de convergencia de tribus que huían acosadas por los caucheros y sus peones Huitoto o Záparo o bien de otras que buscaban, por medio de ataques sorpresivos, apoderarse de armas de fuego y herramientas de metal.

Acaso por esta razón permaneció como un espacio desconocido a pesar de las continuas expediciones de los caucheros. Acaso una de ellas era el orígen de la legendaria riqueza del hacendado Garcés y otros de los pioneros en la cuenca del Napo.

Hacia 1909 o 1910 varios hacendados organizaron una expedición hacia el Shiripuno. La coincidencia de los relatos de peones conseguidos en incursiones por el Shiripuno y confinados en una hacienda del Napo - de Torres - y del Curaray - de Garcés - acerca de la existencia de abundante oro de aluvión en ese río fue la causa para que un gran revuelo conmoviese a todos los hacendados[142].

Al extremo que diez de ellos organizaron una gran expedición conformada por ciento diez hombres, diez por cada hacendado. Varias canoas surcaron este río. En sus cabeceras encontraron efectivamente algunas casas de los aucas, que habían sido abandonadas. Y aunque uno de los expedicionarios encontró una enorme pepa de oro, no tuvieron suerte en dar con otras, fabulosas, existencias del metal[143].

Todo parece indicar que se trató de una hábil estratagema, cuidadosamente preparada por estos aucas del Shiripuno. Pues, *"Mientras el cuerpo principal de la expedición estaba buscando oro en las casas de los aucas y en las quebradas cercanas, los salvajes mataron a los indios que habían quedado de guardia en las canoas. Destruyeron las canoas y robaron todas las provisiones y el equipo. Entonces la expedición tuvo que retirarse, pero al hacerlo fue atacada por muchísimos aucas, muriendo un gran número de indios Yumbos y Záparos"*[144].

Luego de varios días en los que la expedición estuvo bajo constante acoso por parte de los Shiripuno y cuando los peones de las haciendas reclutados habían caido, uno tras otro, en las emboscadas de estos aucas, unicamente los hacendados llegaron *"...de dos en dos al Curaray, en andrajos y puro hueso..."*[145].

141 *"Al norte del Shiripuno para descender al Cononaco, moran los Shiripunos, bárbaros que se distinguen por su color casi blanco, levemente encobrado por el influjo del clima, la intemperie y las plagas a que llevan expuesto su cuerpo íntegramente desnudo"*. Alomía, Op. Cit. Apud.

142 Blomberg, Rolph The Nacked Aucas, Apud.

143 *"Bien, lo que sucedió fue que diez blancos -caucheros y hacendados- organizaron una gran expedición. Cada uno llevó diez indios -Yumbos y Záparos-, y en conjunto la expedición estuvo integrada por 110 hombres. Subieron el Shiripuno en canoas y llegaron a un lugar donde había muchas casas aucas, que atacaron con éxito. En una de estas casas un hombre encontró una pepita de oro del tamaño de una pepa de mango, envuelta en una hoja"*. Ibidem.

144 Ibid.

145 *"Durante los días siguientes los aucas realizaron repetidos ataques a la expedición. Uno de los blancos toma prisionera a una muchacha auca de catorce o quince años, y alguien dijo que mientras la tuvieran con ellos la expedición sería atacada de nuevo con toda seguridad. - Entonces, la tendrá de vuelta, pero no con vida -. Sacó su revolver y la mató. Los aucas ya no persiguieron la expedición. Lo expedicionarios que quedaban llegaban de dos en dos al Curaray, en andrajos y puro hueso. Ni uno solo de los cien indios regresó, pero increíblemente todos los blancos lograron regresar"*. Ibid.

Muchos años después, cuando se hacía referencia a las vicisitudes de esta insólita aventura, poco atractivo tenía el pasaje que relataba los infortunios que la expedición de los caucheros al Shiripuno y Tiputini habían sufrido en carne propia. Más bien resultaban apasionantes las referencias al fabuloso oro del Shiripuno. Tenía plena vigencia la imagen del valioso metal, supuestamente abundante en estos espacios incógnitos.

Según esta renovada versión, un cauchero había acumulado una inmensa fortuna por cuanto en sus expediciones hasta estos parajes descubrió que los paujiles escondían, en sus buches o estómagos, pepas de oro que las tragaban atraídas estas aves por el brillo del metal en los sedimentos de su cauce del Shiripuno[146].

Al grupo de tribus predadoras que pirateaban las haciendas y puestos de caucheros parecían pertenecer los enigmáticos Shiripuno que habrían ocupado este río *"...más extenso y navegable que el Cononaco..."* y cuyos orígenes, desconocidos por los caucheros, se suponía se remontaban hasta cerca del Ahuano[147].

Los guerreros de esta tribu, al igual que los de Alemán Quebrada se presentaban a combate *"..armados con machetes, carabinas, escopetas, hachas...Conocen nuestros vestidos y utensilios domésticos y lo han adquirido por asalto y matanza"*.

Esta ocupación de predadores los había convertido en nómadas. Tenían predilección por alimentarse de la ungurahui[148], fruto de la palma Iriartea deltoidea, puesto que no practicaban la agricultura y habían adoptado una particular arquitectura para sus casas *"...cuyos techos de hojas de palma bajan hasta el suelo"* [149].

Su presencia era, en todo caso, enigmática. Al igual que la de otra tribu, la de los Tihuacuno que poblaba las riberas del río del mismo nombre y que mantenía con las tribus Záparas relaciones amistosas.

¿Era posible que ciertas tribus terminasen por aceptar alianzas con otras en el contexto violento de la cuenca? Posiblemente este fue el caso de la tribu de los Tihuacuno. Asentados al noreste del Nashiño, en las riberas del rio del mismo nombre, tributario del Tiputini[150].

Aunque queda claramente establecido que se trata de una tribu no emparentada con los Záparo, su lengua mostraba signos inequívocos de pertenencia a este dominio lingüístico: *"Esta tribu, bastante numerosa, habla un dialecto semejante al de los záparos por el sonido de las voces, pero distinto por el mecanismo de composición y por la significación de las palabras"*[151].

146Ibid.
147Alomía, Loc. Cit.
148En el original, equivocadamente consta el shiguamuyu como el fruto de esta palma. NdA.
149Alomía, Loc. Cit.
150*"Los bárbaros Tihuacunos están asentados entre el Napo y el Curaray, al noreste del Cononaco y noreste del Nasiño, en una vasta planicie ignorada..."*. Ibidem.
151Ibid.

La prosperidad de las haciendas del Curaray era evidente a pesar de los graves inconvenientes que representaba la presencia de tribus levantadas en pié de guerra contra los caucheros tanto a causa de sus ataques como en razón de las continuas predaciones de sus propiedades a efecto de apoderarse de herramientas y armas.

La producción global de las haciendas registrada en un informe de la Jefatura Política dirigido a la gobernación de la provincia el 3 de septiembre de 1908, ascendía a unos siete mil quinientos kilos anuales de balata y unos veinticinco mil sucres anuales, resultantes de la actividad comercial dedicada a la importación de mercaderías[152].

Lanchas y vapores provenientes de Iquitos llegaban regularmente hasta el alto Curaray. La lancha Ida cubría regularmente el tramo Iquitos-Curaray lo mismo que la Louise de la Casa Casses & Cía., propiedad de un comerciante de orígen inglés[153].

Una gran sublevación ocurrida en 1909 representó un golpe profundo para el naciente y próspero sistema hacendatario en el Curaray. Ni los ataques originados en las venganzas pendientes de las tribus que resistían el embate de los peones armados de los caucheros ni el asedio de las tribus de predadores dispuestos siempre a golpear por sorpresa a las instalaciones de los hacendados para apoderarse de herramientas de metal y armas habían llegado a amenazar con la liquidación de este sistema combinado de producción, comercio e incursiones esclavistas.

Fueron, en cambio, los peones esta letal amenaza. En 1909 estalló la sublevación que había sido concertada de antemano entre el peonaje por medio de correos y shamanes. La revuelta abrigaba el propósito de liquidar a los hacendados y pasar a territorio peruano, pues era el único medio para escapar del pago de las deudas para entonces convertidas en onerosas cargas para este segmento empatronado[154].

Amenazados por indígenas armados por rifles, machetes y lanzas de chonta, los blancos se atemorizaron ante lo que percibieron como el salvajismo del mayor número. Sin embargo, aparte de capturar a su líderes, las autoridades locales aconsejaron tapar el crimen, para que no se sepa ni se tenga noticia de tan brutal entrampamiento en el que habían caído los hacendados.

El hacendado Llori intervino en favor de la libertad de los indios sublevados a sabiendas que dependía de ellos para sus negocios en Iquitos y para, de alguna manera, salvaguardar la integridad del sistema que corría el riesgo de paralización y liquidación total a causa de estos levantamientos[155].

152 *"... no hay ningún alambique en el Cantón, la exportación del caucho he calculado aproximadamente en 7.500 kilos; trabajo de oro no existe, la importación de mercancías asciende poco más o menos a s/ 25.000 anuales"*. M. Rivadeneira. Jefatura Política de Curaray, 03/09/1908. Comunicación dirigida al Sr. Gobernador de la Provincia del Oriente.

153 Tenencia Política de la Parroquia García. 15/02/1909.

154 *"Este año se dio la sublevación más seria en el Cantón Curaray donde estuvieron implicados peones de casi todos los grandes patrones caucheros del medio y bajo Napo -y aún algunos del alto Napo- los cuales se habían puesto de acuerdo para un levantamiento general por medio de recados dejados en sus continuos viajes. Según la confesión de Silverio Andi, de Ahuano, uno de sus líderes, la intención era matar a toda la familia del patrón Armando Llori y a otros blancos y llevarse la gente al Perú porque de acuerdo a sus palabras era mejor matar a todos los blancos para no pagar las onerosas deudas"*. Muratorio, Op. Cit., p. 139.

155 Id., p. 149.

CAPÍTULO VI

TIERRA DE NADIE

"De la tercera: Pexes de gusto mui delicado, y en tanta copia,
que admira. Son dulses todas las aguas que hauitan,
y se nota la particularidad, que en ciertos dias del año suben
desde mui abajo del Rio Marañón divididos en sus clases
en busca de la Sal, que está en las cavezeras del Rio Guallaga.
Si en este tiempo alguna Canoa atraviesa las aguas,
se embaraza, y deue parar,
hasta que la multitud dé lugar a las Bogas..." [1].

Los orígenes de la rebelión contraria a los hacendados se remontan a la conspiración fraguada por dos brujos que se enrolaron en el servicio de correos, como estafetas, apenas fue éste inaugurado en el año 1905.

Fueron estos dos brujos, cuya identidad no ha quedado registrada para la historia, los que llamaron a los peones de las haciendas a mantener un compás de espera, largo a la postre, cada uno en su sitio, hasta cuando una epidemia en el año 1909 fue el detonante que encendió los ánimos y terminó en la rebelión generalizada de la que hemos dado cuenta en el capítulo anterior.

La quiebra generalizada de la economía hacendataria configuró un paisaje en el que la emigración de numerosos hacendados fue coincidente con los incidentes fronterizos y los avances espectaculares de las tribus bárbaras que ponían en jaque tanto a las haciendas como a los asentamientos de sus antiguos peones.

Además, los efectos mortíferos de las epidemias contribuyeron a crear un efecto desolador en el escenario de la cuenca del Curaray, antes intensamente trajinado y poblado. También contribuyó a crear este efecto desastrado la emigración masiva o los desplazamientos tribales o grupales hacia otros territorios. Por ejemplo, Marcoy[2], registró la presencia de los Panos en tierras tan alejadas de su origen como el bajo Tigre[3].

1 Don Manuel Mariano Echeverría...Op. Cit., p. 60.

2 Marcoy, Op. Cit. Apud.

3 Alonso Andy narró que sus parientes emigraron en distintas direcciones. Mientras un grupo permaneció en el alto Napo, otro *"... fue a Atahualpa por Puerto Napo... Un grupo de los que se fueron de Pano a Atahualpa después se fueron al río Tigre, cruzaron el Curaray, el Conambo y se fueron al Perú a habitar en el río Tigre, y allí se murieron"*. Muratorio, Op. Cit. p. 68.

Para el año 1916 cuando el Etnógrafo Karsten pasó por Villano, a la altura del alto Curaray, dirigiéndose a Canelos encontró las ruinas de una aldea *"poblada por una especie de indios semicivilizados"*. Poco tiempo antes de este viaje una epidemia de desintería provocó serios trastornos entre sus pobladores. La mayor parte huyó a fin de evitar sus letales estragos; otros, sucumbieron sin remedio.

Como consecuencia de este espantoso episodio, Villano era una aldea que mostraba todos los síntomas de haber sido total y definitivamente abandonada. Sólo quedaban plantaciones y chacras remontadas de bananas que, en la ocasión, fueron debidamente aprovechadas por los viajeros[4].

Estos y otros hechos modificaron tan radicalmente la situación étnica trazada por los misioneros, apenas un siglo antes, que las descripciones del nuevo escenario parecen referir otra geografía u otra realidad. El escenario del florecimiento de la economía basada en la producción hacendataria se había transformado.

Los peones Cofán, Secoya, Kichwa y Záparo, luego de la rebelión, escaparon todos de las haciendas abandonadas. Pronto se creó una situación en extremo conmocionada por la seria amenaza que representó para los hacendados, que heroicamente aún se mantenían en sus propiedades, el ver a sus antiguos peones convertidos en grupos de gente armada que merodeaban por las haciendas con intenciones de cobrar venganza por los atropellos de que fueron víctimas a lo largo del proceso de consolidación del sistema de peonazgo[5].

No era todo. Las tribus Záparo que permanecieron en sus antiguas posesiones, prudentemente alejados del escenario dominado por las haciendas, experimentaban agonías colectivas. A pesar de sus precauciones debieron enfrentar una aguda y prolongada epidemia de fiebre amarilla que liquidó a gran parte de sus efectivos poblacionales.

Además, coincidente con la epidemia y seguramente a causa de su letalidad, ocurría una imparable guerra de exterminio, acaso la más terrible de la que se tuvo memoria, que enfrentó a los poderosos brujos Záparo que terminaron matándose entre ellos[6].

En medio de esta extraña situación los pocos hacendados que aún quedaban adoptaron diveras actitudes. Unos, como el caso referido de los Llori, dueños de las haciendas Bolívar, más abajo de San Antonio, y El Fénix, en un desesperado intento por recuperar los anteriores perfiles de la actividad productiva, inventaron otra versión de los hechos. De esta manera exculparon a sus peones a fin de evitar que los abandonasen.

4 Karsten, Rafael The Head-Hunters of the Western Amazonas. Soc. Scientiarun Fennica. Commentationes Humanorum. Litterarum, Vol. 7, Nº 1, Helsingfors, 1935, p. 17.

5 *"Por los años 1905 se organizó el correo que traía el dinero para pagar a los militares. Hacían de estafetas dos brujos que aconsejaban esperar sabiendo que pronto vendría la libertad: haremos que los patrones enfermen, decían. Así sucedió, la gente comenzó a escaparse río arriba, eran de pueblos diversos: Záparos, Quichuas, Cofanes, Secoyas. Las haciendas se terminaron, pero las enfermedades acabaron con mucha gente. Las haciendas había venido después y dependiendo de los caucheros, los grandes jefes vivían en Quito. Pero en el Curaray alto no hubo porque la gente era libre y no se dejó"*. Armando Vargas, Op. Cit., p. 416.

6 Ibidem.

En El Fénix nada quedaba a pesar de que antes de la rebelión se registró la existencia de un hato de veinte reses. Bolívar, heredada por los hermanos a la muerte de su padre, se mantenía intacta gracias a las relaciones de su padre, antiguo funcionario gubernamental que fue allegado a Faustino Rayo.

El padre de los Llori, Antonio, tenía cierto ascendiente sobre sus peones Záparo así como sobre ciertos indígenas libres que trabajaban para él aportando con balata. Tenía, hasta cierto punto razón en su intento, pues se basaba en la fuerza de las relaciones de alianza establecidas con ellos al tomar como mujer a una Zápara de la que tuvo cuatro hijos. Una mujer, Armando, Antonio y Reinaldo.

Pero todos ellos ya habían tomado derroteros distintos. Uno de ellos, Armando se casó con una peruana de apellido Murrieta de la que tuvo descendencia. Se empleó luego como comandante de las lanchas de las casas comerciales Kahn e Israel que realizaban travesías por el Napo y el Curaray.

La pequeña fortuna que había logrado acumular en este empleo, en el que tuvo éxito, la despilfarró para candidatizarse como diputado. En el lapso posterior a este fallido intento vivió en Quito, en el Hotel Europa, donde el resto de su ya dilapidada fortuna fue gastado rápidamente.

Para terminarla arriesgó finalmente en una academia de tango que la administró con un argentino. Terminó sus días arruinado, en una de las haciendas que sus hijos, Melitón y Antonio, habían conservado en Huamacyacu[7].

Otro de estos hacendados, Manuel Alomía, dueño de las haciendas La Mascota y La Paz escribió en 1913[8] su propia versión de los hechos. A pesar de que mantenía la costumbre de comprar la balata a los nativos[9], según su narración él había tomado bajo sus órdenes a un grupo de trabajadores de uno de los pueblos de las cabeceras del Curaray.

Estos se habían sublevado *"Por intentar cambiar sus perversas costumbres..."*; y, aunque estuvo a punto de ser muerto en 1909 por sus peones rebeldes, había logrado su propósito recién en 1912, ya que les obligó a la monogamia.

No fue éste el final de sus penalidades. En ese mismo año *"... las mujeres organizaron otro complot con el fin de matarme a mí a mi familia, saqueando y quemando la casa y después huyendo". Pero, según su recuento de los sucesos, finalmente, "...a riesgo de perder la vida consiguió regular sus fiestas..."*[10].

7 ***"Su papá fue Antonio Llori con hacienda en el Curaray, de su unión con una Zápara tuvo estos hijos: Armando, Antonio, Reinaldo y una hija cuyo nombre desconoce. A su vez Armando Llori se casó con una peruana, Delfina Murrieta, y tuvo hijos: Aida Delfina - casada con Carlos Sanmiguel, hijos: Numa, Fernando y otros- Melitón, Antonio, Rómulo -ya muerto- y Zaira. A veces se las daba de colombiano, a veces de peruano. Era un petulante con delirios de grandeza, al mismo tiempo que inteligente a pesar de no contar con estudios. Fue comandante de lancha peruana de la casa Kan o Israel, tenía todos sus papeles hecho como peruano, por eso en la guerra del 41, ya en el Napo no le molestaron nada. Armando Llori murió en las fincas que sus hijos Melitón y Antonio tenían en Huamayacu"***. Leopoldo Ron, Entrevista.

8 Probablemente relacionado con Antonio Alomía cuyo hijo quien llevaba el mismo nombre reeditó al parecer en 1936 su libro 'La defensa del oriente ecuatoriano'. Este conoció una primera edición en 1906 (?).

9 ***"En Alomía, a la izquierda del Curaray, después de Bolívar, antes del río Cunchiyacu en su lado y Ayamo yacu a la derecha el dueño compraba productos a los nativos"***. Alomía, Loc. Cit.

10 Ibidem.

Poco tiempo después, los graves incidentes que sucedieron a la invasión peruana, ocurrida en los años 1910-11[11] condujo a un estado crítico a la economía local. Esta basaba gran parte de su dinamia en el comercio de la balata mantenido con Iquitos y, en consecuencia, en el intenso tráfico de mercancías y trabajadores que, desde esa ciudad, se desplegaba hacia el Napo en navíos de alta capacidad.

Como resultado de esta invasión José Antonio Garcés, el otrora poderoso hacendado del Curaray, fue tomado como prisionero de guerra. Sus peones fueron secuestrados y se le incautó mercadería por una suma considerable.

Ya en Iquitos, pudo salir hasta Brasil gracias a la intervención del cónsul británico; desde allí tomó luego rumbo hacia Europa desde donde pasó a Panamá y, finalmente, de retorno al Ecuador. Arribó el año 1912. Vanos fueron sus reclamaciones ante cancillería. En realidad, según se supo después, nunca se llegó a conocer de sus desventuras[12].

En la boca del Villano duró poco tiempo su gran hacienda San Antonio. Su peonada compuesta principalmente por Záparos y Kechwa de Sarayacu y Pacayacu, luego de su muerte *"... volvieron a sus puntos de origen las cabeceras de los ríos Rigano, Bobonaza, Conambo....Cuando murió el patrón los hijos no fueron responsables, la mayor parte se fue al Perú"*[13].

La verdad fue que, hasta después de su muerte, no hubo ninguna recuperación de la floreciente economía cauchera en el Curaray. San Antonio, de su propiedad, por muchos años considerada la mejor hacienda ganadera, quedaría totalmente abandonada ante la imposibilidad de que su viuda asuma su dirección y a causa de las rencillas surgidas entre sus descendientes[14]. Las propiedades de los Llori habían corrido la misma suerte[15] .

De estos duros y recios golpes no volvió a recuperarse ninguno de los hacendados de la localidad. En cierto sentido fue la coincidencia de varias circunstancias que marcó el punto de partida del derrumbamiento definitivo del dominio hacendatario. Y, al mismo tiempo, el juego de diversos factores que puso término a la presencia de poblaciones ecuatorianas en los rios amazónicos.

Desde entonces el asedio de los peruanos no cesó. No solamente, según veremos después, eran frecuentes las disputas relativas a la ubicación de los destacamentos militares sino también las de competencia de las circunscripciones político-administrativas de cada país. Y, considerando el aspecto crucial de la fuerza de trabajo, adquirió predominancia el control sobre la población indígena local[16].

11 Una lacónica nota dirigida por el Jefe Político de Napo al Teniente Político de Aguarico el 13 de Septiembre de 1911 daba cuenta de la invasión: tropas peruanas habían tomado posesión del Nashiño el 5 de Agosto de ese año. Puyo, Jef. pol. de Napo a TP de Aguarico. ***"Recibí su oficio donde comunica que fuerzas peruanas han tomado posesión del Nashiño el pasado 5 de agosto".*** 13/09/1911.

12 ***"En 1910, cuando el conflicto con el Perú, Garcés fue preso en dicho puerto, se le secuestraron indios y mercadería por valor de 4000 sucres, mediante gestiones del cónsul inglés pudo salir a Brasil, Europa y regresar a Ecuador vía Panamá, cuando en 1912 reclamó ante nuestra cancillería en Quito sólo obtuvo evasivas".*** Bravo, Loc. Cit.

13 Cox, Alfonso, Entrevista.

14 ***"...tenía 180 reses, destilaban aguardiente y tenían panela".*** Transcrito a la jefatura política del Cononaco, al margen, 13 de nov 1921. ***"Se ha puesto en conocimiento de este Ministerio que en San Antonio del Curaray ha muerto el acaudalado propietario Sr. D. Antonio Garcés, dejando viuda, hijos, etc. Su sobrino César Eudoro Ramos quiere hacerse cargo de la hacienda y de todo lo demás".*** Quito 26 de julio de 1921.

15 Ibid.

16 José Antonio Garcés escribe al Ministro, José M. Ayora, desde S. Antonio del Curaray (18/05/20).

Canelos, Macas, Jibaros y Maynas: 1809-1941.
Morales, Op. Cit. Tab. 53.



En este clima de decadencia visible de la producción de las haciendas y, en consecuencia del tráfico comercial, el progresivo despoblamiento de la zona, el retorno a la barbarie de las tribus Záparas, Tukano y Kichwa y el acoso de las tropas peruanas se originaron los hechos de lo que de legendario y real tuvo y tiene la historia de los aucas.

La evidencia de los testimonios permite unicamente colegir que bajo esta denominación cayeron todas las tribus que se mantuvieron en este escenario en la categoría de bárbaras. Unas, acosadas por los comerciantes del caucho dedicados, para esta época, al lucrativo tráfico de esclavos.

Otras, como narran las historias de los Aushiris, enfrentadas a la guerra intertribal o al mantenimiento de las antiguas fronteras étnicas con las tribus Tukano de los Encabellado y Angotero. Otras, en fin, como los misteriosos Shiripuno, ocultos en las formaciones boscosas no exploradas del alto Tiputini y encubiertos por alianzas coyunturales establecidas con alguna o algunas de las tribus Záparas allegadas a las rutas de comercio o alguno de los afortunados hacendados.

Por esta razón, ciertos individuos figuraban en los registros de los peones de varias haciendas tanto del Napo como del Curaray. Héctor Garcés, uno de los hermanos del potentado José Antonio *"...en 1917 había capturado a dos aucas, un hombre y su esposa, y les había tenido trabajando en su hacienda. Bien dispuesto y dúctiles en la enseñanza, no habían hecho ningún intento por escapar. Sin embargo, la mujer nunca llegó a acostumbrarse a llevar ropa, y solía ir al río y quitársela. Después de un par de años enfermó de tisis y murió. El esposo se sentía muy triste y poco tiempo después desapareció de la hacienda y no regresó nunca más"* [17].

La leyenda nacía en este escenario no del todo conquistado por los hacendados. En diversas versiones que reportaban ataques de los aucas estas tribus es evidente que habían asumido el protagonismo local como pueblos de guerreros. Sorprendente para la época. Y nada fuera de lo común en la perspectiva histórica. Pues desde los tiempos de los piratas Omagua, de los Acutërë y los temibles Gayas no se tenía noticias de un pueblo con similares características.

Una incursión que alguna de las tribus de estos aucas había emprendido contra las poblaciones del Curaray ocurrida en el año 1920 y que provocó pánico entre los pobladores locales, los ubicó en ese escenario de crisis y confrontaciones como protagonistas de episodios cruciales de la historia local.

Poco tiempo después, como respuesta a esta ofensiva, y a pesar de la crisis o por su causa, los hacendados locales organizaron una

17 Sam Souder, Cita a Héctor Garcés.

impresionante contraofensiva. De esta expedición punitiva, de acuerdo con los testimonios de la época, se recuerda que terminó con la muerte de por lo menos unos ochenta salvajes[18].

A raiz del aparente éxito de esta acción, la persecución de estas tribus se había convertido en una práctica bastante generalizada. Por ello otro testimonio narraba que, como resultado de esta u otra expedición, *"...algunos aucas capturados habían estado amarrados por quince días, y como daban todas las señales de ser mansos y sumisos, se les quitó las cuerdas. Parecían dóciles y resignados. Pero en un momento inesperado cayeron sobre sus captores y antes de que éstos pudieran levantar las armas, fueron asesinados de la manera más terrible: ¡despedazados con machetes!"*[19].

No fueron pioneras estas expediciones. Lejos estaban estos sucesos de los tiempos que referían los relatos de las aventuras de los hacendados, ellos sí pioneros, que incursionaron hacia las incógnitas tierras del Shiripuno en busca de las pepas de oro de las que hablaban sus prisioneros - tal vez Huaorani - de allá, por las cabeceras de los tributarios del alto Pastaza y del Napo, en las estribaciones de los Llanganates.

En otras narraciones sucedía que, hacia comienzos de siglo, un cauchero de apellido Sandoval había logrado insertarse en el corazón de los dominios de estos aucas, en el Shiripuno. No sólo eso: había logrado que dos familias trabajen para él en su hacienda El Retiro, a la vez que mantenía relaciones de intercambio comercial con otras familias de la tribu[20].

Al parecer pudo extender sus relaciones, esta vez, hacia otras tribus de los mismos aucas del Cononaco. Estos, en cambio, solían llegar hasta su hacienda para intercambiar la balata por bienes convenidos. Y hubo quienes aseguraban que Sandoval, además, logró establecerse en los entornos de ese río por estas buenas relaciones[21].

Una situación nada común se había creado en torno a este breve pero crucial episodio del cauchero Sandoval. Los aucas del Shiripuno tenían acceso a herramientas de metal, machetes y cuchillos, a más de textiles, a cambio de la balata[22].

Estos insistían en mantener este provechoso intercambio que habría durado cerca de diez años, en lugar de aceptar las insistentes invitaciones del hacendado para que aceptasen todos trabajar en su propiedad y en sus explotaciones[23].

Luego de la muerte de Sandoval, acaecida en 1917, este estado de cosas fue trastocado. Los hechos variaron de rumbo y adoptaron un

18 *"Después de una incursión de los Aucas en el Curaray realizada en 1920 se envió una expedición de venganza en contra de los salvajes y murieron unos ochenta. Tres fueron tomados prisioneros y llevados amarrados en una canoa aguas abajo del Curaray. Después de unos cuantos días... los dos blancos -un ecuatoriano y un colombiano- que tenían a tres aucas en su canoa, decidieron como un experimento soltar a uno de ellos. Le explicaron con señas que si intentaba escapar le dispararían. Mientras tanto el auca permaneció tranquilo y parecía completamente apático. Poco a poco los dos hombres blancos fueron reduciendo su atención. Entonces el auca aprovechó la oportunidad. Dio un salto a los arcos donde estaba sentado el colombiano, tomó su machete y le cortó el cráneo de un golpe terrorífico. Después corrió a donde se encontraba el ecuatoriano en la proa de la embarcación, pero antes de alcanzarlo cayó abatido de un tiro"*. Blomberg, Loc. Cit.

19 Ibidem.

20 *"Sandoval tenía trabajando para él a dos familias aucas capturadas y realizaba un animado intercambio comercial de caucho con los aucas que estaban aún en la selva"*. Elliot, E. The Savage, my kinsman. New York, 1961, Apud.

21 Seguramente por eso le pusieron el nombre a la pista. Alfonso Cox, Entrevista.

22 Elliot, Loc. Cit.

23 Ibidem.

giro radical e inesperado. Sus antiguos aliados atacaron sorpresivamente su hacienda, mataron a todos los miembros de las familias de los peones que entonces trabajaban para él y se retiraron sin que, durante muchos años, se volviese a tener noticia de ellos[24].

Los aucas del Shiripuno habían establecido con Sandoval relaciones de alianza puesto que todos los hacendados circunvecinos, tanto del Curaray como del Napo, se habían convertido en cambio en aliados de sus enemigos acérrimos, los Záparo.

La enemistad enconada existente entre los aucas, tanto del Shiripuno como del Cononaco contra los Záparo databa, al parecer, de algún tiempo atrás: *"Antes del caucho los Záparos... estaban en continuas guerras con los aucas y se exterminaban mutuamente"*.

Con el advenimiento de las haciendas caucheras esta enemistad se convirtió en el elemento referencial en torno al cual giraron las cruciales relaciones étnicas locales. Muchas de las incursiones de los caucheros, con sus peones Záparo, según hemos visto, estaban dedicadas a perseguir con ímpetu a los aucas[25].

Recordemos que también las incursiones de los caucheros tras la utopía del oro del Shiripuno y posiblemente la dirigida por Roggeroni tuvieron que enfrentarse a sus emboscadas letales. De manera que éstos estuvieron en el espacio protagónico del escenario cauchero.

Y, por supuesto, fueron decisivos dos asaltos que se sucedieron con pocos años de diferencia: el primero fue el ataque sorpresivo, ya referido, de los aucas a las haciendas de Sandoval y seguidamente, tres años más tarde, en 1920, la asoladora incursión masiva a las haciendas del Curaray.

Para entonces otros derroteros marcaban la ruta del oro. Eran comunes los relatos y circularon profusamente leyendas de que los indios de Archidona que lavaban el oro en los ríos Mulatos, Verde y Jatun Yacu se habían enriquecido rápidamente por haber encontrado una pepa del tamaño de un plátano.

Estos indios, narraba la leyenda local, se vestían desde entonces de corbata y cuando se emborrachaban consumían licores finos importados, al igual que los caucheros[26]. Así, paulatinamente, otras leyendas sustituyeron a las del oro del Shiripuno. Y, en la agonía del sistema, otros personajes aparecieron en el escenario.

Y, hasta en un postrer intento, nuevas haciendas -pocas - se levantaron en los espacios paulatinamente abandonados por las poblaciones que

24 Elliot, E. Portales de Esplendor, Michigan, 1985, p. 100.

25 *"Hubo un único señor que consiguió mantenerse en buenas relaciones con los aucas, y llegó a tener algunos tabajando en su hacienda. Fue Sandoval. Antes del caucho los Záparos eran fuertes y muy aguerridos, estaban en continuas guerras con los aucas y se exterminaban mutuamente"*. Dall'Alba, Lenoir, *"Pioneros, Nativos y Colonos"*. En El Dorado en el siglo xxi. 1992, p. 413.

26 *"Pero si va a buscar oro, debe buscarlo en los ríos que vienen de los Llanganatis -el Río Mulatos, el Río Verde y el Jatun Yacu. Todos estos ríos traen oro. Pero sólo es durante dos o tres meses del año -noviembre, diciembre, enero- en que están lo suficientemente secos para que uno pueda lavar oro en ellos..."*. Blomberg, Loc. Cit.

habían emigrado o que sucumbían víctimas de las letales epidemias o de los artificios de los brujos.

Luego de este primer embate de la crisis, quedaban apenas unas quince haciendas en el Curaray. *"La hacienda San Antonio era la más grande, estaba también la de los Llori, la de Ponciano García que era peruano, la de los Bohórquez, con su hacienda Providencia, Primavera con mucho terreno y la nuestra Ceilán, donde teníamos la gran ganadería, destilaciones de aguardiente, trabajábamos azúcar y panela y veníamos a vender a acá (Rocafuerte)"*[27].

Aparte de éstas cabe mencionar otras haciendas como la Peña, el Porvenir, la Primavera, la del mayor Terrero. Todas, a las que se sumaban las del Tigre y del Pastaza, explotaban todavía el caucho[28].

Este período de relativa reactivación duró hasta 1927. En este año, una caída espectacular del precio de la balata terminó con el trajín comercial que desde Iquitos se irradiaba hacia las cuencas del Napo, Tigre y Pastaza[29].

En realidad para esta nueva etapa hubo algunos cambios. A los hacendados pioneros se habían sumado comerciantes y habían tomado posesión de nuevas tierras algunos fuereños que se convirtieron en hacendados. Estos eran propietarios que habían ensayado con gran éxito el tipo de empresa altamente diversificada en cuanto a su producción.

Uno de éstos, Antonio Barques y su esposa, quiteños de orígen, habían logrado levantar en Ilamuyuna *"...una gran empresa algodonera, con extracción también de caucho, café, cacao, tagua, ganado..."*[30]. Llevando gente del alto Napo, este nuevo hacendado había logrado acumular una apreciable riqueza. Su nivel de producción era posible gracias a que llegó a disponer de unos seicientos peones[31].

Aragón, un migrante de origen brasilero, se había establecido poco tiempo después de la guerra y fue propietario de dos haciendas: una, El Porvenir y, la otra, La Victoria. Contaba con unos 75 peones cuya filiación étnica desconocemos[32].

Antonio Alomía se había establecido en su propiedad ubicada entonces en el actual Lorocachi, entre San Antonio e Ilamuyuna[33], y vivía del comercio de pieles, carne de monte y productos de recolección como la zarzaparrila que compraba a los nativos.

Un comerciante quiteño, Baldeón, también se había establecido en la localidad y sus negocios prosperaban, inclusive, por la cuenca del

27 Eduardo Vega, Entrevista.
28 Ibidem.
29 *"...pero en 1927 al caer el precio de las gomas las lanchas no volvieron más por el Curaray, ni al Tigre o al Pastaza. Las haciendas tuvieron que irse. La de San Antonio con 200 o 300 reses se vio atacada por una plaga de murciélagos que la acabaron, también la del Sr. Llori".* Vargas, Entrevista.
30 Dall´Alba, Op. Cit. P. 413.
31 Ibidem.
32 Ibid.
33 Armando Vargas, en Dall'Alba, Loc. Cit. Sitio conocido también como Alomía, aproximadamente en el actual Lorocachi, entre San Antonio e Ilamuyuna.



Tipos de indios de las cordilleras del Ecuador. Tofani. Dibujo, André Grabados… *p. 73.*

Napo. Al parecer, mantuvo vínculos comerciales con importantes casas comerciales en Iquitos[34].

Militares retirados como el caso del mayor Terreros habían logrado afianzar sus propiedades. Este pronto se convirtió en dueño absoluto de La Primavera que registraba la nómina de veinte peones Kichwa provenientes de Avila, Canelos y Archidona[35].

Otros hacendados migraron desde el Napo. Alfonso Cox habría salido hacia el Curaray hacia los años 1913 o 1914 *"...porque allí no estaba tan poblado y había más posibilidad..."*. Este fue propietario de la hacienda Cayena localizada junto a la boca del Curaray en el Napo[36].

Posteriormente, a causa de las incursiones de los peruanos se había trasladado hasta la boca del Cononaco puesto que éstos habían logrado posesionar en la boca del Nashiño. Esta fue la propiedad conocida como la hacienda Ceilan[37].

Ceilán estaba localizada más arriba de Aucayacu. Aproximadamente donde actualmente se encuentran emplazados los destacamentos militares, cerca del Cononaco. La hacienda fue básicamente ganadera. Aproximadamente unas sesenta familias de peones constituían su fuerza de trabajo. Su soporte consistía en el hecho que había logrado establecer exitosas relaciones comerciales con las casas de Khan e Israel en Iquitos[38].

Por estos años traficaban por este sitio las lanchas provenientes de Iquitos. Estos llegaban hasta la desembocadura del Villano. La intensidad del tráfico permitió una diversificación productiva local. *"Además de caucho y ganado, teníamos alambique de destilación continua, trago, azúcar"*[39].

En las propiedades de Cox, la declinación sensible del comercio del caucho exigió un cambio de especialización productiva en la hacienda que terminó por convertirse en una propiedad dedicada al cultivo del arroz y de algodón[40].

Esta diversificación también fue una alternativa para haciendas como El Porvenir, de Eliseo Bohórquez, localizada más arriba de Ceilán. La hacienda, más grande que La Primavera del Mayor Terreros, tenía ganado, alambique, trapiche.

Eran migrantes los Bohórquez. Oriundos de Yaruquí y Pifo, Eliseo, Abel y Nicanor habían logrado establecerse en el Curaray con relativo éxito. Eliseo, casado con una cuñada de Garcés, tenía en propiedad la

34 ***"...viajaba por el Napo hasta Iquitos, surcaba el Curaray, Nushiño y pasaba a Arajuno; era contrario a los abusos de los patrones y tenía comisarios para reprimirles. Negociaba por toda la región"***. Armando Vargas, en Dall´Alba. Loc. Cit.
35 Rosendo Terreros presenta su nómina de indios en Curaray. 22/01/1915.
36 Alfonso Cox, Entrevista.
37 Ibidem.
38 Ibid.
39 Eduardo Vega, Entrevista.
40 Cox, Entrevista.

hacienda El Porvenir dedicada a la ganadería y a la producción cañícola. En tanto que su hermano Abel tenía La Primavera[41].

Abel Bohórquez, en realidad, administraba la propiedad La Primavera del Mayor Terreros. Nicanor, junto con su hermano Eliseo viajaron hasta el Brasil donde habían encontrado la forma de hacer fortuna. Al parecer viajaron con peones que nunca regresaron y de los cuales no se tuvo ninguna otra noticia[42].

Las antiguas pugnas entre caucheros y poblaciones tribales Záparas había dado paso a una aparente pacífica coexistencia. En el sitio conocido como Palizada *"...vivía gente nativa sin patrón..."*; y otro grupo se había asentado en las cabeceras, muy cerca de la boca del Villano.

Otra de las tribus Záparas, los Arabela, habitaban igualmente a orillas del Tigre y aún se tenía noticias de los Aushiri que, casi siempre salían al Curaray y paulatinamente habían logrado dominar en sus antiguas posesiones territoriales[43].

¿Eran éstos los Avijira o Avishiri, la tribu de filiación Zápara que fuera reportada por los misioneros jesuitas? La información disponible es concluyente al respecto. La descripción de la que se dispone, aunque demasiado escueta, permite una identificación definitiva de estos curiosos personajes de las narraciones más antiguas.

Estos aucas *"...utilizaban lanzas, una especie de palas, no eran mayor cosa. Cuando íbamos en busca del caucho los cogíamos con facilidad, nosotros lo hicimos con unas veintitantas familias capturadas en el Cononaco. Sus casas eran cerradas, todos se mantenían juntos en su interior en las hamacas. No se pintaban, de repente utilizaban el achiote"*[44].

Esta tregua se rompía, en ciertos momentos, por incursiones y capturas de esclavos ahora protagonizadas por bandas dedicadas a esta ingrata tarea. Era una especie de frontera en la que las misiones religiosas disputaban, palmo a palmo, los vestigios tribales contra los bandoleros que operaban desde Iquitos y otros puntos.

Para 1912, la misión atendía a las poblaciones de Pacayacu, Sarayacu, Juanjiris y Andoas en el Bobonaza; desde la base de Canelos se procedió a la formación de las fundaciones[45]o aldeas en las márgenes del río Tigre y Curaray. En los años subsiguientes la empresa misionera expandió su obra.

La cuenca del río Tigre, veinticinco años después, se había convertido en un importante sitio de concentración de población Záparo; pues,

41 Ibidem.

42 *"Los tres hermanos Bohórquez llegaron de Quito. Eliseo se casó con una hermana de mi mamá, era mi tío; Abel vino de Quito con toda la familia y Nicanor. Trabajaban el caucho negro con gente de aquí. La hacienda de Eliseo era Porvenir, tenía ganado, trapiches, alambique. El mayor Terreros le dejó a Abel para que administre su hacienda Primavera. A continuación estábamos nosotros. Se fueron a trabajar al Brasil Nicanor y Eliseo, vinieron a los dos años con el idioma aprendido; fueron los únicos en regresar; quienes fueron con ellos se llenaron los bolsillos y dejaron abandonada a nuestra gente indígena que se habían llevado".* Eduardo Vega, Entrevista.

43 *"Los Arabelas también existieron y a veces salían de un pueblo que ellos tenían. Sabelas no he oído, Abijiras no había allí, vivían por Pastaza; los Aushiris eran del río Curaray. Los aucas en ese entonces eran más mansos que bravos, por eso los Záparos fueron dominados y la mayor parte de ellos vivían con los patrones. Antonio Garcés, los Llori, todos ellos tenían Záparos".* Ibidem.

44 Ibid.

45 La estrategia de la misión dominicana, a diferencia de la misión de los jesuitas, era de congregar en reducciones de una sola filiación étnica a la población indígena.

"Con el nombre de río Tigre y Conambo, la misión dominicana estableció dos poblaciones en 1937, recogiendo a algunos indígenas dispersos del Napo y de otras tribus selváticas"[46].

Este auge relativo, visible en la expansión de las actividades vinculadas al tráfico comercial de los caucheros, debió alcanzar cierta intensidad a juzgar por las iniciativas que los peones Kichwa emprendieron.

Algunos de éstos, posiblemente impulsados por los comerciantes, o acaso por venganza, se habían convertido en el terror de los aucas pues eran sus nuevos persecutores. Para alcanzar este objetivo buscaban la manera de esclavizarlos organizando correrías, por su cuenta y riesgo, hasta sus más recónditos asentamientos[47].

A veces las expediciones organizadas por los hacendados para buscar la balata solían convertirse en incursiones de sus peones hacia las cabeceras del Cononaco y Paushiyacu, entonces territorio de algunas de estas tribus consideradas de aucas.

En una de las incursiones organizada por el propietario de Ceilán con sus peones Kichwa se logró la captura de *"... 40 familias aucas que después trabajaban en el caucho y aprendieron pronto el castellano. Salieron de la hacienda porque una peste, la escarlatina, que apareció por aquí la llevaron al Curaray y con eso se acabaron"*[48].

En este corto período de reactivación comercial hubo una secuencia de variaciones en la calidad del producto demandado en los mercados de Iquitos y Manaos. A la extracción y comercio de la yana balata o caucho negro, siguió una etapa de auge de la balata blanca, luego la rosada y finalmente la denominada leche caspi.

Esta nueva demanda, por cierto en extremo coyuntural, permitió un respiro económico para las haciendas del Curaray[49]. Apenas hubo pasado este corto episodio de bienestar, la crisis paralizó de improviso la actividad de los hacendados. *"...las haciendas fueron al caos. El caucho se trabajaba donde se podía, todas las familias hacían grandes recorridos de río a río, hasta el Tigre o el Pastaza"*[50].

Una muestra de la intensidad de la crisis fue la perceptible disminución de los impuestos recaudados por concepto de la actividad cauchera. Un reporte de la Jefatura Política fechado el 15 de Marzo de 1915 registró el monto de trecientos sesenta y cinco sucres con treinta y siete centavos. De manera similar para el segundo semestre de 1914 por el pago del mismo impuesto correspondiente a la parroquia Aguarico fue recuperada la cantidad de sesenta y seis sucres con setenta centavos.

46 Ibidem.
47 ***"Por el año 1915 en Ceilán cada Quichua quería tener su doméstico auca como los patronos"***. Ibidem.
48 Ibid.
49 Ibid.
50 Ibid.

En el caso del primer rubro, si éste fue el ingreso total al que ascendió el impuesto a la extracción del caucho correspondiente a la parroquia Cononaco se puede deducir que la producción total para 1914 fue de 365 quintales de balata. Cantidad irrisoria. Sobre todo si se compara con los registros individualizados que de cada hacienda se registró para el año 1906, en pleno auge del comercio cauchero[51].

Ante esta crítica situación nuevamente la mayoría de los hacendados, que se habían asentado en el Curaray en los tiempos subsiguientes a la gran rebelión de los peones caucheros, terminó por abandonar sus actividades y propiedades y emigrar.

Incluso hubo haciendas en las que el ganado fue abandonado. Otras otrora intensamente cultivadas y con grandes hatos ganaderos como las de Llori, Alfonso Cox y del propio José Antonio Garcés practicamente habían desaparecido.

La población de las tribus Záparas por efecto de las guerras silenciosas había mermado tan significativamente que su presencia en el Curaray, antes dominante, aparecía ahora como un vacío. Fenómeno que se remontaba varios años atrás. Por esta razón, los nuevos hacendados habían traído sus propios peones del alto Napo así como de Canelos y Pacayacu[52].

Había ocurrido, para ese entonces una racha de importantes cambios en los perfiles étnicos locales. Los peones de las haciendas que eran de Loreto, Tena, Archidona y San José marcaban la presencia dominante de las poblaciones de filiación Kichwa al igual que los traídos desde Sarayacu, Pacayacu, Juanjiris y del río Tigre[53].

Una faceta más de la crisis fue el recrudecimiento de los antagonismos entre los hacendados. Fueron tan comunes los robos de balata cuanto de peones. Un empleado de José Antonio Garcés había tomado 65 arrobas del caucho perteneciente a Terreros y sus peones habían huído hasta la hacienda de Cox ante la virtual quiebra de su capacidad comercial[54]. Por su parte, los hermanos Llori estaban acusados de haberse apropiado indebidamente del caucho perteneciente a José Antonio Garcés[55].

Sobrevivir en medio de esta maraña de conflictos locales para muchos significó tener control sobre los mecanismos administrativos locales así como de los correos[56], los destacamentos militares y, por supuesto, de los controles comerciales. La rebelión acaudillada por los brujos estafetas fue, en su momento, una muestra fehaciente de lo dicho.

Más aún, si esta guerra de venganzas desatada entre los hacendados locales había adquirido, en un momento determinado, dimensiones

51 *Jarrín, secretario en Tena, envía al Ministro de Oriente un cuadro demostrativo de la producción del impuesto a la extracción de caucho cobrado en la parroquia Cononaco en el año próximo pasado y cuyo valor asciende a la suma de 365, 37 centavos. "El Sr. Teniente Político del Aguarico da cuenta de 66 quintales y 60 libras extraidos en el segundo semestre del año en referencia sucres". 15/03/1915.*

52 Alfonso Cox, Entrevista.

53 Eduardo Vega, Entrevista.

54 Tenencia Política del Cononaco.3/02/1915.

55 Benigno Vela, desde la Tenencia Política del Cononaco al Jefe Político del Cantón. 12/07/1920.

56 Manuel M. Rosales, Teniente Político de San Antonio del Curaray, alto Curaray, al Jefe Político del cantón. 1/07/1915.



incontrolables. La enemistad con Garcés se había convertido ya en una especie de conspiración contra las autoridades que, dicho sea de paso, mantenían la costumbre inveterada de despachar desde la casa levantada en la propiedad de Garcés, algunos años atrás.

Como consecuencia de estas rencillas y pendencias, en Junio de 1920 fue destruida por un misterioso incendio la casa destinada para la Tenencia Política. Fueron acusados de este hecho criminal los hermanos Llori[57].

Los Bohórquez, por su parte, mantenían también rencillas contra José Antonio Garcés. Este, reclamaba el pago de una antigua deuda que los mencionados personajes pretendieron satisfacerla con caucho. Ciento sesenta y cinco arrobas a veinte sucres cada una[58].

Finalmente, Alomía parecía también estar involucrado en esta que parecía una conspiración contra Garcés. Este estaba acusado de engaño, en complicidad con la autoridad local, para obligarle al pago de mil quinientos sucres de una deuda inexistente[59].

El escenario de la crisis, en el que imperaban las tensas relaciones entre los miembros de la clase local de hacendados, se vería trastocado por un elemento adicional: también incluía las incursiones de los peruanos que, de esporádicas avanzadas, habían pasado a organizar verdaderas ofensivas.

Desde la perspectiva civil los hacendados habían adoptado, hasta cierto punto, los roles relacionados con la defensa de las fronteras. Su capacidad militar, sin embargo, estaba reducida a los grupos de peones armados con los cuales solían organizar incursiones hasta los asentamientos de los aucas.

Las autoridades locales carecían de personal y por supuesto, de todo tipo de armamento. Su labor, en este aspecto de la defensa territorial y de la soberanía estaba reducida a los escuetos e insistentes reportes que se elevaban al ministerio del ramo señalando el preocupante hecho de las avanzadas peruanas[60].

Los peruanos tenían a su favor varias ventajas comparativas. Tenían bajo control el tráfico fluvial, el comercio y, por supuesto, la capacidad para movilizar a sus hombres en un frente en el que las resistencias militares y político administrativas estaban claramente debilitadas o disminuidas a causa de la evidente desatención gubernamental.

Por esta razón ocurrían hechos insólitos como el forzado abandono de los sitios considerados parte del territorio ecuatoriano debido a la

57 *"En la noche del 20/6 manos criminales incendiaron a casa del Gobierno que servía para Tenencia Política de este lugar que ha quedado reducida a cenizas. Ocurrió con la llegada de la familia Llori que vino con el objeto de celebrar el matrimonio civil de una de sus Srtas. Esa noche cometieron el crimen".* 12/07/1920: Benigno Vela, desde la Tenencia Política del Cononaco al Jefe Político del Cantón.

58 José Antonio Garcés exige 11.000 sucres a Eliseo Bohorquez; tienen juicio, éste último deposita 165 arrobas de caucho (arroba=15 kilos; 20 sucres la arroba) en manos de Luis Felipe Granda escogido por Garcés. Pero éste no acepta el caucho y quiere la plata. Le han robado caucho y otras cosas a Rosendo Terreros. TP de Cononaco Carlos S. Viteri. 31/07/15; otra del 16/09/15.

59 Curaray, La Paz: Manuel Alomía al Jefe Político del Cantón Napo-Pastaza. Acusa a José Antonio Garcés de una trampa al hacerle firmar una deuda inexistente de 1.500 sucres, falsedad en la que le ayudó el Comandante Urvina. 20/10/15.

60 *"...los rifles y cápsulas que hay aquí no sirven absolutamente para nada, estamos sin defensa".* Reporta que ha venido dos veces la lancha peruana "Argentina" del sr Isaías Padilla. 3/02/1915: Tenencia Política del Cononaco al sr. Jefe Político del Cantón Napo-Curaray. Tena.

Calle y habitantes de Quito. Fuchs. Dibujo, Ernest Chardon. Detalle.

presión militar de los peruanos. Este fue el caso del hacendado Manuel Alomía quien abandonó, por esta causa, sus posesiones del río Tigre[61].

Los avances eran parte de una amplia estrategia destinada a ocupar de manera progresiva espacios hasta entonces ocupados por ecuatorianos. Se combinaba de manera eficaz el comercio con la movilización de los puestos militares y, por supuesto, la ofensiva contaba con el apoyo irrestricto de las embarcaciones. En el caso del Curaray los peruanos lograrían, utilizando esta estrategia, mover sus puestos desde la boca del Nashiño hasta la hacienda La Primavera[62].

Otra estratagema que, a la postre daría sus resultados, era el recurso del endeudamiento a través del cual habían logrado posesionarse de algunas de las propiedades de hacendados ecuatorianos. Santiago Arimuya había, por ejemplo, dejado en manos del comerciante peruano Gorgoño Panduro su fundo localizado más arriba del Manchari, en el Tigre, por el pago de una deuda. Panduro tenía para entonces amplia influencia sobre las tribus Záparas del Alto Tigre a causa del inmenso poderío comercial desplegado[63].

A tal punto de gravedad llegaría este avance masivo que Rosendo Terreros, sargento mayor de ejército, reportaba al Ministro de Estado que su procurador Eliseo Bohorquez le escribió informando lo siguiente: *"Mi fundo es el más avanzado en el territorio ecuatoriano hacia la frontera peruana, cuya nación diariamente nos disputa palmo a palmo la posesión de esos bosques que fácilmente podrán ser ocupados por nuestros vecinos a causa del abandono que tal vez me obligue a hacer la arbitrariedad del TP..."*[64].

Cuando llegaron los misioneros Josefinos a Puerto Napo, en el año 1922, en los alrededores quedaban tres haciendas y seis tambos de indios. Muestra de la gravedad de la crisis, si se considera que la dinámica hacendataria estaba prácticamente reducida a las riberas del Napo.

Para el año 1927, como resultado del corto período de resurgimiento de la actividad cauchera, los mismos misioneros referían la existencia en la zona de por lo menos 34 haciendas. En algunas de éstas se había desarrollado el drama de la extinción de los Záparo que, ya en ese entonces, dejaron de figurar como peones empatronados e incluso como el eje armado del poder decadente en las haciendas.

Como resultado de esta nueva y definitiva crisis, el panorama local para esta época se había modificado sensiblemente. Hacia el lado del río Mishahualli se encontraba ubicada la aldea india de Tena que contaba con apenas unos ochocientos habitantes.

61 Secretario encargado del despacho: Luis Granda. 3 de febrero de 1915: Tenencia Política del Cononaco al sr. Jefe Político del Cantón Napo-Curaray. Tena.

62 *"Ha surcado hasta el sitio El Porvenir una lancha comercial de Iquitos de Isaías Padilla. Agustín Nascemento hacía trabajar a los quichua por el Curaray y trajo a Manuel Curiel, jefe de la guarnición peruana de 25 hombres acantonada en la boca del Nashiño, dos días abajo de ésta población. Pretenden establecerse aquí, cogiendo 16 leguas de territorio ecuatoriano"*. Carlos Viteri. 31/07/15.

63 *"...el ciudadano peruano Gorgoño Panduro, que tiene amplia influencia sobre las tribus del Conambo y Tigre, piensa instalarse más arriba del Manchari, posesión ecuatoriana, en el feudo del sr. Santiago Arimuya pues éste le debe una cuenta. Se instalará como Subcomisario peruano del Tigre"*. Carlos S. Viteri, Teniente Político de Cononaco. 21/11/1915.

64 Carta del 28/11/1918.

El Ecuador desde 1809 al 1941. Morales, Op. Cit. Tabs. 77-78.



Archidona, la otra aldea de indios Kichwa de la zona, contaba con algo más de unos mil.

Pocos años después, en un recorrido realizado por el Obispo en 1932 por las riberas del Napo y el Aguarico encontró menos haciendas que en recorridos anteriores, porque los dueños habían migrado y copado el bajo Napo.

Una de estas haciendas que aún se mantenía activa era la de Sevilla. En cierto sentido, su posesión estaba relacionada con algunas historias de los aucas, de los fenecientes Záparos y tambien de los Kichwa que comenzaban a ocupar el escenario de la cuenca del Napo.

Carlos Sevilla era uno más de los hacendados que ocupaba como peones a los Záparos. Estos, inexplicablemente, desaparecieron del escenario del Curaray y del Napo. Para algunos testigos, todos se habían retirado a vivir por el bajo Curaray. Para otros, aparecieron luego como Kichwa asentados en el área de influencia del Puyo[65].

De los peones de Sevilla se decía que posiblemente también *"sabían Auca"*. En sus incursiones para encontrar formaciones naturales de caucho o simplemente para coger prisioneros aucas para comerciarlos con Iquitos habían llegado hasta el Anzu y, según cuenta la historia, estos Záparo fueron los que encontraron a Dayuma cuando ésta fugaba del escenario de las guerras intestinas Huaorani[66].

Fue a partir de estos episodios que los Kichwa pasaron a habitar progresivamente en las riberas del Curaray. Posiblemente es en esta coyuntura de cambios étnicos que los mismos Záparo pasaron a ser parte de los aucas o gente bárbara[67]. Y los verdaderos aucas, los Huaorani, se convirtieron en la causa mayor del despoblamiento del Curaray.

Este escenario[68] era patético. Para 1933 cuando se organizó un viaje de reconocimiento de las misiones por parte de los sacerdotes dominicos, se constató, con gran desaliento, que *"Los panoramas de las grandes dehesas, que en otro tiempo fueron florecientes, van recreando nuestra vista"*.

Y con cierta nostalgia por el intenso tráfico comercial de antaño: *"A este río de grandes recuerdos por las lanchas que mensualmente surcaban para llevar a Iquitos grandes remesas de caucho, balata, lechehuayo, algodón, chicle, no le queda sino en sus riberas casas destruidas por la acción del tiempo y extensos chontales como vestigios de lo que en otro tiempo fueran lujuriantes sembrados"*[69].

En la parroquia Tarqui, en torno a la zona que se consideraba era uno de los límites internacionales por el Curaray, sobrevivían a duras penas

65 *"Parece que recibieron el nombre del pueblo de donde venían, porque antiguamente les decían Záparo-Auca, pero hablaban perfectamente el Quichua del Puyo y nos entendíamos muy bien"*. Elliot. 1985, Op. Cit. p. 170.

66 Ibidem.

67 *"Los primeros habitantes del Curaray parece que fueron los Aucas, pero los que viven ahora son Quichuas propios. Lo único que sé es que les decían Záparo-Auca, se vestían igual que nosotros y hablaban el Quichua como los Puyu"*. Ibid.

68 *"Proseguimos nuestro viaje hacia el antiguo caserío de S. Antonio, punto hasta donde los Martínez y Vacas Galindo pensaron, por salvar la soberanía nacional, llevar el ferrocarril, 1927"*. El Oriente Dominicano, n. 303, 1958.

69 Ibidem.

los esposos Sáenz y la viuda de Garcés con sus cuatro hijos. Más abajo, en la desembocadura del Nashiño estaba una comisaría peruana que contaba con un piquete de quince soldados[70].

Los pobladores de las riberas del Curaray habían pasado a residir en el Villano donde se había fundado el nuevo pueblo de Santa Teresita. Se habían luego incorporado gente que provenía de Sarayacu así como algunos peones huidos de las haciendas del Napo donde los efectos de la crisis se habían igualmente extendido[71].

Sus habitantes vivían ahora del oro que lograban beneficiar las mujeres en el Lliquino. El Kichwa era la etnia dominante así como la lengua corriente, al extremo que los misioneros encontrarían grandes dificultades para reimplantar el español plenamente vigente en el tiempo de los hacendados[72].

Esta actividad aurífera se extendió al escenario del Napo y del Curaray. En Villano, la economía local había pasado a depender del lavado del oro que era abundante y de buena calidad. Lo que obtenían lo comerciaban en Sarayacu o Canelos hasta donde llegaba un intenso comercio consistente principalmente de textiles. La pesca eran también abundante lo que permitió sostener por algunos años el crecimiento de este asentamiento. Su población había pasado de dieciocho familias en 1928 a veintiocho en 1930[73].

Ocho años después, en 1938, *"La población del Villano había aumentado, tenía ahora 41 familias con 142 habitantes. Todos ellos radicados definitivamente en el pueblo con casa y chacras. Sus pobladores son los del antiguo y abandonado pueblo del alto Curaray, algunos de Sarayacu y últimamente por algunas familias de Napos que, habiendo dejado a sus patrones con quienes habían trabajado largos años, se han decepcionado de ellos y han venido a integrar el pueblo de Santa Teresita"*[74].

A la explotación de los placeres auríferos los pobladores habían incorporado el beneficio del tabaco[75] y habían logrado instaurar un centro de prácticas shamánicas que había alcanzado celebridad en el orbe .

No sólo a causa de la fama que como médicos habían logrado los shamanes sino también en razón del cerco mágico que habían establecido en torno a los Záparo y que, al parecer, fue un factor que contribuyó a agravar la situación crítica en la que se encontraban los antiguos peones de las haciendas[76].

Poco tiempo antes de la guerra del 41, los misioneros acariciaban el proyecto de convertir a la novísima población de Santa Teresita en el

70 Ibid.
71 Oriente Dominicano, Nos. 58-59, 1938.
72 *"El nuevo pueblo de Santa Teresita de Villano se hizo cuando sus habitantes abandonaron el Curaray se han radicado en las márgenes del Villano"*. Oriente Dominicano, nº 15, 1930.
73 *"Lliquino, afluente del Villano por su izquierda, notable por el oro que arrastra en mayor proporción y de más subidos quilates que otro ríos"*. Oriente Dominicano, nº 19, 1931.
74 Oriente Dominicano, Nos. 58-59. 1938.
75 *"Tiene un gran amor al trabajo y ahora cultivan muy bien el tabaco que venden en Sarayacu, Pacayacu y Canelos. Además es una región muy rica en oro"*. Ibidem.
76 *"Alguno de sus moradores se han dedicado a la medicina con tal buen éxito que la fama de sus prodigios ha traspasado las fronteras de su pueblo y por ello no sólo son favorecidos por el cariño y aprecio de sus favorecidos, sino también perseguidos por los jíbaros del Conambo quienes temen que la brujería se extienda hacia ellos y sean exterminados por los virotes envenenados. Hay verdadera competencia en el desempeño de las curaciones"*. Ibid.

punto de afianzamiento de un proceso de reconquista de la cuenca del Curaray[77].

Pero los Aushiris se habían apoderado del espacio y lo controlaban implantando el terror con sus ataques sorpresivos. Sin embargo, a causa de la fundación de la aldea se habían desplazado hasta allí algunas familias de estas tribus[78] habiendo escapado de las haciendas.

Una de éstas tenía un orígen siu generis. *"Cornelio Garcés[79], la cabeza de familia había sido tomado como prisionero, junto con sus padres, en una cacería de indios organizada por José Antonio Garcés. Estos habían muerto en la hacienda y éste había permanecido al servicio de los hacendados por varios años. En medio de la crisis generalizada había logrado huir con su mujer al alto Curaray y luego se estableció en Santa Teresita"*[80].

Esta nueva población estaba localizada en Villano, *"...en el antiguo varadero de Huito, en donde los viajeros del Curaray bajo terminan su navegación en grandes canoas. Navegando dos días más abajo desemboca el Villano en el gran Curaray, precisamente aquél célebre y memorable lugar designado desde antaño como término del ferrocarril Ambato-Curaray a donde fácilmente arribarán las lanchas desde el Marañón. Los lavaderos de oro están como a dos horas en el Lliquino"*[81].

Poco antes de esta migración masiva de los habitantes del Curaray, en 1930, una de las letales epidemias de viruelas hizo estragos entre las poblaciones locales. Esta fue traída por los cargueros serranos que utilizaban los hacendados y provocó tales estragos entre las poblaciones Záparas que, las que permanecieron incontaminadas, terminaron por abandonar sus territorios[82].

El intento de los misioneros dominicanos por agruparlos en Chapana dejaría definitivamente libre el escenario del Curaray lo que facilitó la expansión de las tribus Huaorani[83].

Esta acotada reactivación de la actividad productiva y del tráfico del oro contrastaba, sin embargo, con el contexto del Curaray donde unicamente eran visibles los vestigios de lo que otrora fue un espacio en el que se desplegó una intensa actividad[84].

Hasta este escenario abandonado fue trasladada la aldea de San Antonio de Curaray. La concentración de pobladores inmigrantes Kichwa así como el avance de las tribus Huaorani por sus riberas habría decidido la suerte de este antiguo emplazamiento. Esta nueva aldea fue fundada alrededor del año 1928.

77 *"El Villano debe ser el punto céntrico para futuras colonias, pues la tierra es muy fértil... el gobierno encomendó a la prefectura Apostólica de Canelos que hiciera abrir una pica de un metro de ancho, quitadas todas las malezas y colocados puentes en todos los riachuelos desde la desembocadura del Villano en el Curaray hasta la población del Puyo. Las dificultades no sólo son las naturales sino también de los indígenas que no quieren tener carretera para no evitarse la convivencia con los blancos. Informaré sobre el éxito de esta obra"*. Ibid.

78 Oriente Dominicano, nº 15, 1930:

79 L. Hurtado, Teniente Político de Tena envía al Jefe secional de Archidona un indígena consignado por dos empleados de un tal Garcés, residente en el río Curaray, al que han atado con una cadena y tratado de modo "...bárbaro y criminal". 27/03/1904.

80 *"Después decidió huir con una mujer de Curaray y hace un año vino a Sta. Teresita"*. Oriente Dominicano, Nº 15, 1930.

81 Oriente Dominicano. Nº 98, 1941.

82 El Oriente Dominicano, Nos. 58-59, 1938. N. 195, 1949.

83 *"Una mayor decadencia por las enfermedades ocurrió alrededor de 1930. Esta decadencia, probablemente acelerada por un esfuerzo dominicano para congregarlos en Chapana, facilitó la expansión Huaorani en su área"*. Whitten, Op. Cit., p. 35.

84 Oriente Dominicano, Nº 303, 1958.

En medio de la crisis generalizada de las haciendas caucheras. El misionero dominico encargado de esta refundación había llevado consigo a 28 familias. Cuatro años más tarde, en 1932, se contaban 75 familias.

El esfuerzo de los misioneros por incentivar el poblamiento del Villano les había impulsado a construir de inmediato la iglesia e, incluso, un convento. Pronto se habilitó el antiguo varadero de Wituc utilizado intensamente por los hacendados para embarcar rumbo hacia el Curaray y se rehabilitó igualmente la trocha que conducía hasta Sarayacu, en el Bobonaza[85].

Aparte de la nueva población del Villano, en la visita de los misioneros dominicos se encontraron todavía tres haciendas que habían permanecido en medio de la crisis generalizada. En primer lugar, El Cóndor, posesión reciente del ecuatoriano Aparicio Garcés, *"...cuyos indios, excepto dos, se le han huido pues no tiene para sus necesidades "*[86].

Antes de llegar hasta Lorocachi donde estaba la segundá hacienda La Primavera los misioneros reportaron las chacras y casas de habitación de los peones de Humberto Bohórquez. Este apenas si mantenía a 80 conciertos en estado calamitoso. Todos eran originarios del Napo donde los efectos del derrumbamiento de las haciendas se expresaba en la miseria de los trabajadores antes vinculados al auge y prosperidad de la rama[87].

Finalmente, más abajo, hacia la desembocadura del Nashiño, estaba El Porvenir, hacienda que fuera de Eliseo Bohórquez. Allí vivía su viuda que había quedado a cargo de ciento treinta peones conciertos entre los que se contaba una nutrida población femenina que el difunto había mantenido como esposas[88]. Más abajo figuraba la Tenencia Política de Tarqui donde vivía la familia Sáenz. Para 1935, éste era un puesto militar sito en la orilla izquierda y se contaba apenas tres o cuatro casas alrededor.

Las comunicaciones, eran particularmente dificultosas. Para salir al Napo era preciso tomar el camino a Rocafuerte para lo cual era preciso salir por el Nashiño, aguas arriba y, después, por el Yasuní, aguas abajo, en un viaje que duraba varios días.

Ya en 1920 esta ruta, de data antigua, había sido abandonada debido a las grandes dificultades que representaba el terreno que atravesaba extensos humedales localizados al norte del Yasuní, a la salida del Cononaco[89].

Para 1936 la misión dominica tenía formados once pueblos en un territorio de veinte mil kilómetros: desde el Cantón Baños hasta la

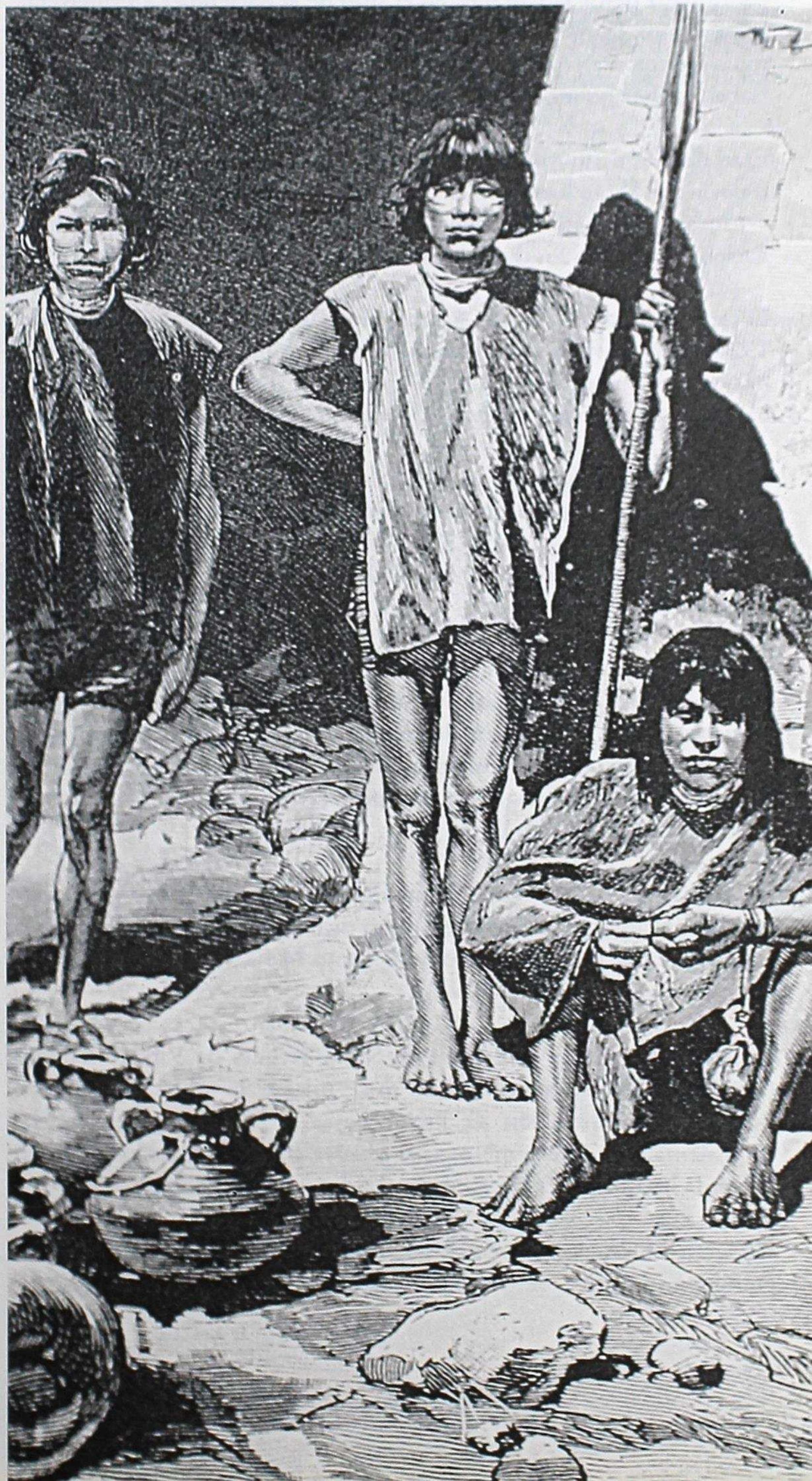
85 *"Fue fundado en 1928 con 28 familias casadas y algunas de huérfanos, hoy su población asciende a 75 indios cristianos. La misión tiene una iglesia y un convento a la izquierda del río. Construimos una vereda desde el Rotuno al Villano. El pueblo está localizado en el antiguo varadero del Huito, donde los viajeros del Curaray bajo terminan su navegación en grandes canoas. El pueblo está inmediato a los lavaderos de oro y a dos horas de los célebres del Lliquino, en donde hace casi un siglo se estableció la compañía francesa de Belón y Lacoste"*. Oriente Dominicano, Nos. 28-29, 1932.

86 El Oriente Dominicano, n 303, 1958.

87 M. Ribera, JP del cantón, envia al TP de Rocafuerte 11/-10/1924.
Oriente Dominicano, Nº 303, 1958.

88 Ibidem.

89 *"He dado principio a los trabajos de la pica que debe unir el Curaray y Napo para el servicio de correos. En febrero salí en línea recta desde la actual TP al Napo, llegamos hasta el río Cononaco sin dificultad alguna en seis días abriendo pica, pero de allí para adelante nos fue imposible continuar por el sinnúmero de cochas y ciénegas que existen, cambiamos de dirección por tres veces y tropezamos con las mismas dificultades y como se nos concluyeran los víveres tuvimos que salir al Curaray sin poder continuar la obra"*. Benigno Vela, Teniente Político del Cononaco escribe al Jefe Político del cantón Napo-Curaray. 30/4/1920.



Tipos de indios de las coordilleras del Ecuador. Tofani. Dibujo, André. p. 73. Detalle

confluencia del Curaray con el Villano; por el este y sudeste, el río Tigre hasta su confluencia con el Amazonas y por el Sur, la línea que une el Sangay con el Morona.

El reconocimiento que había emprendido el misionero dominicano continuaba desde el Curaray, en el sitio de la hacienda La Primavera, hasta el alto Tigre[90]. En Ilamuyuna, de donde arrancaba el varadero, todavía estaba en pié la hacienda de Antonio Barques y su esposa Isabel, ambos quiteños.

Eran dueños de una antigua empresa dedicada al cultivo del algodón, todavía con algún beneficio de la extracción de caucho, cultivo de café y cacao; recolección de tagua y crianza de ganado. En esta única hacienda próspera los dueños mantenían a unos seicientos peones[91].

El camino desde el Curaray hasta el alto Tigre estaba habilitado desde 1924 pero la falta de adecuado mantenimiento exigió de los misioneros un itinerario que completó seis días para llegar hasta la hacienda Santa Irene que fue propiedad de César Ramos[92].

En este sitio fue fundado el pueblo de San Jacinto del Tigre. Debía servir para los Záparo que aún vivían allí, último sitio en el que permanecía a salvo la población, aunque sujetos a la prohibición de viajar hasta el Huallaga en busca de la sal y carentes de todo artículo de comercio[93].

Pero se había propuesto rehabilitar el antiguo camino. En los planes gubernamentales la iniciativa de la misión fue recibida con entusiasmo. Era una manera de recuperar lo hasta entonces perdido y retomar el tema del poblamiento de la amazonia bajo la óptica de la colonización. Bajo esta nueva perspectiva fue diseñada la ruta Río Verde - El Puyo - Curaray.

Los habitantes de Canelos, sin embargo, se habían negado a colaborar con la obra argumentando que a causa de ella serían despojados de sus posesiones por parte de los colonos como había ya ocurrido con los antiguos pobladores del Puyo.

Por el contrario, los habitantes de Santa Teresita de Villano habían comprometido su contingente para iniciar la obra desde esta población en dirección al Puyo, basados en la expectativa de incrementar sus intercambios comerciales con las poblaciones de la sierra de las que obtenían acceso a textiles y herramientas[94].

Un gran obstáculo, sin embargo, entorpecería los avances en esta grandiosa iniciativa. Se trataba de los Jíbaros, los Aushiris, - nuestros

90 *"Ilamuyuna punto del varadero con dirección al Tigre desde la finca de la familia Bohórquez"*. Oriente Dominicano, Nº 303, 1958.

91 Ibidem.

92 *"El misionero dominico corta entre dos curvas del río con un canal hecho por los indios de La Primavera. De subida utiliza este varadero hasta el Tigre, acompañado por Humberto Bohórquez y Jorge H. Borbúa de la TP del Tigre. Este camino fue abierto en 1924 cuando los caucheros lo hacían desde el Curaray hasta el Pucacuru, el varadero esta del todo remontado, les lleva 6 días legar a sus orillas, al lugar denominado Santa Irene, antigua posesión de César Ramos, ecuatoriano"*. Ibid.

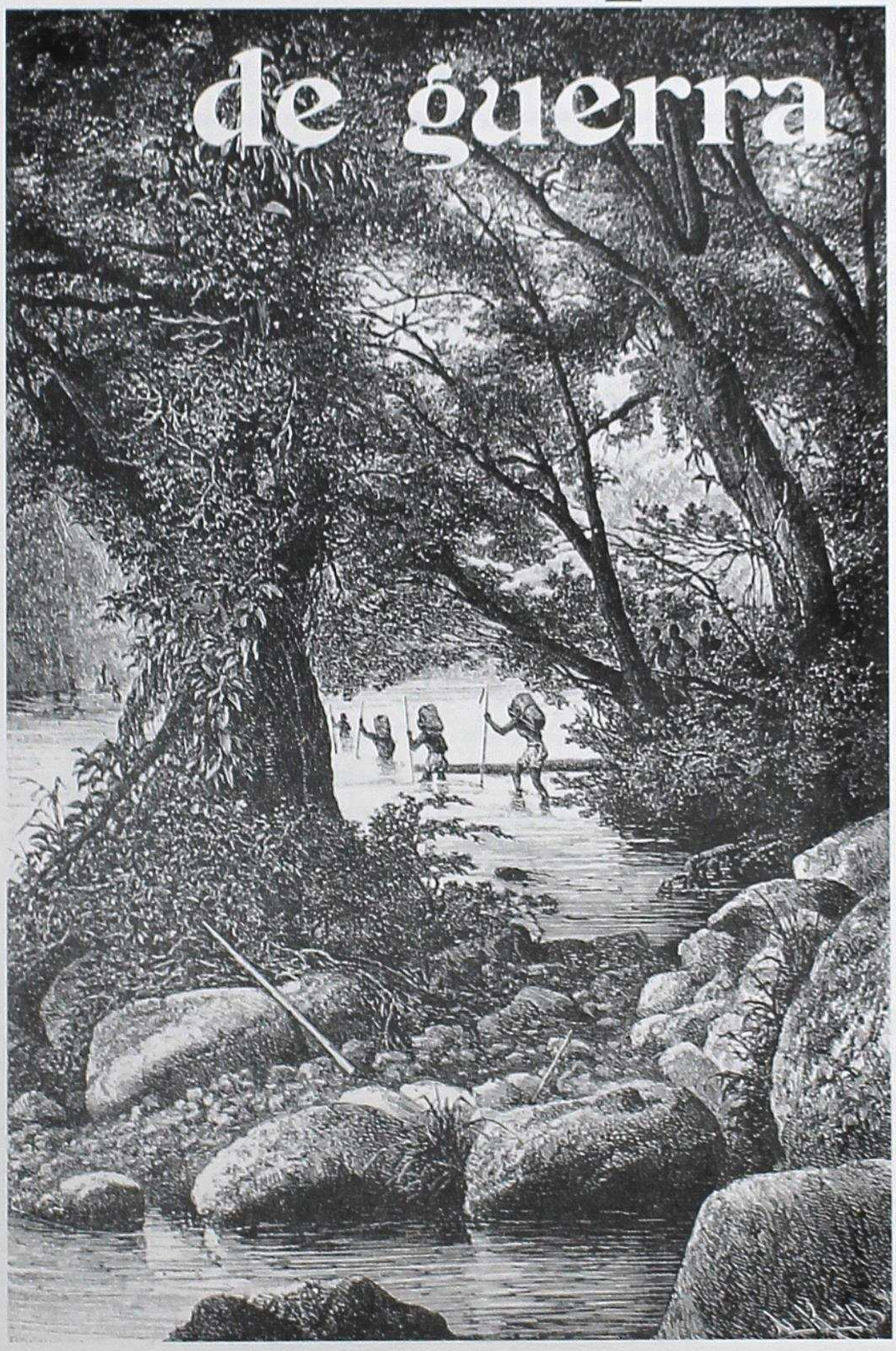
93 *"Fundan el pueblo S. Jacinto del Tigre. Se entera que a los indios ecuatorianos se les prohibe, de parte de las autoridades peruanas, ir a proveerse de sal en las minas de Guallaga, carecen de ella y de fósforos"*. Ibid.

94 Los Salasaca eran los encargados de transportarlas cargas de los comerciantes que salían desde Ambato e incluso desde Quito. NdA.

aucas - que se habían para entonces apoderado del Callana yacu, afluente del Villano por su orilla izquierda impidiendo el paso hacia el bajo Curaray.

A pesar de estos esfuerzos e iniciativas, en una evaluación global, era evidente que las misteriosas tribus aucas habían logrado derrotar a sus irreconcilables enemigos, los hacendados y sus peones. Estas, a la sazón mantenían un severo control de los vastos espacios del Curaray, especialmente frente a la expansión de los Kichwa, recientemente fortalecidos en los asentamientos del Villano.

Tiempos de guerra



Poder y hegemonía postribales

Paso de un vado del río
Cosanga. Alex de Bar. Dibujo,
Wiener. Grabados… *p. 98.*

CAPÍTULO VII

GUERREROS DEL SHIRIPUNO

"El Peze Buey Baca marina, o Manatí, puede ser
en el tamaño de su cuerpo, maior a una Ternera de dos años.
Su piel es grueza, sin escama, y se hacen de ella
unos Bastoncitos que son mui apetecidos.
La nariz y la boca tienen perfecta semejanza
con las de las Bacas de tierra: los ojos mui pequeños
y de ig. Tamaño los oydos.
Le sirven de brasuelos unas especies de Aletas,
y deuaxo de ellas así al pecho unos Pezones destinados
para el alimento de sus cría. Carece de piés, y en lugar de cola,
tiene formada de su piel, una extremidad ancha,
que presenta a la vista
la figura de un Abanico" [1]

Poco tiempo después de que nuevas incursiones se iniciaran en la región amazónica en el que fue escenario dominado desde el siglo xix por las haciendas caucheras se produjo el estallido de la guerra.

No fue ésta la primera vez que se realizaron exploraciones petroleras en la región oriental; antes, en 1923, habían incursionado geólogos y piquetes de trabajadores. De manera que veiticuatro años después éstas se reiniciaron en el año 1937 por parte de la compañía Royal Doutch Shell.

Salieron al encuentro de los grupos de exploradores petroleros las tribus de los temibles Huaorani que ya habían logrado absoluta hegemonía en los espacios delimitados por la cuenca del Napo, por su banda sur.

La antigua entrada por Baños había sido habilitada; esta vez por una carretera carrozable que llegaba hasta el Puyo. El campamento principal de la compañía se encontraba muy cerca de esta población y se había convertido en el teatro de operaciones a gran escala acompañadas por un despliegue impresionante de logística.

1 Don Manuel Mariano Echeverría...Op. Cit., pp. 60-1.

Los petroleros, precedidos por otros exploradores y aventureros, se sorprendieron al encontrar que aquellos parajes no mostraban signos evidentes de poblamiento por parte de gente civilizada.

Fue a partir de estas condiciones que estas formaciones boscosas contribuyeron a forjar el imaginario del vigésimo siglo como singular escenario de selvas vírgenes donde las tribus salvajes mantenían el carácter originario que los españoles y misioneros habían ignorado pues ni siquiera habían logrado explorarlos[2] y peor aún civilizarlos.

En este imaginario, la memoria del episodio de las haciendas, aunque de reciente data, aparecía borroso y escasamente épico o inconcluso debido a los claros indicios que permitían establecer la existencia, a mediados de siglo, de tribus jamás conocidas por los blancos.

En una de estas regiones desconocidas campeaba la tribu india de los Aushiris[3]. *"Se trata del grupo de indios más salvajes del Ecuador; por mucho tiempo no han tenido contactos con la civilización u otras tribus indias. Son indios muy peligrosos como se puede ver por los ataques dichos"*[4].

Identificados, acaso equivocadamente, como Aushiris estos aucas se habían desplazado desde el Shiripuno - o desde el Tiputini y el Yasuní - hasta el Villano y habían atacado, en diciembre de 1939, a la población de Wituc por entonces habitada por gente Kichwa[5]. Siete miembros de una familia habían sucumbido en el ataque sorpresivo.

Estas muertes colectivas habían sembrado el terror por la comarca. De manera que las actividades de la compañía estaban a punto de sufrir una paralización completa debido a la dificultad extrema para conseguir gente dispuesta a formar parte de las cuadrillas que acompañaban a los geólogos[6].

Este ataque a la aldea de Santa Teresita formaba parte de una serie de acciones que dieron a entender a sus habitantes que estaban cercados por los aucas. El asedio alcanzó tales niveles de hostigamiento que todos los habitantes optaron por tomar algunas medidas precautelatorias.

De esta época data la adopción del tipo de arquitectura adaptado a las condiciones de áreas de tahuampa: postes sobre los cuales se levantaba la construcción a por lo menos dos metros sobre el suelo. Rondas de vigilancia estaban listas para alertar a la población en caso de ataques nocturnos así como para organizar grupos para desplazarse por el espacio habitacional y repeler a los intrusos[7].

2 *"Entre el Villano y el Napo había varios asentamientos pequeños y pocas y haciendas que aún servían como estaciones de base para los caucheros. Estos fueron parcialmente abandonados cuando el precio del caucho bajó y en varios casos los colonos que quedaron fueron atacados por los salvajes Aushiris, probablemente en venganza de crueldades cometidas por los caucheros. Así que hasta el presente ningún hombre blanco o indio civilizado vive en la zona mencionada"*. J. U. Kappeler y E. Rod. Geological Review, # 10. 17/01/1941.

3 Ibidem.

4 *"al este de la zona comprendida entre el Nushiño y Villano"*. Ibid.

5 *"...hace como seis años comenzaron los infieles Aushiris a asaltar y matar a algunos indios que se hallaban descuidados en sus chacras o tambos, hasta que el año pasado hicieron una última y horrorosa matanza victimando a siete personas: los padres e hijos de una misma familia"*. Oriente Dominicano, Nº 98, 1941.

6 *"Ahora podemos añadir un nuevo ataque al de Huito en diciembre del año 1939. Como consecuencia del mismo murió una familia de siete indios"*. J. U. Kappeler y E. Rod, Loc. Cit.

7 *"Como los Aushiris quedaron impunes, los de Villano decidieron reunirse todos los moradores, contra la inveterada costumbre indígena, y hacer sus casitas juntas y desplegadas, de piso alto, a la banda derecha del río, esto es, a la opuesta de los Aushiris, allí viven hoy como en atalaya del enemigo"*. Oriente Dominicano, Nº 98, 1941.

A pesar de los avatares que la crisis de las haciendas caucheras trajo consigo en términos de las migraciones, epidemias y despoblamiento de las riberas del Curaray, la aldea de Santa Teresita, antiguo varadero de Wituc, no había modificado su fisonomía.

Contaba con aproximadamente veintidós familias que totalizaban los 100 habitantes. Este se convirtió en un punto de convergencia de peones fugados de las haciendas del Curaray, del Napo y alguna gente proveniente de los asentamientos del Bobonaza[8].

Sus habitantes, ocupados todos en explotar el oro del Lliquino, habían cambiado su ocupación por el empleo en la compañía. Trabajaban llevando las cargas de equipos y matalotaje de los piquetes dirigidos por los geólogos. De esta manera volvieron a sentir el peso del asedio de los aucas[9].

Y con razón. Los habitantes de la aldea no fueron los únicos que sufrieron en carne propia este asedio. Las cuadrillas de trabajadores de la compañía estuvieron continuamente amenazadas por sus ataques y parecía evidente que un dispositivo de espionaje funcionaba en torno al campamento principal, en Arajuno y en los campamentos que las cuadrillas levantaban en medio del bosque.

La cuadrilla dirigida por Rod fue atacada en el Nushino por un grupo de guerreros con el resultado de un trabajador herido. En realidad eran los primeros Kichwa y blancos en aventurarse por un territorio enteramente controlado, en ese tiempo, por los Huaorani; al menos durante los veinte últimos años[10].

La aldea fundada por los misioneros dominicanos, en el antiguo varadero de Wituc había sufrido sus ataques en varias ocasiones. En cierto sentido, ésta bien podía ser considerada como el punto más avanzado de la expansión Kichwa en este territorio[11].

Uno de estos memorables ataques ocurrió hacia la época del estiaje, en el año 1936. Esta temporada acostumbraban los habitantes de Wituc pasar en sus purinas o cotos de caza. Sus habitantes solían tener estos tambos a un día de distancia de la aldea, en el Lliquino, afluente del Villano.

Los guerreros Huaorani atacaron a la familia de un Kichwa que regresaba hasta su tambo, surcando a dos horas, luego de visitar a una familia amiga que tenía su purina en la bocana del río. Tres años después, en 1939, un nuevo ataque sorprendió, esta vez, a una familia de esta aldea, a poca distancia, río abajo, de donde estaba situado el centro del asentamiento.

8 *"...originarias unas de los restos del antiguo pueblo del Curaray Alto y otras del Napo, Canelos, Pacayacu y Sarayacu. Todos entienden de lavar oro".* Ibidem.

9 *"Pero desde el año pasado, dejando sus industrias, se han dedicado a conducir cargas de la Shell desde el varadero del Curí hasta los campamentos de la compañía en el Curaray. Los naturales suelen cruzar el Curaray alto, por las montañas hasta los pueblos del Napo durante largos días. El Lliquino, muy rico en oro y en pescado, es el preferido de los indios para barbasquear".* Ibid.

10 *"Se tomaron precauciones durante todo el viaje, a pesar de todo el Sr. E. Rod fue atacado por una pandilla de Aushiris durante una separación corta de los dos autores de este trabajo. Uno de los trabajadores del equipo fue herido gravemente... No se había recorrido el río Nushiño durante los últimos 20 años y tuvieron que ser construidas canoas para el viaje".* Ibid.

11 *"Los indios yumbos están concentrados probablemente por miedo a los ataques de los indios Aushiris que ocurren de vez en cuando. Esta es quizá la razón por la cual las casas en Huito son construidas de dos pisos".* J.J. Dolvy y H. E. Parsons, *"Trabajo de campo realizado por el río Villano y sus tributarios, al este el Ramón urcu, Llipunoyacu, Conambo, hasta un punto debajo del tambo Conambo y por varios riachuelos entre el Conambo y el Rotunoyacu".* En Geological Review, Nº 17, 22/06/1942.



MEMORIAS DEL CURARAY

La reciente guerra contra los peruanos dentro de la que fue crucial la batalla por el control del Curaray[12] contribuyó, no poco, a modificar los perfiles demográficos de la aldea. Para Febrero de 1942 *"... la población de Wituc había crecido con los que antes vivían en la boca del Namo yacu. Se había venido a Wituc huyendo de los peruanos por la guerra del 41"*[13].

También los colonos que estuvieron vinculados a las haciendas pioneras fueron desplazados. Para 1942 quedaban pequeños grupos en Ramón Urcu, Conambo y Montalvo. Y pequeños grupos de soldados permanecían en los destacamentos de Chambira, Wituc y Montalvo, en tanto que el ejército peruano había establecido sus avanzadas en la desembocadura del Villano en el Curaray[14].

Un año más tarde, en 1943, Los pobladores de Wituc y Canelos habían establecido sus purinas entre el punto llamado Palizada y la desembocadura del Villano en el Curaray. En Palizada se habían establecido de manera definita cuatro familias que habían levantado sus casas en las islas fluviales como medio de prevenir los efectos, siempre letales, de los ataques de los guerreros Huaorani[15].

Hacia arriba, entre el Ashnayacu y el Balatayacu los exploradores de la Shell habían encontrado evidencias del paso reciente de un grupo relativamente numeroso de cazadores Huaorani. Muy cerca de este punto aún existía la hacienda Arica de Ubaldo y Enrique Garcés, hijos de José Antonio. Contaba con unos setenta habitantes, incluyendo el peonaje y el personal de un destacamento militar[16].

Para el año 1945, la aldea de Wituc, sobre el alto Villano había crecido sensiblemente. Los misioneros registraron una población de 115 habitantes de los cuales 65 eran adultos. Sin embargo, aunque desconocidos, eran igualmente evidentes los signos de la presencia Huaorani en esta frontera étnica que así se mantenía prácticamente inamovible[17].

La Shell operaba, hace algunos años atrás, en la cuenca del Curaray desde la pista aérea abierta en el alto Villano. Entre 1939 y 1944 hubo un intenso movimiento de trabajadores y maquinaria en el entorno de este sitio. Llegó gente Shuar[18], Achuar, Zápara y Kichwa. En 1946 la compañía se retiró. Algunos de los trabajadores engrosaron la población de la aldea de Wituc. El resto permaneció deshabitado excepto por los buscadores de huevos de charapa[19].

Diez años más tarde, la tensa situación interétnica no había variado en absoluto. Sin embargo, habían novedades en cuanto a los movimientos poblacionales que dibujaban diversas estrategias por ocupar un territorio en esencia conflictivo.

12 Granja, Loc. Cit.
13 Dolvy y Parsons, Loc. Cit.
14 Ibidem.
15 *"Hace más o menos 30 años el Curaray era un río muy poblado, sólo quedan los nombres de varias haciendas para guardar la memoria de estas poblaciones. Nombres como San Antonio, Bolívar, Primavera, Porvenir y Ceilán en el Curaray y probablemente otras dos haciendas o poblaciones más del Cononaco, Fajardo y Sandoval. Las últimas señales de actividad humana en esta zona son los restos de la ocupación militar peruana del 41-42".* J.J. Dozy. *"Area del Curaray medio y Cononaco".* En Geological Review, Nº 22, 28/02/1943.
16 En Geological Review, Nº 24, 26/7/1943, pp. 415 y ss.
17 Oriente Dominicano, Nos. 149-153, 1945.
18 Un grupo de éstos inmigrantes permanece en Curintza, comunidad del alto Villano. NdA.
19 *"se retiró la Shell y no quedó nadie en Campo Villano. Se formó un pueblito en Huito, algo más arriba, atendido por los dominicos".* Vargas en Dall'Alba, Loc. Cit.

En la zona, recientemente se había fundado la aldea de Villano por parte de trabajadores de la Shell. Para 1952 figuraba ésta en el sitio donde se encuentran actualmente emplazadas las comunidades del Villano. Para entonces la aldea contaba con unas veinte casitas de paja y aún se mantenía la construcción sobre pilotes con acceso de gradas que eran retiradas en las noche por temor a los ataques de los temibles guerreros.

Funcionaba en el pueblo una de estas casas como cuartel para los soldados del destacamento local. En la mayoría de los casos éstos estaban destacados para el Curaray, de tal manera que permanecían en Villano pocos días en su tránsito hacia su destino final[20].

Los aucas habían expandido su territorio también hacia el norte, en dirección al Napo. De manera que una nueva frontera interétnica se había mantenido allí definida por los ataques sorpresivos de los guerreros y la aún más sorprendente actitud de indiferencia adoptada por parte de los afectados[21].

Ni siquiera los misioneros querían arriesgarse a incursionar en los espacios boscosos ubicados sobre la banda derecha del Napo. Esta, desde entonces, fue considerada tierra peligrosa. El Napo pasó a convertirse en una especie de frontera natural entre las tribus Huaorani que migraban hacia el oeste y los vestigios de las haciendas y reducidas comunidades que se mantenían sobre la banda contraria[22].

Una tras otra iban y venían las noticias del Villano y Curaray hasta el Napo refeririendo los pormenores de los ataques. En ocasiones contra los Kichwa que se encontraban asentados en la franja de frontera étnica, en otras contra los blancos que, por diversos motivos, osaban incursionar más allá.

Un colono que había intentado asentarse en el Villano[23] había muerto en uno de estos asaltos. Su esposa y su hijo habían muerto ahogados luego de que fueran arrojados al río por los atacantes. Igualmente había sucumbido uno de sus peones Kichwa que había tratado de defender a los colonos[24].

En determinado momento los ataques de los Huaorani se concentraron nuevamente en torno a las operaciones de la compañía. Luego del ataque al piquete de trabajadores que acompañaban a los geólogos, dos años después, los guerreros del Shiripuno sembraron el terror en el campamento que la compañía había levantado en Arajuno.

Este es un tributario del Napo por su margen derecha. Sus orígenes se remontan al norte de la zona de donde parte el Curaray. De manera

20 Oriente Dominicano, Nos. 296-298, 1958.

21 *"...y ahora le doy un par de consejos, y uno de ellos es éste: nunca pase la noche en la margen derecha del Napo. Allí es donde viven los indios aucas, que matan por igual a indios pacíficos y a blancos como si fuera algo lógico"*. Blomberg, Loc. Cit.

22 Ibidem.

23 Los asentamientos de la Colonia 6 de Diciembre del Villano datan de estas fechas. Posiblemente se refiere a los pioneros que ingresaron a colonizar estas tierras a raíz de las operaciones de la compañía. NdA.

24 *"En el mismo momento en que íbamos a la cama, un indio entró a la casa tropezando, mojado hasta los huesos. Venía de Canelos y el día siguiente se pondría en camino a Arapicos, una aldea que está al otro lado del Pastaza. Traía noticias terribles, y todos en la casa contuvieron la respiración mientras contaba la macabra historia de una nueva incursión y del asesinato de una familia blanca a manos de los Aucas.* Blomberg, Loc. Cit.

que estos guerreros habían logrado tener bajo control el espacio comprendido entre el Napo y el Villano.

Los reiterados ataques habían terminado con la muerte de tres trabajadores en este campamento, en el año 1942. A raíz de este incidente, el gobierno había enviado una fuerza policial que, a pedido de la compañía, debía brindar seguridad a las operaciones en dicho sitio[25].

Un año después, en 1943, cuatro trabajadores perdieron la vida en un nuevo ataque letal de los aucas. Este nuevo incidente obligaría a detener las exploraciones que la compañía había planificado en el territorio que se suponía estaba bajo su contro[26].

Apenas la compañía inició sus operaciones, una de sus primeras obras fue la habilitación de la base de operaciones en las cercanías del Puyo, población conocida como Shell-Mera[27], que nació a partir de una grupo de construcciones cercanas a la pista y que sirvieron entonces como hangares y residencia de los trabajadores de la compañía.

Los primeros ataques de los que se tuvo noticias ocurrieron en el sector comprendido entre el Villano y el Curaray. Desde entonces se había montado un operativo destinado a seguir la pista a los Huaorani. Lo más espectacular fue sin duda la serie de fotografías logradas: *"Desde el aire se había localizado algunos lugares de residencia de los salvajes, y se habían tomado fotografías aéreas en las que se podía distinguir claramente a los aucas"*[28].

De hecho las exploraciones contemplaron la restitución del paisaje con fotografías aéreas, información que, combinada con el trabajo de campo de los geólogos, permitía posteriormente verificar sobre el terreno los indicios que traían las fotografías.

En el suceso memorable de 1940, la cuadrilla de trabajadores, Kichwa de Canelos y algunos colonos, que acompañaba al geólogo Emile Rod en una trayectoria que comprendía la zona delimitada por los ríos Laguano, Añangu y Curaray fueron quienes sorpendieron a los aucas.

Estos trabajaban, al parecer, en la apertura de una chacra tumbando para el efecto algunos árboles con hachas. Probablemente de piedra. El ruido llamó la atención de los exploradores que no tardaron en localizar el asentamiento[29].

La descripción del sitio no deja lugar a ninguna duda de que se trataba, en efecto, de un emplazamiento de los Huaorani. Apenas

25 *"Debido al peligro continuo para los trabajadores de la compañía y los colonos del área, la Shell pidió al gobierno que enviara una fuerza policial para su protección"*. Ibidem.

26 *"...cuatro de nuestros trabajadores perdieron la vida -tres fueron asesinados por los Aushiri- Las exploraciones geológicas continuaron, pero la compañía dejó por la misma época de enviar expediciones al área de los indios Aushiri"*. Ibid.

27 *"Es Mera había crecido tanto que no se la podía reconocer; tuve que refregarme los ojos una o dos millas más adelante cuando estuvo a la vista Shell-Mera, la base y el más grande campamento que tiene la compañía petrolera en el Oriente. Había una gran pista de aterrizaje con media docena de aviones, además de hangares y talleres -en realidad era un pueblo pequeño"*. Ibid.

28 Ibid.

29 *"El momento en que los salvajes desnudos avistaron al Dr. Rod junto con sus hombres desaparecieron con tal rapidez que parecía que la tierra les había tragado"*. Ibid.

quedaba una casa destruída por el fuego, situada en medio de tres espacios destinados a cultivos de huerta[30].

La descripción de los objetos encontrados no fue sino una palmaria confirmación de que, en efecto, el grupo así sorprendido era de los Huaorani. Había en el sitio ollas de cerámica, flautas, hamacas y una nutrida colección de aves vivas capturadas en las correrías de los cazadores y que eran mantenidas en los entornos de la vivienda[31].

Salieron de este sitio abandonado con rumbo al río Añangu donde levantaron el campamento. Fue precisamente en este sitio donde fueron atacados los de la armadilla, ya bien entrada la noche. Uno de los peones no bien los descubrió, dió la voz de alarma. Por esta razón no se anuló el letal efecto sorpresa que era una de las constantes de los ataques.

Posiblemente por esta causa todos pudieron escapar con vida y sanos y salvos. Lograron lanzarse al río y cruzarlo poniéndose a buen recaudo de las lanzas de los guerreros que los mantenían atemorizados con sus gritos de guerra.

Todos excepto un colono que no sabía nadar y fue lanceado en su escondite por uno de los del grupo. Los disparos efectuados por el geólogo finalmente le salvaron la vida a pesar de la gravedad de la herida recibida en la cabeza[32].

Una vez que desaparecieron los atacantes y hubo transcurrido un tiempo prudencial, los exploradores se arriesgaron y retornaron a su campamento. Unicamente pudieron constatar que éste estaba saqueado por completo. Quedaba un rifle del geólogo y algunas prendas de vestir. Esa misma noche, a marchas forzadas lograron los expedicionarios llegar hasta el campamento más cercano de la compañía[33].

Pasado el momento del pánico colectivo que se había apoderado de los peones Kechwa, y luego de largas y complejas negociaciones, Rod y su colega Kappeler lograron convencer a sus compañeros de aventuras para retornar al sitio del ataque.

Unos días después retornaron únicamente para constatar que los Huaorani habían llegado antes y, sin dejar huella alguna, desaparecieron no sin antes destruir totalmente los objetos dejados por los expedicionarios con los machetes que los peones habían abandonado en su fuga.

Para entonces este escenario estaba profundamente conmocionado por las expediciones que organizaba la compañía y los certeros golpes

30 *"El Dr. Rod y los peones pasaron dos parcelas de tierra bien cuidadas y llegaron a una tercera en medio de la cual los Aucas han construido una casa - o más bien, los restos de una casa porque sus dueños le habían prendido fuego, desapareciendo en la selva después de recoger apresuradamente su bienes más valiosos"*. Ibid.

31 *"El Dr. Rod y sus hombres hallaron algunos objetos que los Aucas habían dejado en su apresurada huida, llevándose algunos de ellos. Había algunas ollas de barro, flautas y hamacas, así como algunos pájaros -paujiles- y loros de diferentes clases"*. Ibid.

32 *"Allí fue donde ocurrió. Repentinamente uno de los peones corrió aterrorizado con dirección al río, gritando "Aushiris, Aushiris". Los disparos los ahuyentaron. Sólo quedó un auca temerario. Dando gritos desafiantes de "Cahu, chau" -signifique lo que signifique-, el osado guerrero empezó a arrojar lanzas una tras otra al Dr. Rod. Sin embargo, el río era demasiado ancho para que las lanzas llegaran a la orilla opuesta; y después de que Rod había disparado unas cuantas veces, el auca enfurecido desapareció en la dirección que los otros habían seguido"*. Ibid.

33 *"El Dr. Rod y sus peones abandonaron su rancho y se pusieron camino al campamento cercano de la Shell: llegaron allí después de una dura marcha nocturna en el transcurso de la cual en algunas ocasiones tuvieron que cruzar por el vado el torrentoso río con el agua hasta la cintura"*. Ibid.

que propiciaban los Huaorani. La intervención de un nuevo elemento en este escenario representó una ventaja para aquella. Para el año del ataque referido, nueve naves estaban al servicio de las operaciones exploratorias. Dos de los aviones de carga Bristol y tres avionetas Grumman con capacidad para operaciones logísticas de apoyo debido a que podían aterrizar sobre el agua.

Todo el espacio comprendido entre el Napo y el Pastaza se había convertido en el escenario de este intenso tráfico: *"Todo se transportó por aire desde Shell-Mera a los campamentos en el Río Pastaza y el Río Napo: geólogos, taladros, obreros, tractores, jeeps, camiones, niveladores de caminos, plantas de perforación y aserraderos completos, casas prefabricadas, petróleo, gasolina, provisiones y ganado vivo"*[34].

Junto a este escenario de operaciones a gran escala también se habían diseñado secretos operativos que grupos de misioneros llevaron adelante no sin correr grandes riesgos, acaso mayores que aquellos a los que se exponían los pilotos de las naves de la compañía inglesa British Airworks.

Pronto fue un verdadero reguero de pólvora la noticia que dos misioneros habían desaparecido con su nave. Unicamente se supo de ellos que despegaron un buen día de la pista de Shell Mera sin que a nadie hayan reportado ni su destino ni su itinerario.

Seis días después de desaparecida la nave apareció en una aldea Kichwa del Pastaza uno de ellos. La nave se había accidentado y el piloto aguardaba su rescate en algún punto indeterminado de la inmesidad boscosa. Este no fue rescatado sino once días después. Estaba milagrosamente vivo aunque no había probado bocado de comida durante todo este tiempo.

La compañía había emplazado uno de sus campamentos frente a la desembocadura del Tiputini. Sobre la ribera del Napo, en su margen izquierda. Los pilotos de las naves Bristol tenían por costumbre sobrevolar el Tiputini para efectuar el crucero hasta Shell Mera. Varios de estos vuelos habían reportado las casas de los Huaorani en medio de claros del bosque que apenas era posible divisarlos y localizar en las fotografías.

Los reportes estaban en lo correcto. De acuerdo con las versiones de los Huaorani[35] su territorio originario, posiblemente durante el tiempo de las haciendas caucheras y aún durante la expansión de sus tribus hacia el norte, oeste y sur, fue precisamente el espacio interfluvial comprendido por el Tiputini, Guiyero, Zancudo, al norte; y el Yasuní, Gaabaro, río de piedras, al sur.

34 Ibid.
35 Tradiciones y memoria oral recopilada por Enqueri, 1997.



Sunos cazando con cerbatana.
Vignal. Dibujo, Wiener.
Grabados… *p.117. Detalle.*

La interpretación del registro Landsat[36], actualmente disponible es en extremo revelador. Se trata de un espacio interfluvial que comprende una vastísima formación de humedales, hecho que ya fue conocido por los caucheros cuando intentaron abrir una trocha para comunicar el Curaray con el Napo, a la altura de la desembocadura del Aguarico.

Estos humedales se caracterizan por el predominio de una palmácea, Mauritia flexuosa, conocida generalmente como Morete o Achu. Para las tribus Huaorani que ocupaban estos espacios, estas características de la formación mencionada fueron cruciales.

En realidad los moretales, durante el período de fructificación, se convertían en los sitios de convergencia de numerosas especies de mamíferos, particularmente monos cuya cacería es de especial predilección de los cazadores Huaorani.

Las terrazas aluviales formadas sobre la divagación del Tiputini y Yasuní permitían los asentamientos que fueron divisados, una y otra vez, por los pilotos de las naves que efectuaban su recorrido hasta el campamento situado en la bocana del Tiputini.

De acuerdo con la misma fuente, fue posible establecer que fueron cuatro tribus las que ocupaban este espacio así descrito. Parte de su población se mantenía agrupada en estos asentamientos en tanto que otros grupos, con renovados liderazgos guerreros, habían emprendido el movimiento expansivo hacia el Villano y el Curaray donde atacaron a las aldeas de Wituc y Santa Teresita así como a los sitios ocupados por colonos que intentaban conquistar las riberas derechas.

Un segundo movimiento se dirigió a las riberas del Napo de donde fueron reportados los ataques a los antiguos emplazamientos de las haciendas, casi todos localizados sobre la margen izquierda por razones de seguridad, así como pequeñas comunidades Kichwa, conformadas la mayoría, por ex-peones de las haciendas ya desaparecidas.

Finalmente, un tercer frente mantuvieron los guerreros Huaorani en Arajuno. En este caso, así como en Villano, la intensidad de las operaciones petroleras fue, sin duda, un factor de atracción para los guerreros. La disponibilidad de bienes, sobre todo herramientas de metal, en los campamentos constituyó un elemento decisivo que explica el objetivo final de estas incursiones.

Los hechos muestran que éste es un razonamiento que permite explicar lo sucedido en esta coyuntura. Sin embargo, ¿ era factible esta organización tan compleja y vasta a partir de las cuatro tribus que

36 Estudio correspondiente al Bloque # 31, Pérez Companc, realizado por Fugro-Petrokem, 1998.

mantenían guerras de venganza entre sí y carecían de una única jefatura de guerra?

Poco tiempo después del suceso del río Añangu, el día miércoles 7 de Enero de 1939 fue atacada una cuadrilla de trabajadores en las inmediaciones del campamento de Arajuno. Esta vez con el resultado trágico de tres muertos.

Los días siguientes, el campamento estaba totalmente paralizado por el terror. Los trabajadores habían avistado a guerreros Huaorani y todos estaban seguros de que estos tenían rodeado el campamento y que, en cualquier momento, se produciría un ataque sorpresivo.

Ante tales noticias trágicas y alarmantes, a petición de la compañía el Ministerio de Guerra envió armamento que fue lanzado en paracaídas y se disponía a enviar un piquete de soldados al mando de un teniente del ejército. De esta manera, una operación aérea incrementaba las medidas defensivas en el campamento sitiado más si los refuerzos previstos llegarían posteriormente por la misma ruta.

Los sobrevuelos coincidieron con el hecho de que nuevamente los Huaorani desaparecieron sin dejar rastro alguno. Al punto que los personeros de la compañía tuvieron por cierta la suposición que los estos habían atacado accidentalmente al campamento y no volvería a ocurrir tal eventualidad.

Esta vez, como en otras, pudo más el terror. Máxime si las noticas que se difundieron magnificaron los hechos y crearon un clima de gran inseguridad en torno a las operaciones de la compañía. Para el 10 de Enero que debían ingresar las nuevas cuadrillas de trabajadores a los campamentos unicamente se reportaron veinticuatro hombres de los sesenta que se había previsto reclutar para Arajuno.

Aunque parece evidente que fueron las operaciones de la compañía lo que pudo atraer a los Huaorani hasta la subcuenca del Arajuno, su presencia fue reportada con anterioridad. Así reportó un misionero, Sam Souder, quien había establecido su puesto misionero en el Arajuno, hacia su curso medio, en el año 1936.

Para 1937 trasladó el puesto hasta la desembocadura de este río en el Napo. Al mismo tiempo, había establecido su hacienda en las cabeceras del Arajuno, en su margen izquierda. Junto con sus peones Yumbos, Kichwa del Napo, había mantenido estas posiciones a lo largo de ocho años.

Hazaña incomparable. Puesto que durante este lapso varios ataques Huaorani habían dado cuenta de algunos de sus peones, hasta que, en

1942, fueron muertos seis. A partir de este trágico suceso, el asedio del llamado Campo Souder llegó a extremos inconcebibles.

Cada noche los Huaorani se apostaban al pié de la casa del misionero en espera del momento propicio para asestar el golpe de improviso. Y, cada noche, el misionero descargaba las cartucheras de sus armas de fuego confiado en que, de esta manera, pondría distancia entre su estancia y sus asediadores[37].

En otra ocasión los Huaorani se habían apoderado de una mujer - de nombre Joaquina - que trabajaba para el misionero. Esto ocurrió tras un ataque en el que murieron lanceados un hombre y su esposa, precisamente en el sitio de la desembocadura del Arajuno en el Napo[38].

Por el relato de Joaquina se sabe que los Huaorani que habían atacado en el Arajuno eran del Curaray. Pues en el Nushino se apoderaron de dos canoas que un grupo de caucheros había conducido hasta este sitio. Desembarcaron luego en la bocana del Nushino en el Curaray y desde allí emprendieron la caminata con rumbo hasta su aldea[39].

Allí, Joaquina encontró a Victoria y Margarita, dos mujeres Yumbo que, al igual que ella, fueron capturadas por los guerreros Huaorani y llevadas hasta el asentamiento del Nushino. Joaquina escapó aprovechando la ausencia de los hombres que habían previsto alguna incursión[40].

Algunas de éstas incursiones no tenían otro objetivo que simplemente observar los movimientos y ajetreos en los campamentos petroleros. Y parece que en algún momento habían planeado atacar algún campamento para apoderarse de los tractores y naves aéreas a las que antes habrían cortado el paso derribando grandes árboles en su entorno.

Los ataques de los Huarani no siempre quedaron impunes. Algunos hacendados habían emprendido expediciones punitivas en el inmenso territorio que se encontraba bajo el dominio de sus tribus. Entre éstas cabe mencionar la que habían organizado Garcés y Peñaherrera, hacendados del Napo.

Esta fue organizada como represalia por la muerte de tres niños yumbos. El suceso había ocurrido en el Huachiyacu, tributario del Napo. Para la expedición se habían armado convenientemente a doce peones de las haciendas.

La expedición había seguido el curso del Tzapino donde dieron con dos casas de los Huaorani. En la guerra de venganza murieron dos mujeres y los demás miembros del grupo local habían fugado poniéndose a salvo de la masacre.

37 *"Cada vez que los divisaba les disparaba tanto plomo por las orejas y sin embargo no caían. Por Dios, eran tan astutos como ellos solos en jugar conmigo -sabía por Joaquina que estaba tras mío, 'ese hombre blanco con cabello blanco'...".* Blomberg, Loc. Cit.

38 *"¿Quién es Joaquina?. Vivió con los Aucas más de un año; fue tomada prisionera a principios de 1944. Joaquina también saltó al río, pero los Aucas la capturaron y la llevaron consigo. Le arrancaron las ropas -estaban completamente desnudos al igual que sus mujeres- y la llevaron en la espalda al Río Nushino".* Ibidem.

39 *"Joaquina vivió con los Aucas catorce meses".* Ibid.

40 *"Pero Joaquina sí lo hizo y después de un duro viaje de vienticuatro horas llegó a un asentamiento yumbo y luego directo a la hacienda. Su aparición causó gran sensación. Nadie había esperado verla otra vez. Ahora vive en la hacienda con su esposo Cristóbal, pero se ha vuelto un tanto extraña".* Ibid.

Otro misionero de apellido Cooper trabajando por su cuenta había logrado reconstruir un perfil aproximado de la etnografía de los Huaorani, basado principalmente en la secuencia de entrevistas logradas con Joaquina. Sus conclusiones parecen aportes valederos para la comprensión del proceso de cambios que intentamos reseñar en este capítulo.

La etnia o pueblo Huaorani estaba conformado por varios grupos. De lo que sabemos, éstos eran cuatro. Cada una de estas sociedades tribales tenía costumbres distintas entre sí; y, si hemos de dar credibilidad al misionero o a su informante, presentaban entre sí importantes diferencias lingüísticas o dialectales.

Estas diferencias tienen que ver con la organización por grupos residenciales locales de donde provenía la gran confusión reinante respecto a las denominaciones con las que eran identificados estos guerreros.

Los Kichwa los conocían como aucas. auca runa o llusti runa. Su traducción sería gente bárbara o gente desnuda. Dado el contexto cultural Kichwa, el término denota un estadio cultural inferior caracterizado por el dominio de las guerras de venganza, la poliginia y la marginación de las redes de comercio controladas por los misoneros o por los blancos.

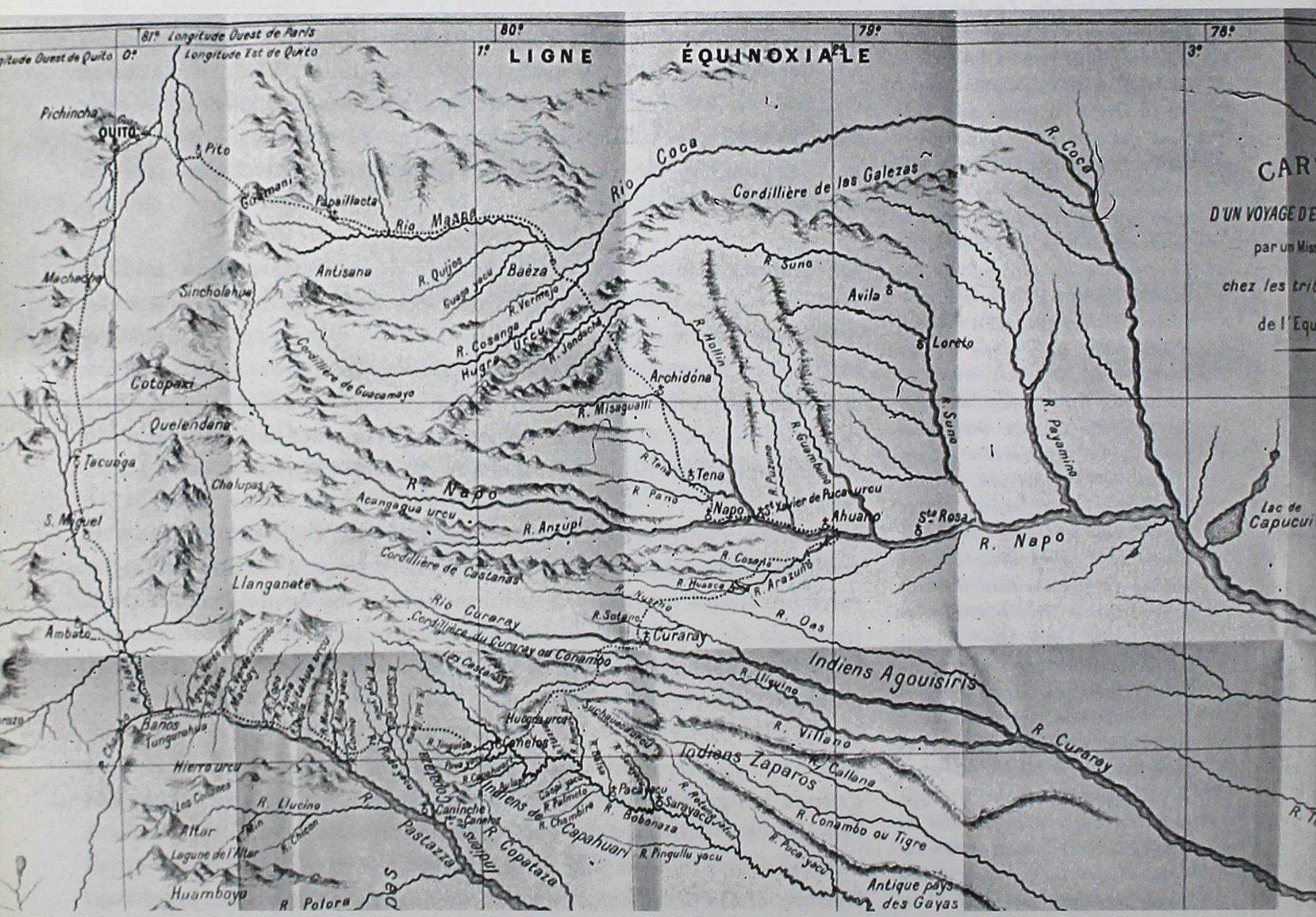
De manera que no hay, en principio, algún elemento que pudiera denotar alguna diferenciación entre los varios grupos que cabían dentro de esta denominación. Considerando, por otra parte, que en el tiempo de hegemonía de los hacendados caucheros, las numerosas correrías que éstos emprendieron con apoyo de los Záparo en contra de varias poblaciones que se mantenían marginales había contribuido a configurar el perfil de violencia que era característico de estos aucas.

En efecto, numerosas fueron también sus incursiones hacia el territorio controlado por las haciendas aunque, tiempo atrás, las misiones de los jesuitas y dominicos habían reportado igualmente la presencia de un frente de infieles que fue para ellos prácticamente inquebrantable en su actitud de beligerancia ante los intentos por concentrarlos en las fundaciones[41].

Una segunda denominación fue utilizada para identificar a estos grupos beligerantes en el tiempo de las haciendas caucheras. Los conocieron como Aushiris. Con cierto fundamento: refiere específicamente a la tribu de los Avijiras o Abijiras que, en el tiempo de las misiones, fue localizado en varias ocasiones en el bajo Curaray.

41 *"Para los indios yumbos del Río Napo la palabra auca significa desnudo o salvaje -son diferentes las opiniones que se tiene con relación al significado real de la palabra- y como todas las cuatro tribus de las que hablamos no llevan vestimenta alguna y son salvajes, han recibido esta designación colectiva. También se los llama con el nombre común de infieles. Los Aucas no tienen contacto pacífico, no importa que otros indios y blancos vivan en los alrededores de su territorio, sino que más bien parece que aprovechan toda oportunidad que se les presenta para atacar y asesinar a los que son lo suficientemente testarudos como para cruzar su territorio o los alrededores del mismo. También han realizado innumerables ataques a colonos e indígenas que viven en las áreas que limitan con su territorio. En la introducción a su informe Cooper menciona como una explicación de su conducta agresiva, las crueldades que los caucheros cometieron a finales del siglo diecinueve y principios del veinte. Se perpetraron las más escalofriantes atrocidades y se comprende que no fueron olvidadas sino que despertaron en los indios un odio y una sed de venganza que todavía palpitan con fuerza en el corazón de este pueblo que ama la libertad. Pero la historia demuestra que incluso antes de este desastroso contacto con los caucheros, los Aucas eran conocidos por su naturaleza salvaje y belicosa".* Ibid.

Françoise Pierre Voyage d' exploration d' un missionnaire dominicain chez les tribus sauvages de l' Equateur, Paris, 1889.



Para el tiempo de las incursiones caucheras algunos asentamientos de esta tribu, confundida con las tribus Huaorani que habían divagado por esta zona, se mantenían, al parecer, en los bosques comprendidos entre el Curaray y el Tigre, en las cabeceras del Pucacuru y Arabela, en el Cononaco, en las cabeceras del Tiputini y Tibacuno, en el Shiripuno y en Vacacocha[42].

Hecho sorprendente. Pues recientemente algunos peones Záparo habrían aprovechado la circunstancia de su alianza con los hacendados para derrotar a los Abijira, hacer prisioneros y esclavos de sus hombres y mujeres y, de esta manera, conquistar el bajo Curaray y su acceso al Napo.

Las referencias que hasta el siglo xix registraron los viajeros y misioneros permiten confirmar en gran parte esta sospecha. Sin embargo, no explica todo el proceso. Pues, si estas tribus Avijira, conocidas después como Aushiris o Avishiris desaparecieron en algún momento hacia finales del siglo pasado, no habría manera de explicar su presencia a lo largo del proceso de dominación de las haciendas ni su reconquista espacial luego de la decadencia de la economía hacendataria.

Es más, según sabemos por las crónicas de los misioneros, estos Avijiras eran de filiación lingüística Zápara[43]. Su territorio correspondía, al que ocuparon otras tribus como la de los Acutërë, Angoteros, o los Siecoya Pai. Por el contrario, la lengua de los Huaorani no está en absoluto emparentada con las de estas filiaciones.

Cooper con sus investigaciones propone buscar sus orígenes en las tribus Oas conocidas también por los misioneros como Oaquis o Decaguas. A diferencia de los Avijira, éstas fueron localizadas hasta el lapso tardío en el siglo xviii en el río Nushino. Y las dos se diferenciarían de una tercera, la de los Shiripuno que controlaba los espacios delimitados por la cuenca del río del mismo nombre.

En todo caso, en el espacio interfluvial comprendido entre el Curaray y el Napo, poco explorado tanto por los misioneros como por los caucheros este pueblo encontró las condiciones adecuadas para sobrevivir a las incursiones de los primeros y correrías de los segundos hasta cuando la guerra asestó el golpe definitivo a las haciendas y obligó a las poblaciones locales a emigrar[44].

De acuerdo con las conclusiones a las que había llegado el misionero, sobre todo, basado en la información que Joaquina le había confiado, las incursiones y el asedio de Arajuno, Villano y Curaray parecían obra de un solo grupo, el del Nushino.

42 Granja, Op. Cit., p. 116.

43 Granja, nos entrega un vocabulario de la lengua que hablaban estos Aushiri o Avijira. En nada se parece al Huaoterero. Más bien constituye una variante dialectal, muy diferenciada, del záparo del alto Tigre. Baste mencionar la palabra ojo (namixi) que en Avijira es namijía. O maíz (sauko) que en Avijira es sacoá. Op. Cit., pp. 118-9.

44 *"Los varios grupos o tribus que componen el pueblo auca tienen costumbres diferentes; y antes que nada vale anotar que existen inmensas diferencias en la lengua. A menudo llamados Aushiris (las antiguas designaciones de Oas, Oaquis y Decaguas se daban a la tribu que vive, o en cualquier caso solía vivir, en las márgenes del Río Nushino; la de Shiripunos a la tribu que vive en los alrededores del Río Shiripuno; y las de Abijiras, Avigiras, Auxiras, Abiras, Ahuishiris, Ahuisiris, Avixiras y Auschirris se usaban como sinónimos de Aushiris en general) llevan el nombre de "Aucas" al menos cuatro tribus diferentes que habitan en el área de la selva no explorada que se localiza entre el Curaray y el Napo".* Ibidem.

En cierta manera, pasada la época de la venganza de los daños ocasionados por las correrías de los hacendados y caucheros se habría conformado, posiblemente con guerreros provenientes de las cuatro tribus que aún permanecían en su territorio comprendido entre el Tiputini y Yasuní, y que con el tiempo se habrían convertido en un grupo autónomo dedicado por entero a la predación de los últimos vestigios de las haciendas, de los asentamientos de avanzada de los colonos pioneros y de los campamentos de la compañía.

Hipótesis por demás interesante. No es ésta una figura desconocida en el escenario del Napo donde una actividad predadora o de piratería la desempeñaron sucesivamente los Omagua, los Oas y los Acutërë. En este último caso con perfiles tanto o más agudos que el prestigio que llegó a rodear a este grupo Huaorani de excesos de crueldad e incluso antropofagia[45].

Tampoco en el Pastaza donde fue igualmente escandalosa la actuación de los Gualpayos o de los Murato que por igual asolaron la aldea de Andoas y asaltaban cuantas embarcaciones se aventuraban por estos parajes, sin olvidar la incursión de los Murato hacia las cabeceras del Conambo, hoy Morete Cocha, donde derrotaron a un asentamiento Záparo.

La descripción del grupo guerrero que había raptado a Joaquina ratifica el hecho de que se trataba de una especie de asociación de predadores. El grupo estaba dividido en dos segmentos locales o residenciales: el uno, bajo la jefatura de Huamaya tenía cierto estatuto de subordinación respecto del otro, dirigido por Moipa[46].

De acuerdo con la versión confiada por Joaquina al misionero Cooper, Moipa habría logrado la jefatura de los dos grupos, acaso por la edad avanzada de Huamaya, y este hecho se habría expresado en la fusión del grupo residencial de la casa alta con el de la baja. Por esta razón los pilotos reportaron, a partir de cierto momento, el abandono de la casa más cercana al campamento de Arajuno[47].

Otros aspectos de su vida colectiva denotaban que su perfil cultural pertenecía al de las poblaciones marginales. No tenían los Huaorani conocimiento del arte de la fabricación de canoas y las que tenían las habían obtenido de los Kichwa. Sus sitios habitacionales eran utilizados únicamente por un par de años, a diferencia de los asentamientos Kichwa y Tukano que se mantenían en posiciones que podían considerarse dentro de los patrones del sedentarismo[48].

La adopción de la piratería se habría originado en las serias limitaciones que los hombres tenían con las hachas de piedra[49] para

45 *"Joaquina declaró que siempre llevaban lanzas; incluso cuando venía a casa un indio del grupo era recibido con lanzas en descanso; eran demasiado suspicaces y siempre estaban listos para combatir"*. Ibidem.

46 *"Huamaya era un hombre de tamaño gigante, medía casi seis pies de alto y era muy fuerte, aunque muy avanzado en edad. Su mujer era Ayeba y tenían una gran familia. Joaquina mencionó por el nombre a diez hombres de esta casa. Declaró que habían muchas más mujeres que hombres y un gran número de niños. En la casa alta el jefe se llamaba Muipa, un joven de estatura muy imponente. Muipa tenía cuatro esposas: Wan, Akay, Damiana y Umia. El hombre que había tomado a Margarita, una mujer yumbo, por su esposa tenía prohibido desposar a otra mujer de su propia tribu..."*. Durante la producción de este texto el autor conoció a los descendientes de Moipa y supo por ellos de su existencia y su desempeño en la jefatura guerrera que aquí se describe. Ibidem.

47 *"Cuando Joaquina salió de la tribu, continúa Cooper, estaba planeando unir a los dos grupos, teniendo por lugar de residencia la casa baja"*. Ibid.

48 *"Todo un grupo de aucas vive en una gran casa parecida a la de los Yumbos. Duermen en hamacas de chambira trenzada. Tienen canoas que han robado a los Yumbos. Su forma de vida es básicamente nómada: siempre están trasladándose en busca de alimento. Las casas grandes son su centro de residencia principal sólo por un par de años"*. Ibid.

49 Según se dijo antes. Estas herramientas líticas no fueron tampoco fabricadas por los

abrir los espacios boscosos que dedicaban a los cultivos de huerta. Una primera incursión a los asentamientos Yumbos, en un sitio no precisado, les habría provisto de hachas y machetes.

Eventualmente, en estas incursiones predaban igualmente las chacras de los Kichwa, generalmente bien abastecidas y dotadas de una biodiversidad apreciable para una cultura cuyo repertorio de plantas domésticas apenas si contempla, aún ahora, la yuca (*Manihot sp.*), el plátano (*Musa sp.*), el maní (*Arrachis hipogea*), el maíz (*Zea maïs*) y la chonta (*Bactris gasipaes*).

En parte debido al nomadismo que les obligaba a abandonar los sitios de habitación en un plazo de dos años. En parte a causa de las limitaciones que suponía el uso de herramientas líticas para la roturación de tierras para habilitarlas al cultivo[50].

La alimentación de estos nómadas dependía principalmente de los productos de la caza y la pesca. El fruto de la palmácea podía convertirse en un producto de recolección en los huertos ya abandonados y, dependiendo de los ciclos anuales, así como los plátanos. No es este el caso de la yuca, el maní y el maíz que su ciclo corto requiere de los cuidados intensivos por parte de los horticultores[51].

Entre las armas utilizadas por estos guerreros-cazadores se contaban las lanzas, trabajadas con los dos extremos en punta y uno de ellos característicamente labrados con muescas y adornado con plumas, y la bodoquera utilizada en la cacería de monos con las flechas de puntas envenenadas.

A tal grado de maestría llegaban estos guerreros en el manejo de las lanzas que recuerdan las hazañas atribuídas tanto a los guerreros Gayas, de los Záparo y de los Acutërë de los Tukano. Debemos suponer que, la posición de cuña de las tribus Huaorani entre dos tributarios del Napo, en medio de la convergencia de las etnias Zápara y Tukano, suscitó en determinado momento varios enfrentamientos contra unos y otros, hechos que dejaron profundas huellas en el perfeccionamiento del arte de la guerra en base al uso de las lanzas.

Joaquina supo que los guerreros del grupo local de Moipa se jactaban de la muerte de al menos cuarenta y dos personas en doce incursiones, cifras macabras que revelan la eficacia alcanzada por estos predadores en términos del dominio de los desplazamientos a larga distancia, la impecable logística empleada y la letalidad de sus armas diestramente manejadas[52].

Huaorani. La interpretación Kichwa remonta sus orígenes a los tiempos prehistóricos cuando era incontestable el dominio de los Tayac o el pueblo que dominaba la manufactura lítica y a los que se debe la escritura de los ideogramas representados en los petroglifos.

50 *"Antiguamente vivían tierra adentro en la selva. Margarita dijo a Joaquina como fue que se habían trasladado. Con las herramientas primitivas que poseen -hachas de piedra y demás- no podían desmontar apropiadamente ni cultivaban productos suficientes para la tribu"*. Blomberg, Loc. Cit.

51 *"Los alimentos son la carne, el pescado, los plátanos, la chonta, la yuca, cacahuate y maíz, pero se consume la chicha antes de que se fermente. Parece que no se ingieren bebidas alcohólicas, y Joaquina nunca vio a un auca bajo los efectos del alcohol. Además de que se utiliza para hacer chicha, el maíz también se lo hierve y tuesta. El alimento más común es la yuca hervida"*. Ibidem.

52 *"La letal exactitud del tiro que adquieren con este entrenamiento se ilustra de mejor manera con una historia que me contaron acerca de doce incursiones que hicieron los Aucas y que costaron la vida a cuarenta y dos personas. Para la caza también se usa cerbatanas de caza mayor y flechas. Se envenena las flechas, pero al parecer no se hace lo mismo con las lanzas"*. Ibid.

¿Era el grupo del que Joaquina proporcionó información a Cooper parte de los Hauorani que ocupaban los humedales situados entre el Tiputini y el Yasuní? Es la pregunta que se planteó el misionero cuando pudo comparar otras informaciones provenientes de otras fuentes y al poner sobre el mapa los claros del bosque con casas que los pilotos de la compañía habían localizado en sus sobrevuelos.

La respuesta de Joaquina aunque señalaba que durante su permanencia no hubo evidencias de que su grupo mantuviese contactos con otros grupos no excluía radicalmente el hecho de que, en otros momentos, estas relaciones - de alianzas o guerras - ocupasen un lugar prioritario en el horizonte de las ocupaciones de la gente del grupo residencial.

Acaso el factor decisivo para comprender la naturaleza de esta sociedad era el lingüístico. Cooper había logrado establecer un léxico elemental en base a las informaciones proporcionadas por Joaquina. Ninguno de estos términos, sin embargo, parecía coincidir con aquèllos obtenidos de otros grupos.

El léxico a partir del que fue posible la comparación fue recopilado por Granja. Como pudo constatar Blomberg, *"Las palabras aucas que lista Granja no se parecen en nada a las de Cooper, pero ambas listas concuerdan que su lengua es enfáticamente nasal"*.

Tessman propone otra interpretación. Para él, los aucas son los Auschiris. Estos habitaban cerca de la frontera con el Perú. Las guerras de venganza así como la persecución implacable por parte de caucheros los obligó a retirarse hacia el área Tiputini-Shiripuno[53].

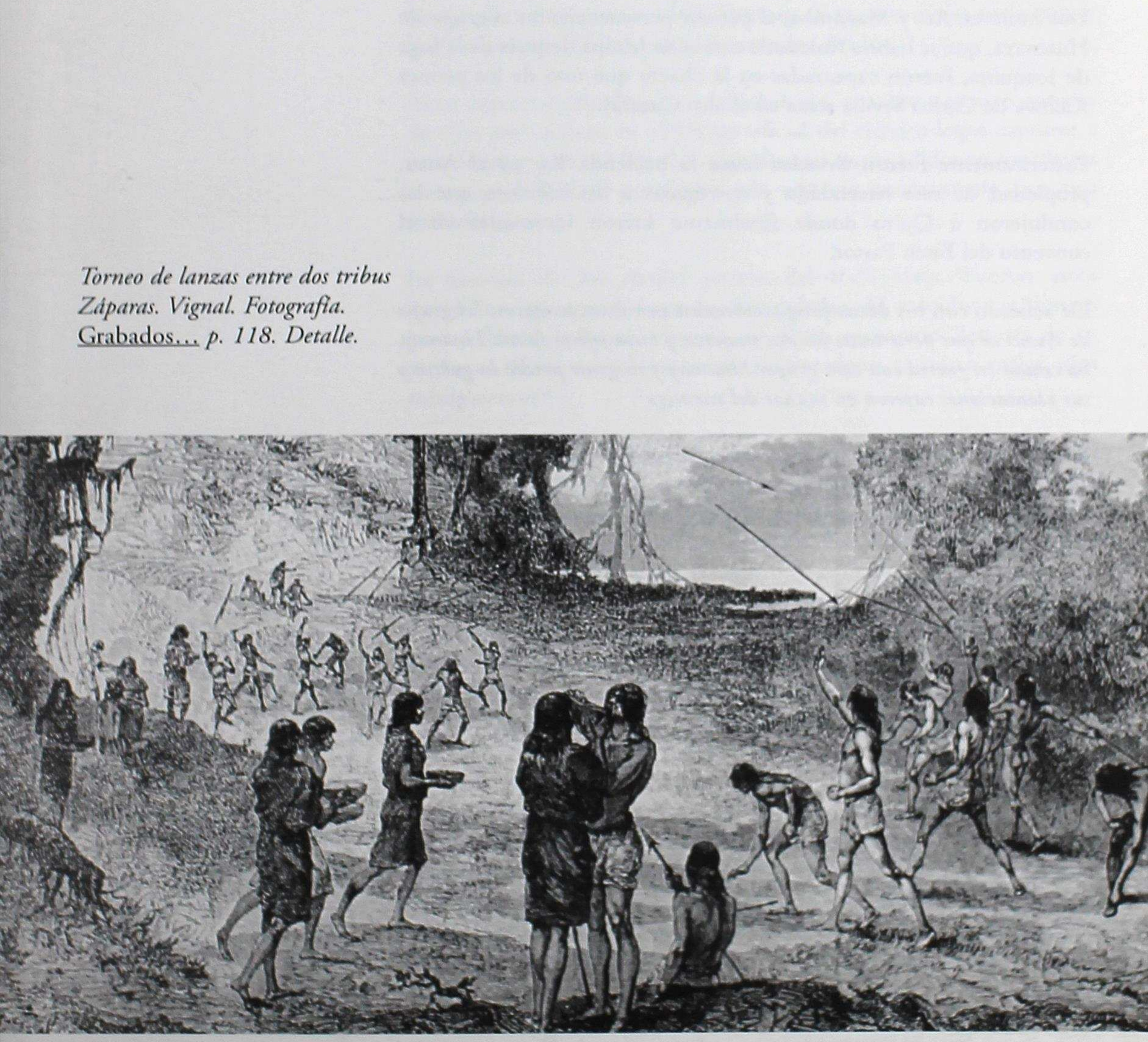
El grupo no pasaba de treinta a cuarenta individuos. Estos se encontraban en situación de gran riesgo y se daba por segura su completa desaparición debido a las guerras que mantenían empecinadamente contra las tribus vecinas. Al parecer estos Auschiris se habrían fusionado con los aucas de la tribu Tihuacuno que residían en la cuenca del rio del mismo nombre, tributario igualmente del Tiputini.

Estos se diferencian de los aucas denominados Vacacochas. Al parecer, éstos residían en un lago localizado en las inmediaciones del curso bajo del Curaray. Mantenían excelentes relaciones con el hacendado peruano Miguel Arévalo, establecido en Puerto Elvira, en el Napo. Este grupo habría surgido como resultado de una escisión del grupo Auschiri.

Blomberg concluye, no sin razón, que los grupos a los que se refieren los datos de Cooper, Granja y Tessman son en esencia distintos. Termina su reflexión afirmando que *"Esto demuestra cuan equivocado*

53 Günter Tessman Die Indianer Nordost-Perus, Hamburgo, 1930. Apud.

Torneo de lanzas entre dos tribus
Záparas. Vignal. Fotografía.
Grabados... *p. 118. Detalle.*



es usar un nombre común para todas las tribus salvajes que habitan la región localizada entre el Curaray y el Napo. Pero no es posible ofrecer una división definida de grupos culturales separados hasta que se pueda recoger mayor y más precisa información".

Para junio de 1946, una circunstancia en extremo insólita le depararía a Blomberg el momento propicio para desentrañar, al menos en parte, el complejo misterio que rodeaba a las poblaciones identificadas como aucas.

Dos mujeres, Ata y Mayumba, al parecer pertenencientes al grupo de Huamaya, que se habría fusionado con el de Moipa después de la fuga de Joaquina, fueron capturadas en la chacra que uno de los peones Kichwa de Carlos Sevilla tenía en el alto Curaray.

Posteriormente fueron llevadas hasta la hacienda Ila, en el Anzu, propiedad de este hacendado y entregadas a los militares que las condujeron a Quito donde finalmente fueron internadas en el convento del Buen Pastor.

De acuerdo con los datos proporcionados por estas mujeres, *"el grupo de Aucas al que pertenecen las dos mujeres, y cuyo jefe se llama Huamay, ha estado en guerra con otro grupo. Huamay y su gente perdió la guerra y sus plantaciones cayeron en manos del enemigo".*

A raíz de la incursión de Moipa sobre la casa liderada por Huamaya huyeron de la masacre algunas mujeres. En la hacienda Ila se habían refugiado Mayumba, Ata y Api, aparte de Uminia, Dayuma, Umi y Guiñami.

Hasta allí fue conducida Joaquina quien era la única que podía intentar comunicarse con ellas puesto que durante su corta estadía con la gente de Moipa había aprendido su lengua. Mayumba reconoció de inmediato a Joaquina. Era la mujer de Huamaya. De manera que cuando menos era evidente que los dos grupos residenciales tenían en común una identidad.

Las mujeres refirieron que su sociedad provenía del Naguano (¿Laguano?) y el Huashamayu[54], tributarios del Curaray. Este último coincidiría con el Tzapino. Explicaron que el nomadismo se debía al temor de las represalias por parte de los blancos y que no siempre eran destruidas las casas que abandonaban; eran utilizadas de manera cíclica a causa de las huertas.

Otro asunto finalmente aclarado por las mujeres Huaorani fue que los guerreros de este grupo de Moipa eran los que mantuvieron en asedio

54 Precisa señalar el orígen Kichwa de este río. Significaría, el río de atrás, siendo sorprendente el uso del vocablo antiguo Mayu que significa río.

al campamento de Arajuno y que solían espiar los movimientos del personal y la maquinaria.

En otra circunstancia, cuando un grupo de peones de Sevilla se dirigía a sus plantaciones en el Curaray, fueron con Umi, una de las mujeres auca que estaba en Ila. En el trayecto descubrieron huellas de pisadas de numerosos aucas. Umi reconoció la de Moipa a causa de su gran tamaño.

El panorama estaba aparentemente resuelto. El grupo de Moipa con el que Joaquina había permanecido era distinto del de los aucas Vacacocha a los que se refirió Tessman. Y las dos etnias nada tenían que ver con los Záparo auca que eran los Avijira.

Estos últimos probablemente poblaban el Conambo y se tuvo noticias de ellos por cuanto, en 1938, un oficial del ejército logró capturar a una mujer y a sus dos hijos, cuando fueron sorprendidos en sus riberas mientras el soldado navegaba por este río acompañado por tres soldados.

La historia de los Avijira parece del todo clara. Fueron estos duramente perseguidos por los hacendados. El sacerdote misionero jesuita Tovía los había visitado en algún momento después de su arribo en 1874 y posiblemente mantuvo algún contacto en los años subsiguientes[55].

A tal punto que, en 1880 *"...intentó restaurar los contactos con los indios Avishiris o Avijiris, rotos por el martirio del Padre Suárez"* [56]. Años más tarde, *"...en 1893 entró solo y desarmado al territorio de los salvajes"*... y *"... Logró entablar amistad con el jefe de los Avishiris, Huirima, y visitó el territorio en tres ocasiones"* [57].

Por la descripción que hace el padre Tovía de las construcciones de estos Avijira podemos deducir que se trata de la maloca utilizada, desde tiempos antiguos, por esta tribu: *"... de 150 a 200 pies de largo, y de 16 a 20 pies de ancho; hay un corredor dentro de la casa y a los lados cuartos para las diferentes familias"*.

Por la descripción de Fritz Up de Graff [58] tenemos registradas otras pistas cruciales para resolver el enigma planteado. Este viajero norteamericano llegó al país en 1894 y, dos años más tarde, en 1897 llegó a Archidona decidido a emprender en viaje de retorno a su país por la ruta del Amazonas y el Atlántico. Allí trabó gran amistad con Jack Rouse, compatriota con quien tuvo la oportunidad de visitar a los aucas del Yasuní.

La historia comienza con las noticias que un cauchero colombiano le relata acerca de la tribu de los aucas que se encontraban en algún

55 *"Pero la prohibición a la Compañía de Jesús fue levantada a inicios del siglo diecinueve, y pronto los misioneros de esta orden estaba nuevamente regados en diferentes partes del mundo. Los Aucas recibieron una visita del Padre Gaspar Tovía, que llegó al Oriente en 1874 y en los años posteriores realizó algunos viajes en el Napo".* Blomberg, Loc. Cit.

56 Ibidem.

57 Ibid.

58 Up de Graff relató estos viajes en su libro Head Hunters of the Amazon. Barcelona, 1897.

punto desconocido del Yasuní, río hasta entonces inexplorado[59]. Los dos americanos terminaron surcando el Yasuní al mando de un grupo de peones Kichwa, posiblemente loretanos, que fueron contratados como bogas, guías y recolectores de balata.

Abandonados por los peones apenas descubrieron las huellas de los aucas, emprendieron un penoso viaje hacia las cabeceras del Yasuní con la sola esperanza de llegar hasta un sitio habitado, en las cercanías del Napo y así salvarse de una muerte segura.

A medida que se aventuraban por el Yasuní encontraron huellas más numerosas y, de manera inesperada, una gran vereda abierta en medio de la selva que los condujo hasta un gran espacio cultivado[60].

La impresión general que tuvo el viajero fue que estos aucas *"Viven junto a las corrientes fluviales, pero no tienen canoas ni almadias, y al parecer no practican la pesca"*. Sus construcciones eran en extremo primitivas. De lo que pudieron apreciar ninguno llevaba vestimentas de ninguna clase. Y, el uso de armas de chonta evidenciaba que *"Pertenecen a la edad de piedra pues no conocen de metalurgia alguna. Sus armas no son más que la lanza y la cerbatana"*.

La aventura de los viajeros duró efectivamente desde junio hasta octubre de 1897. Finalmente llegaron, como lo habían esperado desde el inicio de su aventura hasta el Napo desde donde volvieron a partir, solos, con rumbo al Yasuní hasta el territorio de los aucas donde habían estado.

Seguramente con ánimo de encontrar a los aucas que suponían los ayudaron desde el silencio de su presencia fantasmal. *"Después de un viaje de canoa que duró cincuenta días, llegaron a su viejo campamento. El machete que habían dejado clavado en el árbol estaba en el mismo lugar. Pero los salvajes se habían hecho una buena idea de la herramienta utilizándola con la corteza que estaba al lado"*.

Durante el año que permanecieron en la zona trataron infructuosamente de contactarlos aunque sin algún resultado positivo. Decidieron entonces salir a Iquitos donde embarcarían rumbo a su patria.

Para Granja[61] la historia de los aucas era una sola: se trataba de grupos que provenían de los Aushiris o Avishiris y que por efecto de las violentas persecuciones y masacres despiadadas que aplicaron sobre ellos los caucheros se habían remontado hacia el alto Curaray, hacia su margen izquierda, y hacia el amplio espacio interfluvial comprendido entre este río y el Napo.

59 ***"Mientras conversábamos con Mejías sobre la posibilidad de ir en busca de caucho, ocasionalmente mencionó la existencia de un río inexplorado, el Yasuní, que desemboca en el Napo justo arriba del Aguarico desde el sur. Sus márgenes, decía, estaban habitadas por dos tribus desconocidas de salvajes, o infieles como llaman los hispanohablantes a los aborígenes sudamericanos. Ni siquiera los caucheros que conocían el Napo bien habían podido convencer a los indios de que les acompañasen a las tenebrosas selvas de las márgenes del río"***. Ibidem.

60 ***"Después de caminar apenas quinientas yardas, vimos no muy adelante lo que sin riesgo de equivocarse era la luz de un terreno desmontado. Un par de minutos más y estábamos en terreno abierto contemplando bananos, yucas, ñames, ocas - todo lo que deseaba nuestro corazón. La chacra tenía una extensión de tres o cuatro acres, y en una esquina se levantaba una casa"***. Ibid.

61 Granja, Loc. Cit.

En el tiempo de los caucheros, probablemente de la famosa expedición de Rogeroni, fueron conocidos como Shiripunos por cuanto habitaron en este río al igual que el Tiputini en el que ése desemboca. Algún tiempo después reaparecieron en el alto Villano en las cercanías de la aldea de Wituc[62].

Serían los mismos que en reiteradas ocasiones habían atacado a los asentamientos de los colonos en el Napo, Arajuno, Nushino, Anzu y alto Curaray. Su objetivo invariado era la piratería para conseguir el hierro: *"Los asaltos de estos salvajes tiene, sin duda, como principal estímulo, el robo. Carentes e imposibilitados como se hallan de obtener herramientas buenas de labranza, su grado de cultura y primitivismo no les da otra solución que el asesinato a los poseedores".*

El contacto que la compañía había logrado con los asentamientos Huaorani del Tiputini fueron un elemento valioso que permitió planificar acaso la primera expedición que, en plan pacífico, se dirigía hasta los miembros de esta legendaria tribu. Estaba al mando de esta expedición Rolph Blomberg.

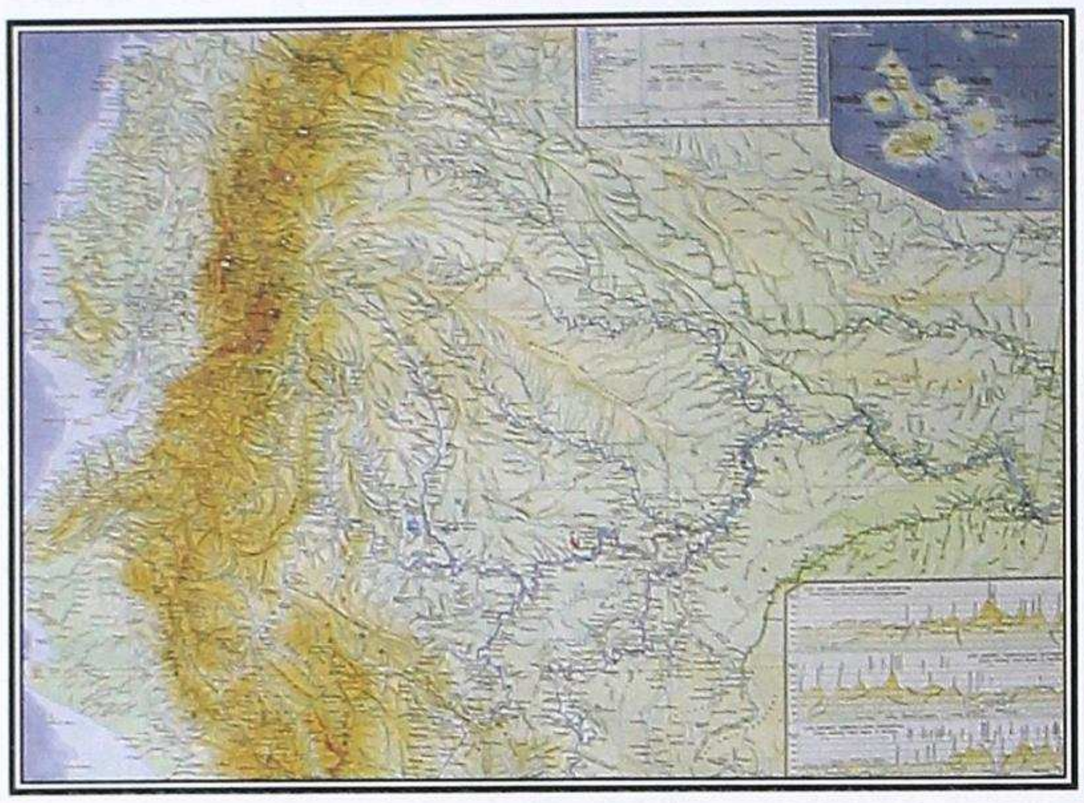
Ayudó a sus planes el hecho que la compañía, no habiendo encontrado petróleo en el Tiputini, decidió abandonar su campamento. Varios vuelos cargaron con implementos, equipos y maquinaria. Basado en este hecho, decidió el sueco explorar la ribera derecha del Nushino, en los entornos del campamento de Arajuno.

Partió la expedición de Campo Souder, en la antigua posesión del misionero localizada precisamente en la desembocadura del Arajuno en el Napo. Justamente cuando la expedición había iniciado su travesía hasta las cabeceras del Nushino, Cooper, otro misionero, les daba la noticia que en el Curaray en un nuevo ataque de los Huaorani había muerto Vásquez, un trabajador de la compañía.

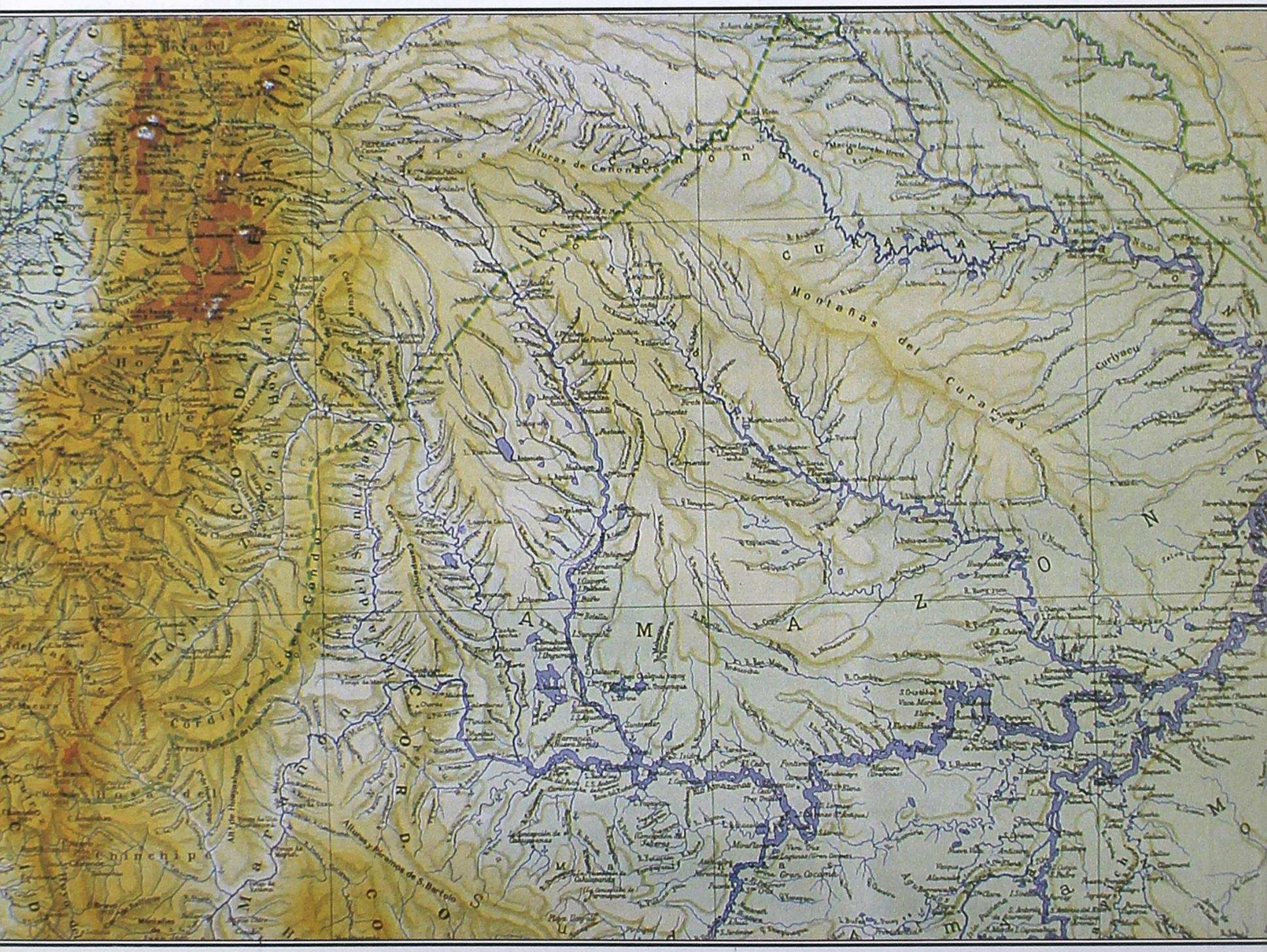
El día 15 de marzo del año 1949 los expedicionarios se encontraban en la hacienda Ila de Carlos Sevilla. Este era uno de los pocos hacendados que había permanecido en estos parajes luego del derrumbe final de las haciendas. Mantuvo su hacienda en el Napo y, luego, la trasladó al Anzu. Tenía grandes plantaciones de arroz y algodón en la hacienda El Capricho, en el Curaray.

Esta hacienda fue asaltada por los aucas en el año 1918 con el resultado trágico de quince peones muertos y la pérdida de las herramientas de metal con que contaba la hacienda. Sevilla organizó desde el Napo una expedición conformada por setenta hombres fuertemente armados para castigar esta osadía.

62 *"Rezagos de estas tribus encontramos hasta hoy radicadas en el Alto Curaray. Otras familias o tribus se hallan diseminadas en diferentes partes de la orilla izquierda del Bajo Curaray, entre este río y el Napo, como más adelante anotamos. A éstos llamados Aushiris o Avishiris, los Yumbos los llaman Llucho Aucas. En tiempo del caucho, los caucheros los llamaban Shiripunos porque habitaban en el río Shiripuno, afluente del Tiputine que desagua en el Napo. Son los mismos que hoy se hallan cerca de la población indígena de Huito, en el río Villano".* Ibidem.



Ecuador: Mapa Físico.
Morales, Op. Cit.
Tabs. 79-80.



Al término de ocho días de búsqueda infructuosa encontraron a una mujer a la que finalmente dejaron en libertad pues los miembros de la partida, excepto un blanco que acompañaba a Sevilla huyeron. A poca distancia encontraron la casa auca rodeada de una plantación y con signos de presencia humana. Al tiempo que Sevilla disparó erráticamente los que se encontraban en la casa huyeron. La expedición terminó con la recuperación de los bienes pirateados y el incendio de la casa.

En 1923, mientras Sevilla surcaba el Nushino con seis peones Yumbo fue sorprendido en un sitio donde el río se estrechaba. Sevilla logró escapar milagrosamente. Siguiendo por el río corriente abajo salió al Curaray donde decidió tomar rumbo hacia el Napo a cuyas riberas llegó luego de ocho días de caminata atravezando la selva.

Allí lo recogieron algunos peones de Héctor Garcés que lo llevaron hasta la casa de la hacienda. Tuvo que abandonarla por cuanto todos estaban contagiados de una epidemia.

La familia de Héctor Garcés había experimentado tres ataques de los Huaorani. Apenas casado con su esposa que había traído desde el Ucayali, en 1910, se radicó en una casa en el alto Nushino. Allí, una noche, en su ausencia su esposo pudo contener el ataque de los Huaorani que mantenían rodeadas a la flamante esposa así como a algunas mujeres Yumbo.

Cuando se habían agotado las municiones llegó su esposo con los peones con quienes había salido. Había decidido regresar hasta su casa por una intuición que, a la postre, fue la salvación de su esposa y las mujeres que habían quedado al cuidado de la hacienda. En otra ocasión habían matado a cuatro mujeres que pescaban a las orillas del Nashino.

Pasó Sevilla hasta la hacienda de Rivadeneira y luego a su propiedad hasta donde llegó uno de los peones quien, al igual que él, había logrado salvarse del ataque sorpresivo. Pasaron los años y, como parte de la ofensiva Huaorani hacia el Napo, Arajuno y Curaray, la hacienda El Capricho fue atacada y muertos dos de los peones de Sevilla.

Desde las cabeceras del Arajuno hasta el Nushino la expedición de Blomberg debía atravesar una zona de riesgo puesto que, si bien era transitada por los Yumbo, los aucas podían fácilmente emboscar a una partida, aunque sus hombres estuvieran armados.

Bajaron los expedicionarios por el Nushino y encontraron varias casas de los aucas precisamente ubicadas en el lugar que señalaba el mapa

que les había proporcionado el piloto de la compañía encargado del apoyo logístico a la expedición.

Finalmente localizaron una casa grande rodeada por una extensa plantación. Unicamente quedaban vestigios de sus habitantes que, seguramente alertados del avance de los expedicionarios, prendieron fuego a la vivienda y se trasladaron hacia otro sitio.

Con la ayuda del piloto supieron de la existencia de otras casas y se dirigieron hacia el noroeste. Pronto encontraron una gran plantación de yuca. Al día siguiente con la ayuda del piloto se enteraron que la expedición se encontraba precisamente en el espacio central de varias casas.

Habían transcurrido siete días desde que la expedición se había aventurado en pleno territorio Huaorani. Era evidente que éstos sabían de su presencia y tanto los aventureros como los guerreros habían entrado en un agotador proceso de toma de posiciones, cada uno seguro de que el otro tomaría en cualquier momento la iniciativa tratando de sorprender al otro.

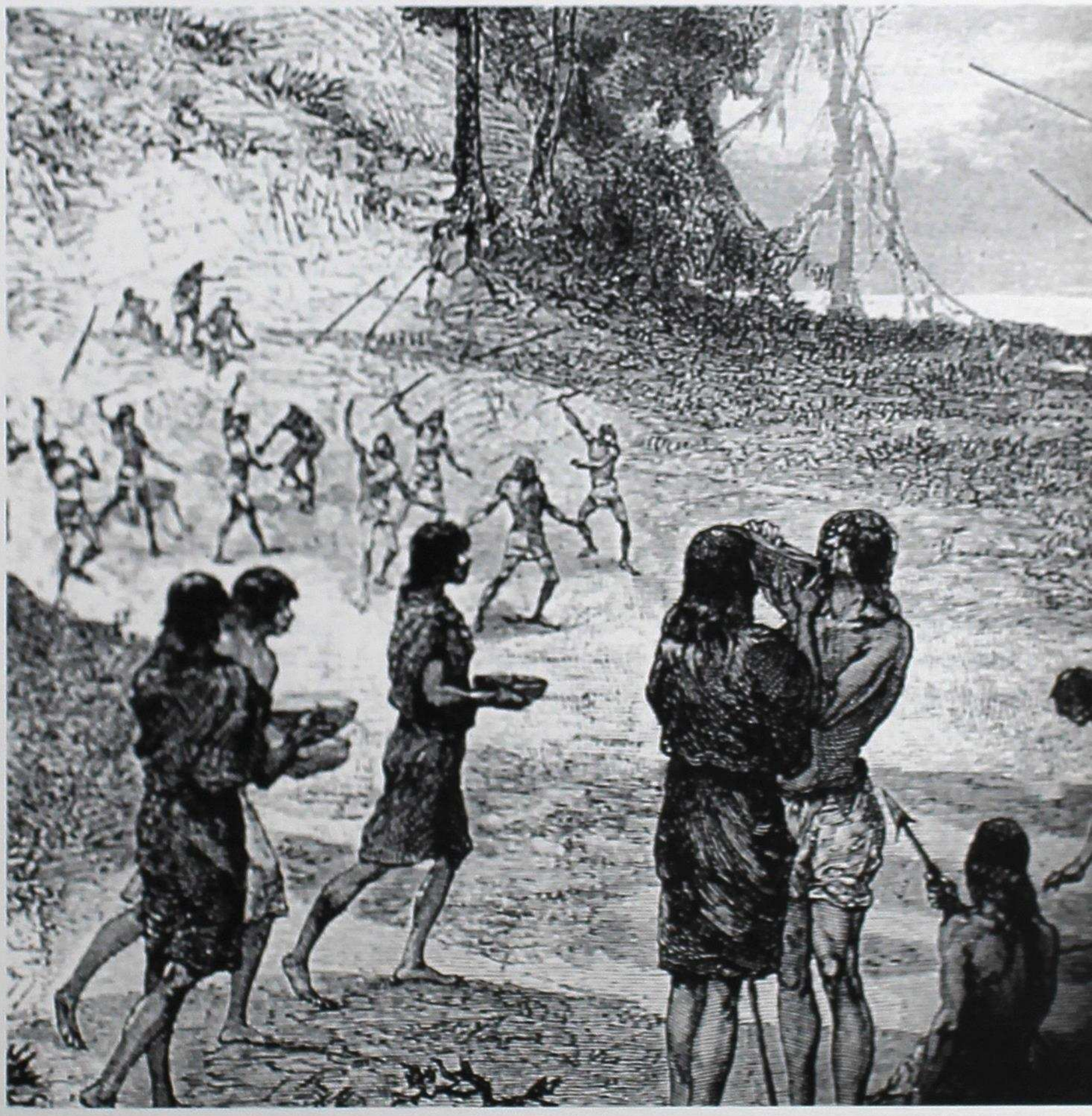
En estas circunstancias tomaron la iniciativa y atacaron de improviso cuando los expedicionarios se encontraban cerca de la playa del Nushino. *"Y entonces ocurrió todo en un santiamén. Vi una lluvia de lanzas sobre la balsa de Cooper y Robinson, escuchamos un grito y vimos que todos se lanzaban al agua. Entonces se escuchó un disparo, venía del vigía de mi balsa. En cuestión de segundos mi Browning estaba en acción. Siguió un tiroteo candente por todos los flancos. La tripulación de la balsa atacada, con el agua hasta la cintura, abrió fuego un par de segundos después. De pronto las lanzas cesaron. Los Aucas habían huido".*

Por las evidencia recogidas en el lugar del ataque y por los testimonios de los Yumbo que estuvieron cerca del lugar desde donde los guerreros atacaron con sus lanzas concluyeron que se trataba del grupo de Moipa.

Los expedicionaron emprendieron la retirada dirigiéndose hasta el río Tzapino desde donde salieron hasta el Napo. Desde allí se dirigieron luego hacia el Arajuno. Así llegaron posteriormente hasta Campo Souder, de donde habían partido días antes.

Cuatro meses más tarde, un piquete de trabajadores de campo había establecido contacto, al parecer pacífico, con los Huaorani en las inmediaciones del Curaray. De manera que, convencido del éxito de este contacto, Jaramillo, trabajador de la compañía decidió volver

Torneo de lanzas entre dos tribus
Záparas. Vignal. Fotografía.
Detalle.



hasta el Nashino e intentar un acercamiento pacífico. Llegó hasta las casas avistadas por los pilotos en las riberas del río Balata[63].

Todo indicaba que las relaciones estaban enrumbadas al logro de la paz con los Huaorani. Excepto por un nuevo ataque que apenas una semana después del encuentro protagonizado por Jaramillo ocurrió en el Curaray....Y otro que poco tiempo después cobró dos nuevas víctimas. Esta vez en el Cononaco.

63 *"No encontramos a nadie en casa. Teníamos todo el tiempo para hacer observaciones. Las casas aucas están situadas en un lugar muy agradable y plano en las márgenes del Río Balata. Alrededor hay cinco grandes huertos sembrados con yuca y plátano. También vimos algunas plantas de algodón y de chili. Los huertos estaban bien cuidados y parecía como si la selva virgen hubiera sido desmontada con hachas".* Blomberg, Loc. Cit.

CAPÍTULO VIII

PUEBLOS AL BORDE DEL MILENIO

"No tiene menos lugar, que el Manatí la Tortuga de esos Rios...
Este es un animal anphibio
cuvierto de una mui recia concha, con las ventanas
ó aperturas, por donde sacan la caveza, sus manos y pie
desoban a su tiempo en la arena de las riveras,
y entierra, que su instinto elige alta,
y segura de las inundaciones del Rio,
y en distancia de dos quadras, donde deposita sus huebos
hasta el numero de doscientos en un hoyo
que ellas caben, computando el hueco,
que han de ocupar con ellos, y con la arena,
que ha de cubrirlos sin dexar fuera la que sacaron del hueco,
sin duda, porque su instinto no permite dejar en la tierra,
que pudiera sobrar indicio de conocimiento a su nido;
pero no pueden evitar el rastro que dejan,
quando caminan del Rio al depósito,
y quando buelven a las aguas despues de
su desobacion, aunque su astucia observe bolver
por la misma via, que tomó para ir" [1].

Historias diversas del Curaray se han desarrollado en relación con los sucesos transcurridos en los escenarios de las cuencas del Tigre y del Pastaza. El Curaray remonta sus orígenes al Villano. Este nace en una elevación de aproximadamente 1000 mtrs de altura cercana a la población de El Triunfo. Son sus alfuentes: el Callana yacu, o río del comienzo, denominación que en Kichwa sugiere la idea de que éste es el orígen tanto del Villano como del Curaray.

Otro de sus afluentes es el Lliquino. Con aproximadamente 23 kmtrs., de longitud es el río histórico donde transcurrió la aventura de la fiebre del oro de los franceses. Reputado como el río del oro y por su abundante ictiofauna. Desemboca cerca de la comunidad de Pandanuque. Otro de los tributarios del Villano es el río Llipuno. Con una longitud de 20 Kmtrs.

1 Don Manuel Echeverría...Op. Cit., pp. 61-2.

Entre los tributarios del Curaray se cuentan: el Challuayacu, río de los peces, y el Manderoyacu de unos 10 kmtrs., de longitud. Otros de sus tributarios desembocan más abajo de la bocana del Villano y forman parte del universo global de la subcuenca.

Divagan en este escenario el Pinducyacu que se une con el Maratiyacu/ Conambo y forman el río Tigre en el punto fronterizo. El cambio de denominación ocurre a la altura de los asentamientos de Moretecocha. Tiene una longitud de aproximadamente siete Kmtrs., hasta donde recibe las aguas del Jandiayacu. Se diferencia éste del Landiayacu que desemboca en el Jatun Rutunu Yacu que desemboca, a su vez, en el Bobonaza.

La zona se caracteriza por sus bosques primarios considerados transicionales entre las área tropicales y subtropicales. El dosel boscoso o canopia presenta alturas de hasta cincuenta metros, con variaciones hasta de veinte mtrs, aunque suelen destacarse árboles que tienen alturas de hasta sesenta metros.

Las formaciones boscosas del Curaray, comprendidas las del alto Tigre y del Sarayacu-Bobonaza han sido clasificadas como bosques lluviosos macrotérmicos[2]. Estas formaciones son conocidas también como zonas de alta humedad o como bosques siempre verdes de extraordinaria importancia para la conservación de flora y fauna.

Las especies más comunes, entre arbóreas y palmáceas, son conocidas como leche higuerón (*Ficus sp.*), uva de monte (*Pourouma cecropiifolia*), cedro (*Cedrela odorata*), la palma del conambo (*Scheelea brachyclada*), piche (*Sapium sp.*), guayacán (*Tabebuia chrysantha*), guaranga (*Parkia sp.*), cupa (*Jacaranda copaia*), machinmanga (*Eschweilera sp.*), otra palma, el taraputo (*Iriartea deltoidea*), chuncho (*Cedrelinga catenaeformis*).

Se incluye otras palmáceas como la hungurahua (*Jessenia bataua*), chambira (*Astrocaryum chambira*), morete (*Mauritia flexuosa*), el majestuoso ceibo (*Ceiba pentandra*), y la especie localmente conocida como calun calun (*Hyeronima alchorneoides*)[3].

Otras, más numerosas, son las especies arbóreas que forman la subcanopia con alturas que oscilan entre los diez y quince metros. Entre éstas cabe destacar el laurel (*Cordia alliodora*), el guachanzo (*Caryodendron cf. orinicense*), pigüe (*Pollalesta discolor*), puruncaspi (*Zanthoxylon sp.*), lanhuiki (*Croton lechleri*), pinchi (*Nectandra sp.*), guapa (*Virola sp.*), sacha chamburo (*Jacaratia spinosa*), sangre de gallina (*Virola sp.*), caimito (*Pouteria sp.*), pitón muyu (*Grias neuberthi*), y atashmatay (*Sloanea macrophylla*)[4].

2 Acosta Solis, 1977; Cañadas, 1983; Harling, G. 1978
3 Fugro-Petrokem, Estudio de impacto ambiental, EIA, Bloque # 10, ARCO, 1996.
4 Ibidem.

Finalmente el sotobosque comprende el grupo de las herbáceas y arbustivas con alturas que oscilan entre los dos y los doce metros. Cabe mencionar, como especies comunes, entre otras, a la payas (*Miconia sp.*), andoaguachanso (*Mabea sp.*), chincha (*Phytelephas microcarpa*), mucuruya (*Psychotria macrophylla*), supi ila (*Tetrorchidium cf. andinum*), zapote (*Matisia obliquifolia*), tolor (*Rinorea sp.*), tamboro (*Vismia sp.*), turu ishpingo (*Ocotea sp.*) y aschag (*Cyathea sp.*).

Otras especies botánicas son los líquenes, hongos y epífitas. Entre las principales especies hay que mencionar: lalu (*Philodendron sp.*), llaquipanga (*Calathea sp.*), cuhan (*Xanthosoma sagittifolium*), shashaqui panga (*Triolena primulaeflora*), payas (*Selaginella sp.*), jaguarpa (*Begonia sp.*), supipanga (*Centropogon sp.*), sutuli (*Maietia sp.*), allpalalo (*Besleria aggregata*), shiguangu muyu (*Renealmia sp.*) y papango (*Cyclanthus bipartitus*).

En el alto Conambo la vegetación presenta algunas variaciones. Las especies diferentes allí encontradas son: pinduc (*Gynerium sagittatum*), yutzo (*Pithecellobium sp.*), guamac (*Guadua angustifolia*), yurac balsa (*Heliocarpus sp.*), yana mucu (*Piper sp.*), chincha (*Phytelephas microcarpa*), linchic (*Vernonia sp.*), lizán (*Carludovica palmata*), cuilis (*Acalypha diversifolia*), putu (*Ceiba sp.*), tangarana (*Triplaris americana*), hilda pacay (*Inga sp.*), bagre ruya (*Pentagonia macrophylla*), ila (*Ficus sp.*), payango (*Cyclanthus bipartitus*), tamia pacay (*Bauhinia sp.*), yacuanguinzumic (*Siparuna sp.*) y wituc (*Genipa spruceana*).

La subcuenca presenta condiciones óptimas para el cultivo de huerta. La agrobiodiversidad es apreciable. Entre otras cabe mencionar la palanda (*Musa paradisiaca*); se cultiva también la chunda (*Bactris gasipaes*), pacay (*Inga edulis*), cacao (*Theobroma cacao*), lumo (*Manihot sculenta*), apío (*Pouteria caimito*), palta (*Persea americana*) y como especie recientemente adaptada, el mango (*Mangifera indica*).

Se cuenta además la chirimoya (*Annona cherimola*), papaya (*Carica papaya*), caña de azúcar (*Sacharum officinalis*), piña (*Ananas comosus*), cocona (*Solanum quitoense*), camote (*Ipomoea batatas*), maíz (*Zea maïs*), cítricos como el limón (*Citrus limonum*), la naranja (*Citrus aurantium*), la papa (*Dioscorea trifida*), café (*Coffea arabica*), uva de monte (*Pourouma cecropiifolia*), achiote (*Bixa orellana*), wituc (*Genipa spruceana*), fréjol (*Phaseolus vulgaris*), guineo (*Musa acuminata*), tabaco (*Nicotiana tobaco*) y ají (*Capsicum annuum*).

Los especies de ictiofauna, debido a la intervención humana, ya no son abundantes, como antaño, en el Villano y sus tributarios. No así en el Curaray donde aún se mantiene el antiguo perfil de intenso

poblamiento del río por numerosas y diversas especies. Un reconocimiento de los ríos Lliquino y Jandiayacu permitió confirmar la existencia de por lo menos 16 especies.

Estas son shiguito (*Looricaridae*), sardinita (*Characidae*), ombuni (*Characidae aequidens*), shangatima (*Characidae tetragonopterus*), sincoana (*Characidae hypersobricon*), sarachallua (*Rochilodontidae*), sechiva (*Creagrutus cf. Muellen*) y chuti (*Crenicihla cf. Johana*).

Los asentamientos están espacialmente organizados en unidades residenciales locales. Cada uno de éstos tiene delimitado un territorio en el que se encuentra un espacio de ocupación concentrada, la aldea, rodeada de las chacras o huertas, y un vasto espacio destinado a cotos de caza o purinas y a reservas comunitarias. Invariablemente los asentamientos concentrados son ribereños.

El espacio étnicamente habitado por las tribus de filiación Zápara hasta la primera o segunda década del siglo xx ha pasado a convertirse en un subdominio de la etnia Kichwa. Todavía es posible encontrar a algunos de los descendientes de los Záparo en las comunidades del Villano, Curaray y Sarayacu.

La presencia de descendientes de los Murato, Achuar y Shuar es aún menor y se remonta a tiempos anteriores a la hegemonía de las haciendas caucheras cuando la movilidad étnica fue particularmente intensa en la zona a causa de la presencia de las misiones.

De manera que estos asentamientos de las cuencas del Villano-Curaray, alto Tigre y Sarayacu-Bobonaza se encuentran bajo el dominio de poblaciones de filiación lingüística Kichwa. De hecho, según se ha visto, los actuales pobladores del Villano-Curaray fueron originarios del Napo, Canelos y Sarayacu. De alguna manera, estos asentamientos mantienen cierta hegemonía en el conjunto de la zona.

Este vasto asentamiento comunitario forma, según se ha dicho, un subdominio del complejo lingüístico. Otros subdominios están conformados por los Kichwa de la cuenca del Napo y los de San Miguel - Putumayo.

Las comunidades de este subdominio se encuentran en una particular situación étnica. Al norte mantienen límites con los asentamientos Huaorani, al este se extienden los dominios de los Shiviar del alto Corrientes y de los Záparo del alto Tigre.

Hacia el Pastaza se encuentran los asentamientos Achuar, Maynia Shuar y Shuar. Hacia estas fronteras étnicas se extiende el dominio de

la lengua Kichwa, aunque, de hecho, los Achuar, los Shiviar, Maynia Shuar y Shuar forman parte del complejo lingüístico Jíbaro.

Las poblaciones del Bobonaza refieren que en el pasado más remoto, los primeros habitantes de las formaciones boscosas fueron los Sasy o la gente del conocimiento botánico. En cierto sentido éstos son los fundadores del actual sistema de conocimientos relativos a la huerta y los bosques de los Kichwa.

Una oleada migratoria fue el orígen de un nuevo poblamiento de las selvas amazónicas. Estos nuevos migrantes fueron conocidos como los Tayac o la gente del conocimiento de la piedra. A su larga presencia en tiempos prehistóricos se les atribuye la factura de los instrumentos fabricados en piedra así como la elaboración de los complejos sistemas de petroglifos.

Una tercera oleada de poblamiento es contemporánea. Corresponde a los Kichwa. Estos afirman que sus antepasados llegaron desde los valles interandinos. Son herederos, por así decir, del conocimiento botánico de los Sasy; pero, al mismo tiempo, son los fundadores de las culturas basadas en la producción hortícola, la fabricación de utensilios de cerámica y los sistemas de uso de los recursos del bosque.

Los descendientes y herederos de estas tradiciones culturales suelen diferenciarse, a su vez, de los aucas o llustiruna. Estos son considerados como primitivos en la medida en que aún practican la poligamia, carecen de vestimenta y se eliminan entre sí en largos y cruentos episodios de guerras de venganza .

Si se considera que el poblamiento Kichwa se inició a raiz de la primera crisis del comercio cauchero, en 1912, con los asentamientos del Alto Villano, en Wituc, podríamos suponer que el período de los Tayac coincide con el dominio de las tribus Záparas a las que sería forzoso atribuir la elaboración de los instrumentos líticos así como los petroglifos.

Debemos recordar, por otra parte, que el poblamiento del Napo es apenas anterior al del Villano-Curaray y que, por lo tanto, el asentamiento cronológicamente más antiguo es que corresponde al Bobonaza.

¿Qué sucedió con las tribus Záparas que habitaban en estos parajes? Una epidemia de viruela acabó con la mayor parte de la población. El resto sucumbió a manos de las tribus Huaorani que avanzaban hacia las cabeceras del Curaray o quedaron exterminados a causa de sucesivas guerras de venganzas.

Una de estas confrontaciones narra la muerte de los miembros de una tribu a manos de los Huaroani muy cerca de la actual Toñampari, en el alto Curaray. Otra refiere un ataque sorpresivo de los Murato y Maynia Shuar contra la tribu Zápara asentada en la actual Moretecocha. Otra de las guerras de exterminio fue la que enfrentó a la tribu de los Chirapa del Pastaza contra los pobladores Kichwa en el Bobonaza.

Un factor decisivo para afianzar el repoblamiento de los espacios de la subcuenca fue el despliegue de las actividades de exploración de hidrocarburos por parte de la compañía Royal Doutch Shell.

Su presencia no sólo fue un soporte fundamental para afianzar las avanzadas del poblamiento Kichwa sino además permitió el ingreso de colonos en Villano así como de los reducidos grupos familiares Shuar actualmente asentados en el segmento alto de esta subcuenca.

El perfil demográfico de las cuencas del Villano Curaray presenta los registros siguientes: Chuyayacu, Bellavista (19), Nueva Curintza (46), Elena (28), Santa Cecilia (140), Colonia 6 de Diciembre (28), Lipuno (21), Taraputu (11), Guayusa (8); Shiguacocha (71), Quillu Allpa (82), Jaime Roldós (76), Jesús cocha (31), San Miguel, San José del Curaray (312).

Los asentamientos del alto Tigre comprenden las comunidades de Curiyacu, Moretecocha (189) y Llanchama (60). Finalmente, las del Sarayacu Bobonaza son las de Chonta yacu (241), Sarayacu (132), Shiguacocha (182), Calicali y Sarayaquillo.

La población de las comunidades presenta perfiles de dominio de los grupos de edad juveniles sobre los adultos. En cierto sentido, la población menor de 25 años representa el doble de aquella que sobrepasa esta edad. La Tasa de crecimiento poblacional es elevada debido a que el número de nacimientos (305 entre 1990 y 1996) representa aproximadamente el 17% del total de la población estimada.

La economía local está basada en un eficaz y altamente diversificado sistema hortícola que se combina con el uso de los recursos boscosos. Aunque buena parte de éstos se dedican a satisfacer las necesidades locales, es apreciable la cantidad que es exportada. Entre estos productos se destaca el Chilli palmácea de la que se extrae la fibra útil para la fabricación de escobas y cepillos, la canela o ishpingo.

Este intercambio comercial esta restringido básicamente a conseguir bienes manufacturados que permiten complementar adecuadamente

la producción de consumo local y abastecer otras necesidades como confecciones, herramientas y otros instrumentos modernos.

La agricultura, practicada con mayor o menor eficacia en las diversas comunidades, aporta con una considerable masa de productos alimenticios para el sostenimiento de la población.

El sistema de uso intensivo de los suelos ricos en orgánicos bajo un sistema de rotaciones que combinan los descansos y el mantenimiento de huertos frutales y otros cultivos en sitios de habitación temporal muestra una extraordinaria eficacia técnica que ha permitido a estas poblaciones el mantenimiento de un satisfactorio nivel nutricional por varias generaciones.

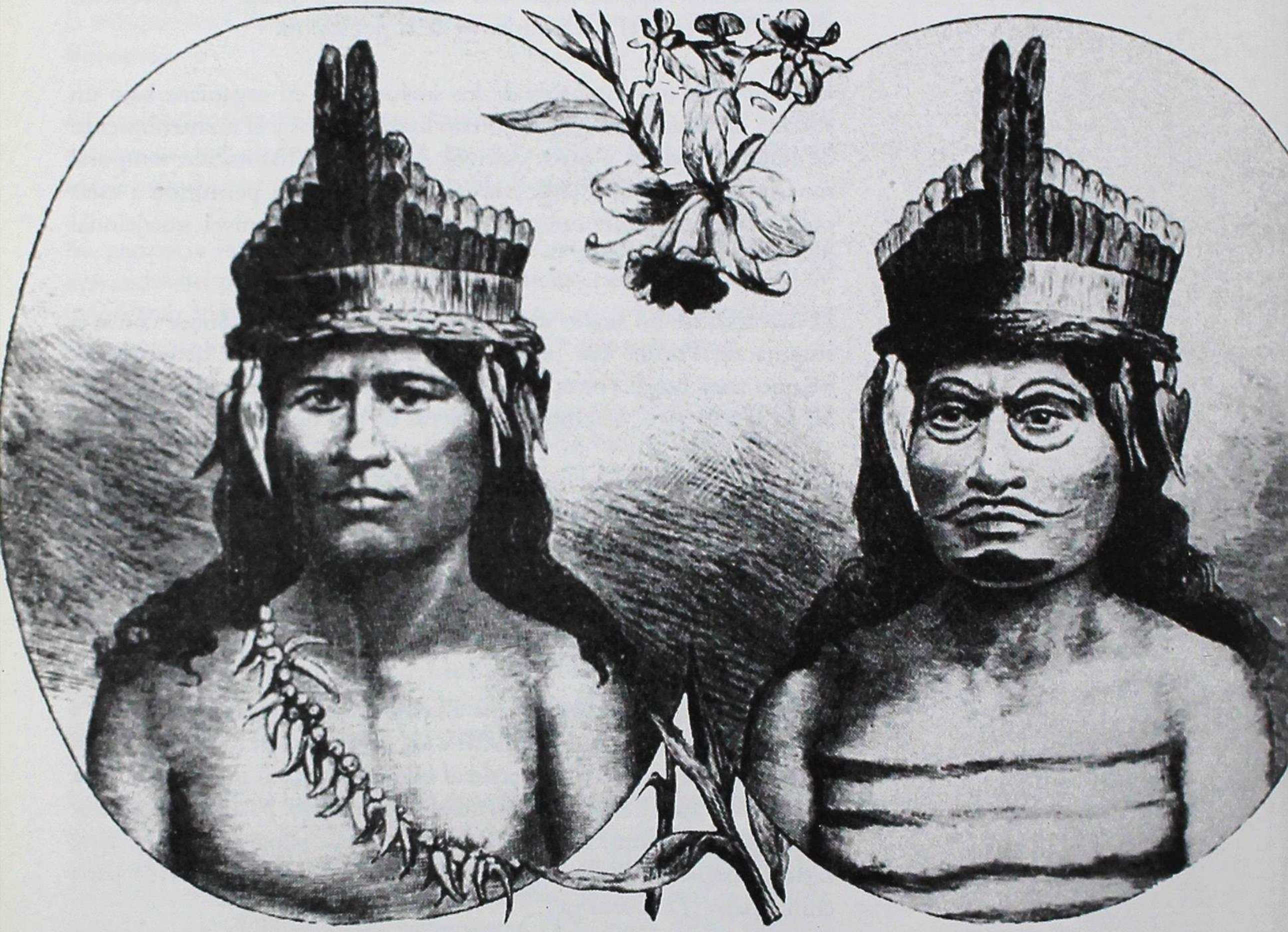
El descanso de los suelos utilizados para cultivo se lo conoce como el sistema de Purun. Las chacras son abandonadas por determinado tiempo para luego volver a cultivarlas. En este lapso crecen especies como el barbasco, plátano y palmáceas de uso doméstico.

Una familia cuenta así con varias alternativas de abastecimiento de productos frescos. Por una parte, mantiene una chacra en las cercanías del asentamiento comunitario tipo aldea y una huerta con especies frutales en la cercanía de la casa o huasipungo. Por otra parte, cuenta con una o más chacras en las purinas o sitios que tradicionalmente son utilizados como cotos de caza.

En las chacras es perceptible una alta biodiversidad. Incluyen de 25 a 30 especies distintas que, sumadas a las cultivadas en los huasipungos resulta en una apreciable diversidad botánica con un registro de hasta 50 especies. Entre éstas cabe mencionar el plátano, palanda; el guineo, wiña; la yuca, lumu; caña de azúcar, güiro; la papaya; el maíz, sara; zapallo, tsapalla (*Gurania sp.*); la calabaza, Isha (*Cyatea sp.*); la papa china, papa (*Dioscorea sp.*).

Continúa el registro con el camote, cumal; el fréjol, purutu; ají, Uchu; naranjilla, Cocona (*Solanum quitoense*); pelma, papa china; achogcha; tomate; mandi; maní (*Arrachis hipogea*), barbasco, mazu; tabaco, tahuacu; piña, chigüilla (*Annanasa sativa*), yerba Luisa; ajo de monte (*Manzoa sp.*), ortiga, chini (*Urera baccífera*), canela, Ishpingu (*Cinnamon sp.*), shilquillo (*Protium timbratium*), camacho (*Xantosoma sagitifolium*).

Las especies cultivadas en los huertos frutales son las siguientes: chonta, chunda; morete; toquilla, lizán; chambira, hungurahui; chilli (*Scheelea brachyclada*), wituc; achiote, manduru; caimito, abiyo; aguacate, palta (*Persea americana*), cacao, kila (*Theobroma bicolor*).



Curacas de Canelos, alto Bobonaza. Steward, Handbook of South American Indians. Plancha 59.

Continúa el registro con la guaba, pacai; la frutepan, paparagua (*Artocarpus altilis*), la guayaba (*Psidium guajava*), el zapote, sapo muyu (*Matisia cordata*); motilón, pasu (*Gustavia longifolia*); pomarosa; pilchi (*Nectandra sp.*); jambic; arasá; cuindashun; uva; pitón muyu; ceibo; maní de árbol, Inchi (*Caryodendrón orinocense*) y la chirimoya, anona.

A pesar de la plena vigencia de este sistema, algunos cambios en el uso del suelo se han observado sobre todo en las comunidades de Villano y Moretecocha. La reciente introducción de ganado ha desplazado las áreas de cultivo, antes localizadas en tierras aluviales, hacia los declives colinados que rodean a estos valles.

Mejores resultados se ha obtenido en el proceso de adaptación de especies avícolas, pollos y patos, y en menor escala, ganado porcino. La crianza de estos animales no ha modificado en esencia el perfil de las prácticas hortícolas y tiende a convertirse en un recurso proteínico animal cuyo abastecimiento, en base a la caza, ha disminuído de manera notoria en las formaciones boscosas por diversos factores.

Es apreciable también la adopción de cultivos comerciales como el café y el cacao. Este se ha adaptado óptimamente en la cuenca del Villano - Curaray donde se ha obtenido excelentes resultados, aunque la carencia de medios de transporte ha impedido que se propague.

Los asentamientos del Villano se encuentran concentrados en el punto a partir del cual es navegable. Esto significa a partir de los 77º 35′, donde los rápidos terminan puesto que divagan por el valle aluvial amplio que se extiende al pié de las formaciones montañosas que siguen paralelas a su curso. En este valle, por su margen izquierda recibe las aguas del Lliquino y del Lipuno por su margen opuesta un poco más abajo.

Otros asentamientos se ubican hacia el Lliquino y Lipuno. En estos asentamientos se diferencian nueve comunidades o barrios distribuídos desde el alto Villano hacia la parte baja. Estas comunidades son: Chuya Yacu, Bellavista, Nueva Curintza, Elena, Santa Cecilia, Colonia 6 de Diciembre, Pandanuque, Tarapoto, Llipuno y Guayusa.

La Colonia 6 de Diciembre está formada por colonos que llegaron hasta el Villano con el piquete de soldados que trabajaban para la compañía Shell. Tomaron posesión de las tierras aledañas a la pista aérea donde se encuentran actualmente asentados. Se diferencian del contexto étnico circundante. Más reciente es la inmigración de un

grupo de familias Shuar. Estas provienen del Centro G. Rugby, cercano a Sevilla de Oro, provincia de Morona Santiago.

Entre las familias Kichwa que habitan en el valle, es perceptible el predominio de aquellas provenientes del Bobonaza. De Canelos, Sarayacu, Pacayacu y Montalvo. No es así en la segunda generación ascendente, aproximadamente veintinco años atrás. Entonces, por lo menos 45 familias eran del Bobonaza (Pacayacu, Wituc, Sarayacu y Montalvo); 12 eran del Napo; 8 del Curaray, 6 de Sevilla, 5 del Conambo, 4 de Copataza, 2 de Cotopaxi y 2 de Colombia.

En la tercera generación ascendente, aproximadamente cincuenta años atrás, se mantiene la tendencia: 25 familias eran originarias del Bobonaza, 5 de Capahuari (Achuar), 3 de Macas, 1 de Conambo y 1 de Curaray.

Sin embargo es despreciable la presencia de familias inmigrantes del Napo. Pero en la actual generación fue posible establecer que al menos 9 familias provenían de Macas, 1 de Copataza, 4 del Bobonaza, 2 del Napo, 2 del Curaray, 2 de Cuenca y 2 del Cotopaxi.

El Kichwa es la lengua dominante es este espacio de convergencia multiétnica. En Villano 47 personas lo hablan bien frente a 10 que hablan Shuar y 39 el español. El Bilingüismo tiende a imponerse entre estos dos últimos grupos para efectos de la vida comunitaria aunque el español es la lengua para efectos administrativos y comercio.

El universo social de los asentamientos comunitarios del Villano comprende a 58 familias con 401 habitantes. Nuevamente, en este nivel, se replican las tendencias analizadas para el conjunto demográfico global. Una base de población joven, menor de vienticinco años, 275 habitantes, frente a 126 que conforman la población mayor de esa edad.

Los nacidos en los últimos cinco años fueron 80, cerca del 20% de la población total. El número de personas muertas en los últimos cinco años contabiliza la cifra de 39 lo que representa el 10% del total de la población local.

La emigración es un fenómeno presente en Villano. Afecta principalmente a la población jóven que sale con propósitos de acceder a la educación secundaria o universitaria o técnica tanto como para encontrar empleo a fin de acumular ciertos bienes y optar por el matrimonio dentro o fuera del grupo local.

El valle del Villano ofrece especiales condiciones para el desarrollo de actividades agrícolas o pecuarias intensivas o extensivas. La influencia

externa expresada en el incremento del comercio ha generado innovaciones en la agricultura local que muestra tendencias visibles hacia la adopción de producción comercial así como a la crianza de ganado vacuno.

En todo caso, el progreso no ha representado una ruptura radical con las condiciones, antes descritas, de la horticultura. Aunque el desplazamiento de los espacios antes dedicados a las chacras por las pasturas es evidente, el valle es lo suficientemente amplio en cuanto a las formaciones aluviales se refiere como para permitir la coexistencia de las dos actividades.

El excelente drenaje de los suelos, la disponibilidad de tierras aluviales ricas en orgánicos son factores que impiden el rápido deterioro de las pasturas que consisten principalmente en gramalote. La actividad es naciente. Apenas se registró la tenencia de 178 cabezas de ganado, de las que 47 son toros y 131, vacas.

La ganadería se restringe a la crianza de ganado criollo. El sistema dominante es el de amarre[5]. El ganado es vendido a los comerciantes de El Puyo quienes trafican por la pica que une a los asentamientos del Villano con la población de El Triunfo.

Los precios, a 1996, varían de 2.000 a 2,500 sucres por libra. Las dimensiones de la actividad son apreciables. Unicamente 14 familias carecen de espacios dedicados a pasturas y 21 no tienen ganado. Más importante es el crecimiento de la crianza de especies menores. Se registraron 43 puercos, 105 pollos y 70 perros.

Las Chacras son generalmente grandes. El promedio varía entre 450 metros cuadrados hasta 6 hectáreas. En total, las chacras de las comunidades del Villano comprenden una superficie de 97.75 hectáreas con un promedio de 1.8 hectáreas por familia.

Los cultivos comerciales como el cacao y café se han generalizado. Para el año 1996 se registraron 3.619 árboles de Theobroma y 1.095 de Coffea arábiga. Estos cultivos suelen combinarse con los de las huertas.

En los huertos del Villano se registraron 31 especies cultivadas en las chacras. El cultivo del algodón es particularmente adaptado en los suelos del valle aluvial así como el de la igua o zanahoria blanca, tabaco y achogcha. Son 48 familias las que mantienen las purinas en las cabeceras del Lliquino y Lipuno. Los cultivos en estos cotos de caza suman las 25.25 hectáreas.

El cultivo de especies frutales ha cobrado gran importancia en el valle. Entre las especies registradas constan: pasu, piña, cítricos, aguacate,

5 El sistema comprende la adquisición de toretes que son mantenidos entre ocho a diez meses en los pastos y luego vendidos. El ciclo se repite posteriormente.

mango, uvilla y wituc. Las cabeceras del Villano son conocidas por la abundancia de bosques naturales de canela (*Cinnamon*). En las huertas se suele conservar especies arbóreas maderables como el cedro, laurel y pumbuchig.

Los intercambios comerciales son relativamente intensos: la venta de ganado, fibras, cacao, café, achiote, huevos, canoas y hamacas sostiene un importante rubro comercial monetario que permite el abastecimiento de pertrechos de caza, pesca, herramientas, medicinas, baterías, linternas, ropa y calzado.

El trabajo asalariado es una importante fuente de ingresos pese a que es temporal. Excepto diez personas, la totalidad de los jefes de familia había trabajado en las empresas de prestación de servicios petroleros. La demanada de trabajadores locales fue particularmente importante en el período comprendido entre 1991 y 1995.

Cerca de 21 personas habías trabajado en el período señalado para Phillips; 20 para ARCO, y 21 para CGG. Los hombres de Villano también han trabajado, en épocas anteriores y fuera del Villano, para Western (14), Shell (5), Seiscom Delta (5), United (4), Geosur (3), Parker (2), A&B (1) y Techint (1).

La sociedad local del Villano está entrando en una etapa de intensos cambios. La creciente influencia de las actividades industriales, especialmente concentradas en este espacio ha contribuido a acentuar este proceso cuyos orígenes se remontan a la época del inicio de las operaciones petroleras por parte de la compañía Shell y la subsecuente inmigración de trabajadores, colonos y soldados.

Hasta cierto punto, los inicios de la ganadería y de los cultivos comerciales datan de esta época. Según se ha dicho antes, esta tendencia se ha vuelto visible en los últimos años debido a que las familias inmigrantes Shuar han conformado un frente de presión local que postula la opción del progreso.

Desde el punto de vista social, existe una pronunciada diferenciación entre los asentamientos Kichwa y aquellos de los inmigrantes colonos y Shuar. Los colonos, agrupados en la colonia 6 de Diciembre, ocupan los espacios que circundan la pista aérea en tanto que los Shuar se distribuyen hacia el alto Villano con las comunidades Nueva Curintza y Bellavista. En tanto que los Kichwa ocupan las áreas planas del valle y se distribuyen en las comunidades de Elena, Santa Cecilia y Pandanuque.

Las construcciones son principalmente de tipo tradicional. Utilizan cubierta de hojas de palma lizán 38 de las 54 casas habitacionales en



Ecuador: Mapa Político.
Morales, Op. Cit.
Tabs. 81- 82.

Curaca de Canelos con Jefe de Guerra y Varayucs. Steward, Handbook of South American Indians. Plancha 56.



tanto que 16 se han construido con paredes de madera y cubierta de hojas de zinc.

Cada barrio cuenta con una escuela. Pandanuque tiene 6 aulas; 3 Santa Cecilia y 1 las escuelas de Elena, Curintza y Bellavista. Hay siete profesores para las cinco escuelas. La población estudiantil suma los 85 alumnos distribuídos 17 en primer grado, 20 en segundo, 18 en tercero, 12 en cuarto 13 en quinto y 7 en sexto. Son 7 los estudiantes que cursan el nivel secundario en El Puyo y un estudiante de especialización técnica que estudia por correspondencia.

La importancia de la navegación fluvial se expresa en el número de canoas disponibles: 57. Aunque había un solo motor fuera de borda. La creciente importancia del tráfico comercial se refleja en la tenencia de equipos tales como motosierras (5), cocinas a gas (9), máquinas de coser (6), generadores (4), radios (32), aparte de grabadoras y equipos de sonido. Se registró la tenencia de 81 escopetas de munición y 16 de repetición.

En la localidad se encuentran disponibles dos dispensarios médicos, uno en Pandanuque y otro en Santa Cecilia. Un convenio vigente suscrito con el Ministerio de Salud les provee de medicinas y la compañía ha contribuido a mejorar el servicio.

Es notorio el uso de avionetas para salir hasta El Puyo. Unicamente 11 personas declararon que no recurren a este medio de transporte. En cambio, 17 lo hacen para efectuar compras, 9 para emergencias médicas y 18 para visitas sociales, excursiones y razones de trabajo.

Siguiendo el curso del Villano, en el sitio donde éste desemboca en el Curaray se encuentran situados los asentamientos que llevan este nombre. Desde la parte alta las comunidades o barrios son: la de Shiguacocha, en las riberas del Villano, Quillu Allpa, Jaime Roldós, San José de Curaray o el Centro y Jesús cocha, sobre las riberas del Curaray.

El Curaray es uno de los tributarios más importantes de la margen derecha del Napo. Sus tributarios por su margen izquierda son el Tzapino y el Nushiño y por la derecha el Tigüeno, Challuayacu y Manderoyacu, antes de la desembocadura del Villano.

Luego de la desembocadura del Tzapino los meandros del Curaray divagan por una amplia llanura aluvial, generalmente inundada, que se sitúa abajo de la desembocadura del Villano. Hacia abajo, cerca de Pavacachi y Lorocachi y en dirección hacia el este es notoria la presencia de bajiales o humedales, tahuampa, donde es endémica la

especie palmácea Mauritia flexuosa, conocida localmente como Morete.

La caída del Curaray entre la desembocadura del Tzapino y la del Villano transcurre desde una altitud de 278 hasta los 260 metros sobre el nivel del mar. Apenas 18 metros para un largo trayecto, lo que ha dado lugar a la formación de tortuosos meandros y brazos fluviales, algunos de los cuales han devenido en formaciones lacustres o pantanos.

El Curaray fue conocido antiguamente como el río de los peces a causa de la alta concentración de numerosas especies algunas de las cuales son endémicas. La existencia de formaciones lacustres en sus riberas, así como las amplias playas que se forman durante la época del estiaje ha permitido que la población de tortugas acuáticas sea especialmente supernumeraria, lo que ha sido un motivo suficiente para provocar competencias interétnicas e incursiones de misioneros y caucheros para la explotación de estos recursos.

La relativa abundancia de caza es otra de las características de las formaciones boscosas regadas por sus aguas. Los moretales constituyen un poderoso atractivo para varias especies de mamíferos que consumen de sus frutos. Igualmente la existencia de saladeros es otro factor de atracción para los animales lo que explica la alta biodiversidad de avifauna y mamíferos.

Los suelos son aluviales, ricos en limos orgánicos resultantes de las frecuentes inundaciones, especialmente en la época lluviosa que va desde Abril hasta Agosto. La época del estiaje es propicia para la recolección de huevos de charapa así como para la pesca. La sensible disminución del caudal de agua de los sistemas fluviales corta el flujo a los brazos de río y lagunas donde quedan atrapados los peces.

Este recurso, por su particular abundancia y diversidad se ha convertido en uno de los sustentos más atractivos de la economía local. Permite no sólo el sostenimiento de las comunidades locales sino que además constituye un producto de comercio con El Puyo.

En los últimos cincuenta años los Huaorani han consolidado su presencia en la totalidad de la cuenca. En los años recientes, la creación del Parque nacional Yasuni[6] y la formulación del respectivo plan de manejo ha establecido como frontera con las comunidades Kichwa el curso del río[7].

La secuencia del poblamiento de esta cuenca está íntimamente relacionada con la historia de los Huaorani. Coincidente con su

6 El más reciente ataque ocurrió en el barrio Jaime Roldós, en el asentamiento de San José de Curaray. Un sahmán Quichua murió junto con sus familiares.

7 Las comunidades del Curaray insisten en el hecho de que sus posesiones comprenden hasta el río Cuchiyacu, un tributario del Curaray por su banda izquierda. Un análisis detallado del conflicto se encuentra en Peoples and Biodiversity in Large Tropical Landscapes. Kent Redford and Jane Mansour, editors. America Verde Publications, The Nature Conservancy, 1996.

ofensiva hacia las cabeceras, inmigrantes del Bobonaza y del Napo iniciaron su repoblamiento.

Esta es una muestra testimonial de los procesos contemporáneos de repoblamiento de este escenario cuyos orígenes se remontan a apenas dos, máximo tres, generaciones atrás.

En la segunda generación ascendente, 75 personas remontan sus ascendientes a los asentamientos del Bobonaza y 25 provienen del Napo. Del Conambo migraron 9 personas, posiblemente de filiación Zápara, y 4 del Copataza, posiblemente Achuar. Para la tercera generación ascendente, esto es cincuenta años atrás, 52 inmigrantes eran del Bobonaza, 29 del Napo, 11 del Conambo y 5 del Copataza.

Entre los asentamientos del Curaray es igualmente dominante la lengua Kichwa. 67 familias hablan la lengua corrientemente, 39 son bilingües hispanos, 25 comprenden pero no hablan el español y 7 con dificultad. Cuatro personas hablan el Shuar.

La población de los cinco asentamientos del Curaray se estima, de acuerdo con los resultados de la encuesta en 572 habitantes. Aunque no fueron encuestadas en su totalidad las familias residentes, por proyección del universo encuestado se estima que hay 87 familias y 740 habitantes. De éstos, 71 corresponden a la comunidad de Shigua cocha, 312 a Curaray Centro, 82 a Quillu Allpa, 76 a Jaime Roldós y 31 a Jesúscocha.

Tendencias demográficas similares a las observadas para el conjunto de los asentamientos son replicadas a nivel del microuniverso de los asentamientos locales en cuanto a la proporción existente entre los segmentos jóvenes y adultos de la sociedad. Los datos registraron 378 (66%) habitantes menores de 25 años y 194 (34%) mayores de esa edad.

La población en edad escolar suma 107 personas de las cuales 94 cursan el nivel primario y 13 el secundario. Hay 22 alumnos de primer grado, 11 de segundo y 26 en tercero; 12 en cuarto, 15 en quinto y 18 en sexto.

Según es posible colegir, la ictiofauna constituye el recurso que sostiene la economía local. La pesca estacional abastece la demanda local y es uno de los rubros de comercio activo con la ciudad de El Puyo. Entre las especies supernumerarias que son capturadas en las estaciones secas que transcurren entre Agosto y Septiembre, la primera, y entre Noviembre y Enero, la más larga, constan tres tipos de pez gato, el bololiqui, la mota, el bocachico, el saltón y el barbudo.

La cacería adquiere gran importancia para la estación seca que coincide con las vacaciones escolares. Es en esta estación que las familias migran hacia los cotos de caza y permanecen allí aprovechando de los recursos que aportan la caza y la pesca así como la producción de las chacras de las purinas.

La horticultura en los asentamientos del Curaray es una de las ocupaciones tradicionales que permite adquirir un halo de prestigio entre las poblaciones locales así como la cerámica. Un registro de 28 especies fue posible establecerlo en las chacras de Curaray. En términos generales son coincidentes con las que constan en el registro global antes presentado. El sistema de los cultivos de chacras en la llacta, asentamiento local, y en la purina se mantiene al igual que el uso de las huertas frutales, huasipungos, en los entornos de las viviendas en las comunidades.

La importancia de la agricultura se expresa en las estadísticas. Aproximadamente 65 familias mantienen purun de barbasco con una extensión total de 6.5 hectáreas. Cifras que expresan la importancia de la pesca. El número de chacras asciende a la cifra de 202 con una extensión cultivada de 128 hectáreas, lo que representa un promedio de 1.6 Has, por unidad de cultivo.

En las 95 purinas registradas fue posible establecer los cultivos en una superficie de 42 hectáreas lo que supone un promedio de 0.5 Has, por unidad de cultivo. Estas purinas están localizadas sobre el Villano y Curaray, aguas arriba y, aguas abajo. En estos asentamientos ribereños se contabilizaron 91 canoas y 16 motores fuera de borda.

El cacao es ampliamente cultivado al igual que el café y el chili. Aproximadamente 2.500 plantas de cacao se mantienen en producción aunque una plaga había afectado seriamente en ese año a los frutos. De café se contabilizaron 57 plantas y 246 de Chilli.

En los huasipungos se registró el cultivo de 415 palmas de chonta, 390 árboles de abiyo, 406 de guaba, 253 de cítricos, 132 anonas, 71 palmas de morete, 68 de uva de monte, 14 de aguacate y 182 de kila o cacao de monte.

La ganadería no se ha desarrollado en Curaray. Aunque fue una actividad que correspondió a la hegemonía de las haciendas caucheras. En cambio en la tenencia de ganado menor se registraron 22 puercos, 197 perros, 1.047 aves de corral. Loros, pericos, guacamayas, catarnicas y monos complementan este vasto panorama de domesticación de especies botánicas y animales.

Los intercambios comerciales están basados en la pesca. Sus productos tienen gran demanda en Shell y Puyo cuyos habitantes, antes de



Fiesta en Canelos. Danza alrededor de la cruz. Steward, Handbook of South American Indians. Plancha 57.

inaugurarse este tráfico comercial, se abastecían de productos del mar que llegaban a su destino en malas condiciones.

A más de este rubro, es apreciable la producción local de cacao, papayas, achiote y vainilla que es comercializada. Ciertos bienes de consumo son comprados en El Puyo. Un sistema de tiendas privadas con las que existen lazos clientelares abastecen a los habitantes de Curaray de arroz, azúcar, sal, pertrechos de caza, aperos de pesca, ropa, herramientas jabón, machetes, combustible y fósforos.

Ciertos signos de prosperidad se evidencian en los patrones de consumo. Entre las poblaciones del Curaray estaban disponibles 4 motosierras, 9 máquinas de coser, 1 generador, 5 radios 15 grabadoras. El arsenal de los cazadores constaba de 51 carabinas de perdigones, 55 de repetición y 5 calibre 22.

Las actividades petroleras en esta zona son las contemporáneas. Sin embargo, algunos de los hombres de estas comunidades tuvieron su experiencia de trabajo asalariado en otros espacios donde estaba activa la industria.

Los hombres han trabajado como jornaleros por períodos variables entre dos meses a dos años. Apenas 15 hombres confesaron no haber trabajado para ninguna compañía. Otros, en cambio han trabajado para dos y hasta tres distintas compañías. Frecuentemente se desempeñan como piqueros, en los equipos de perforación, en las bodegas o en las cocinas.

De estos jornaleros ocasionales, 32 trabajaron para Western, 22 para la CGG, 9 para Seiscom Delta, 6 para Goesur, 6 para ARCO, 3 para Shell, 3 para Petrocanadá, 3 para Braspetro, 3 para A&B, 1 para Amoco, 4 para Anglo y 1 para Maxus/YPF.

Los habitantes del Curaray tienen acceso a los vuelos en razón de que el servicio del Twin que abastece al batallón es opcional para los civiles. De 67 familias encuestadas, 66 usan los vuelos para casos emergentes, pero también para comercio, visitas, excursiones y para gestiones de negocios o para fines de trabajo.

Las cinco comunidades locales cuentan con una escuela cada uno. La eduación secundaria está disponible en El Puyo. Un dispensario médico funciona en Curaray Centro equipado con sistema de paneles solares para generación de electricidad.

Siguiendo por el Curaray, aguas abajo, se encuentran las comunidades de Pavacachi y el Batallón Lorocachi. Desde el año 1993 se confrmó

la Asociación de Comunidades Indígenas del Tigre, filial de la Organización de Pueblos Indígenas de Pastaza, OPIP. Esta Asociación comprende las comunidades de Lorocachi, Yanayacu, Wiririma, Nina Amarun, en el Curaray, y las de Shiona y Balsaura en el alto Tigre.

Los asentamientos de la cuenca del alto Tigre comprende las comunidades de Morete cocha y Llanchama. El segmento inmediato a la frontera se encuentra adjudicado a las comunidades Záparas.

Moretecocha es un asentamiento localizado en las riberas del Moreteyacu, nombre con el que son conocidas las cabeceras del Conambo. Este se une con el Pinducyacu en el punto fronterizo y se forma el río Tigre.

La subcuenca del Morete Yacu forma un estrecho valle aluvial rodeado por por mesetas altamente disectadas y montañas. El asentamiento comprene dos comunidades: Curiyacu situada en la parte alta del valle y Moretecocha concentrada en la parte baja.

La cuenca del Conambo que incluye al valle aluvial ocupado por las comunidades de Curiyacu y Moretecocha se caracteriza por su lecho pedregoso. El caudal es en extremo rápido debido a la elevada diferencia de alturas entre los dos segmentos. En todo caso, para la época de intensas lluvias, coincidente con los meses de Abril a Julio, las inundaciones son comunes.

Algunos cambios son apreciables a nivel del uso del suelo. La reciente adopción de la ganadería por la mayoría de los habitantes de Moretecocha ha requerido de la apertura de pastizales que tienden actualmente a generalizarse en el estrecho valle aluvial en detrimento de los espacios utilizados para la agricultura tradicional.

Las chacras ocupan las estribaciones donde antes crecieron bosques o espacios asignados a huasipungos con variaciones que han afectado los rendimientos regulares de la actividad. Por lo demás, el uso de las purinas como cotos de caza y recolección así como el ordenamiento de la economía doméstica en base a la horticultura, guardan estricto sentido con las prácticas tradicionales.

Dos clanes familiares son dominantes en Moretecocha. Los Tapuy en Curiyacu y los Santi-Suárez en Moretecocha. Un tercer clan, el de los Cuji, está también relacionado con el clan dominante de esta última comunidad.

La población total de estas comunidades asciende a 189 habitantes, 96 hombres y 93 mujeres. El total de los nacimientos entre 1990-1996

fue de 23, cifra que representa el 14% de la población local. El perfil de los grupos de edad puede resumirse en estas cifras: 108 menores y 81 mayores de 25 años.

Aunque han habido cambios drásticos en términos nutricionales debido a la reciente incorporación de la ganadería, otros factores han contribuido a generar graves epidemias que afectan particularmente a la población infantil. Estas se han registrado en los dos últimos años y la más común es la gripe.

También se ha difundido la malaria y las infecciones de la piel, lumarisu, y las estomacales, shigshi, han contribuido a agravar este cuadro de morbilidad infantil. El registro de las enfermedades en los cinco últimos años se reduce a una niña picada por una serpiente venenosa, en 1990, y el aparecimiento reciente, en 1996, de una plaga de vampiros que atacaban a los niños.

La emigración de jóvenes de ambos sexos parece constituir un grave problema familiar y social. Los registros señalan la emigración de al menos 38 jóvenes que salieron por matrimonios exógamos. Este fenómeno se expresa en la aparente estabilidad demográfica que, de mantenerse esta tendencia, derivaría hacia un apreciable desequilibrio entre las poblaciones adultas y las jóvenes. Las dos comunidades cuentan con escuelas. En la escuela de Curi yacu reciben instrucción primaria 15 niños y 38 en la de Moretecoha.

La horticultura es un componente esencial de la economía local. Se basa en el manejo de una vasta biodiversidad de especies domesticadas tanto en las huertas comunitarias como en las purinas y en los huertos frutales o huasipungos.

La reciente introducción de cultivos comerciales como el cacao y el café se ha adaptado de manera eficiente al sistema tradicional de huertos. Especies como el café, cacao y chilli subsisten combinados con los de yuca y barbasco en las chacras en barbecho o purun. De esta manera las cosechas son posibles a lo largo del año y esta producción es vendida en El Puyo.

Los mujeres son las encargadas o especialistas en agricultura. En el caso de las comunidades de Moretecocha los suelos aptos elegidos para los cultivos son conocidos como yana allpa, tierra negra. Estos son suelos arenosos con nutrientes orgánicos resultantes de las inundaciones que aportan con limos de manera cíclica. Esta franja aluvial, aunque es muy estrecha, tiene un buen drenaje y permite cultivos intensivos por largos períodos.



Fiesta en Paushiyacu. Indios de Canelos.
Steward, Handbook of South American
Indians. Plancha 58.

El manejo eficiente del sistema de rotación o purun es crucial en estos asentamientos. La no disponibilidad de tierras enriquecidas por el limo exige una administración eficaz de las huertas productivas y una combinación adecuada con las huertas distantes ubicadas en los cotos de caza.

En este sentido los cambios que entraña la adopción de la ganadería han afectado a este equilibrio. Los pastos cubren en la actualidad una superficie de 107.5 hectáreas que se han sustraído a los cultivos tradicionales con ostensible desmedro del abastecimiento local.

Según se dijo, los cultivos se han movido hacia los declives montañosos de las pequeñas sierras que rodean al valle. Existen en total 7.9 hectáreas de cultivo que da como resultado un promedio de 0.46 hectáreas por familia en contraste con las 6.3 hectáreas disponibles de pasturas. Las superficies dedicadas a pastizales también se han movido hacia las purinas. De las 13.5 hectáreas de cultivos distantes, 3 están dedicadas a pastos.

La adaptación reciente de las especies hortícolas a las tierras de los declives ha traído como consecuencia una drástica disminución de la biodiversidad y una pérdida sensible de sus rendimientos. Este fenómeno se debe a la calidad de los suelos que, en estos espacios, carece de las condiciones adecuadas para la práctica de la agricultura.

Para comprender de mejor manera las consecuencias de este cambio de actividad es preciso partir de la certeza que no se trata de un sustituto de las proteínas de origen animal que se han tornado escasas. En las experiencias habidas con las poblaciones Shuar se trata, según se ha visto, de una alternativa ocupacional que genera posibilidades de inserción en los circuitos monetarizados del mercado.

De esta manera, los nuevos ganaderos obtienen ingresos que son utilizados para abastecer las necesidades de consumo de bienes manufacturados, especialmente alimentos y confecciones.

Las 61 cabezas de ganado (22 mulas y 39 vacas) de propiedad de los habitantes de la comunidad de Moretecocha constituye una experiencia de cambio social de escala reducida. En el medio aproximadamente 1.7 hectáreas de pastos soportan una cabeza de ganado. Aparte de estas consideraciones es evidente que la comercialización del ganado es un proceso complicado; pues a diferencia de los asentamientos del Villano, no hay accesibilidad para el tráfico terrestre y los costos de transporte aéreo son en extremo elevados.

La presencia de actividades relacionadas con la industria hidrocarburífera desde los tiempos de la compañía Royal Doutch Shell ha generado expectativas de trabajo para los hombres. Entre la población masculina de las dos comunidades 9 cabezas de familia han trabajado en alguna ocasión para alguna de las compañías del sector.

Para la CGG habían trabajado 9 personas; 7 para Seiscom Delta, 4 para Western, 4 para Geosurce, 1 para Azul, 1 para DTM, 1 para ARCO y 1 para Shell. Un reducido grupo ha logrado desarrollar nuevas perspectivas ocupacionales en la enseñanza o en torno a la organizaciones locales.

El trabajo asalariado, la venta de productos como ganado, café, cacao, fibra de chilli, sangre de drago, pieles de animales, carne de monte y artesanías como mocaguas y hamacas constituyen rubros de intercambio comercial con el medio externo. Al igual que en otras comunidades de la localidad el dinero obtenido por la venta de estos productos es invertido en el consumo de bienes de primera necesidad y herramientas.

No hay sistemas de intermediación en este comercio. Un sistema de intercambios locales funciona en base a los productos de la caza y la pesca así como la yuca y ciertos frutos, sobre todo de palmáceas. En estos casos funcionan los mecanismos de parentesco. Generalmente se producen en coyunturas especiales de abundancia o escacés y conllevan la idea de status o prestigio local.

El tipo de tenencia de la tierra en estas comunidades es colectivo. Se basa en el estatuto de posesiones comunitarias reconocido en la legislación del país y que fuera adjudicado en 1992 a los asentamientos de Moretecocha. Un sistema interno de regulaciones permite la figura de la posesión familiar o individual de los espacios dedicados a las casas de habitación, los huasipungos que la rodean y las chacras de cultivo.

Las 38 chacras locales comprenden superficies que van desde los 20X20 metros hasta los 50X100 metros. La tarea de clarear el bosque para abrir una chacra corresponde a los hombres. El cultivo y mantenimiento de la huerta es, en cambio, ocupación exclusiva de la mujer. Los registros acerca de la biodiversidad de las huertas difiere en cierto sentido de las registradas para Villano y Curaray. En este caso el número de especies varía entre seis y ocho productos distintos sin que ninguna huerta haya sobrepasado el número de 22 registros.

En 1995 una epidemia de hongos invadió las chacras con el resultado de que las papayas fueron afectadas y su producción se interrumpió

por al menos un año. Este fenómeno fue atribuido al cambio de suelos para los cultivos: desde los suelos arenosos y bien drenados de las superficies aluviales hacia los declives de suelos arcillosos y tierras rojas y con excesiva acidez.

Las purinas (27) se localizan hacia el norte de los asentamientos. Esta es una zona limítrofe con los asentamientos del Villano. Comprende las cabeceras del Lipuno. Estos sitios son identificados como Llanchama Vieja, Llipuno, Chuya Llipuno, Guayusa Pungu, Alucus Yacu, Mayancha Pungo, Cutu Pitischca, Quila Yacu Pungu e Ichingata.

Cada familia posee su huasipungo. Según se dijo antes, éste consiste en una huerta especializada en la producción frutícola. Ocupa espacios indeterminados en torno a las casas de habitación del centro comunitario. Al listado de especies ya registradas cabe añadir los cítricos, limón. naranja y toronja, biológica y culturalmente adaptados al igual que el mango.

La palma más numerosa es la chonta con 75 plantas en producción, sigue el abiyo con 62, la guaba con 54, la banana con 50, los cítricos con 41, la pomarosa con 31, el morete com 28, el chilli con 24, la kila con 26, la paparagua con 14, la papaya con 11 y el aguacate con 9 árboles.

Desde el punto de vista histórico - cultural, este manejo de las huertas diferenciadas en razón de su producción especializada es el resultado de la adaptación de la tradición Kichwa-Canelo, prestigiada por los niveles de excelencia logrados en este rubro y de la tradición Zápara a la que se debe el mantenimiento de la huerta de frutales. No hay duda alguna de que el resultado es un sistema altamente eficaz desde el punto de vista de su manejo y la alternancia de su producción.

Como se ha demostrado en varios estudios especializados, los ciclos de producción hortícola se encuentran plenamente adaptados a un régimen anual de abastecimiento de cosechas. El sistema muestra una alta fragilidad en la medida en que una modificación del proceso conlleva cambios inesperados a nivel de la disponibilidad de alimentos.

En todo caso, en este ciclo se han adaptado exitosamente otras actividades productivas tales como la crianza de pequeños animales que han aportado con nuevas posibilidades a la dieta consistente en altas dosis de proteinas y grasas animales. En la localidad hay 1 puerco y 184 aves de corral. La óptima adaptación cultural y biológica es evidente. Al extremo que a ninguna familia le hace falta este recurso que le permite incrementar su riqueza de manera rápida.

La cacería se mantiene como una actividad de importancia cultural para los hombres de las comunidades. Entre las especies de mamíferos cazados se menciona a la guangana, lumucuchi (*Agouti paca*), taruga (*Podocnemis expansa*), lumucha y la danta. Aunque la pesca se ha agotado, en los entornos habitados de las comunidades abunda, en cambio, en los ríos sobre cuyas riberas se han creado los espacios de las purinas. Entre las especies de peces capturados se menciona el chuti, chinlus, choi, yaya, sara challua, shigli, shiya, pangla, cungucshi, boloquiqui, paucu y pezgato.

Las construcciones son mayoritariamente de corte tradicional. El uso de planchas corrugadas de zinc no se usa en estos asentamientos aunque las construcciones de aulas y casas comunales ostentan estos signos de modernidad. En las construcciones es notoria la triple influencia que denota el orígen étnico de sus habitantes: Achuar, Kichwa - Canelo y Záparo.

Las cubiertas de las casas de habitación son todas de lizán (toquilla) y cunambu. Las influencias Kichwa - Canelo y Achuar son visibles en las formas ovoides de los pisos y la tradición Zápara se evidencia en la forma en V invertida de la cubierta. En estos espacios se distingue tres usos distintos: en primer término los espacios sociales, en segundo lugar, los dormitorios y finalmente los que son utilizados como talleres o bodegas para herramientas y otros objetos. Las cocinas se construyen en espacios separados.

Las dimensiones varían de acuerdo a ciertas pautas de prestigio. Las más reducidas miden 5m x 4m., 5m x 8m, 8m x 6m, 7m x 6m, 10m x 5m, 12m x 5m; y las más espaciosas 12m x 6m y 15m x 7m. El prestigio consiste en disponer en estas amplias casas de grandes espacios sociales en los que tiene lugar la ceremonia de libación de la cerveza de yuca.

Este ritual es inevitable en la medida en que otro signo de riqueza es la disponibilidad más o menos permanente de grandes cantidades de este producto. La preparación y convite es exclusividad de las mujeres quienes, de esta manera, muestran su habilidad para cultivar las huertas y fabricar los recipientes de cerámica.

Otros signos de prestigio local es la tenencia de animales domesticados. En ninguna de las familias faltó al menos un perro, además de loras (4), monos (3), pericos (2) e incluso un tapir capturado en una expedición de caza.

Aparte de las 16 canoas utilizadas localmente para navegar en las duras correntadas del Moreteyacu, no se registró la disponibilidad de



Curaca de Canelos con Jefe de Guerra y Varayucs. Steward, Handbook of South American Indians. Plancha 56. Detalle.

motores fuera de borda ni motosierras. Hubo cinco máquinas de coser, cuatro radios y un equipo para discos compactos.

Otro de los signos de prestigio es el uso de la avioneta. Aunque cinco personas expresaron que usan este medio de transporte unicamente en caso de emergencia, fueron siete las que manifestaron que lo hacen exclusivamente para salir al Puyo de compras y únicamente cinco personas no tienen costumbre de volar.

Aguas abajo del Conambo, desde la aldea de Moretecocha y a cinco minutos de vuelo se encuentra la comunidad de Llanchama. Se trata de una pequeña comunidad asentada sobre las riberas del Moreteyacu que ocupa la continuación del valle aluvial que, aunque de mayores dimensiones, se encuentra también rodeado de formaciones montañosas.

Los habitantes de la comunidad no cuentan con un asentamiento concentrado como en los casos anteriores. No existe, por lo tanto, una estructura de aldea, en el sentido estricto del término. La escuela y dos construcciones de uso comunitario rodean la pista aérea. Las casas residenciales se encuentran dispersas en torno a este espacio público.

Se trata de un antiguo asentamiento Záparo originario del bajo Conambo. A causa de una epidemia de viruela que provocó una drástica disminución demográfica entre los efectivos poblacionales del grupo local. Una sola familia habría sobrevivido a este desastre. Esta, apellidada Ashanga - Santi fue la fundadora del actual asentamiento de esta comunidad. Convergen a este núcleo humano aliados del Bobonaza, Sarayacu, y de otro tributario del Pastaza, Capahuari y del Napo.

La población de esta comunidad asciende a 60 personas. Un total de 13 unidades familiares forman esta familia extensa formada a partir de un núcleo Záparo. En la segunda generación el grupo amplió sus posibilidades de crecimiento que ha registrado en los últimos cinco años 24 nacimientos lo que representa aproximadamente el 40% de la población total.

La economía local se basa exclusivamente en el autoabastecimiento autárquico de bienes basado en la plena vigencia de los sistemas tradicionales de cultivo y uso de los recursos de la bioma boscosa. Estos recursos son relativamente abundantes en un espacio carente de presión demográfica.

Los espacios destinados a los cultivos de las chacras así como los huertos frutales no varían en esencia en cuanto a su disposición,

tamaño y tecnología de los sistemas ya descritos para Moretecocha. Algunas diferencias son observables acaso a nivel del tamaño promedio (0.75 hectáreas) y en el hecho que productos de valor comercial no se encuentran en los inventarios de la biodiversidad de especies botánicas domesticadas.

Las chacras ocupan los suelos limosos del valle aluvial, y se distribuyen de acuerdo con la ubicación dispersa de las casas residenciales. Las purinas, en número de 23, se distribuyen en un rango de ocho kilómetros cuadrados hacia el segmento noreste y río abajo, a una distancia de por lo menos un día de camino desde el centro comunitario. Los animales domésticos figuran en las estadísticas con los registros siguientes: 84 pollos, 21 perros, 3 guacamayas, dos pericos, tres monos y una pava de monte.

Los huasipungos o huertos frutales se encuentran cerca de las residencias. Se logró el registro de las especies que se menciona a continuación: chonta (57), abiyo (53), banana (60), anonas (25), kila (17), inchi (14), aguacate (12), ají (15). Hay pocas palmas de morete, y árboles de paparagua, papaya, zapote, pasu, cuindashun, jambic, arasá, manduru y wituc.

La carencia de medios para conseguir ingresos monetarios ha minimizado el potencial de una economía de intercambios comerciales. El aislamiento de la comunidad contribuye a crear condiciones para reproducir un ordenamiento productivo enclaustrado y carente de vínculos externos. Tan crítica es la situación que, excepto en un caso, ninguno de los hombres había trabajado para alguna empresa petrolera así como tampoco habían desempeñado trabajos asalariados de ninguna naturaleza.

Los hombres prefieren utilizar la bodoquera para cazar y veneno de barbasco para la pesca dadas las obvias dificultades para conseguir pertrechos para las armas de fuego así como aparejos de pesca. A pesar de este hecho, los cazadores poseen 15 escopetas de perdigones y una escopeta de repetición.

Entre las 13 familias de la comunidad se registraron cinco radios y una máquina de coser. Hay 15 canoas que son utilizadas para navegación a palanca. No hay motores fuera de borda ni motosierras.

Todas las casas son de corte tradicional y corresponden enteramente al estilo Záparo. Casi todas son amplias. Sus dimensiones fluctúan entre 8m x 6m hasta 12m x 7m. Son abiertas con pisos de madera y sostenidas por pilares a cierta distancia del suelo.

La comunidad cuenta con servicio educativo. Hay 14 alumnos de nivel primario. Cinco de ellos en primer grado, tres en segundo, uno en tercero, tres en cuarto y dos en sexto grados.

No sería posible entender la historia de la cuenca Villano - Curaray sin referir la influencia decisiva, incluso contemporánea, que ejercen los asentamientos Kichwa-Canelo de Sarayacu, en el Bobonaza.

El Bobonaza es uno de los más importantes sistemas fluviales entre los tributarios del Pastaza. En todo caso, un escenario de intensos procesos étnicos y culturales que tendría repercusiones de enorme trascendencia para el segmento noreste de la cuenca del Marañón.

Al igual que el conjunto de los asentamientos Kichwa, los de Sarayacu-Bobonaza son ribereños. El valle aluvial donde se encuentran localizadas las comunidades muestran signos de antiguo poblamiento. El valle es relativamente amplio.

Muestra extraordinarias condiciones para la ocupación humana al punto que se recuerda, al menos dos siglos de ocupación continua y de explotación intensiva de los suelos con fines agrícolas.

Formaciones montañosas delimitan el espacio del valle aluvial. Hacia el norte noroeste la formación divide a este valle del que corresponde a la microcuenca del río Jatun Rutunu. Los bosques en este segmento son utilizados estacionalmente como tambos o purinas. La formación que delimita al valle por el sur lo divide de la cuenca del Copataza, otro tributario del Pastaza ocupado por las comunidades Achuar.

Los asentamientos ocupan cinco espacios considerados rituales: Chontayacu, cerca de las cabeceras; Sarayacu Centro y Shiguacocha, río abajo hasta las dos riberas del Bobonaza. Sarayaquillo y Calicali ocupan las márgenes del Sarayaquillo, tributario de la margen izquierda del Bobonaza.

La pista aérea, el colegio, las edificaciones que pertenecen a la cooperativa que hace las veces de almacén comunitario, y la escuela están localizadas en el centro, en la margen derecha del Bobonaza. Al frente, sobre una elevación que, a manera de meseta se extiende hacia la montaña se encuentra ubicado el centro ceremonial.

La iglesia ocupa un lugar destacado así como la casa comunal, la tenencia política y el dispensario médico. El cementerio ocupa los espacios posteriores de la iglesia. Las festividades locales tienen lugar en este centro. Estas se organizan para el mes de febrero, coincidentes con la época de caza y de pesca abundantes.

Sarayacu se ha convertido en un centro dinámico del dominio lingüístico Kichwa de Pastaza. Es el resultado de intensos procesos étnicos transcurridos en siglos pasados. Son procesos en los que

estuvieron involucradas tribus Záparas lo mismo que tribus conocidas como de los Coronados y otras de filiación Jíbara que incursionaron en diversas circunstancias desde el Pastaza.

El advenimiento del Kichwa en este espacio influenciado por el Záparo y el Jíbaro data de épocas antiguas. Ciertos autores[8] ubican los inicios de esta nueva influencia lingüística hacia finales del siglo xviii y comienzos del xix cuando migraciones Quijos se dirigieron hacia el sur y al este conquistando Canelos, en el alto Bobonaza; luego, sucesivamente, el Curaray y la margen izquierda del Pastaza.

El núcleo Kichwa del Bobonaza ha extendido su influencia hacia las tribus Achuar, localizadas en el Pastaza y las Shiviar del alto corrientes. Por otra parte, algunos de las poblaciones Záparas del alto Tigre y del Villano-Curaray han optado por subsumirse al interior de este dominio lingüístico y cultural.

Estos diversos componentes culturales históricos de estas poblaciones originariamente fusionadas en la nueva identidad étnica son reconocibles, por ejemplo, en la mitología Kichwa-Canelo. Esta constituye un discurso sistémico en el que figuran personajes simbólicos y situaciones propios de la tradición Zápara tanto como la Jíbara.

El espacio delimitado por la cuenca Bobonaza-Pastaza fue el escenario donde ocurrió este proceso que no estuvo excento de complejos juegos de alianzas y, sobre todo, confrontaciones. Se recuerda aún las guerras de exterminio contra los Shuar[9], los Murato[10], Candoshi y Gualpayos[11].

Estos últimos ejercieron hegemonía sobre las rutas de navegación del Pastaza y realizaron continuas incursiones contra las fundaciones misioneras en el Pastaza incluidos los asentamientos de las lagunas de Rimache.

Por el norte, la hegemonía de las poblaciones del Bobonaza se extendió hasta el Villano-Curaray. Aquí fueron convergentes con las migraciones provenientes del dominio Kichwa del Napo. Esta fue la primera secuencia del poblamiento de estos espacios, luego de la virtual desaparición de los Záparo, proceso paralelo al avance Huaorani hacia el noroeste.

Los habitantes del Bobonaza tuvieron contacto con los hacendados caucheros unicamente en los espacios del Villano-Curaray. En el Bobonaza en cambio ejercieron enorme influencia comerciantes caucheros, algunos de ellos provenientes de Iquitos, que establecieron relaciones de intercambio con las poblaciones locales.

8 Especialmente Whitten, Op. Cit.
9 Conocidas en la tradición oral como "Chirapas". NdA.
10 Los que atacaron Moretecocha eran de este grupo. Cf. Cap. II.
11 Considerados los Piratas del Pastaza.

Numerosos viajes que tomaban por lo general varios meses fueron comunes entre estas poblaciones para conseguir la codiciada sal así como desplazamientos hasta Iquitos con fines de intercambio comercial con las casas especializadas en la compra de pieles de animales, especias, manteca y aceite de charapa.

Armas de fuego, pólvora, bienes metálicos fueron algunos de los productos involucrados en estos intercambios que dinamizaron las actividades locales en ese período.

Desde el siglo pasado, el contacto con las misiones, jesuita y dominicana[12] ha contribuido a consolidar la hegemonía cultural de las poblaciones del Bobonaza sobre los contextos étnicos provinciales.

La mayor parte de los habitantes de Sarayacu de la actual generación que fue encuestada es nativa. En la segunda generación ascendente fue posible registrar la migración de doce personas desde la cuenca del Napo, diez de otros sectores del Bobonaza y dos del Copataza, afluente del Pastaza y dos del Conambo. En la tercera generación diez migraron desde el Napo, dos desde Pacayacu, otro sector del Bobonaza, y dos del Copataza.

En Sarayacu fueron registradas 58 familias que forman los barrios de Chonta Yacu, Sarayacu Centro y Shigua Cocha. Los dos barrios complementarios son Cali Cali, situado en las cabeceras del Sarayaquillo y Sarayaquillo, río abajo, suman 35 familias que con las registradas en los otros barrios da un total de 93 familias[13].

El tipo de asentamiento local es semidisperso. Las casas se encuentran distribuidas secuencialmente a lo largo de las riberas del Bobonaza y del Sarayaquillo y cada barrio tiene un centro referencial donde generalmente se ubican las escuelas. La distancia que media entre las casas habitacionales está determinada por los huasipungos o huertos frutales así como por los espacios destinados a las huertas o chacras.

Las estadísticas referidas a la dinámica demográfica revelan que entre los años 1990-1996 hubieron 72 nacimientos o sea el 15% de la población total que asciende a 555 habitantes. La población correspondiente a los grupos de edad comprendidos hasta los veinticinco años suma 353 habitantes, cifra equivalente al 64%, en tanto que 202 habitantes están comprendidos en los grupos mayores de esa edad, lo que representa el 36%.

Para el mismo período 1990-1996 fueron registradas veinte muertes lo que equivale al 3.8% del total de la población local. Las migraciones, especialmente la emigración es un hecho con perfiles

12 También cristianos evangélicos en los 1970s.

13 Si tomamos como referencia el tamaño promedio de las familias de Sarayacu la población total asciende a 870 habitantes.

apreciables. Se estima que al menos 30 jóvenes cuyas edades estaban comprendidas entre 18 y 25 años salieron definitivamente de la localidad.

El acceso a la educación secundaria posible en los últimos cinco años ha permitido que las generaciones jóvenes adquieran nuevos horizontes vitales, distintos de aquellos de las generaciones precedentes. De esta manera la emigración se presenta como una opción en la medida en que les permite reunir el dinero necesario para casarse[14].

En cierto sentido, la educación es percibida como parte fundamental de los cambios ocurridos en los últimos años. A pesar de los esfuerzos para transformar al colegio en un instituto técnico con especializaciones en agronomía o para formar técnicos en el manejo de los recursos boscosos tropicales, el atractivo de la emigración es inevitable.

La población escolar suma los 114 estudiantes de los cuales 69 cursan los niveles primarios, 37 el colegio o los niveles de educación secundaria, 7 están en kindergarden y 1 cursa estudios superiores en teología.

A pesar de que la economía local ha experimentado numerosos cambios, ya señalados con anterioridad, todavía la producción hortícola tradicional ocupa un lugar de gran importancia cuando se trata de balancear el peso relativo de las ocupaciones y los perfiles de la economía local[15].

El encuestamiento registró 35 especies diferentes cultivadas en las chacras correspondientes a la localidad o llacta y 24 localizadas en los cotos de caza o purinas. Fueron contabilizadas 109 chacras[16] con una superficie cultivada que totalizó las 89 hectáreas. Da un promedio de 0.82 hectáreas por unidad de cultivo.

Areas dedicadas a pasturas aún existían y fueron parte, en el pasado reciente, de un criadero experimental introducido por los misioneros evangélicos. Se registraron 8 parcelas con pastos con un total de veintiséis hectáreas que sostenían a 9 cabezas de ganado.

Había 77 chacras en las purinas con un total de 26 hectáreas bajo cultivo. Representa un tamaño promedio de 0.35 hectáreas por chacra. Estos cotos de caza o purinas se encuentran localizados en las riberas de los ríos Rutunu y Jatun Rutunu, ambos tributarios del Bobonaza por su margen izquierda, al norte de los asentamientos, aproximadamente a un día de camino.

14 De acuerdo con las encuestas, los jóvenes migran a la Costa para trabajar como jornaleros en las plantaciones de palma africana.

15 Especialmente en este caso. El prestigio de Sarayacu proviene del saber de sus mujeres relacionado con la horticultura y en la elaboración cerámica. Estas ocupaciones se encuentran intimamente vinculadas por elementos místicos y religiosos.

16 Dieciséis se perdieron en una de las crecentadas del Bobonaza.

Al igual que en las chacras, de la llacta y de las purinas, una apreciable diversidad de especies botánicas se encuentra en los así llamados huasipungos, o huertas frutales que rodean las casas habitacionales.

A las citadas para otros asentamientos, es preciso añadir el pitun muyu, shigua muyu, hunguragui, chiricaspi, uvilla. El chilli se encuentra intensamente cultivado tanto en los huasipungos como en las chacras de la llacta y la purina puesto que constituye un importante rubro de comercio al igual que el café y el cacao; aunque éstos son cultivados a escala reducida.

Al menos 5000 palmas de chilli fueron registradas. La chonta ocupa el segundo lugar con un registro de 563 palmas. Sigue en importancia el morete (354), shigua muyu (195), abiyo (253), guava (171), anona (70), kila (266), pasu (18), uva (136) y paparahua, registros que muestran el vasto panorama de los cultivos frutales.

La crianza de animales no se encuentra excepcionalmente desarrollada. Es apreciable, sin embargo, la tenencia de dos puercos y 695 aves de corral, los perros parecen ocupar un lugar más destacado con un registro de 110 debido a su utilidad en la cacería.

La fibra de la palma chilli es beneficiada y enviada al Puyo en montos considerables, aunque los ingresos son modestos debido a los bajos precios vigentes. Más importante es el intercambio local que se combina adecuadamente con el expendio de víveres en dos tiendas locales, una particular y otra comunitaria.

El sistema de intercambios locales comprende chalos de carne de monte o pescado[17] . Otros productos son los de las huertas: plátanos, yuca y papachina. Las frutas son intercambiadas por lonas[18], huangos[19] o ashangas. Son intercambiadas por otros productos de huerta como maní, inchic, purutu; en otros casos por pollos o simplemente por mareas[20] de barbasco para pesca o tabaco en mazo[21] .

El trabajo en las compañías petroleras fue detectado para el período comprendido entre 1970 y 1989; 22 personas declararon no haber desempeñado algún trabajo en el sector. Otras 22 por el contrario habían trabajado en por lo menos una ocasión para A&B, 15 para Geosur, 17 para CGG, 10 para Western, 4 para Shell, 3 en Hustler, 2 en Seiscom Delta, y 1 en Parker. Los trabajos consistieron en servicios ocasionales como trocheros, cocineros, casa blanca y perforación de pozos de detonación.

Los bienes o productos industriales ocupan un apreciable rubro del consumo local. Máquinas de coser (3), motosierras (4), equipos de

17 El Chalo es el volúmen de producto contenido en una Ashanga, canasto manufacturado para transportar las cosechas de la chacra. La Lona es el contenido de un saco de yute equivalente a una arroba de azúcar o arroz.

18 La "Lona" es el contenido de un saco de yute equivalente a una arroba de azíúcar o arroz.

19 El Huango es un o varios atados que combinados permiten establecer montos de intercambio.

20 La Marea es un atado de raíces de Barbasco utilizadas para la pesca.

21 El Mazu es tabaco enrollado utilizado como unidad de intercambio.

sonido (35) y herramientas de metal, armas de fuego y cocinetas de gas son bienes apreciados. La navegación es una ocupación de importancia: fueron registradas 62 canoas y seis motores fuera de borda.

Los víveres obtenidos por el comercio externo son ampliamente consumidos localmente. Comprende el registro[22]: arroz, azúcar, pastas, aceites, harinas, atún. Otros bienes apreciados son jabón, combustible, baterías, clavos, ropa, calzado, medicinas y papelería.

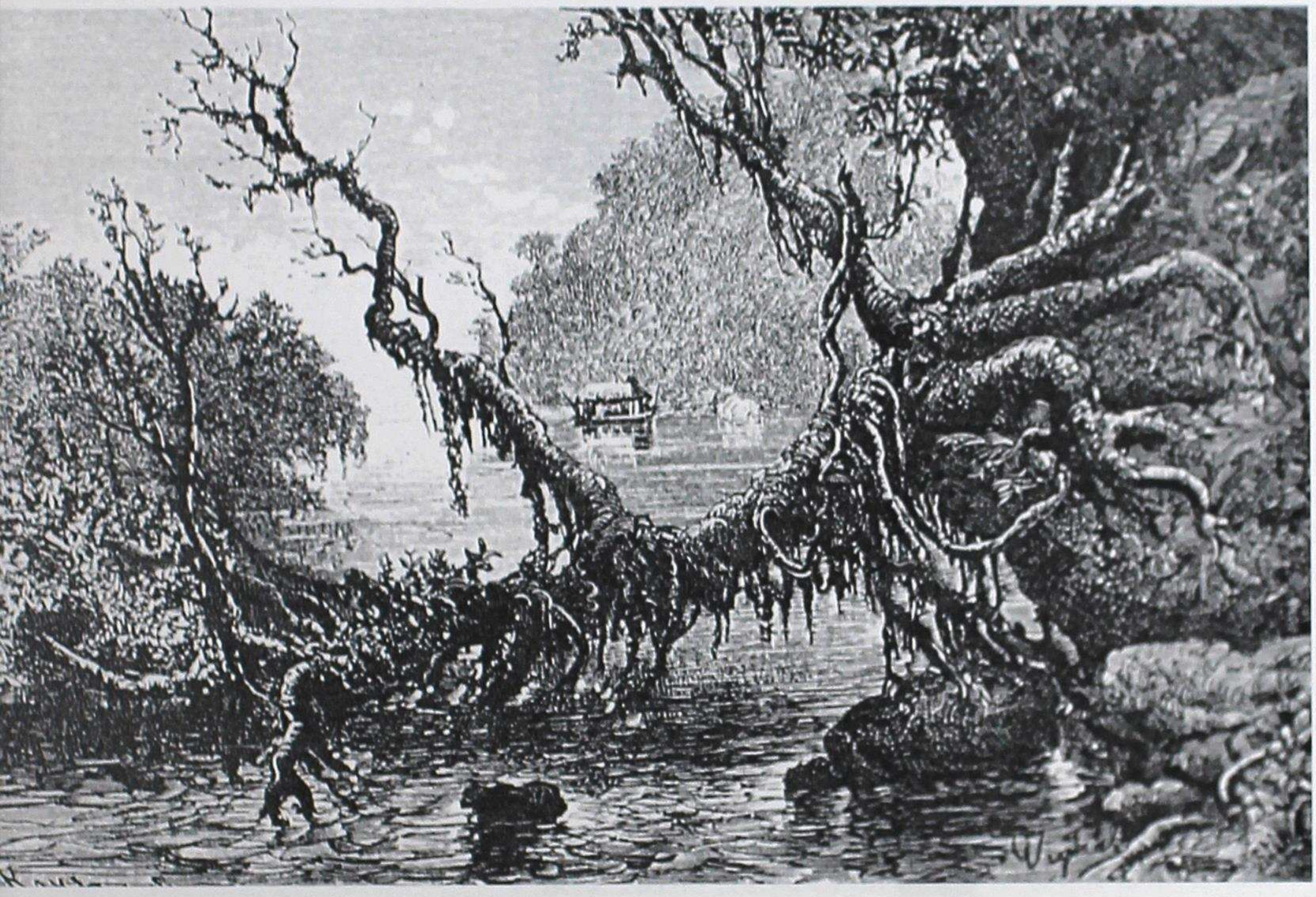
El tráfico aéreo es intenso. Numerosos visitantes extranjeros contribuyen engrosar los registros. Aunque es apreciable el número de habitantes de la localidad que utilizan regularmente los vuelos de avionetas para fines de emergencias médicas y comercio.

Entre el ordenamiento tribal Záparo y la vida comunitaria Kechwa han transcurrido varios episodios, algunos narrados aquí, de los que permanecen testimonios señalados en diversas fuentes. Más importantes son los de la realidad. A ellos es preciso apelar para mencionar las evidentes limitaciones de este texto.

Siglos de expediciones, guerras, viajes y migraciones, visualizados en la brevedad de las excursiones emprendidas por el autor han culminado en las escenas y escenarios reconstruidos más para la conciencia e imaginación de las sociedades del nuevo milenio que para las remembranzas de los personajes cuyo saber rebasa ampliamente lo hasta aquí aprendido y narrado.

22 Una es comunitaria, la otra de régimen privado.

Hombres, monos y deidades



"Será bien que demos lugar, que merecen las Frutas, que con su singularidad, y qualidades hacen al gustoel maior regalo, y deleyte, y comenzando por la Piñao Ananas decimos; que de ellas abundan todos los Pueblos, porque su terreno fecundo auxiliado del clima, las produce tan grandes como sasonadas.

Vna vió el primer Superior en el Pueblo de Pebasde tanto volumen, y peso, que poniendola en Romanaen su presencia los Misioneros Don Luis Peñaherrera Cura y Vicario, que oy es de la Villa de Ibarra,y Don Antonio Peñafiel, que lo es también del Pueblo de Cotocollao en las cinco leguas de esta Ciudad, hallaron en ella dies, y ocho libras de peso.

La forma fue la de un pan de Asucar, su corteza de color verde, y morado; su medula, o carne, blanca, y su gusto entre agrio, y dulce mui delicioso.Otras ay de menos volumen, y de diversa figura,pero en todas es la misma fragancia , y el jugo, que las hacen mui apetecibles" [1].

1 Don Manuel Mariano Echeverría... Op. Cit., pp 62-3.

Derrumbe en el Napo.
Vignal. Dibujo, Wiener.
Op. Cit., p. 112

Imágenes ordenadas en una secuencia temporal y bajo el criterio de las escenas y escenarios dominantes que marcan los inicios y puntos terminales de los períodos que forman parte de ella carece en realidad de la dimensión que solíamos considerar como histórica.

En varios sentidos. De manera sensible y particular en razón de la falta de un sentido de acumulación de eventos y con ellos de una memoria que hace las veces de conciencia y los registra como dotados de valor para la posteridad.

La misma capacidad de condensación y trascendentalidad, sin embargo, fue posible encontrar en el discurso simbólico. Este no capta eventos con la precisión cronométrica que exige el rigor académico. Simplemente los convierte en elementos de una narración que cobra valor por sí misma a la vez que da nuevos sentidos al devenir.

Uno de ellos ha servido como referente para comprender los procesos aquí narrados. Da cuenta de las sucesivas oleadas humanas que han poblado la cuenca amazónica.

Comienza por hombres de una cultura esencialmente vinculada a la flora. Hecho crucial en un medio en el que la diversidad biológica es la esencia del quehacer humano. Pero el mito refiere que no sólo se trata de hombres de la selva en el sentido de ubicuidad.

Anuncia que desarrollaron un saber. Hubo, en consecuencia una botánica en ciernes. No unicamente en el sentido de conocer, nombrar y clasificar las plantas. También en el profundo sentido de saber sus propiedades. Y, lo que resulta a la postre vital, aprovecharlas en la construcción de una cultura.

El legado de los Sasy es la secreta interacción que las culturas neotribales ejercen sobre las formaciones boscosas. Ellos, al igual que sus ancestros más lejanos, a más de la ubicuidad selvática han definido una forma de vida.

Dos de sus componentes esenciales son botánicos. El primero es la horticultura. Es el aspecto de la botánica domesticada. Esta es la

biodiversidad boscosa transferida a los límites estrictos del quehacer humano.

El conocimiento de los ciclos de la flora, vinculadas a las variaciones climáticas, es el segundo de estos componentes. De manera que el saber botánico está en la esencia de la horticultura y el aprovechamiento de los recursos boscosos por otras actividades.

El legado de los hombres del saber botánico es el dominio del inmenso mar o desierto verdes, según fue calificada la selva por alguno de los misioneros que se aventuró por tales latitudes.

El de los Tayac, en cambio, es intangible. Aunque permanecen huellas materiales evidentes de su paso por los espacios boscosos. Los hombres del saber de la piedra fueron el equivalente amazónico de las culturas líticas y, como su paso, revolucionarios.

No sólo eso. A estos corresponden las armas y herramientas labradas en piedra. Material que no siempre se encuentra en las formaciones selváticas. Abunda en el pié de monte andino bien como cantos rodados bien como canteras. Más arriba, exactamente en el Puntas y en el Antisana, se encuentran las minas de obsidiana.

De manera que estos Tayac debieron buscar precisamente estos sitios para desarrollar su arte. Es posible atribuir a esta oleada cultural el arte del grabado rupestre. Lo que nos conduce a postular que también coparon los cursos de los rios situados arriba del pié de monte. Por los lugares donde se encuentran distribuidos los petroglifos.

Supone también el desarrollo de una forma de escritura aún no descifrada. Los signos crípticos al parecer forman parte de códigos relacionados con el manejo de cierto tipo de magia. También desconocida.

El paso de estos Tayac está registrado, por lo tanto, en las hachas de piedra que son encontradas hasta ahora en los bosques y en la vasta distribución de los petroglifos, algunos de los cuales han sido debidamente documentados. Pero no interpretados.

Los Tayac Runa adicionaron a los bosques legados por los Sasy una nueva dimensión: los espacios mágicos y ceremoniales. En este contexto inédito, actividades relacionadas con la vida de las sociedades humanas adquirieron otros sentidos. La caza o la pesca se convirtieron en transacciones espirituales establecidas con aquellos nodos simbólicos que representan los puntos claves de mantenimiento y reproducción de las especies animales.

El saber acerca de los ciclos de las especies botánicas aunado al manejo de las claves espirituales construyeron el soporte de la más reciente oleada de poblamiento cultural. Se preparó el advenimiento de los Kichwa. Cultura que en otras facetas muestra las potencialidades de sus vinculaciones múltiples con el contexto societal. Del estado nación y las secuencias globalizadas contemporáneas.

¿Quiénes fueron estos Sasy y estos Tayac? Podríamos suponer que en el discurso simbólico del relato se registró la memoria de migraciones antiguas. Pudo ocurrir que estos hombres del saber botánico no hayan sido sino las migraciones guaraníticas a las que se atribuye la adquisición de la horticultura. Y la cerámica.

Se insinúa entonces que el desarrollo de estas prácticas fue, con mucho, anterior a la lítica amazónica que trajeron las posteriores migraciones de los Tayac. Y también quedaría en evidencia el hecho que las migraciones de los Sasy se originaron en la llanura amazónica y derivaron luego hacia el oeste.

Planteamiento perfectamente acorde con el origen y sentido de las migraciones guaraníticas. Pero no en el caso de los Tayac. Estos hombres de las artes líticas provinieron, al parecer, de los valles andinos. O, al menos, estuvieron vinculados a estos espacios montañosos en los que estaba disponible el material para fabricar el instrumental conocido y los registros pétreos de glifos, unos descubiertos y otros por encontrar.

Más que un problema de dataciones parece un juego de sentidos. Si la agricultura, como conjunto de saberes botánicos y sus aplicaciones, precedió a la fabricación de instrumentos ¿cómo explicar su desarrollo sin el auxilio al menos de las hachas? Piedras sin labrar y fuego.

Y, también legítima la pregunta contraria. Si el saber lítico precedió a la agricultura ¿cuál fue el alimento de los fabricantes de instrumentos de piedra? Estos fueron cazadores. Los otros, agricultores.

La imposibilidad de establecer la precedencia de una u otra oleadas culturales permite suponer que se trata no de la memoria secuencial de los sucesos. Cosa común en el discurso simbólico. Más bien de la coexistencia de dos estilos culturales. Uno con prevalencia de las actividades de caza y otro predominantemente agrícola.

Diríamos: culturas influenciadas por el saber botánico, legado por los Sasy y pueblos especializados en la predación de los recursos animales boscosos. Posiblemente pueblos antagónicos. Probablemente

vinculados por el hecho de la guerra. Seguramente complementarios por los múltiples intercambios posibles.

Los del legado de los Tayac con perfiles de pueblos guerreros. Culturas marginales en el sentido de que los espacios de tierras aluviales fueron ocupados por los agricultores. Estos desplegaron asentamientos ribereños por excelencia. Los cazadores fueron los hombres de montaña.

Esta diferenciación no fue se desarrolló unicamente entre poblaciones. Ocurrió comúnmente entre conjuntos tribales. Una forma de especialización. Los Airo Bai de los Tucano. Los Taromenga de los Huaorani. Los Auca Runa de los Kichwa.

La interacción cultural daría como resultado el perfil de las poblaciones contemporáneas. El abandono de los instrumentos líticos y la adopción súbita de los metálicos permitiría incrementar la eficacia de las dos actividades. De manera que, en las actuales condiciones, han emergido pueblos de horticultores con una apreciable capacidad de aprovechamiento de los recursos boscosos

En la memoria colectiva permanece, sin embargo, esta referencia a los tiempos antiguos. Al parecer los Sasy salen en épocas inmemoriales del escenario amazónico. Queda su legado y su memoria. No así los Tayac. Aunque éstos afirmen categóricamente que los instrumentos líticos fueron fabricados por sus antepasados.

La sospecha de que los Tayac fueron gente Zápara podría convertirse en una certeza a no ser por los indicios de sus orígenes guaraníticos. O tupí guaraníticos. De hecho estos pueblos no fueron solamente agricultores. Sabemos, por ejemplo, que los Chiriguano fueron pueblos guerreros que llegaron hasta el alto Beni donde combatieron contra los ejércitos del inca.

No todos los Záparo fueron conocedores del arte lítico. Este fue, como todo saber, asunto exclusivo de un grupo de élite. Así como hubieron hombres de guerra entre ellos, los Gayas, hubieron los talladores de la piedra. Un arte crucial de valor inigualable y que puso en sus manos un objeto para los intercambios vitales por la sal.

Un arte que permitió diseñar los espacios de valor simbólico en su vasto territorio y configurar acuerdos tribales en torno a su sentido ceremonial y utilitario. En fin, una combinación adecuada del diseño de los espacios boscosos, de sus usos, de las especializaciones productivas, de los intercambios.

Y, lo que resulta en extremo decisivo, de una gestión política pantribal. Estos fueron, de hecho, los elementos que llamaron la atención de los

de Maynas. Concluyeron que estas tribus conformaban una nación. Al igual que los Tukano y las tribus Jíbaro.

Con tales diferencias que la pérdida de estos factores, como efecto convergente, fue la causa de su derrumbamiento como etnia. El paso a la fragmentación tribal, a las guerras tribales y, finalmente, a la búsqueda de una nueva identidad.

Los descendientes de los monos, los Záparo, acaso los Tayac, pueblo que precedió a los Kichwa construyeron, en efecto, una cultura prestigiosa. Hicieron la guerra a las tribus Tukano que avanzaban desde el noreste.

No unicamente en las acciones guerreras. Compitieron también en el poder y prestigio mágicos. Además en las disposiciones tribales. Recordemos que estos Tukano copaban las cuencas del Napo, Putumayo y Caquetá. Posiblemente a partir de una oleada migratoria que arrancó desde el alto Negro, coincidente con el curso del Orinoco donde permanecieron las tribus Tukano orientales.

En tanto que los asentamientos tribales de los Avijira corrían a la par por el Napo hasta los dominios de los Iquito que tenían en la banda contraria del rio a los Coto. Y en el Pastaza y su tributario, el Bobonaza estaba bajo control de los temibles Gayas que desplazaron a los Oas y Coronados de estas cuencas en las que posteriormente enfrentaron los ataques de los linajes Jíbaro.

Murato, Cantuash, Maynia, Machines y Chirapa. Sin contar con los Gualpayos que se decía fueron jíbaro, cimarrones de la fundación misionera de Andoas, que asolaron las riberas del Pastaza hacia la desembocadura del Bobonaza.

Tuvieron acceso a! Marañón que utilizaron para llegar hasta las minas de sal del Guallaga y Ucayale. Mantuvieron acaso alianzas comerciales con los Omagua, sitos en esta ruta, en el archipiélago fluvial que también llegaba hasta el Nanay y el Tigre.

Hacia el oeste tuvieron acceso a los pongos del Agoyán y de la Boca del Dragón. Sobre todo, a la cordillera de los Llanganates, refugio final de los Tayac. En fin, condiciones geográficas para construir una poderosa alianza tribal basada, como muchas del mismo género, en el enarbolamiento de la bandera del origen único.

Dicen de sí mismos, los Záparo, que son descendientes de los monos. Con más precisión, de una especie de mono. Convicción que parece derivarse del relato mítico Tukano que atribuye a la deidad la creación

de los hombres a partir de las especies de monos que habitaban en cavernas subterráneas y vivían alimentándose de bolas de arcilla.

Narra el mito que los más viejos salían, de vez en cuando, a la superficie en busca de alimento. Fue cuando Ñañë, el dios, le dió para que comiera el fruto del pijuayo (*Mauritia flexuosa*). Tendría suficiente para su gente, si aceptaban a cambio perder sus colas y vivir en la selva.

Habiendo aceptado la propuesta, a medida que los monos salían de sus cavernas, el dios les cortaba la cola. De ésta nacieron los monos tal cual son ahora conocidos. De los monos sin cola nacieron los distintos hombres étnicamente diferenciados. De los Cotomonos nacieron los Cofán, de los Chuwa surgieron los Kichwa, de los Varisos, los Huitoto, etc.

Si seguimos la lógica discursiva, los Záparo descienden de una especie de mono. No de los Tayac. No de los Sasy. Estos son símbolos culturales. El discurso se refiere a la descendencia, no al legado. Por lo tanto, establece una nueva propuesta de identidad.

¿Por qué razón son coincidentes los discursos Záparo y Tukano? El uno de hecho se encuentra inmerso en el otro. El mito de origen de los hombres otorga sentido al relato referido a la identidad de los Záparo.

Y, nuevamente, emerge la pregunta inevitable. ¿Cuál fue el proceso que emparentó los discursos míticos de origen? Posiblemente la interacción cultural de la frontera de guerra que llevó, a uno y otro bandos, esclavos que difundieron sus tradiciones.

O las fronteras de guerra admitieron, por igual, puntos neutros en los que transcurrían reuniones ceremoniales que sellaban alianzas o establecían otro tipo de acuerdos. Trascendió, de hecho, la que tuvo lugar en el transcurso del primer siglo de presencia hispana cuando a las primeras expediciones siguió el de las fundaciones de aldeas dedicadas a la explotación aurífera.

Forma parte de esta saga la guerra que los Andakí propiciaron en Mocoa contra los españoles. En estas acciones figuraron, entre otros, guerreros Gayas y Encabellados. Otros eventos similares fueron suscitados al tiempo del avance de la expansión inca hacia el chinchay sin descartar otros momentos cruciales en la antigüedad.

Estas alianzas militares pantribales fueron la ocasión propicia para los intercambios ideológicos. No fue la narración en su versión originaria la que se difundió hacia el mundo Záparo. Fue transferida una convicción profunda, derivada de aquella.

Algo similar ocurre con mito de origen de la luna. En cierto momento, se inscribe en la narración Tukano que menciona la casa de los tigres. Y, de manera insospechada, incluye el tema de la gemelitud, tan apliamente difundido entre las culturas amazónicas como pudo ser la expansión de las poblaciones Guaraníticas por la cuenca.

El tema de los gemelos pudo permanecer en la ideología Zápara como memoria de su origen Guaranítico. La narración de la casa de los tigres, en cambio, o tuvo su origen en el mundo Tukano o fue éste influenciado por los relatos de sus enemigos y vecinos.

O fueron relatos comunes a este segmento de la cuenca, espacio en el que alianzas o guerras de vieja data fueron circunstancias propicias para la difusión de ideologías. De hecho aún persiste fresca la memoria de los peregrinajes emprendidos por aprendices de magos hasta los centros de aprendizaje shamánico, localizados ahora entre los Kichwa; antiguamente, entre los Tukano y los Cofán.

El mono como antepasado del hombre figura como un tema apasionante para un relato mítico. Si se entiende justamente su sentido se descubre de inmediato la diferenciación del discurso. En la versión Tukano la intervención de la deidad marca el momento decisivo en el que se separan las especies.

Es el momento del nacimiento de la cultura humana puesto que han aceptado el don del pijuayo. Con éste, de la palma que, de acuerdo con la ideología Caribe, permite que todos sus componentes sean aprovechados para cubrir diversas necesidades culturales.

El tronco para construcciones. Lo mismo que sus hojas. La corteza para construir embarcaciones. El tejido tierno del interior, para elaborar una bebida fermentada. El fruto, para alimento.

El nacimiento de la especie humana se produce en el momento en el que, habiendo perdido su cola, el mono ha perdido su condición animal; de manera simultánea, en el mismo acto, ha adquirido su condición de ser cultural.

Perdida su condición de animal arborícola y eréctil, perdida la función estabilizadora de su cola, ésta se convierte nuevamente en animal. Lo que reafirma el pasado simiesco del hombre y el emparentamiento inevitable entre las especies identificables de monos y los pueblos amazónicos conocidos en este segmento amazónico.

En todo caso, esta convicción que fue propicia para la convocatoria tribal a diversas alianzas es el punto de partida del proceso de

desmontaje social. En un momento desconocido y por causas igualmente ignoradas la otrora poderosa nación, renuente a la propuesta de los misioneros, desaparece.

Como soporte de este movimiento de desconstrucción social y política se perfilan dos factores externos convergentes. Las epidemias y las tenaces persecuciones por parte de tratantes de esclavos al servicio de las redes caucheras.

De cierta manera, la iniciativa tendiente a buscar alianzas con los poderes locales constituidos en esa coyuntura por los hacendados y comerciantes caucheros, los puso en el entrampamiento inevitable de caer víctimas del contagio de enfermedades que pululaban en las poblaciones a las que llegaba la influencia de los migrantes de diverso origen, clase y condición.

En la medida en que mantuvieron una relativa independencia de las haciendas fueron, en cambio víctimas de las incursiones armadas que organizaban desde Iquitos gente vinculada a las más poderosas firmas comerciales.

Para el tiempo en el que ocurre esta ofensiva, prácticamente ha desaparecido la unidad tribal antaño admirable por su potencial de respuesta a las invasiones externas. ¿Cuál fue el o los factores que quebraron la unidad tribal? No ciertamente los externos que siempre actuaron como sus catalizadores.

Las guerras antes declaradas a las fundaciones españolas y a las aldeas de la red misional de Maynas podían dirigirse contra estos nuevos enemigos. Y con grandes probabilidades de éxito como lo muestra la rebelión urdida por los brujos en contra de las haciendas.

Los factores internos que contribuyeron a precipitar la crisis de la unidad tribal fueron evidentemente las guerras de venganza que enfrentaron a tribus contra tribus, recurriendo inclusive al poder de los hacendados y caucheros.

Explica la escalada de guerras intertribales los enfrentamientos suscitados entre los hombres del saber que, derrotados por la letalidad de las epidemias, sucumbieron ellos mismos poblando los bosques con sus reencarnaciones bajo la forma de tigres que atacaron, sin miramientos, a su propia gente.

Y aún es posible preguntar acerca de las circunstancias en las que se produce la ruptura de la élite de los hombres del poder mágico que

con tanto éxito habían conducido los asuntos atinentes a la pervivencia de sus poblaciones tribales.

La respuesta permanece incógnita. Aunque es legítimo suponer que la ruptura del circuito sagrado del espacio a causa de la expansión de los caucheros y la pérdida de control sobre la geografía de sus antiguas posesiones haya sido el comienzo de un proceso de aislamiento sucesivo de las sociedades tribales y su entrampamiento en las redes del peonazgo y el endeudamiento.

Suposición que permite reflexionar sobre otro tema que aún permanece sin respuesta. En los orígenes de los Kichwa ¿fue decisiva la adopción de esta nueva identidad por parte de las poblaciones Záparas a efecto de poner a salvo a los más de sus efectivos en el contexto de una hecatombe tribal y étnica?

la respuesta es precisa en cuanto al tema que nos ocupa. A la vez, más amplia, en relación con el universo tribal que había sufrido apreciables bajas durante la expansión de Maynas y cuyo debilitamiento era evidente ante la virulencia de esta nueva ofensiva. La adopción de una nueva identidad, Kichwa, era la única vía posible para evitar la extinción completa.

Si la gente Tukano, Záparo, Omagua y otras fueron reputadas como Caribes por los españoles que reconocieron su saña en los episodios de combate, si era necesario rendir las armas para insertarse en el nuevo ordenamiento emergente; si, en fin, parecía inevitable aupar la iniciativa de un nuevo contexto social basado en categorías o jerarquías definidas por un genérico, era a todas luces evidente que la identidad posible era la del Kichwa.

Antigua gente Omagua, miembros de diversos linajes Tukano; Napotoas, Andoas, Avijira, Gayas, Iquito, del mundo tribal Záparo, fueron el sorporte originario, el hecho social que dió nacimiento a esta nueva identidad que incluyó una lengua, el Kichwa. Esta, de manera paulatina había logrado imponerse como lengua general en Maynas y pronto suscitó un perfil cultural de síntesis o, en una mejor expresión, sincrético y, sobre todo, tuvo desde sus inicios una cualidad política.

Los Kichwa eran gente del mundo secular. Habían caminado la ruta trazada desde los tiempos de Maynas por los misioneros. Por lo tanto, caminaron por la rutas trazadas por la religión. Así fue como lograron insertarse en los circuitos mercantiles. Organizaron la base comunitaria para retomar el control espacial de sus antiguas posesiones.

Y, por más inadmisible que pueda resultar, pasaron a convertirse en los puntos referenciales de los ciclos sociales signados ya no por las exclusiones de un mundo agrario en construcción sino por el poder de los privilegios en un universo moderno.

La transición hacia una nueva identidad, podría plantearse ¿por qué razón no siguió la ruta más sencilla y directa de la ladinización? El Obispo González Suárez, crítico de la obra de los jesuitas, ya lo sostuvo en otro momento.

Las potencialidades de la red misionera de Maynas pudieron ser explotadas de manera óptima, si hubiese sido el Español y no el Kichwa la lingua franca. Las poblaciones tribales ladinas habrían modificado el modelo de sociedad entonces existente a causa de la transición directa del estado de caribismo al de civilización.

Sin embargo, la opción no corrió de cuenta de ninguna gestión gubernamental. Fue una decisión de las poblaciones tribales. Estas adoptaron plenamente el modelo de Maynas. Incluyendo el tipo de asentamientos sedentarios, los flujos de comercio entre las aldeas, el aprovechamiento de las redes fluviales de navegación, la intensificación de la horticultura combinada de diversas maneras, en distintas situaciones, con el uso de los recursos de la bioma boscosa.

En fin, la reproducción del universo proyectado de Maynas con la diferencia que no existirían misioneros para mantener activo el sistema. Este era autónomo, en la medida de lo posible. Por esta razón sobrevivió al derrumbamiento de las haciendas a cuya sombra prosperó el proceso transicional de identidades.

Los Kichwa, en suma, fueron los descendientes de los Tayac y los Sasy. Vinieron de la parte alta en el sentido de expandir su influjo desde Quijos, el centro más remontado de poblaciones amazónicas y más cercano a los asentamientos andinos y los centros administrativos coloniales y, luego, republicanos.

Estos Quijos fueron, según ciertas versiones, Omagua que, en la coyuntura de las expediciones españolas, bajaron y poblaron el archipiélago del Amazonas. Si fueron de filiación Guaranítica, adoptaron después la lengua Kichwa y soportados por la política misionera afianzaron sus posiciones en el contexto de las redes interétnicas de Maynas.

Archidona fue un punto de referencia crucial para este proceso. Las riberas del Napo fue el escenario donde el fenómeno transicional alcanzó formas acabadas. De manera que, cuando emerge la economía

hacendataria, se habían generalizado los Muntun Runa, agrupaciones de gente de distinta filiación que hablaban el Kichwa y ofertaban sus servicios, de guerra o peonazgo, a los hacendados y comerciantes.

En principio estas agrupaciones mercenarias enfrentaron la competencia de los Záparo que, al igual que ellos, habían optado por la vía de las alianzas puntuales con determinados comerciantes o hacendados. Se convirtieron en sus persecutores implacables. Lo que les otorgaba ciertos privilegios en su estatuto dentro del sistema.

En la medida en que estas agrupaciones Kichwa de Muntun Runa avanzaron hacia el escenario de Pastaza su prestigio como alternativa política exitosa en el contexto de la estructura social prevaleciente permitió su adopción incluso por parte del cimarronaje.

¿Muestra este proceso los mecanismos internos que entran en actividad en el momento en el que surge y se consolida una propuesta de identidad que culmina por ser exitosa? Probablemente. No son poblaciones que desplazan a otras. Son propuestas que predominan. Su hegemonía es cultural. Y éste perfil depende de su adecuada adaptación a las exigencias coyunturales que anuncian la emergencia de nuevas eras.

Esto lo supieron los jesuitas. Intentaron aplicar estos principios. Y abandonaron Maynas sin ver coronados por el éxito sus esfuerzos. No adivinaron que, años después, su opción acabaría por imponerse. Las poblaciones tribales podían insertarse en el sistema simbólico social sin renunciar a su condición, adoptando una nueva identidad, y manteniendo su estatuto de autonomía.

Lo contrario habría representado la pérdida irremediable del soporte contemporáneo de las nacionalidades. El surgimiento de un fenómeno de mestizaje masivo habría reemplazado a la diversidad étnica y cultural.

Y permanecerían indiferentes al espíritu de los tiempos las innúmeras memorias, algunas de las cuales figuran en este intento de retratar el devenir inasible en escenarios marginales al transcurso de la historia. Y que, aún en la era ideológica de su vigencia, carecían de significación para el discurso de los eventos cruciales. No así para los ejercicios de traducción simbólica que enriquecen la existencia de los mitos.

Las Memorias del Curaray permanecerán. El abandono de los ámbitos de la memoria oral es un paso trascendental en la medida en que el mundo de la escritura ha podido testimoniar sus registros, complementarlos con algunos documentos y, ante todo, forjar un

discurso geográfico a manera de rompecabezas intangible en el que abundan las secuencias y continuidades inexistentes.

Hubo un itinerario. Empero la frágil memoria se resiste a reconstruir la ruta global aún cuando fue trazada de antemano y existe. No ocurre lo mismo con los personajes de ese escenario recóndito donde se activan los hilos del entramado del entendimiento para comprender las circunstancias por más intrincadas que pudieran parecer. Todos están a su manera, en el texto.

Se destaca Sabino Gualinga, narrador del mito de los Sasy y los Tayac Runa y sabio heredero de sus legados. Contribuyó con las luces necesarias para esclarecer los temas más antiguos así como los más modernos abordados en este texto.

Acaso sin saberlo, Donasco, asombrado Záparo cautivo de los Huaorani, a quien me cupo enterar que no era el único ni el último de los de su gente. Aportó con su narración sobre la extinción de lo suyos en el alto Curaray y la acompañó con su testimonio acerca de sus sentimientos de angustia y desolación que lo escarnecieron a lo largo de su soledad tribal.

No pueden faltar Puruña y los Záparos del alto Tigre con quienes rescatamos del olvido, una por una, a las palabras que forman el vocabulario del Apéndice y nos embebimos en la circunstancia de contemplar las obras de la memoria colectiva. Tampoco la gente de Moretecocha que entretejió la narración de la incursión de los Murato con impresionantes lecciones de astronomía.

Finalmente especial mención corresponde a los descendientes de los Záparos del Curaray. Ellos, en cambio, me mostraron algunos de los secretos que encierra el escenario transitado por los peces y los reptiles acuáticos, a la vez que los emplazamientos antiguos de las poblaciones caucheras y las haciendas, convertidos ahora en parte de la selva circundante.

Particular agradecimiento a Miguel Angel Cabodevilla por sus aportes para el mundo académico, a la vez por su valiosa contribución con datos cruciales para este texto. A Xabier Villaverde por sus sesudas cuanto prolongadas conversaciones sobre los temas innúmeros y álgidos de la etnología amazónica.

En fin, reconocimiento para la gente amazónica que trazó las rutas para trasponer el inmenso mar del olvido. Y, para arribar a estas memorias y que permitió con sus narraciones desentrañar las incognitas de sus discursos simbólicos y su destino.



Apéndices

Indios Cotos. Vignal. Dibujo,
Wiener. Op. Cit., p. 107.

LA LENGUA ZAPARA

Antes de los registros de los misioneros jesuitas, no hubo referencia alguna a esta lengua que, si se presta atención a las diversas opiniones científicas expresadas desde el siglo xix, reviste singular importancia para el conocimiento de la etnografía de la cuenca amazónica.

Rivet, etnólogo y lingüista francés fue quien propuso las bases de un debate relativo a los origenes de esta lengua. Basado en el estudio de la lengua Miránya y en la evidente similitud entre ésta y la lengua Zápara y buscando una explicación coherente para esta influencia pese a la interposición geográfica de las tribus de filiación tukano, postuló que las dos no eran sino dialectos Guaraní, fuertemente diferenciados.

El origen Guaranítico común de las dos lenguas se explicaría por una migración antigua en dirección al noroeste que habría determinado espacios limítrofes con las tribus Miránya. Una invasión reciente de tribus Tukano habría separado, posteriormente, a las tribus Miránya de los Záparo con lo que su área de influencia se redujo hasta las riberas del Napo y el Marañón[1].

Quedó inconcluso este apasionante debate propuesto por Rivet. Ni en su época ni en los siglos posteriores se ha vuelto a mencionar el tema relativo al origen de las tribus o de la lengua Zápara. No así el tema de las migraciones guaraníticas.

Estas ocurrieron en distintas épocas. Se cuenta con referencias de las ocurridas al tiempo de la expansión inca hacia el norte; otras datan del tiempo de las expediciones emprendidas por los españoles en las selvas amazónicas y, por fin, otras más recientes de las que fueron testigos los misioneros franciscanos y jesuitas. Anteriores a éstas fueron las que dieron origen tanto al poblamiento Cocama cuanto a las tribus Omagua.

La hipótesis planteada por Rivet supone épocas más antiguas; al menos, anteriores a las invasiones de las tribus Tukano. Tampoco hay

1 Rivet, Paul "Affinités du Miránya", en Boletín de la Sociedad de Americanistas de París, Nueva Serie, Vol. 5, Paris, 1907, pp. 117 - 154.

referencias precisas acerca de este proceso. De manera que es evidente la carencia de dataciones, ni siquiera aproximadas, acerca de cuándo pudo ocurrir la migración Guaranítica que dió origen a las tribus Záparas.

La influencia de la lengua Zápara en la Miránya es perceptible al igual que en la Huitoto, Arawak y Caribe. Cabe suponer una contigüidad geográfica entre estas poblaciones, lo que es cierto respecto de todas excepto las Záparas.

Las tribus Tukano se encuentran insertas en un espacio absoluta y claramente delimitado por las tribus Záparas al sur, en el Napo, y las Omagua hacia el Marañón y Putumayo. Es posible postular que la presencia Tukano habría marcado avances desde el alto Negro hacia el oeste, formando un corredor que abarcaría el alto Orinoco y el Putumayo hasta el Napo.

Este último, desde el siglo xvi fue reportado como escenario de guerras interétnicas. Los Angotero y Encabellado mantenían continuos enfrentamientos contra los Avijira. Al igual que en el Pastaza, frontera étnica con las tribus Jíbaras, donde tenían lugar confrontaciones permanentes contra las tribus Gaya y Andoa.

Podríamos aventurar, en este sentido, que las tribus Záparas tuvieron su origen en antiguas migraciones Guaraníticas cuya área de influencia fue posteriormente restringida a causa de invasiones de los Jíbaro por el alto Marañón y de las tribus Tukano desde el alto Negro. En espera de mejores evidencias y clarificaciones, es preferible llegar hasta este punto en el hilo de este razonamiento.

Los misioneros jesuitas fueron los primeros en conocer múltiples aspectos de las tribus Záparas. El trabajo monumental de Hervas y Panduro[2], impreso para el 1800, recopiló la información disponible al momento; la mayor parte por los escritos que los misioneros jesuitas mantenían de sus exploraciones y correrías por la cuenca.

El autor, coetáneo de la época de la expulsión de los jesuitas, estuvo en condiciones de elevar consultas a algunos de los misioneros, entre los que se contaba Juan de Velasco, en relación con las filiaciones lingüísticas de las numerosas tribus de la cuenca con las que habían estado en contacto.

No fue sino hasta el siglo xix cuando los viajeros naturalistas y etnógrafos europeos volvieron a transitar por la cuenca amazónica, a veces reconstruyendo diversos episodios de la historia de las misiones jesuíticas, que el tema relativo a las lenguas cobró nuevos vigores al

2 Loc. Cit.

ser asumido en el contexto de las reflecciones científicas de la época. Uno de los mejores trabajos con que se cuenta para dilucidar lo sucedido en esta etapa entre las poblaciones tribales de la cuenca amazónica es la recopilación sistemática de la información histórica disponible por parte de Clements Markham[3].

El autor acoge inicialmente una lista abrumadora de 1087 tribus; sin embargo, al eliminar de ésta los sinónimos, aproximadamente unos 273, la redujo de manera considerable. Si de este registro se eliminan aquellas tribus que, desde el tiempo que escribe Markham hasta la fecha, no se ha tenido noticias por considerárselas desaparecidas, el listado original queda reducido a unas 650[4].

Desde un punto de vista, Markham revela en su listado una concepción, corriente en su tiempo, acerca de las sociedades indígenas amazónicas. Esta refiere un alto grado de fragmentación y la carencia absoluta de vínculos de carácter político entre los distintos segmentos.

En esta concepción la filiación lingüística era un aspecto secundario. Aunque representara, al menos, origenes similares, vínculos culturales, horizontes ideológicos y, por supuesto, niveles de intercomunicación. Y, en ciertos casos, la guerra.

Es por esta razón que Markham menciona a los Záparo como si se tratase de una tribu del Napo. Cita a Velasco para clasificarla como una rama de los Semigaes del Curaray. Y recuerda la opinión de Villavicencio que la considera emparentada con éstos.

En referencia a su territorio, Markham asigna, equivocadamente, el que los jesuitas reconocieron como dominio de la nación Zápara. Esto es, el espacio delimitado por el Napo y el Pastaza, por supuesto, también el Curaray, con una extensión de 12.000 millas cuadradas.

Respecto de la lengua cita tanto a Villavicencio que establece tres subdivisiones como a Tyler que determina trece ramas o subdivisiones. A saber, Aushiris, Andoas, Curarayes, Matagenes, Mautas, Nugamus, Nushinus, Rotunos, Shiripunos, Sinchictus, Supinus, Tiputinis y Yasunis[5].

Conviene advertir que las ramas mencionadas corresponden, en la mayoría de los casos a buena parte de la toponimia del territorio antes mencionado. Y precisamente aquí puede surgir la confusión, muy común entre los expedicionarios españoles, de establecer la existencia de una tribu en base a la identificación del sitio donde fue encontrada o del río que frecuentaba o donde mantenía sus asentamientos ordinarios o sus cotos de caza.

3 "A list of the Tribes of the Valley of the Amazons, including thouse of the Banks of the Main Stream and of all the Tributaries". Journal of the Royal Anthropological Institute, Vol. xl, pp. 73-140, Londres, 1910.

4 Id., p. 74.

5 *"Es una tribu del río Napo. De acuerdo con Velasco esta fue una rama de los Simigaes del Curaray, pero Villavicencio los considera como una tribu emparentada con éstos. Los Záparo ocupan el territorio comprendido entre el Napo y el Pastaza y un tributario del primero, el Curaray, hacia el sur desde 0o 40' hasta los 2o 20', con una extensión de unas 12.000 millas cuadradas. Villavicencio los divide en tres ramas que hablan el mismo lenguaje, que es abundante, simple en la construcción gramatical y algo nasal y gutural. Tyler les atribuye trece ramas o subdivisiones"*. Ibidem.

Volviendo al tema lingüístico, es necesario resaltar que, sin duda alguna, uno de los trabajos más completos referidos a la lengua Záparo es el de coautoría de Beuchat y Rivet[6]. Nos referiremos in extensu a sus contenidos en lo que sigue de esta parte del apéndice.

Los autores mencionados, llevados no unicamente por las referencias bibliográficas disponibles, que en su mayor parte si no en su totalidad corresponden a los misioneros jesuitas, sino especialmente por su profundo conocimiento de la etnografía americana y por sus propias valiosas conclusiones, afirmaron de manera rotunda que *"Los Záparo constituyen uno de los grupos étnicos más importantes del Oriente de la República del Ecuador"*[7].

Algunas razones concurren a explicar esta afirmación. Una, ya expuesta, refiere la crucial presencia de las tribus Záparas en la antigüedad como testimonio de tempranas migraciones Guaraníticas en el segmento noroeste amazónico.

Las dimensiones del universo tribal, tanto desde el punto de vista demográfico como étnico, aportan con una segunda razón a la que cabe añadir otros elementos relacionados como el territorio de apreciables dimensiones que ocuparon estas tribus.

El tercer razonamiento tiene que ver con la estructuración de la gestión política supratribal. Beauchat y Rivet fueron sorprendidos por los alcances de las crónicas misioneras que establecieron la existencia de una nación Zápara. No rebatieron estas afirmaciones. Tampoco enarbolaron argumentos en apoyo a esta percepción.

Pero es absolutamente seguro que encontraron en este elemento el apoyo requerido para estructurar sus hipótesis acerca de los orígenes de estas poblaciones y de su incidencia en un universo caracterizado por la fantasmagórica presencia de poblaciones nativas hasta la llegada de las migraciones Guaraníticas, Tukano y Jíbaras.

En cierto sentido, la sola presencia de las tribus Záparo sustrae la historia amazónica de sus ámbitos locales y la proyecta hacia el contexto americano. Estas fueron las dimensiones en las que se movieron las migraciones, las guerras interétnicas, los contactos con el imperio inca y, en lo posterior, con los españoles, sus misiones y sus intentos colonizadores.

En cuanto a su estructuración lingüística, los autores, citando a Velasco, definen los grupos Andoas, Simigaes e Iquitos como los más importantes. Conformados, éstos, a su vez, por subgrupos. Contrasta la propuesta de Hervas quien sobre la base de los tres mismos grupos

6 "La famille Linguistique Záparo", Journal de la Société des Americanistes de Paris, Vol 5-6, pp. 235-249.
7 Id., p. 235

establece diversas variantes, en los términos que se muestra en el apéndice 3.

Beauchat y Rivet, en base al estudio de los aportes de Markham, Brinton y Villavicencio, proponen una nueva concepción acerca de la estructuración de la lingüística y tribal de la nacion Záparo. Esta figura en el mismo apéndice.

Los autores entregan, de acuerdo con la tradición establecida por Velasco, un catálogo o inventario de los registros antroponímicos, a veces discutibles, de ciertos autores. Su aporte apreciable es asignar a este reordenamiento de denominaciones tribales un registro, de gran utilidad, en el que constan sus posibles ubicaciónes en el contexto geográfico atribuido a la nación Zápara.

Partidarios de la tesis de Juan de Velasco y los jesuitas, acerca de la existencia de ciertas entidades socio-políticas - naciones -, vigentes entre los pueblos indios en la cuenca amazónica, muestran la consistencia de los argumentos que la respaldan en atención a los límites físicos y étnicos que correspondieron a tales entidades que, para el caso, prefirieron llamarlas *"tribus pertenecientes a la familia lingüística Záparo"*.

De la localización de las tribus pudieron establecer que el ámbito territorial estaba definido de la manera siguiente: *"Al norte y al este, el Napo":* Por la presencia tribal en los rios Nushiño, Arahuano (Arajuno), Yasuní, Tiputini.

"...Al oeste el Bobonaza, luego el Pastaza": Por la presencia masiva en estas cuencas de las tribus de los Gayas. *"...Al sur la frontera es más complicada y será apenas indicada por un línea que se confunde, entre el Pastaza y el Tigre, con el paralelo 3o 50', aproximadamente"*: los cursos bajos del Pastaza y el Tigre se habían convertido en espacios hasta donde llegaban las incursiones de los Mayna, Jíbaros (Achuar, Shiviar) y Cocama.

"...De aquí pasa del Tigre, corre por lo territorios del Alto Nanay y seguirá su curso hasta la confluencia de éste con su afluente, el Blanco para finalmente remontar directamente al norte hacia la confluencia del Napo y su afluente, el Curaray": En este tramo se localizaban las tribus de los Iquito, colindantes con las Omagua[8].

Los autores llegaron a definir el problema que, con anterioridad, suscitó diversas reflecciones entre los misioneros. Las posiciones tribales delimitaban un verdadero territorio que, desde el punto de vista social, bien podía ser considerado como una unidad. Esta se

8 Beuchat y Rivet, Op. Cit. p. 239.

había puesto en evidencia en diversas circunstancias como las rebeliones; sobre todo, en el mantenimiento de fronteras étnicamente definidas.

Estos límites étnicos fueron relativamente claros. Al norte, el Napo constituía la línea divisoria entre las tribus Tukano, Encabellado y Angotero. En el Marañón, los dominios Omagua y las tribus Cocama. Y, finalmente, en el Pastaza, las tribus Jíbaras. Este continuum territorial únicamente era interrumpido por la presencia de las tribus de los Coronado, en el Bobonaza y los Oas o Decagua hacia el Napo. Se desconoce su filiación lingüística. No fueron tribus Záparas; Beauchat y Rivet los clasifican como Cahuapanas. Los Gayas habían desatado verdaderas persecuciones en su contra con el resultado de una segmentación que fue conocida por los jesuitas quienes intervinieron para pacificar esta guerra interétnica.

En tiempos posteriores estos límites étnicos fueron difíciles de determinar, a medida que las misiones y su práctica de las reducciones o las epidemias o el cimarronaje y, más recientemente, el tráfico de indios por las redes comerciales del caucho, cambiaron los perfiles de distribución étnica[9].

Los registros lingüísticos disponibles no cubren todo el vasto universo tribal. Los registros logrados por los jesuitas del dialecto Avijira e Iquito son apenas traducciones de oraciones cristianas. Los más importantes fueron logrados de los Supino (Tzapino) Záparo y otros grupos cercanos al Napo. Los misioneros dominicos lograron registros notables de las hablas Gayas y Semigayas. Lamentablemente incompletos.

Todos los registros lingüísticos tienen en común la denominación del grupo a partir del nombre de uno de sus subgrupos. El más antiguo corresponde a Osculati[10]. Se cuenta luego con los registros de Martius -que replica textualmente a Osculati-, Orton, y Simson. Aportes subsiguientes corresponden a Vacas Galindo, Martínez, Castelnau, González Suárez y Agustín León.

En lo que sigue de este acápite, se transcribe el vocabulario de la lengua Zápara logrado en base a la investigación de campo realizada por el autor; luego un cuadro comparativo en el que constan los registros de Osculati y Simson; y, finalmente, el registro comparativo con el pequeño vocabulario logrado por Agustín León.

Este registro lingüístico fue una necesidad creada paulatinamente en torno a las entrevistas con los actuales pobladores Záparos: algunos de ellos identificaron las palabras registradas por Osculati y Simson como pertencientes al Andoano y Tzapino, respectivamente, y no al dialecto

9 ***Los Záparos tienen por vecinos: al oeste, los jíbaros con los que siempre fueron confundidos (¿?); al este y al norte por los grupos betoyas (Orejones, Encabellados, Piojés) que, han penetrado, en ciertos lugares hacia la rivera derecha del Napo (Avijiras, Icaguates, Avishiris); al sur las tribus del grupo Cahuapana (Roamainas, Coronados, Maynas) entre el Bajo Pastaza y el Bajo Tigre, luego los Yameos de Mazán, del Nanay y del Bajo Tigre".*** Ibid.

10 Osculati, OP. Cit. Apud.

que se habló entre las tribus del Tigre de la que ellos provenían. Estas diferenciaciones indicaron que el paso acertado era una propuesta inicial comparativa.

De la lengua Zápara afirmaron los viajeros que tuvieron oportunidad de escucharla en boca de sus bogas que era una lengua caracterizada por su sonoridad. Una lengua bella a causa del uso reiterativo de las vocales u, a, i.

La e tiene dos valores fonéticos. El primero equivalente a la e española; el segundo similar a la ë germana. Se ha optado por representar esta variante con la diéresis.

Las consonantes difieren de las utilizadas en el español. La c es reemplazada por la k acompañada de las vocales a, o, u. La x se la ha empleado en lugar de la j española para denotar la variación fonética propia de la lengua Zápara.

Finalmente cabe señalar que en los dos registros hasta ahora consultados, correspondientes a Osculati y Simson, son aparentes las variaciones dialectales. Hasta cierto punto distorsionadas por la lengua hablada por quienes registraron este vocabulario.

Osculati encontraba muy traducible al italiano la ch con el uso fonético de la c. Simson asimiló el uso de la h con el valor fonético equivalente a la j, como ocurre en el inglés.

Otro aspecto que es preciso resaltar es la acentuación. Al igual que en las compilaciones de vocabulario que se reproduce en este apéndice, se ha respetado la acentuación aguda, grave y esdrújula.

cabeza	kuraka	cuello	kutuhá
garganta	arixiá	lengua	ririkiá
boca	kuatupama	labio	ku-yatsokë
quijada	kunanako	diente	ikiar
nariz	kunáxoka	ojo	namixyá
pelo	anákeso	oreja	taúreka
uña	ahushi	dedo	kánaha
mano	kuichauma	palma (mano)	ityauka
brazo	kukurama	espalda	ku-nixinya
pecho	ki-tya	vientre	tauka
tripas	kumáraka	corazón	kuixia
balsa shungo	kusúaka	hígado	ku-kamahá
cintura	kuakahe / akaxiña		
pierna	kuixiako	pantorrilla	númaka
pié	iñauka	ano	amikya

frente	torea	mejilla	ki-myatsaka
mentón	mánako	-	-
danta	yasuka	huangana	yari
sahino	cashi	venado	nékero
guanta	taurea	guatuso	kashaúkuno
guatín	humuka	ardilla	kamétaka
oso hormiguero	asaín	maquisapa	sarixa
chorongo	patauka	mono coto	aritiakuka
sipuro	kaururuku	machín blanco	kuate
machín negro	tsutsauka	nungu-sungu	tsúmaka
chichico	eseka	ardilla (r)	turikya
paujil	piauka	mondete	himinikya
trompetero	mátsako	pava colorada	paúku
pava negra	katsawinya	perdiz	newá
perdiz (p.)	mukusai	paloma-tórtola	naúxuka
predicador	chawkui	sikuanga (p.)	pereco
tabaquero	kariku	guacamayo	súraka
lora (g.)	uxuátuka	lora (p.a.)	pikuareca
catarnica	tawikya	papagayo	saweka
pajaros (p.)	pishaka	cantatriste	tawikuro
quillpundo	turusaka	tigre (g.)	imatini
puca	puma	nékero	imatini
atallpa	puma	atawa	imatini
perro	ariauko	cabeza de mate	masarityo
bagre (g.)	tsúngaro	bagre (b.)	siñora
bagre (pint.)	ashiña	bagre (list.)	arawi
súngaro	aupika-ashino	muta negra	kakeká
muta plateada	tsúruma	cungucshi	makawá
boloquiqui	hayaunu	jandia	armano
gual	ishimano	bocachico	shiritiunaka
sábalo	meisúmano	piraña	nima
raya grande	tsapi	lagarto	manari
motelo	yaurikia	charapa	charapa
anguila	naxa	boa	sawero
chío (p.)	masaraka	carachama	mish / urumka
caracol	pawaka	cangrejo	nawaka
camarón	samiku	lombriz	tsapikya
víbora	kauno	gusano	tsapateka
mosco	shiñaka	zancudo	anasu
selva	naku	bosque	nya
agua	murichya	tarántula	kaúnunaka
pantano	rapaka	colina	turana
montaña	kéraka turana	llanura	huitsaka urya

playa	ayauxuá	playa (piedra)	narukua ayauxuá
tierra negra	kakeka nya	tierra roja	natukua nya
arcilla	nakusaka	árbol	nakuna
arbusto	nichakake	árbol grande	keraka
bejuco	yauka	canasto	apaka/yayu
hoja	uweka	flor	nukaweka
rama	nakumakurama	churu	kauna nakuna
algodón putu	ashiñato	algodón ceibo	tsahuanato
morete	nocichya	hungurahui	tsakuma
chambira	mucushichya	tarapoto	awashiña
ishpingo	nakuna	abeja	iwana
chacra	ishu	yuca	muexe
camote	imatsaka	maní	inchi
naranjilla	maraúkaka	papaya	chiripaka
cacao	ku-tarauka	guabo	tauru
piña	chiwiraka	caña	chaukanaka
paparahua	aiña	papa jíbara	yaumaka
ají	anákuka	maíz	sauko
ortiga	tswiñaka	tabaco	auneka
ayahuasca	yauna	guanduc	ishiauna
chirimuyu	anona	tagua	yari-somaka
achiote	iñauxuá	güituc	sakuana
ajenjibre	pasainoxya	uva	tsanto

casa	hitsya	cama	masequë
piso	pata	olla	kaushima
plato	asashi	mucahua	mukahua
tinaja	tinaja	leña	aishoka
machete	sawero	hacha	kaxikya
cuchillo	sapukua	cushma	kamitsokë
llanchama	kuitsokë	tela	shi-iro
pampalina	tunotsoquë	falda	saya
bodoquera	numanako	matiri	numanako
viruti	tsatsaiña	algodón	tsuanato
veneno	numanaka	lanza	cikachiña
balista	maxarioxa	corona	nokuityaro

padre	kukumano	madre	kuano
hijo	kunyano	hija	kunyato
sobrino-nieto	kuaxiñano	sobrina-nieta	kuaxiñaña
esposo	kuiriano	esposa	kuirichano
tío	anárixya	tía	ishiñaxa
abuelo	pa-ichioxuá	abuela	pa-raxá
suegro	yaya-tuku	suegra	mamaxá
correr	ku-acika	toquemos	pa-naujo

dormir	pa-makuika	pelear	ku-anakëxao
avisar	tya-nukuati	oir	ku-tauxí
cazar	na-kuxiña	vamos	pa-ikuá
te amo	katsaka		
encontré	aceríakuanó pa-tukua		
maté danta	ku-ixya kuamo yasukua		
pescar con anzuelo	pa-suyauka		
vamos con barbasco			
para coger pescado	pa-shitiauka itiarauka maraiuxya maraiuxya		
bailar	pa-isatauxo		
trabajar la chacra	ishupami		
bueno	já		
tumbando	chacrakunateka		
no	pa-ikuá		

ESPAÑOL	SIMSON	OSCULATI	EL AUTOR
cabeza	ánaka	anáckacka	kuraka
ojos	namíjia	namisiá	namixy
mano	ichiosú	hickoma	kuichauma
brazo	curamáso	curemasacka	kukurama
nariz	najúcua	mihúcua	kunúxoka
boca	atupáma	atuapama	kuatupama
pié	iñocuá	hinocka	iñauka
pierna	iñácu	hu-isiacu	kuixyako
dedos	cansúa	canacka	ku-awashi
pelo	naquéso	anaqueso	pa-nákate
labios	yatsócue	jazoque	ku-yatsoke
entrañas	maráca	ku-máraka	-
hombre	taúcuo	taucko	ku-kuino
mujer	itiúmu	hitiuma	ityumu
padre	cúmanu	cumano	ku-kumano
madre	mamajá	kuano	-
hijo	niáno	conunaca	kunyano
hermana	cuíña	-	-
esposo	quírano	ku-iryano	-
pava	catsagüiña	katsawinya	-
paujil	piócua	piauka	-
trompetero	matsácu	mátsako	-
oropéndola	mucútso	mucútsau	-
pájaros	pisháca	pisciack	pishaka
tigre	imatíni	imatini	imatini
danta	yasúcua	yasuka	-
huangana	cáshi	cashi	-
sahino	yári	yari	-
guanta	tauríjia	-	taurea

perro	ariócu	-	ariauko
tortuga	yaurícha	-	yaurikya
serpiente	cóno	konu	kauno
tarántula	cononáca	-	-
mono chorongo	patócua	-	patauka
machín blanco	cuatéco	quatecko	kuate
machín negro	tstsócua	-	tstsauka
mono coto	aritiócucua	-	aritiakuka
chichico	ítseca	-	eseka
bosque	nácu	aisyaka	naku
agua, río	muricha	muriccia	muricya
sol	yanócua	janockua	yanauka
luna	cashícua	cacickua	kashiwka
leña	aishócua	aisiacka	aishoka
sal	ichójua	iciocka	ichoka
viento	párato	paratu	páratu
playa de arena	ayójua	hiocka	ayauxu
árbol	nacúna	nackuna	nakuna
tabaco	jaunéca	-	auneka
ají	anacúcua	-	anákuka
maíz	sauco	-	sauko
yuca	múe	-	muexé
curare	numánaca	numanacka	numanaka
ropa	shíro	-	shi-iro
cerveza de yuca	casúma	-	kásuma
canoa	yára	jara	amákate
arma de fuego	imacána	-	imákana
cuchillo	sapúcua	zapucua	sapukua
hacha	cajícua	-	kaxikya
lanza	acachine	ackino	cicachiña
cerbatana	numanucuá	-	numánako
fuego	anamishúcua	anamickucia	anamishuka
amanecer	tarícagüe	taricaqui	apakate
noche	nignacká	niñaka	-
mañana	tariqúe	tamacka tarick	tarikea
venir	aníma	anichano	ki-anítiama
comer	chatsácua	atsano	kixi-n-atsa
tomar	charatú	-	kiaratú
yo	cuí	-	kwixya
tú	chá	-	kyaxa

ESPAÑOL	SEMIGAE	ZAPARO I	ZAPARO II
yo	quijiani	cuijia	kwixya
tú	quiaja	quiajau	kiaxa

él	naujuati	nauta	-
nosotros	pejaodi	pueja	-
vosotros	quijaudi	quiniajaquinia	
hombre	pegano	kayap	kokuino
mujer	maji	hítumu	ítyumu
padre	cuaque	pápaja	kukumano
madre	cuánucua	mámaja	kuano
hijo	quiyano	cunianu	kunyano
hija	quiató	cuniatu	kunyato
hermano	uapajano	cuananu	kirimato
hermana	quidiniato	cuirimatu	-
tío	yatzaguá	-	otyamo
tía	cuajizá	-	anírixya
cabeza	panacá	-	kuraka
pelo	imasau	-	pa-nákate
nariz	pana jucúa	-	ku-nuxuka
boca	tupa	-	ku-atupama
diente	puecayá	-	-
brazo	puhuashi	-	kukurama
barriga	nacudiji	-	tauka
pierna	narhuaja	-	kuixyako
corazón	cuinjia	tahuijia	kuixia
lengua	nití	-	iniky
oreja	númako	-	tawreka
viento	paratu	páratu	páratu
estella	adijia	náriya	narixya
sol	upananu	hianucua	yanauka
mano	ahuashí	pecahuacu	kuichauma
dedo	ahuashí	pacánaja	kúnaxa
chicha	muchaque	cussuma	kusuma
yuca	murja	mueja	muëxa
luna	araca	cashío	cashiwka
si	ichaja	huétsamo	ixya
no	huaqui	taicua	taikwá
danta	güeno	yasuka	-
tigre	atzar	-	imatini
venado	nëkero	núkero	-

Un mito de los Záparo:

Una de las explicaciones propuestas para entender la extinción de las poblaciones Záparo consiste en postular que gran parte de los antiguos integrantes de sus tribus fueron asimilados por el proceso de expansión de la lengua Kichwa.

En esta tradición cultural contemporánea son identificables algunos elementos de la cultura material e intangible de sus antepasados. Este es el caso precisamente de la tradición oral. Se presenta como corolario de este segmento dedicado a la lengua un relato que fuera recopilado por Reinburg[11], etnólogo y viajero del siglo xix, que fue uno de los que recorrió parte de los escenarios del Curaray.

A juzgar por las características del texto presentado, se trata de un fragmento de un relato cosmogónico, seguramente más extenso. En él figura el tema del origen de la luna, de los ríos y de la serpiente amarun.

No cabe duda que los estudiosos de la tradición oral encontrarán en estos textos reproducidas algunos de los pasajes que corresponden al corpus de la mitología Kichwa contemporánea.

En este sentido es pertinente la pregunta relativa a los verdaderos orígenes de los relatos. Menos probablemente en el medio Kichwa al que se atribuye la integración de las poblaciones Záparas y más respecto de las culturas Tukano y Jíbara que mantuvieron fronteras muy definidas a la vez que caracterizadas por intensos conflictos, tanto en el Napo como en el Pastaza, respectivamente.

Relato de la creación de la luna:
"Vivía sobre la tierra un hombre que estaba casado. Este tenía una hermana de la que se había enamorado y de la que fue amante, sin que ella supiese con quien tenía relaciones, pues él no venía a verla sino por las noches.

Curiosa de saber quien era su visitante nocturno, recogió y puso cerca de ella los frutos del wito (Genipa americana). Cuando llegó la noche y el hombre estuvo con ella, embadurnó sus manos con el jugo y con el pretexto de acariciarlo le embadurnó el rostro. Así embadurnado le dejó reposar cerca de ella hasta la mañana siguiente, para permitir que el jugo de la fruta pudiese secar y delatar al amante.

Antes de la aurora, el hombre, quien no quería ser reconocido, se fue. No bien salió el sol, vió con espanto que su rostro estaba ennegrecido con manchas negras de wito, y de la vergüenza, a fin de no ser

11 Reinburg, Paul, "Folk-lore Amazonien. Légendes des Záparo du Curaray et de Canelos". Journal de la Société des Americanistes de Paris, Nouvelle Série, T. xiii, pp. 11-15, 1921.

descubierto, se preparó para volar hacia el cielo. Para lograr su propósito fabricó con plumas abanicos de los que utiliza para atizar el fuego y llamó al Pájaro del Maíz, sara pishco, para que le ayudase a volar.

El llamó también a su mujer para partir con ella, pero ésta no pudo estar lista a tiempo: se le aflojaba su falda, anacu, mientras trataba de llenar sus canastos con provisiones o en tanto buscaba algo olvidado en casa.

Muy pronto el hombre miró que el sol ya salía y era ya hora avanzada y desesperanzado por su mujer que no estaba lista le dijo:- "Me voy" -, y se fue volando hacia el cielo tocando su flauta.

El voló y voló muy alto hasta que no quedó otra cosa que un punto pequeño en el cielo. Permaneciendo así se convirtió en la luna: son las manchas de huito que tenía en su rostro las que miramos en la superficie del planeta.

En cuanto a su hermana, parece que sus padres, enterados del escándalo la castigaron a golpes de bastón y se la llevaron. ¿Fue por la curiosidad o por su relación incestuosa involuntaria? No lo sabremos pues la historia no nos cuenta nada más.

Pero su mujer al ver que su marido la abandonó se convirtió en un pájaro nocturno que no canta sino las noches de luna y grita:
- "Esposo, Esposo!, Cusa, cusa", en cuatro notas descendentes, muy tristes y los Záparo dicen que es la mujer abandonada que llama a su marido".

Existe otra versión con un final diferente:

"Cuando la mujer se sintió abandonada por su marido se quedó dormida así como sus dos periquitos (Psittacula sp.). Mucho tiempo pasó antes de que despertase y vió que su casa estaba en ruinas y la chacra abadonada.

Entonces se puso un periquito en cada hombro y emprendió la caminata; de pronto escuchó una voz: era uno de los periquitos que le indicaba el lugar por donde se había marchado la madre de su marido que vivía con ellos.

Pero mientras caminaba por donde el periquito le señalaba, un gavilán, anga, bajó y se llevó a uno de sus periquitos; luego vino un segundo gavilán y se lo llevó al otro; de tal manera que la mujer quedó sola sin tener alguien para dirigirla.

Sucedió que ella estaba embarazada de su marido y tenía dos niños en su vientre; éstos se pusieron a hablar desde su vientre y comenzaron a indicarle el camino. Uno de los niños le dijo que recogiese unas flores a lo largo del camino; y ella así lo hizo.

De las flores salieron unas abejas que la picaron y, furiosa, se golpeó el vientre diciendo a sus hijos: - "Cállense!" - Y ellos permanecieron silenciosos.

Fue entonces que ella oyó en el bosque a alguien que estaba cortando leña. Ella fue hacia el lugar de donde provenían los ruidos y se encontró con la madre de los tigres cuyos hijos son: el tigre rojo, puca puma (*Felis concolor*); el tigre negro, yana puma, (*Felis nigra*); el tigre rayado, muru puma, (*Felis Onza*); el tigrillo, atallpa puma, (*Felis tigrina*); y finalmente el tigre del ganado, huagra puma (*Felis sp.*).

La Madre de los Tigres le dijo que su hijos la comerían si la viesen. La mujer entonces le pidió que la escondiese en su casa. En efecto, la vieja la ocultó en lo alto de su casa, bajo el techo, dentro de una olla cubierta.

La vieja preparó enseguida una gran marmita con la comida de los tigres. Estos llegaron poco tiempo después, no bajo la forma de animales sino con el aspecto de indios, cada uno vestido con ropa que reproducía el color de la piel que correspondía al tigre al que representaba.

Cuando los tigres llegaron la mujer comenzó a escupir y el tigrillo dijo: - "Se siente el olor de la carne" -.

- "No", dijo la vieja, - "es tu olor que huele a carne". - "No", respondió el tigrillo, - "Algo huele a carne fresca". Un poco de saliva de la mujer cayó sobre la comida de los tigres y todos, al mismo tiempo gritaron: - "Hay algo aquí!". Y diciendo ésto se levantaron.

El puca puma, retomó su forma de tigre y dió un salto sin llegar hasta el techo. El muru puma, con más agilidad llegó hasta la olla y encontró a la mujer a la que hirió en la cabeza; su cuerpo cayó al suelo y todos los tigres la comieron.

Uno de los tigres guardó un pedazo para la hermana que tenían y de la que todos eran amantes. La Madre de los tigres reclamó su parte y le dieron las entrañas. La vieja se fue entonces hasta el río con las entrañas de la mujer y pensando que ésta tal vez estaba encinta, buscó y encontró dos niños aún vivos.

Ella les llevó hasta su casa donde los escondió. Tres días después éstos había crecido tanto que eran ya jóvenes; y luego de seis días eran hombres que manejaban diestramente la lanza.

Algunos días más tarde, ella los llevó hasta la chacra para buscar yuca. Pero en el camino estos mataron al padre de los tigres, le quitaron su piel y la llenaron de tierra replicando su forma primitiva.

En lugar del cerebro le pusieron una piedra. y rellenaron su cabeza con ceniza. Ellos entraron enseguida a la casa y contaron a la vieja que el padre de los tigres les hacía tener miedo.

La vieja salió con un bastón y apenas oyó el ruido que hacía su marido, al que le pusieron un grillo dentro de su cabeza, ella le dió un tremendo golpe de bastón que hizo que saliese toda la ceniza por las narices asfixiando a la vieja.

Los dos hombres la desvistieron e hicieron cocinar su cabeza junto a la de su marido y la recubrieron de maleza que trajeron de la selva. Ellos se transformaron entonces en aves kindi y volaron hacia los tigres a los que preguntaron si las cabezas de sus padres estaban buenas. Los tigres les persiguieron pero sin éxito y los pájaros se escaparon.

Cansados, los tigres fueron a buscar la comida y tenían por costumbre atravesar el río sobre un árbol. Los Kindi se fueron a buscar a los comejenes (*Termes sp.*) y les pidieron que comiesen el tronco del árbol cerca de sus raíces de tal manera que, con un golpe de lanza pudiesen derribarlo cuando los tigres lo atravesasen.

Cuando los tigres se hallaban atravesando el río sobre el árbol, el más grande de los kindi arrojó su lanza y lo partió de un golpe: los tigres cayeron al agua y los lagartos se los comieron.

APÉNDICE II

BIBLIOGRAFÍA

Alomía, Antonio — La defensa del oriente ecuatoriano. Quito, 1936.

Anchieta, Joseph — Tupí grammar. Arte de gramática da lingua mais usada, 1874

Anón. — Relación de los indios que hay en la provincia de los Yumbos y pueblos que en ella hay. 1582. En Relaciones Geográficas de Indias, T., iii. Pp. 36-53.

La misión de Canelos. Mimeo, s/l. 1894.

Aristio, O. — "Peregrinación por los ríos Marañón y Ucayalí". En Mercurio peruano de historia, literatura y noticias públicas, iii, 49-66, Lima, 1791.

Armenta, Antonio L. — Los Bucaneros del Amazonas. Bogotá, 1933.

Barbúa, Jorge — "Rio Tigre: su geografía y sus habitantes". En Oriente Dominicano, Año iv, Nov.-Dic. Quito, 1931.

Barnuevo, Rodrigo — Relación apologética así del antiguo como nuevo descubrimiento del rio de las Amazonas hecho por los religiosos de la Compañía de Jesús de Quito. Biblioteca Amazónica, Vol. Vi. Reyes & Reyes, eds. Quito, 1942.

Batallas, Leonidas — Vida y escritos del Rvdo. Juan de Velasco. Quito, 1927.

Bennett, Bradley — "Plants and people of the Amazonian rainforest. The role of Ethnobotany in sustanable development". En Bioscience, Vol., 42, Nº 8, Septiembre, 1992

et al. — "The Ethnobotany of Carludovica palmata. Ruiz & Pavón (Cyclantaceae) in Amazonian Ecuador". En Economic Botany, Vol., 46, Nº 3, 1992. Pp. 233-240.

Bermeo, Manuel — Suscinto extracto de las missiones de la provincia de Canelos y nuevas conquistas de los ríos Pastaza, Tundaza, Cayanumi, Casaqumi y otros donde estan situados los indios cristianos e infieles que según la numeración que por confesion de sus naturales hize por el mes de Marzo de este presente año de 1778... Manuscrito.

Biet, Antoine Voyage de la France equinoxiale en l´isle de Cayenne, enterpris par les françois en l´anné 1652. París, 1664.

Blomberg, Rolph The nacked aucas. Abya Ayala, Quito 1997.

Bravo, Vicente En la región del Curaray, Quito, 1906.

Bueno, Cosme Geografía del Perú Virreynal, siglo xviii, Publicada por Daniel Valcárcel, Lima, 1951.

Caceres, R. La Provincia Oriental de la República del Ecuador. Imp. De la Universidad Central, Quito, 1892.

Calderón, Carlos Carta fechada en Quito, 18 de Abril de 1789. Manuscrita.

Cabarlee, B. Et al. An assestement of biological diversity and tropical forest for Ecuador. CIDE-UURI, Washington, 1989.

Castrucci, Manuel Viaje practicado desde el Callao hasta las misiones de las dos tribus de infieles Záparos y Jíbaros. Ed. Montoya, Lima, 1849.

Chamberlain, A. F. "Linguistics stocks of south american indians with distribution map". En American Anthropologist, New Series. T. Xv, pp. 236-247, Lancaster, 1913.

"Sur quelques familles lingüistiques peu connues ou presque inconnues de l´Amérique du Sud". En Journal de la Société d´Américanistes de Paris, Nouvelle Série, Ts. Vii, viii, París, 1910. Pp. 179-202.

Chantre y Herrera, José Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón Español:1637-1767. Imp. A. Avril. Madrid, 1901.

Calle, Manuel Los dominicos italianos en la República del Sgdo. Corazón de Jesús. Quito, 1897.

Clark, Hyde "Note on the Záparo vocabulaire". En Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, vol. Viii: 227. Londres, 1879.

Compte, F.M. Varones ilustres de la orden Seráfica en el Ecuador desde la fundación de Quito hasta nuestros dias. 2 Vols. (2ª ed.), Imp. del Clero, Quito, 1885.

Costa, Patrick Informe de la situación socioeconómica del Bloque Záparo. Medicina sin Fronteras, mimeo, Marzo, 1993.

Dall'Alba, Lenoir "Pioneros, nativos y colonos". En El dorado en el siglo xxi, Lima, 1992.

Davis, Morley Faunal migrations since the Cretaceous period. En Proceedings of the Geological Assestement, Vol., xl, 1929.

Descola, Phillipe "From sacattered to nucleated settlement: a process of socioeconomic change among the Achuar". En Cultural transformations and Ethnicity, Urbana, Illinois, 1981, pp. 614-646.

Dolby Tyler, Charles "A visit to Yameos". En The Western Courrier, # 121, Abril, Valparaíso, 1894.

"The Jesuit missions at oriente". En The Western Courrier, #122, Mayo, Valparaíso, 1894.

"Life at Archidona". En The Western Courrier, # 123, Junio, Valparaíso, 1894.

Dolvy, J.J. "Trabajo de campo realizado en el río Villano y sus tributarios, al este de Ramón Urcu, Llipuno Yacu, Conambo, hasta un punto debajo del tambo de Conambo y por varios riachuelos entre el Conambo y Rutunu Yacu". En Geological Review, Nº 17, Junio de 1942.

Domville-Fife, Charles Among wild tribes of the Amazons: an account of exploration and adventure on the mighty Amazon amd its confluents, with description of the savage head hunting and anthropofagus tribes inhabiting their banks, Londres, 1924.

Dozy, J.J. "Area del Curaray medio y Cononaco". En Geological Review, Nº 22, Febrero, 1943.

"Reconocimiento adicional del Curaray medio". En Geological Review, Nº 24 Julio de 1943.

Dyot, G. M. On the trail of the unknow in the wilds of Ecuador and the Amazon. Londres, 1926.

Echeverría, Mariano & Aguilar, Fco. Circular de 31 de Enero de 1784. En Schuller, Rodolfo Las misiones de Maynas, Sevilla, s/e, 1784.

Edmunson, G. Ed. Journal of the travels and labours of father Samuel Fritz in the river of the Amazons between 1686 and 1723. Cambridge University Press. Londres, 1922.

Edwards, N. A voyage up the river Amazon. S/l. 1847.

Elliot, Elisabeth Portales de esplendor. Michigan, 1985.

The savage, my kinsman. New York, 1961.

Escobar y Mendoza, F. Noticia de las misiones de Maynas. S/l., 1769.

Espinosa, L. Contribuciones lingüísticas y etnográficas sobre algunos pueblos indígenas del Amazonas peruano. Madrid, 1955.

Farabee, Curtis "Indian tribes of eastern Perú". En **Papers of the Peabody Museum of American Archeology and Ethnology,** Harvard University Press, Harvard, 1922.

Festa, E. Nel Darien e nell´Ecuador. Turín, 1909.

Figueroa, F. De "Informe de las Misiones del Marañón, Gran Pará o río de las Amazonas...". En **Informes de los Jesuitas en el Amazonas,** Monumenta Amazónica, CETA, Iquitos, 1986.

Relación de las misiones de la compañía de Jesús en el país de los Maynas. Colección de libros y documentos referentes a la historia de América. T. 1.

Fuentes, H. Loreto. Apuntes geográficos, históricos, estadísticos, políticos y sociales. Lima, 1908.

Fundación HGO "Protección de la tortuga charapa en la amazonia ecuatoriana". Informe. Quito, 1993.

Gangotena, C. "Descripción del gobierno de Quijos...". En **Boletín de la Sociedad de Estudios Históricos Americanos,** T., iii, Julio-Diciembre, 1919, Quito. Pp. 257-263.

García, Gregorio Historia eclesiástica y secular de las Indias. S/l., 1626.

García, Lorenzo Historia de las misiones en la Amazonia ecuatoriana. Abya Yala, Quito, 1985.

Gonzalez S., Federico Historia de la Iglesia Católica en la República del Ecuador. Quito, 1880.

Granja, J. C. Nuestro Oriente. De unas notas de viaje. Imp., de la Universidad, Quito, 1942.

Grohs, Woltharand — Los Indios del Alto Amazonas del siglo xvi al xviii. Poblaciones y migraciones de la antigua provincia de Maynas. Estudios Americanistas, Bonn, 1874.

Grubb, Kenneth — The lowland indians of Amazon. A survey of the location and religious conditions of the... Londres, 1927.

Hassel, J. Von — "Las tribus salvajes de la región amazónica del Perú". En Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, 15 ème. Anné. T. Xvii, Lima, 1905.

Heredia, José F. — La antigua provincia de Quito de la Compañía de Jesús y sus misiones entre infieles, 1566-1767. Riobamba, 1924.

Herndon, Lewis — Exploration of the valley if the Amazon. Robert Amstrong Public Printer. Washington, 1854.

Herrera, Genaro — Apuntes histórico geográficos sobre la fundación de la ciudad de Iquitos. Iquitos, 1908.

"Influencia de la lengua Guaraní en Maynas". En Carlos Larraburre y Correa, Vol. Xviii. Lima, 1905-10. Pp. 101-122.

Hervas, Lorenzo — Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas. Vol. 1: Lenguas y naciones Americanas. Madrid, 1800.

Hiroaka, Mario &Yamamoto, — "The development of Amazonia". En Geographical Review, Vol., 72, Nº 1, 1982, pp. 94-99.

"Agricultural development in the upper Amazon of Ecuador". En Geographical Review, Vol., 70, Nº 4, 1982, 423-446.

Holloway, H. — "Por la región del Napo". En Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, Vol. 49. Lima, 1932. Pp. 221-233.

Ibarra, Juan — "Informe sobre las zonas del Napo y Putumayo presentado al supremo gobierno por el comisionado especial en el departamento de Loreto...". En Larraburre y Correa. T., vii, Lima, 1905. Pp. 175.

Irazola, Francisco — "Itinerario del viaje de Iquitos al Curaray i al rio Napo". En Larraburre. Vol. 17. Lima. Pp. 241-263; 361-447.

Itúrbide, Luis de — Memoria y razón de la gente que tienen las misiones de la Compañía de Jesús de la Presidencia de Quito en la Provincia de Maynas, S/l. 1731.

Izaguirre, Bernardino "Descripción histórica etnográfica de algunas tribus orientales del Perú" En **Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima,** Vol. Xliv, pp. 5-36; vol. Xlv, pp. 196-236. Lima, 1927-8.

Jameson, William Excursion made from Quito to the river Napo, January to May, 1857. Red before the Royal Geographical Society of London, 1858. Printed by Cloves & sons. Londres, 1858.

Jiménez de la Espada, M. Relaciones Geográficas de Indias. IV t.. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1965.

Jouanen, José Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito. Quito, 1941-3.

Kappeler, J. U. Geologie de l´Ancienne Colombie, Bolivarienne, Vénézuela, Nouvelle Grenade et Ecuador. Berlin, 1886.

Karstern, Rafael The Head Hunters of the Western Amazonas. Soc. Scientiarum Fennicia. Commentationes Humanarum Litterarum, Vol. 7, Nº 1, Helsingfors, 1935. p. 17.

Larraburre, Carlos Colección de leyes, decretos, resoluciones y otros documentos referidos al Departamento de Loreto. Xviii vols. Lima, 1905-10.

Lemos, Conde de Relación de la gobernación de los Quijos. 1668.

León, Agustín "Breve vocabulario de las principales lenguas que se hablan en los diferentes pueblos y jibarías de la Provincia Apostólica de Cenlos y Macas". En **Oriente Dominicano,** Año 1, Nº 3, febrero de 1928. p. 87. Año ii, Nº 8, Mayo-Junio 1929, p. 21. Quito.

"Breve elenco de idiomas orientales". En **Oriente Dominicano,** Año iii, Nº 12. Enero-febrero, 1930, pp. 15-16. Nº 13, Marzo-abril, 1930, pp. 40-42.

"Comparación del Shimigae con el Záparo". En **Oriente Dominicano,** Año iii, Nº 17, noviembre-diciembre, 1939, pp. 207-210.

León, Antonio de Los pueblos de españoles que hay en la Provincia del Perú que caen en el distrito de la Real Audiencia de San Francisco de Quito. 1571.

López, Lorenzo La misión del Napo. Imp. de la Universidad Central, Quito, 1894.

Loukotka, Chestmir Clasificación de las lenguas Suramericanas. Praga, 1935.

Llorente, V. M. "Notas del padre Tovía sobre los jívaros del Napo". En **Cuadros Americanos,** Vol. 22. Madrid, 1891. Pp. 654-658.

Lucero, Juan L. Gramáticas y Catecismos de muchas lenguas de Quito, especialmente de los idiomas Paranapuro y Cocamo. Biblioteca Española # 931.

"Carta... por el p. Juan Lorenzo Lucero de la Compañía de Jesús...en que dá cuenta de los sucesos que acaecieron a la entrada... a la nación de los jíbaros". En **Boletín de la Sociedad Geográfica,** Vol. xxxiii. Madrid, 1892. Pp. 24-44.

MAG-Pronareg "Las zonas socioeconómicas actualmente homogéneas de la RAE". En **Diagnóstico Socio Económico del Medio Rural Ecuatoriano,** Quito, 1980.

Magalli, José M. "¿Qué hacen los misioneros en la misión?". Imp., de los sucesores de Bermeo, Quito, 1892.

Cartas Apostólicas. Quito, 1890.

Marcoy, Paul A journey accross South Amércia. From the Pacific Ocean to the Atlantic Ocean. 2 vols. Blackie and son, Paternoster Builgings Ec. Londres, 1866-72.

"Voyage de l´Océan Pacifique a l´Océan Atlantique a travers l´Amérique du Sud, 1848-1860". En Le Tour du Monde, París.

Markham, Robert "A list of the tribes of the valley of Amazon, included those of the banks of the mainstreams and all its tributaires". En **Transactions of the Ethnological Society of London,** New Series, T. Xxiv, Londres, 1895. Pp. 236-284.

Martius von, F.P. Ethnographie. America´s Zumal brasiliens. Verlag von Karl W. Hiersemanir, Leipzig, 1867.

Mercier, Juan M. "Tradiciones lingüisticas del alto Napo". En **Amazonia Peruana,** Vol., vi, Nº 12, Lima, 1993. Pp. 37-58.

"El Quichua como lengua común". En **Amazonia Peruana,** Vol. Vi, Nº 13. Lima, 1993.

Myers, T. "Redes de intercambio tempranas en la hoya amazónica". En **Amazonia Peruana,** Vol. Iv: Nº 8. CAAAP, Lima, 1983.

Muratorio, Blanca El Rucuyaya Alonso. Historia Económica y social del alto Napo. Abya Yala, Quito, 1987.

Neill, David Arboles de la Amazonia Ecuatoriana. Lista preliminar de especies. MAG, Quito, Palacios, Walter 1989.

Nippgen, Joseph "Les fléches empoisonnées des indiens de l´Amérique du Sud". En **Revue d´Ethnographie et Traditions Populaires,** Año iii, Nº 2, Paris, 1922. Pp. 140-153.

Osculati, Gaetano Explorazione delle regioni equatoriali lungo il Napo ed il fiume delle Amazoni. Milano, 1854.

Ortíz, S. E. "Lenguas y dialectos indígenas de Colombia". En **Historia Extensa de Colombia,** Vol. 1, Nº 3. Academia Colombiana de Historia. Bogotá, 1965.

Orton, James Andes and the Amazon. Harper & Brothers publishers, New York, 1870.

Palacio, Luis Historia del Napo. CICAME. Pompeya, 1983.

Paz y Miño, Luis T. "Notas bibliográficas sobre la lengua Záparo". En **Boletín de la Academia Nacional de Historia,** Vol., xxi, Nº 17, Quito, 1941, pp. 127-8.

Pierre, François Viaje de exploración al oriente ecuatoriano. Abya Yala, Quito, 1983.

Porras, María H. La gobernación y el Obispado de Maynas. TEHIS-Abya Yala, Quito, 1987.

Portillo, Pedro Repport on the indians of the Napo". En **Larraburre.** T. Xiii, p. 431-35.

Prince, Carlos Idiomas y dialectos indigenous. Lima, 1905.

Raimondi, N. Apuntes sobre la Provincia de Loreto, s/l. 1862.

Reinburg, Pierre "Folklores amazoniens. Légendes des Záparo du Curaray et de Canelos". En **Journal de la Société des Américanistes de Paris,** Nuovelle Série, T., xiii, 1921. Pp. 11-15.

"Contribution a l´étude des boissons toxiques des indiens du nordouest de Amazonie: l´ayahuasca, le yagé, le huanto". En **Journal de la Société des Américanistes de Paris,** Nouvelle Série, T., xiii, Paris, 1921, pp. 25-54; 197-216.

Rice, Hamilton "From Quito to the Amazon vía the río Napo". En **Geographical Journal,** Vol. 21, 1903.

Rivet, Paul "Langues d'Amérique du Sud et des Antilles". En Les Langues du Monde, Meillet & Cohen. París, 1924. Pp. 639-707.

"Les familles lingüistiques du northouest de l'Amérique du Sud". En L'Anné Lingüistique, T. Iv. París, 1912. Pp. 117-154.

"Les langues Guaraníes d'Haut Amazonas". En Journal de la Société d'Américanistes de París, París, 1910.

"Affinités du Miránya". En Journal de la Société d'Américanistes de Paris, Nouvelle Série, Vol. 5, Paris, 1907, pp. 117-152.

Et Beauchat, H. "La famille lingüístique Záparo". En Journal de la Société des Americanistes de Paris, Vols., v-vi, Paris, 1919. Pp. 234-249.

Rodríguez, Antonio Tesoro de la lengua Guaraní. Madrid, 1639.

Roosevelt, A. "Chiefdoms in the Amazon and Orinoco". En Chiefdoms in the Americas, Drennan & Uribe, eds. Lantham, 1987.

Rudel, Thomas "Population development and tropical deforestation: a cross national study". En Rural Sociology, Vol., 54, Nº 3, 1989, Pp. 327-338.

"Ressourse partitioning and regional development strategies in the ecuadorian amazon". En Geojournal, Vol., 19, Nº 4, 1989, pp. 437-446.

Rumazo Gonzáles, J. La región amazónica del Ecuador en el siglo xvi. Quito, 1982.

Saabedra, Cristóbal Relación de la entrada que hizo el gobernador Diego Vaca de Vega al descubrimiento y pacificación de la Provincia de los Indios Maynas, Cocamas y Gíbaros. En Relaciones Geográficas de Indias, T. Iv. Apéndice.

San Roman, J. Perfiles históricos de la amazonia peruana. Ed. Paulinas. Lima, 1975.

Santiana, Antonio "Sobre la pintura facial y tatuaje en los Yumbos del oriente ecuatoriano". En Boletín de Información Científica, CCE, Vol., i, Nº 3, Quito, 1947, pp. 16-29.

Seymur Smith, Ch. Shiwiar. Identidad étnica y cambio en el rio Corrientes. Quito, 1988.

Schuller, Rodolfo Las misiones de Maynas. Sevilla, 1784.

Simson, Alfred Travels in the wild Ecuador and the exploration of the Putumayo River. Londres, 1886.

"Vocabulary of the Záparo languaje". En **Appendix i of the Travels..., Londres,** 1986. Pp. 263-266.

"Notes on the Napo Indians". En **Journal of the Royal Anthropological Institute,** Vol. 12. Londres, 1883. Pp. 21-29.

"Notes on the Záparos". En **Journal of the Royal Anthropological Institute,** Vol., vii, Londres, 1878, pp. 502-510.

"Vocabulary of the Záparo languaje". En **Journal of the Royal Anthropological Institute,** Vol., viii, Londres, 1879, pp. 223-227.

"Notes on the Jívaros and Canelo indiens". En **Journal of the Royal Anthropological Institute,** Vol., ix, Londres, 1880. Pp. 385-394.

Sinclair, J.H. & Wasson, T. "Oil Developments in Ecuador in 1923". En **Proceedings of American Institute of Mineralogy** and Metalurgy, 1923.

"Explorations in East Ecuador". En **Geographical Review,** Vol. 13, 1912.

Solís Folch, Joseph Razón acerca del estado y governación política y militar de las provincias, ciudades, villas y lugares que contiene la jurisdicción de la Real Audiencia de Quito. S/l. 1754.

Steward, James Handbook of South American Indians. Smithsonian Institution, Bulletin of the Bureau of American Ethnology. United States Governement Printing Office. Washington D. C., 1946-59.

Stiglich, N. Informe. Ultimas exploraciones ordenadas por la Junta de Vías Fluviales. Lima, 1907.

Tessman, Günter Die Indianer Nordost Perú. Hamburgo, 1930.

Tirado, Manuel Notes on the navigation of the Amazons. S/l. 1853.

Tyler, N. "On the Záparos of the Napo". En **Royal Geographical Society Journal,** Apud. Londres, 1864.

"The River Napo". En **Geographical Journal,** Vol. 3, 1894.

Tovar, A. Catálogo de las lenguas de América del Sur. Ed. Suramericana. Buenos Aires, 1961.

Tovía, Gaspar Carta del r.p. ...al Exmo. Sr. Don Luis Cordero sobre los últimos sucesos de la Provincia Oriental. Imp., del Gobierno, Quito, 1893.

Excursión hasta el rio Mazán. Carta del r.p...., Vicario Apostólico del Napo al r.p. Superior de la Misión Ecuatoriana. Archidona, 16 de marzo de 1892. En **Documentos para la historia de las misiones de Maynas, Madrid,** 1911.

Up De Graff, F. W. Head hunters of the Amazons. Seven years of explorations and adventure. Garden City Pub. New York, 1923.

Uriarte, P. M. Diario de un misionero de Maynas. Monumenta Amazónica, CETA. Iquitos, 1986.

Valladares, Alvaro Cartas sobre las misiones dominicanas en la región oriental del Ecuador. Serie tercera. Quito, 1928.

Villavicencio, M. Geografía de la República del Ecuador. New York, 1858.

Whitten, Norman Sacha Runa. Etnicity and adaptation of ecuadorian jungle Quichua. University of Illinois Press. Urbana, 1976.

Wilken, de M. Juan Diccionario Topográfico del Departamento de Loreto. Piura, 1874.

Wolf, Teodoro Geografía y Geología del Ecuador. Leipzig, 1892.

Yost, James "The ethnobotany of the Waorani of eastern Ecuador". En **Botanical Musseum Leaflets,** Vol., 29, Nº 3, Cambridge, Massachussets, 1983.

APÉNDICE III

CRONOLOGÍA Y ANTROPÓNIMOS

1450-1530 Epoca anterior a las expediciones españolas. Se tiene noticia de diversas ofensivas incásicas hacia el este que culminan con el establecimiento de relaciones comerciales con las poblaciones tribales amazónicas. Uno de los rubros cruciales de este intercambio fue el intercambio del oro por la sal.

1530-1600 Epoca de las expediciones españolas. La más importante la de Francisco de Orellana. Diversos aprestos bélicos se fraguaron en el contexto de la cuenca. Acaso de esta o la época anterior datan las grandes alianzas tribales que configuran un escenario de resistencia bélica a los intentos de conquista.

1631 Sebastián Rosero, misionero dominico ingresa hasta Canelos, alto Bobonaza, por la ruta de Baños.

1635 Fundación de San Francisco de Borja. Fundación que durante muchos años sirvió como sitio de acceso a la provincia misionera de Maynas y como punto de abastecimiento a la red de estaciones o aldeas misioneras.

1637 Creación de la Provincia de Maynas. La orden de los Jesuitas asume el control de las misiones de la gran cuenca amazónica.

1639 Ingresan Lucas de la Cueva y Gaspar de Cugía y se inicia la organización de las actividades de los misioneros en Maynas.

1642 Estalla una epidemia de sarampión y viruelas en San Francisco de Borja. Son afectadas las tribus de los Maynas y Jeveros quienes tenían contacto con los habitantes de esta fundación. Lucas de la Cueva incursiona por el Pastaza y descubre las posesiones de las tribus jíbaras.

1654 Primeras incursiones de los misioneros en el Pastaza o Corinó o Río de la Piedra Pómez. Se fundan en sus riberas las aldeas de Los Angeles Custodios de Roamaynas y San Salvador de Zapas.

1656 Visita del Superior Lucas Majano a las aldeas misioneras del Pastaza, Angeles Custodios de Roamaynas y San Salvador de Zapas.

1657 Fundación de la aldea de Santander de la Nueva Montaña, en el Pastaza, cerca del lago Rimachi o Rimachuma, a cargo del gobernador de Maynas, Martín de la Riva Herrera. Con anterioridad, en 1656 exploró las cabeceras del río Tigre.

1658-59 Raymundo de Santa Cruz explora el Napo y el acceso desde Quito por Baeza, Archidona y Tena. Redescubre la ruta más antigua conocida por los españoles para acceder al Marañón. Intentó otra expedición para confirmar el acceso a Maynas por el Pastaza desde las cabeceras del Bobonaza hasta el Napo. Lucas de la Cueva intenta la ruta Bobonaza-Canelos. Encontró en este punto a indios cimarrones. Llegó a Baños en 1659 donde fue recibido por misioneros dominicos.

1660 Lucas Majano logra la reducción de los Coronados en el Bobonaza y Pastaza. Funda la aldea de Jesús de Coronados. Estos soportan por entonces la guerra contra los Gayas que los han desplazado hasta el Bobonaza o Bohono. Estalla la segunda epidemia en Maynas. Afecta a las fundaciones hasta entonces logradas. Los misioneros Ignacio Jiménez y Agustín Hurtado logran la reducción de los Roamayna y Gayas en el espacio comprendido por el Pastaza y el Tigre. Ignacio Jiménez y Jerónimo Alvarez supieron por los Oas de la ruta desde las cabeceras del Napo hasta el Bobonaza y Pastaza. La expedición emprendida dio con los Gayas en las cabeceras del Tigre.

1662 Lucas de la Cueva explora la nueva ruta de acceso desde el alto Napo hasta Latacunga por la denominada Boca del Dragón. Retorna para reorganizar la expedición que fracasa. Muerte de Raymundo de Santa Cruz.

1665 Los misioneros Sebastián Cedeño y Esteban Caicedo inicaron la obra de reducción de los Oas. Estos fueron reconocidos por Lucas de la Cueva quien emprendió la labor de reducción desde el curato de Archidona. Los Oas ocupaban los territorios delimitados por el Nogino (Nushiño) y el Beleno (Villano). Lucas de la Cueva intenta una nueva expedición para contactar a los Gayas y explorar el Curaray. En el Napo huyó del ataque sorpresivo de los Sucumbíos. En el Curaray encontró a los Avijira y conoce a sus Curacas Quiricuare, Iroinci y Yaguara. En dirección al Nogino (Nushiño) localiza además las posiciones de las tribus a las que denominan Ardas, Semigayes y Záparas. Llega hasta la reducción de los Oas donde se encontraban Sebastián Cedeño y Esteban Caicedo. Este y Lucas de la Cueva bajan por el Nogino hasta el Curaray y surcan el Beleno para localizar a los Gayas por los rios Callana, Piquene y Beleno.

Estos habían huido luego del ataque de la armadilla proveniente de Borja.

1666 Estalla la, hasta entonces, más grave epidemia de la que se tiene noticia en el alto Marañón. Destruye las poblaciones que formaban parte de la incipiente red de fundaciones misioneras. Rebelión de los Cocama hasta 1667.

1668 Lorenzo Lucero y Agustín Hurtado se encargan de explorar la ruta desde el alto Bobonaza hasta Archidona. Al parecer la única alternativa ideada por Lucas de la Cueva. Suponía la pacificación de los Gayas que en el Bobonaza, a causa de la guerra contra los Oas y Coronados, impiden el paso de los misioneros.

1668 Sebastián Cedeño funda San Xavier de los Gayas en el Bobonaza. Se logró incorporar a gente de diversas tribus Roamaynas, Gayas, Semigaes, Andoas, Maitiores, Pinches y Záparas.

1669 Expedición contra los Cocama.

1670 Se inicia el proceso de reducciones entre las tribus jíbaras del Pastaza y Huasaga. Lucero realizó la fundación de Santiago de la Laguna o Nueva Cartagena para apoyar este propósito. Emplazada sobre el Pastaza, cerca de la antigua fundación de Santander.

1671 Valentín Amaya, dominico funda la aldea de Santa Rosa de Penday en el alto Bobonaza. Se inicia la obra misionera de la orden.

1672 Alzamiento de los Oas. Huyeron hacia el Curaray donde se convirtieron en piratas. Posteriormente fueron trasladados por los misioneros a Anzupi y Santa Rosa de Oas, en el Napo. Agustín Hurtado asume la responsabilidad de la fundación de San Xavier hasta 1677, año de su muerte.

1676-80 Evangelización de los Canelos y Gayas por parte de los dominicos.

1679 Cáceres es reemplazado por Francisco Fernández quien asume la misión de San Xavier.

1683 Disputa de las misiones acerca de la jurisdicción misional de las tribus Gayas entre dominicos y jesuitas. Se resuelva a favor de la provincia de Maynas.

1688 Tomás Santos funda Santa María de Andoas, en la bocana del Bobonaza en el Pastaza.

1697	Nicolás Durango mantiene bajo su responsabilidad las fundaciones de San Xavier de Gayas, San José de Pinches y Nuestra Señora de Pebas, en el Pastaza y Marañón.
1707	Muere Durango en San Xavier. Huyen los pobladores de la aldea misionera por temor a las represalias.
1708	Wenceslao Breyer asume la misión restauró la fundación de San Xavier con pobladores Semigaes. Funda Santo Tomé de Andoas.
1727-29	Visita a las misiones de Maynas de José Gutiérrez. Para estos años se mantienen en el Pastaza dos aldeas. Una de Pinches y Roamaynas, Pebas y Arazas y otra de Andoas y Semigaes.
1735-38	Visita de Andrés de Zárate. Explora el Tigre donde localiza a los Urarinas, enemigos de los Iquito. Explora luego los ríos Nanay, su tributario el Blanco y el Itatay. Localiza a las tribus de los Iquito de filiación Zápara.
1750-52	Visita de Martín de Iriarte.
1767-69	Fin de las misiones de Maynas bajo los jesuitas.
1770	La orden de los Franciscanos asume las misiones de Maynas.
1775	Manuel Bermeo anuncia el descubrimiento de la ruta del alto Bobonaza y Baños para ingresar a la provincia de Maynas.
1777	Joseph Diguja, Presidente de la Real Audiencia de Quito organiza una expedición para reconocimiento de la ruta.
1778	Las misiones dominicanas mantienen las fundaciones de Canelos Tundanza, Canayumi, Casayu-mi y Santo Domingo de Guallaga.
1784	Sustituyeron a las misiones franciscanas clérigos diocesanos.
1790	Sebastián Godoy y Santiago Riofrio fundan San José de Canelos, San Carlos del Pastaza, San Jacinto del Copataza y Nuestra Señora del Rosario de la Palma en la cuenca del Pastaza y Bobonaza. Estas fundaciones fueron destruidas poco tiempo después por los ataques de los Chirapas (Shuar). Carlos iv devuelve a la misión franciscana la jurisdicción de Maynas.
1808	La orden misionera franciscana asume las misiones de Maynas. Se constituye el Obispado a partir del Colegio Misionero de Santa Rosa de Ocopa en el alto Ucayale.

1821	Se retiran los franciscanos de Maynas. El obispo Sánchez Rangel renuncia a las misiones de Maynas. Vuelven los dominicos.
1830	El advenimiento del orden republicano representa la redefinición de los impuestos para las poblaciones indígenas amazónicas. Estos son pagados en especies: oro y pita.
1844	Rebelión de los Canelos. Rocafuerte suspende las misiones dominicas en el alto Bobonaza.
1848	Aventura de Belín y Lacoste y otros franceses en el Lliquino. Surgimiento y desaparición de Suni Curi. La aldea del oro del Villano. Viaje de Gaetano Osculati.
1869	La orden de los jesuitas retoma las misiones del Napo y Canelos. Se crea el vicariato respectivo.
1875	Viaje de Simson por el Napo y Curaray.
1885-87	Dominicos retoman las misiones de Canelos. Viaje de François Pierre. Romagnoli y sus hermanos llegan al Curaray, confluencia del Cononaco, e inician el período de florecimiento de las haciendas caucheras.
1890-91	Los hermanos Garcés propician la expansión y consolidación del sistema de haciendas en el Curaray.
1892	Rebelión de Loreto, alto Napo. Los hacendados caucheros buscan la salida de las misiones jesuitas.
1895	Salida de los jesuitas.
1897	Agustín León se desempeña como cura de Canelos. Recorre el Pastaza y el Tigre. Recopila vocabularios.
1909-10	Los hacendados del Napo y Curaray organizan expedición al Shiripuno, alto Tiputini, en busca del oro que, de acuerdo con las referencias de aucas tomados prisioneros, abunda en este rio. Rebelión de los brujos. Los peones de las haciendas toman como rehenes a los hacendados. El hecho golpea a la economía basada en la explotación del caucho.
1921	Crisis del comercio cauchero. Algunos hacendados abandonan sus haciendas.
1922	La misión josefina llega al alto Napo.

1923 Exploraciones petroleras en la región amazónica. La compañía Leonard Exploration levanta la información geológica básica.

1937-42 Operaciones petroleras de la Royal Doutch Shell. Campamentos en Shell Mera, Arajuno y Tiputini. Los Huaorani inician su ofensiva desde el Yasuní y Tiputini hacia el alto Napo. Llegan hasta Arajuno. Atacan a piquetes de trabajadores y geólogos de la compañía. Posteriormente derivan hacia el alto Curaray, Villano. Nuevos ataques a Záparos y nacientes asentamientos Kichwa de la zona.

1941 Coflicto fronterizo con el Perú. Avanzan comerciantes de Iquitos hacia el Pastaza, Tigre y Curaray. Hacendados caucheros ecuatorianos se han retirado de sus antiguas haciendas. Las poblaciones Kichwa expanden sus asentamientos hacia el Curaray, alto Tigre y Pastaza-Bobonaza.

Abijiras Avigiras, Auxiras, Abiras, Aushiris. Tribus de filiación Zápara localizadas en el Curaray hasta su desembocadura en el Napo. Se tiene noticias hasta el siglo pasado. Prince plantea que sus dialectos son el Cunjíe, Neva y Yurusnia. Tyler la postula como una rama de las tribus Záparas. Markham (1910).

Acamoris Una de las tribus del grupo denominado por los misioneros como Simigaes, Markham. De los Simigaes del Tigre, según Velasco. Acamaoris: tribu de los Jinori, subgrupo de los Semigaecuraris, según Hervas.

Aicores De los Iquitos del Tigre, según Velasco. Rio Nanay. Rama de los Iquito, Markham.

Andoas Anduash. Rama de las tribus Záparas, Tyler. Uno de los tres grupos o conjuntos tribales, según Velasco y Hervas. Grupo de la familia Záparo o Gae, según Loukotka (1935). Andoano, Rivet (1908-30). Tribu del Marañón. De filiación Zápara. Localizada entre el Pastaza y el Tigre, Markham.

Arazas Semigaes del Curaray, según Velasco. Arazos: de los Semigaecuraris, según Hervas. Segmento de los Semigaes, Markham.

Ardas Segmento de los Yameo. Localizada entre el Napo y el Nanay. Markham.

Ayacares Ayacores, tribu de los Iquitos del Tigre, según Velasco. Segmento de los Iquito, Markham. Entre el Nanay y el Blanco, su tributario.

Blancos De las tribus Iquitos del Nanay, según Velasco.

Bobonazos Grupo Andoas, según Hervas.

Chapas Zapas. Segmento de los Roamayna, Markham. Localizadas en el Pastaza y el alto Morona.

Chudavinas De los Andoas, según Velasco. Chuudaviños, según Hervas. Segmento de los mismos, según Markham.

Comacoris De los Semigaes del Tigre, según Velasco. De los Jinori, según Hervas. Segmento de los Semigaes, Markham.

Conambos Grupo de la familia Záparo o Gae, Rivet (1908-30), Loukotka (1935). Villavicencio. Segmento Záparo. Del alto Tigre, Markham.

Conajoris Conejoris: de los Semigaes del Tigre, según Velasco. Segmento de los Semigaes, Markham.

Coronados Tribu cuya filiación lingüística no es conocida. Ocuparon las riberas del Bobonaza y fueron desplazados por los Gayas. Los misioneros los trasladaron hasta el Napo con los Oas. Hasta el siglo xix permanecieron cerca de Santa Rosa.

Cuires Segmento de los Roamayna, Markham.

Cunjíes Segmento de los Abijira, Markham.

Curarayes Llevan el nombre el rio. Rama de las tribus Záparas, Tyler. Villavicencio. Segmento de los Záparo, Markham.

Eriteynes Tribu de los Iquitos del Tigre, según Velasco.

Frascavinas Posiblemente del Huasaga. Tribu del grupo Andoas, según Velasco. Segmento de los Andoa, Markham.

Gayas Tribus del Bobonaza. Guerreros temidos por su ferocidad. De filiación Zápara. Posteriormente algunos grupos han emigrado hacia el Curaray. Velasco. Familia Záparo o Gae, según Iriarte (1768). Gae, grupo de la familia Záparo, según Rivet (1908-30). Spruce supone que es el nombre antiguo de los Semigaes (Markham).

Ginoris Jinoris. Semigaes del Curaray, según Velasco. Grupo Záparo, según Hervas. Segmento de los Semigaes, Markham.

Guasagas Tribu de los Andoas, según Velasco. Guazagos, según Hervas. Segmento de los Andoas, Markham.

Himuetacas Tribu de los Iquitos del Tigre, según Velasco.

Huasimoas Tribu de los Iquitos del Nanay, Velasco. Segmento de los Iquitos del Nanay, Markham.

Iginoris Tribu de los Semigaes del Curaray, según Velasco. Grupo perteneciente a la familia Záparo o Gae, según Iriarte (1768). Ijinoris, tribu de los Semigaecuraris, según Hervas.

Incuris De los Semigaes del Curaray, según Velasco. Segmento de los Semigaes, Markham.

Ipapitza De los Coronados y Maynas, Markham.

Ipapuisas Tribu de los Maynia Shuar. No confundir con los anteriores.

Iqueconejoris De las tribus Semigaes del Tigre, según Velasco. De los Jinori, según Hervas.

Iquitos Grupo tribal Záparo. Ocuparon las riberas del Tigre hasta el Nanay, Napo y Marañón. Uno de los tres grupos o conjuntos tribales, según Velasco. Un grupo de la familia Záparo o Gae, según Iriarte (1768), Rivet (1908-30) y Loukotka (1935).

Itremajoris Itremojoris: tribu de los Semigaes del Tigre, según Velasco. Segmento de los Semigae, Markham.

Lliquinos Tribu de las cabeceras del Curaray. Filiación Zápara. Markham.

Macavinas Tribu de los Andoas, según Velasco.

Mainas Segmento de los Roamaynas, Markham.

Matagenes Tribu de filiación Zápara. Tyler la concibe como una de las trece ramas de las tribus Záparas. Villavicencio. Segmento de los Záparo, Markham.

Mautas Segmento de los Záparo localizada entre el Nanay y el Napo. Markham. Rama de las tribus Záparas, Tyler. Villavicencio.

Mueganos Villavicencio.

Muratos Tribu de los Andoas, según Velasco y Hervas. Segmento de los mismos, Markham.

Napotoas De los Semigaes del Curaray, según Velasco. Segmento de los Semigaes, Markham.

Nepas De los Semigaes del Curaray, según Velasco. Segmento de los Semigaes, Markham.

Nerecamues De los Iquitos del Tigre, Velasco. Segmento de los Iquito, Markham.

Nevas O Nevos: tribu de los Semigaecuraris, según Hervas. Segmento de los Avijira, Markham.

Nuganus Rama de las tribus Záparas, Tyler. Segmento de los Záparo, Markham.

Nushinos Una rama de las tribus Záparas según Tyler. Villavicencio. Segmento de los Záparo, Markham.

Oas Tribu de la misma filiación lingüística y cultural de los Coronados. Al igual que éstos fueron desplazados por los Gayas desde el Bobonaza. Los misioneros los llevaron hasta el Napo. Tribu de los Semigaes del Curaray, según Velasco. De los Semigaecuraris, según Hervas. Segmento de los Simigae, Markham.

Panajoris De los Semigaes del Tigre, según Velasco. O Panocorri: grupo perteneciente a la familia Záparo, Iriarte (1768). De los Jinori, según Hervas. Segmento de los Semigaes, Markham.

Pavas Tribu de los Andoas, según Velasco. Pabos, según Hervas.

Pinches Tribu Andoas, según Velasco y Hervas. Segmento de las mismas, Markham.

Quilivitas Tribu Záparo extinta al tiempo de Velasco, Markham.

Quirivinas Tribu de los Andoas, según Velasco.

Roamaynas Tribu de filiación Jíbara. Ubicados en distintos momentos en el Pastaza, entre éste y el rio Tigre y entre el Morona y el Pastaza. Pueden corresponder a los actuales Shiviar localizados en el alto y bajo Corrientes.

Rotunos Rama de las tribus Záparas según Tyler. Rotuno Yacu, afluente del Bobonaza por su margen izquierda.

Shiripunos Tribus Huaorani que poblaron desde el s. Xix los espacios interfluviales delimitados por el Yasuní y el Tiputini. Rama de las tribus Záparas, Tyler. Tribu Zápara, según Villavicencio. Segmento de los Záparo, Markham.

Semigaes Semigayas. Conocidos con este apelativo un conjunto tribal relativamente amplio. Ocuparon las zonas interfluviales delimitadas por el Curaray y el Tigre. Algunos fueron localizados por los misioneros dominicos en Andoas. De ellos se logró el registro del vocabulario presentado en este texto. Uno de los tres grupos tribales Záparos, según

Velasco; Simigaecuraris, o Semigaes, grupo Andcas, según Hervas. Un grupo de la familia Záparo o Gae, según Iriarte (1768).
Simigae, grupo de la familia Záparo o Gae, según Rivet (1908-30). O Gaes. Markham alude al registro de 16 dialectos de su lengua.

Sinchictus — Una rama Zápara de acuerdo con Tyler. Segmento de los Záparo, Markham.

Supinus — Viajaron con Simson en su travesía por el Napo. Rama de las tribus Záparas, Tyler. Segmento de los Záparo, Markham.

Tiputinis — Tribu Záparo, según Velasco. Tribu Zápara, localizada en el río del mismo nombre, Villavicencio. Rama de las tribus Záparas, Tyler.

Tremajoris — Tremojoris: de los Semigaes del Tigre, según Velasco. De los Jinori, según Hervas. Segmento de los Simigae, Markham.

Yasunis — Localizada en el río del mismo nombre, tributario del Napo por su margen derecha. Rama Zápara: Tyler. Villavicencio. Segmento de los Záparo, Markham.

Ynuris — Tribu de los Semigaes del Curaray, según Velasco. Segmento de los mismos, Markham.

Zapas — Ver Chapas. Tribu de los Semigaes del Curaray, según Velasco. Segmento de los Semigae, Markham.

Zaparas — Tribu de los Semigaes del Curaray, según Velasco.

Záparos — Nombre con que fueron conocidos los conjuntos tribales de filiación lingüística y cultural Zápara. Estas tribus estuvieron distribuidas en el vasto espacio delimitado por el Napo, el Pastaza y el Marañón. Colindaron, en el Napo con las tribus Tucano de los Encabellados y Angotero. En el Pastaza, con las tribus de filiación Jíbara, Chirapa, Murato y Canduash. Y en el Marañón con Cocama, Yameo y Omagua. Velasco. Grupo de la familia Záparo o Gae, según Rivet (1908-30) y Cestmir Loukotka (1935). Tribu del Napo, Markham.

Zaparros — Tribu de los Semigaecuraris, según Hervas.

MEMORIAS DEL CURARAY

"... Un título que puede resultar extraño a quien no conozca el trabajo y conocimientos del Doctor Jorge Trujillo, quien ha llenado con sus investigaciones y estudios una gran parte de la etnología ecuatoriana.

Título que es a la vez una invitación a sumergirse en escenarios amazónicos, en particular del Curaray, sus afluentes y zona de influencia...

Escenarios en los que figuran actores que han sido relegados al olvido, como fantasmas de uno de los muchos mitos e historias de la selva.

Entre el conjunto de los actores destaca el casi desaparecido pueblo Záparo; la gran nación Zápara de las antiguas crónicas. En estas páginas se recuerda su enorme grandeza y su casi fatal extinción.

Escenarios, escenas y actores, un conjunto que escapa a nuestra memoria y es recreado con erudición y pasión por el autor".

Embajada Real de los Países Bajos

FONDO ECUATORIANO POPULORUM PROGRESSIO

CODENPE
PRODEPINE
PROYECTO DE DESARROLLO DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS Y NEGROS DEL ECUADOR
REGIONAL SIERRA NORTE

ISBN 9978 41 959 4